



PETER KAULICKE

# LAS CRONOLOGÍAS DEL FORMATIVO

50 años de investigaciones japonesas en perspectiva

Prólogo de Yoshio Onuki



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



LAS CRONOLOGÍAS DEL FORMATIVO  
50 AÑOS DE INVESTIGACIONES JAPONESAS EN PERSPECTIVA



PETER KAULICKE

LAS CRONOLOGÍAS DEL FORMATIVO  
50 AÑOS DE INVESTIGACIONES JAPONESAS EN PERSPECTIVA

PRÓLOGO DE  
YOSHIO ONUKI



FONDO  
**EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

*Las cronologías del Formativo*  
*50 años de investigaciones japonesas en perspectiva*  
Peter Kaulicke

© Peter Kaulicke, 2010

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2011

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Imagen de portada: Koichiro Shibata

Primera edición: junio de 2010

Primera reimpresión: octubre de 2011

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2011-12132

ISBN: 978-9972-42-928-6

Registro del Proyecto Editorial: 31501361101722

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
PRÓLOGO	
CINCUENTA AÑOS DE ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS EN EL PERÚ REALIZADOS POR JAPONESES <i>Yoshio Onuki</i>	
1. El inicio	11
2. Excavaciones de Kotosh (1960-1966)	16
3. Las expediciones de 1969 y 1975	39
4. Excavaciones de Huacaloma	42
5. Excavaciones en Kuntur Wasi	53
6. El Proyecto Unesco Kuntur Wasi 2000-2003	66
7. La nueva generación	74
Bibliografía	76
LAS CRONOLOGÍAS DEL FORMATIVO 50 AÑOS DE INVESTIGACIONES JAPONESAS EN PERSPECTIVA	85
INTRODUCCIÓN	87
CAPÍTULO I. LOS ESTUDIOS SOBRE EL FORMATIVO ENTRE 1919 Y 1960	93
1. Los enfoques de Tello	93
2. Los enfoques de Larco	104
3. Los enfoques norteamericanos	113
4. Las reuniones en Lima (1958 y 1959)	137
5. Discusión y resumen	138

<b>CAPÍTULO II. LOS ESTUDIOS JAPONESES SOBRE EL FORMATIVO (1958-2008)</b>	147
1. Breve esbozo de la arqueología del Japón	147
2. Los inicios (1958-1960)	156
Las Haldas	158
Garbanzal y Pechiche	162
3. Kotosh (1960, 1963 y 1966)	164
Balance de las investigaciones en Kotosh	200
4. La Pampa (1969 y 1975)	205
5. Huacaloma (1979, 1982, 1985, 1988 y 1989)	215
Huacaloma frente a otros sitios	236
6. Cerro Blanco (1985) y Kuntur Wasi (1988-1990, 1993-1994, 1996-2003)	250
7. Los proyectos recientes (2000-2008)	282
8. Resumen	284
<b>CAPÍTULO III. EL PROBLEMA CHAVÍN</b>	289
1. Los aportes de Lumbreras	289
2. Los aportes de Burger	321
3. Los aportes de Rick y colaboradores	337
4. Los aportes de Roe, Bischof y Tellenbach	344
5. Resumen	354
<b>CAPÍTULO IV. LAS CRONOLOGÍAS DEL FORMATIVO</b>	359
1. Los principios y los problemas de la cronología	360
La cronología relativa	360
La cronología absoluta	368
La terminología	371
2. La periodificación	374
3. Conclusiones	380
<b>CAPÍTULO V. SÍNTESIS</b>	385
1. Arcaico	391
2. Formativo Temprano	394
3. Formativo Medio	396
4. Formativo Tardío	400
5. Formativo Final	403
6. Epiformativo	404
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	407



## PRESENTACIÓN

Hace cincuenta años llegó al Perú un grupo de científicos sociales japoneses integrado por arqueólogos, etnólogos, antropólogos, geógrafos, historiadores y otros especialistas, dando inicio a medio siglo de estudios y cooperación científica japonesa en el conocimiento de la cultura y la historia del Perú.

Los profesores de la Universidad de Tokio Eiichiro Ishida y Seiichi Izumi organizaron la primera Expedición Científica de la Universidad de Tokio a los Andes, la misma que llegó al Perú en 1958. Yoshitaro Amano, empresario japonés radicado en el Perú, fue quien motivó a los investigadores japoneses a realizar estudios científicos en el Perú, al informarles sobre la riqueza y la importancia de la historia y la arqueología de los peruanos, de la cual era un importante coleccionista y estudioso. Por esta razón edificó un museo donde puso sus colecciones al servicio del Perú, el célebre Museo Amano.

En estos cincuenta años el tema central de los estudios de los investigadores japoneses ha estado en el campo de la arqueología, centrando su interés en la comprensión del Periodo Formativo, en los 2000 años previos a nuestra era que van desde la aparición de los agricultores andinos al surgimiento de grandes centros ceremoniales vinculados con la cultura Chavín.

Pero también varios especialistas han realizado estudios etnológicos, históricos, geográficos, de antropología física y otras especialidades que van desde el estudio de las papas andinas, los cultos religiosos regionales, la vida de los pastores, el consumo de algas, la adaptación del hombre a las alturas, el cronista Guamán Poma de Ayala o el significado de la danza de las tijeras, entre muchos otros temas estudiados que han dado como resultado una amplia y variada bibliografía sobre el Perú publicada en parte en castellano, en inglés y sobre todo en idioma japonés, lo que amerita la traducción de algunos títulos.

Por otro lado, la Expedición Científica de la Universidad de Tokio a los Andes en estos cincuenta años de trabajos ha convocado a varias generaciones de estudiosos

japoneses para estudiar el Perú y así mismo ha incorporado en todos estos años a muchos estudiantes y profesores peruanos para la realización de trabajos en conjunto, la realización de eventos en Japón y Perú y la publicación conjunta de varios volúmenes de estudios que dan fe de toda una escuela peruanista de científicos sociales en el Japón y un grupo significativo de estudiosos peruanos vinculados a intereses académicos comunes con los japoneses en una comunidad de estudio y amistad que hasta hoy continúa.

En el libro que hoy entregamos tenemos un prólogo del profesor Yoshio Onuki, quien nos relata la historia de la Expedición de la Universidad de Tokio a los Andes. Cómo se organizó, quiénes fueron sus diferentes participantes y qué tareas cumplió en todos estos años.

Peter Kaulicke, profesor de Arqueología de la PUCP y especialista en el periodo histórico estudiado por los japoneses, nos entrega una revisión del estado de las investigaciones sobre el tema. Su análisis comprende una revisión de lo trabajado por los diferentes especialistas que se han ocupado del Periodo Formativo en los Andes peruanos, sus propuestas teóricas y las evidencias materiales obtenidas en sus trabajos de campo.

La Pontificia Universidad Católica del Perú se suma a la celebración de estos cincuenta años de labor peruanista de los estudiosos japoneses. Profesores y alumnos de varias universidades del Japón han realizado investigaciones y estudios en nuestra universidad y la cultura del Japón ha tenido en todos estos años una amplia difusión a partir del Centro de Estudios Orientales de la Universidad.

La presente publicación, y otras que serán editadas en el futuro conmemorando este acontecimiento científico, surgen del interés y la colaboración del Profesor Emérito de la Universidad de Tokio Yoshio Onuki, la participación del profesor Peter Kaulicke de nuestra Universidad y el invaluable apoyo del doctor Efraín Gonzales de Olarte, Vicerrector Administrativo y Patricia Arévalo, Directora del Fondo Editorial de la PUCP.

Enrique González Carré  
Dirección de Actividades Culturales  
Pontificia Universidad Católica del Perú

**PRÓLOGO**  
**CINCUENTA AÑOS DE ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS EN EL PERÚ**  
**REALIZADOS POR JAPONESES**

**Yoshio Onuki**

Este ensayo presenta una historia «interior» de los cincuenta años de la Misión Japonesa en el Perú, en la cual he participado de manera personal y continua durante casi toda su existencia (con la excepción de la primera expedición en 1958). Como testimonio adquiere especial importancia porque soy el único «sobreviviente» de los primeros tres lustros. Por ello he incluido experiencias y recuerdos personales, así como los problemas y los éxitos en las relaciones entre los japoneses y los peruanos en los diferentes niveles, desde lo personal hasta lo gubernamental. Dado este enfoque, aquí se ha reducido la presentación y discusión de los resultados científicos, tratados de una manera exhaustiva por Peter Kaulicke.

## **1. EL INICIO**

En 1937, el gobierno japonés envió a Ryuzo Torii (1870-1953), antropólogo de la Universidad Imperial de Tokio, al Brasil. Al concluir su misión, regresó al Japón pasando por Bolivia y el Perú. Visitó muchos sitios arqueológicos y conoció a arqueólogos peruanos como Julio C. Tello y Rafael Larco Hoyle, y se familiarizó con sus publicaciones, con lo que Torii se percató de las diferentes posiciones de ambos estudiosos sobre el origen de la civilización andina.

Ya de vuelta en Japón, escribió artículos sobre las culturas prehispánicas del Perú y Bolivia (Torii 1976 a, b, c) y dio una conferencia en Kobe para los empresarios interesados.

Luego del fin de la Segunda Guerra Mundial, muchos japoneses de los territorios ocupados —como China, Corea, Taiwán, Indonesia y Micronesia— volvieron a su tierra natal. Entre ellos se hallaban Eiichiro Ishida (antropólogo cultural), Seiichi Izumi (antropólogo social), Toshihiko Sono (arqueólogo), Namio Egami (arqueólogo e historiador), Kinji Imanishi (biólogo y antropólogo) y Tadao Umesao (antropólogo ecológico). Imanishi y Umesao consiguieron puestos en la Universidad de Kioto y comenzaron a organizar expediciones al África. Los demás ocuparon

cátedras en la Universidad de Tokio (antes Universidad Imperial de Tokio). Ishida, Izumi y Sono crearon el Departamento de Antropología Cultural, estableciéndolo en la Facultad de Artes y Ciencias; quedaba así separado de los departamentos de Antropología —ubicado en la Facultad de Ciencias— y de Arqueología —en la Facultad de Letras—. Sono, arqueólogo, y Kazuo Terada, antropólogo físico, fueron invitados a completar la enseñanza bajo la dirección de Ishida. El departamento recibió estudiantes a partir de 1956.

El fin de la guerra produjo un notable impacto en la colonia japonesa de Brasil, ya que algunos no creían en la derrota del Japón Imperial y provocaron serios disturbios internos. Debido a ello, el gobierno del Japón envió una misión encabezada por Seiichi Izumi (1915-1970).

En Brasil, Izumi conoció a varios japoneses destacados. Le fascinó el encuentro con estas personalidades, ya que para Izumi, criado en Corea y Manchuria, ese ambiente representó una especie de reencuentro con su juventud.

En su ruta de regreso pasó por Bolivia y Perú, donde conoció a Yoshitaro Amano. Ambos congeniaron de inmediato. Amano lo invitó a su casa, donde tomaron pisco y whisky y gozaron de los platos preparados por la joven y simpática esposa de Amano, quien no dejaba de contarle a su invitado sobre el encanto de la civilización andina. Un paseo por el desierto terminó de convencer a Izumi de trabajar en el Perú.

Mientras tanto, el arqueólogo e historiador Namio Egami, quien había regresado al Japón luego de la guerra, empezó a preparar una expedición a Mesopotamia. Había conocido a un arqueólogo iraquí en un congreso en Europa, y pasó por Irak en el viaje de regreso. De vuelta al Japón, Egami reunió a varios especialistas y organizó una expedición a Irak e Irán. Su tema principal era el estudio del origen de la civilización. Partió a Irak para excavar un sitio neolítico llamado Tell el-Thalat, cerca de Mosul.

Por su parte, Izumi, como quería aprender la prehistoria del Perú, fue en 1956 a la Universidad de Harvard, donde asistió a un seminario de Gordon Willey. Al año siguiente regresó al Japón, pero antes pasó por el Perú, donde visitó a Amano. Al enterarse de la Expedición Irak-Irán, habló con Eiichiro Ishida, jefe del departamento de Antropología Cultural de la Universidad de Tokio, sobre un proyecto para el Perú, y nació la idea ambiciosa de un estudio comparativo de los orígenes de las civilizaciones.

La búsqueda del origen de la civilización era un tema muy oportuno en aquel momento, una década después del fin devastador de la guerra, pero ni el gobierno ni la universidad tenían suficientes fondos para tales expediciones. Los profesores publicaron artículos en revistas o periódicos con el fin de popularizar su idea, y visitaron más de cien empresas, grandes y pequeñas. Se requería un total de 10 millones de yenes, una enorme suma, tomando en cuenta que un profesor de 50 años de edad ganaba 50 o 60 mil yenes (unos 150 dólares) por mes.

Ya que la economía japonesa estaba recuperándose y habían pocos proyectos que solicitaran apoyo económico a las empresas, ambas expediciones lograron sus objetivos. En el caso de la expedición al Perú, el Ministerio de Educación y el Consejo Nacional de Ciencias del gobierno del Japón se encargaron de la mitad del presupuesto; el resto se obtuvo de empresas como el diario Yomiuri, Toyota y otras fuentes privadas. Toyota obsequió cinco carros Land Cruiser con la condición de que se quedaran como obsequios en el Perú. Uno fue donado al Museo Nacional de Pueblo Libre, donde aún está parado en una esquina del jardín, otros dos se destinaron a los programas de arqueología y geografía de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM).



Cinco carros obsequiados por Toyota en 1958.

La primera Expedición Científica de la Universidad de Tokio a los Andes partió al Perú en 1958. Sus objetivos eran: a) una prospección general de los sitios arqueológicos en el Perú; b) sondeos en algunos sitios escogidos; c) estudio de la geografía; y d) selección de un sitio para excavaciones sistemáticas; tareas para las que Izumi escogió a Ishida como director. Asimismo, conformaron la expedición Kazuo Terada (arqueólogo y antropólogo físico), Koichi Aki (topógrafo), Taiji Yazawa (climatólogo), Hisashi Sato (geomorfólogo y geólogo), Iwao Kobori (geógrafo) y Taryo Obayashi (etnólogo y arqueólogo).

Entre julio y noviembre se visitaron más de 200 sitios desde Tumbes hasta Arica, y desde Cajamarca hasta Tiahuanaco. Se excavaron sondeos en Garbanzal, en Tumbes, y en Las Haldas, en Casma.

Como todos eran novatos en el Perú y en la arqueología del Perú, los japoneses dependían de la ayuda y orientación de los especialistas peruanos, es decir, de Julio Espejo Núñez, Cirilo Huapaya Manco, Rosa Fung Pineda, Luis Guillermo Lumbresas, Hernán Amat Olazábal y Alberto Cheng Hurtado. En el Cuzco, Manuel Chávez Ballón era de gran ayuda (Chávez Ballón 1960).



Cirilo Huapaya, Eiichiro Ishida, y Rosa Fung, antes de partir al viaje hacia norte. Lima, 1958.

Entre los representantes de instituciones y autoridades, destacaron José León Barandiarán, rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM); Luis E. Valcárcel, decano de la Facultad de Letras de la UNMSM; Jorge C. Muelle, director del Museo Nacional de Antropología y Arqueología del Perú; Carlos Ponce Sanginés, del Centro de Investigaciones Arqueológicas en Tiahuanaco; José Matos Mar, jefe del Instituto de Etnología y Arqueología de la UNMSM; Ella Dunbar Temple, del Instituto de Geografía de la UNMSM; Máximo Neira, del Museo Arqueológico de Arequipa; Manuel Vegas Castillo, director de Cultura, Arqueología e Historia del Ministerio de Educación; así como Raúl Porras Barrenechea, Canciller de la República.

Izumi, Ishida, y Terada, acompañados por Huapaya y Fung, y por Toribio Mejía Xesspe, partieron de Lima rumbo a Tumbes, donde encontraron el sitio Garbanzal y excavaron dos trincheras en unos pocos días. Al regreso a Lima visitaron muchos sitios, entre ellos Kuntur Wasi. Izumi escribió:

Este sitio es el sitio más antiguo entre los sitios que hemos visitado desde Tumbes hasta hoy, y pertenece al período de Chavín (1000-500 a.C.). Se encuentran plataformas de piedra y monolitos. El Museo Nacional de Antropología y Arqueología de Lima realizó la excavación una vez y comprobó que era un sitio que no debe menospreciarse para el estudio del origen de la civilización (Izumi 1971, p. 272).

Luego visitaron Cajamarca, Pacatnamú, Trujillo y Huaraz. Desde Huaraz, Izumi, Terada y Fung bajaron a Casma y se fueron a Las Haldas. Ahí se quedaron por tres días y excavaron tres trincheras, en las que no distinguieron estratos pre-Chavín. Según Izumi:

Esta experiencia [de Las Haldas] nos dejó una enseñanza muy importante para elaborar el plan de investigación en el futuro. Para aclarar el origen de la civilización andina es absolutamente necesario aclarar el proceso cultural del período Chavín.

Los sitios en la costa no son tan aptos para tal estudio. Debe buscarse algunos sitios en la sierra o la falda oriental de la cordillera de los Andes. Años después, sin embargo, nos dimos cuenta de la importancia de Las Haldas (Izumi 1971, p. 278).

Desde Lima, Izumi se fue a Arequipa, acompañado por Espejo Núñez, del Museo Nacional, y un estudiante de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Luis G. Lumbreras. En Arequipa conoció a otro estudiante, Hernán Amat Olazábal. Gracias a la orientación del padre Málaga, visitaron el sitio Churajón. Envueltos en sus ponchos, pasaron una noche en el sitio, el cual investigaron al día siguiente.



El viaje a Churajón, 1958. De izq., Hernán Amat, Luis Lumbreras, Seiichi Izumi, Julio Espejo, Máximo Neira, y dos guías locales.

Desde Arequipa, Izumi pasó a Arica, en Chile; volvió para visitar Nazca y subió hasta Abancay. Pese a la cercanía del Cuzco, Izumi se decidió por ver Andahuaylas, pasando por Ayacucho y Huancayo. De ahí pasó a Huánuco. Visitó el museo del Colegio Nacional Leoncio Prado, donde vio unos fragmentos de cerámica del estilo Chavín. Procedían de Kotosh, a casi cinco kilómetros de la ciudad de Huánuco, donde encontraron tiosos parecidos. En Huánuco vivían unas diez familias japonesas. Luis Shimazu, el dueño del Hotel Nacional, lo recibió con un agasajo con sukiyaki. De Huánuco, Izumi se fue con su grupo a Huánuco Pampa, volvió a Huánuco y visitó Pucallpa, para, finalmente, regresar a Lima.

La consecuencia más importante de este viaje fue la decisión de Izumi de trabajar en Kotosh, ya que compartía con Tello la convicción de que ahí podría aclararse el origen de la cultura Chavín. Los resultados de la prospección fueron publicados en el informe editado por Eiichiro Ishida (Ishida *et al.* 1960).

Terada, Huapaya y Mejía Xesspe encontraron sitios como Garbanzal, Pechiche y San Juan de Virgen a lo largo del río Tumbes. Mejía describe los resultados en su artículo de 1960 (Mejía Xesspe 1960).

En ese año, Terada volvió a Tumbes y excavó en Garbanzal y Pechiche con Huapaya y Naotsune Watanabe. Pudieron diferenciar las fases San Juan, Pechiche y Garbanzal. La primera pareció ser más antigua que las otras dos por las características decorativas, pero la muestra obtenida era muy reducida.

La cerámica de la fase Pechiche era desconocida hasta 1960. Se parece a la de Chorrera con fechados respectivos. La cerámica pulida en rojo o negro sugería la relación con Chorrera y Chavín, por lo que parecía importante seguir investigando sobre los problemas de contacto entre los Andes centrales y septentrionales (Izumi y Terada 1966). Pese a estas recomendaciones, no se tomó mayor interés en esta problemática de suma importancia. Terada merece ser llamado el pionero de la arqueología de Tumbes.

Finalmente, cabe mencionar la organización de una exposición auspiciada por el diario *Yomiuri Shimbun* bajo el título «Los sitios arqueológicos de los Andes». Fue la primera de su género en el Japón y suscitó un enorme interés. Amano y su esposa fueron invitados para verla.

## 2. EXCAVACIONES DE KOTOSH (1960-1966)

Seiichi Izumi fue nombrado director de la primera temporada de excavaciones en Kotosh. Escogió como miembros de su equipo a:

- Toshihiko Sono, jefe de excavación;
- Kazuo Terada, excavación en Tumbes y Kotosh y coordinación;
- Naotsune Watanabe, excavación en Tumbes y Kotosh;
- Takashi Sadasue, excavación en Kotosh;
- Yoshio Onuki, excavación en Kotosh;
- Hisashi Sato, geógrafo;
- Syukou Iwatsuka, geógrafo;
- Fumio Maekawa, botánico;
- Chikasato Ogyu, fotógrafo; y
- Noriko Ogyu, supervisora de la cocina.

Toshihiko Sono ya había participado en la expedición dirigida por Egami en Irak, por lo que fue invitado al Perú para dirigir la excavación en Kotosh. Terada iba a continuar la excavación en Tumbes que inició en 1958. Gracias a su experiencia con los peruanos y a su dominio del castellano, también iba a encargarse de las relaciones públicas. Sadasue era profesor auxiliar del Departamento de Arqueología y fue llamado por Izumi debido a su experiencia de campo y en trabajos relacionados con la cultura maya. Cursé mi primer año de la maestría como alumno de Izumi y Sono. Izumi me escogió por mi práctica en excavaciones en el Japón y me encargó la tarea de



preparar el campamento gracias a mi experiencia como alpinista. Watanabe fue profesor auxiliar en el Departamento de Antropología en la Facultad de Ciencias Naturales; tenía experiencia en excavación, y era especialista en medición de fechas geomagnéticas. Sato fue profesor, e Iwatsuka profesor auxiliar en el Departamento de Geografía. Sato ya había participado en la primera expedición de 1958. Maekawa, profesor de botánica, era un reconocido profesor que había ayudado en el trabajo botánico del emperador Hirohito; su interés particular era la flora del paleo-ecuador, gracias a cuyo estudio pudo encontrar semejanzas entre las especies de la ceja de montaña peruana y el Japón. Chikasato Ogyu, etnólogo egresado del curso de posgrado de Antropología Cultural, había hecho estudios antropológicos en Brasil y vino al Perú con su esposa para apoyar a Izumi como fotógrafo.



Seiichi Izumi.

Por un lapso de medio año antes de que el barco partiera en el mes de mayo en 1960, los miembros de la expedición nos reuníamos en la sala de Antropología Cultural cada martes a las siete de la mañana. Discutíamos el proyecto y los problemas de recaudación, y estudiábamos luego por una hora y media. Quienes nos íbamos a encargar de las excavaciones teníamos que presentar resúmenes de trabajos de arqueólogos extranjeros, aunque no había muchos de ellos en el Japón. Luchábamos también con términos técnicos que no comprendíamos bien. A las diez terminábamos el estudio, tomábamos el desayuno con pan, café y té, y luego los profesores se iban a dar clases o a visitar empresas.

La recaudación de fondos resultó difícil. Preparamos listas de empresas y las repartimos a los profesores que iban a solicitar el apoyo. No hubo subsidios ni del gobierno ni de la universidad: ambos se limitaron a ofrecernos su apoyo moral. Los fondos recaudados no alcanzaron, pues, para cubrir el pasaje de avión para todos,

de modo que Watanabe, Iwatsuka y yo tuvimos que viajar en un barco de carga, ofrecido por la compañía K-Line del Japón. El viaje tardó unos 45 días desde Yokohama hasta el Callao, pero fue agradable y emocionante para los que íbamos a otro país por primera vez.

El barco de K-Line (compañía Kawasaki Kisen) salió del puerto de Yokohama el 3 de mayo de 1960. Los profesores Ishida, Izumi, Sono y Terada, así como familiares y amigos de los pasajeros, vinieron a despedirnos. Estuvo también la señora Fuki Sugawara, dueña del bar Country, en el que Izumi y otros miembros del equipo solían reunirse. Ella había logrado convencer a la compañía de whisky Nikka de donar diez docenas de botellas para la expedición. El viaje a San Francisco duró dos semanas, y llegamos justo cuando se celebró el centenario del viaje del barco Kanrin-Marú. En 1860, una delegación de samurais del gobierno del Japón había llegado a San Francisco para iniciar relaciones diplomáticas y comerciales en Washington D.C. Fue la primera vez que el Japón se abrió al mundo después de un aislamiento de 215 años. Un conocido de Watanabe nos llevó a la fiesta y nos presentó a Shigeru Yoshida, ex primer ministro del Japón, quien vino a la ceremonia conmemorativa como presidente de la delegación. Nos felicitó al enterarse del motivo de nuestro viaje.

Llegamos al Callao el 17 de junio, cuando cumplí 23 años. Nos esperaron los profesores Izumi, Sono, Terada y Sadasue en el puerto. Unos días después llegó Hisashi Sato desde Chile, donde había analizado los efectos del reciente terremoto. En la noche de nuestra llegada, después de registrarnos en el Hotel Leuro de Miraflores, Yoshitaro Amano y su esposa Rosa nos invitaron a su casa. Nos quedamos hasta la medianoche y después nos fuimos a La Herradura para seguir conversando y tomando con la excusa de mi cumpleaños. Todo el mundo estaba ansioso por empezar el trabajo, pero me sentí como si ya hubiera terminado mi misión después del largo viaje en barco.

El botánico Fumio Maekawa iba al mercado de Surquillo y regresaba con la canasta llena de frutas y vegetales. Pacae, lúcuma, chirimoya, una variedad grande de ajíes y papas, y otras frutas me impresionaron por sus formas, colores, sabores y tamaños, que nunca había visto en el Japón. Desde entonces me interesó la flora del Perú.

Mientras que Izumi y Terada se ocuparon de los trámites del permiso y de la aduana, los demás tomamos clases de castellano. Nuestro profesor, el médico doctor Ito, era nisei y dominaba bien el japonés. Íbamos a su casa todas las tardes y nos quedábamos unas dos horas, pero ese tiempo no bastaba para aprender más que los rudimentos de la gramática y del vocabulario. Después de poco tiempo, el profesor cambió la táctica y se limitó a enseñarnos los verbos básicos para poder comunicarnos con los obreros, como «venga aquí», «excave», «no excave más», «ahí no más», «jale la cinta», «traiga», etcétera.

Fuimos al Museo Nacional de Antropología y Arqueología, hoy Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia (MNAAH), y gozamos de la buena atención que nos brindaron Jorge C. Muelle —su director—, Toribio Mejía Xesspe, Julio Espejo Núñez y Pedro Rojas Ponce. Muelle encargó a Rojas Ponce la supervisión de Kotosh. Paseamos de sala en sala, impresionados por las piezas en exposición, muchas de las cuales ya conocíamos por la literatura, pero verlas directamente era otra cosa. Fue una experiencia gratificante poder diferenciar los tamaños, los colores y el tratamiento de la superficie y, en total, separar lo real de lo imaginado.



Visita a Ancón en 1960. De izquierda a derecha, Ramiro Matos, Yoshio Onuki, Toribio Mejía, Jorge Muelle, Takaji Sadasue y Pedro Rojas.

Yoshitaro Amano y su esposa Rosa Miyoko nos acompañaron a las ruinas de Puruchuco, restauradas por Arturo Jiménez Borja, quien nos explicó las características de su arquitectura con la ayuda de referencias de las crónicas. Jiménez Borja nos invitó a un almuerzo con comida criolla, acompañado con danzas y música folclórica. Nos agradó la chicha que tomamos por vez primera. En el libro de Puruchuco publicado después de la trágica muerte de Jiménez Borja (Villacorta *et al.* 2004, p. 60), se halla una fotografía de este evento inolvidable.

Salimos de Lima hacia Huánuco a fines de julio. Izumi, Sadasue, Iwatsuka y yo nos fuimos en una camioneta Toyota con el chofer Yukou Oshiro. A las seis de la mañana partimos tomando la Carretera Central, que solo estaba asfaltada hasta Chosica. Nos impresionó el paisaje, pero nos cansó la larga subida hasta Ticlio, donde bajamos para tomar fotos. Me sentí extraño, era como si todo lo que veía lo mirara desde el interior de una caja de vidrio. Había perdido el sentido de la realidad.

Llegamos a La Oroya a las dos de la tarde para almorzar en un restaurante. Tenía apetito, pero apenas pude tomar unas cucharadas de sopa antes de vomitar todo. Los mozos ya estaban acostumbrados a estos percances; trajeron escoba y recogedor

y limpiaron el lugar. En aquel momento aprendí el porqué del aserrín en el suelo. Más de diez años después observé aserrín en el piso de un restaurante entre Bagdad y Basora, y me acordé de mi primer soroche en el Perú.

Para mí, el viaje desde La Oroya fue infernal, con malestar, dolor de cabeza y frío, todo ello mucho peor que el polvo de antes. Llegamos a la Pampa de Junín en la oscuridad. Los que ocupaban el asiento delantero tenían que avisar al chofer de cualquier obstáculo o cambio de dirección. Me permitieron sentarme delante para respirar aire fresco, pero no pude ver nada, por lo que todas mis indicaciones resultaron equivocadas. Después de horas, llegamos a un pequeño pueblo, Salcachupán, donde la luz de una lámpara salía de la puerta abierta de una casa. Al verla, curiosamente mi malestar desapareció y sentí hambre, pues no había comido por más de doce horas.

Se trataba de un restaurante en el que estaban sentados unos cinco o seis hombres con botellas. Se sintió el olor a comida. Tomamos caldo caliente, refrescos y café, pero Iwatsuka no salió del jeep. Le dolía la cabeza y no tenía apetito. Se sintió mal durante todo el camino desde Junín hasta Huánuco, mientras que yo me recuperé en Salcachupán y pude gozar del viaje nocturno. El hombre que nos sirvió en el restaurante nos habló en japonés. Nos contó que había vivido en Trujillo pero que era de Cerro de Pasco, y no supimos cómo había llegado a este pueblo. Su japonés era algo torpe y se disculpó por ello diciéndonos que no lo había hablado por más de quince o veinte años. Llegamos a Huánuco a la medianoche. Luis Shimazu, el dueño de Hotel Nacional, y otros japoneses nos estaban esperando. Bajamos el equipaje, nos fuimos a nuestros cuartos y nos acostamos sin sacarnos la ropa ni lavarnos.

Empezamos a armar el campamento mientras Izumi y Terada se ocuparon de hacer gestiones con las autoridades de Huánuco. Escogimos una parte plana al pie del sitio de Kotosh, pero al otro lado del río Higuera, por lo que hubo que construir un pase por el río que, felizmente, llevaba poca agua. Pusimos piedras grandes a los costados para permitir el pase de un camión o una camioneta. Luego aplanamos el lugar donde íbamos a montar las carpas. Sacamos todas las piedras y barrimos toda la superficie, echamos gasolina y prendimos fuego. Después de escoger las áreas para cada carpa, esparcimos el insecticida DDT y armamos las carpas.

Una carpa de montañistas mide 2,5 por 2 metros, y no tiene paredes sino solamente un techo en forma triangular. Cada carpa era para tres personas, por lo que se armaron cuatro carpas más una grande y alta como depósito de herramientas. En esta se colocó un colchón para Izumi sobre los cajones de madera, pues siempre roncaba y deseaba dormir alejado de los demás. Otra carpa, también grande y alta, sirvió de comedor y cocina. Los cajones de madera fueron utilizados como mesa y se instaló un generador para la luz.

El día 4 de julio de 1960 se celebró la inauguración de las excavaciones de Kotosh. Asistieron las autoridades de Huánuco y el obispo Aramburú Pineda, quien era tío de Rosa Fung Pineda. Acudió también el cónsul Nishi con su esposa, en representación de la Embajada del Japón. Amano, acompañado por su esposa, se encargó de la preparación del agasajo, ordenándonos colocar botellas de whisky, latas de cigarrillos Peace del Japón, platos, vasos y cubiertos.

La ceremonia empezó con las palabras del director de Cultura del Ministerio de Educación, del alcalde y de otros más, y el obispo dio la bendición. De repente, el cónsul sacó un papel blanco cortado y lo agitó en todas las direcciones, lo que, en el Japón, hacen los sacerdotes shintoístas. Creo que las bendiciones de dos religiones contribuyeron mucho a los buenos resultados de la expedición.



Almuerzo en el campamento de Kotosh después de la inauguración, 1960.

El terreno de las ruinas pertenecía a la hacienda Marabamba, cuyo dueño, Ruperto Cuculiza, nos dio el permiso de trabajar sin imponer condiciones. Frente a Kotosh se extendía la huerta de naranjales y cañaverales de la hacienda Pucuchinche, que pertenecía a la familia Cavalier. El hijo, Carlos Cavalier, un joven de unos 30 años de edad, nos ofreció sus peones como obreros en la excavación, y él mismo se convirtió en un capataz muy eficiente. Un empleado suyo, Fortunato Igarza, su ayudante, alto, flaco pero fuerte, con bigotes y ojos penetrantes, lo reemplazó más tarde.

Un día antes de la inauguración se presentó un hombre que se llamaba a sí mismo El Enganchador. Terada, después de hacer unas preguntas, captó lo que significaba la palabra «enganchar» y la función del «enganchador». Le dimos una respuesta negativa a su ofrecimiento y consultamos a Carlos Cavalier; este nos ofreció sus empleados, quienes a su vez avisaron a sus familias y conocidos, por lo que al fin pudimos contratar la gente que vivía en los alrededores.

Los integrantes del campamento de Kotosh éramos Izumi, Sono, Terada, Sadasue, Ogyu y su esposa, Watanabe, Sato, Iwatsuka, Maekawa, Pedro Rojas Ponce y yo. Una escultora japonesa, Nobuko Yamaguchi, se integró como asistente. Ella había venido al Perú para conocer el país y ayudó a Yoshitaro Amano en el trabajo de su colección. Un muchacho lugareño, Saturnino Mato Rivera, fue empleado como mozo para ayudar a la señora Noriko Ogyu en la cocina.



Día de la inauguración, 1960. De izquierda a derecha, Chikasato Ogyu, señora Nakao (representante de la Compañía Nipón Yusen), Shuko Iwatsuka, Naotsune Watanabe y Hisashi Sato.



Dos japoneses de Huánuco y Fumio Maekawa en el campamento, 1960. De izquierda a derecha, Maekawa, Luis Rakuji Tsuda y José Seiji Utsunomiya.

El montículo principal fue llamado KT, abreviado de Kotosh Temple (templo de Kotosh), con la esperanza de encontrar un templo ahí. Este montículo, cortado en dos partes, se encontraba en la terraza de la margen derecha del río Higuerras. Detrás de él

se encontraban hileras de piedras de terrazas de cultivo cuya zona fue denominada K I. K II se encuentra al suroeste de K I, mientras que K III es la parte más hacia el oeste de la terraza donde existen construcciones circulares.

Se decidió empezar la excavación desde la parte oeste del montículo KT.

Las excavaciones empezaron el 11 de julio con el trazado de dos trincheras KTB y KTC de dos metros de ancho, subdivididas en «sectores» de cinco metros cada uno. KTB tenía nueve sectores (KTB-1, KTB-2, etcétera). El área entre KTB y KTC se denominó KTD.

Sono dirigió el trabajo, y Sadasue se encargó de KTB-6 KTD-6 y de sus prolongaciones hacia abajo. Me encargué de KTB-1 a 5, KTD-1 a 5 y KTC. Pedro Rojas Ponce supervisó los trabajos y Terada y Watanabe excavaron en KT III antes de ir a Tumbes.



Toshihiko Sono y Pedro Rojas en excavación.

Nuestra estrategia difería de la de los norteamericanos de las décadas de 1940 y 1950, que excavaron en sondeos de dos por dos metros («cabinas telefónicas») y en niveles artificiales sin consideración del curso de los estratos, lo que dio como resultado material mezclado.

Las trincheras largas de Kotosh, en cambio, partieron de la cumbre y seguían hasta el pie del montículo. Con ello se puede observar el proceso de la acumulación de tierra, ceniza y material lítico empleado en la construcción de pisos y paredes.

Nos sorprendió la enorme cantidad de cerámica que salía de las excavaciones. Ideamos un sistema de registro de los materiales que se está empleando hasta hoy en los proyectos de la misión japonesa. Sobre la base de los materiales y de las construcciones se estableció la cronología en niveles de construcción (A hasta J), los niveles más tempranos (I y J) sin cerámica. En este último nivel se descubrió la esquina de un cuarto.

En la cara interior de la pared del norte apareció un relieve en barro fino con la representación de dos brazos cruzados, con el brazo derecho sobre el izquierdo. Debido al acabado tan fino y al relieve, Izumi lo denominó «Templo de las Manos Cruzadas».

Al reconocer la asociación de cerámica con niveles de construcción, notamos con alegría la presencia de cerámica Chavín asociada con un cuarto rectangular, la tumba de un niño y un canal debajo de la construcción.

Otra sorpresa fue la existencia de los estratos y construcciones en los niveles más tempranos, como la aparición de otra cerámica más abajo con decoración incisa con post-cocción, la aplicación post-cocción de grafito sobre la superficie engobada en rojo, cuencos con visera lateral o con silueta compuesta, que caracterizan una fase reciente, así como incisiones delgadas, escisiones toscas, con pintura post-cocción para la fase más temprana, ambas con anterioridad a la cerámica Chavín. Antes de las excavaciones en Kotosh no se habían tenido referencias claras de la cerámica más antigua que la de Chavín; y en 1960 tuvimos la certeza de la existencia de fases anteriores.



La superposición de arquitectura: fase Kotosh Kotosh en la izquierda, la esquina del Templo de las Manos Cruzadas en el centro, la esquina del cuarto de la fase Kotosh Chavín encima del Templo.

La sorpresa más grande, sin embargo, fue la del Templo de las Manos Cruzadas, con acabado muy fino con ausencia de cerámica, por debajo de niveles con cerámica pre-Chavín, que implicó una edad del segundo milenio a.C., partiendo de un fechado aceptado de unos 800 a.C. para Chavín de Huántar. La conclusión, por lo tanto, apuntó hacia un período precerámico para el templo.

El 21 de septiembre de 1960 se encontró un nicho rectangular en el templo. La pared por debajo del nicho estaba cubierta con tierra fina como arena. Al limpiarla, notamos que había una parte abultada en forma de relieve. Sono ingresó a la excavación y comenzó a limpiar con una espátula de bambú. Su mano comenzó a temblar



al revelarse el relieve en forma de dos brazos humanos cruzados. Estuvieron presentes Izumi, Sono, Sadasue, Yamaguchi y yo.



Templo de las Manos Cruzadas en 1960.

Las excavaciones terminaron el 30 de septiembre. El descubrimiento del templo y las culturas pre-Chavín llamó la atención de los especialistas y del público huanuqueño y se reunieron muchas personas de Huánuco y Lima en el día de la clausura. Manuel Vegas Castillo, Director de Cultura del Ministerio de Educación, bailó marinera.



Vegas Castillo bailando marinera en la clausura de Kotosh.

Mientras que, en 1960, usamos la denominación de niveles A-J, después de 1963 cambiamos el nombre, reduciendo la superposición de edificios y estratos de diez niveles de construcción a la siguiente secuencia de períodos: Precerámico, Kotosh Wairajirca, Kotosh Kotosh, Kotosh Chavín, Kotosh Sajarapatac, Kotosh San Blas y Kotosh Higueras. Los nombres de los «períodos» corresponden a sitios alrededor de la ciudad de Huánuco. El término «período» corresponde a «fase» en la mayoría de publicaciones de la arqueología andina. La primera fase no tenía nombre porque no hubo sitios parecidos a ella.

En los dos años siguientes se preparó el informe. Izumi repartió los trabajos y los supervisó y Sono se encargó de la parte de arqueología. El informe fue publicado en 1963 (Izumi y Sono 1963).

En 1961, el diario *Yomiuri Shimbun* organizó una segunda exposición muy exitosa con los objetos de oro de Miguel Mujica Gallo. La cantidad de piezas exhibidas, la gran variedad de representaciones artísticas y el valor causaron un asombro profundo.

En 1959, Izumi publicó un libro sobre la prehistoria general de los Andes centrales y los incas bajo el título *El Imperio de los Incas*; y otro en 1962, *Los antepasados de los incas*, que es la presentación de la historia de la primera excavación de Kotosh y sus resultados. Estos dos libros contribuyeron enormemente a la difusión de las culturas prehispánicas del Perú.

La preparación de la segunda temporada de Kotosh, o sea la tercera Expedición Científica de la Universidad de Tokio a los Andes, empezó en 1962. El equipo encabezado por Izumi consistió de las siguientes personas: Sono como jefe de excavación; Terada como antropólogo y ayudante; Chiaki Kano, estudiante del posgrado en Arqueología; Tsugio Matsuzawa, técnico de excavación; Onuki, estudiante de posgrado; Hiroyasu Tomoeda, estudiante de posgrado en Antropología Cultural; Yasushi Miyazaki, ayudante; Sato, geólogo; e Hisashi Tajima como Profesor auxiliar para geografía humana.

Ya que nos habíamos convencido de la inconveniencia de vivir en carpas, decidimos conseguir una casa prefabricada. La compañía constructora Kajima Kensetsu nos obsequió la casa que usaba para el campamento de trabajadores de construcción. Kano, Miyazaki y yo tuvimos que ir a la fábrica a aprender cómo armar la casa. Con la casa desarmada, otra más pequeña y las demás cosas, partimos de Yokohama en un barco de carga de la compañía K-Line y llegamos al Callao el 13 de abril de 1963.

Arribamos a Huánuco el 24 de abril, y al día siguiente nos fuimos a Kotosh. El río había cambiado su curso debido a las lluvias anteriores, y era imposible pasarlo en camión, por lo que tuvimos que armar el campamento en la ribera izquierda y usar un puente muy rústico para pasar a la otra. La casa más pequeña servía de cocina, y allí trabajaban las señoritas Nobuko Akimoto e Isayo Kurose.

Antes de irnos en 1960, habíamos cubierto el relieve; pero al regresar el 25 de abril de 1963, constatamos que se había sacado la tierra y el relieve había desaparecido. Solo pequeños trozos yacían en el piso, casi pulverizados.

Tendimos la carpa grande de 1960 donde pusimos tres camas para los estudiantes de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga. Ellos eran Mario Benavides, Enrique González Carré y Augusto Cruzatt, recomendados por su profesor Luis Guillermo Lumbreras.

El 24 de mayo, Izumi, Terada, Anselmo Fukuda —de Foto Larco, en Miraflores— y Shuji Ishida —de la Embajada del Japón— llegaron a Kotosh, y en la misma noche arribaron Amano y su cuñado Augusto Watanabe. La ceremonia de inauguración de la excavación se celebró al día siguiente y las excavaciones empezaron el 29 de mayo.



Kotosh, 1963. Visita de Mejía y Huapaya. Desde la izquierda, Izumi, Mejía, Onuki, Kano, Sono, Huapaya, Terada, Miyazaki y Cruzatt.



Miembros y visitantes en Kotosh, 1963. Augusto Cruzatt y Enrique González sentados en la izquierda delante de las señoritas Kurose y Akimoto.

La meta principal era descubrir todo el Templo de las Manos Cruzadas. También se excavó en KTA, donde hubo evidencias desde la fase Kotosh Higuerras hasta Kotosh Chavín, con sus construcciones respectivas.

Trabajábamos desde las seis de la mañana hasta la una de la tarde. Entre las ocho y las ocho y media tomábamos desayuno por turnos en el campamento. A las ocho salía el sol y subía la temperatura, lo que atraía miríadas de mosquitos que nos picaban en todas las partes expuestas del cuerpo. Alrededor de las once empezaba un viento que se iba haciendo más fuerte a lo largo del día, levantando polvo hasta imposibilitar el trabajo. A las dos almorzábamos lo que habían preparado las dos señoritas apoyadas por Marcelino, un muchacho de un pueblo cercano. Después de un descanso, escribíamos los resultados del día en un cuaderno en original y una copia: el primero para el archivo, el segundo para el autor. La señorita Yamaguchi, que ya había participado en 1960, lavaba y marcaba el material excavado, ayudada por unos jóvenes del lugar.

A las cinco de la tarde había una reunión con la presentación de los trabajos efectuados, preguntas, comentarios y discusiones. Por lo general, Matsuzawa, Kano, Miyazaki y yo nos encargábamos de las presentaciones y lo hacíamos en japonés. Un día, Augusto Cruzatt hizo un resumen en quechua de casi media hora. Escuchamos con paciencia y aplaudimos cuando terminó.

Los estudiantes se hicieron amigos, lo que ayudó mucho a los estudiantes japoneses a mejorar su castellano. Entre los jóvenes japoneses estaba Hiroyasu Tomoeda, quien más tarde decidiría realizar su trabajo antropológico de campo en Ayacucho.

Pero hubo también algunos choques culturales. Un día se preparó tororo a base de raíces ralladas de yam convertidas en una masa pegajosa, sazonada con sillao y arroz, que tiene un aspecto feo. Izumi y Sono comieron mucho de este plato, dejando a González Carré con la boca abierta. Después de una hora, a Izumi le dio una lipotimia por haberse excedido con la comida.

Se logró la limpieza total del Templo de las Manos Cruzadas y se estableció la cronología. Los resultados de esta y de la tercera campaña se publicaron en 1972 (Izumi y Terada, editores, 1972).

Los resultados principales fueron los siguientes:

- El templo mencionado tiene planta cuadrangular (9,5 metros por lado) y entre 1,75 y 2,85 metros de altura con la entrada (1,5 metros de ancho) al sur.
- Por los restos del enlucido exterior, las paredes estaban pintadas de rojo; y las internas con el piso, de blanco crema.
- El piso consiste en dos niveles con diferencia de 40 a 50 centímetros entre ambos.
- Las paredes internas tienen dos tipos de nichos: la norteña frente a la entrada muestra un nicho grande central con dos menores laterales. Ahí se observan dos relieves de brazos cruzados con diferencias leves en posición y grosor.

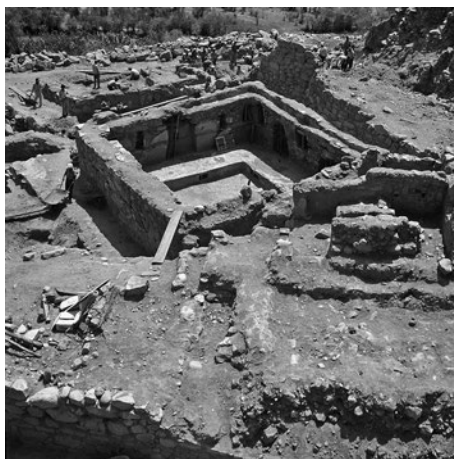
- Los nichos estaban vacíos; solo en el nicho a la izquierda se encontraron huesos de animales, primero identificados como de camélidos, pero parece más probable que fueran de venado. El fogón en el centro del piso más bajo estaba lleno de cenizas blancas, y se encontraba conectado con dos ductos subterráneos que salen fuera del edificio, probablemente con la función de proporcionar aire.

Para descubrir este templo era necesario quitar los restos de otra construcción similar con orientación y dimensiones casi idénticas y con nichos pequeños en los costados del piso más bajo. La llamamos «Templo de los Nichitos». Dicho templo había sido parcialmente destruido, probablemente en el inicio de Kotosh Chavín. Matsuzawa se encargó de esta excavación (Matsuzawa 1972).

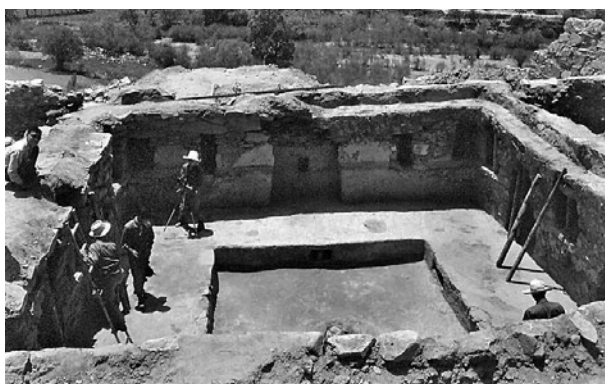


Templo de los Nichitos y el ducto de ventilación.

El proceso de la construcción comenzó con un muro inicial de contención alrededor del Templo de las Manos Cruzadas y el relleno del espacio interior. Arena negruzca cubrió los dos relieves. Luego se acumuló gran cantidad de cantos rodados para rellenar el espacio interior hasta la altura del techo. No se habían encontrado restos del mismo, por lo que probablemente se reutilizaron los troncos para el Templo de los Nichitos. El espacio entre el Templo de las Manos y el muro de contención fue relleno con cantos rodados y tierra. Una capa de la tierra de color marrón rojizo cubrió este relleno y convirtió todo en una plataforma. Luego se colocaron piedras pequeñas en forma cuadrangular y se colocó un fogón en el centro; asimismo se prepararon dos ductos de ventilación conectados. Se prendió fuego y luego se derramaron las cenizas en el espacio cuadrangular. Después se cubrió todo con la misma tierra marrón rojiza y las cuatro paredes bajas con nichos pequeños se convirtieron en el piso bajo. Finalmente, se levantaron las paredes del templo cubiertas con enlucido blanco crema.



Templo de las Manos Cruzadas.



Templo de las Manos Cruzadas.

En 1963, Izumi, Sono y Terada recibieron a Clifford Evans y Betty J. Meggers, arqueólogos del Smithsonian Institution que habían excavado en Valdivia, Ecuador. Ellos habían propuesto la hipótesis del origen de la cerámica de Valdivia en la de Jomon del Japón y fueron al Japón para ver material y sitios Jomon y conversar con los especialistas japoneses. En su conversación con Izumi y otros en la Universidad de Tokio, Evans criticó la clasificación previa de la cerámica de Kotosh y ofreció recibir a un joven para entrenarlo en la metodología usada por ellos. Me escogieron a mí, y Evans me consiguió una beca de la Wenner-Gren Foundation. Me fui a Washington D.C. para quedarme por unos cinco meses y publiqué un informe con los conocimientos que adquirí (Onuki 1972).

La clasificación de la cerámica tiene dos objetivos: diferenciar el tiempo total en fases y definir las por separado de acuerdo a pasta, tratamiento de la superficie, color,

forma y decoración. La combinación de estos atributos compartidos constituye la definición de un tipo. Primero se separa todo el material por su procedencia de excavación y se ordenan las bolsas por ubicación y estrato. Se extiende todo el material de la misma ubicación y del mismo estrato y se le junta en grupos de acuerdo a las características señaladas. Luego, se separan las piezas decoradas de las no decoradas. Para establecer la forma del recipiente completo se juntan subgrupos si es necesario. Con este proceso de separación y reintegración, se llega a la definición de los tipos. Algunos tipos son muy característicos de una fase, mientras que otros aparecen en varias fases. En los casos de tiosos que no caben en los tipos definidos, se les separa como «no clasificados», lo que puede indicar piezas importadas como evidencias de contactos con otras zonas. Después de clasificar casi 100.000 fragmentos, se estableció una tipología de 28 tipos y se registró su distribución estratigráfica en varias trincheras. La unión de los datos de cerámica y el análisis de construcciones y estratigrafía nos condujo a la cronología de Kotosh. Tenemos seis fases definidas: Kotosh Mito (pre-cerámico), Kotosh Wairajirca, Kotosh Kotosh, Kotosh Chavín, Kotosh Sajarapatac y Kotosh Higuera.

Después de esta clasificación, escogí unos sectores y la frecuencia de los tipos de fragmentos fue contada y calculada. Se hizo un diagrama de frecuencia para cada sector y luego los diagramas fueron integrados («seriación») y así se formó el diagrama integral que se publicó en el informe de excavaciones (Izumi y Terada 1972).

En la temporada de 1963, llegaron visitas frecuentes de los huanuqueños y de los estudiantes de colegios y escuelas. Por lo general, Terada y yo los recibimos, pero fueron los estudiantes peruanos de nuestro equipo quienes facilitaron las buenas relaciones públicas, también por su presencia en las fiestas y reuniones. Asimismo prosperaron las relaciones con la pequeña colonia japonesa de Huánuco.

Izumi y Sono partieron a un viaje hacia el sur para conocer la parte meridional serrana del Perú y les acompañaron dos japoneses: Luis Rakuji Tsuda y José Seiji Utsunomiya. Ambos habían llegado al Perú en las décadas de 1920 y 1930, y se fueron a Huánuco con el fin de evitar problemas suscitados en Lima a raíz de la guerra con los Estados Unidos. Pensaron regresar al Japón con sus ganancias, pero la situación política después de la guerra no lo permitió. Ellos solo querían ganar dinero y no les interesaba el país. El viaje, sin embargo, les causó un cambio muy profundo. Se fueron de Huánuco pasando por Huancayo, Ayacucho y Cuzco para llegar a Puno. Al ver el gran interés de los arqueólogos en la naturaleza, la comida y las costumbres actuales, los dos japoneses empezaron a mirar al Perú con distintos ojos y quedaron tan impresionados que al regresar a Huánuco decidieron quedarse definitivamente en el Perú. Uno de ellos dijo: «No sabía que el Perú era tan grande, de una geografía accidentada pero fascinante y de una gran variedad climática. Ahora sí

«acepto vivir aquí y no regresaré al Japón. Este país me encanta y ahora sí reconozco que vivo en este país. Ya no regresaré al Japón. No, este país me encanta y me siento pegado al Perú».

Teníamos dos generadores en el campamento, uno de los cuales no funcionaba bien. Al regresar una tarde de la excavación, vi a Tomoeda apoyado en la pared de la casa con Sono, quien se estaba disculpando en forma reiterada. La mano izquierda de Tomoeda estaba sangrando. Los dos iban a arreglar el generador; Tomoeda puso su mano sobre la faja, cuando Sono jaló la sogá para encender el aparato. Se activó y cortó las puntas de dos dedos de la mano de Tomoeda. Lo llevé al hospital, donde le cortaron las puntas de los dedos afectados en una operación que duró dos horas. Tuvo que permanecer en el hospital bajo el cuidado de su muy amable personal.

Otro incidente estuvo relacionado con la conservación del patrimonio. En nuestro penúltimo día había llegado un telegrama de Izumi con la orden de retirar el relieve del Templo de las Manos Cruzadas. No podíamos dejarlo en el sitio debido a la experiencia con el otro relieve, ni rellenar toda la construcción, lo que tampoco querían los huanuqueños. Así, nos quedó el último día para llevar a cabo esta tarea. Matsuzawa empezó a despegar el relieve con la ayuda de un cuchillo, espátulas de bambú y un taladro delgado, pero por su estado frágil no era posible salvarlo entero sino en bloques, que guardamos en una caja de cartón con relleno de papeles.

Cuando alguien de Huánuco observó este trabajo, regresó a Huánuco y avisó al director del Colegio Nacional Leoncio Prado, quien convocó a las autoridades y a la policía. Con la caja nos fuimos a Huánuco al hotel La Cabaña, cuyo dueño era un inmigrante de Fukuoka, Juan Masaru Noda. Cuando nos duchábamos se escucharon golpes fuertes en la puerta como para derrumbarla. La abrí y me enfrenté a un policía, el director de Colegio Nacional Leoncio Prado y otros hombres. Nos querían obligar a acompañarlos a la comisaría, y bloquearon el camino para que no pudiéramos salir con nuestros camiones. La conversación resultó inútil. El director y sus compañeros querían que les entregáramos el relieve. Aceptamos dejarlo en Huánuco pero con la condición de garantizar su integridad y sin abrir la caja. El policía cerró la caja con una cinta y todos firmamos la tapa sellada. Salió el permiso para los camiones en los que Kano y Miyazaki se fueron a Lima llevando una carta mía para el profesor Izumi.

Dos días después llegó Izumi a Huánuco con la resolución del director del Patronato Nacional de Arqueología, doctor Luis E. Valcárcel. Esta resolución autorizaba el traslado del relieve de Huánuco a Lima. Izumi visitó a Monseñor Aramburú Pineda, obispo de Huánuco, y al profesor Pedro Egoavil Arteta, profesor de la escuela japonesa de Lima, quien hablaba japonés. El director del colegio arregló una reunión de los ciudadanos interesados en Kotosh con el fin de llegar a una conclusión. Esta reunión se hizo en la noche con presencia de unas cincuenta personas, algunas de



ellas oponiéndose al traslado. Finalmente, todos votaron en contra del traslado. Izumi aceptó el resultado pero pidió que se garantizara la seguridad y prometió restaurar el relieve en tres años después de su regreso. Luego alguien agradeció a Izumi por su trabajo de Kotosh, y al fin de la reunión otro gritó: «Gracias Izumi, Samurai Izumi». Todo el mundo aplaudió, e Izumi respondió: «¿Qué pasó? Del ambiente hostil se ha cambiado al otro extremo y ahora parece que soy un héroe, ¿eh?».

Al día siguiente, Izumi, Tomoeda, Matsuzawa y yo partimos rumbo a Lima.



Relieve de las manos descubierto en 1963.



Tugio Matsuzawa en Kotosh, 1963.

Los resultados espectaculares llamaron la atención de muchos expertos y recibimos muchas visitas. Llegaron Jorge C. Muelle y Toribio Mejía Xesspe, Emilio Choy, Luis Guillermo Lumbreras, Ramiro Matos Mendieta y Manuel Chávez Ballón.

Como ya estaba establecida la cronología, era preciso ver la distribución de sitios para cada fase. Asimismo, faltaba aún la ampliación de evidencias de la fase Mito. De este modo se propusieron excavaciones en otros sitios, así como la investigación de la

historia y actualidad de la sociedad en la cuenca de Huánuco. El equipo estaba formado por Izumi, director del proyecto; Terada; Shozo Masuda, profesor de la Universidad de Tokio; Kano, arqueólogo; Matsuzawa, arqueólogo; Tomoeda, antropólogo cultural; Miyazaki, del Museo Amano; Tatsuhiko Fujii, estudiante de posgrado de arqueología; Yoshihiro Yamamoto, estudiante de posgrado de antropología cultural; Takeshi Ueno, arqueólogo; Sato, geólogo; Tajima, geógrafo; Michio Nogami, geólogo; Shiro Kondo, antropólogo físico; Reizo Harako, estudiante de posgrado de antropología física; y yo.

Shozo Masuda era especialista en etnohistoria. Se encargó de la administración de la expedición y de la investigación histórica de Huánuco en colaboración con Tomoeda. Tomoeda me ayudó en las excavaciones y a hacer estudios antropológicos de la sociedad actual. Fujii era estudiante del posgrado del Departamento de Arqueología, y Yamamoto, del Departamento de Antropología Cultural de la Universidad de Tokio; Ueno era graduado del Departamento de Arqueología de la Universidad de Meiji en Tokio, al que pertenecía Matsuzawa también. Como en la temporada anterior, nos ayudó Akiko Ogawa, graduada de Geografía de la Universidad de Rikkyo en Tokio, quien más tarde se dedicó a los tejidos prehispánicos del Perú; y Yoshiko Tobarí, amiga de Ogawa.

También estaban previstos estudios geológicos fuera de Huánuco dirigidos por Sato, quien había participado desde 1958. Tajima iba a dedicarse a la geografía humana en la costa y Nogami a estudios glaciológicos. Kondo, profesor del Departamento de Antropología en la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad de Tokio, junto con Reizo Harako, estudiante de posgrado del mismo departamento, era el responsable de los estudios antropológicos en Ayacucho asistidos por Tomoeda después de su trabajo en Huánuco.

Arturo Ruiz Estrada, Lorenzo Samaniego Román y Carmen Rosa Rivera de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, y los hermanos Fernando y Carlos Chaúd de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, participaron como estudiantes peruanos.

En 1966 se excavó hacia el norte del Templo de las Manos Cruzadas y en el montículo KM, a casi 50 metros al sur de KT. Al norte del Templo de las Manos Cruzadas, el montículo KT mostraba un declive pronunciado hacia el río. Ahí se ubicaba la trinchera KTC, excavada en 1960 y ampliada en 1963 hacia KTH, en un sector llamado KTE. Se encontró parte de una construcción de la fase Kotosh Kotosh y luego otra de la fase Kotosh Wairajirca. Por debajo de los restos de la fase Kotosh Wairajirca, apareció un cuarto enlucido igual a los dos templos excavados. También tenía un doble piso y un fogón al centro. Esta construcción fue denominada ER-19 al lado de otra parecida, ER-23. Debajo de estas había otras superpuestas. La más temprana, también en forma de dos cuartos contiguos, ER-27 y ER-28, recibió el nombre de «Templo Blanco».

Un muro alto de contención sirvió para sostener la plataforma del Templo de las Manos Cruzadas. Las construcciones excavadas en esta temporada se ubicaban en la parte baja de la plataforma, conectadas con el nivel más alto por una escalera renovada con cada construcción nueva. Una escalera medio destruida detrás del Templo de los Nichitos indicó que había otra plataforma más alta que se destruyó con la zanja de huaquería KTH. Esta destruyó también otras construcciones, posiblemente el edificio aún más alto.

En total, existían tres plataformas, cada una con uno o más cuartos elaborados con sus fogones, nichos, pisos y paredes enlucidos con el barro fino de color blanco crema. Esto significa la presencia de tres fases principales de la construcción del templo en tres plataformas escalonadas. Por la desaparición de la plataforma más alta, solo hay evidencias de dos plataformas.



ER-19 en la terraza al norte del Templo de las Manos Cruzadas.



Excavación del Sector KTE al norte del Templo de las Manos Cruzadas.



Templo Blanco.

El conjunto más temprano es del Templo Blanco en la plataforma inferior. La contraparte en la plataforma media debe estar enterrada por debajo del Templo de las Manos Cruzadas. Un sondeo detectó un piso enlucido debajo del piso bajo del templo. El conjunto de la segunda subfase de la fase Mito está representado por ER-20 y ER-24 en la plataforma inferior y el Templo de las Manos Cruzadas en la plataforma media. El conjunto más reciente está constituido por ER-19 y ER-23 en la plataforma inferior y el Templo de los Nichitos en la plataforma media. Es de lamentar que los edificios de la plataforma superior fueran destruidos totalmente por un acto vandálico.

Por lo general, se recuperaron pocos artefactos asociados a la fase Kotosh Mito. Semillas carbonizadas de frijoles, palta y pequeñas mazorcas de maíz se encontraron en las cenizas al pie de la cara exterior de la pared oeste del Templo de las Manos Cruzadas junto con dos figurines de barro cocido.

En la pared enlucida del Templo Blanco se apreció una figura antropomorfa pintada en blanco. En un nicho se hallaron seis objetos de barro no cocidos, dos figurinas antropomorfas, un cuenco pequeño, un objeto en forma de calabaza, otro discoidal y, finalmente, uno elipsoidal (Matsuzawa 1972).

Kano, Ueno y Miyazaki se encargaron de las excavaciones del montículo KM. Estaba mal conservado con la excepción de construcciones de la fase Higueras. Las construcciones de la fase Kotosh Mito se ubicaban directamente por debajo de la fase Kotosh Higueras, entre las que destacan dos estructuras de los muros gruesos (X e Y), de unos 10 por 10 metros. Cada construcción consistía de cuatro muros gruesos encerrando un espacio interior sin evidencias culturales, con caras interiores de estos muros no arregladas. Se piensa que se trata de plataformas.

Al norte de estas dos plataformas, se extienden los cuartos cuadrangulares con piso de dos niveles y un fogón en el centro del piso inferior, pero se desconoce la relación entre los dos montículos (KT y KM) durante la fase Kotosh Mito (Kano, Ueno y Miyazaki 1972).

Otros sitios fueron excavados también en esta temporada. Uno de ellos fue Shillacoto, en la zona urbana sur de Huánuco. El terreno era una propiedad privada cercada con muros de tapia. Solo gracias a la intervención del profesor Egoavil Arteta se obtuvo el permiso de la dueña. El sitio se encuentra levantado en relación con la superficie fuera del cerco, lo que indica la presencia de un montículo parcialmente arrasado y solo conservado en la parte norte. Excavamos dos trincheras, la primera en el lado del montículo y la segunda en la parte aplanada frente al montículo.

El equipo estuvo conformado por Onuki, Tomoeda, Samaniego y Rivera.

La parte aplanada estaba muy disturbada, sin estratigrafía clara y con algunos tiestos del tipo Higueras Rojo de Kotosh sin evidencias más tempranas, lo que probablemente indica una extensión tardía del sitio y su destrucción posterior.

La trinchera en el montículo, en cambio, dio buenos resultados. Por lo reducido de la trinchera (2 x 5 m, hasta 2 m de profundidad), en la vertiente del montículo no detectamos evidencias de arquitectura. De este modo no se sabía si las capas reflejaban un proceso cronológico. La cerámica, en cambio, se dejó diferenciar. La de los estratos superiores tenía características de la fase Kotosh Kotosh; y la de los inferiores, las de la fase Kotosh Wairajirca. En los estratos Kotosh Kotosh, se encontró una estructura de la forma de cajón o ataúd con tapas, compuesta de lajas de piedra. En su interior estaba colocado un cráneo volteado. Parece que originalmente estaba envuelto en una bolsa de material orgánico como junco o planta enredadera. No hubo objeto asociado con el cráneo. Lamentablemente no pudimos ampliar la excavación para obtener más información sobre la relación con alguna construcción.

Ya que la base de esta trinchera se encontraba a unos dos metros sobre el nivel de la calle de la ciudad actual detrás del montículo, se debía pensar en la presencia de otros estratos, probablemente de la fase Kotosh Mito. Con ello se llegó a la secuencia Kotosh Mito, Kotosh Wairajirca, Kotosh Kotosh y Kotosh Higueras. No se hallaron evidencias de Kotosh Chavín ni de Kotosh Sajarapatac.

El segundo sitio excavado por Onuki, Tomoeda y Arturo Ruiz (UNMSM) fue Paucarbamba, frente a la desembocadura del río Higueras en el río Huallaga, mientras que Shillacoto está cerca de la desembocadura del río Higueras y al otro lado del río Huallaga. El sitio se encontraba en una planicie extendida en la orilla derecha del río Huallaga, hoy desaparecido debido a la vasta urbanización de Huánuco. Pese a su mal estado de conservación, se apreció la presencia de montículos en forma de «U» orientados hacia el oeste, hacia la desembocadura del Higueras y una cadena de cerros que separan el río Marañón de la cuenca del río Huallaga. Excavamos una pequeña trinchera en el montículo central y encontramos una plataforma con la escalera. Debido a la falta de tiempo no pudimos ampliar la excavación, pero toda la cerámica correspondía a la fase Kotosh Chavín, salvo por unos tiestos Kotosh

Higueras que provenían de otro sitio cercano donde estos abundaban. Por ende, Paucarbamba era el templo de forma de «U», de la fase Kotosh Chavín, sin antecedentes.

El mismo equipo más Fernando Chaúd, de la universidad de Huamanga, se encargó de excavaciones en Wairajirca. Este sitio está en la vertiente de cerro en la margen derecha del río Huallaga, a casi 30 kilómetros al este de Huánuco. Ya habíamos encontrado ahí tiestos de la fase Kotosh Wairajirca en 1960, a lo que se debe el nombre de la fase.

Alquilamos cuartos en el pueblo de Chulqui, de donde tuvimos que subir para llegar al sitio que está en una cresta en la ladera. Hacia el este el río se convierte en un cañón abierto, o sea hacia la selva tropical. Todos los días, antes de las diez de la mañana, llegaba un ventarrón tan fuerte que nos impedía quedarnos parados.

Wairajirca es un montículo alargado a lo largo de la cresta de casi 50 por 30 metros. Una mitad de su cima estaba saqueada; excavamos una trinchera de la cima hacia el norte siguiendo la cresta. En las primeras capas de la cima salieron tiestos de la fase Kotosh Sajarapatac. Debajo de ellas desaparece la cerámica y aparecen los cuartos cuadrangulares con piso de dos niveles con fogón central, todo enlucido con tierra fina de color crema blanco. Por tanto, comparten los elementos característicos de la fase Kotosh Mito. Estos cuartos se levantaban sobre una plataforma, pero el piso de esta plataforma estaba cortado y disturbado. En cambio, encontramos un muro de contención en cuya base había una acumulación de tierra con cerámica de la fase Kotosh Wairajirca. Otro muro contenía rellenos con tiestos de Kotosh Wairajirca.

Se interpreta estas evidencias del modo siguiente: durante la fase Kotosh Mito se construyó la plataforma con los cuartos, seguida por otra plataforma de la fase Kotosh Wairajirca que cubría las bases de las construcciones anteriores. Luego, durante la fase Kotosh Kotosh, se levantó una tercera plataforma con su propio muro de contención. La secuencia termina con Kotosh Sajarapatac, cuando se nivela todo para construir quizá viviendas.



Excavación en Wairajirca

El último sitio excavado por Onuki y Miyazaki en 1966 fue Sajarapatac, en la otra orilla, frente a Wairajirca. Se trata de un montículo cortado por la carretera que va a Churubamba. En una trinchera corta en el lado norte del montículo se observaron dos fases, separadas claramente por la presencia de los pisos y paredes de piedra. Las evidencias de la fase más temprana se encuentran encima del suelo estéril con cerámica de la fase Kotosh Chavín, mientras que la superior corresponde a la fase Kotosh Sajarapatac.

Todos estos resultados permitieron definir el período Formativo en la cuenca de Huánuco. Primero, la presencia de arquitectura de carácter ritual sin cerámica del período Precerámico se registraron en por lo menos tres sitios; por lo tanto, debió haber estado bien difundida en la cuenca de Huánuco. En 1966, a esta fase precerámica se le denominó fase Kotosh Mito, tomando el nombre del río Mito, como el río Higueras se llamaba en su parte alta. Segundo, la fase Kotosh Chavín no se desarrolló ahí, sino que corresponde a invasores que buscaban tierra virgen para construir su propio edificio, provocando el abandono de sitios ocupados con anterioridad. Solo en Kotosh construyeron encima de ocupaciones anteriores. Tercero, existe una cierta continuidad entre las fases Kotosh Chavín y Kotosh Sajarapatac, debido a la superposición de la última sobre la primera en todos los sitios excavados.

El análisis del material óseo animal realizado por Elizabeth Wing (Wing 1974) muestra un cambio muy interesante. Prevalcen los camélidos y los cérvidos. Antes de Kotosh Chavín predominan los cérvidos, después los superan los camélidos. Por tanto, los camélidos domésticos aparecen en la fase Kotosh Chavín y su crianza se expande rápidamente. El mismo tipo de cerámica en Huánuco y en el sitio de San Blas, cerca del lago Junín, implica un fuerte vínculo entre el valle caluroso de Huánuco y la puna fría adecuada para la crianza de camélidos.

### 3. LAS EXPEDICIONES DE 1969 Y 1975

Las excavaciones de Kotosh lograron consolidar la cronología del período Formativo en Huánuco por medio de excavaciones en cinco sitios. Quedaba por decidir si seguir trabajando en Huánuco o no. No se sabe lo que le llevó a Izumi a proponer un proyecto en 1969 con el fin de definir la vigencia de los datos obtenidos en otras zonas y la relevancia de los templos precerámicos para el proceso del período Formativo.

Se plantearon tres proyectos para 1969: excavaciones en Shillacoto, llevadas a cabo por Kano y Miyazaki. Matsuzawa, Ueno y Takura Izumi, el hijo de Izumi que era estudiante universitario, hicieron excavaciones en Las Haldas. Fujii y yo planeamos los viajes de prospección en la sierra norte de Áncash, La Libertad y Cajamarca para localizar los sitios del período Formativo.

En Shillacoto, Kano y Miyazaki excavaron en un área adjunta a la trinchera de 1966 y ampliaron la excavación anterior, que llegó hasta el suelo estéril. Encontraron dos templos parecidos a los de la fase Kotosh Mito, lo que confirmó la presencia de la fase precerámica en este sitio también. Una tumba especial de la fase Kotosh Wairajirca fue construida justo encima del fogón del templo precerámico. Kano publicó el informe en 1972 (Izumi, Cuculiza y Kano 1972).

En Las Haldas, donde Terada y Fung ya habían efectuado sondeos en 1958, Matsuzawa y Ueno decidieron acampar junto al sitio donde se quedaron por dos meses. Conocieron a un descendiente chino, Sam Chang, quien era presidente del Comité de Protección del Patrimonio de Casma. Chang ayudó a Matsuzawa en varias ocasiones. Proporcionó una camioneta para llevar y recoger a los obreros de Casma todos los días y también proveyó el campamento con agua potable.

Las excavaciones revelaron que la mayor parte de las construcciones y la plaza hundida circular no correspondían a un período precerámico, pero la cerámica no era del estilo Chavín (Matsuzawa 1974).

Nuestro primer viaje siguió la siguiente ruta: Lima, Huaraz, Caraz, Yánac, Sihuas, Pomabamaba, Piscobamba, Pomabamba, Yánac, La Pampa, Huallanca, Chimbote y Lima. Solo una información nos llamó la atención. Un día, se nos acercó un profesor del colegio de Sihuas diciendo ser japonés, aunque su fisonomía no correspondía. Nos contó que su madre era una peruana de Chimbote que se casó con un japonés de la misma ciudad, por lo que se consideraba japonés. Me pidió que dictara una charla en su colegio, y no pude rechazar el pedido de un paisano. Al día siguiente fui al colegio con mi colega Fujii. Todos los alumnos nos esperaban de pie en el patio. Habían colocado una pizarra en un lado del patio y empecé a hablar de la importancia de la arqueología, de la necesidad de frenar la huaquería y de otros temas. Al terminar, recibí un aplauso formal, pero no muy caluroso. Una profesora, quien animó a los alumnos a preguntarme, acabó pidiéndome que cantara la canción «Sukiyaki», que estaba de moda en ese entonces. Acepté y canté en japonés, y esta vez el aplauso fue fuerte y caluroso.

El director nos invitó a tomar té en su despacho y en la conversación con él y otros profesores surgió la mención de una piedra esculpida, un monolito, que se encontraba en el pueblo La Pampa. Habíamos visto el pueblo La Pampa desde la carretera a Sihuas. Nos sorprendió cómo pudo haber algo así en una zona tan árida y caliente. Pero queríamos averiguarlo personalmente. Llegamos al pueblo, preguntamos por el monolito y nos llevaron a una iglesia abandonada. Al costado de su plaza se hallaba el monolito, con un diseño parecido al estilo Chavín. De ahí se veían montículos detrás de la zona habitada donde encontramos buena cantidad de tiestos del Formativo, algunos del estilo Chavín.



En nuestro segundo viaje salimos de Lima rumbo a Las Haldas, Casma, Huaraz, Chavín de Huántar, Huari, Huaraz, Chiquián, Huanzalá, La Unión, Huánuco y Lima. No pudimos conseguir informaciones de los sitios del Formativo.

El tercer viaje (del 16 al 26 de octubre) nos llevó de Lima a Chiclayo, Chongoyape, Pacopampa, Cutervo, Chota, Bambamarca, Cajamarca, Celendín, Cajamarca, Chiclayo, Olmos, El Tambo y Piura, de donde regresamos a Lima. Ya empezaba la época de lluvia en la sierra norte y tuvimos que esperar tres días en Huambos para poder llegar a Pacopampa. En un colegio de Chota tenían una pequeña colección de tiestos, algunos con incisiones y la etiqueta decía que la procedencia era San Andrés de Cutervo. Nos fuimos a Cutervo, pero San Andrés de Cutervo se encontraba más lejos aún y la lluvia nos impidió seguir. Luego visitamos a Rodolfo Ravines en Cajamarca y caminamos por la cuenca de Cajamarca con él sin topar con el sitio anhelado, Tambomayo. Fuimos a Celendín, pero una tempestad nos mantuvo allí y abandonamos la idea de ir a Chachapoyas por Celendín. Volvimos por la ruta Olmos-Jaén, pero no hubo pase más allá de El Tambo, el lugar de la confluencia del río Huancabamba. Regresamos a Lima y decidimos excavar en La Pampa.

Fujii y yo trabajamos en La Pampa entre el 10 y el 19 de noviembre. Distinguimos ocho montículos que denominamos M-1 a M-8. Hacia el oeste de ellos se extiende una loma larga con una roca muy grande. Esta loma se llama Yesopampa y tiene evidencias arqueológicas. Al pie del montículo M-8 se observó una estructura rectangular de paredes de piedra, llamada Caserones según los lugareños.

Excavamos una trinchera (34 por 2 metros) en M-4, donde el cementerio del pueblo estaba destruyendo la mitad del montículo. Confirmamos la presencia de dos sub-fases de construcción, que correspondían a la misma fase cultural. Se clasificaron 6253 fragmentos en ocho tipos y concluimos que la fase La Pampa pertenecía al Horizonte Chavín, ya que la mayoría de la cerámica llevaba las características del estilo Chavín reconocidas en la década de 1960 (Onuki y Fujii 1974). La presencia de la llamada cultura Chavín y la de un monolito nos hizo pensar que era preciso continuar el estudio en La Pampa.

El 15 de noviembre de 1970, un año después de los trabajos en La Pampa y Las Haldas, Izumi falleció debido a una hemorragia cerebral. Ya en 1968 habían fallecido Ishida y Sono, ambos por cáncer.

La ausencia de estos personajes centrales causó un vacío de cuatro años hasta que Terada quiso reanudar el proyecto del estudio de la arqueología de los Andes. Formó un nuevo proyecto, denominado «La Expedición Científica Japonesa a la América Nuclear», y escogió La Pampa para la excavación. En 1974 Terada visitó La Pampa, acompañado por mí, y pude convencerlo de la necesidad de continuar nuestro trabajo ahí.

En 1975 volvió Terada dirigiendo el siguiente equipo: Tamotsu Ogata, antropólogo físico de la Universidad Nacional de Niigata; Tomoeda, profesor de la Universidad Nacional de Saitama; Fujii, investigador del Museo Nacional de Etnología; Tsuyoshi Ushino, arqueólogo y técnico de la Universidad de Tokio; Yasutake Kato, antropólogo cultural, investigador de la Universidad de Tokio; por último estaba yo, que venía de trabajar en el Museo del Hombre de Little World, y que participé en la época final de la excavación; Isabel Flores, arqueóloga del Instituto Nacional de Cultura; y Justo Cáceres, arqueólogo del Museo Nacional de Antropología y Arqueología.

Se excavó el montículo 8, que presentaba construcciones incaicas en toda la superficie. Encontramos cuartos, tiestos y una tumba con aríbalo del estilo cuzqueño. Debajo de la mencionada construcción caserones aparecieron evidencias de la fase La Pampa, y de otra fase anterior denominada Yesopampa. También se investigó una chullpa muy destruida del sitio Tornapampa. Los tiestos a su alrededor pertenecían al estilo Recuay; curiosamente, no hubo rasgos de ocupación Recuay en los montículos.

El proyecto se inició en agosto y terminó a mediados de octubre de 1975. El informe respectivo se publicó en 1979 (Terada 1979).

#### 4. EXCAVACIONES DE HUACALOMA

Pese a no haber concluido el trabajo en La Pampa, Terada quería buscar otros sitios del Formativo. La alternativa más viable parecía ser Cajamarca. Aún hubo que ubicar el ominoso sitio Tambomayo con su cerámica incisa post-cocción. Por los estudios de los franceses Henri y Paule Reichlen en la década de 1950 se sabía que existían sitios de este período. Acompañé a Terada cuando quiso ir a Cajamarca en 1978 y pedí a Rogger Ravines, un arqueólogo cajamarquino, que nos acompañara en la búsqueda.

Partimos de Lima en un carro alquilado que se malogró apenas llegamos a Casma. Lo arregló un mecánico que, según Ravines, tenía la cara de un revolucionario y no sabía nada de carros. Llegamos a Pacasmayo, donde pasamos la noche, y al día siguiente el carro se malogró otra vez. Pasamos casi dos horas en un taller de Guadalupe y por fin llegamos a Cajamarca, donde nos fuimos a la Casa de Cultura de Cajamarca, cuyo director era el maestro pintor Andrés Zevallos de la Puente. Todos los cajamarquinos lo llamaban Don Andrés, con respeto y simpatía. Terada y Don Andrés se hicieron amigos de inmediato.

Por mis experiencias ganadas en el norte y por mis estudios bibliográficos sabía que los sitios formativos deberían ubicarse en el fondo del valle, por lo que pedí a

Ravines que nos enseñase los sitios situados en el valle desde Cajamarca hasta Jesús. Visitamos el sitio de Iscocongá, donde Ravines había excavado antes. Nos fuimos a Jesús y cruzamos el río Cajamarca pero sin tener éxito. De regreso a Cajamarca, Ravines nos mostró dos sitios, Mollepampa y Huáchalos, y así encontramos Huacaloma.

Huacaloma se encuentra a menos de cien metros de la carretera y menos de un kilómetro desde el centro de la ciudad de Cajamarca. Se ve el montículo detrás de una pequeña chacra y nos extrañó no haberlo notado en las tantas veces que habíamos pasado por ahí. Cuando subimos al montículo, notamos muchos tiestos en la superficie que tenían incisiones cortantes y pintura post-cocción. Supimos de inmediato que este sitio era ideal para nosotros y regresamos a Tokio, donde Terada inició las preparaciones del proyecto.

El proyecto llevaba como título «Expedición Científica de la Universidad de Tokio a la América Nuclear», y sus miembros fueron: Terada, director y profesor de la Universidad de Tokio; Ushino, técnico de arqueología; Kato, profesor asociado de la Universidad de Saitama; Ryozi Matsumoto, estudiante del doctorado de la Universidad de Tokio; Yuji Seki, estudiante de la maestría; y Onuki, profesor asociado de la misma universidad.

La experiencia de Kotosh nos sirvió de modelo, preparamos todos los equipos para el campamento en el Japón y los enviamos al Perú por un barco de la compañía K-Line. Este modo de transporte causó problemas con la aduana del Callao que continuaron hasta 1985. Terada se encargó del asunto, habló con gente de los ministerios, de la aduana, de la Embajada y con el agente de aduana, mientras que los otros temblaron de frío guardando los cargos en el almacén de la aduana.

Mientras tanto, me fui a Cajamarca con Hiroyasu Tomoeda, colega desde la excavación en Kotosh, y Tetsuya Inamura, estudiante posgraduado de la Universidad de Tokio, especializado en antropología para buscar una casa para el campamento. De Chilete nos desviamos para visitar Kuntur Wasi, y luego llegamos a Cajamarca. Ya desde el Japón sabíamos que íbamos a buscar una casa en los Baños del Inca, pues las aguas termales nos encantan a los japoneses.

Visité a Don Andrés para saludarlo y avisarle de nuestra llegada. Después nos fuimos a Baños del Inca, pero no encontramos una casa que tuviera por lo menos cinco cuartos. Un habitante nos sugirió ir al hotel Laguna Seca y hablar con el dueño, Rafael Puga. En bata y con sandalias, nos recibió con la respuesta de que este hotel era demasiado caro para nosotros los arqueólogos. De hecho, su precio superaba nuestro presupuesto. Pero nos topamos con el dueño de otra casa de dos pisos, llamado Alberto Vígo. El segundo piso tenía entrada independiente, una cocina, un comedor, cinco dormitorios y dos servicios higiénicos. Era ideal para nosotros y pudimos regresar a Lima. Las excavaciones empezaron el 25 de junio.

El sitio de Huacaloma consiste de una depresión rodeada por tres montículos y una parte poco inclinada alrededor de ellos. Excavamos dos montículos contiguos, denominados HL-I y HL-II. Vistos desde el sur, parecen formar uno solo con un hundimiento no profundo en medio, lo que sugiere que se trata de un montículo original. Una trinchera de dos metros de ancho y con sectores de cinco metros de largo llevó desde la cima de HL-I hasta la cima de HL-II. HL-I-1 fue la primera área de excavación de diez metros cuadrados. Dividimos la trinchera en tres sectores: HL-I encargado a Matsumoto y Seki; HL-II a Kato; y la parte hundida entre estos dos, a Ushino y a mí.

En la cima de HL-I, las primeras capas delgadas contenían los restos de muros bajos de piedra, rellenos y escombros. La cerámica asociada era del estilo Cajamarca, la mayoría de caolín con decoración pintada. Más abajo había otras estructuras de piedra, una parte de canal en forma de cajón con base de piedra llana, piedras con cara plana en los costados y piedras más grandes para el techo. La cerámica asociada era diferente con pintura de rojo sobre blanco. Debajo de este nivel, a casi un metro de la superficie del montículo HL-I, apareció una capa de tierra amarilla. Era tan dura que apenas entraba un pico. Ya que el montículo tiene una altura de seis a siete metros por encima de las chacras a su alrededor, debía de haber más capas culturales por debajo de esta capa dura. Se pudo profundizar solo unos centímetros por día debido a la extrema dureza de la capa mencionada, que no contenía restos culturales.

Una situación parecida se presentó en HL-II. En la ampliación hacia la parte central se notó que la capa amarilla bajaba hacia la parte hundida en el centro. Sobre esta tierra amarilla se observaron unos pequeños hoyos poco profundos con una capa delgada de tierra de color gris, en la que habían fragmentos de cerámica incisa del Formativo. En la parte hundida se notaron capas de tierra horizontales con cerámica del estilo Cajamarca que se dejaron diferenciar en tres grupos. Hasta dos metros de profundidad no apareció la tierra amarilla. Avanzamos y encontramos una construcción bien hecha de piedra y enlucido de un cuarto con fogón muy quemado. La cerámica asociada era distinta a la de inciso cortante y post-cocción que esperábamos encontrar. Unos años después supimos, gracias al trabajo de Peter Kaulicke (1981), que compartía las mismas características que la de Pandanche en la zona de Pacopampa. Llegamos a la tierra natural de color rojizo debajo del piso del cuarto, lo cual significaba que el cuarto y su cerámica pertenecían a la primera ocupación del sitio.

La capa de este cuarto se extendía por debajo de la densa capa de tierra amarilla estéril de ambos montículos. En el pie del montículo HL-II se hizo claro que había dos pisos superpuestos asociados a cerámica del tipo Pandanche. Excavamos dos pequeñas trincheras en la chacra extendida al este del HL-I. Seki se encargó de la excavación y definió por lo menos tres épocas de distintas cerámicas.



El cuarto con fogón, Huacaloma, 1979.

Después de finalizar las excavaciones, llevamos el material cerámico a Lima y empezamos el trabajo de gabinete, sobre todo la clasificación de la cerámica. Los tipos clasificados fueron correlacionados con su estratigrafía y las construcciones asociadas. Al combinar todos los datos se distinguieron las fases o «períodos» tal como lo habíamos hecho desde 1960, y llegamos a esta secuencia: Huacaloma Temprano, Huacaloma Tardío y Layzón. Quedaban por aclarar las fases más tardías.

Para los habitantes de Cajamarca y Baños del Inca resultó algo raro la presencia de los japoneses por un tiempo prolongado. Fue Andrés Zevallos de la Puente, director del Instituto Nacional de Cultura (INC) Cajamarca, Don Andrés, quien nos presentó a la sociedad cajamarquina, especialmente a sus amigos Juan Jave, Víctor Campos, Pablo Sánchez, al profesor Sarmiento, Evelio Gaitán, Manuel Ibáñez Rossaza, Luis Iberico Mas, Teresa Miyashiro y otros. Víctor Campos nos mostró sus fotos y películas de las fiestas de Porcón y del famoso carnaval de Cajamarca. Visitamos también a Rodolfo Ravines para conocer su colección de materiales, pero las procedencias indicadas no parecían seguras. Don Andrés llevó a Terada a conocer los sitios de Cumbemayo y Layzón. Terada volvió con nosotros a Layzón y luego a Aguatapada, otro sitio vecino. Nos impresionó la arquitectura que tenía aspecto del Formativo. Un antropólogo trujillano, Jorge Sachún Cedeño, vino a ver nuestros trabajos a menudo en su función de supervisor del INC de Cajamarca e intermedió entre nosotros y nuestros obreros.

La creciente cantidad de material excavado, en particular la cerámica, nos obligó a lavarlo y marcarlo. Por ello, Kato me acompañó a buscar mujeres que se pudieran encargar del trabajo. Nos topamos con unas jóvenes que conversaban en una esquina y les explicamos el asunto. Se llamaban Catarina La Torre y Gladys Pajares, quienes aceptaron y luego trajeron también a sus hermanas y amigas. Nos hicimos amigos en poco tiempo y conocimos a sus familias, que prepararon la fiesta de cumpleaños para Seki y Kato.

El trabajo de excavación se inició a las siete de la mañana y terminó a la una de la tarde. A las seis tomamos un desayuno sencillo preparado por Seki en la madrugada y almorzamos a las dos. La señora Nelly Infante era la cocinera y se encargaba de la limpieza con su hija Aidé. Después del almuerzo fuimos a bañarnos en la fuente de agua termal y directamente después a la tienda de Segundo Libaque para tomar jugo. Éramos ya una parte del pueblo.

Tomamos vacaciones durante la semana de las Fiestas Patrias. Terada, Matsumoto y Seki se fueron a Lima. Ushino, Kato y yo nos quedamos en Cajamarca, cuando Kato se enfermó de hepatitis. El doctor Francisco Uceda, nuestro médico en Cajamarca, le recetó Coca-Cola, caramelos y vitaminas. Dejamos a Kato en cama bajo cuidado de la señora Nelly y de Aidé. Luego nos visitaron el antropólogo cajamarquino Fernando Silva Santisteban y el médico Roger Guerra García con sus familias para pasar la fiesta. Guerra García estuvo de acuerdo con la receta de Uceda. Después de una semana, Kato se había recuperado mucho, pero tenía que seguir con el reposo.

Publicamos el informe de los trabajos (Terada y Onuki, editores, 1982) y regresamos al Perú en 1982 para continuar con las excavaciones. Pero esta vez también queríamos excavar en Layzón y otros sitios. En Layzón queríamos aclarar sus características funcionales y culturales. Luego, era preciso definir mejor la cronología de la cultura Cajamarca, que abarca una larga historia desde el fin del Layzón hasta la expansión incaica, por tanto se trata de una tradición de unos 1500 años de duración; de esta manera podríamos mejorar la propuesta de los Reichlen.

El equipo se constituyó con Terada como director, Ushino y yo para trabajar en Huacaloma, Kato y Seki para trabajar en Layzón, y Matsumoto para trabajar en sitios del estilo Cajamarca. Dos estudiantes peruanas, Fanny Urteaga (UNMSM) y Alicia Narro León (Universidad Nacional de Trujillo), participaron en Huacaloma y Layzón, y Yukiko Miyazawa y Setsuko Akiyama se encargaron de la administración y del trabajo de gabinete. Pudimos alquilar la misma casa y volver a contratar a la señora Nelly.

Excavamos una trinchera larga al sur de la de 1979 en Huacaloma. Hubo restos de las fases Cajamarca Medio y Temprano en la parte baja entre dos montículos, pero el montículo HL-I contenía una acumulación densa de varias fases. En las capas superiores se registró una superposición nítida de Cajamarca Medio, Temprano e Inicial, pero con arquitectura poco conservada. Por debajo de estas capas se registraron cuartos sobre una plataforma baja, asociados con la cerámica típica de la fase Layzón. Las fachadas de esta fase tienen piedras grandes y largas colocadas en forma vertical, separadas por unos diez centímetros cuyo intersticio está relleno por piedras pequeñas. Por debajo del piso de esta estructura apareció una capa gruesa de ceniza,

con tiestos incisos, algunos con pintura post-cocción y líneas bruñidas. Debajo de esta capa se observó arquitectura mal conservada con piso enlucido en amarillo y un canal subterráneo, así como cerámica inciso cortante, pintura post-cocción en rojo, amarillo y blanco, típica de la fase Huacaloma Tardío. Estas estructuras corresponden a una plataforma con muro de contención hacia el este. La plataforma está hecha de la mencionada tierra amarilla muy dura. La parte superior de este muro de contención había desaparecido, y muchos artefactos y otros materiales culturales que originalmente estaban encima de la plataforma se encontraron como escombros caídos sobre el piso delante de la base del muro (la segunda terraza). En este piso de la segunda terraza se encuentra una escalera bien elaborada con piedras cortadas que baja hacia el sur y luego voltea hacia el este en ángulo recto. Por la cantidad de escombros y construcciones posteriores no pudimos seguirla, pero había por lo menos tres pisos y dos muros de contención. Probablemente al inicio de la fase Huacaloma Tardío se taparon todas las construcciones de la fase Huacaloma Temprano con una cantidad enorme de tierra amarilla que formó una plataforma grande con los muros escalonados de contención.

Quedó el problema de la relación entre la capa de ceniza y los estratos de Huacaloma Tardío. Esta ceniza era posterior al escombros sobre las caras de muros de contención de la plataforma de Huacaloma Tardío. Si bien la cerámica se pareció a la de Huacaloma Tardío, carecía de algunas características y tipos. Discutimos este problema y propuse llamarlo «EL», como abreviación de «Enigmatic Layers». Terada, en cambio, pensó que pertenecía a Layzón; para él eran «Erroneous Layers».

Matsumoto excavó en Wairapongo, cerca de Baños del Inca. No había mucha acumulación de capas y la arquitectura no estaba bien conservada; la cerámica correspondía a Cajamarca Temprano con características locales. Luego pasó a Huacariz, un cerro piramidal en la llanura del valle de Cajamarca. Los tiestos de superficie abundan y corresponden a Cajamarca Temprano, con decoración variada y muy fina, y son bellísimos. Matsumoto excavó una trinchera en la cima del cerro y otra en la ladera. En la cima la primera construcción era de la fase Layzón con grandes piedras muy bien cortadas.

Matsumoto también excavó en Kolguitín y Amoshulca. El último lugar sirvió para definir la fase Cajamarca Tardío, pero Kolguitín era más complicado. Tenía una secuencia de una fase parecida a la de Huacaloma Tardío, seguido por Layzón, Cajamarca Temprano, Medio y Tardío. La cerámica de la fase más temprana difiere en algunos aspectos de la de Huacaloma Tardío en Huacaloma. Seki se encargó del análisis de la cerámica quedándose en el Perú y aclaró la diferencia entre las dos cerámicas. La de él tiene bordes biselados hacia afuera en las tazas y las líneas bruñidas son menos nítidas en comparación con las de Huacaloma Tardío. Por ello, la fase EL

es posterior a Huacaloma Tardío y anterior a Layzón, pero EL solo aparece en Huacaloma y en Kolguitín sin arquitectura bien definida.

Kato y Seki se dedicaron a la excavación del sitio Layzón. En 1979, Don Andrés llevó a Terada a este sitio. Terada nos contó del sitio con un entusiasmo especial y nos condujo al sitio nuevamente. En 1982 empezamos la excavación intensiva.

Layzón está situado a una altura de 3100 metros sobre el nivel del mar que goza de la vista panorámica del valle de Cajamarca desde la ciudad, Huacaloma, Baños del Inca, y hasta el distrito de Jesús. La excavación mostró que la roca natural fue cortada y elaborada a las terrazas escalonadas, conectadas con las escaleras también preparadas cortando la roca natural. Hay una plataforma alta y grande del plano cuadrangular, construida en la cima. La asociación de la cerámica nos reveló que esta plataforma era de la fase Layzón. Quedó sin solucionar el problema de las terrazas de la roca. Kato tuvo la previsión de que las terrazas no eran de la fase Layzón sino de una fase más temprana. La porfía de Kato hizo ampliar la excavación y por fin se encontraron las capas con la cerámica de la fase Huacaloma Tardío directamente pegada al piso de la terraza. Se aclaró por consecuencia la presencia de dos fases en Layzón. La primera es la fase Huacaloma Tardío que construyó el complejo, cortando y modificando la roca natural a las terrazas escalonadas. Posiblemente construyeron algún edificio en la terraza más alta pero la plataforma grande de la fase Layzón cubría toda el área, impidiendo la excavación. Parece que en el inicio de la fase Layzón cerraron el acceso por las escaleras con los muros de piedras.

El director de turismo del Ministerio de Comercio y Turismo en Cajamarca, señor Jaime Rodrigo Silva Santisteban, ofreció su ayuda para emplear casi cien obreros en la ampliación de excavación en Layzón. Nuestro presupuesto no podía cubrir el gasto de empleo de tantos trabajadores pero el Ministerio les pagaba con harina, aceite, conservas y algunos otros alimentos.



Terrazas y escaleras de roca en Layzón.



En dicho año de 1982 varios miembros tuvieron problemas de salud. Terada se enfermó de hepatitis en julio y tuvo que hospitalizarse en Lima. Kato no podía caminar por la gripe asiática, no tenía apetito y cada mañana le daban una inyección dolorosa. En agosto me caí de una escalera portátil por sacar fotos, y no pude caminar por un mes. Ushino también se cayó y se golpeó una costilla. Felizmente todos nos recuperamos al fin de la temporada.



Todos con bastón en Layzón. De izquierda a derecha, Kato, Matsumoto, Onuki, Seki, y Ushino.

Los trabajos de la temporada de 1985 se centraron en la continuación de las excavaciones en Huacaloma con el fin de aclarar la arquitectura de Huacaloma Tardío y de definirla mejor. Además, íbamos a prospectar la zona para encontrar más sitios del Formativo. Los miembros fueron: Terada, Onuki, Kato, Ushino, Seki, Kayoko Toshihara y Motoi Ishii. Toshihara era una estudiante de posgrado del Departamento de Arqueología de la Universidad de Tokio, e Ishii estudiante de posgrado del Departamento de Antropología Cultural, interesado en realizar investigaciones antropológicas en las sociedades rurales actuales en Cajamarca. De Lima llegó Hernán Carrillo Bustamante para participar en las excavaciones de Huacaloma. Desde agosto hasta setiembre participó en Huacaloma Isabel Cornejo, arqueóloga graduada de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Jorge Sachún Cedeño nuevamente fungió como supervisor.

En Huacaloma hubo la necesidad de seguir en la zona trabajada en 1982 con el fin de aclarar la situación de la escalera tapada por escombros. Al retirarlos se descubrió un muro de contención muy bien conservado de casi cuatro metros de altura. Ahí también topamos con una entrada. En su interior la escalera pasa por debajo del muro para salir en la segunda plataforma después de doblar en ángulo recto. Rocas grandes talladas fueron colocadas sobre los muros laterales de la escalera, transformándola en una galería subterránea escalonada.



El muro de contención y la entrada de la galería escalonada.

Con ello obtuvimos un panorama completo. El montículo de Huacaloma fue elevado tres veces durante la fase Huacaloma Tardío. Los tres muros escalonados de contención corrían en dirección norte-sur mirando hacia el este. El primer conjunto de plataformas fue cubierto con escombros para construir el segundo conjunto, y este fue cubierto para construir el tercer y último conjunto. El muro más bajo tiene una entrada para la escalera de galería. Esta escalera en forma de L conduce a la plataforma intermedia y después dobla en ángulo recto y se convierte en una escalera abierta que lleva a la plataforma superior, donde parece haber existido una serie de cuartos decorados con relieves y pinturas murales de varios colores. En el fin de la fase Huacaloma Tardío, todas estas fueron destruidas y tiradas frente al muro de contención, donde se encontraron muchos fragmentos.

Esta superposición de plataformas se parece a la de los templos precerámicos de Kotosh, llamada «renovación del templo» por Izumi y Matsuzawa; pero en Huacaloma, las construcciones anteriores no fueron enterradas sino destruidas para edificar encima el nuevo conjunto de arquitectura de carácter ceremonial público, lo que sugiere una «renovación del templo» probablemente relacionada con un cambio social. Definí este fenómeno como sigue:

La renovación de las construcciones ceremoniales es notable desde el Precerámico hasta el final del período Formativo. Aunque no se sabe lo que causaba la renovación, se puede inferir por el resultado, dado que la renovación necesitaba la mano de obra cada vez más numerosa, una cantidad de alimentos y bebidas cada vez más grande, la organización de trabajos se hacía cada vez más complicada, y el esfuerzo de elaboración de la arquitectura y su decoración, cada vez más laboriosos. En total, la renovación promovía el desarrollo económico, tecnológico e ideológico, y también el intercambio entre la costa y la sierra. La renovación dio a la sociedad una sensibilidad aguda a cualquier novedad y nuevas ideas que sirvieran para la perfección del nuevo templo (Onuki 1993, pp. 92-93).

Mientras que las excavaciones avanzaron en Huacaloma, realizamos viajes de prospección con Kato e Ishii. Entre el 29 de junio y el 11 de julio, partimos rumbo a Cerro Mulato, cerca de Chongoyape, y de ahí a Santa Cruz. En Catache visitamos la Huaca Munana 1, 2 y 3, donde recogimos tuestos del Formativo que se parecían a los de la fase de Huacaloma. En Santa Cruz solo encontramos un sitio al costado de la carretera llamado El Silverio, sin arquitectura visible, pero con cerámica del Formativo. De Santa Cruz nos fuimos a Cutervo y luego a San Andrés de Cutervo, donde visitamos una gruta grande sin evidencias del Formativo. Regresamos a Cajamarca después de visitar Chota y Bambamarca.

Entre el 16 y el 24 de julio partimos rumbo a Cerro Blanco, cerca de Kuntur Wasi, en la misma cresta que baja de San Pablo, la capital de la provincia. Fue Jorge Sachún Cedeño quien nos indicó este sitio. Recogimos cerámica de las fases Huacaloma Temprano y Tardío. Luego pasamos a Trujillo para ver Usquil y Lucma, pero no encontramos lo que buscábamos y regresamos a Cajamarca.

El resultado más prometedor de estos viajes fue Cerro Blanco, donde excavamos un sondeo que reveló las mismas fases que en Huacaloma, con la excepción de la fase EL y de la cerámica característica de Kuntur Wasi. Esto nos dejó con el problema de colocar cronológicamente al sitio Kuntur Wasi. Decidimos concentrar nuestro proyecto en Kuntur Wasi, pero antes quedaron unos trabajos en Huacaloma.

En el mes de septiembre de 1987, tuvimos que lamentar el fallecimiento de Terada, pero al año siguiente pudimos regresar a Cajamarca con Ushino, Matsumoto y Seki; de parte de los peruanos participó Alicia Narro León. En los tres años de nuestra ausencia la situación política había cambiado, y Marcela Olivas Weston dirigía el INC Cajamarca, pero en agosto fue reemplazada por Eldy Toro López. También nos mudamos a una casa cerca de la base Zepita del Ejército. Asimismo, la nueva moneda era el inti; en el mes de mayo un dólar equivalía a 177 intis, y la inflación avanzaba rápidamente. Hubo apagones cuya causa fue atribuida a los terroristas. Felizmente Cajamarca se encontraba lejos de atentados del terrorismo, pero había una angustia constante. Una medianoche escuchamos muchos disparos en la cercana base militar. Apagamos todas las luces de la casa y nos quedamos silenciosos y temerosos por más de una hora. Al día siguiente, nos fuimos con los vecinos, preocupados, a la policía de Baños del Inca. Los policías estaban muy molestos, y nos enteramos de que los disparos se debían a saludos de los soldados por los cumpleaños del comandante o de alguien de alto rango sin haberse molestado en dar avisos previos.

Se excavó en tres sectores de Huacaloma, uno como ampliación del muro de contención con la entrada lateral a cargo de Ushino. Seki se encargó de la parte sur entre dos montículos de M-1 y M-2, y Matsumoto se fue al M-2. En su totalidad los trabajos iban a aclarar la dimensión total del conjunto de plataformas durante la fase Huacaloma Tardío.



Huacaloma en 1988.

Se retiró una enorme cantidad de escombros frente al muro de contención con la entrada lateral. La cerámica encontrada pertenecía a la fase Huacaloma Tardío, y vimos que la cara noreste de la plataforma tenía tres muros de contención escalonados con una altura total de casi 8 metros, y 130 metros de largo de norte a sur. Detectamos las esquinas del norte y del sur en sondeos y Matsumoto encontró otra del sur en el montículo M-2. Quedaba por confirmar si las dos esquinas del sur estaban conectadas con un solo muro o con varios. Una trinchera en la parte baja entre dos montículos reveló que había un muro de contención de piedras grandes bien labradas, de 115 metros de largo, que conectaba las dos esquinas y formaba el límite sur de la plataforma grande. Las dimensiones de la plataforma eran de 130 por 115 metros, con la escalera principal en el lado noroeste con orientación hacia la depresión grande. Esta puede haber formado una plaza hundida rodeada por tres plataformas.



El muro de contención de la plataforma.

Este conjunto cubría las construcciones de la fase Huacaloma Temprano. Se excavó una serie de cuartos pequeños de esta fase en la parte sur que interpretamos como residencias. Esto significa que el templo sobre la plataforma finamente acabada estaba asociado a casas que mostraron evidencia de renovación, lo que recuerda la construcción de los templos de Kotosh.

Una segunda excavación en Kolguitín a cargo de Seki confirmó la secuencia de Huacaloma Temprano, Huacaloma Tardío, EL, Layzón y Cajamarca. Con todo ello había consolidado la cronología general del valle de Cajamarca gracias a las excavaciones en Huacaloma, Layzón, Kolguitín, Huacariz, Amoshulca y Wairapongo. Puede haber cambios en el futuro, pero probablemente estos serán de orden menor.

## 5. EXCAVACIONES EN KUNTUR WASI

Como ya se mencionó en el capítulo anterior, sentimos la necesidad de ampliar nuestro conocimiento del Formativo en Cajamarca y tuvimos buen éxito en Cerro Blanco, pero la relación entre Kuntur Wasi y Huacaloma se impuso como tema principal.

Kuntur Wasi era ya un sitio conocido. Fue investigado en 1946 por Pablo Carrera, Cirilo Huapaya, René Candela y José Casafranca —todos discípulos de Julio C. Tello—, quienes excavaron una trinchera en la parte central de la cima del cerro donde encontraron varias esculturas líticas, dos de ellas *in situ* sobre las escaleras de la plaza hundida, aunque se desconocía el contexto. Estas piedras las interpretaron como dinteles, una interpretación que se mantuvo hasta nuestra excavación en 1988. En la terraza del lado sur ellos encontraron una tumba con botella de asa estribo asociada con dos objetos de oro. Rebeca Carrión Cachot publicó el resumen del trabajo en 1948 (Carrión Cachot 1948). Un equipo alemán dirigido por Michael Tellenbach hizo un plano topográfico de la parte de la cima de Kuntur Wasi en 1982 y 1983 (Ulbert y Eibl 1985). Este mapa nos sirvió mucho en nuestras excavaciones; además, en este ya figuraba la presencia de la plaza hundida en la cima.

Debido a estos antecedentes consultamos a varios arqueólogos peruanos para saber si estaban de acuerdo con nuestro proyecto. La respuesta positiva de Luis G. Lumbreras fue decisiva para nosotros, y empezamos la preparación de un proyecto de tres años en 1987.

Kazuo Terada iba a jubilarse de la Universidad de Tokio en marzo de 1989, por lo que me eligieron como director del nuevo proyecto que debía haber empezado en 1988, pero naturalmente Terada iba a tomar la dirección en el Perú. Un día de julio, sin embargo, se sintió muy mal del abdomen y fue internado inmediatamente. No regresó del hospital hasta el día 5 de septiembre, cuando falleció a la edad de 59 años. Le habían detectado cáncer del intestino en febrero y las metástasis se habían extendido al hígado.

Partimos al Perú en 1988 y llegamos a Lima en la última semana de mayo. Los colegas nos recibieron con el cariño de siempre, e Hilda Vidal Vidal nos ayudó con los trámites en el INC. También organizó un almuerzo de bienvenida en el Centro Cultural Peruano Japonés el 10 de junio, donde se reunieron más de cincuenta amigos y colegas como la señora Rosa Miyoko de Amano, la señora Isabel Larco, y arqueólogos como Rosa Fung Pineda, Duccio Bonavia, Ramiro Matos, Isabel Flores, Carlos Guzmán, Alberto Bueno, Carlos Elera, Jorge Silva, Arturo Ruiz, Miguel Pasos, Carmen Gabe, Peter Kaulicke, Krzysztof Makowski, entre otros. La oficina del INC estaba en la Quinta Molino de Presa en el Rímac y el Museo de la Nación estaba en el plan de ocupar el edificio del Ministerio de Pesquería en la avenida Javier Prado Este bajo la dirección del doctor Fernando Cabieses. Luis G. Lumbreras terminaba la preparación del informe de la Galería de Ofrendas de Chavín de Huántar, y los dibujos de la cerámica nos dieron una gran sorpresa.



Miembros de la misión de 1988. De izquierda a derecha, Ushino, Matsumoto, Rosa de Amano, Onuki, Kato, Sawahata, Seki, Misaki, e Inokuchi.

En 1988, el proyecto tenía dos objetivos. El primero era la excavación de Kuntur Wasi, y el segundo la continuación de los trabajos en Huacaloma. El equipo se compuso de los siguientes integrantes: Yasutake Kato y Kinya Inokuchi para excavar en Kuntur Wasi; Tsuyoshi Ushino, Ryozo Matsumoto y Yuji Seki para excavar en Huacaloma; Noriko Sawahata y Kanako Misaki para trabajos de gabinete en Cajamarca; Rosa Fung Pineda, Lucénida Carrión Sotero y Muriel Pozzi-Escot para trabajar en Kuntur Wasi, y yo tomaba el cargo de dirección del trabajo en los dos sitios. Por un tiempo más reducido llegaron Takeshi Inomata (estudiante de posgrado de la Universidad de Tokio, y hoy es profesor de la Universidad de Arizona, dirigiendo las excavaciones en el sitio Seibal de los Mayas en Guatemala), Emilia Cortés (conservadora de Colombia) y Satoko Ishida (pintora japonesa) para trabajar en Kuntur Wasi, y Alicia Narro León, en Huacaloma.

En la primera semana de agosto nos enteramos del cambio de la directora del INC, lo que dejó a Marcela Olivas Weston sin trabajo. La invitamos a Kuntur Wasi, donde se quedó por tres semanas. Después tuvo que regresar a Lima por la enfermedad de Fernando Silva Santisteban.

Alquilamos cuartos de algunas casas de los pobladores de La Conga, un pueblo de unas cien casas y anexo de San Pablo, capital de la provincia. Uno de los habitantes más viejos, Néstor Correa, nos ayudó en la búsqueda. No había luz en el pueblo. Unas casas se abastecían de agua potable de un manantial detrás de Cerro Blanco. La casa de Guillermo Quiroz nos proporcionó el agua, y la casa de Absalom Deza se convirtió prácticamente en un restaurante con su esposa Aurora cocinando para nosotros. El servicio higiénico era otro problema. La casa de Olinda Suárez tenía el baño fuera de la casa y Rosa Fung, Lucénida y Muriel ocuparon un cuarto de su casa. Las pulgas horribles nos atacaban día y noche. Tuvimos que levantar una muralla de insecticida alrededor de la cama pero parecía que las pulgas tenían una especie de fuerza aérea haciendo caso omiso de nuestra tecnología neolítica.

Kato e Inokuchi partieron rumbo a Kuntur Wasi el 28 de junio, y luego me fui con Inomata. Inomata se había especializado en la arqueología maya de Honduras, donde había trabajado como miembro de la misión japonesa en un proyecto de JICA (Japanese International Cooperation Agency) por dos años. Tenía una beca de la Universidad Vanderbilt en los Estados Unidos y vino a Kuntur Wasi para quedarse por un mes antes de iniciar su beca.

Menos de una semana después de nuestra llegada, Inomata e Inokuchi se enfermaron del estómago y tuvieron que regresar a Cajamarca, pero se recuperaron después de unos días. De este modo las excavaciones en Kuntur Wasi se iniciaron a principios de julio.

Unos días después llegaron Rosa Fung Pineda, Lucénida Carrión Sotero y Emilia Cortés, y luego Muriel Pozzi-Escot. Ellas se encargaron de la excavación de la escalera que conectaba la primera terraza con la segunda terraza, mientras Inomata tomaba la parte baja de la escalera principal de la fachada, y Kato e Inokuchi se encargaban de la trinchera transversal en el centro de la cima, en dirección noroeste a sureste.

En Fiestas Patrias viajamos a Kuélap, y a nuestro regreso Abraham Zevallos, un estudiante de Lima, nos dio una mala noticia. El día 2 de agosto, muchos habitantes de San Pablo, en compañía de su alcalde, llegaron al sitio de Kuntur Wasi y ocuparon la cuesta de la fachada. Se trataba de unos treinta ronderos de Callancas, a casi 10 kilómetros al oeste de San Pablo, que cargaron una caja de dinamita. El alcalde se dirigió a nosotros con las siguientes palabras: «Kuntur Wasi es el monumento más importante de la provincia de San Pablo que hemos protegido contra la huaquería. Hace años unos arqueólogos excavaron ahí y encontraron oro y otras cosas preciosas. Se las llevaron a Lima y no nos dieron nada. Ahora vinieron los japoneses. Ellos nos

están dominando económicamente y ahora invaden nuestra cultura. En el siglo XXI nos dominarán militarmente con bombas atómicas. Tenemos que frenarlos. Tenemos que revisar todas las cosas excavadas y obligarlos que dejen todo en San Pablo».



Almuerzo en Kuntur Wasi. De izquierda a derecha, Kinya Inokuchi, Takeshi Inomata, Abraham Zevallos, Lucénida Carrión, Rosa Fung, Muriel Pozzi-Escot, y Emilia Cortés.

Respondí lo siguiente: «Desde 1958, siempre hemos respetado las leyes peruanas y las del patrimonio. Siempre trabajamos con el permiso del gobierno peruano. Aquí están presentes los arqueólogos peruanos. En caso de que ellos detectaran alguna irregularidad, el INC nos quitaría el permiso». A esto respondieron: «El gobierno local tiene la responsabilidad de proteger el patrimonio. No podemos dejar que los arqueólogos se lleven el tesoro de Kuntur Wasi ni a Cajamarca ni a Lima. No van a devolvérselo nunca». Y, al fin, gritaron: «Boten a los japoneses, vamos a quitarles el carro».

Ante esta situación no nos quedó otra cosa que aceptar la propuesta del alcalde. En un último intento les dije: «Aquí no hay ni luz ni agua suficiente para el trabajo de gabinete. Vamos a llevar el material a Cajamarca, y lo devolveremos después de terminar el registro». Pero los ronderos gritaron que esto era mentira, un engaño, etcétera. Finalmente dije en voz alta: «Somos japoneses, hijos de samurai. Las palabras de samurai se cumplen».

Se impuso un silencio que el alcalde aprovechó para proponer el traslado de los materiales a la municipalidad cada fin de semana; él se responsabilizaría de la custodia de los objetos. Tuvimos que acceder. Nos fuimos a la municipalidad, donde el alcalde hizo preparar el acta y firmamos, con la excepción de Rosa Fung. Desde ese entonces, cada viernes, hasta el fin de la temporada, llevamos todas las bolsas de objetos excavados a la municipalidad con su lista respectiva. Después de dos meses, el cuarto se había llenado de bolsas.



En conversaciones posteriores con el alcalde, este nos aclaró que tenía que mostrar su autoridad, porque sabía de rumores de muchos tesoros en Kuntur Wasi llevados al extranjero sin control alguno, lo que fortaleció a sus opositores políticos. Si bien comprendimos esta situación, tuvimos que dejar todo y postergar el trabajo de gabinete para el año siguiente.

A fines de setiembre terminamos con los trabajos. Nos visitaron Hernán Carrillo, Jonathan Palacios, Walter Tosso y un grupo de la Cámara de Comercio Peruano-Japonesa.

Las excavaciones de la trinchera transversal confirmaron la existencia de la plaza central, de la escalera en la fachada, y de la plataforma central. Muchos fragmentos de cerámica fueron clasificados y se obtuvo una tipología cerámica general. Asimismo, se detectó otra escalera entre las terrazas primera y segunda con una anchura de once metros.

El año siguiente Kato, Inokuchi, Lucénida Carrión y yo nos encargamos de las excavaciones, junto con Masato Sakai y Walter Tosso, mientras que en Huacaloma continuaron Ushino y Matsumoto; Seki iba a excavar en Kolguitín.

Kato y Seki adelantaron su viaje al Perú, y a principios de junio ya salía el permiso para Cajamarca y Kuntur Wasi. Fernando Cabieses fue nombrado nuevo director del INC. También se solucionó el problema de los vehículos: aún teníamos una camioneta del año anterior, otra se prestó del Museo Amano, y una tercera se alquiló de Mitsui Automotriz, que nos prestó un carro Starlet en forma gratuita gracias a la ayuda de Hiroshi Uno, Dairiku Takino y otros.

Tuvimos que colaborar también en el trámite de una exposición en el Japón, organizada por el Museo Amano, para la que se necesitó el permiso respectivo. Kato y Seki se ocuparon de estos asuntos, lo que causó un retraso en nuestra salida a Cajamarca.

Llegué a Cajamarca el 16 de junio. Saludamos a la directora Toro y a Fanny Urteaga. Ambas habían elaborado un proyecto ambicioso de un parque arqueológico de Huacaloma de muchas hectáreas, abarcando el sitio y sus alrededores. La idea no era mala pero ignoraba la presencia de las casas y chacras dentro del área planeada. Esto tendría que causar conflictos con los habitantes pero, pese a ello, las dos estaban optimistas. Los trabajos en Huacaloma y Kolguitín empezaron en la tercera semana de junio. Kato y otros partieron a Kuntur Wasi en la última semana de junio.

Pese al conflicto con las autoridades, creció un ambiente de confianza, de modo que la segunda temporada de la excavación de Kuntur Wasi empezó sin problemas. Además, ya se había perdido el interés en el asunto, porque lo único que se logró era obtener más cerámica. De inmediato nos ordenaron sacar las bolsas depositadas, ya que iban a necesitar el cuarto para otros fines. Las retiramos y alquilamos otros cuartos en La Conga como depósitos. Nunca más vino alguien para chequear las bolsas.

La cronología preliminar de 1988 fue corroborada con las evidencias arqueológicas de esta campaña. Las fases Kuntur Wasi y Copa eran nuevas y las construcciones grandes correspondían a ellas. Se aclaró la forma de «U» con la plaza hundida cuadrangular de la fase Kuntur Wasi remodelada en la fase Copa. La trinchera abierta en la parte exterior al sureste de la Plataforma Central se extendió y parecía que había otra plaza hundida con la escalera de piedras labradas. Pero se presentó otro problema. Se detectó por lo menos una fase más antes de la construcción del complejo ceremonial de la fase Kuntur Wasi. El nivel de un piso de tierra blanca fuera de la Plataforma Central estaba a unos centímetros por debajo de la base de las piedras del muro de contención de dicha plataforma. Luego definimos que este piso se extendía por debajo de la Plataforma Central. Retiramos el relleno de la plataforma y encontramos otra construcción con enlucido blanco. Por lo tanto, la plataforma cubría otro edificio, totalmente enlucido en blanco, con material de la fase Cerro Blanco.

Este edificio era una plataforma hecha de piedras con grueso revoque blanco en el que se apreciaban tres áreas circulares de 1,5 metros de diámetro de color oscuro, por lo tanto, es muy plausible que se tratara de pozos excavados en el piso y hechos en el proceso de cubrir el edificio blanco para construir la nueva plataforma.

Después de retirar la tierra del primer pozo por cerca de una semana sin encontrar nada, se llegó a la profundidad de dos metros. Ahí se registró una acumulación de piedras rústicas en forma de muro con una cavidad detrás de la misma.

Fue en la tarde del 14 de septiembre cuando se encontraron restos óseos humanos, con sus objetos asociados, dentro de una bóveda detrás de las piedras en un pozo. Se trataba de un pozo funerario con cámara lateral, llamada A-Tm 1, que resalta por el hallazgo de una corona de oro bien elaborada sin huellas de oxidación y con su brillo original. Tiene catorce caras humanas colgantes en ventanitas de forma hexagonal, por lo que le llamamos «Corona de oro de 14 caras». Una cerámica asociada era una botella de asa estribo con cuerpo modelado en forma de un águila estilizada, pintada en rojo y blanco. Tres trompetas de *Strombus* se encontraron cerca de los pies, una con un diseño inciso muy gastado. Se descubrió la tumba hacia las tres de la tarde y terminamos el trabajo a las ocho de la noche.

El día siguiente excavamos los dos pozos restantes y esta vez avanzamos rápido. Abrimos A-Tm 2 y encontramos restos humanos mal conservados, asociados con asombrosos objetos de oro, como una corona con cinco caras de jaguar, un par de placas rectangulares y un par de objetos con decoración repujada figurativa. La corona se encontró al pie y tenía huesos fragmentados del cráneo dentro de su semicírculo. Los otros objetos los interpretamos como colgantes y pectorales, pero luego preferimos pensar en narigueras y un par de aretes. Fuera de la botella hubo tiestos que no se dejaron restaurar para saber la forma original. Una esquina de la base de la corona estaba cortada y no se encontró la pieza faltante.



Tumba A-Tm1.



Corona de oro de 14 caras.

Dejamos la tercera tumba sin excavar para esperar la presencia de un representante del INC. Informamos personalmente al INC Cajamarca, y el 20 de septiembre volvimos a Kuntur Wasi con la directora del INC Cajamarca y dos funcionarios, Manuel Silva y Fany Urteaga Sánchez. Asistieron también Alicia Narro León y un aficionado de la fotografía, Víctor Campos, viejo amigo nuestro y miembro principal de la Asociación de Artistas Aficionados de Cajamarca. Con la presencia de estas personas abrimos la tumba A-Tm 3, que era para el entierro de un hombre relativamente joven, con dos orejeras de oro y una botella de asa estribo de color negro. En el campamento les mostramos los objetos de las tumbas anteriores. También mostramos todo el material al alcalde provincial de San Pablo y a las autoridades y a las demás personas que lo acompañaron. Pese a ello, no recibimos órdenes o sugerencias de parte del INC. La noche del 20 de ese mes asistimos a una reunión convocada por el alcalde de San Pablo para hablar sobre el destino de estos objetos ahora llamados «el tesoro». Fue el comienzo de un largo proceso que nos ocupó fuera de las excavaciones.

El 26 de septiembre se inauguró una exposición pública en el Colegio Nacional de San Pablo, a sugerencia del alcalde. Llegaron Eldy Toro, directora del INC Cajamarca; Isabel Flores, Inspectora del INC de Lima; y Germán Peralta, asesor especial de Cultura del Presidente de la República. El alcalde hizo anunciar el acontecimiento por radio y acudieron muchos de varios pueblos de la provincia de San Pablo. El asesor del presidente y las representantes del INC elogiaron nuestro trabajo y la buena colaboración de la municipalidad, pero luego se fueron sin avisos ni órdenes para nosotros.

Después de varias reuniones locales y regionales, llegamos a la conclusión de dejar todos los objetos áureos en la bóveda de la municipalidad hasta el año siguiente. El 29 de setiembre nos llegó la orden del traslado a Cajamarca. El primero de octubre, el alcalde y otras personas llegaron con banda musical y los habitantes de Kuntur Wasi, con sus vestidos más finos, colocaron las cajas con el tesoro sobre la pizarra prestada de la escuela, cubierta de un mantel blanco, y se inició la marcha ceremoniosa. Las cajas fueron colocadas en la bóveda, la cerraron y se entregó la llave al comité de museo de Kuntur Wasi. Fue la hora de nuestra partida de Kuntur Wasi.

En Lima, nos enfrentamos a una queja del INC por no haber entregado las piezas de oro al INC sino a la Municipalidad Provincial. Presentamos el informe detallado de todos los acontecimientos al director Cabieses, quien entendió la situación y consideró que esto era un asunto del gobierno. Se comprometió a enviar a un funcionario cajamarquino a San Pablo para solucionarlo. Más tarde vimos a Rogger Ravines, de la Dirección de Arqueología del INC, que era cajamarquino, y le entregamos una copia del informe. Ravines lo leyó y al enterarse de la idea de su director nos dijo que se declararía enfermo para evadir esta orden. Así nada pasó en el INC.

Por haber excavado solo parte del edificio blanco, quedaba la posibilidad de encontrar otras tumbas asociadas. Por ello solicitamos un presupuesto de emergencia al gobierno del Japón. Con este subsidio, y un nuevo permiso, volvimos a Kuntur Wasi. El equipo se compuso con las siguientes personas: Kato, Seki, Inokuchi, Sakai, Hirofumi Matsumura —antropólogo físico—, Naomi Miyagami y Mari Nagatani —ambas estudiantes del posgrado de la Universidad de Saitama— Walter Tosso y Onuki.

Ampliamos la excavación y encontramos A-Tm 4 en el piso del edificio blanco. Esta tenía una enorme cantidad de chaquiras de piedras de sodalita y crisocola, y de *Spondylus*. Encontramos un pequeño colgante y unas diez pequeñas láminas cortadas en forma de ave, todas de oro. Como cada ave tiene dos huecos pequeños, estas láminas deben haber sido pegadas sobre algún tejido o vestido.

Encontramos otra plataforma baja con cuartos pequeños, con una tumba de poca profundidad en uno de ellos (A-Tm 5). Mientras que hubo cinabrio y metal en todas las cuatro tumbas, esta solo tenía un collar y dos discos óseos, así como dos discos de cobre. Por la buena conservación de los huesos se apreció que el cráneo había

recibido un golpe letal; el entierro fue, pues, un sacrificio, por lo que se le llamó «Tumba del Sacrificio».

El cuarto referido tenía decoración mural de relieves y pinturas. Una representación en alto relieve se había salvado por haberse encontrado boca abajo. Tiene cuerpo humano y cara de felino con colmillos cuadrados y los ojos excéntricos. Las partes del cuerpo y las alhajas estaban pintadas de rojo, negro, amarillo, verde y rosado. La cerámica asociada corresponde a la fase Cerro Blanco. Para diferenciarla de la fase en Kuntur Wasi se la denominó fase Ídolo, debido a la imagen que los lugareños llamaron de esta manera. Por tanto, estas plataformas se construyeron en la fase Ídolo y fueron destruidas y cubiertas por la nueva plataforma de la fase Kuntur Wasi. Con ello se consolidó la cronología: inicio con la fase Ídolo, seguida por las fases Kuntur Wasi, Copa y Sotera. Las plataformas de la fase Ídolo se construyeron sobre el suelo estéril, lo que significa que la fase Ídolo constituye la primera ocupación de la cima del cerro La Copa, mientras que la primera ocupación de Cerro Blanco ocurrió en la fase La Conga, que precedía a la fase Cerro Blanco. Durante la fase La Conga, por lo tanto, el sitio Kuntur Wasi aún no existía. Por otro lado, en Cerro Blanco no aparecen dos fases, Kuntur Wasi y Copa, justo cuando Kuntur Wasi se había convertido en un centro ceremonial de gran escala.

Hubo otro incidente relacionado con los objetos de oro. Cuando Kato y Seki llegaron a Kuntur Wasi, el llamado tesoro ya no se encontraba en la municipalidad, sino en manos del comité para el museo del pueblo Kuntur Wasi. Iba a haber otro alcalde a fines de 1989, y el alcalde saliente incitó a los pobladores a que guardaran el tesoro en el pueblo ya que, según él, no se podía confiar en el nuevo alcalde y su equipo. Enterados de ello, los miembros del comité escondieron el oro en la casa de un poblador y no querían mostrárselo ni a la directora del INC Cajamarca ni al arqueólogo Federico Kauffman Doig. A Kato y Seki, sin embargo, entregaron el material. El nuevo alcalde y la municipalidad se mostraron amigables con nosotros y pudimos terminar con los trabajos sin otro incidente.

Nos preocupamos, sin embargo, por el destino del tesoro después de nuestra salida. Nos reunimos con el pueblo para discutir la construcción de un nuevo museo en Kuntur Wasi, que íbamos a tratar de financiar con una exposición de las piezas en el Japón, por lo que era necesario llevar las piezas a Lima. Nos comprometimos a devolverlas al pueblo después de nuestro regreso. Hubo una comunicación fluida con la alcaldía de San Pablo y obtuvimos su apoyo para el proyecto.

Queríamos llevar las piezas personalmente en nuestra camioneta y preparamos el documento de entrega de las piezas al INC de Lima cuando la fiesta de despedida llegó a su auge. El siguiente día, 24 de agosto, Kato, yo y nuestro chofer Luis Alcántara Huamán íbamos a salir, pero nos pararon personas de la municipalidad

pidiendo la entrega de las piezas. Enterados de nuestra salida, se habían comunicado con la comisaría de Chilete y el INC Cajamarca. La policía nos esperó en Chilete y nos ordenó ir a Cajamarca con un policía. Llegamos a Cajamarca y la directora nos comunicó una orden del INC de Lima para que entregáramos las piezas al INC Cajamarca, pero el policía de Chilete se opuso a la entrega inmediata al INC sin la presencia y la autorización de la comisaría de Cajamarca como testigo. No se pudo encontrar ni al coronel ni al capitán por el refrigerio, y nadie sabía dónde almorzaban. Tuvimos que esperar, pero aproveché para llamar a Lima tratando de comunicarme con el nuevo director del INC, Elías Mujica. En ese entonces la comunicación telefónica en las provincias era pésima. Después de esperar por más de media hora, me comunicaron y tuve la suerte de hablar con Mujica directamente. Me dijo que no había tal orden de entrega y se comprometió a dar la orden del transporte a Lima. Después de una o dos horas sonó el teléfono en la oficina del INC. Era Mujica, y la directora de Cajamarca consintió.

Algo aliviados, buscamos un avión para Lima. Logramos conseguir un vuelo para el día siguiente y reservamos tres asientos para Lima. Supimos que Manuel Silva, un arqueólogo del INC Cajamarca, iba a viajar a Lima para tomar vacaciones con su familia en el Cuzco. Le pedimos que viajara con nosotros y, de esta manera, garantizara el transporte de las piezas como funcionario del INC. Además, teníamos tres cajas de cartón de piezas como equipaje de mano, por lo que era mejor viajar con tres personas. El día siguiente, por la mañana, esperamos en el aeropuerto. Manuel llegó tarde y, ante nuestra desesperación, cargó dos mochilas atrás y adelante de su cuerpo, tenía dos grandes canastas en ambas manos, por lo que nos pareció como una de esas figuras de ekekos de la sierra sur. Con tanto equipaje ya no quedaba espacio para la caja de oro. Felizmente los pilotos y trabajadores de la compañía de avión nos ofrecieron ayuda buscándonos un espacio especial para las cajas. Por fin llegamos a Lima y el tesoro entró al depósito del Museo de la Nación.

Mientras preparamos la exposición en el Japón, se hizo otra en el Museo de la Nación que se inauguró el 26 de octubre. Primero habló Luis G. Lumbreras, el nuevo director del Museo de la Nación, y después el embajador japonés, Masaki Seo. Asistieron la ministra de Educación, Gloria Helfer, y los embajadores de varios países como Estados Unidos, Alemania, Austria, India, República Dominicana y Ecuador. Naturalmente hubo muchos arqueólogos peruanos, como Rosa Fung, Lucénida Carrión y Enrique González Carré, colega de Kotosh, quien recién regresó a Lima para tomar el cargo en el INC, después de haber pasado más de veinte años difíciles en Ayacucho.

En 1991 los objetos de las tumbas especiales se fueron al Japón con permiso del gobierno peruano. En 1992 se realizó la exposición de Kuntur Wasi en Tokio, y

empezamos a recaudar fondos para la construcción del museo. Nos enteramos del asesinato de dos pobladores de Kuntur Wasi, posiblemente a manos de terroristas. Uno de ellos era Néstor Correa, quien nos había ayudado desde 1985; su presencia había sido un gran apoyo para nosotros.

En diciembre de 1992 realizamos el simposio internacional «El Mundo Ceremonial Andino», en el Museo Nacional de Etnología en Osaka, Japón, que fue auspiciado por la Fundación Taniguchi, y publicamos los estudios de participantes (Millones y Onuki, ed., 1993; 1994).

En 1993 la exposición pasó por diferentes ciudades del Japón. Además, se inició un nuevo proyecto en Kuntur Wasi. El equipo de esta campaña fue integrado por Onuki, Kato, Seki, Inokuchi, Sakai, Miyagami, Etsuo Hasegawa y Sawako Tokue —ambos estudiantes del posgrado de la Universidad de Tokio—, Walter Tosso y Elmer Atalaya.

Se descubrió la escalera de acceso a la plataforma desde la plaza hundida cuadrangular y se encontró otro monolito in situ en la escalera. Tiene color blanco y lleva el diseño de una cara felínica como los otros dos monolitos, con los ojos enroscados con cola de serpiente. Esperábamos que tuviera los ojos cuadrados, pero no era así, de modo que tres de los cuatro monolitos de la plaza central tienen los ojos redondos y solo uno tiene los ojos cuadrados.



El monolito blanco en la escalera.

Seki y Atalaya excavaron el sitio La Bomba al oeste de Quindén, en la orilla derecha del río Jequetepeque. Encontraron una serie de plataformas escalonadas con la asociación de la cerámica del estilo Montegrande y de la fase La Conga, y una tumba de la misma fase.

Ese año también empezamos con el plano arquitectónico del Museo Kuntur Wasi, y se organizó la Asociación Cultural Kuntur Wasi, debidamente inscrita en el registro público de Cajamarca.



Plaza Circular de la fase Kuntur Wasi.

En 1994 continuaron las excavaciones arqueológicas con los miembros del año anterior. Los trabajos se concentraron en la Plaza Circular.

La construcción del Museo Kuntur Wasi empezó en el mes de mayo, y en septiembre regresaron todos los objetos de oro a Kuntur Wasi. El museo se inauguró el 15 de octubre con la presencia del Presidente de la República, Alberto Fujimori; el director nacional del INC, Pedro Gjurinovich; el embajador del Japón, Nobuo Nishizaki; el alcalde de la provincia de San Pablo, Carlos Alfaro Chávarri; la directora del Museo Amano, Rosa Miyoko de Amano; el representante de Mitsui del Perú, Dairiku Takino; y otras personas de Lima, Cajamarca, San Pablo y Kuntur Wasi. Asistieron Rosa Fung y Lucénida Carrión también. La televisión del Japón NHK, bajo la dirección de So Ozawa, filmó un programa documental que fue emitido en Japón en enero de 1995.

Los ocho objetos de oro fueron entregados al Presidente en la ocasión de la inauguración. Luego se les trasladó al Museo de la Nación por motivos de seguridad y se colocaron réplicas en la exposición, mientras que hubo otros objetos originales en el Museo Kuntur Wasi.

En 1995 nos dedicamos al trabajo de gabinete. Inokuchi y Atalaya hicieron una breve prospección de los sitios formativos en el valle de Zaña. Por otro lado, en el Museo Kuntur Wasi se recibió la visita del nuevo embajador del Japón, Morihisa Aoki, y su esposa Naoko. Atalaya y Watanabe llegaron a Kuntur Wasi para recorrer sitios alrededor de San Pablo.

Entre los años de 1996 y 2000, se excavaron las zonas del oeste y suroeste de la Plataforma Principal. Durante la excavación de la Plataforma Suroeste, se encontraron tres tumbas de la fase Copa, dos de ellas con objetos de oro. La tercera se encontraba muy destruida, pero contenía una botella de asa estribo con cabeza de ave. Los tres entierros tenían cinabrio y cerámica de la fase Copa. Otra tumba más



fue encontrada poco después. Una botella de asa estribo modelada en la forma de rana estaba asociada a un pectoral de oro. Esta era más temprana y fue destruida por las tumbas posteriores de la fase Copa.

En 1997 se excavó otro entierro en una plataforma al oeste de la Plataforma Central. Es la tumba B-Tm 1 en la que el individuo estaba en posición ventral flexionada en una cámara lateral, asociado a objetos de oro sorprendentes. Se trata de dos pares de aretes grandes, un par de orejeras, y una corona. Aparte de ellos, hay un collar de crisocola y cuatro ceramios. Esta tumba, construida durante la fase Kuntur Wasi, tenía la forma de bota con cámara lateral de baja altura, y fue parcialmente destruida al momento de construir una nueva plataforma de la fase Copa.



Tumba B-Tm 1.

Ampliamos las excavaciones para definir las arquitecturas de las fases Ídolo, Kuntur Wasi y Copa. Se encontró una plataforma con escalera de la fase Ídolo por debajo de la Plataforma Este y hubo evidencias de renovaciones, tanto en la plataforma como en la escalera, durante la fase Ídolo. Precisamos las características arquitectónicas de cada fase y recogimos más material, sobre todo tiestos de un total calculado de 50 toneladas acumuladas desde 1988.

El equipo de estos años estuvo conformado por: Yoshio Onuki (director), Yasutake Kato (codirector), Yuji Seki, Kinya Inokuchi, Masato Sakai, Kazuharu Mine (antropólogo físico), Walter Tosso Moreno, Elmer Atalaya Huerta y Héctor Saldaña Díaz. Los estudiantes posgraduados del Japón eran: Etsuo Hasegawa, Shinya Watanabe, Sawako Tokue, Yoko Usami, Eisei Tsurumi, Koichiro Shibata, Tatsuya Murakami, Shigeru Takeuchi, Yuriko Kawakubo, Naoki Nakajima, Yoshiko Tsuji, Emiko Torii, Yuko Ito, Masaki Doi, Maya Murakami, Gentaro Miyano, Akiko Asaoka, Mari Nakamura, Ken Hirota, Yuichi Matsumoto y Yoshifumi Sato.

Al mismo tiempo se incrementó el número de colegas peruanos, arqueólogos licenciados y recién graduados, quienes participaron por un tiempo, largo o corto, en diferentes partes de la excavación y análisis de materiales. Ellos fueron: Milton Luján Dávila, Álvaro Ruiz, Raúl Cholán Hernández, Úrsula Muñoz Bullón, Lurica Hayakawa Coronado, Nelly E. Martell Castillo, Regina Abraham Fernández, Rafael Valdez Velásquez López, Roberto Samán, Mario Millones, Juan Ugaz y otros.

Con todos ellos llenamos el comedor del campamento más de una vez. También contribuyeron en la tarea visitantes como Peter Kaulicke, Walter Alva y su familia, Duccio Bonavia, Richard Burger y Lucy Salazar, y otros colegas además de grupos y personas del Japón.

Quisiera destacar a dos personas que trabajaron todo el tiempo para nosotros: Luis Alcántara Huamán, nuestro chofer, y Violeta Caba, cocinera y ama del campamento. Más allá de desempeñar sus tareas específicas, fueron valiosos compañeros que siempre supieron dar la mano cuando se les necesitaba.

## 6. EL PROYECTO UNESCO KUNTUR WASI 2000-2003

El museo ya podía recibir visitantes, pero aún llegaban pocos. Los resultados de las excavaciones no se podían ver por la obligación de taparlas, pero tanto los japoneses como los peruanos involucrados teníamos el deseo de dejar algunas partes expuestas con el fin de que los visitantes pudieran apreciar la suntuosidad de un templo remontándose al inicio de la civilización andina. Al norte de Chavín de Huántar, en Áncash, solo se conocen en la sierra unos pocos sitios como centros ceremoniales de la misma época, siendo los más grandes Pacopampa y Kuntur Wasi. Poder evaluarlos bien, por tanto, es de alta relevancia para la ciencia, la educación y también para el turismo.

Consultamos sobre la posibilidad de hacer el trabajo de restauración de una parte del llamado templo Kuntur Wasi, especialmente con el Ministerio de Relaciones Exteriores del Japón, cuyos funcionarios nos dieron la sugerencia de usar el fideicomiso para UNESCO. Gracias a la colaboración del INC, llegamos a conseguir el acuerdo de la UNESCO para encargarnos de un nuevo proyecto de restauración y conservación. El proyecto Kuntur Wasi de UNESCO se inició bajo la dirección y codirección de Onuki, Kato y Walter Tosso en 2000. Fuera de los mencionados, participaron Yuji Seki, Kinya Inokuchi, Kunio Watanabe —profesor de la Universidad de Saitama para la conservación—, Elmer Atalaya, Eisei Tsurumi, Kazuhiro Uzawa —para el análisis de los huesos de animales—, Yuichi Matsumoto, Taiga Wakabayashi —ambos posgraduados de la Universidad de Tokio—, Junya Nishio, Masanori Higuchi —posgraduados ambos de la Universidad de Saitama—, Héctor Saldaña Díaz, Roberto Samán Alvarado, Raúl Cholán Hernández —los tres licenciados de

la Universidad de Trujillo—, Milton Luján Dávila —licenciado de la Universidad Villarreal—, Úrsula Muñoz Bullón, María Elena Tord, Martha Palma Málaga — las tres eran entonces estudiantes de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en Lima—, y los conservadores Carlos Gamarra E. —en 2002— y Carlos Cano Núñez —en 2003— (Onuki, Tosso y Atalaya 2004).



Carlos Cano en trabajo de conservación, 2003.

Los objetivos del proyecto fueron los siguientes:

1. Excavar el templo y darle un tratamiento adecuado para su conservación al aire libre.
2. Restaurar la fachada principal en el lado noreste con los muros de contención y la escalera central.
3. Excavar el área fronteriza en la Plataforma Principal del centro ceremonial Kuntur Wasi.
4. Tratar los monolitos expuestos para protegerlos del daño medioambiental.
5. Limpiar la superficie en las zonas no excavadas y preparar dispositivos explicativos de la arquitectura escondida bajo la tierra.
6. Preparar réplicas para reemplazar los originales, los cuales serían expuestos en el museo.

Se logró cumplir con los objetivos 1 a 3 y 5, pero faltaban tiempo y estudios previos para los demás, es decir, para la conservación de esculturas ya expuestas a la intemperie por más de cincuenta años. Su valor es excepcional y solo comparable con los restos de Chavín de Huántar. Por tanto, su conservación y exposición son de alta prioridad para los estudios arqueológicos, así como para la educación y el turismo. Lamentamos, sin embargo, que no hayamos podido realizar la protección de los monolitos, debido a la falta de tiempo y presupuesto.

Escogimos, desde el principio, la parte central del llamado templo en «U» para la restauración y la conservación, ya que ocupa la parte central de la cima de la colina donde se hallaron las cinco tumbas especiales. También queríamos destapar toda la fachada frontal junto con la escalera central, y ya teníamos referencias concretas gracias a las excavaciones previas.

El grado de deterioro y el colapso parcial de la fachada, sin embargo, superaban nuestras expectativas, por lo que se requirió de más tiempo y esfuerzo de lo previsto. También hubo que desarrollar medidas concretas para la restauración y conservación de las paredes frágiles antes de la llegada de las lluvias. El conservador Kunio Watanabe se decidió por lo que llamamos «tierra-cemento», un mortero que evita la filtración del agua, que era el factor principal del colapso. También se instaló una reguera de drenaje en la cima de los muros.

Si hubiéramos tenido más información sobre el estado de los muros, habría sido posible elaborar estrategias alternativas, disponiendo de más tiempo y recursos, pero hubo que decidirse de inmediato para evitar más daños. Conviene remarcar que la «tierra-cemento» no equivale a hormigón, sino que se trata de tierra con un porcentaje reducido de cemento fácilmente reversible, con ventajas sobre el mortero de cal que Carlos Gamarra usó para consolidar el mortero de la fachada y una parte del muro de la Plaza Central de acuerdo a instrucciones de Ricardo Morales, quien visitó Kuntur Wasi durante el trabajo junto con Alfredo Narváez, el supervisor de UNESCO.

En 2003 vino, de Cuzco, otro conservador, Carlos Cano, quien aplicó otro tratamiento, al usar cal apagada con algunos materiales químicos y el mucílago de tuna que crece en abundancia en los alrededores del sitio.

En forma general no hubo problemas durante la ejecución del proyecto. Este hecho se debe a varios factores positivos:

1. Teníamos a nuestra disposición un enorme banco de datos acumulados desde 1988 en diez temporadas, cada una de tres meses, con un equipo de cinco a ocho especialistas y cinco a diez estudiantes de posgrado de Japón y del Perú. Las excavaciones efectuadas eran intensivas, minuciosas y extensas. Es evidente que el conocimiento y la experiencia del equipo ayudaron mucho a definir los objetivos y a llevar a cabo una operación efectiva de trabajo.
2. Contamos con una buena cooperación de la población local. La relación de confianza mutua se había establecido firmemente entre los arqueólogos y los habitantes locales que de buena gana ofrecieron su labor manual y su experiencia en las excavaciones arqueológicas. Conocimos tan bien a todos los obreros que el reparto de trabajos diferentes entre ellos resultó muy eficaz.

3. Las buenas relaciones con el INC de Cajamarca. Dicha institución es la autoridad más alta en los asuntos culturales en la región de Cajamarca y es una oficina regional del Instituto Nacional de Cultura del gobierno peruano. Como la relación entre arqueólogos del equipo y el INC de Cajamarca cuenta con más de veinte años, cada procedimiento se realizó sobre la base de la comprensión mutua.
4. La organización del equipo. Este se compuso de profesores japoneses con sus estudiantes. Desde el principio hubo comprensión mutua y confianza entre todos. Debe enfatizarse que la toma de decisiones se basaba en acuerdos democráticos y transparentes, incluyendo a los participantes peruanos que ya se habían hecho buenos amigos de nosotros desde hacía más de diez años, y siempre guardándose respeto a los mayores por parte de los más jóvenes.

Excavamos hasta el suelo estéril de la Plaza Central para proceder a su protección y conservación, y retiramos los escombros acumulados sobre las caras de la fachada principal. Lo hicimos a modo de excavaciones arqueológicas controladas. Presentamos el resumen de los resultados.

Se comprobó que la Plaza Central como se ve hoy fue iniciada en la fase Kuntur Wasi, pero se construyó sobre una plataforma de la fase Ídolo totalmente arrasada. Después de esta demolición se colocaron capas de cascajo y tierra para preparar el piso, y algunas de ellas directamente sobre el suelo estéril.

Encontramos tres pozos con artefactos debajo del piso de la plaza. El primer pozo, poco profundo, contenía 894 cuentas de piedra de un collar, cubiertas por cinabrio. Se ubica en el eje norte-sur de la plataforma de la fase Ídolo y estaba tapado por una laja de piedra, luego cubierta por enlucido que está en un nivel más alto, lo que indica que el pozo se hizo después de arrasar la plataforma de la fase Ídolo y antes de terminar con el piso de la fase Kuntur Wasi. Por ello, el Pozo 1 corresponde a la fase Kuntur Wasi y probablemente formaba parte del ritual previo a la construcción de la Plaza Central.

Dos pozos más se ubican frente a la escalera sur de la plaza, separados simétricamente hacia el este y el oeste. En sus bases yacían *Spondylus* y cuentas de piedra de color verde-azul. Aún ignoramos su objetivo y función. Podrían haber sido huecos de postes por su profundidad de casi un metro, pero no hay huellas de los postes, ni evidencias de que hubieran aplastado los objetos colocados en su fondo.

También se encontró un canal, hecho con muchas lajas delgadas de piedra caliza, que empieza por el centro de la plaza, corre hacia el noreste y sale afuera por debajo del muro este de la plaza. La dirección y el nivel de este canal sugieren que se conecta con otro canal encontrado en excavaciones anteriores, que corre detrás de este muro. Este se interpretaba como parte del conjunto de arquitectura de la fase Ídolo, de su

última subfase. Pero, como el inicio de este canal corresponde definitivamente a la fase Kuntur Wasi, tenemos que revisar los datos anteriores y modificar esta interpretación.

El Sector R es el área de la parte oeste de la Fachada Principal o el frontis norte y la parte central de la Primera Terraza. Ya que no hay evidencias constructivas previas a la fase Kuntur Wasi y puesto que la base del muro inferior de contención, R-M5, está directamente sobre la roca madre, la Fachada Principal debe haberse iniciado en la fase Kuntur Wasi. La fachada se compone de tres muros escalonados de contención, con una altura total de 9,7 metros.

Las excavaciones revelaron, sin embargo, que esta fachada es el producto de la remodelación ejecutada después de la fase Kuntur Wasi. Parece que hubo un incidente que causó el colapso de la parte oeste de los muros, probablemente al fin de la fase Kuntur Wasi, y esa parte colapsada fue reedificada encima de las bases de los muros anteriores, probablemente al inicio de la fase Copa. Inmediatamente después de la remodelación, se preparó un terraplén de 50 a 70 centímetros de espesor, cubierto por otro piso. Finalmente, se acumuló tierra gruesa que llegaba hasta la parte más alta del muro R-M5.

Asimismo, se encontró un canal de piedras grandes que corre por debajo de los muros R-M3 y 4. Por su dirección, parece que se conecta con el canal que corre por debajo del pasadizo al oeste de la Plataforma del Oeste de la fase Kuntur Wasi en el sector A.

En la primera terraza, las excavaciones sacaron a la luz la forma total de la Plaza Delantera. Esta plaza tiene forma cuadrangular y mide 26,5 por 26,5 metros en el interior, y 32,7 por 32,7 metros en el exterior.

En la parte oeste de la terraza se excavó una serie de construcciones de menor altura correspondientes a las fases Copa y Sotera, y del período Cajamarca, asociadas con fogones, batanes y una gran cantidad de herramientas de piedra pulida, tales como hachas, piedras de moler y chancadores; y otras óseas, como agujas, perforadores y espátulas. Estos contextos indican que la Plaza Delantera fue rellena en la subfase posterior de Copa, mientras que la primera terraza se convirtió en un gran terraplén donde se llevaban a cabo las actividades de preparación de alimento o bebida, así como otras relacionadas con la producción de telas.

Estas evidencias, y la presencia de viviendas comunes en las terrazas sur y oeste, sugieren un cambio significativo en la función de las terrazas entre las fases Kuntur Wasi y Copa.

El Sector S es el área al este de la escalera principal de la fachada principal. Tiene tres muros de contención, también escalonados como en el Sector R. Se nota la presencia de la cultura Cajamarca, durante la cual la zona fue reutilizada como área funeraria de casi cincuenta contextos, que igualan el total de entierros encontrados en el Sector R en la misma fachada.

En los escombros acumulados delante del muro inferior, S-M3, se han descubierto cuarenta entierros de la fase Copa. Muchos de los individuos enterrados yacían boca abajo fuertemente flexionados. Tenían asociaciones de buenas muestras de cerámica, como botellas de asa estribo, botellas de un solo pico, ollas y cuencos. Conviene estudiar este material excepcional y analizar los restos óseos humanos.



La fachada restaurada, 2003.

La Carta de Venecia de 1964<sup>1</sup> declara que «la restauración termina donde la conjetura comienza». Nuestra obra de restauración de Kuntur Wasi está conforme con esta idea. Las excavaciones aclararon que la fachada y otros cuatro lados tenían los muros escalonados y la escalera principal tenía las cunetas. Cada terraza angosta de muros escalonados estaba «pavimentada» con lajas y piedras, aunque se encontraron solamente dos partes originales en forma reducida. De las cunetas laterales de la escalera, las lajas del fondo no estaban disturbadas. Los peldaños también estaban en buena condición en su parte inferior. En consecuencia, la restauración consolidó lo original y agregó las piedras que faltaban. Colocamos piedras pequeñas, marcadamente distintas a las originales, en la parte superior de la escalera. Este trabajo tuvo dos objetivos: uno fue mostrar que la escalera subía hasta la cima; el segundo, diferenciar la parte restaurada de la original. No pudimos usar piedras distintas, sin embargo, en las partes restauradas de los muros de contención, puesto que los muros deben ser eficientemente fuertes para sostener la tierra. En lugar de dejar las marcas de diferenciación, registramos gráficamente, en un dibujo, la parte original, las piedras recolocadas y las piedras agregadas.

---

<sup>1</sup> Carta Internacional sobre la Conservación y la Restauración de Monumentos y de Conjuntos Histórico-Artísticos. II Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos Históricos, Venecia 1964.

Tuvimos que construir las cunetas en las terrazas para botar el agua lo más pronto posible sin dejar que se filtre detrás de los muros. No hemos podido comprobar si la forma y tamaño originales eran como se ven ahora, pero creemos que se trata de un tratamiento permisible puesto que no ha hecho ningún daño ni modificación de la estructura original.

El mortero de «tierra cemento», invención del conservador Kunio Watanabe de la Universidad de Saitama, no es el original del templo, porque no sabemos de la composición del original. El uso de cal y arena fina del río tampoco ha sido comprobado. La medida a tomar, por lo tanto, es el uso de un mortero que llene el espacio entre las piedras del muro para evitar la filtración del agua de lluvia hacia el interior del relleno. El mortero de Watanabe tiene ciertas ventajas. El material básico es la tierra del cerro de Kuntur Wasi, muy fácil de conseguir. El mortero así hecho es frágil y no duraría por muchos años. A esta composición Carlos Cano, conservador de Cuzco, agregó el mucílago de cactus y otros materiales químicos, lo cual permite reforzar la mezcla y permitir que dure unos años más.

Esta fragilidad, sin embargo, tiene una ventaja, según mi modo de ver. La naturaleza del mortero y la condición de los muros requieren monitoreo. Si el pueblo hace el monitoreo y la reparación del mortero periódicamente, el trabajo comunal debe reforzar el sentido de identidad del pueblo con el monumento. Como el material es barro y mucílago de cactus, los que se pueden encontrar fácilmente en los alrededores, no se le carga a la población el costo de la adquisición y transporte de los materiales. Ahora tal trabajo depende de la voluntad del pueblo y del INC.



Museo Kuntur Wasi, 2003.

En el momento de la inauguración del Museo Kuntur Wasi, el pueblo había formado una asociación pública sin fines de lucro, la Asociación Cultural Kuntur Wasi, para administrar el museo y proteger las ruinas, así como para la educación de



la sociedad local sobre la historia y el patrimonio. La asociación se había inscrito en el registro público de Cajamarca. Como la situación económica era mala y el deseo del pueblo era tan fuerte, el museo fue donado a la asociación y el equipo japonés de arqueólogos brindó asesoría en la formación de un comité de administración y la elaboración de un manual de administración y de atención al público.

Se hizo un convenio entre el museo y el INC en el cual se acordó la custodia de los objetos excavados. Finalmente, el Museo Kuntur Wasi quedó en manos del pueblo; y el comité de administración, con el apoyo de los socios lo ha mantenido limpio, ordenado y bien atendido. El asesoramiento de los arqueólogos japoneses y peruanos sigue activo. Ahora el pueblo Kuntur Wasi tiene luz eléctrica, sistema de desagüe, servicio del teléfono celular y una mejor carretera. La mina de Yanacocha ha empezado la construcción de una buena carretera que va a pasar muy cerca de Kuntur Wasi, lo cual beneficiará al pueblo.

El proyecto UNESCO terminó la obra de restauración y puesta en valor y el sitio fue entregado al Estado. Hoy el sitio está bajo la administración del INC de Cajamarca, que encarga la vigilancia a dos guardianes escogidos entre los pobladores.

El caso de Kuntur Wasi es un ejemplo del fruto de la colaboración de varios sectores interesados que comparten y aprecian el significado del patrimonio y su defensa y su estudio. Los arqueólogos realizan el trabajo de campo y gabinete con el pueblo, y el pueblo administra el museo y defiende el sitio, que es administrado por el Estado a través de INC.

La opinión de las Naciones Unidas sobre esta experiencia es la siguiente:

[...] Así, si el Perú y sus políticas públicas han establecido que el turismo será durante los años venideros un sector estratégico para el desarrollo nacional, las experiencias locales con potencial de desarrollo turístico y humano deberán articularse a estos objetivos nacionales de mayor dimensión y alcance. De este modo, Kuntur Wasi se integraría al circuito turístico del norte, con grandes perspectivas de crecimiento y generación de empleo productivo en la región.

De afirmarse tal tendencia, los moradores de Kuntur Wasi tendrán que seguir ampliando su vinculación con el resto del país y del mundo [...]. Esta vinculación, que no estará, por cierto, exenta de iniciales desconfianzas y eventuales conflictos, no deberá representar, sin embargo, menoscabo de los avances registrados en términos de identidad cultural.

Finalmente, la sustentabilidad de esta experiencia estará también condicionada al fortalecimiento de esquemas de participación como el iniciado por la Asociación Cultural Kuntur Wasi y el consejo de administración del museo. Uno de los posturados fundamentales del desarrollo humano se refiere a la necesidad de que las personas participen plenamente en las decisiones y en los procesos que conforman

sus vidas. El ejercicio democrático en el manejo del museo, propiedad de la asociación, deberá extenderse a la toma de las demás decisiones en las que se juega el destino de esta comunidad de los Andes peruanos (PNUD 1997, p. 79).



Visita de Susana Baca en 2003. Walter Tosso a la derecha.



Museo Kuntur Wasi y el sitio en el fondo, 2003.

## 7. LA NUEVA GENERACIÓN

En la década de 1990 se observó un incremento de estudiantes japoneses interesados en la prehistoria de las Américas, sobre todo del Perú y de Mesoamérica. Un convenio entre los gobiernos del Japón y de México facilitó el intercambio de muchos estudiantes. A través de un proyecto financiado por JICA, varios jóvenes arqueólogos —como Seiichi Nakamura, Takeshi Inomata, Kazuo Aoyama, Etsuo Sato, Shuichiro Terasaki y otros— fueron a Honduras para excavar y restaurar sitios mayas o de otras culturas. Estos jóvenes luego se convirtieron en especialistas. Kunio Oi, Saburo Sugiyama y Nobuyuki Ito trabajaron en forma independiente en México, Guatemala y El Salvador. Shuichi Odaira empezó su estudio sobre el Perú prehispánico y pasó a Ecuador

para realizar su propio proyecto en Mullupungo, excavando en el sitio del mismo nombre y en Soledad en la sierra sur. Los dos sitios son extensos y pertenecen a los Incas, aunque no son mencionados en las crónicas (Odaira 1999, 2000, 2005, 2006).

En el Perú, las raíces y el tronco sembrados por Seiichi Izumi han crecido en forma constante, como ha sido relatado en este trabajo. El interés entre los jóvenes por los estudios andinos supera el interés por los estudios en Mesoamérica. También se desarrollaron líneas diferentes de investigación.

Ryozo Matsumoto y Reiko Yokoyama llevaron a cabo un proyecto en Paredones, Chongoyape (1990) y luego en el Callejón de Huaylas (Yokoyama *et al.* 2004), enfocando períodos posformativos. Como ya se mencionó, Yuji Seki excavó en La Bomba, cerca de Quindén, en el valle de Jequetepeque (Seki 1997) y luego realizó una prospección extensiva de los sitios en el valle de Cajamarca en 2001 y 2002 (Seki, Ugaz y Watanabe 2001; Seki y Ugaz 2002). Pudo ubicar más de 300 sitios entre el período Formativo y la época incaica. Recientemente ha empezado un nuevo proyecto en Pacopampa con un convenio entre el Museo Nacional de Etnología de Osaka y la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Excavó en Pacopampa en 2005, 2006, 2007, 2008 y 2009 y seguirá más adelante.

Kinya Inokuchi, Eisei Tsurumi y Yuichi Matsumoto hicieron una prospección en el valle de Huánuco en 2001 y excavaron el sitio Sajarapatac en 2002 (Inokuchi y Martell 2002, Inokuchi *et al.* 2002). Eisei Tsurumi empezó un proyecto en el área de Tembladera, en la llanura de Hamacas, y luego realizó excavaciones intensivas en Las Huacas y Huaca de las Lechuzas (Tsurumi 2004, 2008; Tsurumi *et al.* 2003, 2005). Masato Sakai hizo una prospección de la parte baja de Jequetepeque y luego excavó en Limoncarro, un complejo en forma de «U», en el bajo Jequetepeque (Sakai 2004; Sakai y Martínez 2000, 2001, 2002, 2003). Antes (Sakai 1998), publicó un libro sobre Chan Chan y continúa con estudios sobre Nazca (Ica) y Vilcabamba (Cuzco). Gentaro Miyano trabaja con Sakai.

Shinya Watanabe, después de Kuntur Wasi, fue a excavar el sitio Tantarica, en la provincia de Contumazá, Cajamarca, con Elmer Atalaya y Juan Ugaz. Las excavaciones fueron efectuadas en tres temporadas, en 1999, 2000 y 2004 (Watanabe 2005). Luego Watanabe y Ugaz excavaron un sitio de extensión grande, llamado Santa Delia, cerca de Encañada, Cajamarca. Excavó el sitio Paredones, cerca de Chilete, en el valle medio de Jequetepeque en 2006 y en 2008 empezó las excavaciones en el sitio Miraflores, junto al cerro de Kolguitrín cerca de las Ventanillas de Otuzco, Cajamarca.

Masaki Doi fue a Ayacucho y excavó el sitio Cruz Pata (Doi 2004). Yoshifumi Sato ha empezado la excavación de un sitio del Formativo en la orilla del lago Titicaca cerca de Ilave, en el departamento de Puno. Koichiro Shibata, luego de la prospección del bajo Jequetepeque con Sakai, hizo excavaciones en Cerro Blanco en el valle

de Nepeña, y luego encontró relieves impresionantes de jaguares en un sitio cercano llamado Huaca Partida (Shibata 2004). Ken Hirota, que participó en el proyecto de Tsurumi en el valle medio de Jequetepeque, encontró un sitio precerámico llamado Pulpar, en la playa de Paiján, y continúa con el estudio del cambio de subsistencia del período Precerámico. Sawako Tokue, después de Kuntur Wasi y Jequetepeque, cambió su interés de estudio hacia el período Inca y llevó a cabo investigaciones extensivas de los sitios incaicos desde Argentina hasta Ecuador junto con Shigueyuki Kumai, de la Universidad Meiji Gakuin. Los dos excavaron en dos temporadas el sitio Urpicancha, a 30 kilómetros del Cuzco, en dos temporadas (Tokue y Kumai 2007).

Yuichi Matsumoto ha empezado la excavación en un sitio Camapanayuc cerca de Vilcashuamán, en el departamento de Ayacucho, un sitio del Formativo con plataformas y plaza hundida. Atsushi Yamamoto, con José Luis Peña Martínez, empezó la investigación en la zona de Pomahuaca, en la cuenca del río Huancabamba, en 2005 y excavó el sitio Inгатambo, cerca de Pomahuaca, en el valle de Huancabamba, también del Formativo, en 2006 y 2007 (Yamamoto 2005; Yamamoto y Peña Martínez 2007, 2008; Peña Martínez y Yamamoto 2006).

Recientemente, el Museo Amano ha iniciado la excavación del sitio Shicras, cerca de Pisquillo, en el valle de Chancay. El sitio es definitivamente precerámico, con una arquitectura parecida a Caral, del valle de Supe. Walter Tosso, quien denunció el peligro de su destrucción deliberada, está dirigiendo el trabajo. Elmer Atalaya trabaja en Cerro de Pasco con algunos obreros de Kuntur Wasi, que le apoyan con su larga experiencia ganada en dicho sitio.

No hay duda alguna de que todos estos proyectos producirán nuevos datos para el estudio de la civilización andina en el futuro cercano y seguirán contribuyendo al avance del estudio y a la divulgación de los resultados entre los pueblos del Perú y del Japón.

## BIBLIOGRAFÍA

- CARRIÓN CACHOT, Rebeca (1948). «La cultura Chavín. Dos colonias: Kuntur Wasi y Ancón». *Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología*, vol. 2, N° 1, pp. 99-172.
- CHÁVEZ BALLÓN, Manuel (1960). «Department of Cuzco». En Ishida *et al.*, pp. 485-509.
- CHOLÁN CABANILLAS, Raúl & Eisei TSURUMI (2006). «Proyecto arqueológico: Las Huacas, valle medio de Jequetepeque, provincia de Contumazá, Departamento de Cajamarca, en el 2005». Informe inédito presentado al INC.
- DOI, Masaki (2004). «Excavations at the Site of Cruz Pata, Ayacucho, Peru». *América Antigua*, vol. 7, pp. 59-63. Sociedad Japonesa de Estudios sobre la América Antigua.

- GARCÍA CALDERÓN, ERNESTO, Sawako TOKUE & Shigueyuki KUMAI (2006). «Informe preliminar de investigación arqueológica Urpicancha, 2006». Informe inédito presentado al INC.
- INOKUCHI, Kinya & Nelly E. MARTELL CASTILLO (2002). «Informe preliminar del proyecto de investigaciones arqueológicas de Sajarapatac y Piquimina en Huánuco, Perú». Informe inédito presentado al INC.
- INOKUCHI, Kinya, Yoshio ONUKI, Eisei TSURUMI, Yuichi MATSUMOTO & Álvaro RUIZ (2002). «Preliminary Report of the General Survey in Huanuco, Peru». *América Antigua*, vol. 5, pp. 69-88.
- ISHIDA, Eiichiro *et al.* (1960). *Andes 1: The Report of the University of Tokyo Scientific Expedition to the Andes in 1958*. Tokio: Bijutsu Shuppansha.
- IZUMI, Seiichi (1971). *Las montañas en la lejanía* (en japonés). Tokio: Shinchosha.
- IZUMI, Seiichi, Pedro CUCULIZA & Chiaki KANO (1972). «Excavations at Shillacoto, Huanuco, Peru». *The University Museum Bulletin*, N° 3. Universidad de Tokio.
- IZUMI, Seiichi & Toshihiko SONO (1963). *Andes 2: Excavations at Kotosh, Peru, 1960*. Tokio: Kadokawa Publishing Co.
- IZUMI, Seiichi & Kazuo TERADA (1966). *Andes 3: Excavations at Pechiche and Garbanzal, Tumbes Valley, Peru, 1960*. Tokio: Kadokawa Publishing Co.
- IZUMI, Seiichi & Kazuo TERADA (editores) (1972). *Andes 4: Excavations at Kotosh, Peru, 1963 and 1966*. Tokio: University of Tokyo Press.
- KANO, Chiaki (1972). «Pre-Chavin Cultures in the Central Highlands of Peru: New Evidence from Shillacoto, Huanuco». En Elizabeth P. Benson (editora), *The Cult of the Feline*, pp. 139-152. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collections.
- KANO, Chiaki (1979). *The Origins of the Chavin Culture*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Trustees for Harvard University. Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology, N° 22.
- KANO, Chiaki, Takeshi UENO y Yasushi MIYAZAKI (1972). «KM Mound». En Izumi y Terada (editores), pp. 275-301.
- KATO, Yasutake (1976). «Pottery Classification of La Pampa and Typology of Pottery». *The Japanese Journal of Ethnology*, N° 41-3, pp. 268-273.
- KATO, Yasutake (1994). Resultados de las excavaciones en Kuntur Wasi, Cajamarca». En Millones y Onuki (editores), pp. 203-228.
- KATO, Yasutake, Masato SAKAI, Sawako Tokue & Eisei TSURUMI (1999). «Proyecto arqueológico de la Costa Norte: el informe preliminar». Informe inédito presentado al INC.
- KATO, Yasutake & Yuji SEKI (1985). «Excavations at Layzon». En Terada y Onuki (editores), pp. 183-264.

- KAULICKE, Peter (2005). «La importancia de los estudios arqueológicos del Perú por los japoneses». En Seki y Kimura (editores), pp. 29-40.
- KAULICKE, Peter (editor) (1998). *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 2. Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), Lima.
- KUMAI, Shigueyuki & Sawako TOKUE (2004). «Las investigaciones extensas de los sitios incaicos». *América Antigua*, vol. 7, pp. 65-70.
- MATSUMOTO, Ryozo (1988). «Cajamarca Culture: Its Evolution and Interaction with Coastal Peer Politics». Ponencia presentada en la 53va Reunión Anual de la Sociedad de Arqueología Americana, Phoenix.
- MATSUMOTO, Ryozo (1993). «Dos modos de proceso sociocultural: el Horizonte Temprano y el Período Intermedio Temprano en el valle de Cajamarca». En Millones & Onuki (editores), pp. 169-202.
- MATSUMOTO, Ryozo (1994). «Dos modos de proceso sociocultural: el Horizonte Temprano y el Período Intermedio Temprano en el Valle de Cajamarca». Millones & Onuki (editores), pp. 167-198.
- MATSUMOTO, Ryozo & Reiko KIMURA (Yokoyama) (1991). «Reconocimiento del valle de Chancay-Maychil». En Izumi Shimada (editor).
- MATSUMOTO, Yuichi (1998). «Los templos precerámicos y la aceptación de cerámica en los Andes Centrales» (en japonés). Tesis de Bachillerato inédita de la Facultad de Letras de la Universidad de Tokio.
- MATSUMOTO, Yuichi (2000). «Los aspectos culturales del Formativo Temprano y Medio a través del análisis de cerámica de Huánuco» (en japonés). Tesis de Maestría inédita de la Universidad de Tokio.
- MATSUMURA, Hirofumi, Yoshio ONUKI, Yasutake KATO, Ryozo MATSUMOTO, Tsuyoshi USHINO, Yuji SEKI, Kinya INOKUCHI & Hiroko HASHIMOTO (1997). «Human Remains from the Kuntur Wasi, Huacaloma, Loma Redonda and Kolguitin Sites in the Cajamarca Region, Peru». *Bulletin of the National Science Museum*, Series D, N° 23, pp. 1-28. Tokio.
- MATSUZAWA, Tsugio (1972). «Constructions». En Izumi y Terada (editores), pp. 55-176.
- MATSUZAWA, Tsugio (1974). «Excavations at Las Haldas on the Coast of Central Peru». *The Proceedings of the Department of Humanities, Series of Cultural Anthropology*, N° 2, pp. 3-44.
- MATSUZAWA, Tsugio (1978). «The Formative Site of Las Haldas, Peru: Architecture and Chronology». *American Antiquity*, vol. 43, pp. 652-673.
- MEJÍA XESSPE, Toribio (1960). «Algunos nuevos elementos de la civilización Recuay-Pasto en el extremo norte del litoral peruano». En *Antiguo Perú: espacio y tiempo*. Trabajos presentados a la Semana de la Arqueología Peruana (9-14 de noviembre de 1959). Lima: Juan Mejía Baca, pp. 205-217.

- MILLONES, Luis & Yoshio ONUKI (editores) (1994). *El mundo ceremonial andino*. Senri Ethnological Studies, N° 37. Museo Nacional de Etnología, Osaka.
- MILLONES, Luis & Yoshio ONUKI (editores) (1994). *El mundo ceremonial andino*. Lima: Horizonte.
- ODAIRA, Shuichi (1999). «Un aspecto del control inca en la costa sur del Ecuador: una evidencia encontrada en Mirador de Mullupungo». *Tawantinsuyu*, vol. 5, pp. 145-152.
- ODAIRA, Shuichi (2000). «Excavaciones del Mirador de Mullupungo: nuevos datos de la relación entre la costa y los incas». En Shozo Masuda (editor), *Estudios latinoamericanos en Alemania y Japón*. Tokio: Fundación Shibusawa para el Desarrollo de la Etnología, pp. 201-202.
- ODAIRA, Shuichi (2005). «Expansión inca al oeste de Tomebamba: nuevos datos arqueológicos entre la sierra y la costa ecuatoriana». *Xama*, vols. 15-18, pp. 61-72.
- ODAIRA, Shuichi (2006). «Excavaciones arqueológicas en el sitio incaico de La Soledad, Ecuador (tercera temporada)». *América Antigua*, vol. 9, pp. 55-63.
- ONUKE, Yoshio (1972). «Pottery and Clay Artifacts». En Izumi y Terada (editores), pp. 177-248.
- ONUKE, Yoshio (1981). «Aprovechamiento del medio ambiente en la vertiente occidental de los Andes en la región meridional del Perú». En Shozo Masuda (editor), *Estudios etnográficos del Perú meridional*. Tokio: University of Tokyo Press, pp. 1-32.
- ONUKE, Yoshio (1982). «Una perspectiva prehistórica de la utilización ambiental en la sierra nor-central de los Andes Centrales». En L. Millones y H. Tomoeda (editores), *El hombre y su ambiente en los Andes centrales*. Senri Ethnological Studies, N° 10, pp. 211-228. Osaka: Museo Nacional de Etnología.
- ONUKE, Yoshio (1985). «The Yunga Zone in the Prehistory of the Central Andes: Vertical and Horizontal Dimensions in Andean Ecological and Cultural Processes». En Shozo Masuda *et al.* (editores), *Andean Ecology and Civilization*. Tokio: University of Tokyo Press, pp. 339-357.
- ONUKE, Yoshio (1994). «Las actividades ceremoniales tempranas en la Cuenca del Alto Huallaga y algunos problemas generales». En Millones y Onuki (editores), pp. 69-96.
- ONUKE, Yoshio (1995). «Cuatro décadas de trabajo arqueológico de los japoneses en el Perú». En *Encuentro Internacional de Peruanistas*. Lima: Universidad de Lima; 1, pp. 195-203.
- ONUKE, Yoshio (1997). «Ocho tumbas especiales de Kuntur Wasi». *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 1, pp. 79-114. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- ONUKE, Yoshio (1999). «El período Arcaico en Huánuco y el concepto del Arcaico». *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 3, pp. 325-333. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

- ONUKE, Yoshio (2001a). «Cupisnique en la sierra de Cajamarca». *Arqueológicas*, N° 25, pp. 67-81.
- ONUKE, Yoshio (2001b). «Una perspectiva del período Formativo en la sierra norte del Perú». En Lohmann, Burger, Onuki *et al.*, *Historia de la cultura peruana*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, vol. 1, pp. 103-126.
- ONUKE, Yoshio (2005). «45 años de la prehistoria andina por los japoneses». Seki y Kimura (editores), pp. 15-27.
- ONUKE, Yoshio (2006a). «Las excavaciones arqueológicas y la restauración del monumento en Kuntur Wasi, en Cajamarca: el patrimonio y la sociedad». En Luis Millones y Takahiro Kato (editores), *Desde el exterior: el Perú y sus estudiosos*. Lima: UNMSM, Facultad de Ciencias Sociales, pp. 121-142.
- ONUKE, Yoshio (2006b). «Kuntur Wasi Museum in the Northern Peru». En Helaine Silverman (editora), *Archaeological Site Museums in Latin America*. Gainesville, Florida: University Press of Florida, pp. 64-71.
- ONUKE, Yoshio (editor) (1995). *Kuntur Wasi y Cerro Blanco: dos sitios del Formativo en el Norte del Perú*. Tokio: Hokusensha.
- ONUKE, Yoshio & Tatsuhiko FUJII (1974). «Excavations at La Pampa». *The Proceedings of the Department of Humanities, Series of Cultural Anthropology*, N° 2, pp. 45-104.
- ONUKE, Yoshio, Walter TOSO & Elmer ATALAYA (2004). «La restauración y conservación del Templo Kuntur Wasi: un caso de estudio sobre la autenticidad». En UNESCO, *¿Credibilidad o veracidad? La autenticidad: un valor de los bienes culturales*. Lima: UNESCO, pp. 51-68.
- PEÑA MARTÍNEZ, José Luis & Atsushi YAMAMOTO (s/f). «Informe preliminar del proyecto de investigación arqueológica en el Valle de Huancabamba, Perú». Informe inédito presentado al INC.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (1997). *Informe sobre el desarrollo humano del Perú*. Temas y Experiencias. Lima: PNUD.
- SAKAI, Masato (1998). *Reyes, estrellas y cerros en Chimor. El proceso de cambio de la organización espacial y temporal en Chan Chan*. Lima: Horizonte.
- SAKAI, Masato (2004). «Las actividades constructoras en el templo formativo de Limoncarro: una perspectiva a través de la investigación arqueológica en el año 2003». *América Antigua*, vol. 7, pp. 71-75.
- SAKAI, Masato & Juan MARTÍNEZ (2000). «Informe preliminar de las investigaciones arqueológicas del Templo de Limoncarro en el año 2000». Informe inédito presentado al INC.
- SAKAI, Masato (2001). «Informe preliminar de las investigaciones arqueológicas del Templo de Limoncarro en el año 2001». Informe inédito presentado al INC.



- SAKAI, Masato (2002). «Informe preliminar de las investigaciones arqueológicas del Tempete de Limoncarro en el año 2002». Informe inédito presentado al INC.
- SAKAI, Masato (2003). «Informe preliminar de las investigaciones arqueológicas del Tempete de Limoncarro en el año 2003». Informe inédito presentado al INC.
- SEKI, Yuji (1994). «La transformación de los centros ceremoniales del Período Formativo en la cuenca de Cajamarca, Perú». En Millones y Onuki (editores), pp. 143-168.
- SEKI, Yuji (1997). «Excavaciones en el sitio La Bomba, valle medio de Jequetepeque, Cajamarca». *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 1, pp. 115-136. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- SEKI, Yuji (1998). «El Período Formativo en el valle de Cajamarca». En Kaulicke (editor), pp. 147-160.
- SEKI, Yuji & Hideo KIMURA (editores) (2005). *Historicity in the Andes—Past and Present of the Andean Studies in Japan*. Prof. Tatsuhiko Fujii Retirement Commemoration Symposium. Senri Ethnological Reports N° 55.
- SEKI, Yuji & Juan UGAZ (2002). «Informe preliminar de investigaciones arqueológicas en el Valle de Cajamarca, Perú (temporada 2002)». Informe inédito presentado al INC.
- SEKI, Yuji, Juan UGAZ & Shinya WATANABE (2001). «Informe preliminar del proyecto de investigaciones arqueológicas en el Valle de Cajamarca, Perú». Informe inédito presentado al INC.
- SHIBATA, Koichiro (2004). «Cerro Blanco de Nepeña y el Período Formativo en los Andes Centrales». *América Antigua*, vol. 7, pp. 1-18.
- SHIMADA, Izumi (editor) (1991). «Informe de trabajo de campo 1990 del Proyecto Arqueológico Sicán». Informe inédito presentado al INC.
- SILVA SANTISTEBAN, Fernando (editor) (1988). *Historia de Cajamarca*. Lima: INC.
- TERADA, Kazuo (1979). *Excavations at La Pampa in the North Highlands of Peru, 1975*. Tokio: University of Tokyo Press.
- TERADA, Kazuo (1985). «Early Ceremonial Architecture in the Cajamarca Valley». En Christopher B. Donnan (editor), 1985. *Early Ceremonial Architecture in the Andes*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 191-208.
- TERADA, Kazuo & Ryoza MATSUMOTO (1988). «Sobre la cronología de la tradición Cajamarca». En Fernando Silva Santisteban (editor). *Historia de Cajamarca*. Lima: Instituto Nacional de Cultura, tomo 1, pp. 67-89.
- TERADA, Kazuo & Yoshio ONUKI (editores) (1982). *Excavations at Huacaloma in the Cajamarca Valley, Peru, 1979*. Tokio: University of Tokyo Press.

- TERADA, Kazuo & Yoshio ONUKI (1985). *The Formative Period in the Cajamarca Basin, Peru. Excavations at Huacaloma and Layzon, 1982*. Tokio: University of Tokyo Press.
- TERADA, Kazuo & Yoshio ONUKI (1988). *Las excavaciones en Cerro Blanco y Huacaloma, Cajamarca, 1985*. Tokio: Universidad de Tokio, Departamento de Antropología Cultural.
- TOKUE, Sawako & Shigueyuki KUMAI (2007). *El sitio incaico de Urpicancha*. Lima: Instituto Riva Agüero, PUCP.
- TORII, Ryuzo (1976a). «Brazil, Peru, and Bolivia from an archaeological point of view». *The Complete Works of Torii Ryuzo*, vol. 12, pp. 353-354. Tokio: Asahi Shinbunsha.
- TORII, Ryuzo (1976b). «On the Inca culture». *The Complete Works of Torii Ryuzo*, vol. 12, pp. 354-373. Tokio: Asahi Shinbunsha.
- TORII, Ryuzo (1976c). «Visiting Inca sites». *The Complete Works of Torii Ryuzo*, vol. 12, pp. 373-383. Tokio: Asahi Shinbunsha.
- TSURUMI, Eisei (2004). «Study of the Formative Society in the Middle Valley of Jequetepeque, Northern Peru: Excavations at Las Huacas and General Survey, 2003». *América Antigua*, vol. 7, pp. 19-31.
- TSURUMI, Eisei (2008). «The Social Process in the Formative Period of the Andean Civilization in the Middle Valley of Jequetepeque, Northern Peru» (en japonés). Tesis doctoral, Universidad de Tokio.
- TSURUMI, Eisei, Regina Abraham FERNÁNDEZ & Yasutake KATO (2003). «Proyecto arqueológico: Las Huacas, valle medio de Jequetepeque, provincia de Contumazá, Depto. de Cajamarca». Informe inédito presentado al INC.
- TSURUMI, Eisei, Evelyn MORA CORONADO & Yasutake KATO (2005). «Proyecto arqueológico: Las Huacas, valle medio de Jequetepeque, provincia de Contumazá, Depto. de Cajamarca, en el 2004». Informe inédito presentado al INC.
- ULBERT, Cornelius, y Kordura EIBL (1985). «Vorbericht über die Untersuchungen der formativzeitlichen Anlage Kuntur Wasi am Oberlauf des Jequetepeque». *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, vol. 6, pp. 559-572. München: Verlag C.H.Beck.
- WATANABE, Shinya (2005). «The Third Field Season of Excavations at the Tantarica Site, Northern Highlands of Peru». *América Antigua*, vol. 8, pp. 51-70.
- WING, Elizabeth (1972). «Utilization of Animal Resources in the Peruvian Andes». En Izumi y Terada (editores), pp. 177-248.
- YAMAMOTO, Atsushi (2005). «Archaeological Reconnaissance in the Huamachuco Region, Peru». *América Antigua*, vol. 8, pp. 41-49.

YAMAMOTO, Atsushi & José Luis PEÑA MARTÍNEZ (s/f). «Proyecto de investigación arqueológica: “Ingatambo”, en el valle de Huancabamba, provincia de Jaén, departamento de Cajamarca, Perú». Informe inédito presentado al INC.

YAMAMOTO, Atsushi & José Luis PEÑA MARTÍNEZ (s/f). «Proyecto de investigación arqueológica: “Ingatambo”, en el valle de Huancabamba, provincia de Jaén, departamento de Cajamarca, Perú (segunda temporada)». Informe inédito presentado al INC.

YOKOYAMA, Reiko, Ryozo MATSUMOTO & Teruaki YOSHIDA (2004). «Informe preliminar de las excavaciones en el complejo arqueológico de Llanganuco, Perú, 2001-2003». *América Antigua*, vol. 7, pp. 91-100.



**LAS CRONOLOGÍAS DEL FORMATIVO**  
**50 AÑOS DE INVESTIGACIONES JAPONESAS EN PERSPECTIVA**



## INTRODUCCIÓN

En junio de 2008 se cumplieron cincuenta años de trabajos arqueológicos en el Perú, llevados a cabo por un grupo de arqueólogos japoneses. Se trataba, casi exclusivamente, de miembros del Departamento de Antropología Cultural de la Universidad de Tokio, fundado en 1954, cuyos jefes respectivos dirigieron diferentes expediciones al Perú, desde 1958 hasta 1997, año en que Yoshio Onuki se retiró sin lograr colocar a un miembro de su grupo como sucesor. Pero esta tradición no se interrumpió entonces, sino que continuó y sigue funcionando bajo la dirección actual de Yuji Seki, profesor del Museo Nacional de Etnología (Minpaku) en Osaka. Ahora varios miembros enseñan en diferentes partes de Japón, como Yamagata (Sakai), Nanzan (Watanabe) y Saitama (Kato, Inokuchi). Esta continuidad extraordinaria les ha dado una cohesión poco común a la estrategia, la organización y la realización de las múltiples campañas, así como a la publicación de los resultados, bastante extensa, en inglés, castellano y, obviamente, en japonés. Como la mayor parte de este notable esfuerzo se dirigió y sigue dirigiéndose a la comprensión del Formativo peruano (para excepciones véanse Sakai 1998; Tokue & Kumai 2007; y Watanabe 2001, 2002), es evidente que sus contribuciones se han convertido en aportes fundamentales para la comprensión de este período.

Todo ello merece un reconocimiento apropiado, y el presente libro pretende ser un aporte en esta dirección. Me atrevo a emprender esta tarea por varias razones. Primero, he establecido contacto directo con el equipo de arqueólogos japoneses desde 1975, durante mi primera estadía en el Perú, en particular con Kazuo Terada y Yoshio Onuki. El motivo de este contacto fueron mis trabajos en Pandanche, en 1973 y 1974, cuyos resultados despertaron un vivo interés en ambos investigadores. A partir de mi regreso a Lima, en 1982, se reanudó el contacto, en particular con Onuki, lo cual devino en una larga amistad. De este modo, he podido sostener innumerables y extensas conversaciones con él y con sus colaboradores, colegas y alumnos, tanto en Lima como en Huacaloma, Kuntur Wasi y también en Tokio, adonde me invitó y en

donde me mostró sitios y museos para que me familiarizara con la arqueología de su país, que me llamaba — y lo sigue haciendo— mucho la atención.

Como segunda razón se agrega mi interés específico en el Formativo peruano, que me ha permitido adentrarme en la literatura pertinente, conocer diversos sitios, excavar en algunos y discutir con muchos colegas peruanos y extranjeros sobre problemas generales y específicos, tanto en el campo como en Lima y otros lugares, durante un lapso de más de 35 años. Por último, escribo esto porque comparto una preocupación central con mis colegas japoneses: la relevancia fundamental de la cronología. Como se verá en este libro, la cronología es un tema evaluado y tratado desde muchos ángulos diferentes sin que se haya llegado a concordancias fundamentales que sirvan de base para una comprensión razonada del Formativo. Cabe preguntarse cómo un tema tan central y tan discutido desde hace más de cien años, en su faceta de «origen de la civilización», puede ser tan evasivo que resista una definición que la mayoría de especialistas pueda aceptar. Ya que no existen respuestas fáciles a esta pregunta, es preciso indagar sobre el problema desde sus inicios hasta hoy en día. Obviamente, no me atrevo a resolver el problema en forma definitiva, sino más bien tengo la intención de aclarar los diversos problemas generales y específicos que contribuyeron, y lo siguen haciendo, a esta incómoda situación.

Para satisfacer tal fin, este trabajo está organizado en cinco capítulos: Los estudios del Formativo entre 1919 y 1960; Los estudios japoneses sobre el Formativo (1958-2008); El problema Chavín y Las cronologías del Formativo para terminar en una síntesis. El primer capítulo se inicia con los trabajos de Tello en Chavín, que condujeron a la elaboración de su concepto sobre el origen de la civilización en el Perú, con el sitio Chavín, convertido en paradigma de su teoría. En orden histórico, se presentan las diferentes facetas planteadas por Tello, Larco y un grupo de norteamericanos. Termina con las primeras manifestaciones conjuntas entre los personajes establecidos tanto en el ámbito nacional como extranjero y los jóvenes arqueólogos peruanos, en Lima, en las mesas redondas de 1958 y 1959. Coincide también con el inicio de los trabajos de los japoneses en 1958 y de la primera campaña en Kotosh, de 1960.

La parte más extensa corresponde al segundo capítulo, dedicado enteramente a los trabajos de los japoneses, desde sus inicios en 1958 hasta la actualidad. Su lectura puede resultar algo densa, pero me parece que este tipo de presentación es necesaria con el fin de entender los motivos de las campañas, la discrepancia normal entre los planteamientos previos y los resultados de las excavaciones, los ajustes y la determinación de seguir con otras campañas o de buscarse otra meta relacionada. Esta determinación depende de los análisis, cuyos resultados están presentados en forma escrita, a lo largo de siete monografías y muchos artículos, normalmente acompañados de información gráfica bastante amplia. Esta forma de presentación significó



un hecho completamente inédito en 1958, cuando apareció la primera de las monografías, y causó un impacto considerable al salir la segunda y la cuarta, dedicadas a las primeras campañas en Kotosh. Como en la época de Tello, tanto los especialistas como el público interesado se vieron confrontados con evidencias culturales completamente desconocidas, como los templos del Período Arcaico o la cerámica temprana de alta calidad, pero de decoraciones y formas «extrañas». La historia de las investigaciones presentada por Onuki que antecede este texto indaga más en este tema.

Este tipo de presentaciones publicadas, sin embargo, no corresponde a «invencciones» japonesas sino a hábitos normales de la arqueología europea, cuyo impacto se sintió en Japón desde el inicio de la prehistoria europea en Dinamarca (véase al respecto el inicio del capítulo segundo). El impacto que causó, por tanto, se debe al predominio casi absoluto de otro tipo de arqueología, la arqueología antropológica de corte norteamericano, que se estableció en el Perú desde la tercera década del siglo pasado y que partía de otras premisas, entre las que no figuraba la necesidad imperativa de la documentación completa, una situación que no ha cambiado mucho durante las décadas posteriores, pese al ejemplo de los japoneses. Esta documentación, no obstante, es tan importante porque constituye la base para el establecimiento de una cronología consolidada, que no depende exclusivamente de la presencia de largas listas de fechados <sup>14</sup>C, a menudo sin la contextualización debida. Sobre todo la documentación gráfica, los dibujos y las fotos de objetos y de arquitectura sirvieron para buscar paralelos en otras zonas. Estas iniciativas demostraron, por ejemplo, que un sitio como Kotosh, a pesar de su lejanía de la costa y de los valles interandinos, en un área poco estudiada por los arqueólogos —pese a los reclamos de Tello—, no estaba desligado de culturas más conocidas hacia el oeste, sino que se incluía en redes de intercomunicación y de intercambio.

Los japoneses, además, hicieron suyos el reclamo de Tello de intensificar los trabajos en la sierra, ya que él pensaba que no solo hubo culturas más tempranas ahí, sino también una homogeneidad cultural ante la diversidad abrumadora de la costa. Esta concentración en la sierra, sin embargo, llevó a una situación que complicaba las comparaciones, ya que la cronología de la costa seguía —y sigue— en un estado precario después de los inicios prometedores de Larco. Por esta razón, ellos han llevado a cabo varios proyectos en la costa norte, cuyos resultados no han sido, en su gran mayoría, aún publicados (véase Síntesis). Ante ello, los cincuenta años de dedicación concentrada en este gran tema central no pueden considerarse como suficientes en el sentido de haber cumplido la meta establecida. Proyectos recientes (Limoncarro, Cerro Blanco, Huaca Partida, Las Huacas, Pacopampa, Inгатambo, Sajarapatac, Campanoyoc Rumi) y otros por iniciarse aportarán otras evidencias relevantes, particularmente ante el «problema Chavín».

Ya que hubiera sido muy difícil reanudar el tema del primer capítulo con una presentación completa de todos los enfoques no japoneses desde 1960, decidí concentrarme en el aludido «problema Chavín», reflejado en las intervenciones en el sitio epónimo, en el capítulo tercero. En este sitio se siente más el peso de las elucubraciones anteriores, que se descubren más como obstáculo que como ayuda para establecer una secuencia con el fin de obtener una cronología consolidada de Chavín. Este fin aún no se ha alcanzado, ni por el contexto espectacular, excavado y publicado en forma completa (Galería de las Ofrendas) por Lumbreras, ni por los sondeos en el pueblo actual por Burger, ni —hasta ahora— por el proyecto más ambicioso de Rick, aún vigente. Este último proyecto, al margen de ello, ya ha producido algunos resultados prometedores, en particular sobre la secuencia constructiva del complejo monumental. Se observa también que la presencia de elementos Kotosh en el sitio podría ayudar a definir mejor las fases más tempranas. Hasta se especula sobre la posibilidad de la presencia de elementos constructivos Mito, que, de nuevo, hace resaltar la relevancia de los trabajos de los japoneses.

Un problema central, sin embargo, es un cierto desdén por la cronología, que parece reducirse en la mente de muchos arqueólogos a una necesidad tediosa, costosa y, al final, no muy relevante. Esta posición algo extraña explica también el interés «tibio» en los trabajos de los japoneses que insisten, con razón, en problemas cronológicos, aunque se dedican también, aunque en menor medida, a interpretaciones de orden social y económico o ecológico (véanse Onuki 1982, 1985, 1992; Seki 1993; Seki & Yoneda 2005). Como parece que esta posición implica un conocimiento poco preciso de los principios de la cronología, he optado por agregar otro capítulo en el que procuro presentarlos.

En este se deja en claro que la cronología es esencial para la arqueología y otras disciplinas que trabajan con estos principios en forma rutinaria. La cronología no es una propuesta que sea válida como un cuasi hecho desde su presentación y que, por tanto, haga prescindibles las críticas o las convierta en algo obsoleto. El valor de una cronología depende de tantos factores que debería ser objeto de constantes revisiones, tanto en lo que se entiende por *cronología relativa* como por la *absoluta* o *numérica*. Las dos, además, se complementan en vez de reemplazarse. El problema Chavín es tal porque las informaciones necesarias son incompletas o dudosas y, por ende, a veces contradictorias. De ahí se debe tratar de indagar más sobre el estado de la información, evaluarla y tratar de completarla. En un sitio como Chavín, esto significa que es preciso excavar más en zonas donde esta información pueda estar presente. Secuencias como las de Kotosh, Huacaloma y Kuntur Wasi, entre otras, deben correlacionarse con el fin de llegar a una periodificación de validez general; en otras palabras, las cronologías locales y regionales deben llevar a una que incorpore todas las demás.

Desde hace más de diez años, he planteado una periodificación para el Formativo peruano, sobre la base de los aportes japoneses, la que recibió aceptación benévola pero también críticas categóricas. Si bien suelo aceptar críticas de buena gana cuando están justificadas, no puedo hacer lo mismo con críticas infundadas. Admito que este afán también es uno de los motivos que me han llevado a escribir este libro. Pero esta divagación no debería distraernos del propósito central: la enorme relevancia que tiene el conjunto de los trabajos japoneses en el camino de llegar a una cronología que permita insertar todas las evidencias acumuladas durante tanto tiempo, tanto por ellos como por otros, para disponer de un sólido marco espacial y temporal. Este marco referencial es la precondition para evaluar con sustento las múltiples hipótesis enunciadas durante cien años o más, si incluimos las reflexiones de los españoles de los siglos XVI y XVII acerca del origen del hombre en el Nuevo Mundo.

La arqueología moderna proporciona posibilidades no imaginadas hace poco tiempo, pero estos avances tecnológicos tienen que emplearse con principios claros y con la conciencia de los problemas inherentes de orden lógico. Lo central, sin embargo, es la convicción de que la arqueología brinda un sentido de historia —cultural o de otro tipo— en espacios temporales en los que las fuentes tradicionales no existen. Esta historia, en el campo de la política, puede ser invención libre, pero en el campo científico debería prevalecer el afán de conocerla por medio de una sistemática lógica, junto con una autocrítica constante.

Ya que en este libro se conjugan contactos personales con colegas japoneses y de otras nacionalidades durante un lapso de aproximadamente 35 años, resulta muy difícil agradecer a todos los que me ayudaron en este largo camino sin olvidarme de uno u otro de ellos, por lo que les pido disculpas de antemano. En primer lugar, quiero agradecer al doctor Enrique González Carré, quien me encargó escribir este libro como parte de un homenaje general a los colegas japoneses con motivo de los cincuenta años de su presencia en el Perú. Él también logró que el manuscrito se aceptara para la publicación en el Fondo Editorial. Mucho más le debo a mi amigo Yoshio Onuki, quien me facilitó todo el acceso a la amplia producción de la misión japonesa, tanto en el campo como en Lima, durante más de treinta años. Me invitó también a Japón con el fin de conocer la historia, la cultura y, sobre todo, la arqueología de su país. Escribió una historia de los cincuenta años de la misión japonesa que se incluye en este libro, consiguió financiación parcial para su publicación y me proporcionó material gráfico abundante y la autorización respectiva. Por la oportunidad de otras visitas al Japón, le agradezco mucho a Tetsuya Kusuda, profesor de la Universidad de Kyushu, con quien trabajé en el Cusco, y al doctor Shozo Masuda, quien me facilitó una estadía de cuatro meses en el Minpaku, el Museo de Etnología de Osaka, y me contactó con arqueólogos renombrados de Japón.

Fuera de ellos me ayudaron, en forma diversa, Yasutake Kato, Yuji Seki, Masato Sakai, Kinya Inokuchi, Shinya Watanabe, Eisei Tsurumi, Koichiro Shibata y Atsushi Yamamoto. En el Perú aprendí de mis colegas, amigos y antiguos alumnos, como Walter Alva, Carlos Elera, Rosa Fung, Hugo Ludeña, Luis Guillermo Lumbreras, Ramiro Matos Mendieta, Christian Mesía, Daniel Morales, Hermilio Rosas, Jorge Silva, Ruth Shady, Rafael Vega-Centeno y Julinho Zapata. Debo mucho al apoyo de Pablo Macera, quien me permitió trabajar en Pacopampa y Pandanche. También agradezco a amigos y colegas norteamericanos, como Tom Dillehay, Richard Burger, John Rick, Silvia Rodríguez Kembel y John H. Rowe; a mis compatriotas Henning Bischof, Peter Fuchs, Markus Reindel y Michael Tellenbach; y a Jean Guffroy, con quien dirigí un proyecto en el Alto Piura, experiencia durante la que se encargó de la parte del Formativo del proyecto. Burkhard Vogt, primer director de la Comisión par la Arqueología de Culturas Extraeuropeas (KAAK, antes KAVA), del Instituto Arqueológico Alemán, me cedió la autorización para incluir ilustraciones de algunas publicaciones del instituto. Con el estoy trabajando sobre el Formativo de la Costa Sur, Río Grande de Nazca, en el marco del Proyecto Arqueológico Bajo Río Grande (PABRiG). Eisei Tsurumi confeccionó los mapas, Hugo Ikehara se encargó de las tablas que figuraron en el texto. Yuji Seki me proporcionó fotos de cerámica de Huacaloma y escaneó muchas de las ilustraciones y me extendió el permiso para su uso en el libro. Patricia Arévalo y su equipo del Fondo Editorial se encargaron del trabajo de la corrección y la diagramación.

Mi familia, mi esposa Iris y mis hijos Jürgen y Klaus, me han mostrado su apoyo y su comprensión durante todos estos años. A ellos, a todos los mencionados y a muchos otros que no he podido nombrar mis más profundo agradecimiento.

## CAPÍTULO I

### LOS ESTUDIOS SOBRE EL FORMATIVO ENTRE 1919 Y 1960

No cabe duda de que el primer arqueólogo nacional, Julio C. Tello (1880-1947), es el primero que formula, formaliza y, por ende, justifica el concepto de lo que hoy se conoce como Formativo u Horizonte Temprano, entre otros términos pertinentes. Se ha escogido la fecha de 1919 ya que coincide con su primera visita a Chavín de Huántar, pueblo actual ubicado en la sierra del departamento de Áncash, a 3.180 metros sobre el nivel del mar (Figura 1). A partir de esta fecha, el complejo arqueológico del mismo nombre, cerca y debajo del pueblo, se convierte en paradigma del origen de la cultura en el Perú antiguo, pero también en foco de controversias que no han cesado en la actualidad. La fecha de 1960 corresponde, entre otros aspectos por señalar, a la publicación del primer tomo de *Andes* y a la primera campaña de la misión japonesa en Kotosh.

#### 1. LOS ENFOQUES DE TELLO

Antes de concentrarse en los conceptos de Tello, es preciso advertir que la motivación de su formulación se debe a su contraposición categórica a los conceptos de Max Uhle (1854-1944), quien ya había establecido un esquema cronológico basado en sus investigaciones de campo, cuyos resultados, derivados de la superposición de arquitectura, contextos funerarios y reconocimiento de estilos en cerámica, arquitectura, tejidos, etcétera, han resistido, en líneas generales, a las críticas y las evidencias producidas con posterioridad (véase Kaulicke [editor] 1998). En Ancón, Supe y otros sitios costeros, Uhle había reconocido restos muy antiguos, adjudicados por él a pescadores primitivos (Uhle 1910, 1912, 1924, 1925). Su edad, calculada en unos tres mil años a raíz de estudios geomorfológicos realizados con Rudolf Hauthal en Bellavista, en 1906 (Bischof 1998b, p. 39), no dista mucho de lo aceptado en la actualidad. Por consiguiente, Uhle había reconocido correctamente la edad tanto absoluta como relativa de lo que posteriormente se llamaría Formativo

(Período Inicial/Horizonte Temprano). Su problema reside en sus interpretaciones poco convincentes acerca del grado de la complejidad social y del carácter autóctono de estos vestigios, ya que sus evaluaciones están teñidas de un difusionismo marcado que rechaza la capacidad de invenciones independientes por parte de sociedades en estado «primitivo». Tello se concentra en el problema del origen. Este no puede ser foráneo, no puede relacionarse con una heterogeneidad de estilos, ni tener la costa como candidato para las evidencias más tempranas. De acuerdo con ello, busca el origen en la floresta, en una zona no afectada por «influencias externas» —como en el caso de la costa—, donde la naturaleza virgen y los grupos humanos que la habitan se encuentran en un estado de «origen fosilizado» y suponen, por tanto, una especie de origen materializado y atemporal.

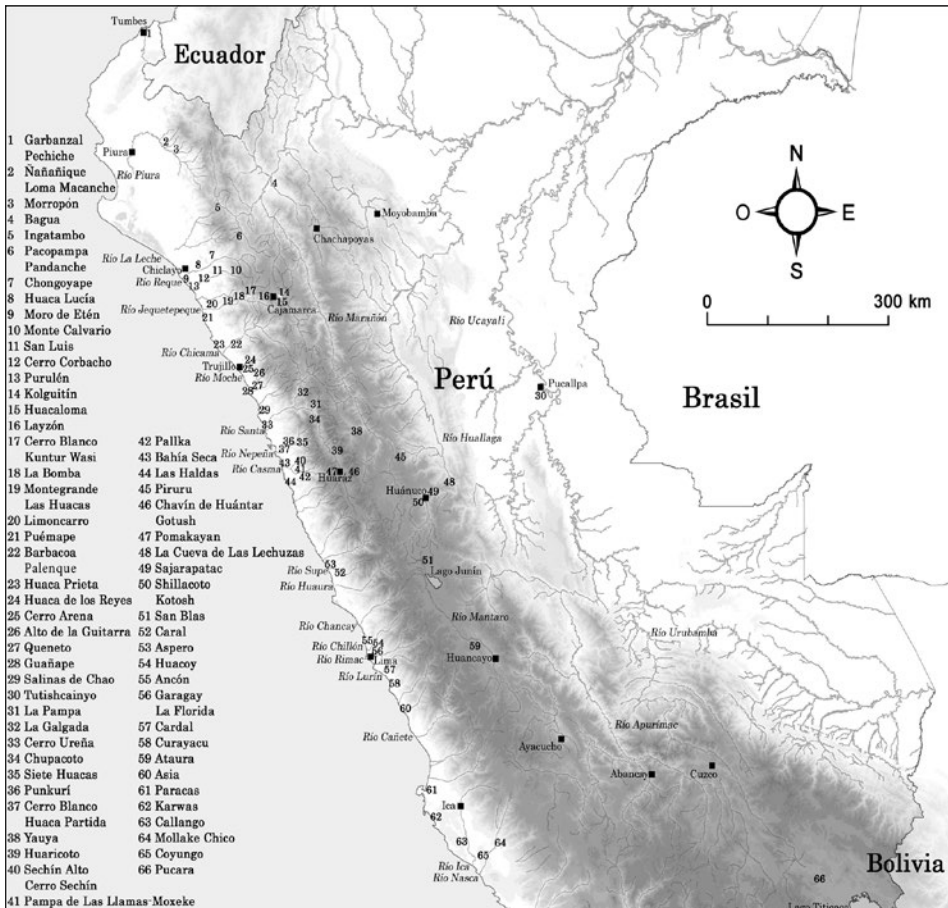


Figura 1. Sitios del Formativo y del Arcaico Final mencionados en el texto (Elaboración: E. Tsurumi).

La vinculación con los Andes, según Tello, se establece por medio de una especie de cadena que se inicia con la domesticación de plantas en las tierras bajas, donde su cultivo es fácil; frutas y otras plantas útiles, junto con la caza y la pesca, no demandan el desarrollo de técnicas complejas. En la sierra húmeda, en cambio, se requiere la preparación de los campos de cultivo en andenería, mientras que, en las partes altas, se agrega el cultivo de otras plantas como oca, quinua y papa —este tubérculo, según Tello, de una edad remota—. La presencia masiva de camélidos y cérvidos en las alturas, junto con un clima benigno, convierte la puna y la quechua en el «centro principal de atracción humana en la antigüedad». Probablemente:

[...] desde tiempos muy remotos ha existido una migración de plantas útiles que han venido unas de las partes altas vecinas y otras de las partes bajas. La papa, por ejemplo, que crece en las dehesas de las llamas, durante los meses de lluvia [...] realiza su ciclo vital sin el cuidado del hombre [mientras que] este cuidado [se necesita] en las tierras bajas [otro ejemplo de la domesticación «fácil», pero dependiente de la domesticación de la llama] (Tello 1929, pp. 21-22).

En la costa, finalmente, se percibe el traslado de árboles frutales como chirimoyo, palto, lúcumo y otros, así como una multitud de otras plantas como coca, ají, yuca, camote, yacón, achira, maíz, frejol, maní y cucurbitáceas «cuya producción es casi natural en la montaña y aquí [en la costa] de esmerado cultivo» (Tello 1942, pp. 596-615).

Es ahí donde el nivel de sofisticación técnica tiene que alcanzar su grado más alto. Una lectura detenida, por tanto, revela la idea de un remoto origen forestal vinculado con otro serrano más innovador.

Esta cadena «ecológico-agrotécnica» se complementa con una metáfora del reino vegetal referente al origen y al desarrollo de las culturas, y a las culturas mismas, la de un árbol cuyas raíces se encuentran en el «medio forestal» sustentadas por los relictos de «arcaísmos» aún presentes —desde la horticultura menos desarrollada hasta la elaboración de cabezas-trofeo y mitos cosmogónicos, de los que derivan expresiones más tardías en otras partes—. La sierra es el tronco y sus ramas alcanzan la costa (Nepeña, Morropón, Chongoyape y Paracas). No sorprende, por tanto, cuando sostiene que:

[...] cada cultura puede ser imaginada como un árbol que ha pasado en su desarrollo por diversas etapas y ha emitido ramas escalonadas desde las raíces hasta la copa. Tratándose de la edad de una cultura, se debe tener en cuenta la edad del tronco o tallo apreciado, por los ramos emitidos en las diversas etapas de su desarrollo; y tratándose de la edad de un conjunto de culturas habría que indagar si ellas han sido coetáneas en sus comienzos o raíces; si aparecieron en períodos distintos; o si se

hallan mezcladas o fusionadas, o encima o debajo de los ramos de las culturas vecinas [...]. Si bien en muchos casos sus restos aparecen superpuestos, esto no significa necesariamente sucesión continua o interrumpida de culturas troncales, sino meras superposiciones de ramos derivados de éstas, que pueden o no haber sido coetáneos en su origen: Ramos jóvenes de troncos viejos pueden hallarse superpuestos a ramos de troncos relativamente jóvenes en posición cronológica contraria a la verdadera posición y edad de culturas matrices (Tello 1942, p. 626).

Ya había pronunciado algo parecido unos veinte años antes: «Las culturas de una misma madre, algunas veces mellizas o desprendidas en la misma época, pueden mezclarse y amalgamarse, la una superponerse a las otras y originar así confusiones y errores en la interpretación cronológica de las culturas» (Tello 1921, p. 42). Esta visión algo críptica probablemente era una crítica escondida a sus colegas que habían ofrecido esquemas cronológicos, en particular a Uhle y a sus seguidores.

Para Tello queda claro, por ende, la presencia de una cultura matriz:

Restos de una civilización sepultada bajo la floresta de los flancos orientales de los Andes, y alimentados por un medio tropical y forestal, aparecen salpicados de Norte a Sur y de Este a Oeste, dentro de toda el área andina formando un estrato general, muy viejo [...]. Un solo pueblo, una sola raza debió crear esta civilización, o bien debió originarse en una región determinada, de la que se propagó por todo el territorio [...]. Si una civilización debe ser valorizada por el grado de desarrollo alcanzado por su arte, por su área de propagación, por el monto de su producción, es evidente que ninguna de las civilizaciones supera a la de los Andes Orientales (Tello 1945, pp. 41-42).

Se trata de la civilización Chavín-Kotosh, la «que se inicia [...] con la agricultura sin irrigación y con la explotación de las plantas tropicales» (Tello 1942, p. 714). Esta civilización Chavín-Kotosh le merece mayores elogios:

Su centro más importante se halla en la Cuenca del alto Marañón; y su área de propagación, muy extensa, sobrepasa los límites del Norte Andino. Donde quiera que se encuentren restos de ella [...] allí están presentes sus vigorosas e inconfundibles creaciones arquitectónicas, escultóricas o pictóricas de una raza extraordinaria, cuyo nombre y recuerdo se ha borrado de la memoria de los hombres en el correr de los siglos; pero, que ha dejado los restos innegables de su civilización, tan propia y original, que no tienen parangón entre las otras civilizaciones sudamericanas (Tello 1942, pp. 676-677).

Se caracteriza por «edificios de piedra agrupados en ciudades amuralladas; templos piramidales formados por una o más plataformas superpuestas atravesados por galerías interiores [...] y cámaras especiales o adoratorios [...] en la parte superior



a los que se alcanza mediante escaleras subterráneas de acceso». Como ejemplos le sirven Chavín de Huántar, Pomakayan, Cerro Sechín, Sechín Alto, Moxeke, Cerro Blanco y Punkurí (Tello 1942, p. 677). En 1929, incluye también los vestigios de lo que hoy se conoce como Recuay, parte de la primera edad, el Período Arcaico (Tello 1929). Obras escultóricas son «figuras grabadas en alto y bajo relieve, estatuas y multitud de utensilios de piedra que se encuentran adornando sus templos, y dentro de sus tumbas respectivamente» (Tello 1942, p. 677). La tercera manifestación es la «cerámica consistente en recipientes monocromos [...] que a primera vista hacen la impresión de vasijas de madera o de piedra, o fabricadas haciendo uso de un material duro y con herramientas apropiadas para el taladro, el rebaje, las incisiones y en general el esculpido de las figuras que las ornamentan». Los labios de los cántaros «imitan el tallado en madera y piedra». Ciertos tipos de decoración, como triángulos o líneas cruzadas, son «supervivencias tal vez de las redes y mallas de maguey que protegían los recipientes de madera arquetipos». Las decoraciones imitan «en todo, por su forma, técnica y ornamentación, a las vasijas de madera» (Tello 1942, p. 677). El último punto, de alta importancia para Tello, está constituido por:

[...] *representaciones de seres demoníacos* o míticos, estructurados a base del tratamiento de un motivo fundamental: la cabeza del felino. Ellas son: a.- *Un dragón de cuerpo alargado*, hocico armado con grandes colmillos y patas con garras, semeja un cocodrilo [Obelisco Tello] [...] b.- *Un monstruo felinoide* antropomorfizado, que tiene como modelo arquetipo el felino que acompaña al Dragón. Su mejor ilustración es la figura que aparece en la estela Raimondi [...] c.- *Un monstruo ornitomorfo* humanizado, que es la misma ave que acompaña al Dragón [...]. Magníficas ilustraciones de este monstruo alado se hallan en varias estelas completas e incompletas de Chavín [...] d.- *Un monstruo ictiomorfo*, que es igualmente una representación idealizada del pez que acompaña al Dragón [...]. Su mejor ilustración es la gran estela [...] en Yauya [...] e.- *Felinos humanizados* de composición más simple con rasgos generales más humanos aunque de aspecto cadavérico [Cerro Sechín] [...]. En las ornamentaciones de cerámica, en los trabajos de orfebrería, en los grabados en hueso y en los múltiples utensilios de piedra se encuentran motivos derivados de la cabeza del felino o de los monstruos anteriormente presentados (Tello 1942, pp. 678-679, cursivas en el original).

Se percibe, por tanto, que las representaciones en sus diferentes contextos y soportes corresponden, en su totalidad, a una religión compartida a cuyo estudio Tello se ha dedicado durante toda su vida científica y cuyos resultados están plasmados en una serie de publicaciones, entre las que destaca *Wira Kocha* (1923, confróntese Kaulicke 1994, pp. 440-446). El ámbito de la distribución de estos elementos es muy amplio, con muchos sitios cuya existencia se debe, en buena parte, a los trabajos de

campo del propio Tello y de su equipo: siete sitios en la costa norte, quince en la costa norcentral y dos en la costa sur, además de nueve sitios en la sierra norte y uno en la sierra norcentral. Otros diez sitios se encuentran en el Ecuador, considerados como sitios de propagación maya por Uhle, pero de Chavín por Tello, y aun registra sitios en la actual Bolivia y Argentina (confróntese Carrión Cachot 1948, lámina XXXVI; Tello 1942, pp. 679-681; compárese Tello 1929, lámina II). Si bien Tello está consciente de que existe una variación estilística importante en todo este vasto territorio, enfatiza que:

[...] el estudio comparativo de estos hallazgos ha dado como resultado la identificación, en sitios alejados del centro, de los mismos caracteres que definen este arte clásico. No se trata de meras analogías. Los objetos hallados en la Costa son los mismos que se encuentran en el foco y la alfarería es la misma en calidad, forma y ornamentación a la que se halla en el subsuelo de las estructuras megalíticas del templo de Chavín de Huántar. Otra clase de testimonios hallados en la Costa [...] prueban que el arte clásico Chavín influyó, o acaso originó en gran parte, el arte de las culturas posteriores. A este respecto son muy reveladores los hallazgos realizados en las Cavernas de Paracas. Aquí se encuentra alfarería incisa pintada con colores resinosos y motivos ornamentales que no son otra cosa que los motivos y las figuras demoníacos del arte Chavín (Tello 1942, p. 681).

Tello especifica este último punto:

Un mismo tipo de ornamentación dá [sic] unidad a este arte de las Cavernas y consiste en varias figuras demoníacas zoomorfas de cuya cabeza y cuerpo emergen serpientes y que son semejantes y en algunos casos idénticos [sic] a las que aparecen estampadas en las láminas de oro halladas en Chongoyape [confróntese Tello 1929, pp. 155, figuras 107-110] [...]. Estas figuras prolijamente trabajadas se ven en los pañitos que cubren el rostro del cadáver, en las ornamentas, la alfarería [...], en las telas caladas, en las de doble cara, en los bordados y en los pirograbados de las lagnas (Tello 1942, p. 690).

Luego procede a comparar estas telas con las de Chimu Kapak —aparentemente se refiere a las piezas halladas por Uhle (véase Menzel 1977, figuras 56-59)— y una de Pachacamac, igualmente encontrada y publicada por Uhle (Uhle 1903, lámina 4.1.), todas desligadas en tiempo y contexto. No solamente aparecen en contextos funerarios, sino también en «basurales» y en la arquitectura monumental del valle de Ica.

Sobre la base de estas y otras consideraciones, procede a resumir toda su disertación en cuatro edades: la Primera Civilización de los Andes centrales (Tello 1942, pp. 710-711, lámina III), calculada en un lapso entre 1000 a.C. y 0, corresponde a tres

áreas (norte, centro y sur), denominadas Chavín-Kotosh, Paracas-Cusco y Pukara-Tiahuanaco-Barreal, respectivamente (Figura 2). El término «Cusco» se refiere a objetos relacionados con Pukara (confróntese Rowe 1977) y, quizá, Chanapata, posteriormente reconocido por Rowe (1944). Finalmente presenta un «Cuadro de las civilizaciones andinas» (Tello 1942, lámina VII) (Figura 3). Este dibujo se asemeja a un candelabro sin pedestal con tres brazos o, quizá más apropiadamente, a un árbol. El eje vertical no parece tener función más allá de denominar las civilizaciones y su ubicación general, aunque llama la atención que, por ejemplo, las letras de Chavín-Kotosh aparecen en forma vertical, de modo que alcanzan el nivel de la Cuarta Edad (Inka), lo que parece indicar la «supervivencia» de esta cultura del origen hasta la llegada de los españoles; ello se representa por una especie de rampa más ancha en la base. Lo mismo ocurre con Paracas-Cusco (centro) y Pukara-Tiahuanaco (sur). Los «brazos» de la izquierda representan los Andes occidentales; los de la derecha, los Andes orientales.

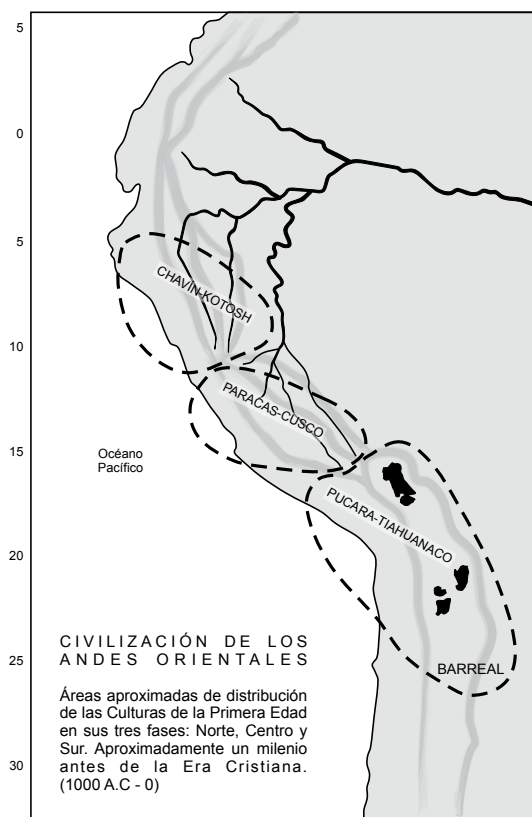


Figura 2. Mapa de Tello con indicación de «las culturas de la Primera Edad. Civilización de los Andes orientales» (Tello, 1942, lámina III. Redibujado por H. Ikehara).



Estos se constituyen por una especie de dados, arreglados en conjuntos horizontales y escalonados (¿otra «rampa»?), con Chavín en la base con cuatro dados, seguidos por Huaylas con sus variantes en la Segunda Edad —de sierra a costa en sentido de derecha a izquierda, en tres dados—. Otros dos dados corresponden a la Tercera Edad y se refieren a etnias preincaicas de Ecuador y la costa norte. El dado más alto corresponde a las «Naciones de los Yunga y del Chinchaysuyo, confederadas por los Inkas». En la fila de cuatro dados, pegado al eje vertical, aparece uno llamado «Chavín con Pakopampa, Pomakayan y Chavín de Huántar». El siguiente de la misma fila, hacia la izquierda, enumera sitios de Ecuador y la costa norte y central, como Punkurí, Cerro Blanco, Pallka, Moxeke, Sechín y Ancón. El dado a su izquierda lleva los nombres de otros dos sitios de Ecuador, así como La Ventana, Virú, Supe y Teatino. Estos últimos corresponden a una especie de Chavín Derivado o Sub-Chavín, en el concepto de Tello, y por tanto no son contemporáneos de los demás. En el último, a la extrema izquierda, figura Casma (inciso último), que es aún más tardío que los mencionados —¿también en el concepto de Tello? (véase Tello 1956, pp. 254, 280)—. El «escalonado» de la derecha lleva solo ocho zonas o sitios en los diez dados, y deja cuatro dados en blanco. El de Chavín se limita a Kotosh —y Shillakoto—, donde «un tipo de cerámica de formas que imitan las de las vasijas talladas en madera y con ornamentaciones incisas, se halla en las capas inferiores debajo de las que contienen fragmentos de cerámica de los tipos Chavín y Marañón» (Tello 1942, p. 710), y por tanto es algo anterior a la de Chavín de Huántar. La cerámica de la isla de Marajó, en la desembocadura del río Amazonas, sorprende por su lejanía del centro y la poca definición estilística.

Para la zona del centro aparecen culturas hipotéticas en la base, correspondientes a un Pre-Paracas —posteriormente, uno de sus discípulos lo encuentra en Palpa (Mejía Xesspe 1972, 1976)— y un Pre-Cusco. Hacia la izquierda, figuran Paracas Cavernas y Paracas Necrópolis, así como «restos megalíticos» de la cultura Cusco, y, más a la izquierda, Río Grande de Nasca. Aparentemente, se trata de una secuencia «horizontal» de Chavín-Paracas-Nasca. No hay sitio alguno mencionado en los «dados» a la derecha del eje vertical. Finalmente, en la modalidad del sur, aparecen primero Pukara y Tiahuanaco; luego —a la izquierda—, solo Tiahuanaco y el «grupo» Kollawa con Chuquibamba, Majes, Ocoña, Yauca, Acarí, Lucanas, Nasca y Yauyos. El dado del extremo izquierdo está en blanco, al igual que el correspondiente al centro. En el conjunto de la derecha solo aparecen sitios de Bolivia y Argentina.

Todo este cuadro complicado, por tanto, no se deja comparar con la ortogonalidad que suele caracterizar los cuadros cronológicos, mediante la cual se señalan diferencias marcadas entre sincronía (eje horizontal) y diacronía (eje vertical). Tello parece escoger la diagonal, en forma de «rampa», un escalonado y una horizontal que

implican la presencia de gradientes; constituyen, por tanto, una especie de «compromiso» entre continuidad y cambio. Todo este cuadro, en sus aspectos de una verticalidad que parece ser más bien una proyección de una esencial contemporaneidad compartida y un dualismo poco evidente, deja reducirse a un solo triángulo escalonado cuyo escalonado está combinado con una línea recta diagonal: en otras palabras, una especie de «pirámide con rampa».

El origen, pese a sus manifestaciones múltiples, ha de ser único y muy antiguo. Ha de ser un origen *ex nihilo*, por lo que Tello se empeña en buscar antecedentes de la cerámica en plantas (Tello 1929, pp. 86-91), madera o piedra (confróntese arriba); los arquetipos de arte y mitología provienen de la selva, pese a que se ignoran evidencias arqueológicas sólidas, como se ha visto en su cuadro. En sierra y costa constituyen un substrato sobre tierra estéril; esto es, se presenta siempre como la primera evidencia de la ocupación humana. Este límite «natural» inferior corresponde a otro límite natural superior. Tello piensa que aluviones y otras catástrofes sepultan la cultura Chavín sobre cuya cobertura o sello se registran evidencias completamente distintas: «Los restos de la civilización Chavín se hallan en todas partes sepultados por los de otras civilizaciones que le sucedieron, tan diferentes en su clase como si se tratara de civilizaciones completamente extrañas a ellas» (Tello 1942, p. 640). Si bien reconoce correctamente medios para detectar diferencias cronológicas, como edificios superpuestos, capas superpuestas de basura y prácticas funerarias (Tello 1942, pp. 699-709), no las emplea de modo sistemático. Critica intentos de clasificaciones —sin nombrar los autores— debido a su uso indiscriminado de nomenclaturas (Tello 1942, pp. 621-622): «Esta nomenclatura no está basada [...] en una apreciación integral de los restos arqueológicos de una cultura, ni en una clasificación alcanzada mediante el estudio comparativo de los monumentos» (Tello 1942, p. 622).

Pese a estas críticas, las nomenclaturas escogidas por el propio investigador no destacan por su claridad sistemática. Para él, la clasificación es, en primer lugar, espacial, justificada por características compartidas por regiones. Las «edades», en cambio, se le escapan en gran medida. Piensa en una especie de lógica de desarrollo en tres «fases principales en su desarrollo, caracterizadas por los diversos estadios de evolución del arte en cada una de ellas y por la posición de los estratos correspondientes a dichos estadios en el terreno. Ellas son: la Arcaica o Inferior, la Clásica o Media, y la Decadente o Superior» (Tello 1942, p. 627). En sus diferentes publicaciones, sin embargo, no queda muy claro dónde habría que ubicar a Chavín, en su «edad» o «época» arcaica o clásica. De todo ello lo que le importa a Tello es la conclusión de que las civilizaciones de los Andes orientales son más antiguas que las occidentales, sin poder comprobarlo con evidencias fehacientes.

Para su clasificación, además, Tello confía en las fuentes de los siglos XVI y XVII. La subdivisión en Antisuyu, Kollasuyu, Chinchaysuyu y Contisuyu del «país de los Inkas» está considerada como confirmada por la arqueología y sirve de fondo para un marco unificador de los diversos factores ambientales y culturales. Aún en la primera edad, la distribución de los sitios concuerda en gran medida con los confines del imperio incaico (o lo supera aun; véase al respecto la isla Marajó en la desembocadura del Amazonas). Esto es, el origen es un origen cuasi «sudamericano». Un caso, tomado a la letra por Tello, es el del imperio Yaro Willka, en la visión de Guaman Poma (1936 [1615]). Las cuatro edades de Guama Poma cuentan con sucesiones de soberanos que demuestran, según Tello, que:

[...] el Imperio de Yaro Willka no es del todo una invención o una creación arbitraria o fantástica de Guaman Poma, como pudiera creerse a primera vista, destinada a exaltar la excelencia de su estirpe [...], es por lo menos esta región del Chinchay Suyu, donde el hombre organizado o nó [sic], bajo el patrón de un Imperio o de cualquiera otra forma de organización política, inventó y descubrió los medios más seguros para echar los fundamentos de una civilización que, por su amplio desarrollo y originalidad, puede ser considerada como la más adelantada del continente sudamericano (Tello 1942, p. 640; confróntese Tello 1939).

Ya que se trata de los Andes orientales, estas fuentes constituyen otra «prueba» independiente del origen en esta parte. De acuerdo con ello, el uso de términos cronológicos referentes a etnias conocidas por las fuentes coloniales, como Chimú, Tallán, Huaylas, Rukana, Chincha, Wanka, Chucurpu, Chanca, Kollawa, etcétera (confróntese Figura 3), es frecuente en casi todas las edades. Ello debe significar que estas etnias también se remontan casi a los inicios, y reflejan de esta manera el concepto de una etnicidad milenaria —precondición para el indigenismo—. En este sentido, la información historiográfica no es una especie de analogía, sino que se constituye en parte integral del sistema clasificatorio de Tello.

Para resumir este intento de caracterización de las hipótesis de Tello sobre el origen de la cultura en el Perú, es preciso señalar que los principios de su cronología no están especificados, ya que parte de una especie de espacio y tiempo unificados, en donde la dinámica temporal y espacial es vista desde un principio «holístico» que tiende a minimizar cambios o diferencias en beneficio de la continuidad. En su afán de contraponerse a la argumentación de Uhle, Tello se ve forzado a construir un edificio imponente de ideas y de recoger evidencias múltiples, con los que muestra una gran habilidad. Pero esta complejidad no resuelve del todo el problema del origen en sí, ni explica los mecanismos de la difusión de rasgos de Chavín sobre todo este territorio inmenso. En el fondo, reduce la unidad de Chavín a una ideología en la

que el estilo figurativo tiende a demostrar la existencia de un sistema religioso que predomina en el Perú antiguo y que se basa en una pieza que lleva su nombre: el Obelisco Tello (Tello 1942, pp. 615-616).

Después de su muerte en 1947, el impacto de Tello se mantiene vigente por los trabajos de sus discípulos Rebeca Carrión Cachot (1907-1960) y Toribio Mejía Xesspe (1896-1983). El último tiene el mérito de haber tenido publicado póstumamente varios libros, como *Arqueología del valle de Casma* (Tello 1956), *Paracas. Primera parte* (Tello 1959) y *Chavín. Cultura matriz de la civilización andina* (Tello 1960). Todos ellos repiten en parte lo que Tello había publicado en vida, pero presentan también algunas evidencias basadas en inéditas notas de trabajo de campo. De este modo, el de 1960 presenta el único catálogo de piezas líticas de Chavín de Huántar publicadas hasta la actualidad (Tello 1960, pp. 172-298; 98 piezas, algunas del estilo Recuay, que ya no existen), así como una pequeña muestra de artefactos de cerámica, líticos y óseos, con un total de 180 figuras y 53 láminas de fotos. Muy importante es la descripción de la arquitectura exterior e interior (galerías) y la descripción de sus excavaciones (Tello 1960, pp. 65-147). El problema de todas estas publicaciones reside en la ausencia de referencias a las fuentes usadas —publicadas e inéditas— y a sus fechas respectivas. Críticas pormenorizadas de estas obras, como también de las demás publicadas por Tello, brillan por su ausencia.

## 2. LOS ENFOQUES DE LARCO

En el mismo Congreso Internacional de Americanistas de Lima de 1939, en el cual Tello expone su ponencia, discutida en forma detallada en este trabajo (Tello 1942), Rafael Larco Hoyle (1901-1966) presenta otra obra monumental bajo el título «Los Cupisniques» (Larco 1941). Del total de 259 páginas de su publicación, solo 70 contienen texto debido a la cantidad elevada de 334 figuras —en su mayoría fotos—, mientras que el artículo extenso de Tello de 1940 cuenta con 131 páginas de texto y solo siete láminas de mapas y de su cuadro cronológico, sin ilustrar objeto arqueológico alguno. Otra diferencia se percibe en las referencias bibliográficas: Tello (1942, pp. 715-720) cita 129 trabajos en castellano, alemán, inglés y francés, aunque no queda claro cómo los emplea, ya que no suele citarlos en el texto. Larco, en cambio, no cita trabajo alguno fuera de los suyos, aunque hace referencias generales a otros.

Estas diferencias formales indican no solo diferentes estilos de presentación, sino una oposición de conceptos. En primer lugar, Larco enfoca una modalidad estilística regional, entendida como una especie de etnia, en vez de tratar de llegar a una comprensión global. En segundo lugar, la evidencia procede en su gran mayoría de contextos funerarios. Presenta documentación completa de nueve contextos y, en



forma adicional, fotos de otros 31 contextos de Barbacoa A —un total de 35 contextos que podrían representar el total del área funeraria—, Barbacoa D y Palenque, ubicados en el valle de Chicama (Larco 1941, pp. 161-237); en el resto del libro, muchas de las piezas discutidas provienen de la misma zona. Ni Tello ni los otros arqueólogos que han trabajado en Chavín después de él lograron ubicar este tipo de contextos en el sitio. En tercer lugar, las definiciones de estilo de Larco tienden a disgregar en vez de comprimir con la intención de crear secuencias, lo cual Tello trató de evitar a toda costa. Este afán de Larco de crear secuencias tiene que incluir problemas del origen, con lo que se opone a Tello también.

Para enfocar este tema, es preciso remontarse a un trabajo anterior de Larco (1938). El capítulo primero lleva el título «Origen y evolución de los agregados sociales de la costa del Perú» (1938, p. 13) y culmina con la presentación de su cronología de las culturas costeñas en cinco períodos. Larco piensa que dos sitios encontrados por él, Queneto y La Arenita, pueden servirle de base para plantear un nuevo concepto. Queneto, en el valle de Virú, tiene carácter megalítico, «pues las circundantes están formadas por grandes piedras, análogas a las que se han encontrado en las edificaciones más antiguas del mundo» (Larco 1938, p. 16), con lo que concuerda la presencia de «menhires» que difieren marcadamente de estructuras líticas adyacentes mochicas. Por ello, «[nos inclinamos] a creer que son trazas de las culturas incipientes de la Costa, testimonios de los primeros pasos sujetos a un plan en materia de construcción de aquellas, mucho antes de [...] la cultura Mochica» (Larco 1938, pp. 16-17), de modo que construcciones de este tipo «constituyen los monumentos más antiguos de las civilizaciones costeñas del Perú, siendo [sic] Queneto un exponente» (Larco 1938, p. 17). De mayor interés para Larco es la ubicación de la cerámica que Tello llama «Chavín», referida a la del valle de Chicama. En 1933, Larco logra ubicarla en el sitio La Arenita, en la quebrada de Cupisnique que forma el límite sur del sistema fluvial de Jequetepeque. Construcciones simples y pequeñas de piedra, según él, asociadas a esta cerámica, indican que esta zona, ahora completamente seca, se encontraba fértil en el tiempo de la ocupación y, además, concuerdan con lo que se espera de arquitectura arcaica. No ilustra los fragmentos de cerámica hallados por él. Bennett (1939, pp. 22-27, 90-93) subsana esta omisión sin que Larco se refiera a él en su trabajo. Los dibujos, en efecto, corresponden al estilo Cupisnique. Bennett también efectúa quince sondeos en Queneto. Solo uno produjo dos concentraciones de cerámica que parecen corresponder a estilos tardíos (Bennett 1939, figuras 5j, l, m, o), lo que sugiere que la arquitectura es acerámica o precerámica (véase también discusión en Strong & Evans 1952, pp. 208, 237).

El ámbito de esta cultura Cupisnique es reducido, ya que abarca los valles de Jequetepeque, Chicama y Moche, pero incluye también el hallazgo de Lambayeque,

atribuido por Tello a su civilización Chavín (confróntese arriba). Por los motivos de fauna marina en los objetos de oro, le parece «lógico pensar que fueron utilizados como motivos ornamentales por una cultura costeña y no andina» (Larco 1938, p. 23).

Con estos dos sitios, se siente preparado para atacar a Tello y sus ideas sobre Chavín y el origen: «Si Chavín fué [sic] foco de una civilización tan poderosa y avanzada como la que se quiere hacer aparecer, es lógico pensar que el asiento de ella no pudo ser nunca, una pequeña edificación y su órbita de influencia alcanzar dilatados territorios» (Larco 1938, p. 24). Larco confía en Augusto Soriano Infante, un buen conocedor de la arqueología de la sierra de Áncash, quien «ha sido el primero en recoger, en los lugares cercanos del Templo de Chavín, fragmentos de la cerámica similar a la de Cupisnique» (Larco 1938, p. 24) y quien también encontró ahí cerámica mochica y restos de *Spondylus* como evidencia de piezas costeñas, aunque no halló «ceramios que podían clasificarse dentro de los períodos primitivo y evolutivo; en las estratas [sic] más profundas están los fragmentos de la cerámica más perfecta» (Larco 1938, p. 25). Larco concluye que Chavín debe de haberse erigido por un pueblo extraño y que la presencia de cerámica costeña se debe a que:

[...] siendo [sic] este templo la meca de los pueblos que profesaban un culto felínico, es lógico que estas gentes llevaran a su santuario máximo, ofrendas de carácter religioso exornadas con motivos adecuados; los que podían muy bien ser, vasos litúrgicos o de carácter utilitario para el uso de los sacerdotes. Dedicado el Templo de Chavín a un culto supremo, vivieron en él y alrededores toda una colectividad de servidores del culto, quienes utilizaron los vasos ceremoniales y de uso personal, conteniendo las manifestaciones artísticas de la maravillosa piedra tallada del Templo de Chavín; estos vasos, inspirados en la elevada concepción del culto que llegó a los Andes después de alcanzar una refinación singular, son de formas que no hallamos en Cupisnique, distintos, fuera de las apariencias de grabaciones, relieves y estrías; sin que esto signifique que no se encuentren vasos de asa como los de Cupisnique (Larco 1938, p. 25).

Luego niega cualquier parecido entre Chavín, Tiahuanaco, Aija o Huari (confróntese Tello 1929, lámina II), por lo que Chavín queda aislado, salvo por «ruinas de adobe con relieves de barro idénticos a los que existen en los frisos del templo de Chavín» (Larco 1938, p. 26), referidas a sitios en el valle de Nepeña. En cuanto al problema de anterioridad y posterioridad, se inclina por la anterioridad de los restos de Nepeña que comprenden todo un valle y la «presencia de muchos pueblos que abarcan una comarca íntegra con un centro civilizado como el mismo que se presenta con una técnica espacial de construcción y un arte propio» (Larco 1938, p. 26). Chavín debe de haberse construido por un:

[...] pueblo numeroso, activo y de un alto nivel de cultura que no ha podido ser otro que el nepeñano favorecido por una agricultura próspera y abundantes medios de vida. Respecto a las técnicas de la construcción y del relieve es lógico suponer que ellas nacieron y se perfeccionaron en la Costa utilizando en un comienzo un material fácilmente plasmable como era la arcilla para más tarde aplicar las experiencias adquiridas en tal labor en el granito andino, aprovechando a la vez los conocimientos sobre el labrado en roca que tenía el hombre serrano. En Nepeña se ven fases de evolución no solamente en el arte y en el material de construcción, sino en las creencias religiosas. En cambio en Chavín encontramos exponentes de un arte perfectamente desarrollado el que ha alcanzado el máximo de sus posibilidades. Si comparamos la técnica escultórica del templo de Chavín con la de Nepeña, llegamos a esta conclusión: que los relieves pertenecen al período de Cerro Blanco; las técnicas del relieve cintado; de allí que creamos que el templo de Chavín no fué construído [sic] en los primeros períodos a los cuales corresponden el templo de Punkurí sino en la época que Nepeña alcanzó su máximo desarrollo. Esto es concluyente. El centro del arte clasificado hasta hoy como Chavín es Nepeña y el templo de Chavín la obra mayor de esta cultura (Larco 1938, p. 29).

En una nota de la misma obra, Larco incluye otros hallazgos de Tello en el valle de Casma, que le sirven para consolidar su secuencia:

[...] las construcciones líticas de Sechín son las primitivas de modalidad ciclópea [¿contemporáneas con Queneto?]; estelas de caras exteriores pulidas y decoradas con figuraciones en bajo relieve de técnica muy primitiva con la que se desborda en el Templo de Chavín; es la primitiva etapa cultural costeña manifestada al investigador en un templo o santuario en plena evolución; porque sobre esta construcción surge otra en el centro, de adobes cónicos del mismo tipo empleados en la edificación del templo de Punkurí, donde la evolución arquitectónica se manifiesta en todo sentido, pasando del material lítico al adobe. De este adobe cónico se pasa a las construcciones de adobes rectangulares cuyo prototipo lo tenemos en Cerro Blanco [...]. De ahí que para nosotros, Sechín sea en el presente, la prueba indestructible de la existencia primitiva en el litoral del pueblo que forjó la religión felínica y marchó a los Andes, llevándose todo el contingente de sus conocimientos superiores (Larco 1938, p. 50).

En su trabajo de 1941, Larco presenta datos adicionales del valle de Chicama, donde se observa la misma superposición de adobes paralelepípedos sobre otros cónicos en Pukuche, así como Cupisnique y en Cerro Ureña, del valle de Santa. Adobes cónicos también aparecen en arquitectura funeraria de Barbacoa, una de las áreas ya mencionadas (Larco 1941, p. 116, figuras 179, 184-190).

Resulta irónico que toda esta construcción lógica de Larco se base en las excavaciones de Tello en Nepeña y Casma, con la cual revierte la argumentación del

propio Tello. Los argumentos de Larco convencen por su transparencia y por su sentido agudo para captar las combinaciones de técnica y de soporte como elementos básicos de su definición de estilo. Estas, a su vez, forman secuencias que le sirven para fundamentar que se inician antes de Chavín y conducen a su construcción tardía. Pero Larco exagera la posición cronológica tardía de Chavín al interpretar incorrectamente algunas evidencias mochicas como contemporáneas de su Nepeña tardía, si, en realidad, estas evidencias son superposiciones en Cerro Blanco y la presencia de cerámica mochica en Chavín no está relacionada con la arquitectura. Esta posición probablemente se debe a Kroeber (1925a) quien confunde piezas arcaizantes de Moche con aquellas del Formativo (véase Rowe 1971, p. 104, figuras 2,6). Por otro lado, Larco tiene razón en observar que el estilo Mochica deriva del Cupisnique.

El aporte mayor de Larco, sin embargo, es su estudio de los contextos funerarios del valle de Chicama, descritos en forma detallada en su trabajo de 1941. Proporciona datos sobre la estructura, el tratamiento de los individuos y los objetos asociados (Larco 1941, pp. 161-164), pero lamentablemente se trata de un resumen. A partir de las descripciones por contexto, las fotos de otros y la multitud de objetos ilustrados a lo largo del trabajo, resulta difícil reconstruir contextos completos, lo que en muchos casos es imposible. En cambio, Larco enfatiza superposiciones de estructuras que le permiten definir que las estructuras mochicas se sobreponen a las de Cupisnique o Salinar (sobre todo Larco 1941, pp. 249-250). Por lo general, trata de obtener información sobre las características sociales por medio de las representaciones en las piezas, sobre todo en la cerámica, o por las piezas mismas. De esta manera, llega a constatar que cultivan ají, yuca o caigua —no existen evidencias ni de papa ni de maíz—; el maní aparece en los contextos, así como los moluscos. La indumentaria es sencilla, los metales son escasos y de una tecnología no muy avanzada, y la misma cerámica no llega a tener la perfección de la mochica. Este esquema de presentación se lo aplica luego a las otras culturas reconocidas por él (Larco 1944, 1945a, 1945b, 1945c, 1946; véase discusión en Kaulicke 1991).

Si bien Larco se empeña en presentar una especie de síntesis considerando toda la gama de evidencias materiales, se concentra en la cerámica para la elaboración de su esquema cronológico. Se detiene en aspectos técnicos de la elaboración de vasijas (1941, pp. 33-34), en los que detecta ciertos rasgos «primitivos», pese al impresionante resultado. Tello piensa que las formas derivan de la lagenaria, la calabaza. Comparten con la alfarería mochica cuatro «estilos» de botellas que se diferencian por el asa y el pico: «Estos cuatro estilos difundidos más tarde, los encontramos en la tipología de la cerámica mochica» (Larco 1941, p. 34). Estos estilos A hasta D (Larco 1941, figuras 49-52) también se distinguen por su cuerpo, tipo de decoración y representación. Otros estilos son Virú-Cupisnicoide o Virú-Cupisnique (Larco

1941, figuras 43, 67-70, 73, 78, 80), Cupisnique Santa Ana (Larco 1941, figuras 42, 75-76, 79), Cupisnique Transitorio (Larco 1941: figuras 14, 18, 19, 38-40, 47), Pre-Cupisnique (Larco 1941, figuras 81-82) y Pacasmayo-Cupisnique (Larco 1941, figuras 15-17), todos descritos brevemente (Larco 1941, pp. 35-36). Según Larco:

[...] este pueblo fué [sic] un conjunto de artistas que se iniciaban, los que no pasaron del estado tribal, al de la organización social avanzada, como los mochicas que gracias al genio de sus jefes abrazaron grandes extensiones de dominio. Esta aseveración la proporciona y atestigua lo reducido del área de sus cementerios y las ruinas desordenadas de sus pueblos, muy pequeños, acaso formados de simples agrupaciones de familias. Además, existen marcadas diferencias entre los estilos cupisniques que hasta hoy se han descubierto. Hay palpables variaciones entre la cerámica de Barbacoa, la de Santa Ana en Casa Grande, la que se halla en el valle de Pacasmayo, cercana al valle de Cupisnique y la que últimamente ha sido hallada en las estribaciones de la cordillera que se encuentra en la Hda. San Ildefonso del valle de Virú (1941, p. 11).

Esta cerámica comprende «todos los tipos de forma y aplicación de colorido de cerámica característica de esta cultura: desde los ceramios de aspecto pétreo hasta los correspondiente a etapas posteriores que comprenden, perfectamente, los períodos transitorios entre la cerámica de Cupisnique y la del pueblo Mochica» (Larco 1938, p. 21).

Durante la Mesa Redonda de Chiclín (7 a 8 de agosto de 1946), Larco presenta su esquema definitivo, que ha conservado mucha de su validez desde el tiempo en que se hizo público (Larco 1948) (Figura 4). Este esquema consta de siete épocas, cada una subdividida en fases inicial, media y última. La primera época es precerámica y cuenta con evidencias para las fases inicial (Pampa de los Fósiles, hoy Paijanense) y última (Huaca Prieta, confróntese Bird 1948). La fase inicial de la cerámica no cuenta con mucha evidencia, por lo que Larco presenta especulaciones evolucionistas de fases tecnológicas rudimentarias que llevan hasta el descubrimiento del molde en la fase última. Las únicas evidencias se reducen a recipientes sencillos de Queneto que no convencen del todo, ya que no son muy diferentes a los «crisoles» que se suele encontrar en contextos tardíos. La tercera época es evolutiva, en cuya fase inicial aparece Pre-Cupisnique, «cuya cerámica he encontrado profusamente en la pampa de los Fósiles, en la pampa de Paiján, Barbacoa (inmediaciones de Sausal), en Gasñape y en el valle de Virú» (Larco 1948, p. 15). Pero Larco reconoce que vasijas del estilo Virú se asemejan mucho a los vasos pre-cupisniques (1948, p. 23). Solo en la fase media aparece Cupisnique, que repite básicamente lo escrito en 1941. Describe también Cupisnique Transitorio y Cupisnique Santa Ana. Este último estilo se encuentra «en un lugar determinado entre Cupisnique y Salinar, cultura esta última que le sigue [...] su técnica ceramista permite entrelazar a estas dos culturas» (Larco 1948, p. 19).

En el último período ubica la cultura Salinar y la cultura Virú, que «es coetánea con Salinar y contribuye elementos nuevos para el desarrollo de la cultura mochica en la época auge» (Larco 1948, p. 22). Conviene citar su caracterización de esta época:

[...] si analizamos cuidadosamente las diferentes culturas que se han pretendido involucrar dentro de la llamada Civilización Chavín, llegaríamos a la conclusión de que si bien tienen elementos culturales en común, tienen otros y en mayor cantidad que nos permiten diferenciar una cultura de la otra. El análisis diagnóstico de las culturas de la época evolutiva aclara perfectamente el estudio de desarrollo de las culturas locales que en cada lugar adquieren características propias; de allí que no se pueda dar un tronco común a todas las culturas, aunque parezca lógico. Las características comunes se deben al intercambio que existió de los elementos culturales, sin que esto significara que los pueblos abandonen su modalidad cultural propia. Solo separando los elementos culturales de cada una, desde su iniciación y a través de sus etapas evolutivas, es como se puede explicar el desarrollo y perfeccionamiento de las culturas Mochica, Nasca, Huari, etc. (1948, pp. 16-17).

CUADRO SINÓPTICO DE LAS CULTURAS DEL VALLE DE CHICAMA			
	ÉPOCA	PERÍODO	CULTURAS
VII	CONQUISTA	ÚLTIMO	
		MEDIO	Ollería
		INICIAL	Colonial
VI	IMPERIAL	ÚLTIMO	Chimú-Inca
		MEDIO	Inca
		INICIAL	Chimú
V	FUSIONAL	ÚLTIMO	Huari-Lambayeque      Cajamarca
		MEDIO	Lambayeque
		INICIAL	Huari Norteño-B Mochica-Huari Huari Norteño-A
IV	AUGE	ÚLTIMO	Mochica V Mochica IV
		MEDIO	Mochica III
		INICIAL	Mochica II      Virú de Chicama Mochica I
III	EVOLUTIVA	ÚLTIMO	Salinar      Virú
		MEDIO	Cupisnique-Santa Ana Cupisnique Transitorio
		INICIAL	Cupisnique Pre-Cupisnique
II	INICIAL CERÁMICA	ÚLTIMO	
		MEDIO	
		INICIAL	
I	PRE-CERÁMICA	ÚLTIMO	Huaca Prieta
		MEDIO	
		INICIAL	Pampa de los Fósiles

Figura 4. Cuadro sinóptico de las culturas del valle de Chicama (Larco, 1948, p. 10. Redibujado por H. Ikehara).

De ahí la cultura Mochica que representa la época auge en su totalidad. Sigue «paso a paso su evolución a través de Pre-Cupisnique, Cupisnique, Cupisnique Santa Ana y Salinar. Hoy se puede afirmar que esta cultura tiene aproximadamente el 90% de elementos de las anteriores y solo el 10% de la Virú» (Larco 1948, p. 25).

El enfoque de Larco emplea una lógica evolucionista que difiere de la de Tello en sus planteamientos directos y en una percepción más sutil de conceptos de estilo. Se desarrolla en dos líneas: una dentro de un planteamiento más amplio, en la que se enfatiza la arquitectura, su técnica y su arte; la otra se centra exclusivamente en la cerámica. La primera se parece más a la argumentación de Tello, mientras que la otra se concentra más en piezas provenientes de contextos funerarios. Destacar la cerámica y, por último, convertirla en criterio básico de sus esquemas cronológicos probablemente se debe a la influencia de antropólogos norteamericanos que presentaron y clasificaron el material de Uhle del que tomaron la cerámica como base exclusiva de sus análisis (Kroeber 1925a, 1925b, 1926a, 1926b; Kroeber & Strong 1924a, 1924b; Strong 1925).

La arquitectura simple o «megalítica» de Queneto y Cupisnique corresponde a lo que Tello entiende por arquitectura «arcaica». En ambos casos, sin embargo, las asociaciones no están aclaradas. La cerámica que, según Larco, corresponde a la arquitectura de Queneto no es definida, necesariamente asociada ni temprana. Puede corresponder a un contexto posterior a la arquitectura. Tampoco se sabe si la arquitectura de Cupisnique en forma de paravientos se asocia a la cerámica que parece corresponder a hallazgos de superficie. Es más probable que se trate de estructuras acerámicas. La importancia de Larco radica en su reinterpretación de los sitios de Tello de los valles de Nepeña y Casma, ya que se trata de una arquitectura monumental («templos»), más comparable con los edificios de Chavín. Reconoce diferencias estilísticas entre Punkurí y Cerro Blanco, así como entre Cerro Sechín y Moxeke, tanto en el material de construcción como en los relieves asociados. Esta observación le permite postular una posición cronológica anterior a Chavín y, como consecuencia, una dependencia del último de los sitios costeros. La cerámica encontrada en Chavín se asemeja a la de Nepeña; lo que Larco llama Cupisnique en Chavín no es producto local sino costero y corresponde a su época evolutiva (fase media). Por ende, la construcción de Chavín debería corresponder a esta época. No puede ser, pues, ni expresión «arcaica» ni representar un foco de irradiación como Tello lo planteaba. El arte de Chavín ya no depende de orígenes oscuros, sino que cuenta con sustento arqueológico.

Su esquema cronológico, basado en la cerámica, en cambio, es menos convincente (Figura 4). En el de 1948, la primera época ya no es hipotética, sino que se basa en evidencias arqueológicas concretas (Paijanense y Huaca Prieta). Larco,

sin embargo, no parece reconocer algún vínculo con la definición de orígenes pese al planteamiento preciso de Bird (1948), a quien debe estos datos. Con ello, la siguiente época, la inicial de cerámica, se presenta como una laguna en la que solo aparece la cerámica ya discutida de Queneto. Es un estado altamente hipotético, previo al Cupisnique, que aún entra en la época evolutiva con un estilo «pre» que recuerda construcciones análogas de Tello (véase arriba). El período medio de esta época, no obstante, plantea una definición radicalmente nueva: no se trata de un solo bloque de cerámica «Chavín» reemplazado por un homogéneo «Cupisnique». El propio Cupisnique es un conjunto de estilos diferentes que se ordenan en forma sincrónica y diacrónica; esto es, existen estilos contemporáneos (coexistencia estilística) como secuencia de estilos interrelacionados. Lo que Larco plantea, entonces, es que la diversidad social, debido a formas interactuantes de organización que hoy se llamarían heterárquicas, se reconoce por elementos culturales diversificados a modo de identidades propias que se transforman paulatinamente en lo que Larco entiende por «transitorio». Es, entonces, una especie de continuo cultural compuesto por diferentes ramales entrelazados —con lo que llegamos a una metáfora predilecta de Tello—, que permiten definir como «Mochica» transformaciones posteriores. Esta idea atractiva, sin embargo, implicaría una documentación más precisa en cuanto a la distribución espacial de estos estilos y sus características en contextos fuera de la cerámica, con la presentación de elementos que permitirían definir sus respectivas ubicaciones cronológicas.

A mediados de la década de 1940, enmarcados por las muertes de ambos protagonistas discutidos —Uhle en 1944 y Tello en 1947—, se habían consolidado tres posiciones frente a la definición de los orígenes en el Perú, cada una basada en contextos diferenciados cuya interpretación conduce a divergencias conceptuales. Uhle partía de los estudios de conchales (*Kjoekkenmoeddingar*) (Uhle 1906) y se valía de analogías de la arqueología europea y de sus experiencias propias en California (Uhle 1907). Tello, en cambio, maneja un conjunto más amplio: enfatiza la arquitectura monumental y el arte —lítico o de barro— asociado. Larco, por fin, se concentra en otros contextos, menos considerados por Tello, pero aceptados por él como relevantes para la cronología, que son los contextos funerarios. El único criterio compartido entre estos tres enfoques es la cerámica, ya que, al parecer, está presente en todos los contextos ubicados, sin que se perciban diferencias cronológicas o funcionales marcadas, con la excepción de Larco. Todo ello representa una base amplia de referencias para científicos nacionales y extranjeros, aunque es preciso señalar que la necesaria documentación correspondiente para su correcta evaluación es deficiente en los tres casos presentados. Esta deficiencia es de gran relevancia, ya que prohíbe una definición sólida de lo que se entiende por el estilo Chavín.



Son básicamente algunos antropólogos-arqueólogos norteamericanos quienes se dedican a crear una cronología completa con validez general para los Andes centrales. Entre ellos destacan Alfred L. Kroeber (1876-1960), William D. Strong (1899-1962), Wendell C. Bennett (1905-1953) y Gordon R. Willey (1913-2002). Todos ellos se encuentran obligados a enfrentarse a estos legados de Uhle, Tello y Larco, y deben incorporarlos en sus propias propuestas. Muchos de ellos incluso parten de una familiaridad estrecha con los materiales excavados por Uhle, así como de la metodología arqueológica vigente en los Estados Unidos.

### 3. LOS ENFOQUES NORTEAMERICANOS

En 1944, el más veterano de aquellos estudiosos, Alfred L. Kroeber, publica una síntesis actualizada de la arqueología peruana (Kroeber 1944), en la que era experto. En su prefacio agradece a Uhle, Tello, Valcárcel y Larco. Describe a Tello como:

Indian from the ranks and human dynamo, founder of three important museums and discoverer of culture after culture. He knows as much Peruvian archaeology as the rest of us put together. In his views he often stands alone. Where I differ from him, I have said so, in the following pages as in the past. But sometimes, as I try to show, our divergences are due to misunderstanding or to nomenclature, and most often to information which is unknown to all but him because he has not published more than a fragment of it (Kroeber 1944, pp. 5-6).

En otro lugar, lo compara con Schliemann: «Like Schliemann, he uses the evidence which seems significant to him; and the basis of choice is by standards he does not define, and which sometimes remain baffling to others. In a large sense, his results are both novel and right. In detail, his constructions fail to convince at some points, because he is impatient of detailed presentation» (Kroeber 1944, p. 93).

Larco, por su parte, está caracterizado como sigue:

Rafael Larco Hoyle, plantation manager and man of public affairs, archeologist by passion, creator of a unique regional museum. Step by step and meticulously through the years he has mastered the archeology of his North Coast country; and in our discussions I had a sense as of conversing with a fellow-countryman who had given half a lifetime to a gradual synthesis of say, Southwestern or Eastern United States prehistory. His views have influenced mine considerably (Kroeber 1944, p. 6).

Estas caracterizaciones que Kroeber hace, ya de Tello con admiración, pero también con consternación y sensación de ininteligibilidad; ya de Larco, con el evidente sentimiento de una amistad basada en un sentido de creador de conceptos familiares

—probablemente junto con su buen dominio del inglés, su hospitalidad y cooperación—, expresan opiniones compartidas por los colegas citados de Kroeber.

Su empatía con Tello se manifiesta en la aceptación de sus ideas principales concernientes a Chavín. Concuere con la antigüedad general y la existencia de un estilo que expresa ciertos temas conexos, pero opina que: «to make it the origin of everything would be pure dogma explaining the partially known by the less known» (Kroeber 1944, p. 82). Con el fin de precisar problemas relacionados con la definición de *estilo* o *cultura*, Kroeber se concentra en las esculturas líticas de Chavín de Huántar publicadas hasta ese entonces. Subdivide el corpus en esculturas en bulto (H y F, cabezas humanas y felínicas), en objetos monumentales (M; Estela Raimondi, Yauya, Lanzón, Obelisco Tello) y lajas (S), el grupo más numeroso. Estos grupos, a su vez, están subdivididos en H1 a H5, F1 a F3, M1 a M4, y el S en grupos 1 a 5 (Kroeber 1944, pp. 82-86). Reconoce una posición algo apartada de la Estela Raimondi, debido a sus rasgos, según él, compartidos con el estilo Nasca (véase también Muelle 1937). Una posición algo particular y parecida le corresponde a la Estela de Yauya (Kroeber 1944, p. 87). Sobre la base de este análisis, Kroeber sugiere que el Obelisco Tello y algunas lajas (grupo 1) deberían ser más tempranos que el Lanzón y la Estela Raimondi (más cerca de Tiahuanaco). Luego analiza las evidencias «chavinoideas» fuera de Chavín (Kroeber 1944, pp. 82, 90-93). Acepta Cupisnique como parte del mismo estilo, pero excluye Gallinazo, Salinar, Mochica, Recuay, Paracas Necrópolis y Pucará. Cerro Sechín es «chavinoide», en un estilo diferente al de Chavín, lo que también vale para Paracas Cavernas.

Con todo ello, llega a las «relaciones históricas» e introduce el concepto del estilo horizonte, que define como «one showing definably distinct features some of which extend over a large area, so that its relations with other, more local styles serve to place these in relative time, according to the relations are of priority, consociation, or subsequence» (Kroeber 1944, p. 108). Reconoce horizontes como Inca, Tiahuanaco, Negativo, Blanco sobre Rojo y Nasca B-Y: «Of these horizon marker styles, Chavin is probably the most important, but is badly in need of analysis and clarification itself» (1944, pp. 108-111). Estos horizontes ayudan a formar secuencias que Kroeber presenta en forma de tabla, pese a que es consciente del problema de tal procedimiento: «due to the knowledge of how a schematic presentation of this sort [...] quickly crystallizes into a dogma, even in the mind of its author; of how it gives a sense of achievement approximating finality, and may end by being reproduced and persisting in manuals, compilations, textbooks, and educational charts long after it has been essentially modified or superseded by the labors of actively producing scholars» (1944, p. 111). En su tabla (Kroeber 1944, p. 112) (Figura 5), Chavín Clásico —de Chavín de Huántar— forma una caja en línea con otras como Cupisnique,

Nepeña y lo que llama *Early Ancon-Supe*; mientras tanto, Chongoyape aparece en una caja con líneas interrumpidas que indican su posición no muy aclarada, al igual que Paracas Cavernas y Chinchá temprano —aún con interrogantes e indicando una posición cronológica más tardía—. Finalmente, Kroeber se inclina por aceptar cálculos absolutos muy tardíos, como 500 d.C. para Chavín (1944, p. 115).

En su trabajo, Kroeber hace referencias a otros colegas, en particular a Wendell C. Bennett (1905-1953). Bennett constituye un caso particular entre sus colegas estadounidenses por dedicarse a excavaciones en una serie de sitios en diferentes países, entre los que destacan, para nuestros fines, los de 1936 en la costa norte (Bennett 1939; véase arriba), llevados a cabo antes de los trabajos de Larco sobre Cupisnique. No es de sorprender que la secuencia que propone contenga una serie de fallas. Mucho más importante para los fines de esta discusión es su trabajo en la sierra norte, de 1938, cuando opera durante 26 días en Chavín de Huántar (Bennett 1944). Presenta un croquis del sitio y excava 16 pozos de sondeo de los que recupera un total de 2.949 tiestos del estilo Chavín, estratigráficamente asociados a la arquitectura monumental del complejo. No le resulta posible subdividir este material en fases. Solo 212 tiestos llevan decoración, de los que ilustra 27 piezas —sin perfil ni escala ni procedencia exacta— (Bennett 1944, pp. 81-89, figuras 29 y 30). En un resumen, Bennett define

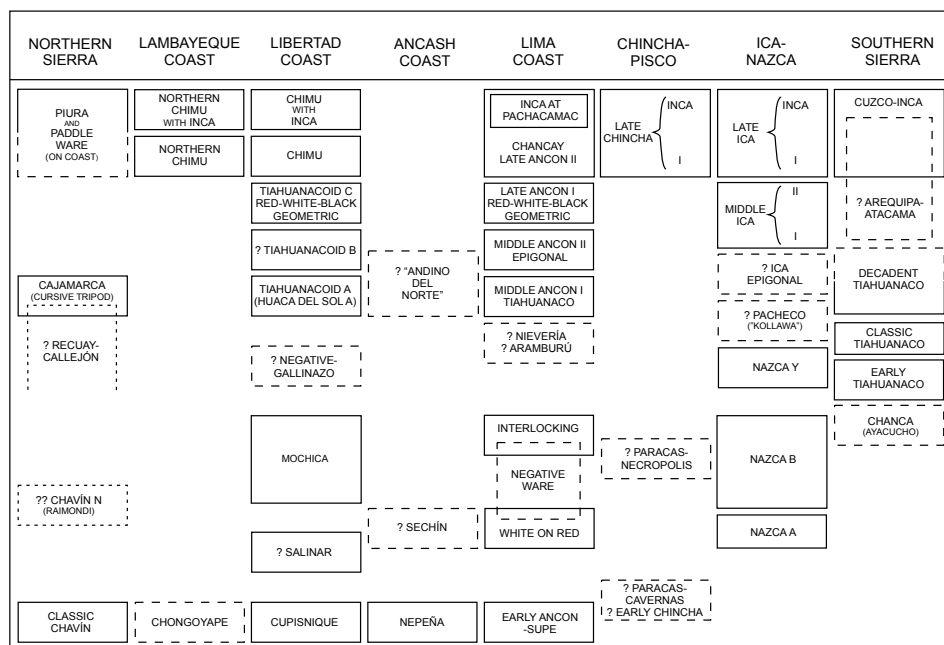


Figura 5. Esquema cronológico de Kroeber, versión 1942 (Kroeber, 1944, figura 6. Redibujado por H. Ikehara).

un período Chavín representado por un estilo arquitectónico, uno de esculturas líticas —parte de la arquitectura— y un tercero de cerámica —que corresponde a la definición de Tello (véase arriba)—. Observa que la cerámica difiere en sus diseños de la escultura lítica (Bennett 1944, pp. 94-95). En la parte comparativa, puede demostrar la diferencia tanto estratigráfica como estilística de arquitectura y cerámica post Chavín en el Callejón de Huaylas, así como entre Chavín y Tiahuanaco. La escasez de material comparable con Chavín en la sierra contrasta en forma considerable con paralelos estrechos en sitios de la costa, sobre todo Ancón, Supe y Cupisnique. En general, Bennett constata que, con la excepción de Ancón y Supe, la identificación de estilos costeños con características Chavín se basa esencialmente en el estilo de las esculturas líticas de Chavín. Con todo ello llega a las siguientes conclusiones: 1. Chavín presenta un estilo arquitectónico, cerámico y escultórico distintivo; 2. Piezas de este estilo tienen una distribución amplia desde el valle de Piura hasta Paracas, así como «ciertas» evidencias de influencia en la sierra sur; 3. No se puede subdividir el estilo, pero reconoce al menos dos estilos cerámicos y dos estilos arquitectónicos; 4. El material Chavín es temprano en la costa norte y probablemente también lo sea en otras partes del Perú. Estas ideas también figuran en un artículo breve dedicado a la posición de Chavín en las secuencias andinas (Bennett 1943).

El año de 1946 es de especial importancia para los estudios cronológicos. Bennett presenta una síntesis exhaustiva en el segundo volumen de su *Handbook of South American Indians*, de 1946. Él también es uno de los iniciadores y responsables del famoso *Viru Valley Project* que se lleva a cabo durante aquel mismo año. En menos de doce meses, un grupo integrado por científicos como Strong, Willey, Bird, Ford, Collier y Evans —fuera de Bennett— ubican unos trescientos sitios arqueológicos —estimados en un cuarto del total de los sitios del valle— y llevan a cabo prospecciones y excavaciones con el fin de obtener una cronología consolidada que pueda servir de modelo para otros valles. En aquel mismo año se realiza también una reunión en la Hacienda Chiclín, donde Larco presenta su cronología (Larco 1948, véase arriba). La metodología empleada por los norteamericanos se rige por antecedentes elaborados en los Estados Unidos, donde Kroeber es uno de los protagonistas reconocidos (véase Lyman & O'Brien 2006). Conviene detenerse en esta metodología. A partir de recolecciones de superficie y de excavaciones estratigráficas, se analiza la cerámica con el fin de obtener secuencias. Estas excavaciones se efectúan en sitios con acumulación importante de residuos (*refuse-heap stratigraphy*). En esta estratigrafía se procura excluir contextos funerarios o cualquier arquitectura que pudiera disturbar la deseada continuidad cronológica. El análisis de este material se llama «seriación de frecuencias» (*frequency seriation*) y, si bien esta está relacionado íntimamente con James A. Ford (1911-1968) (véase Ford 1949 y abajo; para los aportes de Ford, véase

O'Brien & Lyman 1999), se debe a Kroeber, quien la emplea por primera vez en material del suroeste (Kroeber 1916). Para el caso de Virú, Ford ofrece una presentación detallada (1949, pp. 38-40), para lo que asume las siguientes premisas:

- a) En un valle pequeño como el de Virú, los rasgos culturales deberían ser uniformes en todo el valle.
- b) Durante toda la ocupación humana, ocurrieron cambios estilísticos. Estos cambios son visibles en la *longue durée* y pueden ser mayores o menores de acuerdo con los contactos con otras áreas.
- c) El cambio cultural es gradual y casi imperceptible para sus productores. En culturas menos complejas, cada objeto es diferente del otro. De ahí los cambios son menores o acelerados por influencia foránea.
- d) El cambio cultural solo aparece por medio de dos procesos: uno que es la combinación de ideas previamente disponibles en el ambiente cultural; otro que es el descubrimiento y la adaptación a fines culturales en nuevas fases del medio ambiente natural. En esto, la historia cultural se parece a la historia biológica.
- e) Las vasijas de cerámica no varían de acuerdo con una sola norma sino con varias, debido a aspectos funcionales o de modificación de orígenes foráneos, pero los motivos de esta variación no son relevantes para la clasificación.
- f) Se debe diferenciar entre la historia de una cultura, de un pueblo y de una región. Pueblos e ideas culturales se mueven, mientras que la región es inamovible. Por lo tanto, la historia por elaborar es aquella de las culturas, mas no la de los pueblos; se trata, como el quehacer de todos los arqueólogos compatriotas de él, de lo que se conoce como «historia cultural» (*culture history*).

La cronología de Virú consiste en una de estilos de cerámica que se manifiesta en cambios graduales. Pueden existir varios estilos en forma contemporánea de acuerdo con la función de vasijas o con el origen de las ideas estilísticas. El «tipo» es un concepto artificial del clasificador, que sirve para medir tiempo y espacio —en Virú, tiempo prevalece sobre espacio por el área reducida del valle—. Su validez depende de su utilidad para alcanzar la meta propuesta. Tipos de cerámica, por ende, son unidades artificiales definidas por el arqueólogo dentro de lo que es un continuo de ideas materializadas. Se puede medir la popularidad relativa de un tipo a través del tiempo, lo que resulta en un gráfico de una curva de distribución que aparece en reducida cantidad para llegar a su popularidad máxima y, por fin, desaparecer en cantidades menores (Ford 1949, pp. 40-41). Aplicado al material del valle de Virú, Ford se asombra por la cantidad reducida de cerámica fina y decorada en las recolecciones, lo que lo obliga a diferenciar tipos de cerámica burda, de acuerdo con su textura, tipo de quema, tratamiento de superficie y espesor, y forma de borde.

La clasificación en tipos, durante la primera fase del análisis, es aún preliminar y su utilidad depende del resultado del análisis. En el caso de Virú, los resultados de los sondeos son fundamentales para la elaboración de una cronología general. Se realiza un conteo de los tiestos por nivel (artificial, de unos 0,25 metros) según su pertenencia a tipos previamente establecidos, y se calcula su porcentaje (su «popularidad»). Estos resultados son ilustrados en barras horizontales de acuerdo con su posición estratigráfica. Las distribuciones que aparecen se correlacionan entre los niveles de diferentes sondeos realizados y se decide la excavación de otros para llenar los vacíos no cubiertos por los primeros o por material de superficie. De esta manera, aparecen curvas ordenadas por ejes verticales para cada tipo, que se inician y terminan con frecuencias menores o mínimas; las curvas se «inflan» en la parte central, donde alcanzan su mayor popularidad. En su versión final (Ford 1949, figura 4), presenta toda la «historia cerámica» del valle. Esta «historia» es básicamente una de la cerámica utilitaria; fragmentos correspondientes a cerámica fina aparecen en poca cantidad en los «estratos» excavados. Pero esta cerámica fina —según Ford, producto de alfareros especializados— es común en contextos funerarios como aquellos analizados por Larco (véase arriba; Ford aún desconoce su trabajo de 1948), cuya secuencia general se mantiene esencialmente válida pese a la metodología diferente y más refinada de Ford.

Los resultados de las excavaciones en los sitios tempranos fueron publicados por Strong & Evans en 1952. La Huaca Negra (V-71), cerca de Guañape, fue el sitio escogido para definir la «época» formativa. En un pozo de sondeo (*Test Pit 2*) de 4 por 2 metros, se presentó una estratigrafía de más de 4 metros de espesor total, en cuya parte superior se registraron pisos y restos de una plataforma. Por la ausencia de cerámica se le atribuye al Período —pre o acerámico— Cerro Prieto (Strong & Evans 1952, pp. 20-21, figura 3). El sondeo 1 no presentado en detalle corresponde al mismo período y produjo aun más evidencias arquitectónicas que los autores no especifican principalmente, ya que confiaban en que Bird se ocuparía de la publicación final, lo que este último nunca cumplió. La descripción principal, en cambio, se concentra en la trinchera 1 (*Cut 1*). Se trata de un conchal excavado en 16 niveles artificiales de 0,25 metros (0 hasta 4 metros). Su espesor total alcanza cerca de 5 metros y su parte basal carece de cerámica, por lo que fue adjudicado al Período Cerro Prieto. A diferencia del perfil del sondeo 2, el de la trinchera (Strong & Evans 1952, figura 4) carece de contextos casi por completo —con la excepción de algunos contextos funerarios en diferentes profundidades—, aunque la descripción detallada (Strong & Evans 1952, pp. 23-26) revela que el dibujo es una versión simplificada de una estratigrafía más compleja.

De todos los niveles cuyo material fue cernido, se recuperó un total de poco más de siete mil tiestos, de los que solo 6,2% (434 piezas) estaban decorados. Estos fueron subdivididos en diez tipos, cinco de ellos llamados «Guañape» y otros cinco

«Ancón», así como también uno de los tipos no decorados (*Ancón Polished Black*). Los tipos «Ancón» se concentran en los cuatro niveles superiores, con la diferencia de *Ancón Fine-line Incised* y *Ancón Broad-line Incised*, que aparecen en unos pocos ejemplares de hasta 2,75 metros (undécimo nivel). Los tipos «Guañape», en cambio, suelen aparecer en los mismos niveles que los tipos «Ancón», pero en su mayoría —a excepción de *Guañape Zoned Punctate* y *G. Punctate*— se inician en los niveles más bajos (hasta 3,5 metros). Esta distribución se interpreta como una secuencia de dos partes correspondientes a un Formativo temprano y medio, a lo que se suma un Formativo tardío, registrado en otros sondeos efectuados por D. Collier.

En la parte comparativa, los autores primero discuten las relaciones con la cronología propuesta por Larco (1948). Guañape temprano, la primera con cerámica, está interpretada como una esencial continuación de las evidencias acerámicas que corresponden a la cultura Cerro Prieto y llenan el espacio de la cerámica inicial de Larco, ya que no aceptan la cerámica de Queneto como representativa de esta época (Strong & Evans 1952, pp. 206-208). Entre el Pre-Cupisnique de Larco y el Guañape medio, existen, según los autores, tantos paralelos que se podría entenderlos como variantes locales (Strong & Evans 1952, p. 208); Cupisnique, con sus variantes o estilos de Larco, correspondería a un Guañape tardío. En estas comparaciones, Strong confía mucho en el material importante de Bird para la parte temprana y en el de Collier para la tardía. Conviene señalar que Strong emplea el término *Formativo*, que se inicia quizá algo antes de Guañape temprano y termina con Gallinazo, por lo que abarca los períodos Inicial, Evolutivo y parte del Auge de Larco (Strong & Evans 1952, Table 17). Estas subdivisiones internas del Formativo consolidan una secuencia bastante completa, comparada con otros sitios de la costa (Strong & Evans 1952, Table 18). Resulta interesante que sitios «chavinoideos», como Chongoyape y La Ventana, en Lambayeque; Kuntur Wasi en Jequetepeque; Punkurí, Cerro Blanco —el último aparentemente considerado más antiguo— y Moxeke, así como Paracas Cavernas y Ocucaje Cavernas, se inicien después del fin del Horizonte Chavinoide, aunque tanto sus inicios como su fin están marcados con signos de interrogación. Cerro Sechín, también «chavinoide», aparece a la altura de Guañape medio —o Pre-Cupisnique hasta Cupisnique Transitorio—, con posibles inicios anteriores. *Early Supe* y *Early Ancón* corresponden a la parte tardía del Horizonte Chavinoide (Strong & Evans 1952, pp. 234-235). Con todo ello, Strong demuestra la utilidad de excavaciones controladas y debidamente analizadas y, sobre todo, publicadas, una virtud que se extraña en Tello y otros. Pese a haber demostrado la prioridad cronológica del Guañape temprano, no quiere concluir lo que podría parecer obvio, el origen tardío de Chavín, sino que especula acerca de una posible migración de la gente de Guañape temprano desde la selva oriental (Strong & Evans 1952, p. 237).

En el trabajo presentado, Strong & Evans hacen referencias repetidas a Ancón y Supe, hasta el extremo de usar tipos de Ancón para la secuencia de Guañape. Esto les fue posible por haber tenido acceso a material excavado por Willey, que se remonta a un proyecto dirigido por Strong entre 1941 y 1942. Por varias razones, la monografía recién salió en 1954, coeditada con John M. Corbett, quien se encargó del análisis de la cerámica. Willey excavó doce sondeos en Ancón, que llegaron hasta casi nueve metros de profundidad, así como varios más en Supe, en uno de los cuales encontró un área funeraria. En Áspero, excavó arquitectura en contextos acerámicos y otra área funeraria con alfarería temprana asociada. No se presentan ni gráficos de los contextos ni los perfiles, salvo por algunas fotos generales y de algunos de los contextos funerarios. Los mapas de distribución son croquis simples. De todo el material cerámico excavado en Ancón, se analizan un poco más de cinco mil fragmentos, de los cuales 413 (8,2%) llevan decoración, mientras que se analizan casi diez mil fragmentos de Supe, 922 de los cuales presentan decoración (9,2%) (Willey & Corbett 1954, p. 37). Este material se subdivide en 13 tipos, todos con el nombre de Ancón, pese a reconocer diferencias generales entre Ancón y Supe (Willey & Corbett 1954, p. 57); mientras tanto, 46 tiestos son ilustrados, sin corte, escala ni procedencia exacta (Willey & Corbett 1954, figuras 1-8). Solo un pozo de sondeo (*Pit 1*, para descripción véase Willey & Corbett 1954, pp. 7-10), de casi 9 metros de profundidad, excavado en niveles de 0,25 metros, está presentado en la distribución de los tipos por nivel (Willey & Corbett 1954, *Table 1*), con otro (*Pit IV*) de 5 metros de profundidad. Los porcentajes no se calculan por nivel —como Ford lo hizo en Virú—. Muchos de los tipos de cerámica decorada cuentan con totales muy reducidos —ocho de los trece tipos con menos de diez fragmentos— en distribuciones algo erráticas. Los tipos de cerámica no decorada, en cambio, tienden a aparecer en todos o en la mayoría de los niveles.

Pese a estas deficiencias, se reconoce un complejo coherente en técnica y estilo, llamado *Early Ancon-Supe*. La comparación entre el material de Supe y Ancón revela que el primero coincide con la parte tardía del último y sigue aun después de la secuencia de Ancón. Corbett reconoce un tratamiento técnico menos cuidadoso en el material de Supe, lo que interpreta como evidencias de decadencia (Willey & Corbett 1954, p. 65). En las descripciones de objetos de otro material, destaca una calabaza incisa con diseño complejo (Willey & Corbett 1954, pp. 73-74, figura 11, Lám. Ia-d) de un contexto funerario de Supe (Faro). Corbett y su dibujante aparentemente no fueron capaces de reconocer los motivos figurativos; una reconstrucción apropiada habría contribuido mucho a la escasa presencia del arte figurativo «Chavín» en Supe. O’Neale (Willey & Corbett 1954, pp. 104-109, figuras 23, 24, láms. XXIII, XXIV) describe tejidos de otro contexto funerario de la misma área funeraria, uno de los cuales es un fragmento grande con dos motivos figurativos en tapiz, y un tercero muy



parecido proviene de la misma zona. La autora reconoce el estrecho vínculo con el estilo Chavín. Estos hallazgos, más los 264 contextos funerarios excavados en Ancón (Carrión Cachot 1948) con muchas piezas elaboradas, en particular de hueso, deberían haber conducido a análisis de los contextos funerarios en el sentido de Larco, pero ni los peruanos ni Willey se detienen mucho en este aspecto. El último interpreta todo este material dentro de su concepto de horizonte, fiel a sus ideas ya publicadas en 1945 y 1948. Piensa que, gracias a los paralelos cerámicos con otros sitios, incluyendo el propio Chavín de Huántar, Ancón-Supe se constituye en parte del horizonte Chavín y que se trata de un período que pertenece a la parte temprana del estadio formativo de la prehistoria del Perú («The Early Ancon-Supe culture period belongs to the earlier part of the Formative Stage of Peruvian prehistory») (Willey & Corbett 1954, p. 161).

El proyecto Virú se hizo famoso por otro trabajo de Willey, que se considera un clásico para estudios de patrones de asentamiento (Willey 1953). En él, Willey se enfrenta al problema de fechar los sitios que corresponden a lo que llama *associational dating* (Willey 1953, p. 10). Ya que el material cerámico de superficie puede reflejar varios períodos, se presenta el problema de definir la asociación cronológica con las construcciones. Sin la posibilidad de efectuar excavaciones, Willey se concentra en la cerámica dentro de los cuartos o en aquella asociada a específicas técnicas de construcción —adobes con marcas de caña— o tipología de sitios, pero es consciente del peligro de una argumentación circular (1953, p. 11), por lo que recomienda la excavación. En cuanto a los períodos tempranos, Willey cuenta con pocas evidencias, solo tres sitios para el período acerámico Cerro Prieto y dieciocho para Guañape, lo que no puede ser un reflejo fiel de la ocupación durante un lapso estimado en 800 años (1200 a 400 a.C.) (Willey 1953, pp. 37, 44). Las construcciones que pertenecen a Guañape tardío son simples conjuntos de cuartos pequeños (*scattered small-house villages*). Una serie de *community buildings* (edificios comunales) sobre elevaciones naturales puede corresponder a funciones más mundanas que la de «templos» (Willey 1953, pp. 44-61). En su reconstrucción del desarrollo de los patrones de asentamiento, Willey resume sus datos y esboza una visión de sitios reducidos con casas simples, para lo cual se ayuda de modelos de casas en la cerámica Cupisnique. Estructuras político-religiosas son construcciones rectangulares, quizá relacionadas con el «Templo de Queneto». Plataformas en la cima de colinas podrían tener una función defensiva. Obras públicas en forma de canales, caminos, etcétera, no se detectaron para Guañape, pero Willey no excluye su posible presencia en este período debido a la dificultad de fechar estas obras (Willey 1953, pp. 344-345, 354, 358, 361). Solo en Guañape medio y tardío existen inicios de una «comunidad nucleada», un conjunto de varias aldeas pequeñas (Willey 1953, p. 395). Este carácter simple de habitaciones, según Willey, se observa también en el área de Cupisnique y en otros sitios de la costa,

al lado de estructuras considerablemente más imponentes. Concluye que Virú debe de haber sido una comunidad irrelevante comparada con las de Chicama, Nepaña o Casma, pero no excluye la posibilidad de la existencia de estructuras más elaboradas cubiertas por construcciones posteriores (Willey 1953, p. 404).

En 1948, Willey presenta otra versión de su concepto de horizonte (véase también su artículo de 1945). Willey lo define como abstracción basada en la recurrencia de rasgos específicos de estilo y de manufactura en artefactos prehistóricos entre una región y otra, de modo que el fenómeno se convierte en uno de alcance panperuano y que coordina el conocimiento del pasado en un general esquema temporal y espacial. Esta integración se hace posible cuando un complejo estilístico o técnico se encuentra en las secuencias culturales respectivas de regiones geográficamente bien separadas, con lo que una o más secuencias se juntan y se equiparan en el tiempo (Willey 1948, p. 8). En una tabla (Willey 1948, *Table 1*), Guañape está ubicado por debajo de Cuspisnique; a la misma altura aparece Chavín y Ancón-Supe ocupa una posición intermedia, todos señalados como integrantes del Horizonte Chavín. En otra subdivisión horizontal aparece Chanapata, un complejo cerámico del Cuzco definido por Rowe (1944). La siguiente banda corresponde al Horizonte Blanco sobre Rojo, al que pertenece Salinar Cavernas y Chiripa, en Bolivia (Bennett 1936). Ambos horizontes forman parte del estadio (*stage*) Formativo. La parte funcional del Horizonte Chavín es la de un crecimiento tecnológico sobre una fuerte base religiosa con la introducción de la irrigación. La orientación religiosa y teocrática de estas culturas tempranas del Formativo está implicada por grupos sociales reducidos y por la presencia de centros constituidos por templos. De ahí, la difusión del estilo de arte de Chavín fue sostenida por la difusión pacífica de sus conceptos religiosos (Willey 1948, p. 10).

Su trabajo se basa en una ponencia presentada en un simposio de Nueva York en 1947 (Bennett [Ed.] 1948). Kroeber resume las contribuciones y compara los esquemas cronológicos presentados por los participantes (Kroeber 1948, *Table 5*) (Figura 6). Pese al uso de diferentes nomenclaturas, reconoce una especie de consenso general. Critica, sin embargo, la tendencia de Julian Steward (1902-1972) de apartarse de la nomenclatura «estilística» para basar su *developmental seriation* (seriación de desarrollo) en subsistencia y economía, así como en la organización político-religiosa:

The archaeologist, of course, cannot commence with considerations as remote from evidence as these. He has to begin with objects which are material and which do show style [...] Steward has always been in temperament a general anthropologist first and an archaeologist secondarily [...]. Consequently [...] his desire to convert the stylistic period-concepts into economic-political ones is natural [...]. On the other hand, those like Bennett [...] are likely to go somewhat more slowly in the task of transmuting the data from their primarily concrete, visible stylistic aspects into larger configurations of the total culture and its orientations (Kroeber 1948, p. 115).

En otro lugar, observa lo siguiente:

I shall venture that we have a sense that we may yet be corrected a good deal, but at any rate have by now seen enough meaning in our story that we can begin to formulate it and to compare it with meanings elsewhere. If we can really begin profitably to compare the grand outlines of cultural development in Mexico and Peru, from that, of course, it is only a step to comparing them with Egypt or China or any other part of the world (Kroeber 1948, p. 116).

Esta seguridad de Kroeber se verifica de manera conveniente en el primer libro de síntesis, llamado *Andean Culture History* (Bennett & Bird 1949), en el que Bennett demuestra que es menos escrupuloso en la aplicación de esquemas evolucionistas de lo que Kroeber pensaba. Como es de esperar, su esquema cronológico también se basa en estilos de horizontes (Bennett & Bird 1949, p. 107, figura 19) (Figura 7). Sus *time divisions* (divisiones de tiempo), sin embargo, reciben denominaciones netamente evolucionistas, como *Hunters*, *Early Farmers*, *Cultists* (horizonte de estilo Chavín en la parte tardía), *Experimenters*, *Master Craftsmen*, *Expansionists*, *City Builders* e *Imperialists*. El Período Cultista (Bennett & Bird 1949, pp. 123-137) aparece de modo abrupto después de los inicios modestos representados por los sitios precerámicos. Esta impresión se debe a mejoramientos técnicos en la manufactura de cerámica y textilería, así como en arte y arquitectura, todo basado en la existencia de una agricultura establecida que permite también un crecimiento demográfico.

BENNETT	STRONG	WILLEY	STEWART
PERU (NORTH COAST CULTURES ITALICIZED)	VIRÚ VALLEY	PERUVIAN HORIZONS (NORTH COAST CULTURES ITALICIZED)	FUNCTIONAL DEVELOPMENT OF AMERICAN HIGH CULTURES
IMPERIALIST: <i>Inca</i>	IMPERIAL { Inca Chimu	INCA: <i>Inca</i>	EMPIRE AND CONQUEST { Inca Chimu
CITY BUILDERS: <i>Chimu</i> , <i>Chancay</i> , <i>Ica</i>		<i>Chimu</i> , <i>Chancay</i> , <i>Ica</i>	
EXPANSIONISTS: <i>Tiahuanaco</i> , <i>Epigonal</i> , <i>Nazca</i> Y	FUSION: Coast <i>Tiahuanaco</i>	TIAHUANACO: <i>Coast Tiahuanaco</i> , <i>Wilkawain</i> , <i>Pacheco</i> , <i>Decadent</i> <i>Tiahuanaco</i> 1000	REGIONAL FLORESCENT: <i>Mochica</i> , <i>Nazca</i> , <i>Classic Tiahuanaco</i>
MASTER CRAFTSMEN: <i>Mochica</i> , <i>Gallinazo</i> , <i>Recuay</i> , <i>Nazca</i> , <i>Necropolis</i> , <i>Pucara</i> , <i>Early Tiahuanaco</i>	FLORESCENT: <i>Mochica</i> (1000 A.D.)  FORMATIVE { Gallinazo Salinar (1 A.D.) Cupisnique (500 B.C.)	<i>Mochica</i> , <i>Recuay</i> , <i>Nazca</i> , <i>Early Lima</i> , <i>Classic Tiahuanaco</i>	REGIONAL DEVELOPMENT: <i>Salinar</i> , <i>Gallinazo</i> (?)
EXPERIMENTERS: <i>Salinar</i> , <i>White-on-Red</i> , <i>Chiripa</i> , <i>Cavernas</i> , <i>Chanapata</i>		NEGATIVE: <i>Gallinazo</i> , <i>Pucara</i> , <i>Interlocking</i> , <i>Paracas</i> 500	WHITE-ON-RED: <i>Salinar</i> , <i>White-on-Red</i> , <i>Cavernas</i> , <i>Chiripa</i>
CULTISTS: <i>Cupisnique</i> , <i>Chavin</i>		CHAVIN: <i>Cupisnique</i> , <i>Chavin</i> 1 A.D.	INTER-AREAL DEVELOPMENTAL: <i>Chavin</i> , <i>Cupisnique</i>
EARLY FARMERS	DEVELOPMENTAL: <i>Cerro Prieto</i> (1000 B.C.)	PRECERAMIC	BASIC AGRICULTURAL BEGINNINGS: <i>Preceramic</i>
	PRE-AGRICULTURAL		PRE-AGRICULTURAL

Figura 6. Cuadro cronológico comparado de Kroeber 1948 (Kroeber, 1948, tabla 5. Redibujado por H. Ikehara).

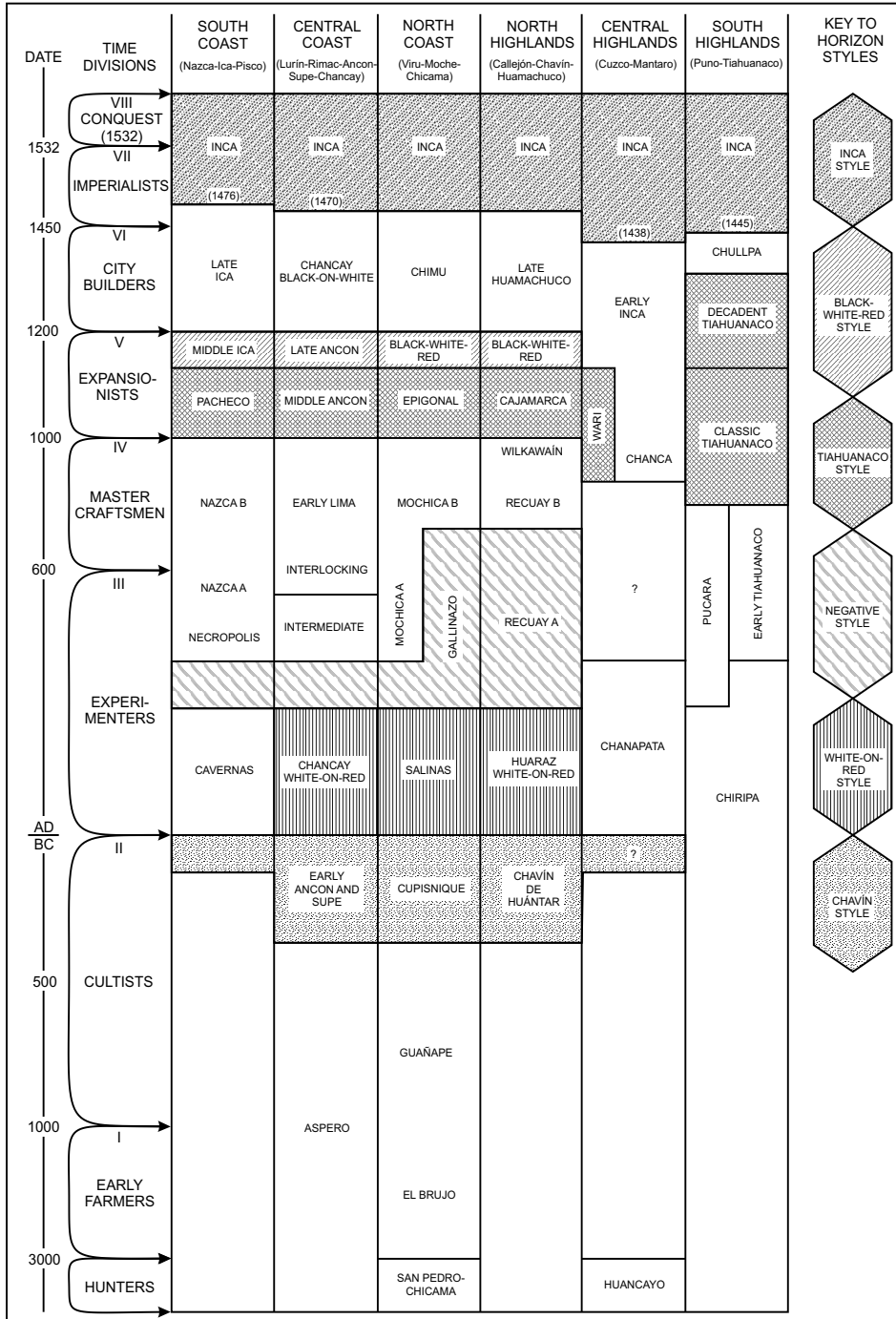


Figura 7. Cuadro cronológico de Bennett & Bird (1949, figura 19. Redibujado por H. Ikehara).

Un diseño común en forma de felino sugiere la presencia de un sólido culto religioso, por lo que se adopta el término «cultista». La distribución de este culto se expresa en los sitios conocidos (véase arriba). Este espacio tiene límites temporales definidos por el fin del *Early Farmer Period* (unos 400 a 500 años) —sin subdivisiones definibles— y el inicio de la «cultura» Blanco sobre Rojo o *Interlocking*, lo que corresponde al lapso de unos 400 a 500 años sin poderlo subdividir aún. Pese a la considerable diversidad cultural, una unidad se expresa por la presencia del diseño felínico; otras similitudes probablemente se deben a comercio o difusión, a un posible trasfondo cultural o tradición compartida. La distribución algo marginal de los sitios refleja un dominio aún incompleto de la irrigación y la extensión mayor de la vegetación natural. Asimismo, reflejan una población dispersa sin concentraciones mayores de «gente». La subsistencia se basa en recursos marinos y plantas domesticadas, como maíz, calabaza, papa, palta y, probablemente, yuca. Cerámica, tejido, trabajo en piedra y hueso, así como en oro, muestran ciertas delimitaciones técnicas. La arquitectura doméstica es simple en extremo, pero la monumental —en su mayoría los sitios encontrados por Tello— es muy elaborada, con decoración en piedra o barro, caracterizada por el «ubicuo» felino chavín. Todo ello sugiere la ausencia de organizaciones sociales políticamente unidas, ya que el esfuerzo de asegurar la subsistencia es aún considerable: el tiempo que sobra se invierte en la construcción de templos. Su construcción no requiere participación masiva de obreros, sino que cabe bien en un patrón de peregrinaje que reúne mayores cantidades de personas en ocasiones cíclicas. Esta es la explicación preferida para Chavín de Huántar, donde los autores se imaginan congregaciones de peregrinos durante una o más semanas por año, que traen el material de construcción, trabajan la piedra y colocan las lajas de mayor tamaño. Luego regresan a sus casas distantes, mientras que arquitectos y algunos obreros locales siguen con las labores de la construcción. Durante estas congregaciones, también se intercambian ideas y bienes, lo que explica la difusión del «símbolo primario de su religión», el diseño felínico. Debido a avances en la irrigación y una agricultura más asegurada, se desarrolla un regionalismo más marcado.

Cabe presentar otro trabajo de Willey, dedicado exclusivamente al «problema Chavín» (1951). Después de una crítica síntesis histórica de los conceptos, en los que enfoca los de Tello y de Larco, se concentra nuevamente en el horizonte estilístico Chavín, que es «identical to, or closely resembling, the designs of the stone carvings at Chavin de Huantar» (Willey 1951, p. 109). Por «estilo» entiende tres aspectos: tecnología —como material y técnicas—, representación y configuración:

Representation is the subject matter or content of style. It may be inspired by the artist's observation of nature (animals, men, etc.) or develop from his imagination (demons, composite beings, geometrical abstractions). Configuration is the manner in which the representations are expressed. Technological and representational

features may be duplicated in many styles; but the configuration is the unique pattern that is not repeated outside the limits of a specific style (Willey 1951).

La unicidad estilística implica sincronía, pero el estilo Chavín forma parte de un continuo:

It probably has prototypes and certainly has descendants; yet these, though perhaps bearing technological and representational similarity to Chavin, are themselves distinct configurations. If we are interested in the Chavin style as a coefficient of time, it is its peculiar configurative aspect that we must concentrate upon. Its origin and continuities are legitimate and interesting inquiries, but they may be most efficiently treated as separate problems (Willey 1951, p. 111).

Dieciséis sitios —Chavín de Huántar, Yauya, Pacopampa, Hualgayoc, Kuntur Wasi, Morropón, Chongoyape, Chiclayo, Mochica, Cerro Blanco, Punkurí, Moxeke, Pallca, Huamaya, Puerto Supe y Ancón, seis de ellos conocidos por piezas aisladas— corresponden a este horizonte estilístico, por lo que comparten lo esencial del arte lítico de Chavín y una esencial contemporaneidad (Willey 1951, pp. 111-121, figura 1). Pese a algunas discrepancias evidentes, como el caso de Mochica y, menos evidente, el de Kuntur Wasi, así como incluir la cerámica como un marcador más definitivo, ya que no se caracteriza precisamente por lo «representativo» del estilo Chavín, concluye que es «for most part, an effective horizon marker. This is deduced from the stratigraphic evidence which is supported by a similarity of cultural context for most of the sites or regions in which Chavin style art is found. This similarity is strongest in ceramics and burial practices while notable variability is seen in architecture and metallurgy» (Willey 1951, p. 124). El autor también se ocupa de otros sitios menos evidentes en su relación con el horizonte estilístico, entre los que se cuentan Torrecitas (Reichlen & Reichlen 1949), Kotosh, Guañape y Bellavista (segunda categoría). En el caso de Kotosh, prefiere la información de Collier a la de Tello. Collier no pudo encontrar «Classic Chavin designs» en la superficie, aunque otros «[were] suggesting a Chavinoid range» (Willey 1951, p. 128). Una larga discusión está dedicada a Cerro Sechín, la tercera categoría de Willey (1951, pp. 129-131): concluye que la arquitectura sugiere una datación temprana y que parte de la cerámica también es similar a la del complejo cerámico Chavín, pero no hay seguridad de que sea asociada a la arquitectura. El estilo de las esculturas líticas no corresponde con el estilo Chavín, por lo que podría relacionarse con una ubicación tardía o temprana. Willey (1951, pp. 132-133) no acepta los estilos y culturas de Bolivia, Argentina y Ecuador incluidos por Tello (véase arriba). Y si acepta la sincronía de una serie de sitios que constituye el área del horizonte, retoma el problema de los «prototipos» y «descendientes», la diacronía, como otro concepto llamado la «tradición Chavín» (Willey 1951, pp. 134-137). En este sentido, fue Tello (1923) quien postuló

esta tradición por medio del concepto de la «deidad felínica». En las palabras de Willey: «Chavín as a tradition was to him [Tello] paramount, while Chavín as a horizon style was of secondary importance» (1951, p. 135).

Con todo ello, Willey llega a las siguientes conclusiones (1951, pp. 137-141): 1. El estilo Chavín se extiende desde Piura (Morropón) hasta Ancón y desde Pacopampa hasta Chavín de Huántar; 2. Se ignora el lugar de origen del estilo; 3. Cronológicamente, es temprano, básicamente anterior a los estilos Blanco sobre Rojo; 4. Todo lo que no entra en las definiciones presentadas para el horizonte estilístico Chavín podría incluirse en una tradición Chavín. Acepta una difusión rápida de un culto que también desaparece rápido o persiste:

First, the disappearance of an art style as mature and as integrated as Chavin must almost certainly have marked the dissolution or the radical transformation of the system which stood behind the symbol of the style. In sum, the particular religious cult of the Chavin style feline was destroyed or died. Second, this cult was not immediately forgotten but persisted in Kuntur Wasi and Mochica where its emblems are found as minor parts of new stylistic assemblages or patterns (Willey 1951, pp. 140-141).

Según Schaedel & Shimada (1982), el período que le sigue al proyecto de Virú debería describirse como uno de paralización en vez de un auge sostenido, y marca una década (1947 a 1957) caracterizada por la restricción de trabajos de arqueólogos extranjeros en el Perú, debido a una política marcadamente nacionalista dirigida por Rebeca Carrión Cachot (1907-1960). Pero se lleva a cabo al menos un proyecto, dirigido por Strong, quien se propone aclarar la secuencia cultural de la costa sur, en los valles de Ica y Nazca (Strong 1957), realizado entre 1952 y 1953. Strong ubica sitios cerca del litoral, en San Nicolás y en las desembocaduras de los ríos Lomas y Chala (1957, pp. 8-11, figuras 1 y 2), en su mayoría conchales o talleres líticos que carecen de asociaciones de cerámica, por lo que cuentan como evidencia precerámica pese a la ausencia de excavaciones pertinentes. Como Kroeber en 1942 (1944, pp. 37-41, *Plates* 11-15), tiene que confiar en coleccionistas: en su caso Pablo Soldi le facilita excavaciones en San Juan 1, en un área funeraria donde ubica cuatro contextos (véase Soldi 1956). Por lo tanto, sus resultados no se dejan comparar bien con los del valle de Virú, debido a no haber excavado los conchales mencionados. Por otro lado, Strong encuentra evidencias de Paracas tardío en diferentes contextos y sitios, sobre todo en Cahuachi, donde reconoce una serie de tipos cerámicos transicionales entre Paracas tardío y Nasca temprano —o Proto-Nasca— (Strong 1957, pp. 13-24, figuras 4-12). De este modo, puede diferenciar entre un Paracas temprano, un Paracas tardío y un Proto-Nasca, todos ubicados dentro del Formativo (Strong 1957, *Table* 2). A diferencia de las evidencias de la costa norte, las del sur denotan una transición del Formativo al Post-Formativo, sin cambios notables.

Este cambio de la costa norte a la costa sur se mantiene en los años siguientes, en buena cuenta por los esfuerzos de John H. Rowe (1918-2004). Gracias a su cargo como curador en el museo Robert H. Lowie de Berkeley (1948-1988), concentra su interés en una reclasificación del material de Uhle, con la colaboración de Lawrence E. Dawson y Dorothy Menzel. Dawson elabora una secuencia del estilo Nasca en nueve fases entre 1952 y 1955, que aún mantiene mucha de su validez, mientras que Menzel (1954) analiza la cerámica tardía (véase Rowe 1956, pp. 135-147; figura 2). Con estos trabajos previos, se organiza un proyecto de exploración del sur del Perú, que incluye la sierra sur, en particular el área de Cuzco, con el fin de completar, reformular o elaborar secuencias aún incompletas o desconocidas del todo (Rowe 1956). Una parte importante es el estudio de material de colecciones, en particular la secuencia propuesta por Dawson, quien, además, comienza a incluir material Paracas. En 1958 Rowe presenta su primer cuadro cronológico (Rowe 1958a, p. 95) (Figura 8).

	AÑOS	COSTA NORTE	COSTA CENTRAL	COSTA SUR (ICA)	AYACUCHO	CUZCO	PUNO	BOLIVIA
P. COLONIAL		Chimu		Tacaraca B		K'uychipunku		
HOR. TARDÍO	-1500	Chimu e Inca	Chancay e Inca	Tacaraca e Inca	? e Inca	Inca Imperial	Estilos Locales e Inca	Estilos Locales e Inca
PERIODO INTERMEDIO TARDÍO		Chimu Lambayeque	Chancay	Soniche Ica Chulpaca	Tanta-Urqu	K'illki	Estilos Locales	Estilos Locales
HORIZONTE MEDIO	-1000	Negro, Blanco Rojo Huari + Moche V	Epigonal Pachacamac Huari + Cajamarquilla	Ica Epigonal Pinilla Ica Pachacamac Huari + Nasca 9	Derivaciones de Huari Huari + Ayacucho	Huari + Lucre	Tiahuanaco	Tiahuanaco
PERIODO INTERMEDIO TEMPRANO	-500	Moche Gallinazo Salinar I IV ↑	Entretrabado Blanco sobre Rojo	Nasca 1 9 ↑	Acuchimay Huarpa 'Aya 'Urqu	Waru Chanapata Derivado	Pucará	Qeya
HORIZONTE TEMPRANO	D.C. A.C. -500	Cupisnique	Chira	Paracas	Wichqana	Chanapata Clásico	Galuyu	Chiripa
PERIODO INICIAL	-1000	Guañape Temprano	Aldas					

Figura 8. Cuadro cronológico de Rowe, versión temprana (Rowe 1958a, p. 95. Redibujado por H. Ikehara).



Para Rowe, «el problema fundamental de la interpretación arqueológica es la cronología» (1958a, p. 79). Esta cronología se basa en estilos decorativos y en sus diferencias en una serie de unidades estilísticas cuyo orden, en primer lugar, se rige por la estratigrafía que define la posición cronológica relativa. Esta estratigrafía prestada de los principios reconocidos en la geología —«ley de la superposición» y «ley de estratos definidos por fósiles»— se complica en su aplicación arqueológica por fenómenos como la mezcla de unidades y rellenos, así como la reutilización de material (Rowe 1961, pp. 324-326).

Si no se dispone de datos estratigráficos, se recurre a la seriación, definida como el arreglo de material arqueológico en un orden cronológico asumido al partir de unidades como especímenes de cerámica o hachas líticas, o de asociaciones como lotes de contextos funerarios o unidades de deposición de basura de un sitio de «un solo período» (Rowe 1961, p. 326). El orden lógico consiste en las combinaciones de rasgos (*features*) estilísticos o del inventario que caracteriza a estas unidades. Por tanto, la seriación implica un estudio detallado de estilo y de inventario, así como las asociaciones de rasgos en especímenes individuales y en las unidades de asociación arqueológica. Existen dos tipos de seriación: la «evolucionaria» y la de similitud. La primera asume la existencia de una regla de desarrollo estilístico o cultural, que define la relevancia de los rasgos por estudiar y les proporciona la dirección y el orden del desarrollo. Para ello no se requieren puntos fijos en el tiempo, pero los resultados dependen de la validez de la regla. En todo caso, esta no se aplica en una seriación evolucionaria, por lo que esta «is nothing but a waste of time» (Rowe 1961). La de similitud, en cambio, parte de la premisa de que el cambio cultural en general y el estilístico en particular se expresan en procesos graduales. Por ello, unidades culturales u objetos con más similitud compartida deberían encontrarse cercanos en el tiempo. Dos situaciones pueden llevar a cambios abruptos en una tradición cultural o artística: fuertes influencias foráneas o la imitación deliberada de estilos o costumbres anteriores (arcaísmo). Por consiguiente, el éxito de la seriación de similitud depende de la capacidad de reconocer tipos de situaciones que no encajan con la premisa de cambios graduales como norma. Se debe conocer por lo menos un extremo de la secuencia seriada, que suele ser la contemporaneidad con el primer contacto europeo, en el caso del Nuevo Mundo. Es preferible, sin embargo, disponer de los dos extremos.

Rowe reconoce dos métodos para el ordenamiento de seriaciones: una basada en la frecuencia de tipos y otra en la continuidad de rasgos y variaciones en temas. Rechaza la primera (véase arriba) con críticas razonables y se concentra en la segunda, que está basada en observaciones de presencia y ausencia de rasgos y temas en vez de tipos. El ordenamiento por la continuidad de rasgos y la variación de temas implica

que la mayoría de ellos existe durante un lapso continuo en el cual se introducen, subsisten y se eliminan, pero otros pueden reaparecer por reinención o ser revividos intencionalmente. Por consiguiente, se debe analizar un número importante de rasgos con duraciones más o menos prolongadas. Esto vale también para especímenes individuales: mientras más elaborados y decorados se encuentren, más posibilidades de datación precisa presentan. Los temas podrían consistir en perfiles de vasijas para comida, cuya variación establece un ordenamiento provisional. Variaciones de proporciones de cuellos de botellas constituyen otro ejemplo. Importantes son las variaciones en diseños figurativos o geométricos, siempre y cuando se trate de variaciones del mismo tema. Solo las variaciones de un número mayor de varios temas ofrecen un ordenamiento controlado y confiable. Esta variación contemporánea funciona mejor en rasgos asociados —por ejemplo, en contextos funerarios—. La seriación de Dawson contó con más de 200 rasgos (detalles de diseño o forma), asociados en unas tres mil vasijas, con preferencia aquellas pertenecientes a lotes de contextos funerarios (Rowe 1956, p. 147). En su trabajo «clásico» del Horizonte Temprano de Ica (Menzel *et al.* 1964), cuya preparación directa se inició en 1959 y 1960 (véase Menzel 1971, p. 7) y para lo que se remontaron a los trabajos de Dawson en 1956 (Rowe *et al.* 1964, pp. IV, 1; véase arriba), los autores trabajan con 461 rasgos (Rowe *et al.* 1964, *Table 1*).

En otro artículo, Rowe (1962b) se refiere a los esquemas cronológicos vigentes y pasados, empleados en la arqueología del Perú, con el fin de presentar otro que se basa en los principios descritos arriba, y se concentra en el uso de «estadios» y períodos. Los *estadios* son unidades de similitud cultural, mientras que los *períodos* son unidades de contemporaneidad. En un espacio reducido, los estadios pueden parecerse a períodos, pero cuando cubren áreas grandes difieren debido a efectos de difusión. Los períodos, en cambio, se definen sobre la base de individuales secuencias locales y bien conocidas. A los estadios se les ha ordenado según una lógica preestablecida, basada en la teoría de progreso de los siglos XVIII y XIX. Pueden diferenciarse en simples y complejos. Los primeros se caracterizan por la presencia o la ausencia de un rasgo, como la cerámica, por ejemplo, que define un estadio precerámico u otro cerámico. Los estadios complejos, en cambio, se definen por varios rasgos diferentes —como la correlación de cerámica con cultivo, la crianza de ganado, la textilería, entre otros—.

Rowe percibe limitaciones en el uso de estadios y en su relación con el cambio cultural. Su apego a la metodología, según él, se debe a la esperanza de recibir algo sin dar nada. Si se asume una uniformidad del desarrollo cultural, basta entender una secuencia y asumir que las otras se «comportan» de la misma manera. Otro aspecto es el de usar conceptos de estadios complejos para la interpretación cultural más amplia.

Esta se basa en la idea de una teoría de evolución cultural que postula un desarrollo uniforme desde estadios primitivos hasta complejos; el más complejo es el de la civilización occidental. De este modo, una tecnología está asociada con patrones de instituciones o tipos de organización social y ligada a ideas económicas, políticas y religiosas. Estas, sin embargo, no se extraen del análisis del material arqueológico, sino que se asumen sin evidencias concretas (Kroeber 1948), por lo que conducen a argumentaciones circulares (véase arriba). Debido a estos problemas, Rowe prefiere el uso de períodos como unidades de contemporaneidad, pese a que pueden señalar diferencias marcadas en comparación.

Este sistema de períodos ya fue empleado por Kroeber durante la década de 1920 para analizar y clasificar el material de Uhle. La cultura Chavín exigió una extensión del esquema anterior y revisiones algo inconsistentes, por lo que Rowe sugiere retener el sistema de períodos intercalados por horizontes en la secuencia Período Inicial, Horizonte Temprano, Período Intermedio Temprano, Horizonte Medio, Período Intermedio Tardío y Horizonte Tardío. En los conceptos de Kroeber y Uhle, los horizontes se difunden tan rápido que su aparición en secuencias locales puede tomarse como un fenómeno contemporáneo, pero esta premisa no es válida en general ya que los períodos pueden disolverse en estadios. Para evitarlo, Rowe escoge un solo valle, el de Ica, con el fin de relacionar el sistema de períodos con las secuencias locales, lo que conduce a la secuencia maestra, subdividida en períodos, épocas y fases. La contemporaneidad puede establecerse por fechados absolutos, piezas importadas —la mejor forma de demostrarla— y la influencia de un estilo sobre el otro. En el caso de la secuencia maestra, las subdivisiones establecidas permiten la definición de lapsos de menos de cien años (para una versión temprana de su cronología véase la Fig. 8 de Rowe 1958, p. 95).

En uno de sus primeros trabajos sobre el tema (1960), Rowe se pronuncia sobre su evaluación del Horizonte Temprano. Lo define como un período de algunos siglos de duración con cerámica producida bajo condiciones y técnicas decorativas compartidas. Sostiene que la atribución de culturas a un Horizonte Temprano es difícil, ya que no existe un solo estilo artístico que caracterice a todas las culturas del Horizonte Temprano y algunos aspectos técnicos se mantienen hasta el Período Intermedio Temprano. Según Rowe, el estilo Cupisnique se extiende por sobre todo el Horizonte Temprano y puede servir de referencia (véase discusión de Lanning 1960). La cerámica de este estilo y las de La Copa (Kuntur Wasi), Chavín y Ancón comparten suficientes similitudes para considerarlas contemporáneas. Solo en pocos casos llevan diseños del estilo Chavín, pero, pese a estas similitudes, deberían tratarse como estilos diferentes, de modo que, aun dentro del área restringida del estilo artístico Chavín, existe un alto grado de diversidad cultural local. El estilo de la costa

sur es diferenciado pero contemporáneo con los estilos de la costa norte y central. En la costa norte prevalece la arquitectura monumental y el tratamiento funerario extendido, mientras que en la costa sur se observa un patrón urbano y un tratamiento sentado, flexionado, de los individuos. Estilos serranos como Chanapata y Qaluyu podrían entrar en el Horizonte Temprano, pero son tan distintos que faltan evidencias que permitan definir bien su correlación. De esta manera, el Horizonte Temprano parece haber sido un tiempo de una diversidad cultural marcada en los Andes. Los estilos de cerámica comparten ciertos rasgos técnicos y decorativos, pero solo el estilo artístico Chavín indica un agrupamiento regional más amplio, aunque dentro de sí no se registra uniformidad (Lanning 1960, pp. 628-629).

La aceptación de este enfoque de Rowe, claramente expuesto en una serie de artículos, cortos y precisos, se facilita por contar con un número importante de discípulos dispuestos a trabajar en estas líneas señaladas y por el establecimiento de la Comisión Fulbright en el Perú, que brinda facilidades para la realización de muchos proyectos de prospección y excavación, así como para el establecimiento de contactos más estrechos con los estudiantes peruanos, por su participación en el campo y la enseñanza (véase Schaedel & Shimada 1982, pp. 362-363). Entre 1957 y 1959, se realiza una especie de «megaproyecto» con múltiples proyectos menores que abarcan los de valles de Piura (David H. Kelley), Huarmey (Donald Thompson), Lurín y Cañete (Luis M. Stumer), Chincha, Pisco, Ica, Mala y Asia (Dwight T. Wallace), así como Atico, hasta la frontera con Chile (Gary Vescelius) (Menzel 1971, p. 1). En un importante informe general de estos trabajos, Menzel (1971, pp. 9-21) resume, en forma muy clara y en versión castellana, la metodología y teoría de Rowe en las líneas arriba señaladas. Luego explica la secuencia de Ica y, en particular, la parte correspondiente al Horizonte Temprano, en el valle de Ica (estilo Ocucaje). Se trata de una versión anterior, y algo diferente, a la definitiva de 1964 (Menzel *et al.* 1964), pero es muy detallada tanto en la descripción de la seriación (Menzel 1971, pp. 23-57) como en la descripción de los sitios prospectados (Menzel 1971, pp. 75-85). Este informe también es importante por la discusión comparativa de nuevos materiales de los valles de Chincha, Pisco y Topará (Menzel 1971, pp. 99-121) y «tipos de construcción y poblamiento en los valles de Pisco, Chincha y Cañete» (Menzel 1971, pp. 140-145). De particular importancia es la mención de arquitectura monumental en Chincha, comparada con la de la parte baja del río Ica, y anota también la asociación de cerámica temprana en Rímac (La Florida). Finalmente, presenta dos tablas, una de una versión completa de la secuencia maestra de Ica y otra de las secuencias de Pisco-Paracas, Chincha, Topará, Cañete, Asia-Lurín y Rímac-Ancón (Menzel 1971, pp. 158-159).

Estas dos últimas secuencias forman la parte central de la tesis doctoral inédita de Edward P. Lanning (1930-1985), presentada en 1960 bajo el título «Chronological

and Cultural Relationships of Early Pottery Style in Ancient Peru». El espacio geográfico analizado abarca el área costeña entre Acarí y Chicama, pero el autor pone especial énfasis en la costa central, entre San Bartolo (Curayacu) y Chancay, donde llevó a cabo la mayor parte de sus trabajos. Incluye sitios precerámicos, pero se concentra en el lapso entre la introducción de la cerámica, entendido como un largo período de independencia estilística local, en la difusión del estilo Chavín —unificación parcial de costa y sierra norte— como período corto, seguido por otro período largo de tradiciones post-Chavín, que termina con el complejo Blanco sobre Rojo, y en otros estilos en la costa central y sur (Lanning 1960, pp. 7-8). En sus conclusiones (1960, pp. 598-600), especifica los siguientes puntos:

- a) El Período Inicial y el Horizonte Temprano cubren un largo lapso (aproximadamente, desde 1200 a.C. hasta 100 d.C.), para el cual se establecen cronologías más «elaboradas y detalladas» que cubren períodos de unos cien años.
- b) El Período Inicial es uno de experimentación, con técnicas decorativas que corresponden al desarrollo de estilos puramente locales.
- c) La alfarería llega desde el norte y se difunde hacia el sur, al menos hasta Acarí.
- d) La región de Casma-Nepeña fue el centro de innovación más importante durante el Período Inicial.
- e) La difusión del culto de Chavín y de sus diseños y técnicas decorativas asociados se ubica en el inicio del Horizonte Temprano, lo que resulta en una unificación de la costa y de la sierra norte. Este culto tuvo su origen y su centro en la región de Casma-Nepeña y data de 800 a.C. Su difusión promovió el comercio y el intercambio de ideas a lo largo de la costa.
- f) Cupisnique es tanto Chavín como post-Chavín. La cerámica del templo de Chavín es post-Chavín, mientras que la del «subsuelo» corresponde a Chavín (véase Tello). La cerámica del sitio Faro de Supe es post-Chavín (véase Willey & Corbett 1954). Ancón temprano (*Early Ancón*) es pre-Chavín, Chavín y posiblemente post-Chavín, lo que vale, asimismo, para Curayacu. Paracas comprende tanto Chavín como post-Chavín. Lanning entiende por «Chavín» un período corto de unificación entre 800 y 600 a.C.
- g) El Complejo Chavín fue seguido por un largo período de diversidad estilística local, durante el cual cada región costeña desarrolló su propio estilo, derivado, en buena parte, del estilo local chavinoide. Lanning distingue cuatro tradiciones regionales: 1. Curayacu B-C (figurativo, pintura de engobe parcial y modelado); 2. Colinas-Florida (Ancón) y Faro (Supe) (alfar geométrico, monocromo oscuro); 3. Patos-Topará (Chincha y Topará) (alfar monocromo anaranjado); 4. Paracas (policromo pastoso, decoración negativa).

- h) Durante la parte post-Chavín del Horizonte Temprano (600 a.C. hasta 100 d.C.), la región de Casma-Nepaña experimenta un ocaso, mientras que la de Ica-Nasca gana importancia. La urbanización y la metalurgia probablemente se originan en la costa sur durante este tiempo.
- i) Hacia el fin del Horizonte Temprano, la región de Cañete (estilo Topará) gana importancia, posiblemente a expensas de Ica.
- j) El concepto de un horizonte panperuano Blanco sobre Rojo es un invento erróneo, ya que solo cubre las áreas de Chicama hasta Chancay y de Huaylas-Marañón. Tampoco se puede comprobar su contemporaneidad.
- k) Al mismo tiempo, se percibe una difusión del alfar anaranjado y de rasgos asociados topará, que conducen a una cierta unificación del área entre Ancón y Acarí.

Lanning (1960, p. 9) no se opone al uso de tipos para obtener secuencias cronológicas como lo hace Rowe, pero observa: «There has been a tendency to restrict the concept of “type” to a rather narrow range of meaning, and to conduct chronological analysis almost entirely in terms of this one concept. In dealing with decorated pottery, “type” has become almost synonymous with “decorative technique” or “color combination”», lo que se nota en las denominaciones de los tipos (véase arriba). Para evitar estas simplificaciones, propone que los tipos deberían corresponder a un lapso reducido y a un número razonablemente grande de «rasgos» (*features*). La observada ligereza en la definición de tipos se nota también en la excavación de estratos artificiales, por lo que Lanning (1960, p. 13, nota a pie de página número 2) cita a Wheeler (1956, pp. 69-71): «This mechanical classification can only be characterized as the very parody of scientific method [...]. It bears little more relationship to scientific archaeology than astrology bears to astronomy». De acuerdo con esta posición, Lanning trata de respetar y definir la estratigrafía real. En esto podría haber influido su trabajo como asistente de campo de Frédéric-André Engel (1908-2002) (Benfer 2005). Engel llega al Perú en 1953 y el propio presidente del Perú, Manuel Prado, lo hace nombrar tesorero del Patronato Nacional de Arqueología y secretario general del Centro Nacional de Prehistoria del Perú, así como alcalde del nuevo distrito de La Molina, donde luego se desempeña como profesor en la Universidad Nacional Agraria La Molina (UNALM), en la que crea el Centro de Investigaciones de Zonas Áridas (CIZA). En 1954, inicia un programa de prospecciones y excavaciones en la costa; se concentra en sitios tempranos, estimulado por los trabajos de Bird en Huaca Prieta y por la potencialidad de emplear muestras para obtener fechados <sup>14</sup>C. La mayoría de sitios precerámicos citados por Lanning se deben a los trabajos de Engel (1955, 1957a, 1957c, 1958, 1960a), pero Engel también excavó en sitios con

cerámica temprana, como Tambo Colorado, en Pisco (Engel 1957b), y Curayacu (Engel 1956). Este último constituye uno de los temas principales de su tesis (Lanning 1960, pp. 55-210). Pese a tratar sobre un conchal y a su estilo algo coloquial, el breve artículo de Engel presenta una documentación con arquitectura diferenciada y la ilustración de piezas espectaculares, como el famoso *chocolate baby*, una figurina de 47 centímetros de alto (Engel 1956, figuras 1-13; la figurina está ilustrada en la figura 13 y en la carátula de la revista).

En la tabla 40 («Temporal Relations of Early Ceramic Styles of the Peruvian Coast») de la tesis de Lanning, se nota que una combinación entre Curayacu y Ancón provee la columna central (su «secuencia maestra»). Esta secuencia tiene como primera fase Chira (Ancón), seguida por Curayacu 1 y 2, correlacionadas a su vez con *Early Ancon* 1 y Curayacu 3 y 4 (*Early Ancon* 2), ya pertenecen al Horizonte Temprano. Luego se percibe un hiato que termina con Colinas 1 y 2, que se correlacionan con «Paracas T1 y T2» (Ocucaje 7 y 8), y termina, luego de otro hiato breve, con La Florida (Ocucaje 10). Lanning no está seguro de la ubicación tardía de La Florida y el futuro demuestra su equivocación, ya que este sitio luego se convierte en una de las fases más tempranas. En esta misma tabla, se nota que hay otra columna razonablemente completa, la de Virú-Chicama, no tanto por los resultados del Proyecto Virú, sino por una reclasificación de la cerámica Cupisnique, publicada por Larco (véase arriba) (Rowe 1958b). Esta seriación, que nunca fue publicada, se basa en botellas de asa estribo y consiste en nueve fases. En la tabla citada y en el texto correspondiente (Lanning 1960, pp. 493-494), Lanning mantiene *Early Guanape*, que corresponde con Las Haldas 1 y parcialmente 2. Las Haldas es otro sitio excavado por Engel, al sur de Casma (véase nuestro Capítulo II). Estas fases están seguidas por Cerro Blanco (Nepeña) (véase arriba). Cupisnique A-1 corresponde aún al período Inicial, pero Cupisnique A-2, hasta A-3, B-4 hasta B-6 y C-7 hasta C-9 pertenecen al Horizonte Temprano. Cupisnique C es contemporáneo con Colinas 1 hasta La Florida, mientras que Cupisnique B cubre el hiato de la costa central (para una discusión completa, véase Lanning 1960, pp. 514-536). La posición cultural de Chavín de Huántar:

[...] remains one of the major problems of Peruvian archaeology, as it had been for nearly a century. The evident relationships between the Chavín stone carving and the early Chavinoid pottery of the coast has led to a general acceptance of an early date for the Chavín temple, and to the use of the term Chavín as a cover term for the related manifestations on the coast [...]. The mere use of the term, however, does not indicate that Chavín de Huántar was the home of the Chavín style (Lanning 1960, p. 544).

Lanning se inclina por una ubicación tardía de las construcciones, por lo que acepta la posición de Larco. La postura de Lanning padece de su desconocimiento del libro póstumo de Tello (1960; véase arriba) y de un breve pero célebre trabajo de Rowe (1962a), basado en observaciones en el sitio, en 1961. En dicho trabajo, Rowe reconoce la existencia de otros templos fuera de Chavín de Huántar, como Kuntur Wasi, Pacopampa, Garagay, Moxeke y Cerro Blanco: «In our present knowledge all these places have as good a claim to be centers of cultural influence as Chavin itself. The Chavin style presumably originated somewhere in the area of its distribution, but we do not know where» (Rowe 1962a, p. 5). A diferencia de Lanning, lo fecha entre 700 y 200 a.C., pero no excluye fechados más tempranos por no haber encontrado aún sus orígenes. Por el estudio de la secuencia del estilo Ocucaje en Ica, Menzel se percató de que los rasgos Chavín aparecen entre Ocucaje 1 y 8 y que cambian de fase en fase, por lo que deberían reflejar, en forma aproximativa, el orden de los cambios en el arte Chavín (Rowe 1962, p. 6). De esta manera, Rowe llega a clasificar el arte lítico de Chavín en cuatro fases (AB, C, D, EF; compárense las fases originales del estilo Ocucaje T-1 a T-4), con la posibilidad de extenderse a seis. Estas cuatro fases pueden corresponder al desarrollo arquitectónico en un «Templo Viejo» y a tres adiciones que llevan al «Templo Nuevo», más una estructura tardía (¿se tratará de otra fase?). Si bien el arte lítico suele estar asociado a la arquitectura, Rowe se percató de que el arte todavía in situ no puede usarse para formar una secuencia, pues puede haberse reutilizado a partir de contextos anteriores. La Portada Blanca y Negra del Templo Nuevo le sirve de *anchor point* como fase D, a la que se suman muchas esculturas sueltas. Esta debería corresponder con las fases 4 y 5 del estilo Ocucaje de Ica. La fase C está representada por el Obelisco Tello, del que se ignora su posición original; solo otras pocas piezas pertenecen a la misma fase. La fase A/B, por tanto, incluye todas las piezas anteriores. La Gran Imagen, mejor conocida como el Lanzón, forma parte de ella. La fase EF incluye la Piedra de Raimondi, mejor —pero erróneamente— conocida como Estela Raimondi; es la pieza más conocida de esta fase, si bien se ignora su ubicación original. A partir de esta clasificación, ubica los relieves de Cerro Blanco en su fase C y los de La Copa (Kuntur Wasi) en la fase EF (Rowe 1962a, pp. 12-13). Es imposible no asombrarse por las discrepancias manifiestas entre Rowe y Lanning.

Al terminar esta discusión, alrededor de 1960, esta fecha no parece ser significativa para el Perú, donde el esquema cronológico de Rowe y sus colaboradores se mantiene vigente, sobre todo entre los arqueólogos norteamericanos que siguen trabajando en el país. Pero para los Estados Unidos sí es una fecha muy importante, ya que se inicia la *New Archaeology* (Binford 1962), en manifiesta oposición a los conceptos de la historia cultural firmemente establecidos en el Perú y en otros países latinoamericanos.



Antes de concluir esta parte y de llegar a un resumen de este medio siglo de investigaciones, quedan por presentar los resultados de dos eventos realizados en Lima, en 1958 y 1959 (Centro de Estudios 1959; Matos [editor] 1960).

#### 4. LAS REUNIONES EN LIMA (1958 Y 1959)

Entre el 4 y el 9 de agosto de 1958, se celebró el II Congreso Nacional de Historia del Perú, cuyos resultados fueron publicados por el Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú, en 1959. En este evento, el esquema cronológico de Rowe está aceptado bajo el rubro «terminología tempo-espacial», al lado de otro aprobado por el congreso, que reúne el Horizonte Temprano y el «cerámico inicial» —en vez de Período Inicial— o Formativo. El Intermedio Temprano —en vez de Período Intermedio Temprano— se llama también «Configuración Regional». El Horizonte Medio es «Gran Fusión». Intermedio Tardío —en vez de Período Intermedio Tardío— se convierte en «Reinos y Confederaciones». Finalmente, el Horizonte Tardío, se pasa a llamar «Inca» (Centro de Estudios 1959, p. 33). Esta columna paralela se llama «etapas socio-políticas» en un cuadro aceptado en otro evento, en 1953 (Schaedel 1959, p. 39), y difiere de la señalada solo por Florecimiento Regional en vez de Configuración Regional. En este último cuadro, se agrega otra columna más, llamada «Etapas Económicas», que se inicia con Pre-Agricultura, correlacionada con Pampa de los Fósiles y San Nicolás, ambas entre paréntesis. Agricultura Incipiente solo se relaciona con Cerro Prieto —evidentemente, sigue la pauta de Strong (véase arriba)—, mientras que todo el resto —desde Formativo hasta Imperio— corresponde a «Agricultura». A Luis Guillermo Lumbreras, con apenas 24 años de edad, se le confiere el honor de presentar el «Panorama histórico de la arqueología peruana» (1959a). Lumbreras exhibe palabras elogiosas hacia Tello:

El trabajo de Uhle es en la Costa principalmente, y de ahí emergen sus interpretaciones, por eso, como una reacción, aparece la figura de Julio C. Tello, un indio peruano de las serranías, que se lanza a la búsqueda de los monumentos sagrados de sus padres, allá donde el sol del Inca nunca se pone; porque vive en cada hombre, en cada tierra cultivada, en cada cerro. Tello se vuelve Inca y radica su picota en el Chinchaysuyo, para bajar cada vez que huele a serranía en la Costa. Tello invade el Perú (Lumbreras 1959a, p. IV).

Presenta los diferentes esquemas cronológicos publicados con anterioridad con breves comentarios y se concentra en los problemas más relevantes para Chavín: «Últimamente poseemos un esquema distribucional más o menos amplio, habiéndose [sic] encontrado manifestaciones de este complejo, llamado también “Formativo”,

“Chavinoide” y “Horizonte Temprano” en toda el área Andina Central» (Lumbreras 1959a, pp. XIII). Según la Mesa Redonda de 1953, el sufijo *-oide* se usa «para designar culturas que traspasen su propia zona, se usará el sistema de guiones (/) v.g. Tiahuanacoide/Huaca de la Cruz o Chavinoide/Cupisnique, Chavinoide/Supe» (Schaedel 1959, pp. 38, 39). Según Lumbreras (1959a, pp. XIII), «este período tiene [...] un cierto número de problemas que lo hacen por demás importante: En [sic] primer lugar, su origen, y con ello, el origen de la alta cultura Andina; en segundo lugar, la naturaleza de su distribución en el área Andina; y, en tercer lugar, el foco o los focos de su difusión, y sus relaciones, como los más importantes». Para Lumbreras, «no hay evidencias para la antigua posición, Tellista, de que Chavín fue el foco» (1959a, p. XIV).

Al año siguiente se lleva a cabo otra reunión, la Semana de Arqueología Peruana (9 a 14 de noviembre de 1959), en la que participan arqueólogos de varios países, entre ellos Menzel, Rowe, Lanning y Vescelius. Entre los peruanos, figura una cantidad importante de arqueólogos jóvenes, como Iriarte, Guzmán Ladrón de Guevara, Matos Mendieta, Flores y Lumbreras, al lado de Larco y Mejía Xesspe, discípulo de Tello (Matos [editor] 1960). Como Lumbreras ya lo mencionó durante la reunión anterior, ellos se concentran más en la sierra, en sus respectivos lugares de origen (Matos 1960; Casafranca 1960; Flores 1960; véase también Lumbreras 1959b), con el fin de completar el cuadro cronológico, más concentrado en la costa. Lumbreras (1960) ofrece otra síntesis. Esta, en grandes rasgos muy parecida a la de 1959, señala, aún indirectamente, un cambio de rumbo de lo que Lumbreras llama el «método histórico» de Uhle («Una amalgama del esquema de Uhle, con los descubrimientos de Tello, es lo que en gran parte reconoce la Arqueología Peruana») hacia la «Arqueología como ciencia social» Con ello ya se anuncia lo que se publicará en 1969 y 1974 (véase el Capítulo III).

## 5. DISCUSIÓN Y RESUMEN

Es preciso enfatizar que estas líneas no corresponden a un afán de presentar una historia completa. También se debe considerar que los problemas relacionados con el desarrollo cultural temprano en el Perú antiguo solían formar parte de hipótesis, metodologías y teorías más amplias, cuya formulación se debe a fuentes muy diversas que exceden los ámbitos del Perú o de los Estados Unidos. Quienes formularon estos aportes tampoco eran, en primer lugar, arqueólogos —en el sentido de los prehistoriadores del Viejo Mundo— a dedicación completa y con formación especializada, sino, en todo caso, antropólogos y arqueólogos en forma simultánea, y con simpatías más o menos marcadas hacia una u otra de ambas disciplinas. Estas condiciones

particulares deberían tomarse en cuenta en las críticas acerca de estas cuatro décadas de estudios nacionales e internacionales.

A primera vista, se podría pensar en la existencia de frecuentes posiciones antagónicas entre unos pocos protagonistas peruanos y relativamente muchos norteamericanos, sobre todo después de la muerte de Tello. Esta sería una conclusión apresurada a partir de las posiciones publicadas o fruto de prejuicios. Entre Tello, Uhle y Larco no prevalecían los roces personales, ni entre Tello y sus colegas norteamericanos, sino más bien muy a menudo permitieron la realización de metas compartidas tanto en el nivel teórico como en el práctico. Problemas mayores de intercomunicación se limitan a un lapso relativamente breve, entre 1947 y 1953. Una politización mayor solo toma fuerza durante las décadas posteriores a las que se discuten aquí.

En primer lugar, debería abordarse la cobertura geográfica. Gracias a los esfuerzos de Tello y Larco, la costa norte y, en menor grado, la sierra norte, ocupan el ámbito central en el que se desarrollan las ideas del origen y desarrollo, al parafrasear el famoso trabajo de Tello. El reclamo de Tello, oriundo de Huarochirí, en la sierra de Lima, de reconocerle un énfasis mayor a la sierra —y la selva—, no encuentra rechazo de nadie. Como lo explica Kroeber (1926c, pp. 630-631), se trata de razones más pragmáticas o circunstanciales que «científicas»:

Transport, always a problem in Peru, is much more arduous and time-consuming in the highlands. An expedition limited in time can hope to accomplish twice the results on the coast. The whole tactics and technique of archaeology are different in the highland [...]. Private and commercial collectors have made little progress in exploiting the highland, in spite of the national habit of huaqueroing and being aficionado, because exploitation is difficult. Uhle, after his Tiahuanaco study, made several attempts to work at interior points [...] but with slender results. He might have done more had his work in the country not been cut off by circumstances beyond his control (Kroeber 1926c, p. 631).

El propio Tello limitó sus excavaciones a Chavín de Huántar y se concentró en las de Nepeña y Casma o Paracas. La mayoría de los demás sitios en su lista de 1940 (Tello 1942, pp. 679-680) se ubican en la costa, y algunos de los de la sierra no necesariamente corresponden a «la civilización Chavín-Kotosh». Esta distribución esporádica y la poca densidad de sitios en sierra y selva contrastan con su afán de crear una especie de horizonte homogéneo de alcances cuasi sudamericanos.

Mientras que Tello enfatiza el estudio de arquitectura monumental y sus evidencias para detectar diferencias en el tiempo y sustentar su idea del estilo Chavín, sus colegas y seguidores no imitan su ejemplo, pese a que Larco y otros consideraban el

estudio de arquitectura como un factor importante —sin estudiarlo a fondo—. Esto es lamentable, ya que Tello se percató claramente de que esta arquitectura cuenta con superposiciones asociadas con arte —esculturas en barro y piedra— que permiten una definición clara de secuencias internas, como Larco lo reconoció o intuyó correctamente. El propio Tello reconocía bien las diferentes fases de construcción de los edificios que excavaba, como se observa en los planos y cortes detallados y precisos de Cerro Blanco y Punkurí, en el valle de Nepeña (MAAUNMSM 2005).

Antes de profundizar en estos aspectos cronológicos, sin embargo, es preciso afrontar un punto reconocido y reclamado por muchos: la falta de la documentación respectiva que podría aclarar y consolidar las ideas presentadas. Según Valcárcel (1981, p. 282), Tello le habría dicho en tono de broma: «Yo no soy ni profesor ni escritor, solamente soy un hombre de campo, un huaquero». Los trabajos recientes con la documentación original que se guarda en el Archivo Tello de la Universidad Nacional de San Marcos y lo que se publicó o se está publicando recientemente (véase arriba) demandan una revisión completa de sus escritos y un contraste con la documentación disponible.

Algo parecido ocurre con Uhle, cuya documentación en cuanto a mapas de sitios y arquitectura y del material asociado es excepcionalmente buena (véase Wurster [editor] 1999). Informes sustanciosos y cantidades enormes de fotografías en el Instituto Iberoamericano y en el Museo Phoebe Hearst, en Berkeley, aguardan aún su publicación. Lo que se publicó del material de las colecciones de Uhle por parte de Kroeber, Strong y otros es incompleto —básicamente, una selección «significativa» en fotos muy reducidas— sin la información gráfica completa de los lotes registrados. El propio Kroeber (1944, pp. 118-121, figura 5A) presenta una lista completa de los hallazgos de Uhle en Supe y Ancón, sin ilustrarlos, con la excepción de una placa ósea.

Los trabajos de Larco en áreas funerarias no se dejan contrastar con el material contextualizado original. No existen planos de la distribución de los contextos funerarios ni dibujos pormenorizados de las estructuras y de los inventarios por contexto.

Esta situación continúa o empeora con los trabajos de los norteamericanos, quienes se contentan con croquis simplificados de los sitios y de los perfiles excavados. En algunos casos, ni siquiera se cuenta con ellos o solo presentan fotos reducidas, que no dejan reconocer detalles. En cuanto al material, los autores se contentan con ilustraciones escasas, por regla sin escala, ni cortes ni procedencia exacta de las excavaciones. Esta situación no cambia fundamentalmente en el lapso tratado.

De todo ello, es evidente que tanto la arquitectura como las estructuras funerarias o capas poco definidas solo sirven de «pantalla» para objetos reconocibles en cuanto a un concepto preestablecido de «estilo». Este, como ya queda mencionado, es el que caracteriza el arte lítico de Chavín de Huántar, por lo que este sitio se convierte

en modelo primigenio de todas las expresiones «comparables» fuera de Chavín. Al usar el singular y no «estilos» ni «subestilos», este corpus de material, solo parcialmente publicado por Tello y Bennett (Tello 1923, 1929; Bennett 1942), está tomado como un conjunto de técnicas y representaciones que se mantienen básicamente inalteradas en el tiempo, pese a que este tiempo está calculado en varios siglos —o un milenio, como en el caso de Tello 1942—. Esto implicaría que la arquitectura asociada debería estar vigente durante el mismo tiempo, también sin alteraciones percibidas, lo que se asume en forma tácita o explícita hasta el trabajo de Rowe (1962 a). Evidentemente, se trata de una argumentación circular. Además de ello, este corpus importante solo se deja comparar con pocas piezas del mismo soporte en la sierra (Yauya, Kuntur Wasi, Pacopampa) y la costa (Cerro Sechín), que o no corresponden en el tiempo —como tampoco Tiwanaku y Pukara, pese a la convicción original de Tello, o Cerro Sechín—, o son tan diferentes que no sugieren una vinculación estrecha con Chavín —fuera de algunos sitios en la cercanía inmediata de Chavín (véase Espejo 1955, 1959)—. Las diferencias concretas, sin embargo, son difíciles de definir debido a la ausencia de descripciones y análisis completos, incluidos los sitios fuera de Chavín —la única excepción es el catálogo de las esculturas de Cerro Sechín, excavadas por Tello (Tello 1956, pp. 146-228)—. Se trata, más bien, de la percepción de una perfección «enigmática» en Chavín, que podría entenderse como un esfuerzo sintético de previos intentos «menos logrados» exógenos, que conducen a esta perfección; o, al revés, como posteriores o contemporáneas imitaciones «imperfectas» en sitios fuera de Chavín, lo que solía llamarse «chavinoide» (¿habrá sido debido a Kroeber 1944?), en el sentido de «algo como Chavín fuera de Chavín». Si Chavín se entiende como una especie de bloque de tiempo, los sitios «chavinoideos», por consiguiente, deben pertenecer a este bloque.

El arte inmueble lítico de Chavín de Huántar está asociado, sin las precisiones estratigráficas necesarias, a un arte transportable, sobre todo, en forma de morteros decorados (Tello 1929, figuras 27-28; 1960, pp. 300-304). Motivos figurativos en diferentes tipos de soportes están asociados a contextos funerarios de la costa norte, pero tampoco se los puede asignar a contextos específicos en la mayoría de los casos.

Fuera de estos vestigios de valor cronológico y estilístico poco definido, queda un corpus enorme que está presente en muchos sitios, también en aquellos sin la presencia de las piezas mencionadas: la cerámica. Tello reconoce cerámica de características definidas en Chavín de Huántar y la compara con aquella de muchos otros sitios en sierra y costa, como la de Uhle de Ancón, Supe y otros sitios de la costa central (Tello 1929, pp. 25, 86, lámina II). Esta cerámica está relacionada con Chavín de Huántar no tanto por la comparabilidad de sus diseños, sino por principios de la contemporaneidad, mientras que la cerámica en sitios sin arte Chavín en otros soportes se debe

a la similitud o variabilidad tipológica. La impresión de Uhle de una característica común, llamada «primitiva» por él, es esencialmente correcta en el sentido del uso de técnicas y decoraciones sencillas. La gama morfológica es reducida a botellas y platos con cántaros y ollas globulares. La decoración se realiza por modificaciones que alteran la superficie, como incisiones, punteaciones o estampados, y aplicaciones que suelen formar diseños geométricos simples en combinaciones de las técnicas mencionadas. Incluso las piezas más elaboradas —en el sentido de representaciones figurativas— no señalan un alto grado de dominio técnico, como ya lo notara Larco. En este sentido, se repite la tendencia de Tello de reunir una cantidad indefinida de variantes en un conjunto supuestamente uniforme, sin que este sea prueba de un conjunto cronológicamente interrelacionado.

Estas condiciones precarias justifican la presencia de otro concepto implícito: el horizonte. Este término tiene diferentes significados con aplicaciones en astronomía, matemática, geodesia, geología, pedología y filosofía. En su sentido original, es la órbita visual, esto es, el entorno alrededor del observador o su percepción, que implica una orientación en una horizontal, en líneas o bandas rectas correspondientes al horizonte geográfico, que es a la vez una línea divisoria entre tierra y cielo. El término arqueológico está prestado, como otros, de la geología, en lo que se refiere a capas horizontales como unidades mínimas de la estratigrafía. Pueden referirse a, por ejemplo, un horizonte de quema, visible por evidencias de quema sobre áreas extendidas horizontales e interpretables como incendios provocados (actividades bélicas) o naturales (incendios de bosques), en el sentido de eventos o de acumulaciones que reflejan poca duración definible.

A Uhle se le debe la primera aplicación del término a la arqueología peruana. Supo correlacionar correctamente vestigios materiales con información histórica en el ejemplo de los incas. El fin de este horizonte concuerda con la conquista por los españoles; el inicio queda menos definido, pero entre ambos extremos no se detecta una duración prolongada (véase Rowe 1944). Pero Uhle detecta otro horizonte más, al que relaciona con Tiwanaku y otros sitios en el territorio peruano (como Pachacamac y otros en la costa). Estos dos horizontes están separados en el tiempo por un período intermedio. Este esquema cronológico tiene la ventaja de ubicar piezas estilísticas parecidas en una especie de bandas o coberturas a nivel «panperuano», un término que implica una asumida distribución generalizada y, por tanto, simplificada.

Para Tello, este término adquiere connotaciones diferentes. Se trata de una especie de sustrato de cobertura panperuana, cuyos extremos son «naturales», ya que este sustrato se asienta sobre tierra estéril y está cubierto por aluviones u otros eventos catastróficos naturales. Ambos extremos son insatisfactorios como límites

cronológicos, pues impiden la aplicación de principios de la cronología relativa. Ni el inicio ni el fin se basan en principios de contemporaneidad. La poca precisión y el carácter especulativo de su concepto de horizonte reciben fuertes críticas por Larco, que demuestra que la supuesta homogeneidad es una ilusión, en vista de que prevalecen evidencias de orden regional o aun local dentro de secuencias definibles, en las cuales Chavín de Huántar asume una posición tardía.

Pese a la tendencia de simpatizar con las ideas de Larco, los norteamericanos tienden a aceptar la idea de horizonte al aplicarla al concepto de Uhle, de modo que se agrega un tercer horizonte, ya que aceptan, con Tello, que la cerámica temprana ubicada por Uhle corresponde al horizonte Chavín. Por tanto, no analizan críticamente el concepto de Tello, sino que se esfuerzan por demostrar lo esencialmente correcto de Uhle, al excavar en los mismos sitios que él o en otros de características compartidas (como Guañape). Para hacerlo, se valen de principios que Uhle que ya había aplicado: principios estratigráficos modernos en su excavación de Emeryville, en 1902 (Uhle 1907). Kroeber (1926, p. 626), en vez de reconocerlo, critica a Uhle y aduce que: «this stratification [...] of graves and structures [is] hardly as incisively conclusive as a pure refuse stratification of sufficient area, depth, and content» (compárese Strong 1948, p. 97 *inter alia*). Esta estratigrafía de espesores importantes, sin la presencia de contextos como entierros o arquitectura, se basa en la convicción de una acumulación de capas que reflejan una continuidad paulatina o ininterrumpida de las evidencias culturales —básicamente, fragmentos de cerámica— que permiten detectar cambios en su orden «real» y en secuencias completas. Por consiguiente, los arqueólogos norteamericanos se limitan a excavar sondeos de poca extensión en niveles horizontales artificiales de por lo menos 0,25 metros de espesor, sin preocuparse por la formación y el curso de las capas detectadas. Este material se somete a una seriación en la que se define la «popularidad» de tipos; la diacronía corresponde a una especie de «historia» de tipos y a una cronometría. En 1941, las excavaciones de Willey en Ancón —en el mismo sitio excavado por Uhle en 1904— (Willey & Corbett 1954) llegaron a alcanzar profundidades de casi 9 metros. Pese a ello, no se detectaron cambios mayores ni en este sitio ni entre Ancón y Supe, mientras que Strong pudo diferenciar subdivisiones en Guañape (Strong & Evans 1952) que se comparan bien con la secuencia propuesta por Larco (1948). Estas divergencias reflejan ciertas ideas preconcebidas en una metodología simplificada al extremo, tanto en lo estratigráfico como en la definición tipológica basada en pocos rasgos técnicos. Por un lado, se «confirman» los cálculos cronológicos y estilísticos «generosos» de Tello; por otro, la secuencia regional de Larco, al emplear los mismos principios.

El uso de «horizonte» en la visión de los norteamericanos corresponde a un afán pragmático de sistematizar la cronología, de conectar secuencias locales al reconocer

paralelos o «semejanzas» generales y asumir que corresponden al mismo nivel temporal, aunque este pueda alcanzar una cantidad abultada de siglos. En las palabras de Willey (1948, p. 8): «This formulation of the horizon is an abstraction based upon the recurrence of specific features of style or manufacture in prehistoric artifacts, mainly pottery, from one region to another so that the phenomena become pan-Peruvian in scope and coordinate our knowledge of the past in a broad temporal and spatial scheme». En este trabajo, Willey lo relaciona con estadios en los que el Formativo es definido como un lapso entre el inicio de la agricultura y la cerámica del horizonte Chavín, hasta incluir otro horizonte, el de «las culturas del horizonte Blanco sobre Rojo». Construye aun otro horizonte, el Negativo, con el que se inicia el estadio Clásico Regional. Willey interpreta el horizonte Chavín como fenómeno de las fases tempranas del estadio formativo, con el que lo interrelaciona pese a sus connotaciones diferentes. «Formativo», por ende, es un término que implica una interpretación funcionalista o evolucionista de las subdivisiones netamente cronológicas dentro de las cuales está incorporado. El problema reside en el hecho de que estas interpretaciones no se desprenden directamente de aquellas subdivisiones cronológicas, sino que revisten un carácter especulativo, ya que introducen elementos potencialmente «cronologizables», sin ofrecer los medios metodológicos para una correlación fundamentada. Este problema, evidentemente, se presenta por la abstracción extrema de los principios cronológicos en una especie de tiempo naturalizado. El tiempo se percibe como una caja vacua —el pozo de sondeo— solo poblada por una especie de moléculas flotantes —los tios de cerámica— que se ordenan automáticamente en sus «horizontes», que, en forma ideal, son «neutros» y, por ende, inafectados por interpretaciones gratuitas. La interpretación del Formativo de Willey —irrigación, papel fundamental de la religión, organización política relativamente simple, etcétera— concuerda básicamente con las de sus colegas e integra asimismo ideas de Larco y de Tello. Las diferencias terminológicas, por tanto, no afectan los esquemas cronológicos; pero confunden, ya que se asume que reflejan posiciones diferenciadas. Por otro lado, la diferenciación en dos o aun tres horizontes implica una subdivisión cronológica en la que el horizonte Chavín comparte su posición con otras «culturas», «fases» u «horizontes». Los diferentes sitios que merecen su ubicación dentro de este horizonte Chavín (Willey 1951) pueden variar en forma significativa en su posición de cronología relativa sin que se pueda comprender al detalle los motivos de estas divergencias.

Esta situación algo confusa se prolonga hasta la intervención de Rowe a inicios de la década de los cincuenta. Él se propone sistematizar la cronología a partir, como antes, del material de Uhle. Gracias a su formación como arqueólogo clásico, su metodología es mucho más precisa y transparente. No es, sin embargo, un enfoque completamente nuevo. En vez de una plétora de términos, propone una cronología



simple de períodos intercalados por horizontes, así como dejar de usar términos como «estadios», ya que se basan en la premisa de una uniformidad cultural, por lo que basta entender una secuencia para «interpolarla» con otras desconocidas «en la esperanza de recibir algo sin dar nada». Para evitarlo, postula que «períodos» deben ser unidades de contemporaneidad basadas en principios de similitud —definidos por combinaciones de rasgos— y asociaciones como, por ejemplo, cerámica entera de contextos funerarios que se ordenan por seriación. De este modo elabora sus secuencias de Paracas (estilo Ocucaje) y de Nasca. Estos contextos solo en forma excepcional provienen de excavaciones; más a menudo, se trata de material de colecciones e informaciones de coleccionistas. Si bien Lanning y otros destacan el valor de estratigrafías controladas, se mantiene la tendencia de excavar en conchales como Ancón que, a partir de Lanning, se convierte en una especie de taller para la elaboración de tesis (Matos 1962, 1968; Rosas 1970; Scheele 1970). Se debe a Rowe, en cambio, un concepto más complejo de horizonte en el sentido de aceptar estilos diferentes, una diversidad estilística en vez de una esencial homogeneidad cuyos rasgos compartidos permiten establecer contemporaneidad.

Aplicado este concepto a Ancón, el material «uniforme» de Willey está subdividido en una cantidad creciente de fases que llegan a su extremo con las excavaciones de 33 pozos por Patterson, entre junio y septiembre de 1967. Patterson diferencia cinco estilos subdivididos en fases: La Florida —el más temprano en vez del más tardío de Lanning (véase arriba)—, con tres fases, que cuenta con fechados  $^{14}\text{C}$  alrededor de 1200 a.C.; Colinas, también con tres fases; Malecón, con una fase —¿correlacionado con Ocucaje 1?—; el estilo Balta, con tres o cuatro fases —¿épocas 3 ó 4 del Horizonte Temprano?—, y finalmente Abtao, con ocho a diez fases (Patterson 1968). O sea, se trata de un total de 18 a 21 fases para el Período Inicial y el Horizonte Temprano, lo que significa una «resolución» de unos 50 a 60 años por fase. Lamentablemente, todo este material se mantiene inédito; las tesis inéditas son de difícil acceso. La poca congruencia entre los esquemas cronológicos, sin embargo, implican que la aplicación del concepto de horizonte de Rowe resulta difícil (véanse las críticas de Tellenbach 1998, capítulo III).

En esos esquemas, a los que se suma el de Rowe, Menzel & Dawson, las «influencias» Chavín se insertan entre un pre-Chavín (Período Inicial) y un post-Chavín; las fases de influencia Chavín, junto con las fases post-Chavín, conforman el Horizonte Temprano ya que, en el caso de Ica, la cerámica del Período Inicial queda indefinida. Mientras que Lanning trata de mantenerse en el ámbito del análisis cerámico, Rowe vincula la secuencia de Ica con una secuencia relativamente simple del arte lítico de Chavín de Huántar, cuya correlación con un estilo cerámico muy lejano no convence del todo y presenta el peligro de una argumentación circular.

En general, por tanto, surge la impresión de que el estilo Chavín, en sus diferentes expresiones e interpretaciones, no ayuda en la definición de la cronología relativa —y absoluta—, sino que la complica. No hay consenso acerca de una contemporaneidad supra regional de su aparición en las diferentes secuencias estratigráficas o seriaciones estilísticas, ni de la duración de este «fenómeno», pues no se define el carácter de la «influencia Chavín» en cada uno de los casos en los que se postula su existencia. Tampoco se sabe cuál es el grado de estas «influencias» al lado de otras evidencias que carecen de ellas o que se caracterizan por otros estilos diferentes. El propio concepto de Horizonte Temprano se presenta como un conglomerado de estilos —«chavines» o no «chavines»—, cuya diversidad y duración total se acerca más a lo que Rowe define como «período».

Cabe preguntarse si este desarrollo, en la definición de la cronología temprana, llega a su culminación con la propuesta de Rowe o si hay avances o propuestas alternativas y significativas durante las casi cinco décadas que siguen. Para estos fines, es preciso cambiar el estilo de la discusión de seguir básicamente un programa de investigaciones que enfoca el problema de origen y del desarrollo temprano, llevado a cabo por arqueólogos japoneses desde 1958 hasta la fecha: o sea, un total de cincuenta años o más de la mitad del total de las investigaciones realizadas acerca del problema.

## CAPÍTULO II

### LOS ESTUDIOS JAPONESES SOBRE EL FORMATIVO (1958-2008)

A menudo, la presencia de estudiosos extranjeros en el Perú con interés en el pasado material del país se remonta a tradiciones longevas. En el caso de los norteamericanos, se inicia con Ephraim G. Squier (1821-1888), quien llegó al Perú en 1863 (Squier 1877); y en el de los alemanes, con Alexander von Humboldt (1769-1848), quien estuvo en el Perú en 1802, aunque se percibe una presencia alemana mayor durante la segunda mitad del siglo XIX (Núñez & Petersen 2002; Kaulicke 2000 b, en prensa a). Algo parecido sucede con los franceses (Riviale 2000). El caso de los japoneses, en cambio, es diferente: ellos irrumpen en la escena de modo inesperado y sin antecedentes. Como esta ausencia de antecedentes podría llevar a la impresión de que ellos incursionen en territorio ajeno, desde conceptos de arqueología extraños a los aceptados en el Perú, es preciso iluminar este aspecto al esbozar el desarrollo de la arqueología del Japón, esencialmente en el lapso correspondiente al que fue desarrollado en el capítulo anterior.

#### 1. BREVE ESBOZO DE LA ARQUEOLOGÍA DEL JAPÓN

Los japoneses manifiestan un gran interés por su pasado, lo cual no es un fenómeno moderno, sino que se remonta al inicio del siglo VIII, cuando aparecen las primeras obras historiográficas, el *Kojiki* [Registro de cosas antiguas] en 712 (Philippi [editor] 1968) y el *Nihon Shoki* [Anales del Japón] en 720 (Aston [editor] 1972). Ambas emulan una tradición analítica china que se remonta a siglos antes de la era cristiana. Gracias a menciones en obras chinas y coreanas, como el *Samguk Sagi*, con partes que cubren los siglos IV a V, se pueden controlar los datos contenidos en estas obras japonesas y llegar hasta el primer siglo a.C. (Dinastía Han del Oeste), cuando se cuenta con los primeros contactos documentados sobre los Wa, como se llamaba a los japoneses hasta el siglo VII. Durante los períodos Nara (646-794) y Heian (794-1185), también hay referencias a restos materiales del pasado sin relacionarlos con pueblos

históricos reales. Solo a partir del período de los Tokugawa o Edo (1603-1868) se puede hablar de un interés regular en los restos prehistóricos, cuando Arai Hakuseki (1656-1725) coleccionó espadas y puntas de flecha y las reconoció como tales y, por tanto, como fuente histórica. Más importante fue To Teikan (1731-1798), quien publicó una obra llamada *Shokohatsu* (1791), en la que describe la vestimenta de los *haniwa* —figurinas de túmulos funerarios del período Kofun— y la compara con la coreana de su tiempo, para concluir que los fundadores de la línea imperial japonesa eran coreanos. Sugae Masumi (1754-1829) se interesó e ilustró la cerámica prehistórica, que provenía de un famoso sitio temprano, Kamegaoka, del que ya existen referencias desde 1623. Masumi asume que fueron producidas por los ainus (véase abajo). Otro «naturalista» importante fue Kiuchi Sekitei (1724-1808), cuya obra *Unkoshi* (1773-1801, en varias secciones) ilustra fósiles y rocas, artefactos líticos con medidas y proporciona descripciones y el registro de su distribución, a partir de lo cual los atribuye a los ainus (Bleed 1986). Si bien hubo reflexiones sobre el carácter y el origen de los japoneses desde una perspectiva europea ya desde el siglo XVI (Kreiner 1993), un empuje decisivo se debe al alemán Philipp Franz von Siebold (1796-1866), quien llegó al Japón en 1823 como médico e investigó sobre fauna y flora, historia, costumbres, religión y lengua, además de coleccionar material arqueológico. Siebold mantuvo contacto con el danés Christian J. Thomsen (1788-1865), quien publicó un libro importante bajo el título *Ledetraat til nordisk oldkyndighed* (1836) [Guía de la antigüedad nórdica], en el que plantea una subdivisión en Edad de Piedra, Bronce y Hierro, sobre la base de material arqueológico. Siebold anima a Thomsen y al director del museo que luego se llamará Musée de l'Homme, en París, a organizar exposiciones sobre Japón en sus museos con el material coleccionado por él, con lo cual Siebold y su colección se ubican en el origen de los museos de antropología en el mundo entero. Siebold publicó una obra extensa bajo el título *Nippon. Archiv zur Beschreibung von Japan und dessen Neben- und Schutzlaendern Jezo mit den südlichen Kurillen, Sachalin, Korea und den Liukiu-Inseln* [Nippon. Archivo para la descripción de Japón y de sus países vecinos y protectorados Yezo (Hokkaido), las Islas Kuriles del sur, Sajalín, Corea y las Islas Ryukyu] (1832-1854), en el que utiliza la periodificación de Thomsen y compara material arqueológico con material etnográfico (Kreiner 1980; Sahara 2004b, pp. 491-491).

En 1868, se estableció la restauración de Meiji y con ella comenzó una decidida apertura hacia el Occidente, que facilitó la incursión de investigadores extranjeros. El gobierno estimuló el estudio de las antigüedades e intentó promulgar una legislación para su protección y el establecimiento de un museo nacional. Dentro de esta línea se encuentra Takahira Kanda (1838-1898), ya influido por ideas europeas no especificadas. Otro coleccionista fue Bunko Negishi (1831-1902), un hacendado

acomodado que debe de haber excavado en forma sistemática para obtener sus piezas y quien, asimismo, trató de desarrollar un sistema para estudiar los objetos de su colección (Bleed 1986, p. 64).

Heinrich von Siebold (1852-1908), un hijo de Philipp Franz von Siebold, llegó al Japón en 1869 y se dedicó a investigaciones arqueológicas. Mantuvo contactos con el Museo Nacional de Dinamarca y con su director, Jens Jakob Asmussen Woorsae (1821-1885). Woorsae fue uno de los arqueólogos más eminentes de Europa de su tiempo y logró avances importantes en cuestiones de nomenclatura, tipología y difusión. Su obra más importante es *Danmarks Oldtid ophyst ved Oldsagar og Gravhøie* [Los tiempos antiguos de Dinamarca a través de sus sagas y túmulos funerarios], publicada en 1843. Entre sus múltiples méritos, destaca el hecho de haber sido el primero en reconocer el carácter artificial de los conchales. Woorsae transmitió este conocimiento a Siebold, quien le respondió al primero que había excavado un conchal en 1877, lo que está confirmado, en parte, por la donación de artefactos líticos «de conchales entre Tokio y Yokohama» al Museo Nacional de Dinamarca en 1880. En 1879 publicó un trabajo en Berlín: *Notes on Japanese Archaeology with Special Reference to the Stone Age*, en el cual interpreta los conchales como lugares de devolución ritual (*okuriba*) y se refiere a los ainus. En el mismo año, el *Abriss der Archäologie* [Compendio de la arqueología] se publica en versión japonesa; contiene referencias a la arqueología europea del mismo autor. Este libro se convirtió en el sostén de los científicos japoneses del siglo XIX (Kreiner 1980; Sahara 2004b, p. 492).

Pero estas relaciones y antecedentes no son muy conocidos, por lo que se suele tomar por dado que el norteamericano Edward Sylvester Morse (1839-1917) es el fundador de la arqueología moderna en el Japón. Se trata de un zoólogo sin conocimientos previos sobre el Japón, que llegó en 1877 y logró un contrato de la recién inaugurada Universidad Imperial de Tokio. Durante un viaje en tren entre Tokio y Yokohama, observó un conchal cortado en Omori, donde excavó el mismo año de su llegada. Trabajó también en otros sitios durante los dos años siguientes y publicó sus resultados en 1879, bajo el título *Shell Mounds of Omori*. En este trabajo ilustra la cerámica y reconoce su decoración predominante como «lines being cord-marked». En 1886, Kotaro Shirai tradujo este término como *jomon doki* ('cerámica con decoración en patrón de impresiones de cuerda') (Kidder 1968, p. 7), que hasta ahora es el término del período (Jomon) que sigue al Paleolítico, pero se usaron muchos términos diferentes hasta 1940 (Kidder 1968, p. 11).

Es preciso mencionar a otros extranjeros. El alemán Edmund Naumann estableció los fundamentos de la geología del Japón durante su estadía entre 1875 y 1885. Excavó algunos conchales y apoyó a Siebold. El vulcanólogo inglés John Milne (1850-1913) estuvo en el Japón entre 1876 y 1894, excavó algunos contextos

funerarios en Hokkaido y trató de calcular la edad de los conchales a partir de su distancia desde la línea costera actual: propuso 2600 años para Omori. Otro inglés, William Gowland (1843-1922), se interesó en los túmulos funerarios (*kofun*), y midió y documentó unos 130 de ellos —su colección se encuentra en el Museo Británico de Londres—. Finalmente, ha de mencionarse a Neil Gordon Munro (1863-1942), un médico escocés que excavó al seguir las capas estratigráficas y descubrió restos de viviendas, con lo que se adelantó a las prácticas arqueológicas modernas por mucho tiempo. En 1911, publicó *Prehistoric Japan*, de 705 páginas, que se convirtió en la referencia estándar durante casi medio siglo (Kidder 1975, pp. 22-23). Munro, además, destacó como etnógrafo al estudiar los ainus, con quienes vivió durante mucho tiempo (Munro 1962).

En 1884, Shogoro Tsuboi, Kotaro Shirai y otros fundaron la Asociación Académica de Antropología. Se centraron en problemas de origen en torno a dos hipótesis: la de los Koropok-guru —habitantes anteriores a los ainus, según sus tradiciones orales—, o sea una población originaria de «pre-ainus», favorecida por Tsuboi; y la hipótesis ainu, con los ainus como habitantes primigenios, sostenida por Shirai (Nishimura 1986, p. 421). La arqueología se estableció como disciplina académica con la creación de una cátedra de antropología en la Universidad Imperial de Tokio, con Tsuboi de catedrático, en 1893. Tsuboi (1862-1913) es considerado el padre de la antropología japonesa, en lo que el término antropología es entendido como arqueología. En 1895, se establece la Sociedad de Arqueología del Japón y durante el año siguiente aparece el primer tomo de la revista *Kokogaku zasshi* [Revista de Arqueología]. El sucesor de Tsuboi es Ryuzo Torii (1870-1953), quien combinó la etnografía con la arqueología al estudiar muchos pueblos en las regiones costeras del norte de Asia. Bajo su dirección, el Departamento de Antropología se ocupaba principalmente de investigaciones sobre Jomon, mientras que el Departamento de Arqueología se concentraba en los períodos Yayoi y Kofun o en la arqueología continental (Kidder 1968, p. 10). Torii publicó monografías etnográficas (véase Torii 1919 sobre los ainus de las islas Kuriles); su hipótesis ainu se establece firmemente después de la muerte de Tsuboi.

En 1916, Kosaku Hamada (1881-1938) creó el Departamento de Arqueología de la Universidad de Kyoto. Hamada, como Tsuboi antes que él, estudió en el extranjero. Fue a Inglaterra en 1913, donde estudió con Sir William Matthew Flinders Petrie (1853-1942), un famoso egiptólogo que ideó una seriación llamada *sequence dating*, sobre la base de material cerámico de casi tres mil contextos funerarios en Negade; una colección comparativa aún existe en la Universidad de Kyoto. Hamada también tradujo el primer tomo del sueco Oscar Montelius (1843-1921), *Die aelteren Kulturperioden im Orient und Europa I: Die Methode* [Los períodos culturales tempranos en

el Oriente y en Europa: el método], de 1903. Sobre esta base, Hamada se dedicó al esclarecimiento de la cronología de los túmulos funerarios (Período Kofun) (Kidder 1975, pp. 21-22; Sahara 2004b, p. 493).

Hikoshiro Matsumoto fue paleontólogo de profesión y ganó fama por haber excavado en estratos «naturales» en 1919; asimismo, se dedicó a la tipología de cerámica. Ichiro Yawata y Miyasaka Mitsuji excavaron viviendas en conchales en 1927. La arqueología de Kanto, una región que comprende las prefecturas de Gumma, Tochigi, Ibaragi, Saitama, Chiba, Tokio y Kanagawa en la parte oriental de Honshu central, avanzó mucho con el establecimiento del Instituto de Prehistoria por Kashiwa Oyama (1889-1969), en 1929. Oyama pudo resolver los problemas cronológicos mayores de la bahía de Tokio en poco tiempo (Kidder 1975, pp. 21-22). También estudió en Europa, en 1923, bajo la dirección de Hugo Obermaier (1877-1946) y Henri Breuil (1877-1961).

En 1938 se había establecido la cronología de la prehistoria de Japón a grandes rasgos, con la división de cultura del estilo Jomon (*jomon shiki bunka*), la cultura del estilo Yayoi (*yayoi shiki bunka*) y la cultura del estilo Kofun (*kofun shiki bunka*), a las que se suma el Paleolítico, en 1949. Desde 1959, este sistema fue reemplazado por Edad de Jomon (*jomon jidai*), de Yayoi, etcétera. Ello corresponde desde 13.000 hasta 2300 a.p. (antes del presente) para Jomon; siglo V a.C. hasta la primera mitad del siglo III d.C. para Yayoi (o inicio del siglo IX/VIII a.C.); y, para Kofun, desde la segunda mitad del siglo III hasta el siglo VII d.C. (Sahara 2004a, pp. 19-20).

En 1936, el poder militar ganó fuerza en el Japón e inició un régimen antidemocrático dominado por ideologías ultranacionalistas, poco antes de la guerra con China, que desembocó en la Guerra del Pacífico y terminó en 1945. Los arqueólogos e historiadores se veían obligados a aceptar estas ideologías sin crítica alguna bajo el peligro de ser encarcelados. En este ambiente se produjo el debate Minerva (febrero de 1936), cuyo foco fue el fin de Jomon. Mientras que varios pensaron que la cerámica jomon aún se produjo hasta el fin del período Kofun, Sugao Yamanouchi (1902-1970) defendió su tesis de un fin contemporáneo basado en criterios cronológicos. A diferencia de teorías anteriores de sustitución étnica —por ejemplo, ainas por japoneses—, se establecen hipótesis basadas en hibridizaciones, sobre todo una especie de «japonización». Por ejemplo, el etnólogo Masao Oka (1898-1982) propuso, en 1956, cinco complejos culturales étnicos. Oka había estudiado antropología en Viena antes de la guerra, por lo que sus ideas están fuertemente influidas por la *Kulturkreislehre* (Escuela de los Círculos Culturales). Oka postula: 1. una cultura matrilineal con cultivo de taro que se inicia en el Jomon medio; 2. un pueblo matrilineal, probablemente proveniente del sur de China y que poseía un idioma

austro-asiático, que cultivó arroz en seco, sobre la parte final de Jomon; 3. un pueblo matrilineal de origen norteño que hablaba un idioma altaico, con cultivo rotativo y con crianza de ganado, en el período de Yayoi; 4. un pueblo del tipo austronesio del sur de la China, con cultivo de arroz irrigado; y 5. una cultura peninsular (coreana) con patriarcado e idioma altaico, en el período Kofun (Hudson 1999, pp. 44-46). Para resolver el problema de recomponer su identidad, los hallazgos de Toro, un pueblo del período Yayoi con restos de campos de cultivo de arroz, implementos de madera y otros, excavado en 1943 y 1947, sirvieron de ejemplo para crear una imagen de ancestros pacíficos y trabajadores. La arqueología procesual que surgió en Estados Unidos a inicios de la década de los sesenta no tuvo mucho impacto en el Japón (Hudson 1999, pp. 47-50).

Antes de terminar con este excursus, ha de presentarse la tipología usada por los japoneses, en particular, la de la cerámica jomon. A Yamanouchi se le debe la cronología del Período Jomon. Leyó el mencionado libro de Montelius en idioma alemán y se guió por artículos de Max Ebert (1921-1929), publicados en el *Reallexikon der Vorgeschichte* [Enciclopedia de la Prehistoria], y, sobre todo, por el «Nordischer Kreis» —«Círculo Nórdico», en el sentido de la prehistoria de Suecia, Dinamarca y Alemania del Norte—, de Gunnar Ekholm (1927), que lo estimuló para postular la existencia de un Epi-Jomon en Hokkaido (Sahara 2004b, p. 493).

Antes de 1960, Yamanouchi publicó tres trabajos importantes: 1. *Iwayuru Kamegaoka doki no bunpu to Jomon shiki doki no shumatsu* [La subdivisión de la llamada cerámica del tipo Kamegaoka: su distribución y su significado cronológico], en la revista *Kokogaku* de 1930; 2. *Nihon enko no bunka* [La cultura japonesa de una antigüedad remota], en la revista *Dorumen* [Dolmen], en 1932; y 3. *Jomon doki keishiki no saibetsu to daibetsu* [Divisiones y subdivisiones principales de la cerámica Jomon], en la revista *Senshi Kokogaku* [Arqueología Prehistórica], en 1937. En la publicación de 1932, escribe lo siguiente:

Las diferencias entre toda la cerámica Jomon se deben a resultados mezclados de diferencias locales y cronológicas. No las veamos como representando una imagen correcta de la cerámica Jomon. En vez de citar una cerámica tras otra, establezcamos una unidad cronológica con la cual mostremos la diferencia local y cronológica organizándolas con el fin de amarrarlas en un sistema modelo. Este estándar nuevo nos permite atravesar el tópico comprendido como manufactura, estilo, decoración y temporalizar la transición de la cerámica [...]. Este estándar no se relaciona solo con el análisis de la cerámica, sino que hay muchos otros artefactos fuera de la cerámica Jomon que sirven de base para iluminar la transición de otros artefactos que no sería posible detectar por medio de una simple lista de ellos o de sus transiciones [...]. El desarrollo de la cultura de la cerámica Jomon puede esclarecerse por el siguiente



proceso y método. Primero, organizarla basándose en la clasificación en grupos, compilar datos cronológicos y distributivos para cada objeto, y revisarlos.

Ya se había llegado a una subdivisión de la cerámica, a partir de los trabajos precursores de Matsumoto en el conchal Kasori (desde Kasori E seguido por Hori-nouchi, hasta Kasori B), cuando Yamanouchi establece una secuencia de ocho tipos. En 1937, llega a una subdivisión cuya validez está vigente aún, con Inicial o *Jomon jidai soki* (cinco tipos), Temprano o *Jomon jidai zenki* (seis tipos), Medio o *Jomon jidai chuki* (tres tipos), Tardío o *Jomon jidai koki* (cuatro tipos) y Final o *Jomon jidai banki* (dos tipos), con lo cual distingue veinte tipos en nueve regiones. Posteriormente, se ha ampliado su sistema y ocurrió una profusión de tipos que llega a unos trescientos para todo el país (Imamura 1996, pp. 41-44; 2004, p. 125).

En 1957, Edward Kidder planteó una síntesis del período Jomon para todo el país, sobre la base de Yamanouchi y la nutrida literatura especializada en japonés. Actualmente se distingue entre Jomon Incipiente (15700-11250 a.p. [antes del presente, fechados calibrados]), Jomon Inicial (11250-7300 a.p.), Jomon Temprano (7300-5600 a.p.), Jomon Medio (5600-4550 a.p.), Jomon Tardío (4550-3240 a.p.) y Jomon Final (3240-2410 a.p.) (Okamura 2004, p. 72).

Yamanouchi no solo creó una cronología detallada para el noreste de Honshu, sino que demostró que cada tipo de esta región se correlacionó con otros en el Japón del oeste y del este. Su concepto de tipo (*keishiki*) representa una colección de vasijas de formas diferentes que se parecen en manufactura, detalles morfológicos y decoración; se basa en grupos de cerámica que comparten características y que ocupan una región durante un cierto lapso. *Keishiki* se refiere, en la transcripción, tanto a forma como a tipo, pero se escribe con signos diferentes; el término para «estilo» es *yoshiki*, que Yamanouchi no utilizó (Kobayashi 1992, p. 83). «Forma» se entiende como una clasificación basada en la morfología, relacionada con la función. De esta manera, para Jomon se distinguen vasos altos (*fukabachi*), con una altura que comprende más de dos tercios de la boca, y base cónica en la parte temprana; *asabachi*, platos anchos a partir de Jomon Medio; vasijas con vertederas («teteras» o *chuko tsuki doki*); «incensarios» (*koro gata doki*); platos con pedestal (*taka tsuki*); y platos tendidos (*sara gata doki*) para el Jomon Tardío y Final (Imamura 2004, p. 123). Otros términos son *daibetsu* («divisiones generales») y *saibetsu* («divisiones finas»; véase el arriba mencionado trabajo de Yamanouchi de 1937). En este sentido, *daibetsu* indica la demarcación de fases cerámicas como bloques absolutos y universales de tiempo: para Yamanouchi, se trata de sus subdivisiones citadas. *Saibetsu*, por tanto, se refiere a las subdivisiones de las unidades generales reconocidas (Barnes 1986, pp. 453-454). Yamanouchi tenía, además, algunas ideas originales sobre la decoración. Pensaba que

existen «cordones de decoración» (*monyō tai*) que son características específicas para cada tipo de cerámica. Estos cordones sobreviven a los tipos individuales y cambian: se subdividen o suprimen sobre tiempos prolongados (Imamura 2004, pp. 126-127, figura 23.1.). Yamanouchi, por tanto, como muchos otros investigadores de tipo o estilo, incluyendo a Montelius, favorecía la aplicación de la evolución darwiniana a la cronología arqueológica.

De todo ello se obtienen algunas conclusiones válidas para ser comparadas con la discusión de problemas cronológicos de la arqueología peruana analizados con anterioridad. En primer lugar, se trata del interés latente de los japoneses en su propio pasado a través de los vestigios materiales desde hace mucho tiempo, como en el Perú, aunque superan en mucho los límites impuestos del temprano siglo XVI en el caso del último. Sorprende la relación relativamente estrecha entre los primeros prehistoriadores europeos de primera línea —como Thomsen y Woor-sae— y los investigadores en el Japón, que parece mantenerse por medio de estudios de arqueólogos japoneses en Europa o de la lectura de sus obras principales. Por ello, no extraña que la cronología, sobre todo la del período Jomon, se parezca al método usado en Europa del centro y del norte. Otro paralelo es el estudio de los conchales que no ha perdido su relevancia en el Japón actual. Estos constituyeron lugares preferidos de excavación de los norteamericanos en el Perú (Guañape, Supe, Ancón, Curayacu). Pese a la presencia de Uhle y de Kroeber, como descendiente de alemanes, este tipo de cronología nunca se estableció en el Perú hasta el extremo de eliminar la tipología por influencia de Rowe, quien fue el único de los «peruanistas» con conocimiento profundizado de la arqueología y de su historia en Europa. Debe constatar, sin embargo, que su actitud se debía a su malestar por la aplicación poco apropiada de la metodología empleada. De esta manera, términos como *estratigrafía*, *asociaciones*, *tipología* y *cronología* no tienen los mismos significados en el Japón —o en Europa central o del norte— que en el Perú. De particular importancia es un sentido arraigado de un «regionalismo» en el Japón: la necesidad de analizar el material en términos de localidad o región como entidad geográfica y cultural claramente demarcada, que también tiene sus paralelos con la arqueología europea. Por otro lado, la arqueología practicada por los japoneses no es una copia de modelos europeos, sino que posee muchos rasgos propios, a veces difíciles de comprender por las barreras del idioma, ya que prácticamente todo se publica en japonés, una actitud que está cambiando paulatinamente desde hace poco. La otra barrera es la discusión longeva acerca de los orígenes que, de nuevo, invita a comparaciones con el Perú.

Como se vio, en las discusiones sobre los orígenes los ainus juegan un papel central. Se trata de una minoría étnica con características biológicas, lingüísticas

y culturales diferentes de las japonesas. Las relaciones entre ambos fueron tensas durante su extensa historia de controversias en las que los ainus resultaron perjudicados. Habitaban Hokkaido, Sajalín y las islas Kuriles, así como la parte norte de Honshu (Tohoku), y se los relacionaba con los emishi o ebisu, considerados bárbaros al estilo chino por los japoneses. Pero eran tomados también como bárbaros de acuerdo con la concepción europea, en el sentido de retrasados, faltos de inteligencia, peludos casi como animales, etcétera, con otras palabras más como parte de la naturaleza que de la cultura, esta última representada por los japoneses (sobre los ainus, véase Fitzhugh & Dubreuil [editores] 1999), aunque no faltaba una idealización de ellos como salvajes nobles (Kreiner 1993). De este modo, no es de sorprenderse que se los considerara una especie de «fósiles vivientes», inalterados desde épocas remotas. André Leroi-Gourhan (1911-1986), un destacado prehistoriador francés que visitó Hokkaido en 1938, llegó a comparaciones de este tipo a través de estudios propios (Leroi-Gourhan 1989). Los japoneses, en cambio, tenían que haber llegado desde otras partes, lo que se relacionó, también de forma comprensible, con los paralelos entre objetos de origen foráneo en los períodos Yayoi y Kofun; ello condujo a hipótesis de migraciones desde el continente. Estos inmigrantes paulatinamente desplazaron a los ainus hacia el norte, hasta que se los captó en tiempos históricos. El Jomon, por tanto, se mantiene durante más tiempo en el norte, cuando más al sur ya había sido reemplazado por otra cultura material y por otra «raza». Es evidente que estas hipótesis están teñidas de intereses políticos, por lo que cambian en el tiempo (para una discusión exhaustiva, véase Hudson 1999). Actualmente, Jomon ha salido de su imagen de retraso inamovible para convertirse en una visión romántica de una armonía idílica con la naturaleza, como anhelo ansiado del hombre moderno estresado (véase Hudson 1999, 2003). Por otro lado, es evidente que los ainus, en su carácter moderno, existen solo desde el inicio del siglo XIII, hasta 1870. Durante este tiempo eran actores activos en conexiones comerciales de larga distancia entre la China, pueblos de Siberia y los japoneses (Hudson 1999, capítulo 8).

Es evidente, como se señaló en el capítulo anterior, que el problema de origen es de importancia fundamental para los arqueólogos peruanos. Si bien los uros del lago Titicaca y los primitivos pescadores de la costa del Pacífico que compartían una cultura material parecida concordarían *sensu lato* con la visión de los ainus en el Perú, sobre todo en el concepto de Uhle, este origen en lo primitivo parece incomodar a Tello y a Larco, como a los demás arqueólogos peruanos que los siguen. Prefieren silenciar o ignorar un tiempo anterior a las culturas más esplendorosas, por lo que la mera aparición de ellas carece de causas convincentes. Según Tello, la complejidad social y cultural aparece casi como milagro en la base de todo el territorio vasto del

Perú actual y de sus países vecinos, sin distingo racial, idiomático o cultural. No se prevé, por tanto, migraciones, desplazamientos o hibridizaciones, sino una unidad inexplicada cuyo razonamiento reside más en argumentos políticos que arqueológicos. Es precisamente el interés en dilucidar el problema de la emergencia y la formación de las civilizaciones andinas el que trae a los investigadores japoneses al Perú.

## 2. LOS INICIOS (1958-1960)

El citado Torii llegó al Perú en 1937 y contactó a arqueólogos como Tello, en Cerro Sechín, y Larco Hoyle, en Chiclín. Luego usó los conocimientos adquiridos para dictar sus clases en la Universidad de Tokio y se quejó del desinterés hacia este tema en el Japón. Después de la Segunda Guerra Mundial, en 1954, se creó un nuevo departamento en esta universidad, el de Antropología Cultural, con lo que se separó de los de Antropología y Arqueología. Su primer jefe fue Eiichiro Ishida (1903-1968). Seiichi Izumi, Toshihiko Sono, Taryo Obayashi, Kazuo Terada y Chie Nakane formaron el equipo del departamento. Entre las tareas y metas nuevas, se le presentó a Seiichi Izumi (1915-1970) la posibilidad de ir a Brasil. Siguiendo el ejemplo de Torii, también se fue al Perú, donde se reunió con Yoshitaro Amano (1898-1982), un hombre de negocios y coleccionista entusiasta quien lo convenció de trabajar en el Perú. Luego Izumi ganó experiencia al llevar cursos con Willey (véase Capítulo I), en Harvard. Ya se había establecido un proyecto en Irak y se decidió organizar otro para comparar el origen de las civilizaciones entre el Viejo y el Nuevo Mundo (Onuki 2000 b, pp. 155-156, 2002, pp. 57-59; Ishida *et al.* 1960, p. 407).

En junio de 1958 arribó la expedición a Lima, bajo la dirección de Eiichiro Ishida (etnología y arqueología), acompañado por Koichi Aki (geodesia), Taiji Yazawa (climatología), Seiichi Izumi (arqueología y etnología), Hisashi Sato (geomorfología), Iwao Kobori (geografía humana), Kazuo Terada (antropología física y arqueología) y Taryo Obayashi (etnología y arqueología). Por parte de los peruanos, participaron Toribio Mejía Xesspe (codirector del proyecto), Julio Espejo Núñez y Cirilo Huapaya, todos del Museo Nacional de Antropología y Arqueología y antiguos colaboradores de Tello, así como los estudiantes Rosa Fung, Luis G. Lumbreras, Hernán Amat Olazábal y Alberto Cheng Hurtado, de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Ishida *et al.* 1960, p. 408). La tarea impuesta consistía en un recorrido extensivo en costa y sierra del Perú, Chile y Bolivia, que se llevó a cabo en el lapso de cinco meses. En 1960 salió el informe de los trabajos, en un tomo de 527 páginas. La primera parte, un poco más de 400 páginas con muchas ilustraciones, está escrita en japonés; el resto, la traducción del texto, en inglés. Yazawa (1960) presenta un breve

resumen de la climatología, Sato (1960) lo hace sobre la geomorfología y Kobori (1960) sobre el papel de la irrigación. La monografía termina con dos apéndices, uno sobre análisis químicos de objetos de cobre y de bronce, escrito por Minato (1960), y otro sobre ocho fechados  $^{14}\text{C}$  (Kigoshi 1960). La parte central consiste en descripciones breves de los sitios registrados: 240 en costa y sierra del Perú, Chile y Bolivia, así como 173 sitios del departamento del Cuzco, ubicados por Manuel Chávez Ballón y no visitados por los japoneses. En cuanto a sitios tempranos, se describen Salinar, Barbacoa, Queneto, Guañape, Cerro Prieto, Ipuna, Cerro Blanco, Punkurí, Las Salinas, Cerro Sechín, Sechín Alto, Sechín Bajo, Las Haldas, Huaricanga, Puerto Supe, Áspero, Curayacu, Asia, Paracas, El Chucho, Teojate, Mollake, Kotosh, Shillacoto, San Blas, Chavín de Huántar, Pumakayan, Kuntur Wasi, Yarinacocha y Chiripa. Para Ipuna, Cerro Blanco, Punkurí y Cerro Sechín, se publican fotos en las que se perciben detalles de las excavaciones de Tello (Ishida *et al.* 1960, pp. 176, 180, 184-186). Por lo general, estas descripciones son muy breves. En cuanto a Kotosh, mencionan fosas con *stone piling* o, más correctamente, restos de muros, así como una cerámica de superficie y otra de una colección en la escuela de Huánuco que pertenece a «Classical Chavin, Chavinoid, Haldas, and white-on-red types [...] stratigraphical relations may be made clear by future excavations» (Ishida *et al.* 1960, pp. 294-295, 472). Izumi, Espejo y Lumbreras visitaron el sitio (Lumbreras 1960, p. 138; Izumi & Sono [editores] 1963, p. 1). Curiosamente, se indica que Kotosh fue descubierto por Espejo Núñez en 1958, ya que Tello lo menciona a menudo (véase arriba y rectificación en Izumi & Sono [editores] 1963, p. 1), pero debe tratarse de una confusión con Gotush, otro sitio cerca de Chavín.

Dos sitios reciben mayor atención. El primero es Garbanzal, en el departamento de Tumbes (Izumi & Sono [editores] 1963, p. 101 [lámina en color], 115-120 [con 5 fotos y 10 dibujos de perfiles y cortes más 2 láminas con fragmentos de cerámica y vasijas enteras], 423-424 y plano 61 [fotos de cerámica]), donde se realizaron excavaciones. Estos resultados animaron a excavaciones posteriores en 1960, que, junto con este material, forman parte de una publicación monográfica posterior (Izumi & Terada [editores] 1966); Mejía Xesspe (1960) publicó más datos de la misma excavación de 1958, al estilo de Tello.

El otro sitio es Las Haldas (Ishida *et al.* 1960, p. 103 [lámina en color], 191-197 [con 5 fotos de sondeos y 65 fragmentos de cerámica], 444-447, plano 65 [fotos de cerámica]). Un informe más extenso, publicado por Matsuzawa en 1974 (véase su traducción al inglés en Matsuzawa 1978), reúne los resultados de 1958 y otros obtenidos en 1969. En la traducción no se presenta un plano del sitio y los estratos en los tres pozos de sondeo no concuerdan con precisión, ni se publican dibujos de los perfiles. Rosa Fung, quien había participado en las excavaciones bajo la dirección de

Izumi en 1958 (Fung 1972, p. 14), volvió a trabajar en el sitio en 1965, para publicar su tesis en 1972.

El trabajo de Ishida (Ishida *et al.* 1960) constituyó un gran avance, ya que los japoneses se propusieron conocer los sitios principales del país y dejaron abiertas las posibilidades para trabajar luego en Ecuador, Chile o Bolivia. Visitaron los sitios tempranos más conocidos de su tiempo, sin concentrarse enteramente en ellos, sin descuidar ni la sierra ni la selva donde llegaron a Yarinacocha, un complejo de sitios cerca de Pucallpa que poco antes fue trabajado por Lathrap, en la búsqueda de paralelos entre sus sitios y Kotosh al referirse a Tello (Lathrap 1958, p. 385). El extenso informe de los japoneses no cuenta con conclusiones o recomendaciones para trabajos futuros, salvo en las descripciones de algunos de los sitios visitados. Durante sus recorridos, los japoneses confiaron en la experiencia de arqueólogos peruanos maduros y jóvenes, lo que les resultó muy beneficioso. Estos recorridos son más completos que aquellos realizados por los norteamericanos, aunque no difieren mucho en el estilo de presentación. En asuntos cronológicos, aún dependieron de sus huéspedes, acompañantes y colegas extranjeros, lo que se refleja en ciertas incongruencias heredadas.

Antes de pasar a la campaña de 1960, que marcó un cambio decisivo gracias a las excavaciones en Kotosh, es preciso volver sobre los dos sitios más tratados durante el inicio: Las Haldas y Garbanzal.

### Las Haldas

Como ya se mencionó brevemente en el capítulo anterior, Las Haldas tuvo un papel importante en las reflexiones de Lanning y otros, con ligera anterioridad a la intervención de los japoneses y de Rosa Fung, en 1958. Engel y Lanning trabajaron en el sitio en 1957, después de que Engel lo hubiera descubierto un año antes (Engel 1957c, pp. 76, 86-87 [croquis], 87; 1958, pp. 76, 87, figura 4; 1970, p. 31). Él destaca las dimensiones considerables del sitio y la complejidad de la arquitectura, así como un componente no bien definido de ocupaciones precerámicas, y postula que la arquitectura principal pertenece a un horizonte con cerámica. En 1958, Lanning utiliza la cerámica para crear un complejo anterior a Chavín, por lo que Las Haldas corresponde ahora al Período Inicial (véase Fung 1972, pp. 13-22). Fung trabajó ahí en 1965 y sus resultados son los más detallados y cronológicamente más ilustrativos de todo lo que se ha publicado sobre el sitio. En su tesis publicada describe minuciosamente la estratigrafía y la ilustra en dibujos y fotos (Fung 1972, pp. 32-60). Sobre estos datos, distingue un Período Precerámico, seguido por fases cerámicas 1, 1/2, 2, 3 y 4. En su Cuadro I (Fung 1972, p. 181, «Secuencia estratigráfica de Las Aldas y sus relaciones temporales»), correlaciona Las Haldas 1 con la parte tardía

de Guañape Temprano y Ancón 1; Las Haldas 2 corresponde a Ancón 2, Curayacu 1 y parte de Guañape Medio; Las Aldas 3 va con Curayacu 2, Colinas 1 y la parte tardía de Guañape Medio; Las Aldas 4, finalmente, es contemporáneo con Colinas 2 o Ancón 3, Guañape Tardío, Cupisnique Medio y Cementerio Áspero. En esta lógica, las primeras tres fases de cerámica corresponden al Período Inicial y la última al «complejo Chavín». Con las descripciones claras tanto de la cerámica como de los restos no cerámicos, la secuencia de Las Haldas es una de las mejor documentadas de la costa, aunque los totales del material recuperado, en particular de los tiestos decorados, son muy bajos, con la excepción de las fases 2 y 3.

En 1970, Engel presenta un mapa con la distribución de los sitios de la zona de Las Haldas, un plano general bien elaborado, pero mal publicado, arquitectura de sitios precerámicos, un perfil general, uno de excavación, otro perfil de la arquitectura monumental y nueve láminas con cerámica (Engel 1970, figuras 1-13, láminas I-X). Este material es muy importante, pero el texto que lo acompaña no ayuda a aclarar la secuencia expuesta, ni las intervenciones llevadas a cabo en el sitio y otros alrededores, así como la procedencia exacta de la cerámica. Esta se presenta en especímenes más completos que los publicados por Fung, en particular botellas y platos con base plana y paredes divergentes. A juzgar por la figura 4, reconoció varias ocupaciones precerámicas (600-640), una «pre-Chavín» (500), otra «mixta, pre-Chavín y Chavín» y un «Gran basural suelto; época Chavín; contiene canastas» (400) (véase también Grieder 1975, figura 5).

Terence Grieder llevó a cabo otro trabajo en Las Haldas, entre el 31 de octubre y el 11 de noviembre de 1967; los resultados resumidos se publicaron solo en 1975. Se trata de un proyecto auspiciado por el Instituto de Agricultura Precolombina de la Universidad Agraria La Molina y por Engel, su director. Participaron miembros del instituto en el trabajo de campo. De este modo, Grieder pudo usar material ya publicado por Engel (1970), como cortes de Bernadino Ojeda (Engel 1970; compárese su figura 4 con Grieder 1975, plano XL, así como Engel 1970, figura 3 y Grieder 1975, plano XXXIX). Los planos generales de la arquitectura varían en una serie de detalles: el de Grieder parece ser más simple (Engel 1970, figura 2 y Grieder 1975, plano XXXVIII). Las excavaciones no indicadas en el plano y solo descritas brevemente en una nota a pie de página cuentan con cuatro fotos parciales en vez de dibujos de perfiles o muros o contexto (Grieder 1975, láminas XLII-XLIV). Esta escasez de información gráfica dificulta la lectura del texto explicativo destinado a aclarar la secuencia constructiva del sitio. Dicha secuencia se resume en: 1. Fases constructivas hipotéticas del Período Precerámico que termina en 1650 a.C.; 2. Construcciones de piedras canteadas y mortero de tierra arcillosa y pisos del mismo material (1650 a 900 a.C.); 3. «A brief period, perhaps no more than ten years (900-890), during

which a hard gray-white “concrete” was used for mortar»; y 4. Un período breve de abandono, seguido por otro con muros de una sola cara empleados en estructuras reducidas (880 a 500 a.C.) (Grieder 1975, p. 100). Lo más original del artículo es la descripción de los *architectural types*, lamentablemente sin la información gráfica debida. La cerámica solo cuenta con la información gráfica de una lámina de diecisiete perfiles sin indicación de la decoración, como la mencionada representación de un «felino Chavín» (Grieder 1975, pp. 104-105, 106, figura 11). Distingue tres estilos cerámicos. El más temprano presenta botellas con cuello ancho, ollas sin cuello y *garlands of zoned punching*, así como platos, algunos con restos de pintura post cocción (1630 a 1190 a.C.), que corresponde a la arquitectura más temprana. El estilo medio se caracteriza por ollas con bordes redondeados o biselados, cántaros con cuello vertical y bases redondeadas, y una botella de cuello angosto, así como figurinas (1190-900 a.C.); es un estilo comparable con la cerámica de Pallka. El tercer estilo (850 a 500 a.C.) muestra bordes biselados en ollas y botellas pulidas pintadas en rojo o negro metálico: «This later style at Las Haldas is a late Chavin style». Entre el segundo y el tercer estilo, sucede un hiato que sugiere un abandono y la llegada de otra población. Algo parecido ocurre entre el fin del Período Precerámico y el primer estilo cerámico (Grieder 1975, pp. 104-107). Resulta curioso que Grieder no haga referencia al material de Engel (1970).

Poco tiempo después, apareció otro equipo de japoneses, dirigido por Tsugio Matsuzawa (1974, traducido en 1978), quien realizó una serie de cateos en el sitio, en 1969, acompañado por Takeshi Ueno e Takura Izumi, hijo de Seiichi Izumi. Este aporte no contiene una presentación y discusión del material excavado, que debe de haber sido cuantioso a juzgar por la cantidad de los sondeos efectuados (Matsuzawa 1974, figura 4). Como en el caso de Fung, las excavaciones se concentran en la plaza circular hundida y en el patio rectangular hacia el sur. Matsuzawa propone una cronología relativa de cuatro fases: una inicial para la ocupación precerámica que no detectó en sus excavaciones, seguida por una «temprana» que forma la base del complejo, una «media» en la que se construye el templo y su ocupación original, así como una «tardía» que remodela el sitio. Enfatiza también los problemas en la interpretación de los pocos fechados  $^{14}\text{C}$  que no se resuelven en la perspectiva comparativa. Han de señalarse algunas divergencias entre el trabajo original de 1974 y la traducción (Matsuzawa 1978). No se publica una buena cantidad de fotos que demuestren detalles de la arquitectura expuesta en su mayoría (Matsuzawa 1974, planos 2.1-2.4, 3.1-3.5, 4.1-4.8, 5.1-5.6, 6.1-6.7, 7.1-7.6 y 8), por lo que las referencias en el texto se omitieron también. Matsuzawa termina su artículo al señalar la urgencia de realizar enfoques más intensivos y orientados hacia problemas específicos: «Field research based on simple, superficial clearing of rubble and/or small



scale test pit excavation is far from adequate for the achievements of our goals. In addition, there is a need to develop new field techniques to improve the recording of excavational progress and an overall organizational framework for field operations» (1978, p. 672).

Con posterioridad a los trabajos presentados, es preciso mencionar aquellos llevados a cabo por los esposos Sheila y Thomas Pozorski, quienes se han ocupado del tema de Las Haldas en varias publicaciones (Pozorski & Pozorski 1987, 1998, 2002, 2006). En su versión más reciente, ellos distinguen un período precerámico y otro inicial con dos fases en las que la arquitectura monumental adquiere su configuración definitiva. En la segunda de estas fases, proponen una expansión a otros sitios en Casma, como Bahía Seca y Sechín Alto. Para ello se basan en la cerámica punteada (Pozorski & Pozorski 1987, figura 10; 1998, figura 10; 2006: figura 7) y la arquitectura (Pozorski & Pozorski 2006, figuras 5, 6; 1998, figura 8b). Esta expansión, con sus respectivas interpretaciones de historias políticas, se justifica, según ellos, por dos estilos cerámicos paralelos, así como por dos estilos arquitectónicos. De acuerdo con estos datos, el «sistema político» de Las Haldas ocupa el complejo de Sechín Alto cerca de 1500-1400 a.C., luego de varias rebeliones durante la fase Moxeke B, que fueron suprimidas y cuyas victorias fueron conmemoradas en Cerro Sechín. El resultado se plasma en una nucleación y expansión arquitectónica del complejo que concuerda con la fase constructiva principal de Las Haldas, que se convierte en centro administrativo alrededor de 1400-1300 a.C. (fechados calibrados), como resultado de una reconfiguración de la economía y la política a causa de un «meganiño» (ENSO - El Niño Southern Oscillations) en aproximadamente 1400 a.C. En el curso de este desarrollo, el sistema político de Las Haldas domina el complejo Sechín Alto (Pozorski & Pozorski 2006, pp. 46-47). Las evidencias concretas para estas especulaciones no están presentadas fuera de ejemplos escasos, sin discusión de procedencia, tipo de contexto o muestras de los fechados utilizados. Las excavaciones de los autores citados son, al igual que otras anteriores, sondeos, aun en la misma zona donde trabajaron los japoneses y Fung (Pozorski & Pozorski 1987, figuras 6, 7, 9).

Al resumir la historia de los trabajos de Las Haldas, se percibe la deficiencia general ya señalada en el capítulo anterior, la documentación selectiva incompleta o aún inédita que dificulta una definición concreta de la secuencia y sus fases de ocupación y de construcción, con la excepción de Fung (1972). Si bien este último trabajo presenta la estratigrafía y el material asociado en detalle, el área muy reducida de sus sondeos no garantiza que su secuencia propuesta sea válida para todo el sitio. En general, llama la atención que no hay excavaciones documentadas en la arquitectura principal (el «cerro»), ni una documentación completa de su aspecto actual y de su formación, de cambios sucesivos, carácter de ampliación, etcétera. La cerámica se

limita a fragmentos reducidos que no dejan reconocer bien ni la morfología ni los patrones de decoración —con cierta excepción de los ejemplos publicados en Engel 1970—. En los trabajos de los Pozorski, la punteación es característica suficiente para la cerámica del sitio y su aparición en otros lugares. De este modo, las propuestas que concuerdan con la presencia de básicamente cuatro fases solo constituyen una aproximación general a la cronología de Las Haldas, que no parecen concordar bien ni en las características señaladas para cada fase ni en las duraciones absolutas basadas en los pocos fechados <sup>14</sup>C, sin indicaciones de su procedencia y de las asociaciones que supuestamente fechan. Las recomendaciones de Matsuzawa (véase arriba) lamentablemente no culminaron en su realización, tampoco por parte del propio autor. Parece que las expectativas frustradas de compararlo con la arquitectura precerámica de Kotosh y la muerte de Izumi están relacionadas con el cese de los trabajos japoneses en Las Haldas (Matsuzawa 1978, p. 653).

### Garbanzal y Pechiche

Queda por discutir el otro proyecto que constituye una continuación de la campaña inicial de 1958. En el prefacio de *Andes 3* (Izumi & Terada [editores] 1966, p. I), los autores señalan que hubo dos metas principales para la segunda expedición: excavaciones en Kotosh y en Garbanzal, ya que ambos pertenecen al período Formativo y no fueron investigados previamente. Garbanzal, además, revelaba conexiones importantes con el norte. Fumio Maekawa (botánica), Hisashi Sato (geografía), Naotsune Watanabe (antropología física), Kazuo Terada (antropología cultural) e Iwatsuka Shuko (estudiante del Departamento de Antropología Cultural de Tokio) viajaron a Tumbes después de las excavaciones en Kotosh, acompañados por Cirilo Huapaya. El tratamiento monográfico incluye estudios de geomorfología (Sato 1966), de botánica (Maekawa App. I, *A Sketch of the Vegetation in the Tumbes Region*, pp. 92-95), un informe de las excavaciones (Watanabe 1966) y, como parte central, la descripción y tipología de la cerámica y otros artefactos no cerámicos, para terminar con resúmenes del desarrollo cultural y sus relaciones con otras áreas (Izumi & Terada [editores] 1966, capítulos 3-7) de parte de Terada, Izumi y colaboradores. Después del hallazgo de un área funeraria en Garbanzal (Garbanzal I) durante la expedición de 1958, cuyas vasijas vuelven a ser presentadas y analizadas, no hubo resultados parecidos en 1960. Excavaciones en una terraza fluvial (Garbanzal II) revelaron una superposición de capas con y sin material cultural en la que cerámica temprana (Stratum R<sub>1</sub> [*San Juan Coarse Incised*]) se encuentra por debajo de otro (Stratum R<sub>2</sub>) (Izumi & Terada [editores] 1966, p. 9, figuras 2, 3, 4, 5).

En el sitio de Pechiche, unos diez kilómetros al sur de Garbanzal, se abrieron varias trincheras (Izumi & Terada [editores] 1966, pp. 20-25, figuras 7-9), en las que

se registraron 6 capas que contenían unos treinta mil tiestos. De estos, se seleccionaron 1.552 para someterlas a un análisis morfológico: se diferencian 20 formas de platos (D1-D20, Izumi & Terada [editores] 1966, figura 10), 11 de cántaros, una taza y 8 formas de compoteras (Izumi & Terada [editores] 1966, figura 11). Estas formas aparecen en sus cantidades respectivas en las capas registradas. Luego se pasa a las técnicas de decoración y, finalmente, se establecen los tipos, con Garbanzal como fase tardía y Pechiche como fase temprana. Se registran los siguientes tipos: *Garbanzal White-on-Red*, *G. White Slipped*, *G. Negative*, *G. Coarse*, *G. Three-Color*, *G. Unpainted*, *Pechiche White-on-Red Fine*, *P. White-on-Red*, *P. Red*, *P. Orange*, *P. Incised*, *P. Broad-Line Incised*, *P. Negative*, *P. Engraved* y *P. Unpainted*. Con esta clasificación y la distribución en los estratos registrados, se puede verificar una superposición de Garbanzal (estrato 1) y Pechiche (estratos 4 y 5), con los estratos 2 y 3 como transicionales. Después de comparar Garbanzal con evidencias en otros sitios, llegan a la conclusión de que comparte muchos elementos con Jambelí (Estrada *et al.* 1964) y con Guangala, los que corresponden al Período de Desarrollos Regionales del Ecuador, pero resaltan algunas diferencias. En cuanto a Pechiche, esta cerámica se parece a las fases de Chorrera y Tejar del Formativo Tardío del Ecuador, así como a Chavín en el Perú. El tipo *San Juan Coarse Incised*, estratigráficamente más temprano, se compara con Valdivia, Guañape y Ancón, pero la poca cantidad y la ausencia de contextos más significativos no permite mayores precisiones; por otro lado, su fechado muy temprano requiere evidencias más sustantivas. Para Izumi y Terada, la cultura Pechiche «turned out to be rather sensational» (1966, p. 87), ya que la interpretan como mezcla entre elementos de la cultura Chavín y de otros, con un predominio «ecuatoriano» con los que coinciden también en la cronología absoluta (850 a 370 a.C.). Si bien estos últimos no presentan problemas, la relación con el período Formativo peruano es más problemática:

Definite as the Chavin influence may be in the incised feline motif, many Chavin traits do not occur in the Pechiche culture; and, on the contrary, such pre-Florescent traits as negative painting, white-on-red and post-fired painting do occur. It will be safe to conclude that the Pechiche culture flourished in a period between the middle and late phases of the Formative and some elements of the pottery survived into the early Florescent period (Izumi & Terada [editores] 1966, p. 88).

La general presentación ordenada y apoyada por un amplio conjunto gráfico de mapas, perfiles, dibujos de cerámica en figuras y 42 láminas de fotos y de cerámica convierten el libro de Izumi y Terada en una contribución importante. Para el departamento de Tumbes, sigue siendo la única contribución a la secuencia temprana de esta zona. De nuevo surge el problema con la relación entre la cerámica

—en este caso, *Pechiche Incised*— (Izumi & Terada [editores] 1966, láminas 2.5-2.7, 9-17, 23.1, 24 y 28.7) y su supuesta relación con Chavín. Las tazas recuerdan formas cupisniques (véase Larco 1941, figuras 63 y 77), pero con características distintas (anchura, base anular); la decoración incisa y modelada se parece a algunos especímenes de Ñañañique (Chulucanas, en Piura) (Guffroy [director] 1994; Kaulicke 1998), sin que sean lo suficientemente cercanos para construir contactos, impulsos o fenómenos relacionados. Las conexiones con Chorrera, en cambio, son más convincentes.

Lamentablemente, la ausencia de contextos claros y la estratigrafía intercalada con estratos estériles limitan la solidez cronológica deseada. En este sentido, vuelven a encontrarse las limitaciones de los trabajos previos de los norteamericanos que no se preocuparon mayormente por estos defectos. Ambos proyectos, el de Tumbes y el de Las Haldas, por lo tanto, no se apartan mucho de lo conocido o tienen que insertarse en esquemas que no se caracterizan por definiciones precisas de estilo, tipología y cronología tanto relativa como absoluta. En el caso de Tumbes, se trata, además, de una zona limítrofe que, al igual que su contraparte ecuatoriana —las provincias de El Oro y Loja—, no gozan de un interés destacado en su arqueología, por lo que Burger llamó a esta zona «buffer zone of ignorance» (2003, p. 468). En este sentido, y en vista de los resultados obtenidos en Kotosh, no sorprende que ninguno de los dos proyectos fuera continuado.

### 3. KOTOSH (1960, 1963 Y 1966)

La segunda expedición científica a los Andes de la Universidad de Tokio (1960) ya tuvo a Seiichi Izumi como jefe y, en esta posición, quedó al mando de otras tres expediciones más hasta un año antes de su muerte, en 1970 (Kaulicke 2005 a, p. 29). De ahí que su nombre esté íntimamente ligado al extraordinario sitio de Kotosh, sobre el que se publicaron dos monografías, la segunda póstuma (Izumi & Sono [editores] 1963; Izumi & Terada [editores] 1972). Figura también, ya después de su muerte, como coautor de un informe extenso sobre Shillacoto (Izumi *et al.* 1972) y presentó los resultados de las excavaciones de Kotosh en la *Dumbarton Oaks Conference on Chavin*, en octubre de 1968 (Izumi 1971). Otro trabajo, en japonés, se publicó en 1967 (Izumi & Matsuzawa 1967). Kano (1979) presentó más material de Shillacoto, Onuki (1993, 1999) agregó datos inéditos sobre Kotosh y sitios excavados en la misma área y Tsurumi (1994) presentó su tesis sobre Paucarbamba y Sajarapatac, también en japonés. Yuichi Matsumoto hizo su tesis de maestría sobre Shillacoto y Wairajirca (Matsumoto 1998 y 2000) (Figura 9).

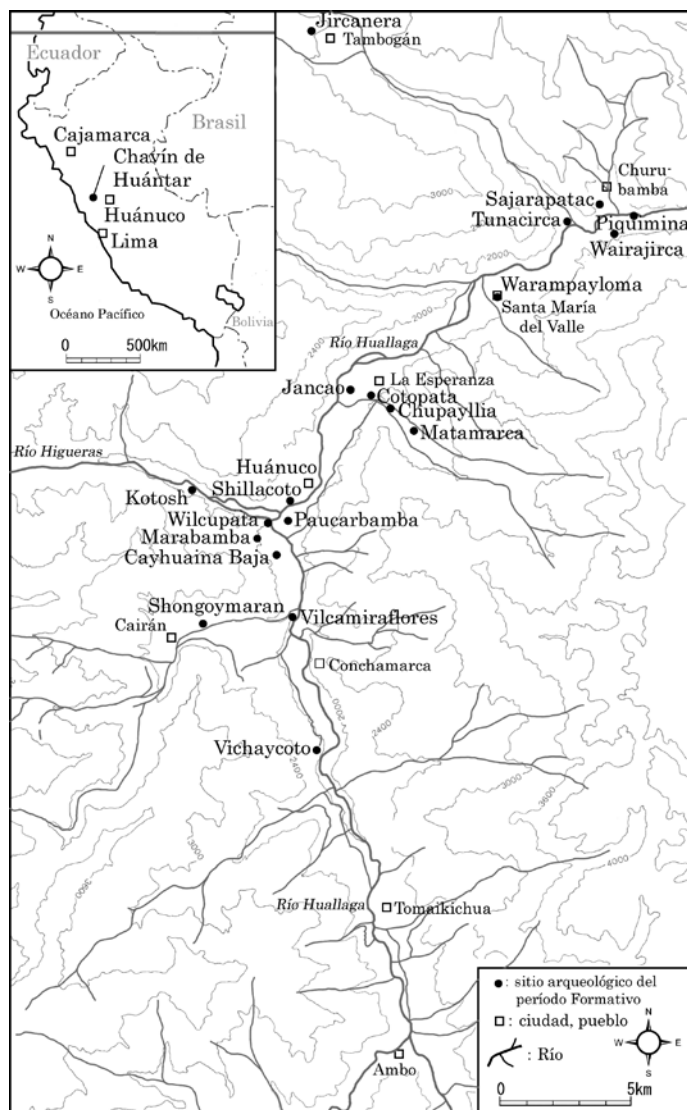


Figura 9. Sitios arqueológicos del área de Huánuco, cuenca del Huallaga. Mapa: E. Tsurumi.

De este modo, un sitio ya conocido por Tello pero interpretado de maneras variadas por autores posteriores (véase el primer capítulo) se convierte en el mejor documentado de su tiempo. Su importancia extraordinaria reside en su naturaleza, ya que se asemeja a un *tell* en Mesopotamia, en el sentido de superposiciones frecuentes de ocupaciones en forma de arquitectura residencial o pública sobre una serie de niveles. Kotosh no es el único sitio del área que muestra estas virtudes, sino

que existen varios otros, entre ellos Shillacoto (Izumi *et al.* 1972; Kano 1979) y Wairajirca (Onuki 1993 y 1999). Estos sitios no fueron excavados por medio de sondeos —como los conchales o sitios con arquitectura monumental de la costa—, sino por área, lo que permite precisar el carácter de la arquitectura, la interrelación de las estructuras y las modificaciones que permiten reconocer diferencias diacrónicas, así como la presencia de canales y contextos funerarios asociados, junto con un abundante material diversificado. Ya que existen restos reconocibles —como Chavín—, se permite su precisión cronológica en una secuencia larga —y al parecer completa— del período Formativo, en vez de tener que confiar en evidencias esporádicas sin asociaciones mayores. Finalmente, es la publicación bien documentada de estos trabajos la que permite la elaboración de enfoques analíticos y comparativos mucho más ricos que los del pasado.

Los miembros de la segunda expedición del Programa de Investigaciones Andinas de la Universidad de Tokio fueron Seiichi Izumi (antropología cultural), Fumio Maekawa (botánica), Hisashi Sato (geografía), Naotsune Watanabe (antropología física), Toshihiko Sono (antropología cultural), Kazuo Terada (antropología cultural), Shuko Iwatsuka (geografía), Takashi Sadasue (asistente de arqueología), Yoshio Onuki (estudiante de antropología cultural) y los peruanos Toribio Mejía Xesspe (codirector), Pedro Rojas Ponce, Cirilo Huapaya Manco y Julio Espejo Núñez. Los trabajos en el campo duraron desde el primero de julio hasta el 3 de octubre de aquel año. Sadasue, Onuki, Matsuzawa y Miyazaki Yasushi se encargaron de los análisis dirigidos por Izumi y Sono, quienes editaron la monografía correspondiente en 1963 (Izumi & Sono [editores] 1963).

Una mirada a la figura 2b de dicho trabajo deja en claro que la selección del sitio se debió a un gran corte que divide el montículo central en dos mitades y deja expuestos muros en clara superposición (Izumi & Sono [editores] 1963, pp. 1-2 y figuras 2b, 3) (Figuras 10, 11). La importancia de este corte no se les había escapado ni a Tello (1943) ni a Izumi (Matsuzawa 1972a, p. 42). El sitio consiste en nueve grupos con un montículo mayor (KT), de unos 100 metros de diámetro y 13,7 metros sobre la superficie actual. Se excavó un área aproximadamente triangular de la trinchera preexistente (KTH) en dirección oeste a lo largo de dos trincheras (KTB y KTC) con áreas intermedias (Izumi & Sono [editores] 1963, figura 8). Se diferencia una serie de construcciones en niveles desde arriba hacia abajo (A hasta J) (Izumi & Sono [editores] 1963, pp. 40-46, figuras 19-26), a las que se suman K y L en el Área L de KT (Izumi & Sono [editores] 1963, pp. 46, 65 y figura 27). Luego se trata de diferenciar la arquitectura por sus elementos constructivos y asociados, como fogones y contextos funerarios (Izumi & Sono [editores] 1963, pp. 65-76). Después se analiza la cerámica asociada a las construcciones A hasta

H, ya que I y J no tienen cerámica y no fueron excavadas enteramente, por lo que se dejó esta tarea para otras campañas —como la excavación completa del Templo de las Manos Cruzadas (Construcción J)—. De un total de algo más de trece mil tiestos, se analizan tanto la cerámica decorada y como la no decorada, lo que permite acceder a información sustancial sobre la forma (un total de 1687 piezas). En particular, se trata de 16 vasijas enteras o casi enteras, 25 vasijas restauradas de tiestos esparcidos sobre pisos o dentro de construcciones, 92 vasijas restauradas de material no claramente asociado y los 1.687 tiestos ya mencionados (Izumi & Sono [editores] 1963, pp. 85 y 90). Se distinguen 68 categorías morfológicas (Izumi & Sono [editores] 1963, pp. 90-96, figuras 44a-44d). Luego pasan a las técnicas y patrones de decoración, y reconocen 15 técnicas y 190 motivos (Izumi & Sono [editores] 1963, pp. 96-97, 104 y figuras 45a-45f). Con ello, se establecen 14 tipos de cerámica, en los que no se distingue entre tipos decorados y no decorados, como en el caso del *Kotosh Chocolate Brown* (Izumi & Sono [editores] 1963, p. 105), y se toma mucha precaución para definir al máximo la asociación estratigráfica, pues se es consciente del problema de la mezcla de material por las actividades constructivas repetidas y se parte de las vasijas enteras: «Accordingly the stratigraphic positions of tons of sherds may sometimes tell confusing story about the culture change at Kotosh, and the method of digging of refuse heaps in artificial levels is not applicable to them» (Izumi & Sono [editores] 1963, p. 105). De este modo, especímenes completos o casi completos encontrados en la Construcción D que pertenecen a *Kotosh Well Polished* corresponden al período Kotosh Chavín, pese a que tiestos de este tipo pueden aparecer en otros niveles también: «This point is relevant to our reason for refraining from assigning types to the pottery by discriminating between decorated and undecorated specimens. We did not regard types merely as a means by which to establish chronology. Our classification was always done with the restored forms of pottery in mind» (Izumi & Sono [editores] 1963, p. 105). Se distinguen los siguientes tipos: *Higueras Red*, *Kotosh White-on-Red*, *Kotosh Red Polished* (A y B), *Kotosh Zone Unpainted*, *Kotosh Chocolate Brown*, *Kotosh Well Polished*, *Kotosh Grooved*, *Kotosh Black Polished Incised*, *Kotosh Incised*, *Kotosh Burnished*, *Kotosh Shallow Incised*, *Kotosh Rim Incised*, *Kotosh Monochrome Plain* y *Kotosh Brown Plain* (Izumi & Sono [editores] 1963, pp. 105-106), todos descritos en detalle (Izumi & Sono [editores] 1963, pp. 106-122). Los demás objetos de otra materia, como artefactos líticos, óseos, moluscos y objetos de cerámica (piruros, cucharas, pendientes, figurinas, etcétera), también se describen y se registra su ubicación estratigráfica respectiva. Solo después se llega a las «observaciones cronológicas» (Izumi & Sono [editores] 1963, pp. 131-151 [capítulo 7]), y se enfatiza la situación complicada de la relación entre las

construcciones y las correlaciones respectivas con el material. Por ello se consideran, en primer lugar, las construcciones y lo que está sobre los pisos asociados, por lo que se discute la cronología de la arquitectura, la de los contextos funerarios y la de la cerámica. De esta manera, se llega a la conclusión de que las construcciones G y H, *Kotosh Burnished* y *Kotosh Shallow Incised* representan el período Wairajirca. La Construcción F y *Kotosh Grooved* pertenecen al período Kotosh Kotosh.

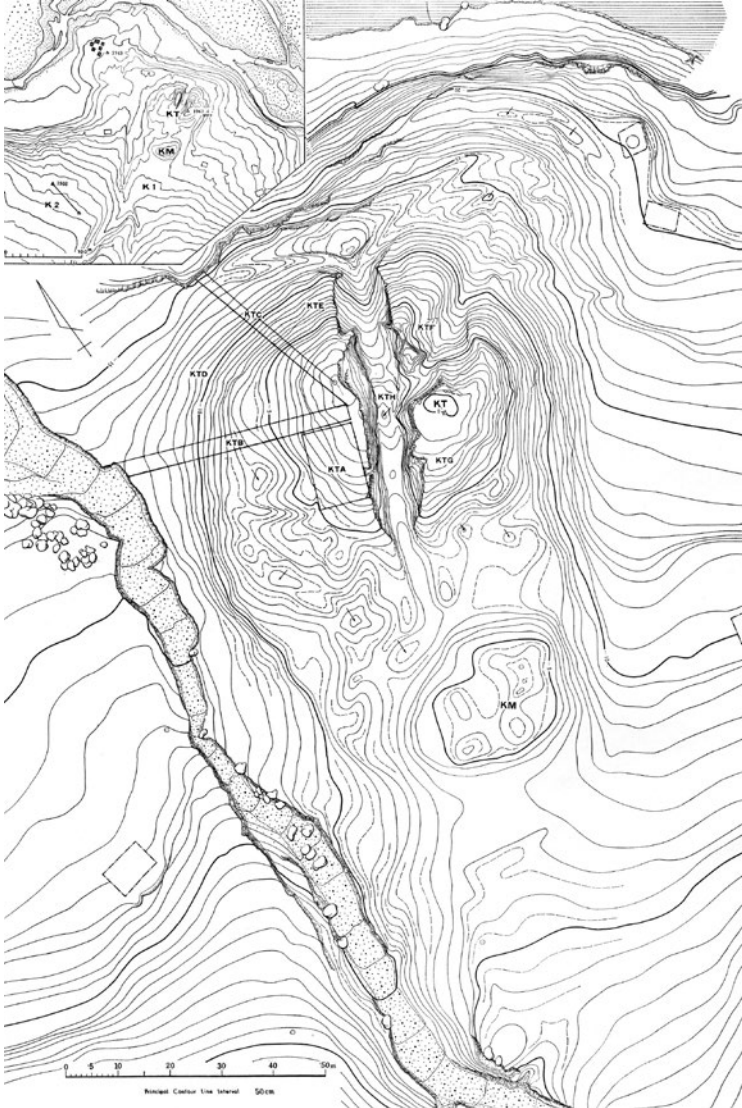


Figura 10. Levantamiento de la zona de Kotosh con indicación de los sectores (KT, KM) y ubicación de trincheras (KTB, KTC) (Izumi & Terada, 1972, figura 2).



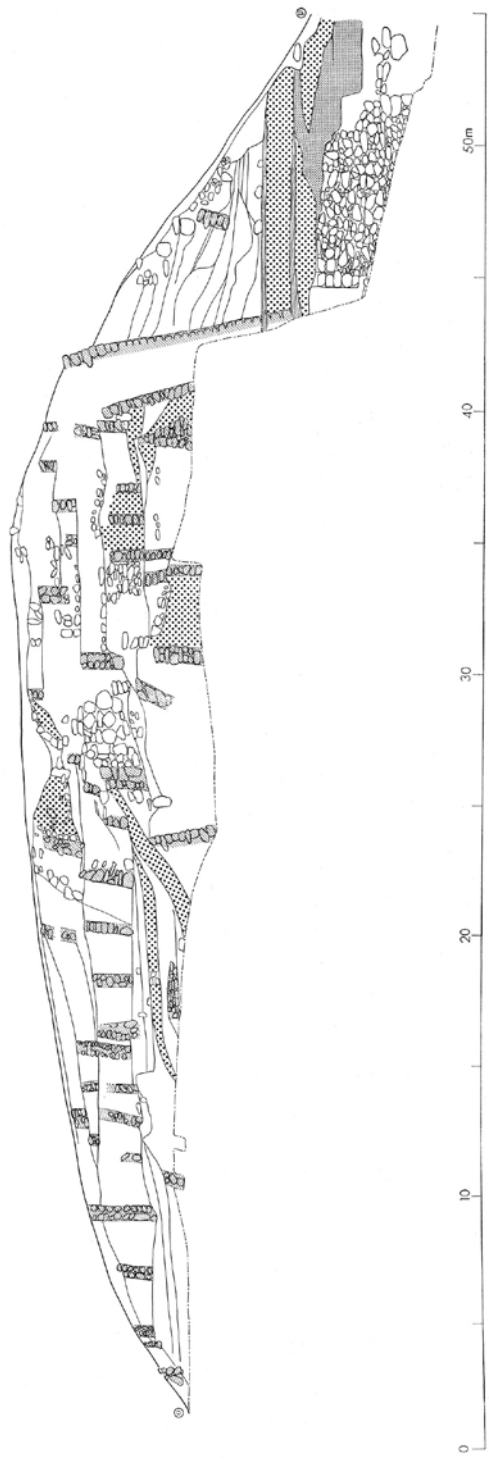


Figura 11. Perfil del corte oeste KTH (véase figura 10) (Izumi & Terada, 1972, figura 3).

Las construcciones D y E, así como diecinueve vasijas de *Kotosh Well Polished*, corresponden al período Kotosh Chavín; Construcción C, a Kotosh Sajarapatac; Construcción B, a Kotosh San Blas; y Construcción A, a Kotosh Higueras. Diferentes aspectos de la clasificación de la cerámica concuerdan con este esquema. Otros artefactos aportan a la cronología general. Así, las hachas pulidas aparecen solo a partir de C, las puntas pulidas se registran solo entre las construcciones A hasta D y las puntas talladas, básicamente, corresponden a los períodos Kotosh y Wairajirca (Construcciones F a H). Con todo ello se llega a los cambios culturales en resumen (Izumi & Sono [editores] 1963, pp. 153-158 [capítulo 8]), que es a la vez el resumen de la monografía.

Por lo general, se nota que resulta difícil encontrar paralelos convincentes para las manifestaciones culturales de los períodos reconocidos. Por un fechado temprano de  $3800 \pm 110$  a.p., «the Kotosh Wairajirca Period may definitely be called pre-Chavin» (Izumi & Sono [editores] 1963, p. 155). En cuanto a Kotosh Chavín, se observa que el tipo *Well Polished* contiene la mayoría de los rasgos conocidos de Chavín y de sitios costeros. Este tipo aparece y desaparece de forma brusca, fenómeno que no se conoce de otros tipos de Kotosh, además de no tener relaciones mayores con ellos. Se dispone de un solo fechado  $3000 \pm 150$  a.p. que es idéntico a otro atribuido a Kotosh Kotosh, cuya cerámica muestra marcados rasgos «chavinoides» (Izumi & Sono [editores] 1963, pp. 154-156). Los siguientes períodos, Sajarapatac y San Blas, están separados, sin tener una seguridad consolidada para esta separación. El nombre San Blas se refiere a un sitio cerca del lago Junín, de donde se conoce cerámica comparable desde Nomland (1939) y Kroeber (1944). El período Kotosh Higueras es el que está mejor documentado y se entiende como posible confirmación de la presencia de las técnicas de negativo y blanco sobre rojo en la costa (véase arriba) (Izumi & Sono [editores] 1963, pp. 157-158).

El libro de Izumi y Sono está acompañado por un aparato gráfico impresionante que consta de 178 láminas, cuyos objetos ilustrados por medio de fotos y dibujos cuentan con listas de la procedencia de cada uno de ellos (1963, pp. 162-197 [«Appendix II. List of Articles in the Plates»]). A modo de ejemplo, se presentan 789 especímenes de cerámica (vasijas enteras, restauradas y tiestos) en 36 láminas de dibujos (Izumi & Sono [editores] 1963, láminas 114-150), a los que se suman artefactos diversos de cerámica («adornos», figurinas, cucharas, etcétera), con 110 especímenes (Izumi & Sono [editores] 1963, láminas 151-157) (Figuras 12-19). Otras 21 láminas presentan especímenes de otro material (Izumi & Sono [editores] 1963, láminas 158-178). Estos y otros especímenes también aparecen en forma de fotos (para cerámica, véase Izumi & Sono [editores] 1963, láminas 26-29 [fotos de hallazgos *in situ*] y láminas 34-100).

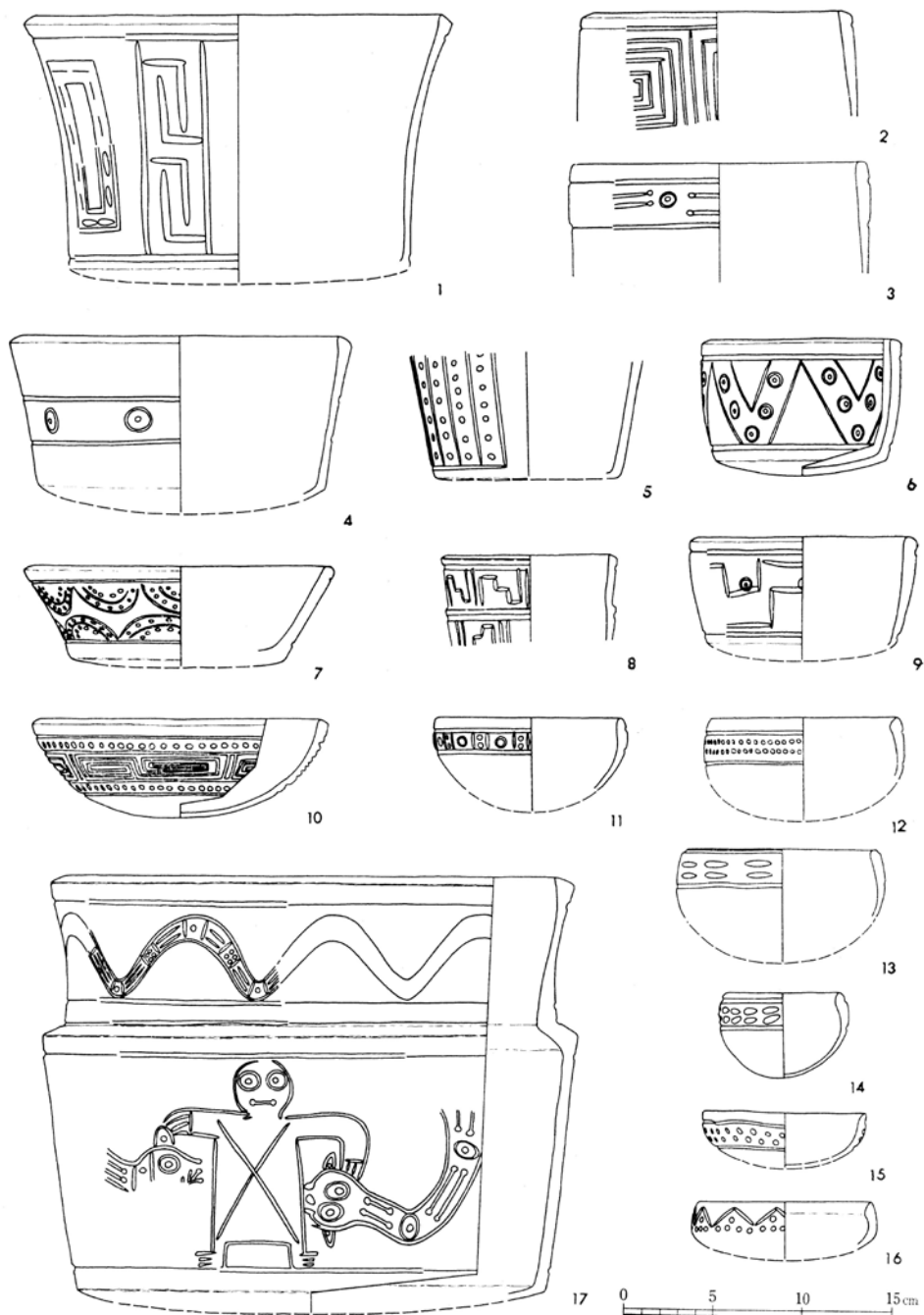


Figura 12. Cerámica de la fase Sajarapatac, tipos *Kotosh Brown Polished A* y *B*, *Kotosh* (Izumi & Sono, 1963, lámina 122).



**Figura 13.** Fragmento de la fase Sajarapatac, tipo *Kotosh Brown Polished B*, Kotosh (compárese figura 12.17). Foto: Y. Onuki.

Esta presentación transparente y bien documentada, sin embargo, deja abierta la solución de una serie de problemas, por lo que se considera necesario volver al sitio y emprender más trabajos con el fin de rellenar los vacíos pendientes. Terada (1972b, pp. 4-5) hace referencia explícita a estos problemas. La ausencia de referencias y el estado deteriorado de la arquitectura complicaron también la aclaración de asociaciones. En este sentido, se puso énfasis en divisiones amplias de los períodos, con lo que se descuidó la estratigrafía más fina. Si no hubo una tendencia a minimizar diferencias entre las construcciones, estas se aclararon durante campañas posteriores. También la clasificación y la tipología de la cerámica se pudieron refinar en forma considerable, pero Terada reconoce que estos trabajos no cambiaron drásticamente los logros de la primera campaña, sino que la enriquecieron y la completaron.

Se llevaron a cabo dos expediciones más, la tercera en 1963 y la cuarta en 1966. Participaron Izumi, Sato, Sono, Terada, Onuki, Matsuzawa, Miyazaki, Chiaki Kano Hisashi Tajima (asistente de geografía) y Hiroyasu Tomoeda (estudiante de antropología cultural); en la cuarta campaña, se contó con la presencia de Izumi, Terada, Tajima, Onuki, Matsuzawa, Kano, Shiro Kondo (profesor de antropología), Miyazaki, Tomoeda, Shozo Masuda (profesor de lenguas extranjeras), Takeshi Ueno, Tatsuhiko Fujii, Hiroyoshi Yamamoto, Reizo Harako y Michio Nogami. De parte del Perú, en 1963, participaron José Casafranca (miembro de la Casa de la Cultura), Mario Benavides, Enrique González Carré y Augusto Cruzatt (de la Universidad de Huamanga). Durante 1966 participaron Fernando y Carlos Chaúd, ambos de la misma universidad, así como Carmen Rosa Rivera, Arturo Ruiz y Lorenzo Samaniego, de San Marcos.

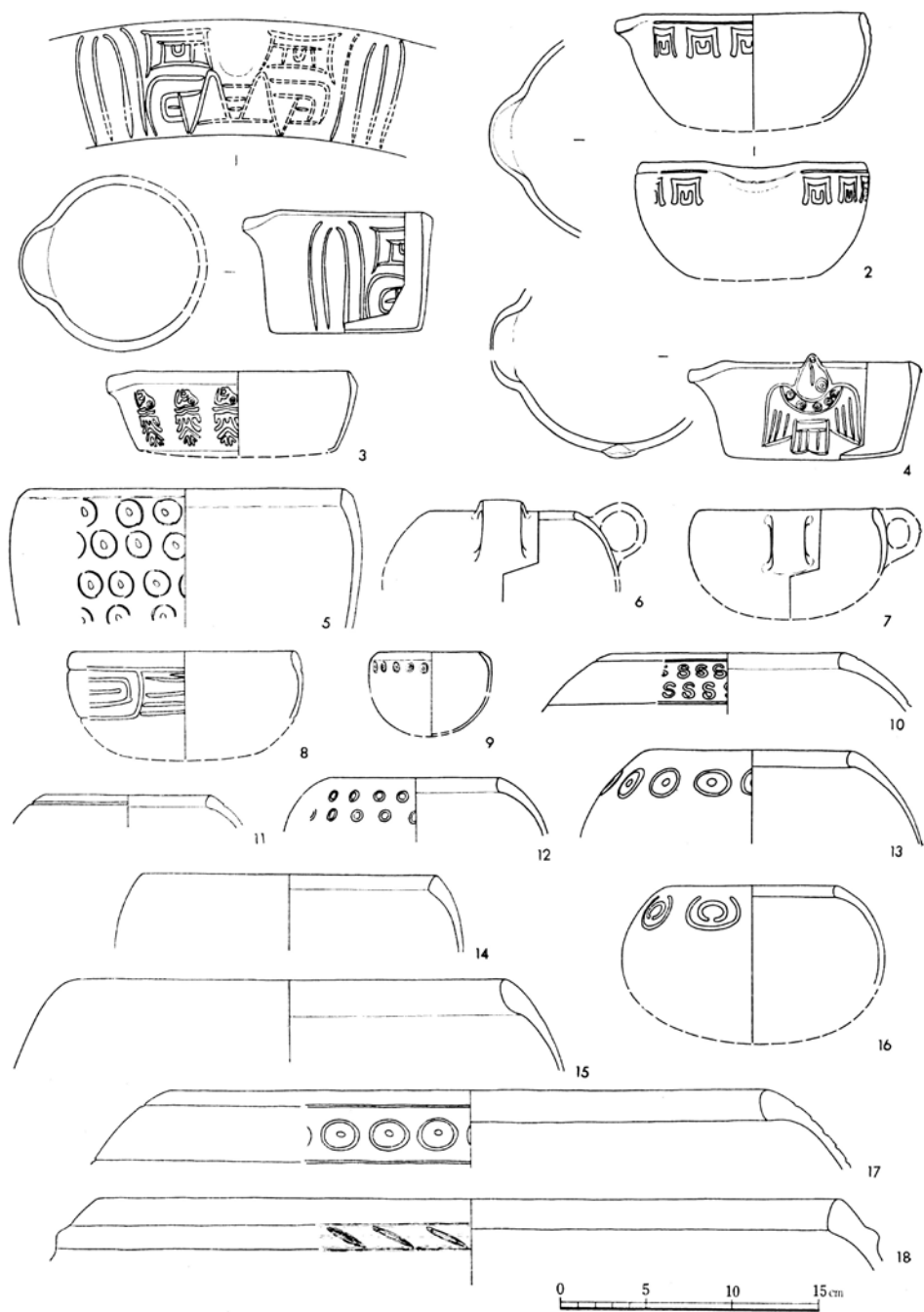


Figura 14. Cerámica de la fase Chavín, tipo *Kotosh Well Polished*, Kotosh (Izumi & Sono, 1963, lámina 127).

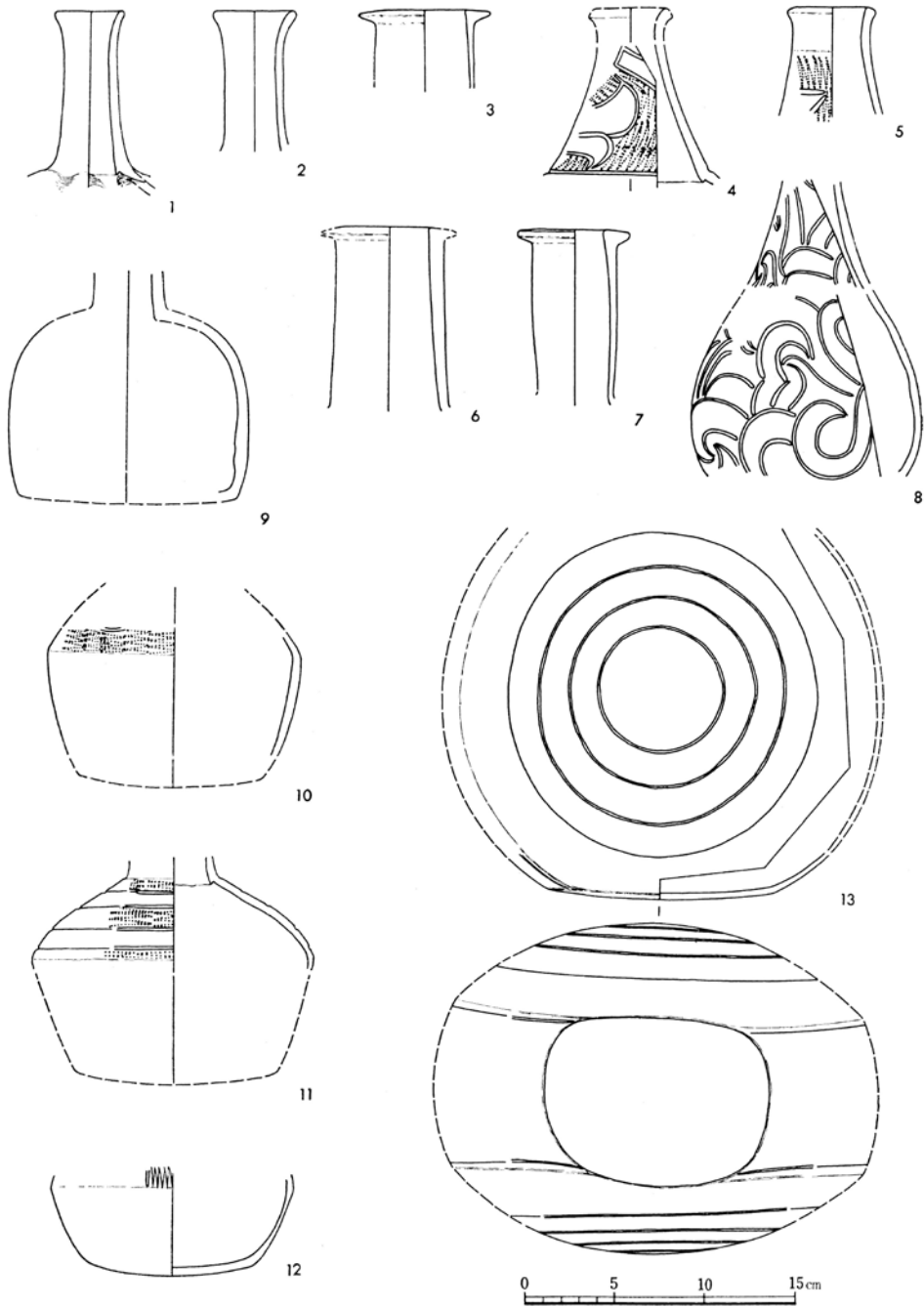


Figura 15. Cerámica de la fase Chavín, tipo *Kotosh Well Polished*, Kotosh (compárese el ítem 15.8 con la Figura 106) (Izumi & Sono, 1963, lámina 129).

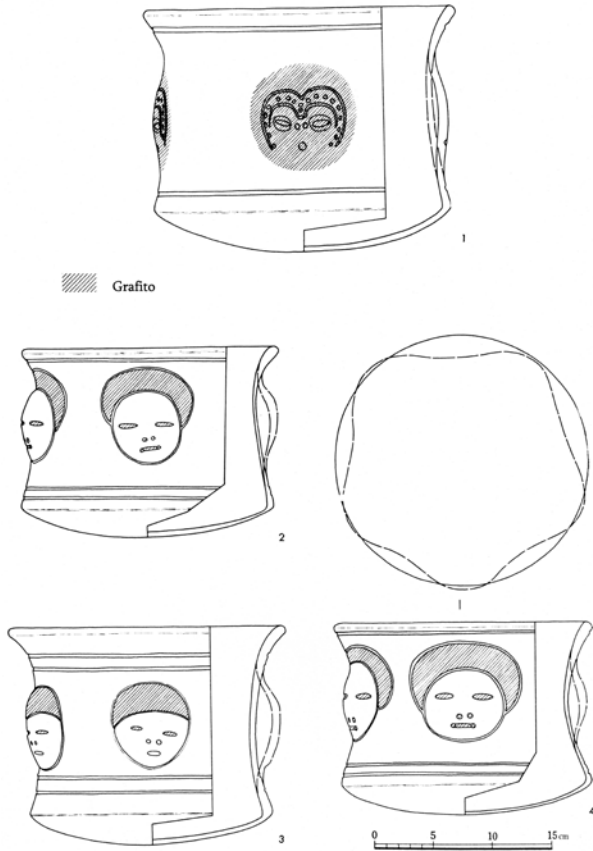


Figura 16. Cerámica de la fase Kotosh, tipo *Kotosh Grooved*, Kotosh (Izumi & Sono, 1963, lámina 130).



Figura 17. Plato de la fase Kotosh, tipo *Kotosh Grooved*, Kotosh (compárese con la Figura 16.4). Foto: Y. Onuki.

En 1968 se llevó a cabo una conferencia sobre Chavín en Dumbarton Oaks, Estados Unidos. Ya que el tenor general se centró en el problema del origen de la civilización en los Andes, la mayoría de las ponencias se ocupó de ese tema. En 1971 se publicaron las actas de esta conferencia (Benson [editora] 1971). El artículo de Izumi constituye la primera síntesis después de las tres campañas llevadas a cabo en Kotosh, cuyos resultados conforman la parte central de su trabajo, acompañado por láminas que sintetizan los aspectos constituyentes de cada período. De este modo, Higueiras corresponde a la fase tardía del período Formativo, entendido como un horizonte en el Alto Huallaga y Maraón (Izumi 1971, pp. 55-56 y figura 4). Sajarapatac también corresponde al Formativo Tardío y aparece en la zona de Huánuco y en San Blas (Izumi 1971, p. 56 y figura 5). Kotosh Chavín puede considerarse como Formativo Medio. Se nota la destrucción de las construcciones anteriores con el fin de levantar nuevos edificios, más grandes, de piedra y arcilla con enlucido pintado de rojo (Izumi 1971, pp. 56, 59 y figura 6). Kotosh aparece inmediatamente por debajo de los restos Chavín, pero se distingue de los últimos por su cerámica. En este período se cultivó el maíz, lo que se sostiene por un ceramio con una representación interpretada como mazorca de maíz (Izumi 1971, figura 7, tercer dibujo de la fila superior; véase Izumi & Sono [editores] 1963, láminas 44a y 135.2) (Figura 20, compárese Figura 19.3). Según Izumi, Kotosh corresponde al Formativo Temprano u opera como un estadio transicional entre el Formativo Temprano y Medio. Reconoce su presencia en el Callejón de Huaylas, en Chavín de Huántar y en Cajamarca, aunque su distribución nuclear se limita a la cuenca del Alto Huallaga (Izumi 1971, p. 59, figura 7). Kotosh-Wairajirca corresponde al Formativo Temprano, y su distribución se restringe a la parte alta del río Huallaga (Izumi 1971, p. 62, figura 8). Con el fin de subrayar su importancia central, Izumi presenta el primer período, llamado «Mito», en más detalle (1971, pp. 62-66, figuras 9-12). Pese a la importancia concedida, no lo ubica en un período relacionado con el Formativo. En una tabla de los sitios excavados (Izumi 1971, p. 67), se desprende que solo el montículo KM de Kotosh presenta toda la secuencia; Shillacoto (véase abajo) le sigue —con la ausencia de Kotosh y Sajarapatac—; luego Wairajirca —con la ausencia de Chavín e Higueiras—. Los demás (K2, K3, Paucarbamba, Sajarapatac y Piquimina) solo registran dos períodos (Chavín-Sajarapatac o Sajarapatac-Higueiras). Izumi sostiene que Higueiras no se liga estrechamente al período anterior, mientras que Sajarapatac y Chavín comparten rasgos. Mito siempre aparece junto con Wairajirca, de modo que existe una relación estratigráfica, aunque difieren en cuanto a cronología y cultura (Izumi 1971, pp. 66-67). Termina esta parte con lo siguiente: «We have found at Kotosh that cultural contents and stratigraphic relations of phases are invaluable in the study of the process of culture» (1971, p. 67).



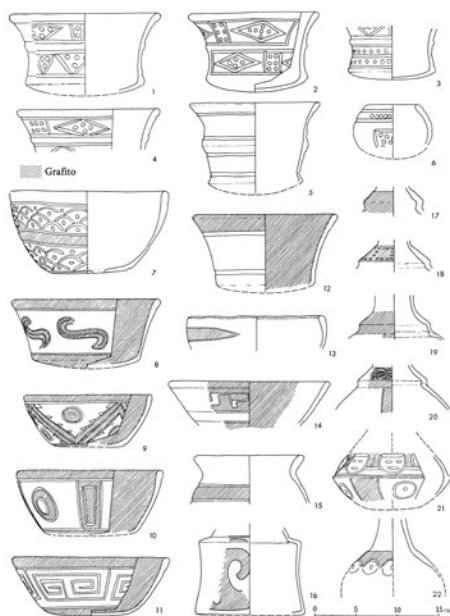


Figura 18. Cerámica de la fase Kotosh, tipo *Kotosh Grooved*, Kotosh (Izumi & Sono, 1963, lámina 132).

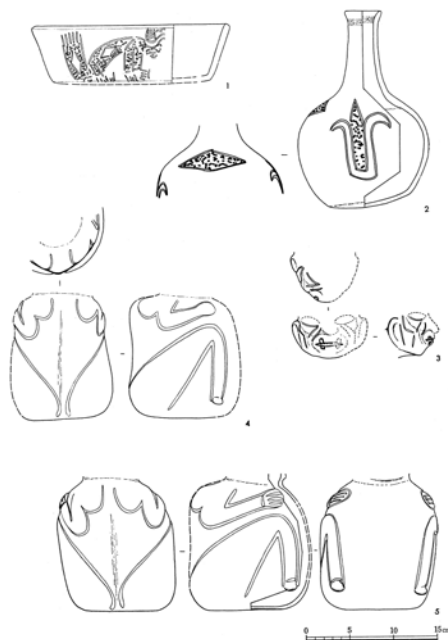


Figura 19. Cerámica de la fase Kotosh, tipo *Kotosh Grooved*, Kotosh (Izumi & Sono, 1963, lámina 135).



Figura 20. Botella de la fase Kotosh, *Kotosh Grooved*, Kotosh (compárese con la figura 19.2). Foto: Y. Onuki.

El caso de evidencias chavín en el Huallaga causa problemas. La cerámica es del tipo «Chavín Clásico» (fase C u Ocucaje 3, según Izumi) (Figuras 14, 15) y la arquitectura muy dañada por el corte antiguo también sugiere la presencia de relaciones. La fase Mito—Izumi utiliza el término «fase» al final de su artículo— se parece a canales de ventilación en Chavín, lo que, sin embargo, no puede ser un vínculo concreto, pues no aparece en las fases Wairajirca y Kotosh. Artefactos líticos (puntas talladas y hachas pulidas) también aparecen en la secuencia temprana, mientras que existen formas algo diferentes a partir de Chavín. La cerámica fina de Wairajirca se asemeja en forma y técnica, que siguen hasta Chavín, así que Kotosh es muy cercano a esta última. Con la llegada de elementos chavín en el Huallaga, aparecen nuevos elementos culturales como artefactos de metal, puntas pulidas de pizarra y ciertos patrones de decoración en la cerámica, además de arquitectura de gran escala (Izumi 1971, pp. 68-70). Sorprende que Izumi no mencione la cerámica de Yarínacocha, pese a que Lathrap estaba presente en la conferencia y enfatizó las relaciones entre Pucallpa y Kotosh (Lathrap 1971, pp. 82-88).

En 1972 apareció la segunda monografía editada por Izumi & Terada, *Andes 4: Excavations at Kotosh, Peru, 1963 and 1966*. Sono e Izumi habían muerto en 1969 y 1970, respectivamente. La organización del tomo es diferente, ya que dos autores identificados se encargan de los análisis principales. Matsuzawa (1972a y b) se encarga de la estratigrafía y de las construcciones (Izumi & Terada [editores] 1972, pp. 9-176, capítulos 2 y 3); Onuki (Izumi & Terada [editores] 1972, pp. 177-248, capítulo 4), de la cerámica y de los objetos de metal (Izumi & Terada [editores] 1972, pp. 271-273), lo cual equivale a un 70% del texto total. Otros aportes son de Fujii (Izumi & Terada

[editores] 1972, pp. 249-260) sobre objetos líticos y de Yamamoto sobre artefactos óseos y de moluscos (Izumi & Terada [editores] 1972, pp. 261-270). Kano, Ueno y Miyazaki se encargan del informe de las excavaciones en el montículo KM (Izumi & Terada [editores] 1972, pp. 275-301). Terada (1972a, 1972b, 1972c) es autor de las conclusiones, la introducción y del prefacio. Cuatro apéndices completan el tomo: uno sobre paleomagnetismo con tres fechados (Watanabe), otros sobre un artefacto carbonizado (Kanai, Hiro) y sobre análisis de ceniza (Akiko Matsutani). El cuarto es de Elizabeth Wing, sobre utilización de recursos animales en los Andes peruanos (1972). El tomo cuenta con un total de 160 láminas, 96 de ellas fotos en blanco y negro, sin contar las láminas y figuras en el texto. Al inicio, a modo de frontispicio, se presentan varias láminas a color, en este caso tres, lo que se repite en los demás tomos de *Andes*. Se presentan dibujos de 593 especímenes completos, casi completos o fragmentos de cerámica, lo que da un total de 1.382 dibujos en los dos tomos y cerca o más de 1.500, si se agregan las piezas ilustradas en fotos.

Matsuzawa describe en detalle la secuencia de los diferentes perfiles de las trincheras (1972a, figura 3); se concentra en las capas y en los elementos arquitectónicos como muros, pisos y canales. Es evidente que las construcciones que subyacen a las de Wairajirca —que no fueron definidas bien en la expedición de 1960— son las mejor conservadas, las más numerosas y las que proporcionan más datos acerca de sus interrelaciones estratigráficas (Matsuzawa 1972a, figuras 5, 17-22, 27, 28 y 29) (Figura 21). Esta información es básica para entender el voluminoso capítulo dedicado a las construcciones (Matsuzawa 1972b). Las diferencias con la clasificación de 1960 se limitan básicamente a la eliminación de la separación entre San Blas y Sajarapatac en el sentido de retener este último. La descripción sigue el orden de las edificaciones desde la cima hasta la base, y se concentra en las construcciones de plataformas (distribución y arreglo, escaleras que conectan plataformas), cuartos o recintos (distribución y arreglo, construcción y diseño, así como espacios que conectan cuartos), técnicas de construcción y construcciones que se superponen durante un mismo período. Siguen las descripciones: se comienza con Higuera, que cuenta —como los demás períodos— con un plano general con dos perfiles (Matsuzawa 1972b, figura 30) y dibujos de detalle de escaleras con los cuartos involucrados en planta y perfil (Matsuzawa 1972b, figura 31); luego se presenta un mapa esquematizado de las construcciones con siglas para cada muro, cuarto, plataforma, etcétera (Matsuzawa 1972b, figura 32), y planos detallados con sus perfiles respectivos en otras figuras (Matsuzawa 1972b, figuras 33-36); finalmente, una reconstrucción isométrica del conjunto excavado (Matsuzawa 1972b, figura 38). A ello se suman referencias a las láminas con fotos respectivas (Matsuzawa 1972b, planos 7-9). De este modo, se especifican e interrelacionan todos los elementos constructivos y se discuten sus características, con lo que se enriquecen los datos de *Andes 2* considerablemente.



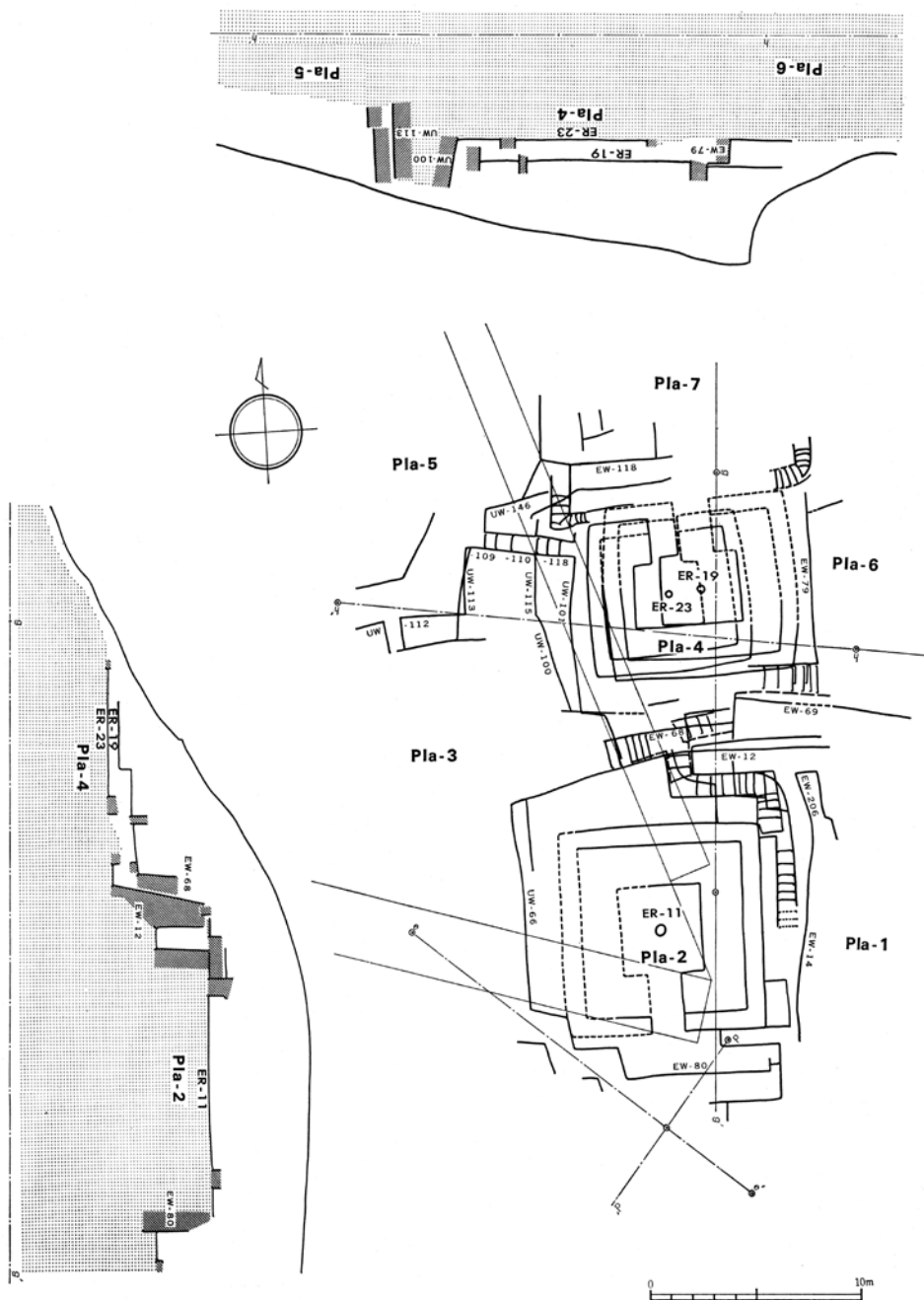


Figura 22. Plano de las superposiciones en las plataformas (Pla) y los cortes correspondientes del nivel T.N. de Kotosh (Izumi & Terada, 1972, figura 77).

No queda duda, sin embargo, de que las construcciones más tempranas que corresponden al período Kotosh Mito son las mejor conservadas y son superposiciones muy claras. Por consiguiente, ocupan un lugar destacado en esta discusión (Matsuzawa 1972b, pp. 129-176). Matsuzawa enfatiza la abundante variedad formal en cuanto a diseño, estilo y técnica de construcción, la que no solo puede corresponder a un lapso temporal mayor de este período sino a un mayor número de cambios. La mayoría de estas variaciones se presenta en forma de conjuntos independientes, por lo que cada construcción admite tan solo una cantidad limitada de ellas. En sus descripciones, se trata de abarcar estas variaciones al concentrarse en el nivel representado por el Templo de las Manos Cruzadas y el Templo de los Nichitos (Matsuzawa 1972b, p. 129, figuras 77, 78, 84, 85) (Figura 22). En el caso del período Mito, los cuartos son construcciones independientes sobre plataformas que corresponden a patrones compartidos, pese a que manifiestan variaciones mayores, por lo que se presentan en dibujos detallados en dos niveles y con sus perfiles respectivos (Matsuzawa 1972b, figuras 86-93) (Figura 23). La abundancia de datos permite a Matsuzawa la definición precisa de todos los elementos internos de estos cuartos (1972b, figura 97) (Figuras 24, 25) y la comparación entre los diferentes cuartos (1972b, figura 98) (Figura 26), así como algo que él llama «entombment» (1972b, pp. 171-176), un proceso en el cual una construcción está rellena o «enterrada» para construir otra parecida encima, como en el caso del Templo de los Nichitos, que se construye sobre el de las Manos Cruzadas (1972b, figura 100) (Figura 27), cuyo transcurso se puede reconstruir al detalle.

En el capítulo dedicado al análisis de la cerámica, Onuki (1972<sup>a</sup>) se propone establecer las divisiones cronológicas en Kotosh y definir los cambios ocurridos entre estas divisiones. Para lograr la primera meta, procede a una clasificación simple de los fragmentos; para la segunda, define formas y totales de las vasijas y su distribución según capas y construcciones, con lo cual pretende llegar a precisiones aún no establecidas en el análisis de material de 1960. La clasificación consistió en la caracterización por atributos como pasta, antiplástico, acabado de superficie, color, decoración y forma. Cada atributo se caracteriza por *modes* como, por ejemplo, las variaciones de color. El rango total de todas las combinaciones teóricamente posibles no fue sometido a programas computarizados, pues se confió en la capacidad del arqueólogo de reconocerlo en un nivel integral. Se procedió de la siguiente manera: 1. Clasificación por capas en las combinaciones mencionadas; 2. Subdivisión en subgrupos decorados y no decorados; 3. Si hubo poca representatividad, el material respectivo fue re combinado en otro subgrupo; 4. Cada grupo que resulta de este procedimiento constituye un tipo; 5. Pocos fragmentos que no correspondían a los tipos establecidos fueron agrupados bajo «no clasificados» (Onuki 1972a,

pp. 177-178). De este modo, se llegó a la definición de 28 tipos que amplían de manera significativa el total de tipos reconocidos en 1960, como se aprecia en el siguiente cuadro.

Tipos de 1960	Tipos establecidos en 1972
Higueras Red	Higueras Red Higueras Brown
Kotosh Red Polished y Kotosh Zoned Unpainted	San Blas Red Polished Sajarapatac Red
Kotosh Chocolate-brown	Sajarapatac Chocolate-Brown Decorated S. Chocolate-Brown Plain
Kotosh Well Polished	Paucarbamba Brilliant Plain P. Brilliant Decorated P. Brilliant Red Plain P. Brilliant Red Decorated
Kotosh Brown Plain	P. Grey Kotosh Plain
Kotosh Chocolate-brown (en su mayoría)	Kotosh Coarse Grooved
K. Grooved	K. Grooved A K. Grooved B K. Red Grooved K. Graphited K. Brown Modeled K. Red Modeled
K. Black Polished Incised	K. Black Polished Incised
K. Grooved K. Well Polished K. Shallow Incised	Shillacoto Black Polished
Kotosh Monochrome Plain	Wairajirca Red Plain
K. Incised	Wairajirca Fine-line Incised W. Broad-line Incised W. Zoned Hachure
K. Shallow Incised	W. Shallow Incised
K. Burnished	W. Black-line-burnished W. Red Line-Incised

Fuente: Onuki 1972a, pp. 177-179.

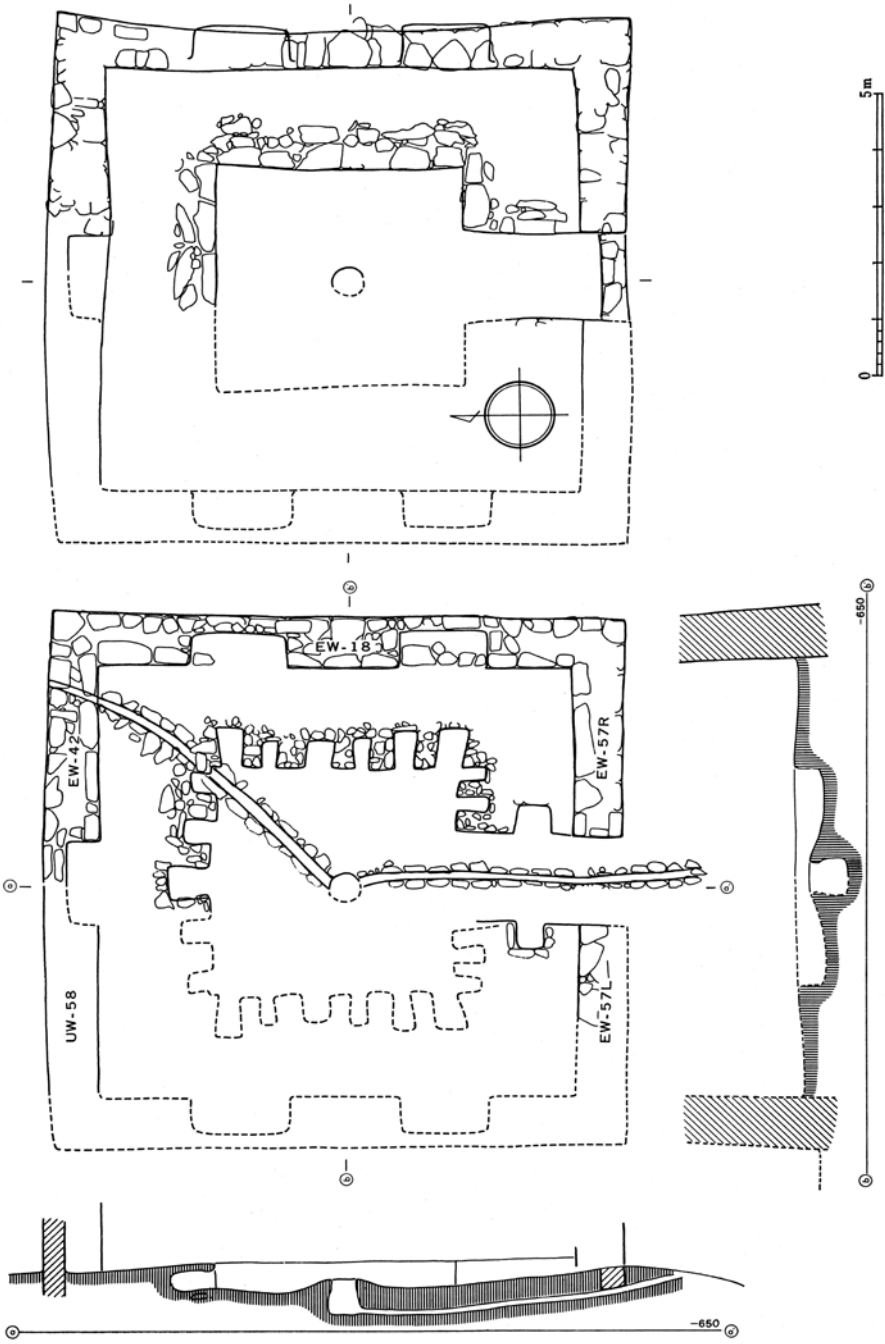
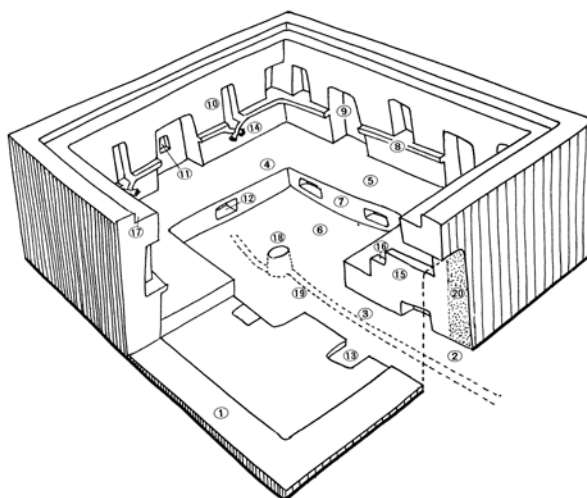


Figura 23. Planta y cortes de ER-11, Templo de los Nichitos, Kotosh (Izumi & Terada 1972, figura 86).





**Figura 24.** Una estructura de Mito (UR-22, Templo de las Manos Cruzadas) con sus elementos constituyentes: 1. Muros principales; 2. Acceso; 3. Pasaje de acceso; 4. Construcción de dos pisos; 5. Piso superior (epicausto); 6. Piso inferior (pericausto); 7. Muro perimétrico; 8. Banda delgada de circunvalación; 9. Nicho grande; 10. Nicho; 11. Nicho en nicho; 12. Nicho pequeño en muro perimétrico; 13. Nicho en paredes laterales del acceso; 14. Relieve en forma de manos cruzadas; 15. Paredes laterales de acceso; 16. Recorte en paredes laterales; 17. Parte rebajada de la corona de los muros principales; 18. Fogón; 19. Ducto de ventilación; 20. Pigmento rojo que enmarca la entrada (Izumi & Terada, 1972, figura 97).



**Figura 25.** ER-19. Corte de fogón central, con ducto de ventilación, piso inferior con muro perimétrico y piso superior con parte de pared principal (Foto: Y. Onuki).

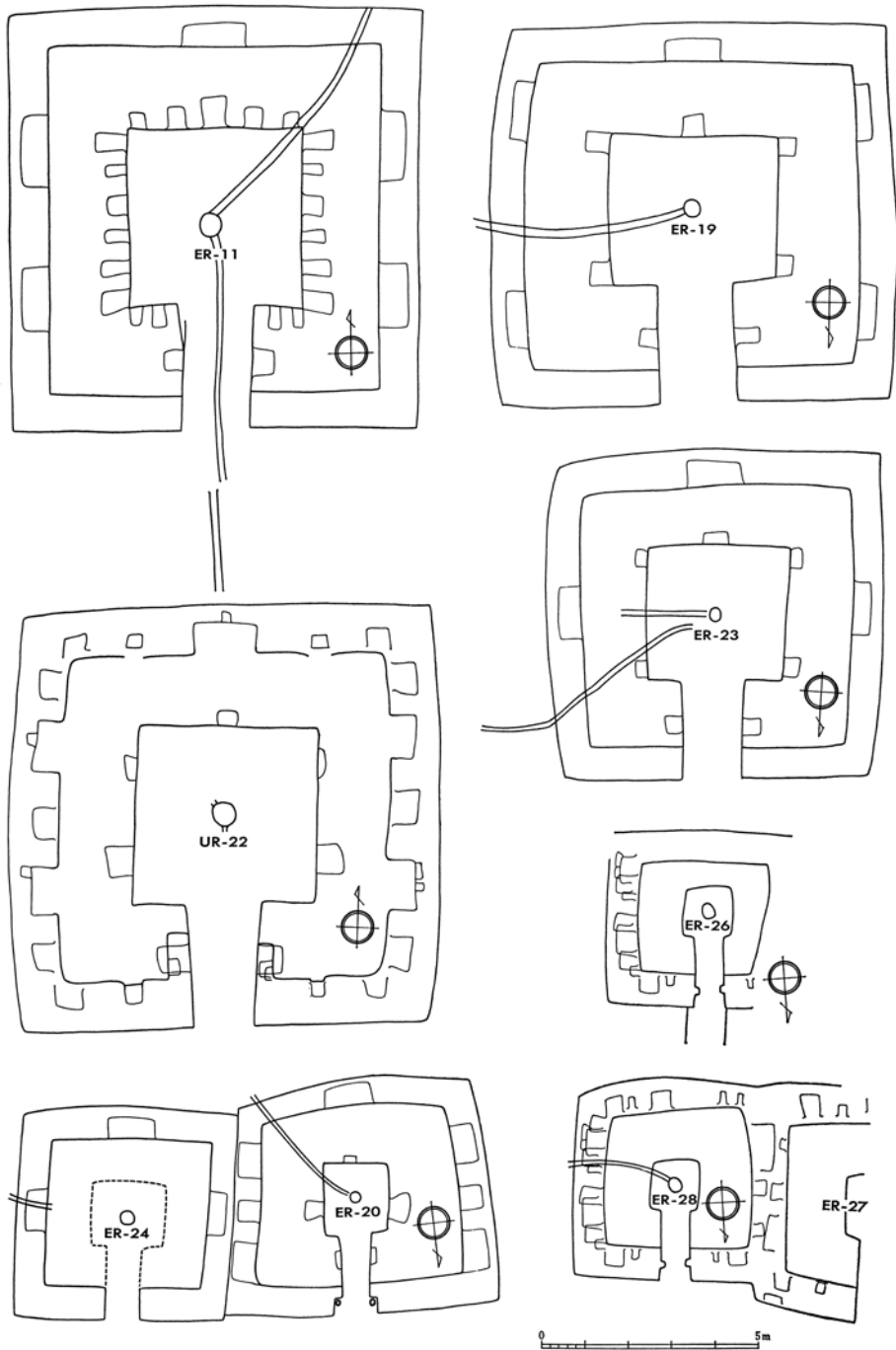


Figura 26. Plantas comparadas de las construcciones Mito, Kotosh (Izumi & Terada, 1972, figura 98).

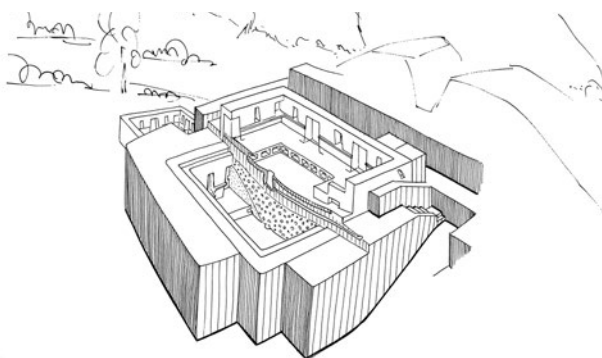


Figura 27. Isometría de la superposición del Templo de las Manos Cruzadas sobre el Templo de los Nichitos (Izumi & Terada, 1972, figura 100).

Después de una descripción de cada tipo, procede al establecimiento de secuencias seriadas utilizando las unidades de excavación con capas de acumulaciones densas y con más de un período. Esta seriación corresponde al tipo de análisis de Betty Meggers y Clifford Evans, que Onuki aprendió en una estadía en el Smithsonian Institute en 1966 (Terada 1972a, p. II). Los resultados de este análisis confirman la existencia de cinco períodos: Kotosh Higueras, K. Sajarapatac, K. Chavín, K. Kotosh y K. Wairajirca. Se omite el período San Blas, ahora considerado como parte tardía de Sajarapatac. En general, toda la cerámica se puede dividir en dos grupos: el de cerámica roja y el de negra o marrón, que parecen seguir toda la secuencia de Kotosh. En cada grupo hubo una tradición o «tronco» al que se relacionan o del que derivan los tipos decorados. En Kotosh Wairajirca, estas tradiciones están representadas por *W. Red Plain* y *K. Plain* (Figuras 28, 29); en el siguiente período, predomina la cerámica negra. En Kotosh Chavín hay varios troncos de la cerámica llana negra, como *Kotosh Plain*, *Paucarbamba Grey* y *P. Brilliant Plain*; el «tronco» rojo aparece en menor cantidad. En Sajarapatac coexisten ambos troncos en forma de *S. Red* y *San Blas Red Polished* y, por otro lado, en forma de *S. Chocolate Brown Plain*. Con ello se especifican las tendencias por período y se los asocia con las formas y los tipos decorados. Entre Kotosh Wairajirca y Kotosh Kotosh, se observa una continuidad, pero existen diferencias en las formas y la decoración. En Kotosh Chavín aparecen nuevos tipos, sobre todo los llamados Paucarbamba, aunque algunos rasgos de Kotosh Kotosh aún se mantienen. Por otro lado, pigmentación poscocción, platos con paredes extendidas y platos en forma de bote, comunes en los períodos previos, desaparecen por completo. En Sajarapatac, los troncos se simplifican nuevamente; algunos tipos de K. Chavín se mantienen, pero otros desaparecen y reaparecen algunos de los períodos anteriores a K. Chavín. Hacia el final del período, disminuyen los tipos y desaparecen por completo en K. Higueras, por lo que la tradición larga que se inicia en Wairajirca termina y es reemplazada por otra (Onuki 1972a, pp. 200-205). Una serie de tablas y una síntesis gráfica (Onuki 1972a, pp. 220-221) complementan el texto (Onuki 1972a, pp. 212-248).

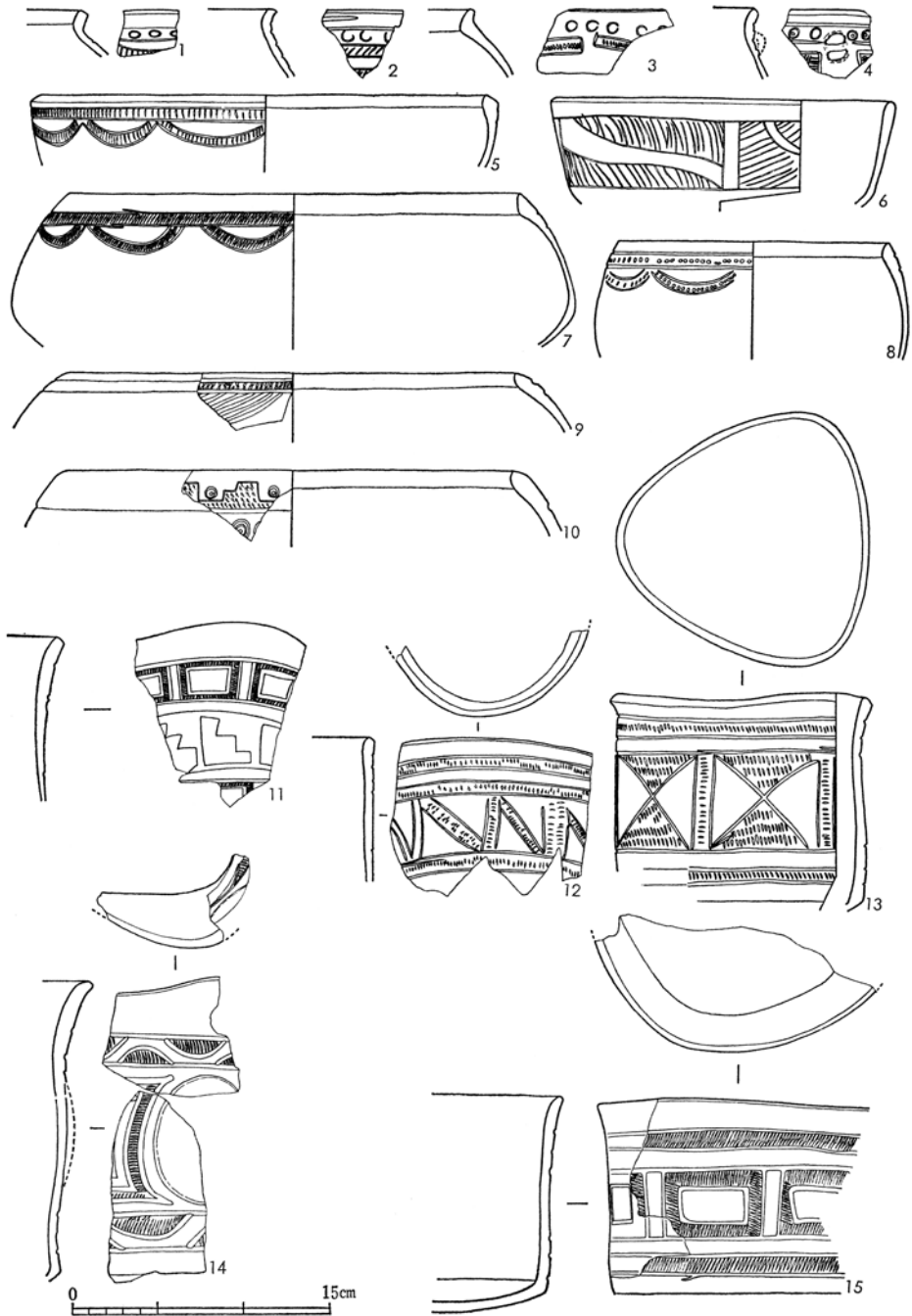


Figura 28. Cerámica de la fase Wairajirca, tipo *Wairajirca Zoned Hachure* (Izumi & Terada 1972, lámina 122).

Los capítulos sobre artefactos líticos, óseos y de moluscos contribuyen a las tendencias discutidas en cuanto a la arquitectura y la cerámica. Queda por mencionar un informe de las excavaciones del montículo KM al sur de KT. Fue excavado por completo y contenía construcciones del período Higuera por encima de otras del período Kotosh Mito, aunque hubo también capas con cerámica de los períodos Chavín, Kotosh y Wairajirca. Las construcciones Mito corresponden a las de KT, pero dos construcciones grandes como plataformas tienen características algo diferentes: fueron construidas por medio de piedras grandes. También se cuenta con la presencia de diez contextos funerarios, básicamente de K. Higuera (Izumi *et al.* 1972).

Terada (1972c) se encarga de las conclusiones. Si bien puede contar con evidencias acumuladas desde 1960, resulta difícil relacionar la complejidad evidente de las construcciones de Mito con otros sitios, lo que se extiende al material asociado. También se preocupa de datos relacionados con la subsistencia, pero no se pudieron recuperar restos botánicos; los de la fauna (Wing 1972) indican la presencia de muchos cérvidos y algunos camélidos no necesariamente domésticos, junto con cuyes y muchos moluscos de agua dulce y unos pocos marinos. Una serie de siete fechados  $^{14}\text{C}$  sugiere una ubicación entre 2000 y 1500 a.C. En cuanto a Wairajirca, las comparaciones siguen siendo difíciles desde 1960, aunque Terada reconoce relaciones con la cerámica Tutishcainyo de Yarinacocha, pero también señala diferencias. Los datos sobre subsistencia son escasos. Cinco fechados  $^{14}\text{C}$  son algo contradictorios, ya que dos caen en la gama de los fechados de Mito y uno de los tres restantes es casi idéntico a otro del período Kotosh, pero Terada ubica Wairajirca entre 1500 y 1000 a.C. Las relaciones de la cerámica con la de otras áreas resultan poco estrechas, pero se reconocen similitudes con la cerámica de Yarinacocha (Tutishcainyo temprano y tardío), así como con elementos «chavinoides» en cerámica y objetos óseos. Llamas y alpacas aparecen al lado de frecuentes cuyes. Solo tres fechados  $^{14}\text{C}$  sugieren una ubicación entre 1000 y 800 a.C. Kotosh Chavín es «the only stratum at Kotosh whose content [was] already well known, and our Kotosh chronology was primarily based on it» (Terada 1972c, p. 309). Terada ya cuenta con referencias de las excavaciones de Lumbreras y Amat en Chavín (Lumbreras & Amat 1969) y considera que los especímenes de las «galerías» —probablemente, de la Galería de las Ofrendas— son muy similares al material de Kotosh, en particular Wacheqsa Grafitado sobre Rojo y Mosna Rojo sobre Ante, pero, asimismo, encuentra semejanzas con Ancón, Curayacu y Paracas. Solo dos fechados, 1200 a.C.  $\pm$  150 (GaK-263) y 870 a.C.  $\pm$  120 (N-65-2), delimitan este período, que cae completamente en el rango de Kotosh Kotosh; sin embargo, Terada sugiere una duración entre 1000 a.C. y 300 a.C., de acuerdo con los cálculos atribuidos al Horizonte Chavín. Nuevamente, resulta difícil relacionar Kotosh Sajarapatac fuera de las ya conocidas con el sitio de San Blas. No se dispone de fechados  $^{14}\text{C}$  para este período.

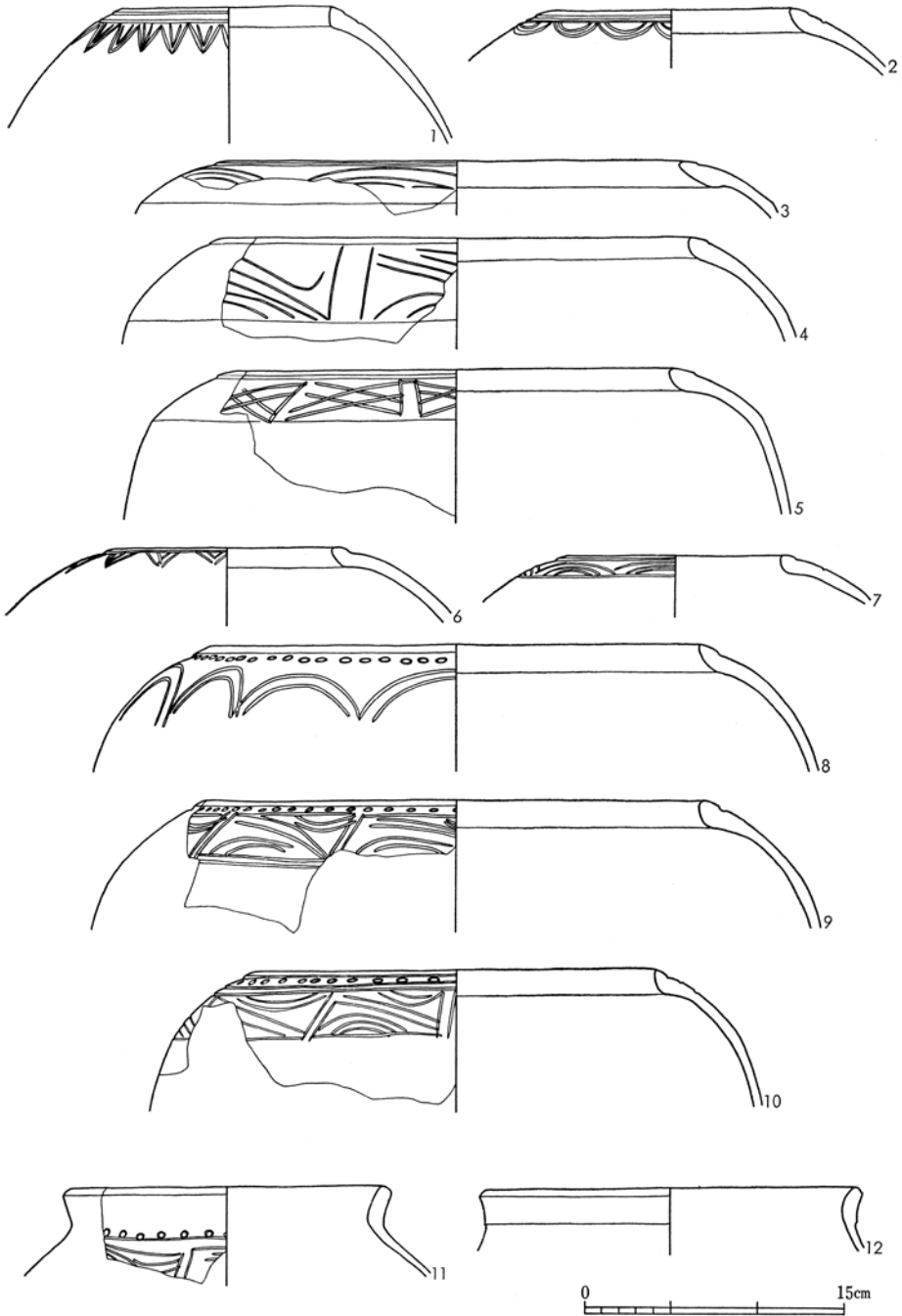


Figura 29. Cerámica de la fase Wairajirca, tipo *Wairajirca Red Line Burnished* (Izumi & Terada, 1972, lámina 125).

Finalmente, sitios del período K. Higueras se encuentran en gran cantidad en la zona de Kotosh, asociados a chullpas también, pero no se presentan paralelos más convincentes fuera de esta zona. Solo un fechado  $^{14}\text{C}$  con una desviación estándar muy alta (70 d.C.  $\pm$  200) impide ubicar bien el lapso de duración y la relación cronológica con los períodos anteriores.

Esta abundancia de datos sobre Kotosh no termina ahí. Existe otro sitio, Shillacoto, dentro de los confines de la ciudad y a solo cinco kilómetros de Kotosh, que fue objeto de excavaciones. Este sitio, ya conocido por Tello, fue visitado durante la primera expedición de 1958 (véase arriba). En 1963 se hicieron las primeras excavaciones por Izumi, Onuki y Tomoeda (Terada 1972c, p. 308; según Izumi *et al.* 1972, p. 2, sin embargo, se trata de 1966). En 1967, durante su estadía como profesor invitado en la Universidad de Huánuco, Kano descubrió la construcción del templo del período Mito. Otra campaña, esta vez de la Universidad de Tokio, de nuevo dirigida por Kano y acompañado por Miyazaki, entonces profesor de San Marcos, se llevó a cabo en 1969. Sobre los trabajos de 1967 y 1969, se dispone de un informe (Izumi *et al.* 1972) y de un trabajo más interpretativo, publicado en 1979 (Kano 1979).

En el informe se proporciona una descripción de la ubicación del sitio y sus características. Luego se procede a la descripción de las excavaciones, cuya estratigrafía consiste en dieciocho capas superpuestas (Figura 30). La capa 4 muestra las primeras construcciones del período Higueras, la 5 corresponde a un piso y material de la parte superior de otras construcciones de este período. En la capa 6 aparecen las primeras estructuras funerarias del mismo período. La capa 7 corresponde al piso de las construcciones, mientras que la 8 muestra una mezcla de material de Higueras y Kotosh. La capa 9 solo contiene material Kotosh. La 10 es un piso o una capa dura sobre un piso y corresponde a las construcciones del período Kotosh. La capa 11 presenta una mezcla de material Kotosh y Wairajirca. En la capa 12, predominan los tiestos Wairajirca que aparecen en considerables cantidades. Las capas 13 y 14 contienen solo material Wairajirca, mientras que la capa 15 coincide con la base de la estructura funeraria del mismo período. Desde las capas 16 hasta 18, no contienen material cultural pero pertenecen a la construcción Mito. Debajo del piso del templo aparecen dos pisos y fogones que sugieren que, en Shillacoto, existían tres templos superpuestos (Kano 1979: 24-27; Izumi *et al.* 1972: 4-27). Las construcciones higueras no se han conservado bien, pero las de Kotosh complementan los datos obtenidos en el sitio Kotosh (Izumi *et al.* 1972, pp. 29-30, figuras 6, 10 [perfiles], planos 4a-4d y 7). De particular importancia es una estructura llamada Tumba 4 (Izumi *et al.* 1972, pp. 15-16, 51-54, figuras 6, 10, 12, 14, 16; láminas 4c, 4d, 5, 6, 27, 28.1.2, 38.10, 41.1-41.12, 42.1, 43.5, 44, 45.2-15, 46.1.2, 47.2.3.6.7, 60.6.9). Mide 1,8 por 1,4 por 1,5 metros. Su parte superior fue destruida por piedras caídas.

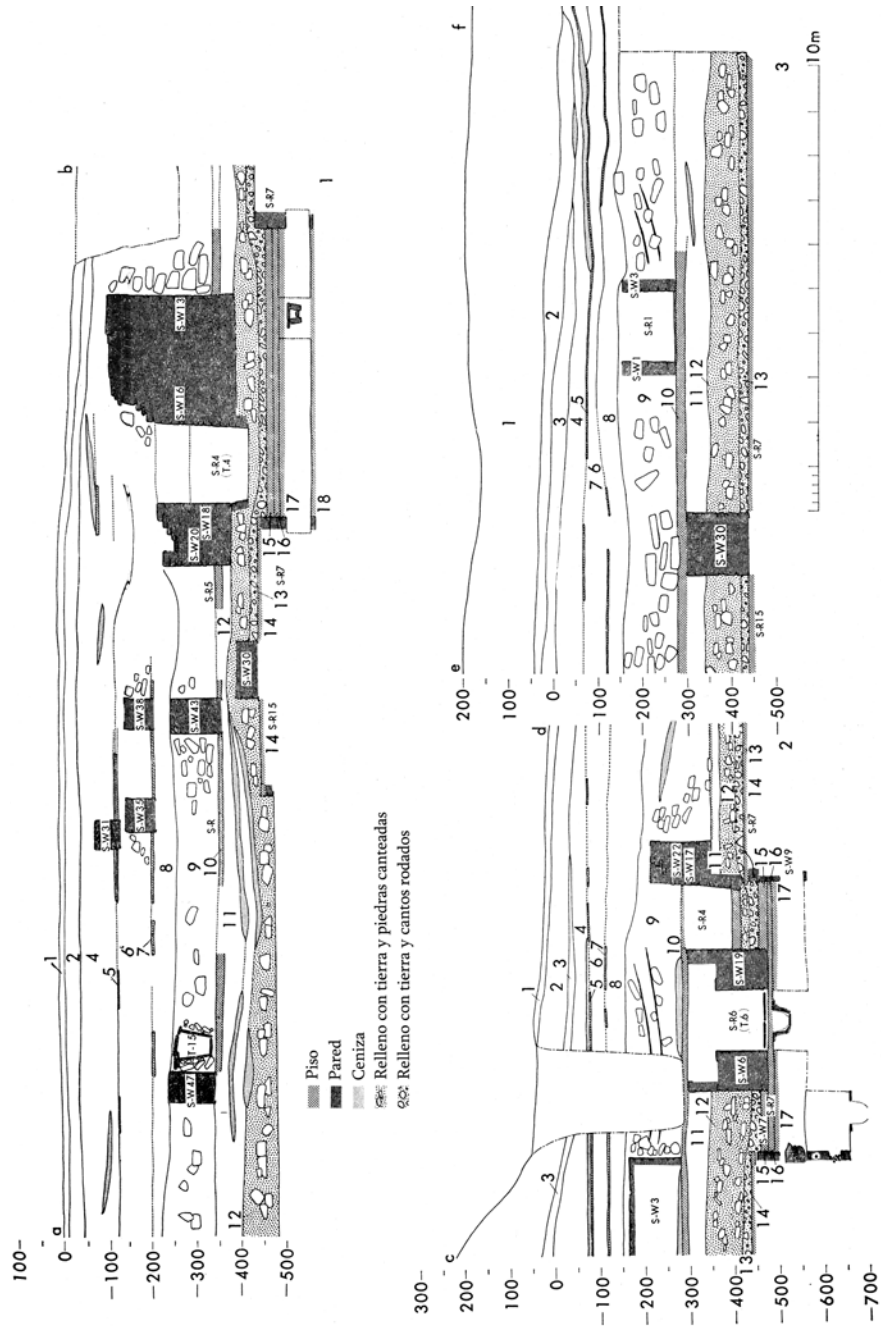
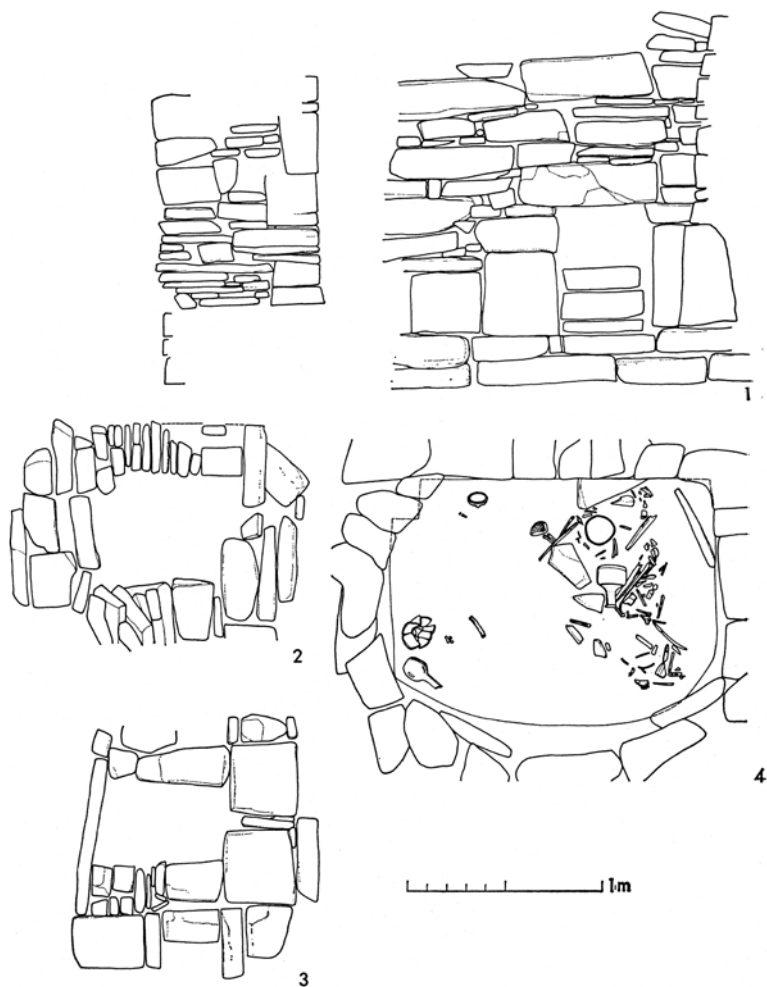


Figura 30. 1. Perfil de la sección sur (a-b); 2. Perfil de la sección este (c-d); 3. Perfil de la sección norte del área excavada, Shillacoto. Nótese superposición de tres construcciones Shillacoto-Mito en 10.2 y véase figura 35 (Izumi, Cuculiza & Kano, 1972, figura 10).



Su interior es un semicírculo cuya pared norte utiliza un muro de una estructura del período Wairajirca (Tumba 6) (Figura 31). Una apertura rectangular de 0,6 por 0,5 metros podría haber servido como entrada o como ventana para ubicar los objetos asociados al individuo, cuyo mal estado de conservación no permitió definir su posición ni orientación. Una cantidad considerable de objetos forma parte del contexto. Se trata de siete vasijas, en su mayoría enteras, cinco objetos óseos, dos espejos de antracita, cuatro puntas talladas, una figurina de piedra, una vasija de piedra y dos objetos de concha marina (*Concholepas concholepas*) (Figuras 32-34).



**Figura 31.** Tumba 4, fase Shillacoto-Kotosh. 1. Muro norte; 2. Estado de conservación de la estructura funeraria; 3. Pared exterior con apertura rectangular; 4. Interior con piso y objetos asociados así como apertura rectangular (Izumi, Cuculiza & Kano, 1972, figura 12).

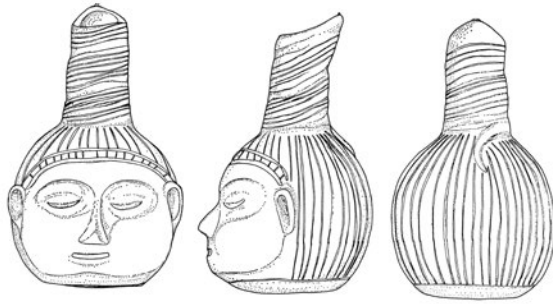


Figura 32. Botella escultórica de Tumba 4, fase Shillacoto-Kotosh (Izumi, Cuculiza & Kano, 1972, figura 14).

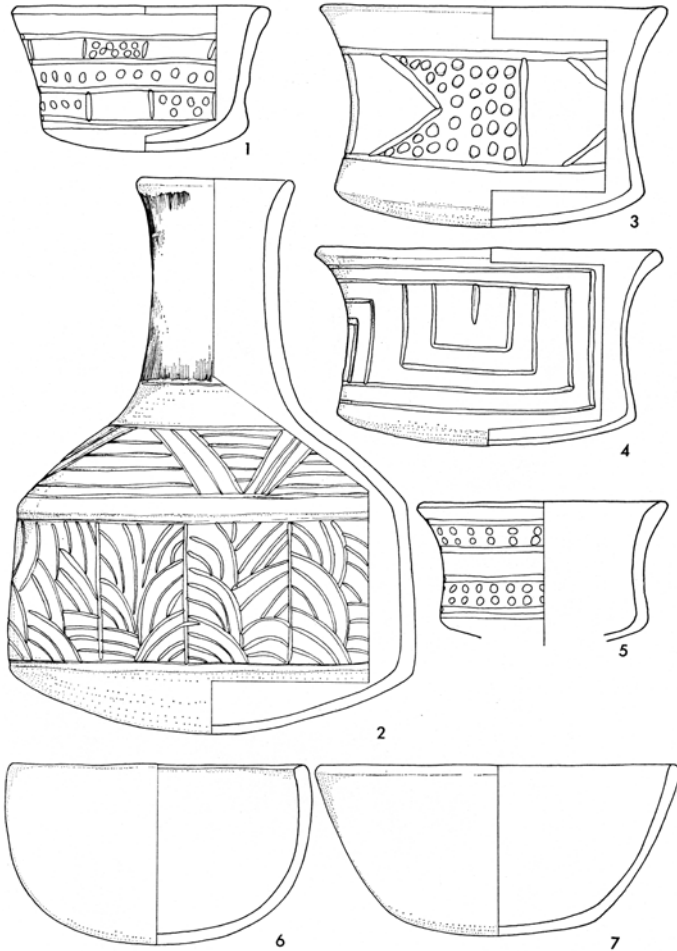


Figura 33. Botella, platos y cuencos de Tumba 4, fase Shillacoto-Kotosh, tipos *Shillacoto Grooved* (1-5), *Shillacoto Red Plain* (6) y *Shillacoto Black* (7) (Izumi, Cuculiza & Kano, 1972, lámina 47).

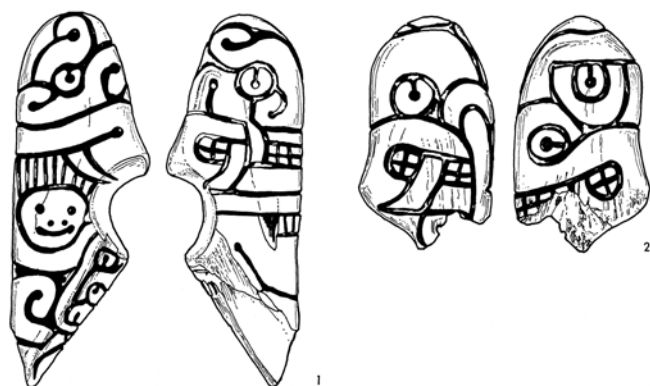


Figura 34. Dos objetos óseos decorados, Tumba 4, fase Shillacoto-Kotosh (Izumi, Cuculiza & Kano, figura 16).

Se excavó solo una estructura del período Wairajirca (SR-6), que mide 3,7 por 3,2 por 2 metros, como una especie de altar o construcción platófórmica con una tumba en su interior, levantada con piedras finamente canteadas. El interior, que mide 2,1 por 1,4 por 1,2 metros, consiste en piedras menores cubiertas por una capa de arcilla de color rojo-marrón, con un recubrimiento de yeso fino y blanco. Pintura roja cubría la parte inferior hasta unos 0,5 metros. Cerca del piso, aparecía una capa de lajas seguida por otra, junto con restos óseos humanos. Debajo de este conjunto aparecían los restos humanos que correspondían a siete individuos en mal estado de conservación y en desorden. Estos restos estaban acompañados por un hacha pulida, un espejo de antracita de forma semicircular y dos grandes fragmentos de cerámica con representaciones antropomorfas. Una capa de piedras que conforman la base aparecía por debajo de los huesos y llevaba restos de enlucido gris claro. En la pared sur hubo un nicho y cantidades de cantos rodados cubiertos con arcilla blanca y amarilla; eran diferentes a los de la parte superior y deben de haber sido parte de la estructura funeraria. Toda la construcción yacía sobre el piso de la edificación del período Mito. Alrededor de la construcción SR-6 hubo un grueso piso negro. Dos construcciones parecidas fueron erigidas dentro del área del templo Mito; podrían haber servido funciones parecidas, pero no se las excavó (Izumi *et al.* 1972, pp. 30, 45-46, figuras 7, 8 [S-R 13, 15], 10, 13, láminas 8, 9, 10a-b, 31.2, 34.3, 42.2).

La construcción del período Mito es la más grande de todas las halladas en la zona. Asimismo, es la de mayor tamaño de todas las construcciones del mismo período encontradas en Kotosh u otros sitios del área, con un espacio de piso y de los muros de 15 por 15 metros que lo enmarcan (Izumi *et al.* 1972, pp. 17-19, 46-49, figuras 8, 9, 10, planos 10c, 10d, 11-14) (Figura 35).

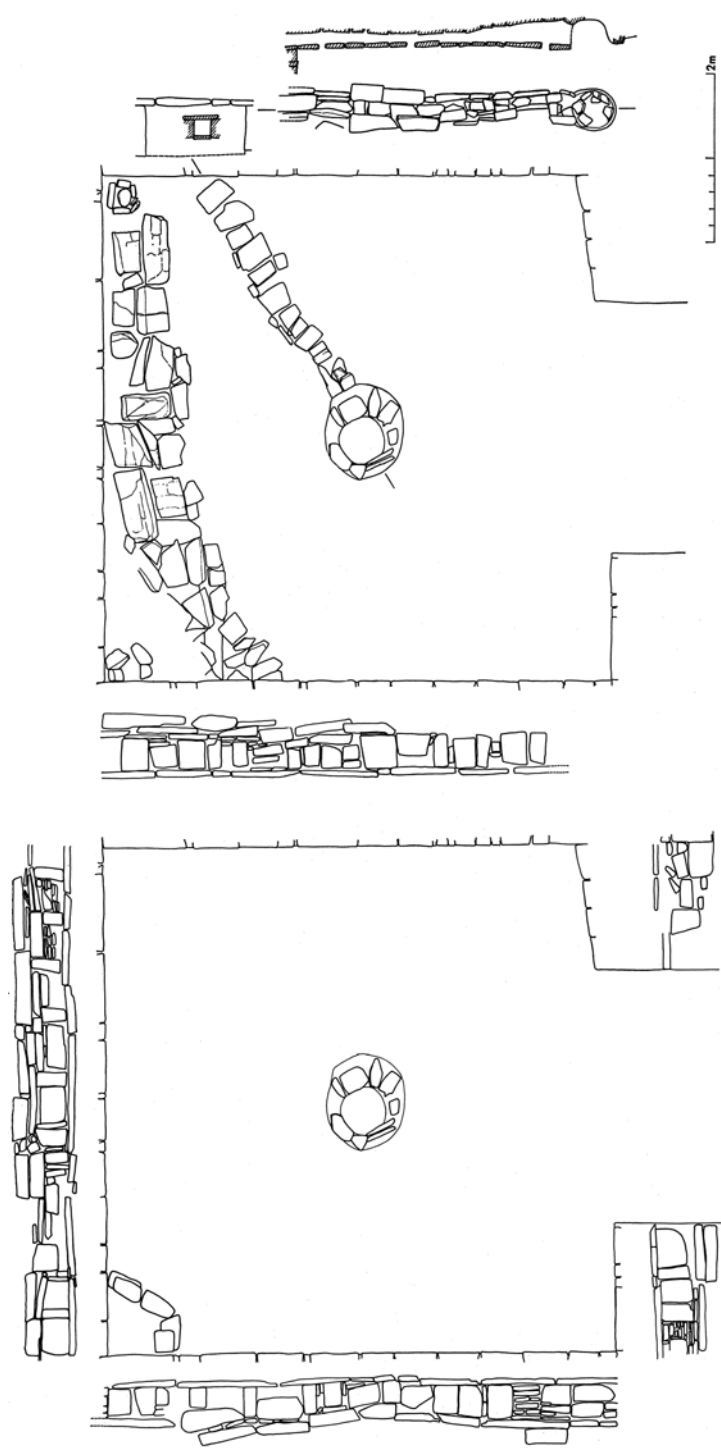


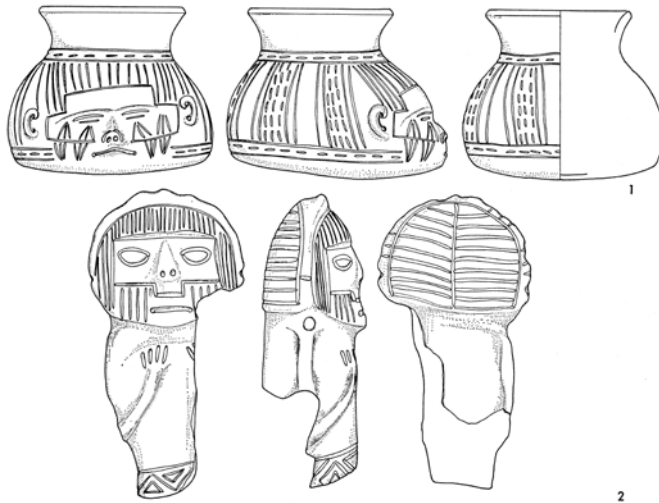
Figura 35. Planta de construcción Shillacoto-Miro (Izumi, Cuculiza & Kano, 1972, figura 9).

Un problema al que Kano (Izumi *et al.* 1972, pp. 18-19, 22, 73-76) presta mucha atención es la relación cronológica entre los períodos Mito y Wairajirca, ya que apareció cerámica sobre el piso superior de S-R 7 y en el fogón de la misma estructura —Kano emplea la denominación *templo* entre paréntesis («so-called “Temples”») (Kano 1979, p. 74)—, lo que permite diferentes hipótesis, pero el autor se inclina en favor de una utilización o reutilización del templo en el período Wairajirca, al comparar la situación del Templo de los Nichitos de Kotosh con el de Shillacoto. En el último sitio, los nichos probablemente fueron rellenados y los muros restaurados durante la fase Wairajirca. En su trabajo de 1979, Kano (1979, pp. 10-12) vuelve sobre este punto: parte de la cultura Mito en Kotosh, que consiste en tres fases, con el Templo Blanco como la fase más temprana, el de las Manos Cruzadas como fase media y el de los Nichitos como fase más tardía. Todos comparten una serie de rasgos, pero probablemente no fueron templos sino estructuras públicas con función religiosa. Sobre una preparación del piso se construyó una tumba de la fase Wairajirca, mientras que el templo fue agrandado. Posteriormente fueron agregadas otras estructuras que podrían ser tumbas de la fase Wairajirca, todo lo cual sugiere una reutilización. Este tipo de reutilización, sin embargo, no corresponde al patrón general, ya que construcciones anteriores suelen ser afectadas por otras que se edifican encima. Por ello, Kano piensa que Wairajirca constituye la continuación y el desarrollo de la tradición de la cultura Mito. El autor es consciente de que la cerámica no puede representar la más temprana de la región, lo que exige la introducción del conocimiento técnico respectivo o la inmigración de un grupo con este conocimiento. Si bien no se puede decidir cuál de las hipótesis sea la correcta, queda claro que no existen diferencias marcadas entre las fases Mito y Wairajirca, al menos en términos cronológicos. También interpreta las estructuras funerarias de Shillacoto como evidencia de una diferenciación social, de una clase gobernante en una comunidad aldeana basada en la agricultura. Ya que estas estructuras eran visibles en su tiempo de funcionamiento, deben de haber servido como lugares para ritos —con el fin de asegurarse buenas cosechas— y para eventos religiosos, como ceremonias asociadas con el enterramiento de sacerdotes-jefes.

La parte principal del trabajo discutido está ocupada por la presentación y la interpretación iconográfica de la cerámica. Con 190 piezas ilustradas, en su mayoría de la fase Wairajirca, pero que incluyen algunas de la fase Kotosh, complementa lo que fue presentado ya para el sitio de Kotosh. En este sitio —incluida su arquitectura—, las evidencias de Shillacoto son más ricas que las de Kotosh, lo que permite a Kano definir mejor los tipos de cerámica en *Shillacoto Zoned Hachure A*, *S. Zoned Hachure B*, *S. Zoned Hachure C*, *S. Deep Incised*, *S. Broad-line Incised*, *S. Fine-line Incised*, *S. Grooved*, *S. Black-or-Brown Polished Incised*, *S. Purple Red* y *S. Modeled* (1979, pp. 13-18) (Figuras 36, 37, 38). El alto porcentaje de cerámica fina con representaciones antropomorfas y

zoomorfas probablemente indica que esta fue empleada en ritos religiosos o ceremonias funerarias. Así, más de 50 de las 190 piezas ilustradas corresponden a caras simples que ya se conocían de Kotosh (Izumi & Sono [editores] 1963, lámina en color 3, láminas 95, 96b, 130, 154; Izumi & Terada [editores] 1972, lámina en color 3, láminas 41a, 118) (véase Figuras 16, 17), donde aparecen en cantidades bastante menores. Kano piensa que estas representaciones están relacionadas con personas enterradas y que señalan un dualismo, lo que se observa en una pieza en la que una de las caras es más antropomorfa, mientras que la otra ostenta una boca felínica (Kano 1979, plano VII); ello podría estar relacionado con funciones duales de personas con autoridad en su comunidad (Kano 1979, pp. 23-24). Sin seguir su argumentación en detalle, el objetivo principal de Kano es indagar sobre el origen de Chavín a partir de las evidencias del Alto Huallaga. Si bien reconoce relaciones genealógicas estrechas con la Cueva de las Lechuzas y Tutishcainyo en la selva, piensa que todos los tipos de cerámica del Formativo despliegan peculiaridades regionales con grandes divergencias entre ellos, por lo que la genealogía de la cerámica temprana en los Andes probablemente no deriva de una sola fuente sino que se expresa en combinaciones e hibridizaciones de varias culturas cerámicas. Opina que elementos del estilo Wairajirca aparecen en Cajamarca y, junto con Kotosh, en Chavín y Chicama. Finalmente, presenta una comparación de elementos de Wairajirca, Kotosh y Chavín (Kano 1979, figuras 13-15).

Queda por considerar el impacto de estos trabajos y una evaluación retrospectiva desde la actualidad. Para ello se discutirán las fases reconocidas desde la más temprana hasta Sajarapatac.



**Figura 36.** Figurina antropomorfa y pequeña jarra en forma de cabeza antropomorfa, tipo *Shillacoto Black Polished* (Izumi, Cuculiza & Kano, 1972, lámina 49).

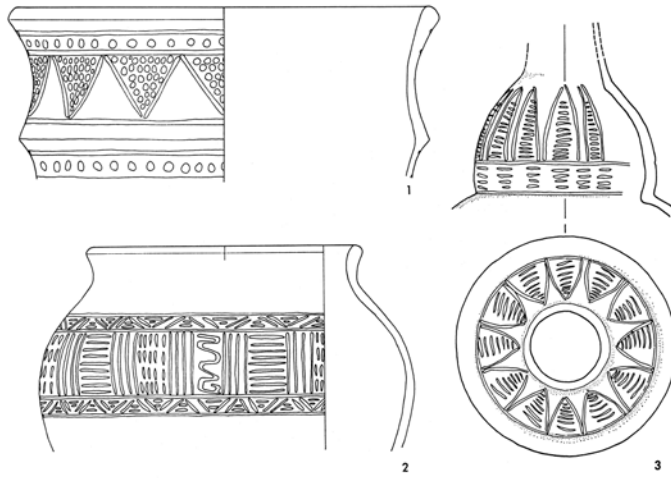


Figura 37. Plato carenado, botella y olla con cuello, tipos *Shillacoto Grooved* (1), *Shillacoto Black Polished Incised* (2), *Shillacoto Shallow Incised* (Izumi, Cuculiza & Kano, 1972, lámina 50).



Figura 38. Recinto R-8, 4,3 por 43,3 metros en el exterior y 3,7 por 3,7 metros en el interior, con un pequeño pericausto de 1 por 0,85 metros y un fogón, Wairajirca (Foto: Y. Onuki).

## Balance de las investigaciones en Kotosh

Los resultados notables de las evidencias constructivas de la fase Mito animaron a buscar o identificar evidencias parecidas en otras partes, con lo que se comenzó a aceptar la complejidad de la arquitectura acerámica y su amplia distribución en sierra y costa. Excavaciones en Huaricoto (Burger & Salazar Burger 1985), La Galgada (Grieder *et al.* 1988) y Piruru (Bonnier 1988) sugieren una distribución serrana en los sistemas fluviales de los ríos Huallaga, Marañón y Santa (véase Bonnier 1997, figura 1). Esta distribución probablemente debe extenderse de modo considerable, sobre todo hacia el norte. Todos estos trabajos citados no alcanzan la precisión y el grado de documentación de los datos de Kotosh, lo que se refleja en dos términos o conceptos con los que se pretende caracterizar a todos estos sitios: Tradición Religiosa Kotosh (Burger & Salazar Burger 1980) y Tradición Mito (Bonnier 1997). La primera se refiere a aspectos rituales en un tipo particular de «estructuras ceremoniales»; la segunda enfoca una tradición arquitectónica que toma los ejemplos de Kotosh como modelo, por lo que la anterior es esencialmente funcionalista, mientras que la última enfatiza el aspecto cronológico y los cambios morfológicos. Los fechados  $^{14}\text{C}$  de estos sitios indican una concentración entre 2500 y 1600 a.C. (datos calibrados; véase Vega-Centeno 2005, pp. 313-318), con algunos fechados algo anteriores que podrían confirmar una fase «pre-Mito» en Piruro. El inicio de esta tradición no está definido en Kotosh, pues no se excavó hasta el suelo estéril y los fechados son escasos y no claramente asociados, lo que vale para prácticamente todos los sitios excavados de la Tradición Mito (Bonnier 1988, pp. 341-342). Onuki (1999, p. 327) señala, con razón, que «es necesario aún obtener los fechados radiocarbónicos para el inicio y fin de la fase Kotosh Mito de manera que se pueda calcular la duración de cada subfase», una observación que es igualmente válida para el inicio de esta tradición en el área, ya que las historias de construcción y ocupación de los sitios pertinentes parecen ser largamente paralelas. Se presenta, por tanto, un problema parecido al de la cerámica «inicial» que requiere la presencia de antecedentes que no se definen aún por la escasez de prospecciones, excavaciones en el área y fechados radiocarbónicos más consistentes y en series más completas.

El otro problema es la interpretación de esta arquitectura como reflejo de actividades sociales fuera de las rituales, en el sentido de la definición de las dimensiones y características de la arquitectura pública frente a otro tipo de construcciones. En todos los sitios se trata de construcciones superpuestas por otras parecidas, un proceso llamado «entombment» por Matsuzawa (1974, p. 176) y «renovación» por Onuki (1993, pp. 78-82). Esto significa, debido a restricciones técnicas de excavación, que las fases más tempranas se conocen de manera incompleta o se ignoran por las limitaciones técnicas en exponer los vestigios correspondientes. Por otro lado, prohíben una definición espacial completa más general. En Kotosh las construcciones Mito



no se limitan al montículo KT, sino que también aparecen en KM, lo que sugiere una extensión más allá de las dimensiones de los montículos. Aparecen también en una serie de otros sitios (Onuki 1993, pp. 71-76) sobre los que no se dispone de mayor información (por ejemplo, Wairajirca; véase Onuki 1999, p. 330, figura 6) (Figura 38). En un sitio con características geomorfológicas más «costeñas», como La Galgada, la arquitectura pública está asociada a grupos de estructuras menores que parecen ser unidades domésticas (Grieder *et al.* 1988, figuras 6, 10, 14-16), de un modo parecido a sitios costeños. La cuenca del sitio alberga varios asentamientos en una cercanía tal que pueden considerarse como un solo complejo con La Galgada (unas 1,5 hectáreas), Pajillas (unas 1,9 hectáreas), Pedregal (0,7 hectáreas) y San Carlos (0,3 hectáreas) (Grieder *et al.* 1988, figura 10).

Otro problema es la relación de estos sitios con los costeños. En 1975, Moseley publicó un polémico libro en el cual propone un origen marítimo de la civilización que fue posible gracias a la explotación intensiva de abundantes recursos marinos, lo que sustenta con la presencia de grandes sitios cerca del litoral, como Las Haldas (véase arriba), Áspero y El Paraíso (Moseley 1975). El sitio más ejemplar es Áspero, excavado por Feldman en 1974 (Feldman 1980, 1985). Con unas 13 hectáreas, es mucho más grande de lo que se había pensado antes por no haber reconocido las estructuras escondidas debajo de colinas de arena eólica. Los montículos son, como en los casos de Kotosh y de otros de la Tradición Mito, construcciones superpuestas en plataformas, no bien aclaradas en el caso de Áspero. Las construcciones pluricelulares sobre plataformas mostraron diferencias con las unicelulares de la Tradición Mito. Dentro de estas explicaciones, la arquitectura serrana tenía que adoptar un carácter epifenomenal por sus dimensiones reducidas y aspecto «rústico». En contra de esta evaluación negativa, Onuki (1999, p. 327) observa lo siguiente:

La extensión total del área excavada del conjunto de tres plataformas de esta subfase [Templo de las Manos Cruzadas] tiene alrededor de 30 por 30 metros y si se toma en cuenta el área no excavada, el conjunto habría sido por lo menos tres veces más grande, con una altura de aproximadamente 15 metros. Compárese estas dimensiones, por ejemplo, con las de Áspero, Huaca de los Ídolos; el Templo de las Manos Cruzadas, de 9 por 9 metros, ocuparía el espacio más amplio considerado como la plaza; el Templo de Shillacoto, con una extensión de 15 por 15 metros, ni siquiera cabría en ella.

Esta tendencia aún se mantiene en la actualidad, sobre todo debido a los trabajos espectaculares en Caral y otros diecisiete sitios en la parte media del valle de Supe, en cuya parte baja se encuentra Áspero (Shady 2003, 2005; Shady & Leyva [editores] 2003). En estos sitios, en particular en Caral y en el valle de Casma (Posorski & Pozorski 1996), se han excavado fogones circulares con ducto subterráneo dentro de estructuras cuadrangulares o circulares, los que, en el caso de Casma, parecen subsistir

en fases con cerámica. Los nichos, otra característica de la Tradición Mito, también son elementos arquitectónicos presentes en muchos de estos sitios. El «enterramiento» o «renovación», asimismo, es un fenómeno común. Finalmente, es preciso agregar que elementos como agujas óseas con cabeza aplanada aparecen tanto en Kotosh como en una serie de sitios costeños. Flautas transversas, asimismo, se registran en Kotosh como en Caral. Todo ello no solo implica contemporaneidad, confirmada por los fechados disponibles, sino contactos, en el sentido de que sitios como Kotosh son partícipes activos en redes de intercambio sostenidas, probablemente, durante tiempos prolongados, en vez de ser vecinos lejanos y retrógados.

Un último problema está relacionado con el fin de esta tradición en Kotosh o el Alto Huallaga y en los otros sitios pertinentes. Como ya se vio, Kano se ocupó de este tema en relación con Shillacoto (Izumi *et al.* 1972; Kano 1979) sin resolverlo definitivamente. Ello es parte del problema general de la introducción de la cerámica, las circunstancias en cada situación y el efecto que produce. Existen varias posibilidades:

- a) Los sitios acerámicos, definidos básicamente por la arquitectura pública, se abandonan antes de la introducción de la cerámica. Estos casos parecen ser comunes en los sitios de Supe, Fortaleza y Pativilca, pero ocurren también en otros valles costeños.
- b) La arquitectura pública sin cerámica está superpuesta por otros tipos de evidencias, como arquitectura más sencilla, arquitectura pública diferente o arquitectura funeraria. En estos casos, queda por aclarar si estas superposiciones constituyen una continuación directa de las construcciones anteriores o si existe un hiato entre ambas.
- c) Las construcciones abandonadas, a la vista de los habitantes de la zona, se respetan, se mantienen y se restauran.

Este último caso puede darse en Shillacoto y está documentado también en Cerro Sechín (Fuchs 1997, p. 150), donde evidencias de precipitaciones fuertes, probablemente un mega ENSO, tapan un contexto funerario (E 223) y otro (E 206) se instala poco después. Fuchs (1997, p. 152) llama a estos fenómenos «fases de uso posterior» (I y II). Por una serie de fechados  $^{14}\text{C}$ , «la ocupación de Cerro Sechín y su arquitectura monumental finaliza alrededor de 3300 a.p., contemporánea con las primeras apariciones comprobadas de la cerámica de Tradición Tortugas/Guañape y Las Aldas, así como con el complejo monumental Pampa de las Llamas, cuya fundación debe haber repercutido de alguna manera en el status de Cerro Sechín» (Fuchs 1997, p. 159). Bonnier (1988; Bonnier *et al.* 1985) se ha ocupado de este problema en una discusión de todos los sitios de la Tradición Mito y, en particular, de Piruru. Lamentablemente, ni la documentación de Piruru ni la de Cerro Sechín son

lo suficientemente completas como para definir bien el carácter de las ocupaciones, el papel de la cerámica en ellas y, por lo general, los fechados que delimiten su ubicación cronológica. Los usos posteriores, por tanto, no se definen claramente, por lo que se origina a menudo la impresión de cambios bruscos sin transición. Esta impresión, sin embargo, es simplificadora, ya que no toma en cuenta una alta gama de situaciones en la historia de sitios particulares o de una región. Quedan por definir estas situaciones por separado y fecharlas de la forma más precisa posible. Este último postulado no se cumple en la mayoría de los casos, por lo que no se puede distinguir bien entre material mezclado —un fenómeno repetidamente mencionado por los japoneses que trabajaron en Kotosh y sitios aledaños, reflejado también en los fechados— y material asociado a contextos que no dejen dudas en cuanto a la diferenciación entre los últimos vestigios sin cerámica y los primeros con ella. Lamentablemente, no se han proporcionado fechados correspondientes para Kotosh, por lo que permanece incierto el tiempo de introducción de la cerámica en el lugar y la duración de su uso.

El problema de la cerámica temprana en Kotosh y Shillacoto se presenta por el relativamente alto dominio técnico, la alta variación y las formas y tipos de decoración, que sugieren un origen foráneo. En los otros sitios de la Tradición Mito, la cerámica de ocupaciones posteriores es distinta y, por regla, más sencilla en el repertorio de sus formas y técnicas de decoración. Un componente importante de formas como ollas sin cuello, botellas y cuencos (Izumi & Terada [editores] 1972, láminas 119, 124-125) no difieren mucho de cerámica temprana de sierra y costa; otras, en cambio, resultan «extrañas», como los platos carenados con boca ovalada o triangular con una variación de técnicas de decoración (Izumi & Terada [editores] 1972, láminas 120-123; Izumi *et al.* 1972, planos 29-31, 53; Kano 1979). Estas formas se relacionan con cerámica excavada por Lathrap en 1956, en Yarinacocha, cerca de Pucallpa (Lathrap 1958, 1962, 1970, 1971) y la Cueva de las Lechuzas, cerca de Tingo María (Lathrap & Roys 1963). De ahí, según Lathrap (1970, p. 106), parece tratarse de una fusión de tradiciones cerámicas distintas, lo que, de acuerdo con el autor, sugiere la llegada de varios grupos humanos de partes separadas del Perú. Por otro lado, existen, como lo admiten los japoneses, muchos paralelos entre Tutishcainyo y Wairajirca, sobre todo en cuanto a técnicas de decoración, como incisión y pintura poscocción. Lathrap (1970, p. 107) concluye que estos paralelos implican una incursión de la Cultura del Bosque Tropical (*Tropical Forest Culture*). En una comparación entre su secuencia y la de Kotosh en la primera versión, mantiene la subdivisión de Wairajirca en dos «períodos» (G y H), confía en los fechados más tempranos de Kotosh y especifica los paralelos entre Tutishcainyo y Wairajirca (1971, pp. 83-89). Solo dispone de un fechado de  $650 \pm 100$  a.C. (Y-1543) para *Early Shakimu*, que corresponde a Kotosh Kotosh, comprobado por tiestos de Shakimu temprano en Shillacoto (Izumi *et al.* 1972, figura 15, lámina

43.8.9). Por sus correlaciones con los fechados de Kotosh, sugiere la existencia de un hiato muy largo entre Tutishcainyo tardío y Shakimu temprano, que se suma a otros más cortos y a un inicio postulado de 2000 a.C., por tanto anterior al inicio de Wairajirca. Como ya se vio, estos hiatos no existen en Kotosh y, por ende, tampoco en el Ucayali central. No hay mayores evidencias para comprobar la prioridad cronológica de Tutishcainyo temprano. Todo ello no comprueba una intrusión de poblaciones selváticas en Kotosh, ni resuelve el problema del origen de la cerámica Wairajirca. Solo investigaciones intensivas en el área del Alto Huallaga, lamentablemente cesadas después de los trabajos en Kotosh, podrán aclarar este problema.

La fase Kotosh muestra una continuación de los rasgos establecidos en la fase anterior como ya fue mencionado. Por otro lado se intensifican evidencias de contactos con otras zonas ya sugeridas para Wairajirca sin los vestigios tan convincentes como en Kotosh. Estos contactos podrían definirse mejor con una reevaluación del material con otro recuperado de otros sitios excavados con posterioridad a las excavaciones en Kotosh. Particularmente interesantes son los contactos con Chavín de Huántar, reflejados en el material de la estructura funeraria de Shillacoto. Tanto en la cerámica como, sobre todo, en los objetos óseos, se perciben motivos y formas que, si bien no necesariamente son importaciones, dejan reconocer familiaridad con la cultura material de Chavín. Por otro lado, hay evidencias de cerámica Kotosh en Chavín (Burger 1984, pp. 78-79), pero se trata de referencias a contextos no documentados que dificultan una evaluación fundamentada. Las botellas de las excavaciones de 1960 (Izumi & Sono [editores] 1963, planos 132 y 133) probablemente provienen de otras zonas más cercanas a la costa, de ahí que la constatación de su estatus de estilo pre-Chavín se presta a malentendidos. Con todo ello, queda por enfatizar el carácter regional de esta cultura material. La discusión de las evidencias de la fase Chavín en Kotosh es tan compleja que es preferible emprenderla más adelante.

La fase Sajarapatac cuenta con datos más definidos para la arquitectura (Matsuzawa 1972b pp. 71-96), con tres tipos de plantas de cuartos y claras evidencias de superposiciones (Izumi & Terada [editores] 1972, p. 310). Si bien se reconocen préstamos de la arquitectura anterior, la cerámica retoma elementos de la fase Kotosh y de la fase anterior, pero, por lo general, da la impresión de ser más homogénea, sin ingredientes que dejen observar contactos más o menos intensivos con otras zonas, como en las fases anteriores. De ahí es probable que la presencia de esta cerámica en San Blas se pueda interpretar como una intrusión del Alto Huallaga en la zona del lago Junín, donde existen, después, evidencias claras de la fase Higuera.

Para finalizar esta discusión larga, queda por constatar que las excavaciones en Kotosh, Shillacoto y otros sitios del Alto Huallaga han demostrado en forma detallada la presencia de largas secuencias que se comparan con otras de la sierra y de la costa,

pero que permiten caracterizar mejor las fases, al proporcionar una visión amplia de las culturas materiales en una región que parece ser limítrofe. La ceja de selva entra de esta manera en la discusión, pero esta no se ha reanudado después de la finalización de los trabajos en Kotosh, con la excepción de algunos más recientes en Sajarapatac por parte de otro equipo japonés (Inokuchi & Martell Castro 2002). Los aportes significativos también permiten formular problemas aún pendientes que justificarían la realización de otros proyectos en el futuro. Entre estos, se podría mencionar los antecedentes de la arquitectura mito, pero se trata de algo compartido con prácticamente todos los sitios con arquitectura monumental del Arcaico final. El problema está relacionado con otro que, asimismo, aqueja el estudio del Arcaico tardío y final en todo el ámbito peruano: la poca cobertura por series de fechados  $^{14}\text{C}$ , indispensables para definir inicios y finales de secuencias constructivas, la duración de estas fases y el carácter de difusión de la arquitectura mito y su relación con usos posteriores o posibles «arcaísmos» en el sentido de construcciones que imitan modelos anteriores en tiempos claramente apartados. Ello vale para las otras fases de la secuencia de Kotosh en la misma medida. Otro aporte importante es haber demostrado una especie de intrusión masiva de evidencias Chavín en la parte tardía de la secuencia. Es evidente que esto se convierte en un problema que aún preocupa a los japoneses y los anima a emprender más trabajos de excavación en sierra y costa, para definirlo de manera más satisfactoria.

#### 4. LA PAMPA (1969 Y 1975)

Esta sensación de no haber resuelto todos los problemas llevó también a una quinta expedición, la última bajo la dirección de Izumi. Los propósitos consistían en establecer las razones que llevaban a la construcción de templos tempranos, su papel en el desarrollo de la civilización y el significado de su enterramiento en el desarrollo social y cultural. Para ello se envió a tres equipos, uno bajo la dirección de Kano, con el fin de excavar en Shillacoto, y un segundo bajo la de Matsuzawa para trabajar en Las Haldas. Ambos sitios y los resultados de las excavaciones realizadas ya fueron tratados en este trabajo. El tercer equipo fue conformado por Onuki y Fujii, quienes llevaron a cabo una prospección general en Cajamarca, el Callejón de Huaylas y el de Conchucos, con el fin de escoger un sitio apropiado. Dicho sitio fue La Pampa, en el departamento de Áncash (Onuki 2002, p. 62). Los resultados fueron presentados en un informe en japonés con resumen en inglés, acompañado por dos mapas, diecisiete figuras y veinte láminas (Onuki & Fujii 1974).

La Pampa se sitúa en la provincia de Corongo, departamento de Áncash, sobre una terraza de la orilla izquierda del río Manta, un afluente del Santa (Onuki & Fujii 1974, p. 78, mapas 1 y 2; Terada [editor] 1979, p. 1, figuras 1 y 2) (Figura 39). Se trata de un

sitio con dimensiones considerables, calculadas en unas 100 hectáreas con diez montículos artificiales y semi artificiales. En noviembre de 1969, se excavó una trinchera en el más grande de ellos, llamado M-4 (Onuki & Fujii 1974, p. 78, figura 1), de unos 150 metros de diámetro y 10 metros de altura. Se detectaron tres plataformas. La mayor evidencia de construcción se presenta en la cumbre, donde aparecen varias fases de construcción que no están descritas especialmente en el resumen, pero se considera que se trata de una sola fase cultural. Se definen y describen ocho tipos de cerámica: *La Pampa Brown*, *LP Smoothed*, *LP Polished Black*, *LP Polished Red*, *LP Red*, *LP Fine Black*, *LP Thin Black* y *LP Fine Orange* (Onuki & Fujii 1974, pp. 79-80, figuras 2-16) (Figuras 40-42). Estos resultados permiten comparaciones con Chavín de Huántar y Kotosh (Kotosh Chavín) que confirmarían la atribución a una sola fase. No solo la cerámica sino también canales y contextos funerarios de niños vinculan estos sitios. Por otro lado, no dejan de resaltar elementos que no corresponden al estilo Chavín. Estos se relacionan con Las Haldas, Kotosh Wairajirca y Kotosh Kotosh.

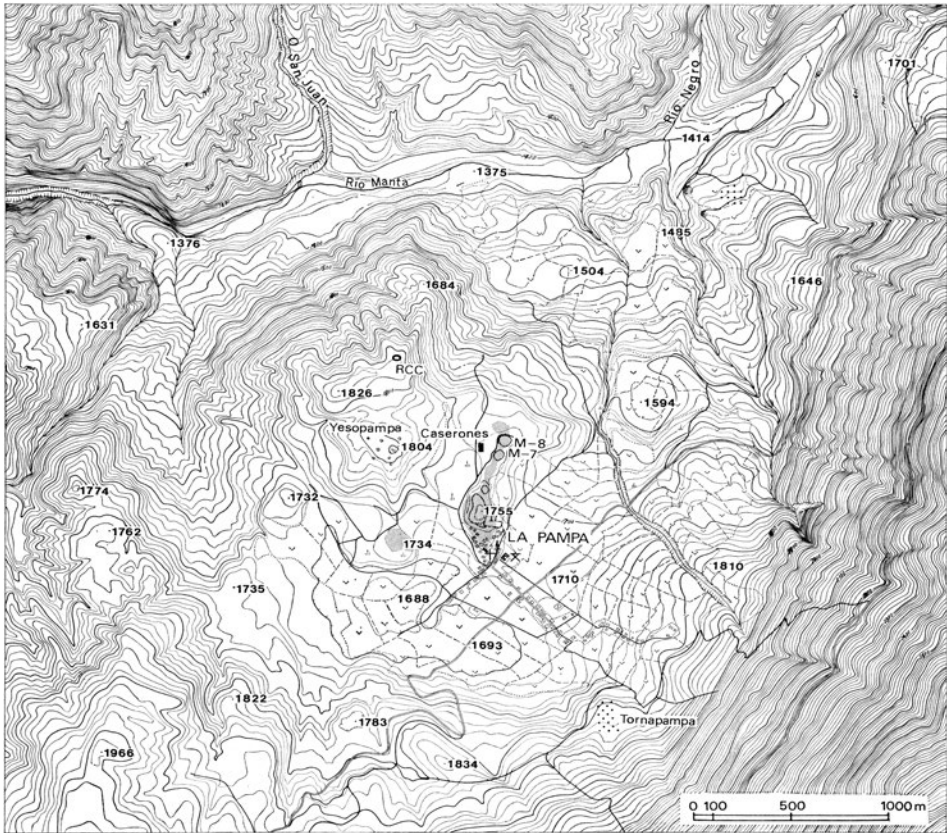


Figura 39. Ubicación de los sitios de La Pampa (resaltados en gris) (Terada, 1979, figura 3).

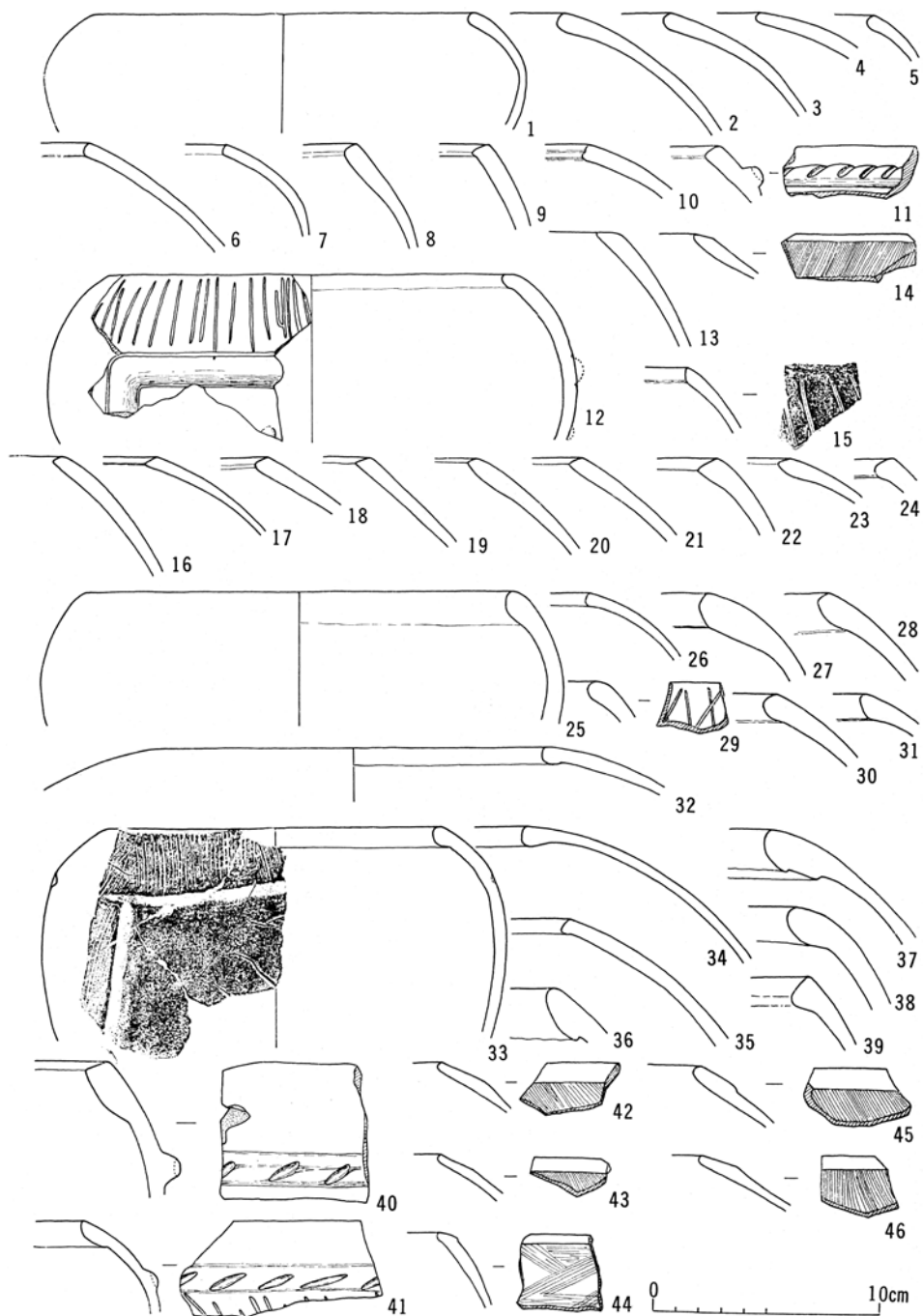


Figura 40. Cerámica de La Pampa, tipo *La Pampa Brown* (Onuki & Fujii, 1974, figura 3).

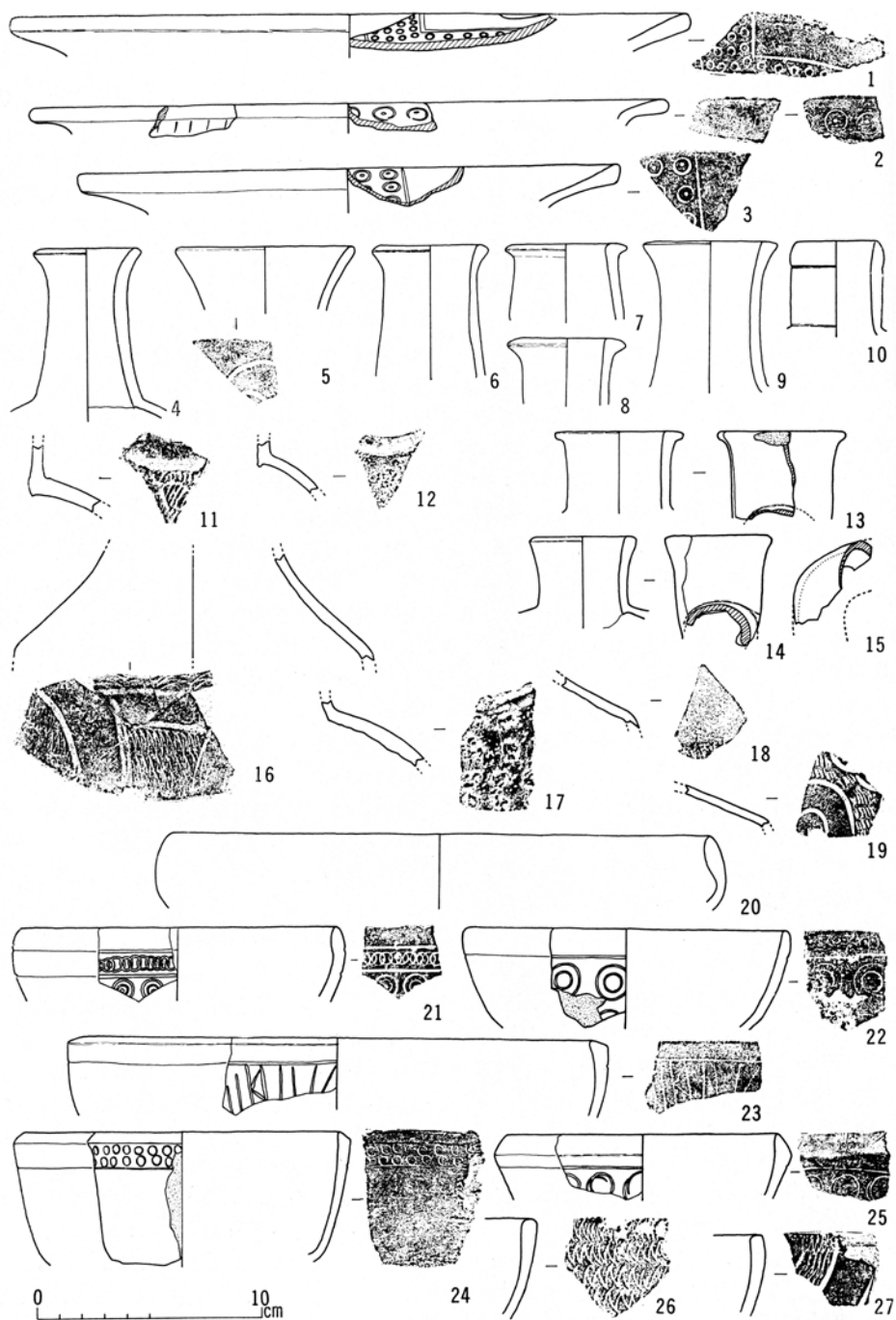


Figura 41. Cerámica de La Pampa, tipo *La Pampa Polished Black* (Onuki & Fujii, 1974, figura 8).



Un hallazgo importante corresponde a una escultura de granito de 1,88 metros de largo, 0,48 de ancho y 0,33 de espesor, que, según los autores, también debería de pertenecer al Horizonte Chavín (Onuki & Fujii 1974, lámina XX.1.2.3; Terada [editor] 1979, lámina 129; para dibujo, véase Bischof 1994, figura 23a) (Figura 43) y que fue el motivo de los trabajos en el lugar. Lamentablemente no se lo encontró in situ sino cerca de la iglesia del pueblo.

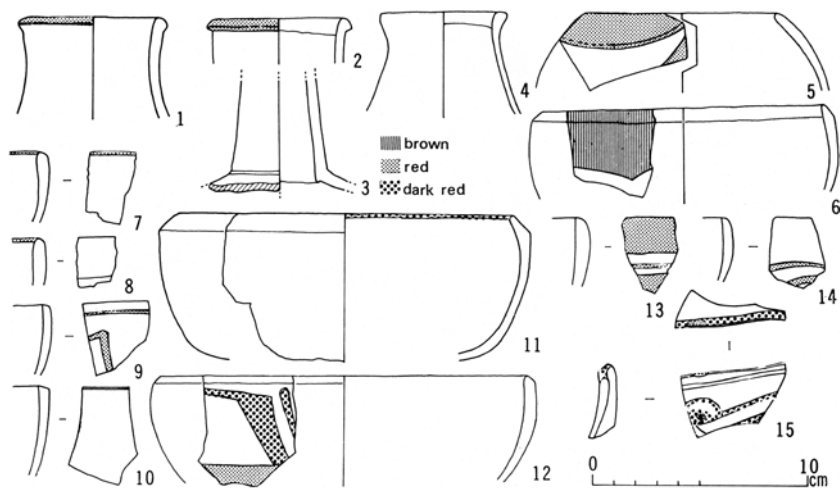


Figura 42. Cerámica de La Pampa, tipo *La Pampa Fine Orange* (Onuki & Fujii, 1974, figura 15).



Figura 43. Dintel con relieves, La Pampa (Foto: Y. Onuki).

La muerte de Izumi obligó a una reorganización; Terada, el nuevo director del proyecto, se encargó de ella y logró el establecimiento de otro programa de larga duración que permitió una primera Expedición Japonesa a América Nuclear, en 1975. En ella participaron Terada, Ogata Tamotsu (antropólogo físico), Tomoeda, Fujii, Tsuyoshi Ushino (asistente de campo), Yasutake Kato (investigador) y Onuki (hacia el final de la temporada). Justo Cáceres, del Museo Nacional de Antropología y Arqueología, e Isabel Flores, del Instituto Nacional de Cultura, participaron por el lado peruano (Terada [editor] 1979, p. XI). El nuevo proyecto tenía como zona seleccionada la sierra norte y, como meta, obtener datos comparables con Kotosh. Sobre la base de los resultados obtenidos por Onuki y Fujii, se decidió volver a La Pampa. Los trabajos se concentraron en los montículos 7 y 8; adicionalmente se investigaron otros sitios como Rondán, Tornapampa y aquellos en la cercanía de Corongo. Como estos no revelaron la presencia de restos del Formativo y como La Pampa fue el sitio principal con los resultados más sustanciales y más relevantes, se considera, en este contexto, solo este último.

La publicación, el primer informe de la Expedición Científica Japonesa a la América Nuclear (Terada [editor] 1979), retoma el modelo establecido en *Andes 4*. El prólogo, la introducción y las conclusiones están a cargo del editor; la estratigrafía (capítulo 2) tiene a Ushino como autor (1979a), quien se encargó también del capítulo siguiente sobre construcciones (1979b). Hernando de Maceda se dedica a publicar una lista de huesos de animales identificados (capítulo 4) y Fujii se encargó de los artefactos líticos, óseos, de metal y de concha (capítulo 5). Kato (1979, pp. 115-149) firma el capítulo sobre cerámica. El informe cuenta con un total de 91 láminas de fotos y 38 de dibujos.

La estratigrafía se parece a la de M-4 de la excavación de Onuki y Fujii, en el sentido de que, por lo general, el espesor total es reducido, mide menos de 2 metros, lo que significa que los montículos 7 y 8 tampoco son totalmente artificiales, como en el caso de Kotosh, Shillacoto y otros en la zona de Huánuco, sino elevaciones naturales modificadas. Este poco espesor consiste de capas superpuestas y restos de arquitectura que, a menudo, resultan difíciles de definir en cuanto a su función y relación con la arquitectura. Ya que estos vestigios también corresponden a restos post-formativos, las evidencias del Formativo se reducen más aún. Las construcciones corresponden a cuatro períodos: Caserones (Inca), Tornapampa (post-Formativo), La Pampa y Yesopampa, este último en tres fases (A, B y C). Ninguna de las estructuras corresponde a lo que podría interpretarse como templos. Ushino (1979b, p. 77) enfatiza que M-8 no fue utilizado como sitio aislado sino como parte de un conjunto con los demás montículos, por lo que las investigaciones solo ocupan una parte reducida del enorme conjunto de sitios de La Pampa. Por ende, resulta imposible aclarar el desarrollo cultural de La Pampa sobre la base de los resultados de la excavación en M-8.



Figura 44. Plano de construcciones de la fase Yesopampa en la falda occidental y al pie de M-8, La Pampa (Terada, 1979, figura 31).

Las construcciones se inician en la pendiente occidental del montículo, probablemente con una fase incluso anterior a Yesopampa A. Sobre una plataforma se levantan cuartos cuadrangulares a rectangulares de dimensiones reducidas, normalmente con menos de 4 metros cuadrados y, por regla, sin entradas (Figura 44). En la base de las pendientes de M-8 y M-7 y en la cumbre del M-8, se observan frecuentes superposiciones, lo que resulta en la definición de tres fases de construcción (Ushino 1979b, figuras 20, 28-42, láminas 22-36). Se dispone de cinco fechados  $^{14}\text{C}$  entre  $3350 \pm 100$  a.p. y  $2920 \pm 70$  a.p. (Terada [editor] 1979, pp. 173-174, figura 39). La cerámica asociada está dominada por el tipo *Yesopampa Brushed*, que llega a un 88% del total. Consiste de una sola forma, una olla sin cuello cuya superficie está bruñida, de color marrón oscuro o negro, con bandas de aplicaciones (Kato 1979, pp. 122-123, láminas 67-69.1, 105, 106, 107.1) (Figura 45). Los otros tipos, por lo tanto, son minoritarios, como *La Pampa Polished Black*, *LP Smoothed*, *LP Polished Red*, *LP Brown* y *LP Red*. En R-11 (Yesopampa A) se encontró un mortero figurativo fabricado con la técnica del picado sobre un canto rodado alargado. Se observaron restos de pigmento rojo en ambos ojos de lo que parece ser un felino (Fujii 1979, p. 100, láminas 87b, 124.1) (Figura 46). Además se excavaron otros morteros y vasijas de piedra (una con incisiones, Fujii 1979, lámina 125.4), así como espejos de antracita y una pequeña figurina (Fujii 1979, lámina 127.6). La ubicación de la puntas talladas y pulidas no parece ser muy clara (Fujii 1979, p. 99, láminas 119.1-12) ya que, junto con los otros objetos líticos que aparecen también en K. Wairajirca y K. Kotosh, las puntas de Yesopampa deberían ser puntas talladas, pero se pretende haber encontrado también puntas pulidas en capas de la fase Yesopampa, lo que contradiría la lógica de Kotosh, a no ser que se deba a material mezclado.

Las construcciones de la fase La Pampa solo se dejan caracterizar con dificultad debido a la mala conservación y la escasez de sus restos. Hay casos de superposición sobre construcciones de la fase C de Yesopampa (Ushino 1979b, pp. 49-54, figuras 20, 27, 28, 39, láminas 15-16), con la excepción de R-16 de 2,5 por 1,6 metros, con muros de doble cara y una construcción especial con piedras poligonales erguidas y piedras pequeñas como intersticios (Ushino 1979b, p. 50, lámina 15b). Respecto de los tipos de cerámica, *LP Brown* gana en popularidad a expensas de *Yesopampa Brushed*. En la estratigrafía del R-16 (Kato 1979, table 14), *LP Brown* y *LP Red* son los tipos predominantes con 72,3% y 14,5% respectivamente; *Yesopampa Brushed* aún aparece con un 6%, *LP Polished Black* y *LP Smoothed* están representados por un solo tiesto y *LP Polished Red* aparece con cuatro especímenes. En la capa III, por encima de la de base (IV), ya registran cantidades importantes de cerámica de fases posteriores —casi todos los tipos de la fase Tornapampa, lo que muestra disturbios pese al predominio de los tipos *LP Brown* (59,1%) y *LP Red* (17,9%)—. Los fechados  $^{14}\text{C}$

sobre muestras de fogones ( $2620 \pm 70$  a.p. y  $2490 \pm 60$  a.p.) no confirman la aparente continuidad en arquitectura y cerámica, aunque podrían concordar con las relaciones con la cultura Chavín (Terada [editor] 1979, p. 177). Los tipos de cerámica que confirmarían esta relación se constituyen por *LP Polished Black* y quizá *LP Polished Red*. Estos asoman muy esporádicamente en cantidades reducidas, de modo que no se puede excluir la posibilidad de intrusiones.

Si se comparan estos resultados con los de Onuki & Fujii (1974), llama la atención que se reconocen los mismos tipos cerámicos en las excavaciones de 1975, pero exhiben una variedad tipológica mucho mayor, con la excepción de *Yesopampa Brushed*, que no fue reconocido como tipo propio (Onuki & Fujii 1974, figura 3.14.15.42-46). Además, existen otros tipos ausentes en el registro de Onuki & Fujii, como *La Pampa Fine Red*, *LP Thin Black* y *LP Fine Orange* (Onuki & Fujii 1974, p. 74, figuras 13-15).

En resumen, las excavaciones en La Pampa no dieron los resultados esperados (Terada [editor] 1979, p. 173). No apareció una secuencia clara que cubriese todo el período Formativo, aunque la totalidad de los elementos encontrados sugiere que La Pampa debe cubrir buena parte del Formativo. El problema reside en la estratigrafía compleja y poco profunda y en la conservación deficiente de la arquitectura. Problemas de mezclas del material, ya observados en Kotosh, aparecen en este sitio también. Si en Kotosh se perciben dos fases con anterioridad a las evidencias Chavín en el sitio, en La Pampa es una sola. Tampoco existen, además, evidencias de la fase Wairajirca ni de la Kotosh. Nada de lo que se excavó en cuanto a arquitectura corresponde a arquitectura pública o ceremonial. Como ya señaló Ushino (véase arriba), las excavaciones realizadas ocuparon un porcentaje tan reducido de este sitio enorme que los datos obtenidos no podían aclarar todo su desarrollo. Si ya existen diferencias marcadas entre dos de los montículos, puede haber más en el resto del sitio. De particular importancia es el conjunto que caracteriza una fase muy temprana del Formativo, llamada Yesopampa. El dintel lítico, uno de los motivos para emprender excavaciones en el sitio (Onuki & Fujii 1974, lámina XX; Terada [editor] 1979, lámina 129) (Figura 43), no corresponde al estilo Chavín, pero se compara con el mortero excavado de contextos de la fase A de Yesopampa (Figura 46), por lo que significaría una de las más tempranas representaciones de escultura lítica en la sierra. Probablemente formaba parte de la arquitectura monumental que debería existir en el sitio.

Por otro lado, los rasgos atribuibles al estilo Chavín son poco palpables y, por ende, tampoco aclaran la correlación con las evidencias recuperadas en Kotosh, si bien existen correlaciones claras con los tipos Paucarbamba.

Excavaciones más intensivas y extensivas serán necesarias para aclarar la secuencia del sitio y su organización espacial. Como en el caso de Kotosh y Shillacoto, sin embargo, los trabajos llevados a cabo no animaron a intervenciones posteriores.

Por razones que se especificarán en su lugar, no se discuten los resultados de La Pampa desde una perspectiva actual. Terada (1982, p. XIII) reconoce que se habría tenido que seguir con las excavaciones, pero los sitios y los problemas logísticos eran demasiado grandes.

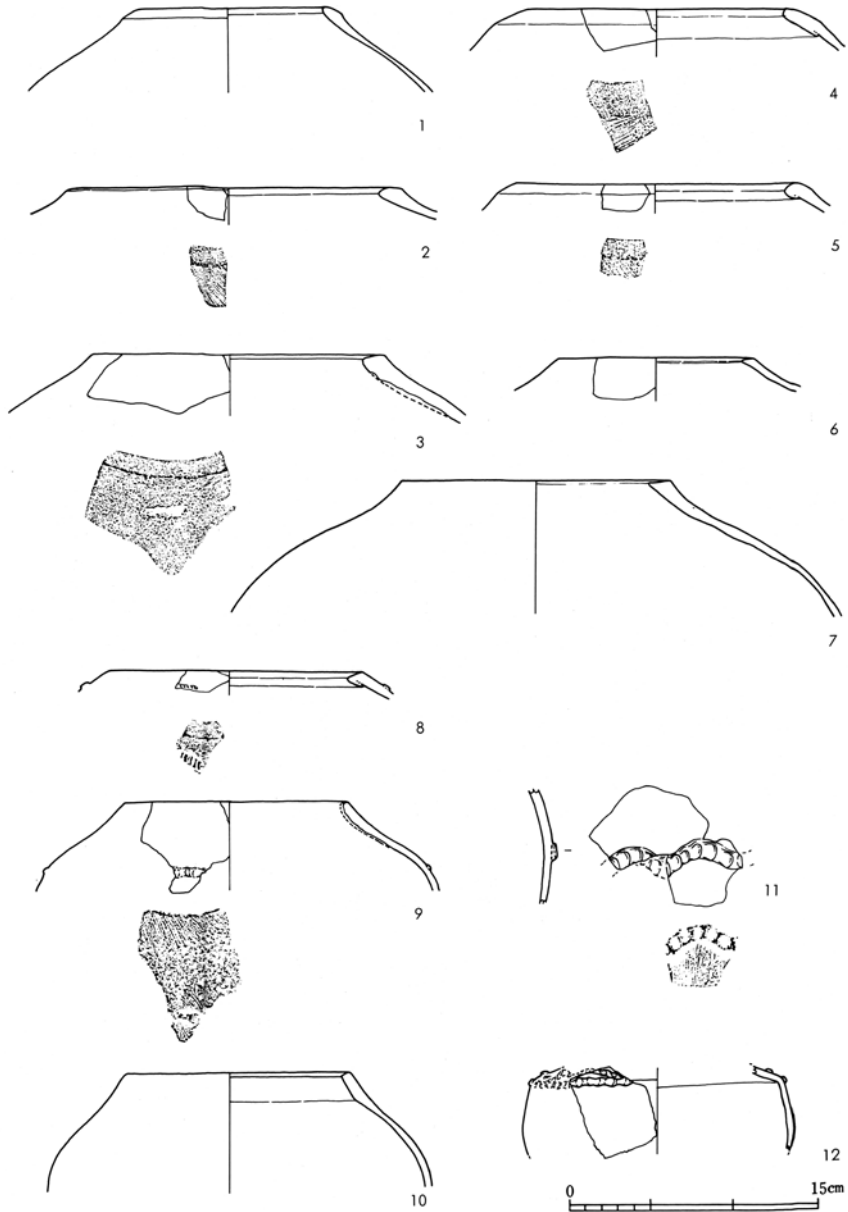


Figura 45. Cerámica de la fase Yesopampa, tipo *Yesopampa Brushed*, La Pampa (Terada, 1979, lámina 106).

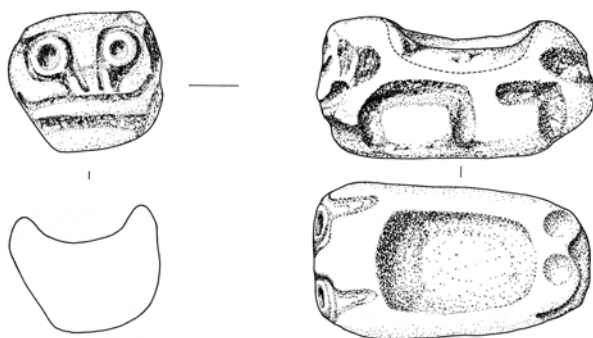


Figura 46. Mortero zoomorfo de diorita (canto rodado), 18,5 por 10,3 por 9,2 centímetros, R-11, fase Yesopampa, con restos de pigmento rojo; La Pampa (Terada, 1979, lámina 124.1).

## 5. HUACALOMA (1979, 1982, 1985, 1988 Y 1989)

El sitio de Huacaloma, cerca de la ciudad de Cajamarca, se convirtió en nuevo centro de trabajo de la Expedición Científica a América Nuclear a partir de 1979 (Figura 47). Cuenta con un total de cinco temporadas, las primeras tres bajo la dirección de Terada. Debido a su muerte en 1987, la dirección pasó a Onuki, quien se encargó de esta función en las últimas dos expediciones. Este despliegue, mayor que el de Kotosh, se plasma en una serie considerable de publicaciones (Terada & Onuki [editores] 1982, 1985, 1988; Terada 1985a y b; Terada & Matsumoto 1985; Matsumoto 1993, 1994; Onuki 1989; Kato & Seki 1985; Seki 1993, 1997, 1998). Pese a ello, aún queda por publicar una cantidad importante de datos.

La primera campaña se llevó a cabo entre junio y septiembre de 1979, y el equipo se conformó por Terada, Onuki, Ushino, Ryozo Matsumoto y Yuji Seki, todos del Departamento de Antropología Cultural de la Universidad de Tokio. Volvió a participar Kato, quien había pasado a la Universidad de Saitama (Terada & Onuki [editores] 1982, p. XIII). Los resultados fueron tan positivos que Terada previó la necesidad de programar al menos una temporada más (Terada & Onuki [editores] 1982, p. XIII). El informe, fruto de esta campaña, es voluminoso: consta de 351 páginas de texto —con 68 figuras y 51 tablas— y 135 láminas de fotos y dibujos. Solo la cerámica cuenta con dibujos de 797 especímenes, 456 de ellos de fases del Formativo. De nuevo, varios autores se encargan de las diferentes secciones: Terada del prólogo (Terada 1982); Terada y Onuki de las conclusiones (Terada & Onuki [editores] 1982, pp. 251-266); Onuki, Matsumoto, Kato, Seki y Ushino de estratigrafía y construcciones (Terada & Onuki [editores] 1982, pp. 15-91); Onuki, Kato y Matsumoto del proceso de la formación del sitio (Terada & Onuki [editores] 1982,

pp. 221-250); Matsumoto de la clasificación de la cerámica, su seriación y de los artefactos de cerámica (Terada & Onuki [editores] 1982, pp. 93-117, 119-179 y 181-194 respectivamente); Ushino de los demás artefactos (Terada & Onuki [editores] 1982, pp. 195-220). Cuatro apéndices completan el trabajo: uno de Ninomiya sobre estudios químicos de la cerámica, otro sobre polen (sin autor), un análisis de un esqueleto humano (Takayama Hiroshi) y un último sobre zooarqueología, escrito por Melody Shimada (1982, pp. 303-336).

El sitio de Huacaloma consiste en una serie de montículos (Terada & Onuki [editores] 1982, figura 2) de los que M-1 y M-2 fueron escogidos para las excavaciones (Terada & Onuki [editores] 1982, figura 3) (Figura 48). Estas revelaron estratigrafías muy complicadas, por lo que las descripciones de estratigrafía y de construcciones fueron reinterpretadas en forma más global, en un capítulo separado. En este se reconoció la presencia de niveles (*levels*) que se definen por pisos con o sin estructuras. Estos niveles fueron correlacionados con la cerámica para diferenciar entre períodos y fases. De esta manera, el Área HL-I de M-1 registra nueve niveles, en los que aparece una secuencia de Layzón por debajo de Cajamarca Inicial A, Cajamarca Inicial B, Cajamarca Temprano y Cajamarca Medio. El dibujo que acompaña esta parte se parece a una matriz de Harris (1979; véase Capítulo IV). HL-II, la trinchera entre ambos montículos, tiene una base sin elementos culturales y doce niveles: los primeros cinco pertenecen a Huacaloma Temprano; el sexto, a Huacaloma Tardío; el séptimo, a Layzón; y el resto (octavo a duodécimo) a Cajamarca Inicial, Temprano y Medio. En el Área HL-III (M-2) se reconocieron veintidós niveles con una secuencia parecida: Huacaloma Temprano (niveles 1 a 8); Layzón (niveles 9 a 11); y el resto, Cajamarca Inicial A y B, Temprano y Medio (niveles 12 a 21).

En el período Huacaloma Temprano, el más temprano de la secuencia, presente en HL-I y HL-II, las construcciones se superponen y destruyen las anteriores por partes, lo que resultó en un montículo de al menos 3 metros de altura, desde M-2 a M-1. Los estratos consisten en tierra roja y negra. No hubo construcciones de Huacaloma Tardío, pero se encontraron evidencias de su probable existencia. Parece que estas construcciones debían de haber unido ambos montículos. Fueron levantadas con piedras, a menudo toba (traquita), cubiertas por un mortero grueso de arcilla, de color amarillo o blanco cremoso en forma de paredes de solo 0,3 metros. Luego se aplicaron capas muy delgadas de enlucido. El mejor ejemplo es el R-1, una estructura de 5,5 por 3,9 metros con una entrada y un fogón circular en el centro del piso, que estaba lleno de ceniza blanca. También se encontró ceniza esparcida como evento final del relleno de R-1. Esta señaló la construcción de otra estructura sobre la anterior (Terada & Onuki [editores] 1982, pp. 50-54, 252, figuras 25, 26, 28, 29, láminas 12 y 13, lámina en color 1) (Figuras 49, 50).



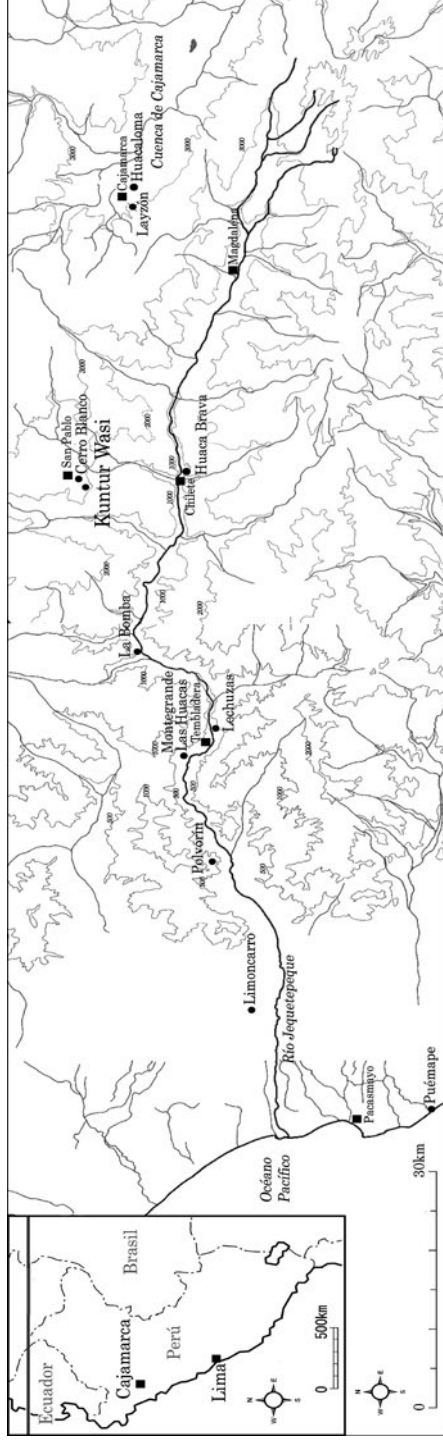


Figura 47. Sitios arqueológicos del valle de Jequetepeque (Mapa: E. Tsurumi).

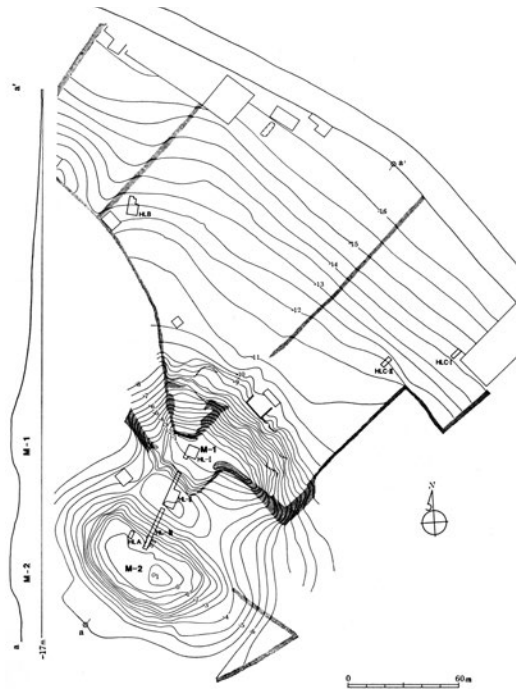


Figura 48. Plano del sitio Huacaloma con los montículos M-1 y M-2 y las áreas de excavación (Terada & Onuki, 1982, figura 3).

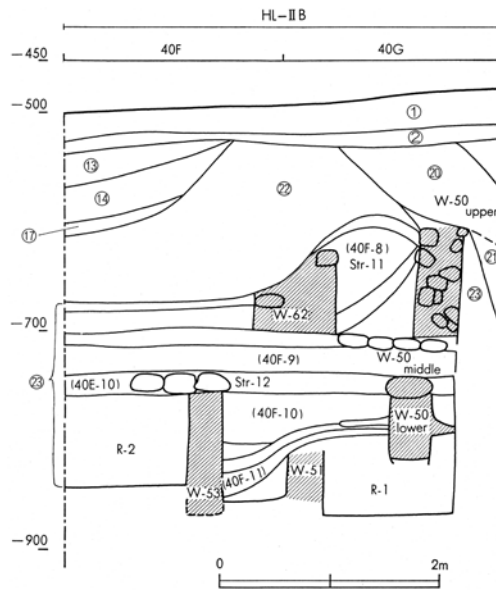


Figura 49. Perfil norte de HL-II B con ubicación estratigráfica de R-1 (véase figura 50) (Terada & Onuki, 1982, figura 29).

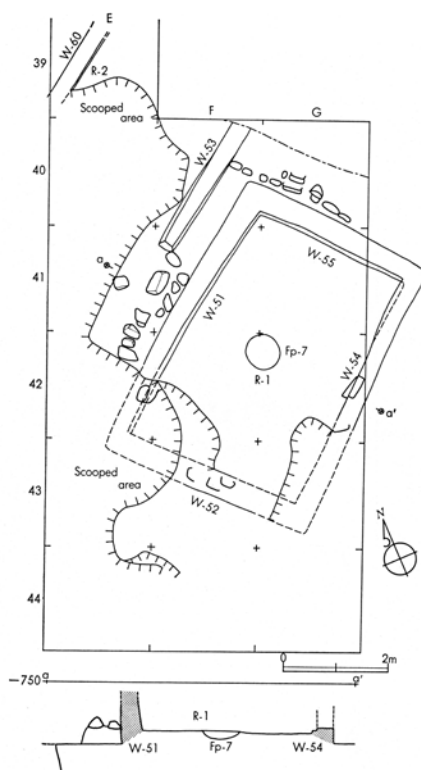


Figura 50. Construcciones de la fase Huacaloma Temprano, R-1 y R-2, Planta y perfil, Huacaloma (Terada & Onuki, 1982, figura 26).

La cerámica corresponde a tres tipos: *Huacaloma Coarse Brown*, *Huacaloma Brown Smoothed* y *Huacaloma Red Smoothed*, entre los cuales predomina el primero con 80% a 90%. Las formas son relativamente simples, con ollas de cuello corto o sin cuello, platos carenados, cuencos y platos abiertos. Las técnicas de decoración se limitan a incisión, peinado, punteación y aplicaciones (Terada & Onuki [editores] 1982, pp. 94-97, 120-121, láminas 21-24, 73-78) (Figuras 51-53). En el último nivel apareció cerámica distinta del tipo *Huacaloma Black Polished* en porcentajes muy bajos. Este tipo es técnicamente superior y se caracteriza por decoración modelada, punteaciones, incisiones cortas y poco profundas, y *rocker-stamping* —es decir, decoración hecha con los bordes de conchas en movimientos zigzagantes—. Entre las formas que en parte concuerdan con los otros tipos, aparecen botellas de asa estribo (Terada & Onuki [editores] 1982, p. 97, láminas 27-28, 82) (Figura 54).

En cuanto a los restos óseos, se indica una economía basada en la cacería de cérvidos y camélidos, aunque la muestra es reducida. Algo sorprendente es un porcentaje relativamente alto de restos humanos, algunos con evidencias de haberlos convertido

en implementos (Shimada 1982, pp. 308-309, 317, Tabla 6). El predominio de cérvidos es más marcado en Huacaloma Tardío, seguido por huesos humanos.

Se recuperaron muestras para tres fechados  $^{14}\text{C}$ :  $1130 \pm 70$  a.C.,  $890 \pm 90$  y  $770 \pm 240$  a.C. A partir de ellos se estima la duración de este período entre 1500 y 1000 a.C. (Terada & Onuki [editores] 1982, p. 258).

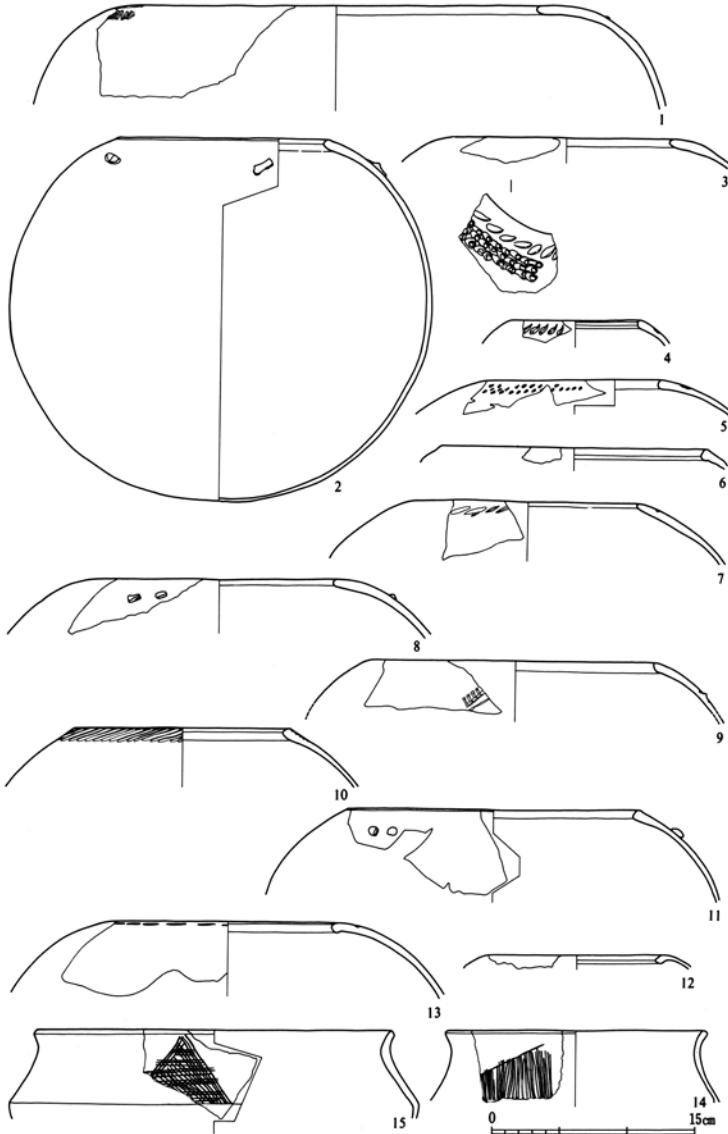


Figura 51. Cerámica de la fase Huacaloma Temprano, tipo *Huacaloma Coarse Brown*, Huacaloma (Terada & Onuki, 1982, lámina 73).



Figura 52. Olla con cuello corto y aplicación en forma de lechuga, *Huacaloma Coarse Brown*, fase Huacaloma Temprano, Huacaloma (Foto: Y. Seki).



Figura 53. Plato carenado, *Huacaloma Coarse Brown*, fase Huacaloma Temprano, Huacaloma (Foto: Y. Seki).

El siguiente período, Huacaloma Tardío, no arrojó restos de construcciones, pero muestra diferencias en la cerámica. Si bien siguen presentes los tipos anteriores (entre 15% y 40%), aparecen nuevos como *Huacaloma Brown Polished*, *HL Red Polished*, *HL White-on-Red* y *HL Red Painted*. Ligeramente posteriores son los tipos *HL Line-Burnished*, *HL Broad-line Incised*, *HL Fine-line Incised*, *HL Zoned Post-coction Painted* y *HL Red-on-Orange*. También siguen presentes las formas anteriores, pero los tipos pulidos introducen cántaros con cuellos altos y botellas de asa estribo. Proliferan las técnicas de decoración y existen relaciones entre los tipos. De este modo, *HL Line-burnished* y *HL Red Painted* se derivan de *HL Brown Smoothed* y *HL Red Smoothed*. Mientras tanto, *HL Red Polished* y *HL Brown Polished* se relacionan con *HL Black Polished* en cuanto a pasta, antiplástico y acabado de superficie, lo que vale también para *HL Fine-line Incised*, *HL Broad-line Incised* y *HL Zoned Post-coction Painted*. Se piensa que todos estos tipos fueron introducidos en el sitio, pero se diferencia, al guiarse por su calidad, entre piezas importadas e imitaciones locales (Terada & Onuki [editores] 1982, pp. 97-103, 212-102, láminas 25-32, 78-87) (Figuras 54-59). Pese a poder contar con solo un fechado  $^{14}\text{C}$ , se piensa que es posible ubicar este período entre 1000 y 500 a.C. (Terada & Onuki [editores] 1982, p. 258).

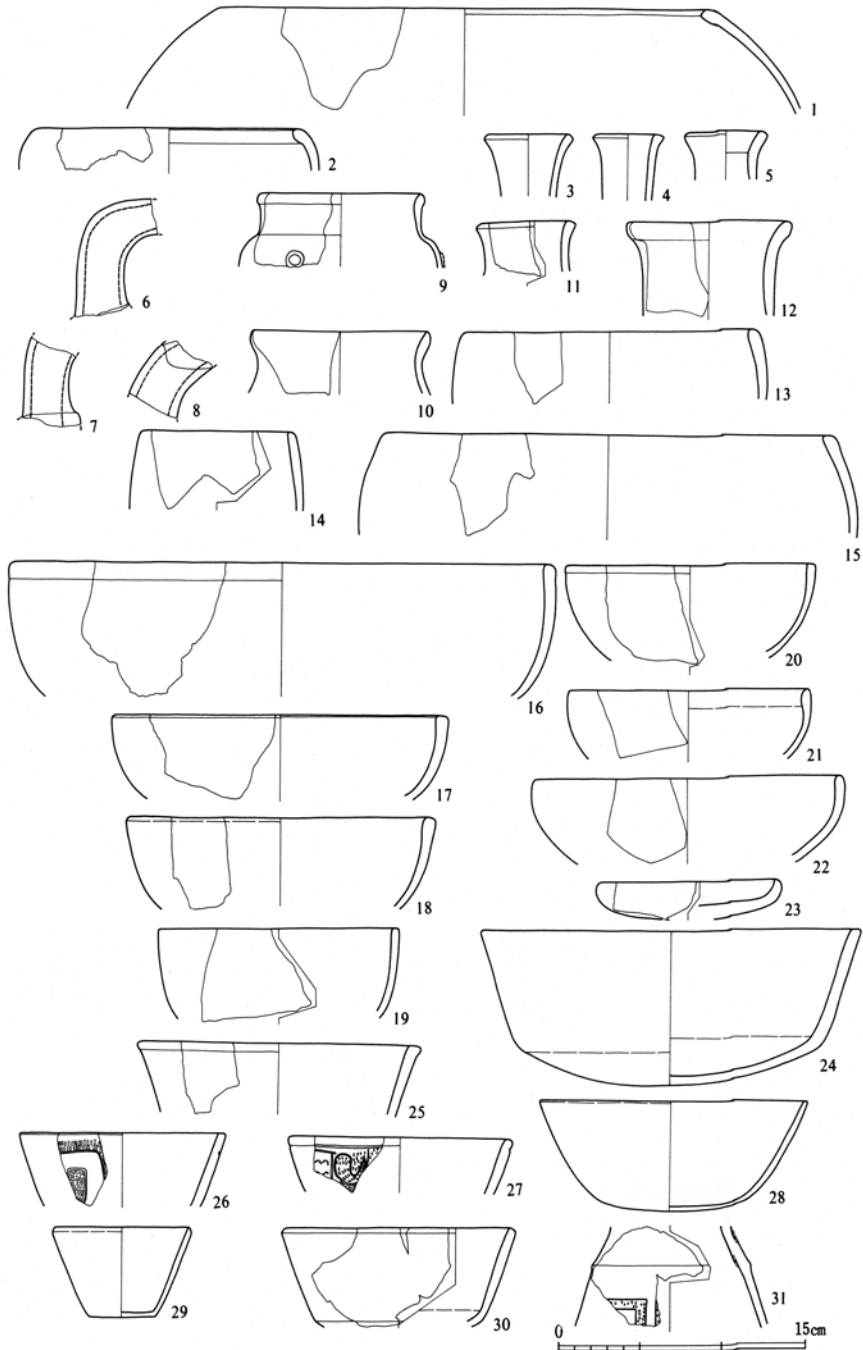


Figura 54. Cerámica de la fase Huacaloma Tardío, tipo *Huacaloma Black Polished*, Huacaloma (Terada & Onuki, 1982, lámina 82).

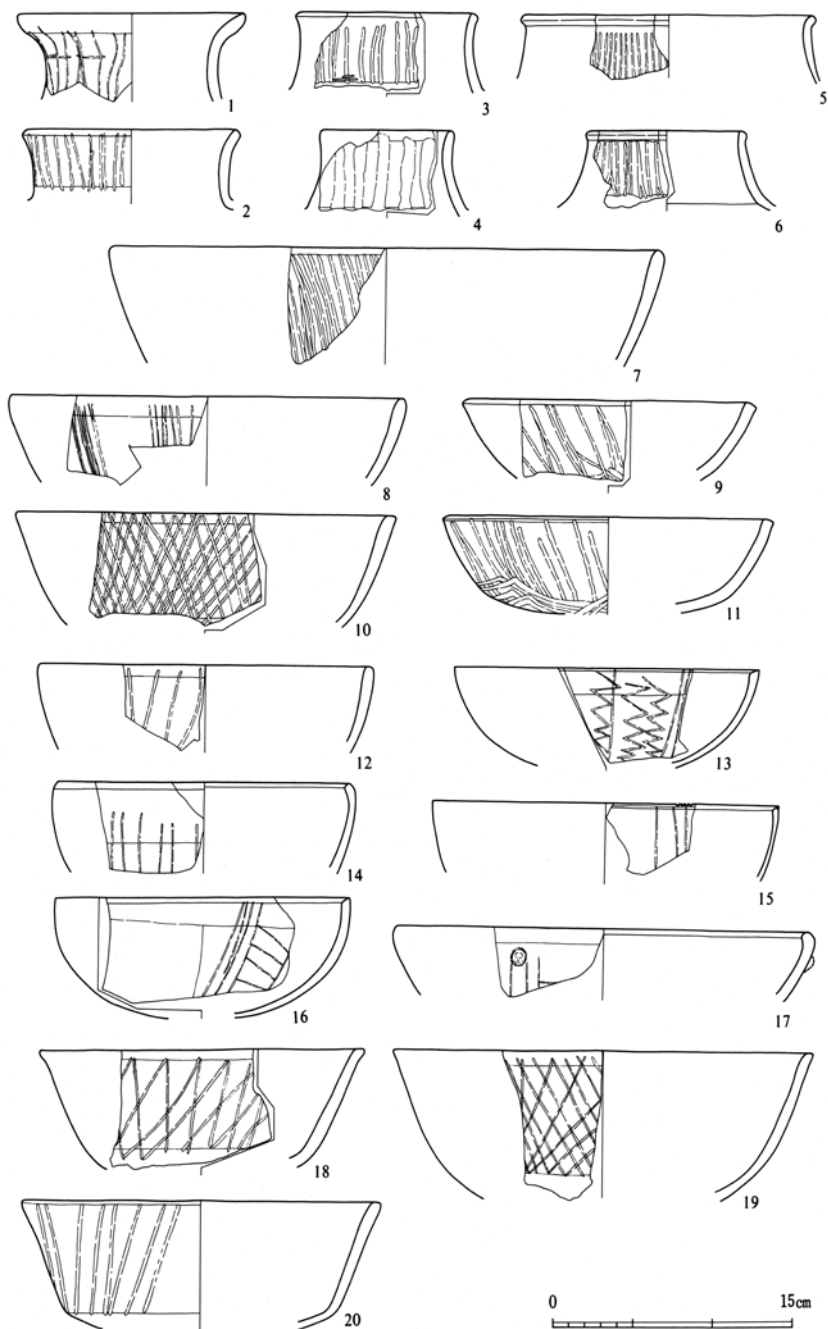


Figura 55. Cerámica de la fase Huacaloma Tardío, tipo *Huacaloma Line Burnished* (subtipo A), Huacaloma (Terada & Onuki, 1982, lámina 80).

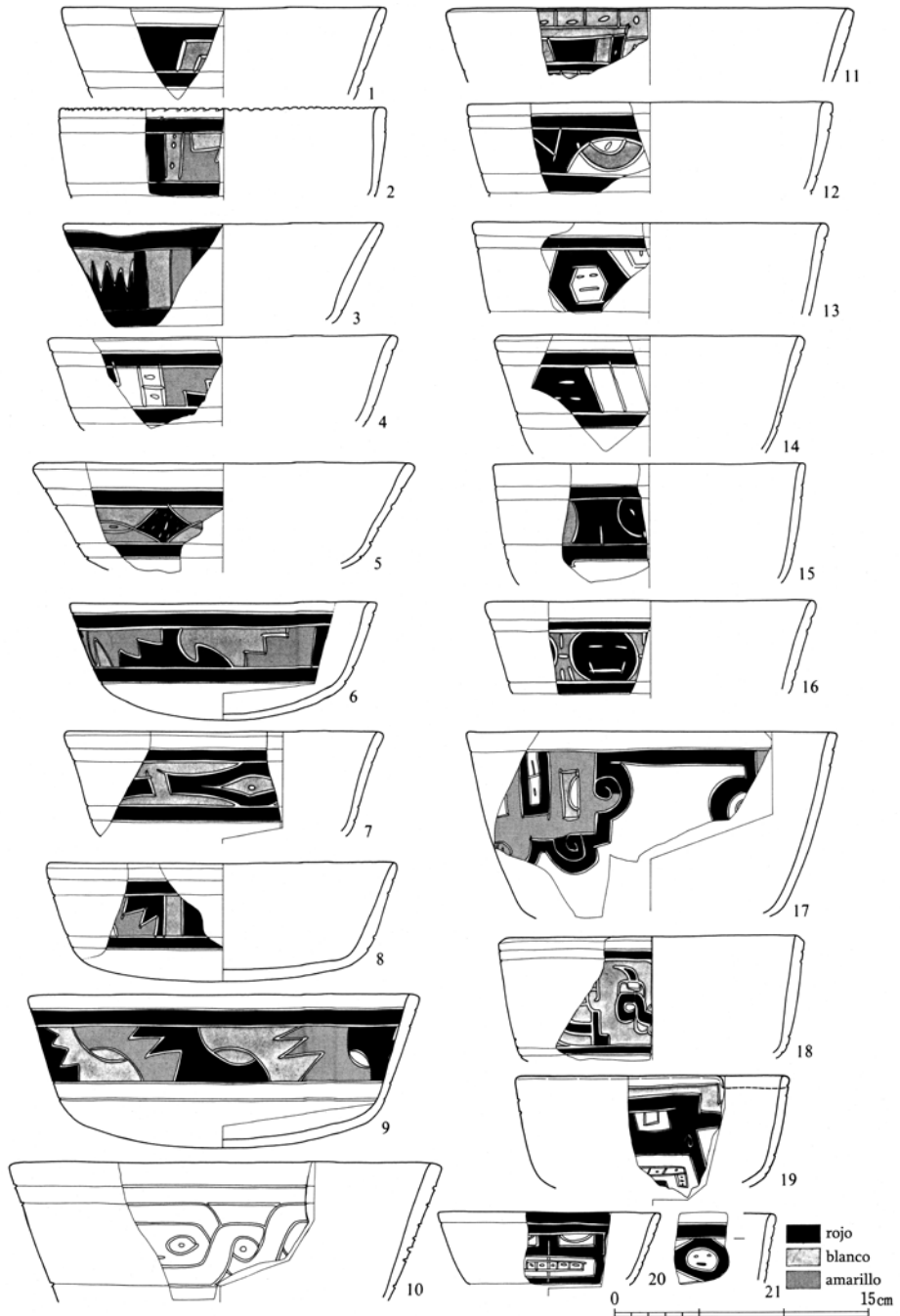


Figura 56. Cerámica de la fase Huacaloma Tardío, tipo *Huacaloma Zoned Post-coction Painted*, Huacaloma (Terada & Onuki, 1982, lámina 86).



57



58



59



Figura 57-59. Cerámica de la fase Huacaloma Tardío, tipo *Huacaloma Zoned Post-coction Painted*, Huacaloma (Foto: Y. Seki).

El siguiente período, Layzón, está mejor documentado. Aquí se acumula una gran cantidad de arcilla amarilla hasta formar un montículo de más de 3 metros de altura, cuya superficie fue intensamente ocupada. En esta superficie se encontraron estructuras a modo de canales. Ya que muestran evidencias de hollín y ceniza, podría tratarse de conductos de ventilación.

Aparecen nuevos tipos de cerámica que se diferencian de los anteriores por formas y decoraciones, aunque sobreviven *Layzón Brown Smoothed*, *HL Line-burnished*, *HL Black Polished* y *HL Brown Polished*. Los nuevos tipos son *LZ White*, *LZ Red-on-White*, *LZ Red Slipped* y *LZ Stamped* (Figuras 60-61). Tres fechados  $^{14}\text{C}$  ( $2460 \pm 230$  a.p.,  $2680 \pm 160$  a.p. y  $2990 \pm 170$  a.p.) se registran para este período, cuya duración se estima entre 500 a.C. y 200 a.C.

Durante el año en que se publicó este informe, Terada fue invitado a una conferencia en Dumbarton Oaks, unos catorce años después de Izumi. El tema fue la arquitectura ceremonial temprana en los Andes (Donnan [editor] 1985). En su ponencia, Terada resume los resultados de la campaña de 1979 y agrega los resultados de la de 1982, que no aún había terminada del todo (Terada & Onuki [editores] 1985, p. 7). Por ello, su presentación se basa en resultados muy preliminares que están especificados en el segundo informe sobre Cajamarca y en el tercero de la Expedición Científica Japonesa a América Nuclear (Terada 1985a).

En esta expedición participaron —fuera de Terada— Onuki, Ushino, Seki, Kato, Matsumoto e Tetsuya Inamura; del lado peruano asistieron las estudiantes Fanny Urteaga y Alicia Narro. Los trabajos se iniciaron durante la última semana de junio y terminaron el 23 de octubre de 1982 (Terada & Onuki [editores] 1985, pp. XVII-XVIII, 7). Terada reconoce que los resultados de 1979 aún eran incompletos por la escasez o ausencia de arquitectura en las capas del Formativo, sobre todo en cuanto a Huacaloma Tardío y Layzón y la posición cultural de Huacaloma Tardío.

El informe consta de 345 páginas y cuenta con 146 láminas, con lo que se parece mucho al de 1979. Difiere del último por la organización en dos partes principales y las conclusiones con los autores indicados en una página antes del texto —en todos los tomos anteriores el autor figura al final—. La primera parte está dedicada a las excavaciones en Huacaloma. Sus autores son Onuki, Ushino y Seki (Terada & Onuki [editores] 1985, pp. 1-182); la segunda lleva por título «Excavations at Layzón», de Kato y Seki (Terada & Onuki [editores] 1985, pp. 183-245). Las conclusiones están a cargo de Terada y Onuki (Terada & Onuki [editores] 1985, pp. 265-275). Tres apéndices completan el texto: uno sobre polen, otro sobre restos humanos de Huacaloma y Kolguitín (Morimoto & Yoshida) y un tercero sobre restos óseos, nuevamente escrito por M. Shimada (Terada & Onuki [editores] 1985, pp. 277-310). La lectura de los perfiles se facilita por la indicación del período y la exclusión de capas de otros períodos; la lista de los

artefactos proporciona la ubicación estratigráfica exacta de cada pieza ilustrada (Terada & Onuki [editores] 1985, pp. 319-338). Otros 368 dibujos de cerámica corresponden al Formativo (Terada & Onuki [editores] 1985, láminas 53-70), con lo que se cuenta con más de 900 dibujos o especímenes en total, sumados los del segundo informe.

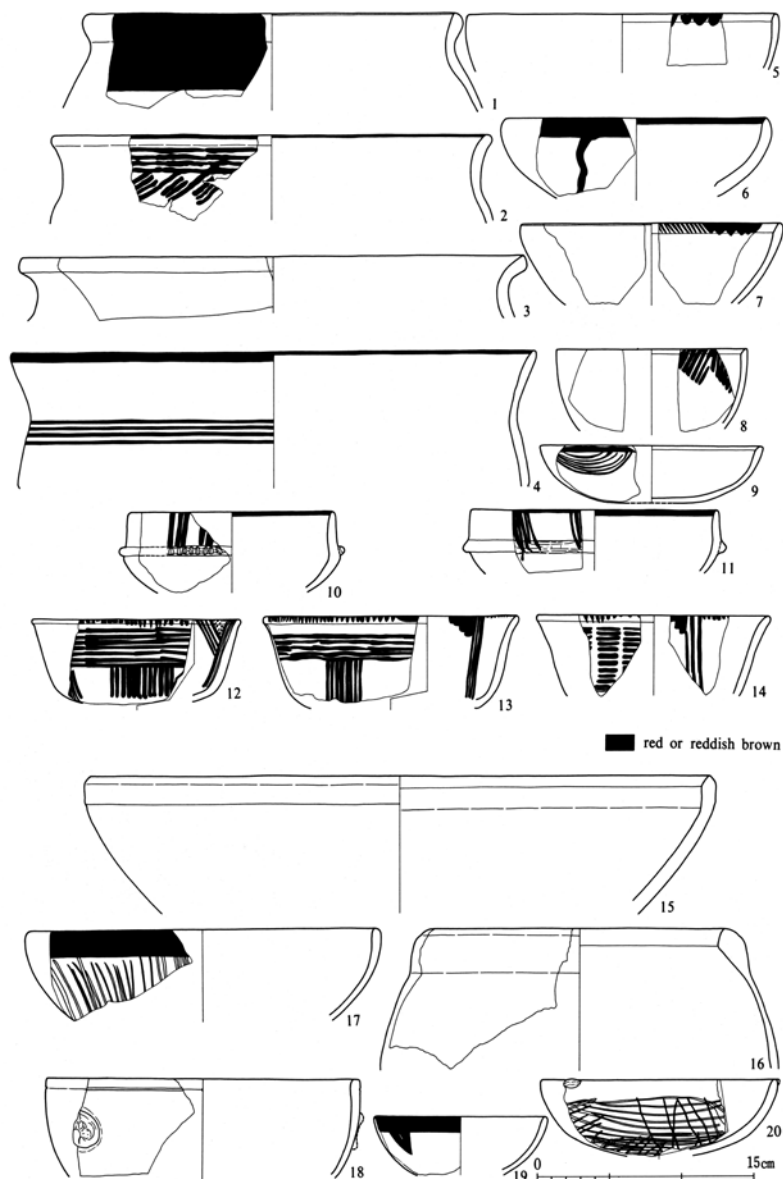


Figura 60. Cerámica de la fase Layzón, tipos *Layzón White-on-Red* (1-14), *Layzón Red Slipped* (15-20), Huacaloma (Terada & Onuki, 1982, lámina 89).



Figura 61. Cerámica de la fase Layzón, tipo *Layzón Stamped*, Huacaloma (Foto: Y. Seki).

En las áreas de excavación escogidas para esta campaña, volvieron a aparecer construcciones de Huacaloma Temprano en dos fases. La primera (fase 1) consiste en fundamentos de paredes de piedra en condición fragmentaria, asociadas a una plataforma. En la fase 2 se construyó una plataforma nueva que lleva un cuarto, R-15, de 6,2 por 3,2 metros. Esta situación estratigráfica confirma los resultados de la primera campaña (Terada & Onuki [editores] 1985, pp. 41-47, 175, figuras 28, 29, 31, 33-35, láminas 10-12) (Figura 62). La cerámica es básicamente la misma que la que fue encontrada en 1979, con la excepción de que no se hallaron restos de *Huacaloma Black Polished*. No se obtuvieron más muestras para otros fechados <sup>14</sup>C.

Solo se encontraron restos arquitectónicos en IV A, donde existió un complejo grande de tres plataformas, cada una separada por un muro de contención y todo sobre una acumulación importante de tierra de color amarillo-marrón. Una escalera de piedras bien alineadas conecta la Plataforma 3, la más baja, con la superior. Un canal, de 9 metros de largo, se halló por debajo de la superficie de Pla-1, la más alta. Allí existían aún restos de cuartos pequeños. Fragmentos de pintura mural originalmente adornaban construcciones sobre esta plataforma. No solamente se trata de pintura sino también de relieves (Terada & Onuki [editores] 1985, *Color Plate 2*). Algunas partes de los muros y los pisos estaban pintados de blanco. En su conjunto, se trata de un edificio de función ceremonial (Terada & Onuki [editores] 1985, pp. 10-19, 178, figuras 5-11, láminas 3-4). La arquitectura sobre la plataforma más alta de este complejo (Pla-1) fue completamente destruida, y sus restos arrojados a las plataformas más bajas. Este proceso se puede ver en etapas. Primero se cubren las plataformas con ceniza negra en las plataformas 2 y 3, que llegan a tener espesores de hasta 1,5 metros y contienen muchos tiestos, artefactos líticos y óseos, así como

restos óseos de animales y plantas carbonizadas. Luego se inicia una construcción (R-16) que antes de acabarla fue destruida ya que sus restos se observan sobre la capa de ceniza y en R-16 (Terada & Onuki [editores] 1985, p. 179).

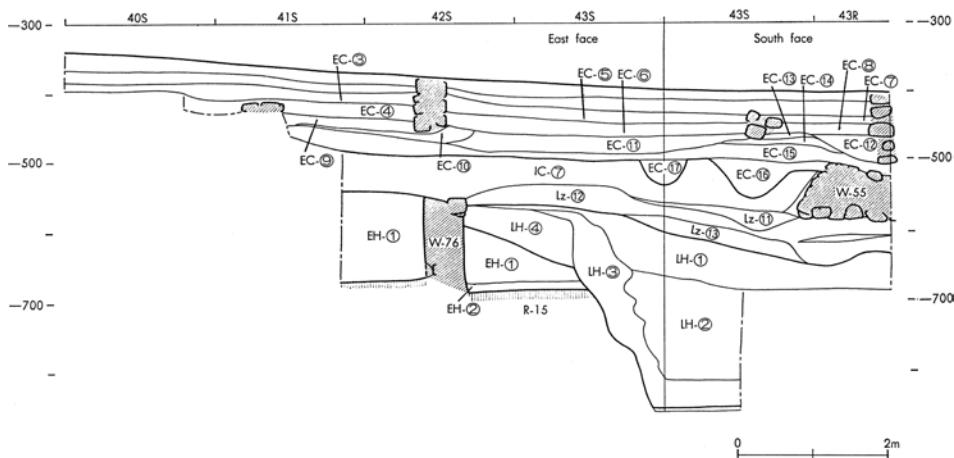


Figura 62. Perfil este y sur del Área HL-VB, EC-Early Cajamarca, IC-Initial Cajamarca, LZ-Layzón, LH-Late Huacaloma, EH- Early Huacaloma, Huacaloma (Terada & Onuki, 1985, Figura 29).

La tipología de cerámica se mantiene, pero se agregan *HL Red-on-Orange* y *LZ Shallow Incised*. Los tipos anteriores llevan porcentajes mucho más bajos que los de la campaña precedente. Se reconfirma también la interrelación entre los tipos decorados: *HL Red-on-Orange* definitivamente es cerámica importada (Figura 63). En cuanto a formas, existe un predominio notable de platos (83,3%) y cántaros (16,7%), mientras que esta proporción se presenta invertida en Kotosh (Kotosh Kotosh y Kotosh Wairajirca). Ello sugiere que las construcciones de Huacaloma Tardío estaban relacionadas con actividades especiales, durante las cuales se sirvieron platos decorados a los participantes (Terada & Onuki [editores] 1985, pp. 178-179, 72-81, láminas 22-39a y 55-65.20).

Se dispone de dos fechados  $^{14}\text{C}$  adicionales a los de 1979:  $2560 \pm 100$  a.p. y  $2610 \pm 90$  a.p. (Terada & Onuki [editores] 1985, p. 181), a los que se suman dos más del sitio Layzón, que se tratará más adelante:  $3060 \pm 370$  a.p. y  $2520 \pm 170$  a.p. (Terada & Onuki [editores] 1985, p. 182).

Sobre las evidencias de destrucción al final de Huacaloma Tardío, se observaron capas con fogones y alineamientos de piedras, así como capas de ceniza con muchos artefactos. Es por la cerámica que se decidió llamarlas fase EL —por *Early Layzon*, Layzón Temprano— en lugar de período. Se nota una especie de mezcla entre tipos de Huacaloma Tardío y Layzón. Muchos tipos de Huacaloma Tardío subsisten, como *HL Brown Smoothed*, *HL Red Smoothed* y *HL Line-Burnished*, pero los demás aparecen en porcentajes disminuidos. Existe incluso el tipo *HL Coarse Brown*,

característico de Huacaloma Temprano, aunque en cantidades menores. Además, se registran algunos tipos nuevos, como *LZ White*, *LZ Red-on-White*, *LZ Plain* y *LZ Shallow Incised* (Terada & Onuki [editores] 1985, pp. 19-23, 36, 49, 90-91, 179-180, figuras 6, 12, 13, 40). Hay dos fechados  $^{14}\text{C}$  para esta fase:  $2330 \pm 80$  a.p. y  $2480 \pm 70$  a.p. (Terada & Onuki [editores] 1985, p. 182).



Figura 63. Cerámica de la fase Huacaloma Tardío, tipo *Red-on-Orange*, Huacaloma (Foto: Y. Seki).

Para el período Layzón, la campaña de 1982 arrojó nuevos datos acerca de construcciones erigidas sobre tierra roja que cubrió el suelo duro de color amarillo-marrón de Huacaloma Tardío. Los muros están hechos por ortostatos (piedras grandes apiladas) que alternan con piedras pequeñas sobre plataformas de tamaño reducido, los que, en su conjunto, no exhiben un carácter ceremonial. Se reconocen dos fases de construcción (Terada & Onuki [editores] 1985, pp. 23-28, 36, 50, 180, figuras 14-17, 24-27, 29, 41-43, láminas 6-7).

La cerámica ya definida en buena parte en la campaña de 1979 se mantiene: *Layzon White* se subdivide en *LZ White* y *LZ Plain*, *Layzon Stamped* se subdivide en *LZ Shallow Incised* y *LZ Stamped*, y se agregan *LZ Incised* y *LZ Brushed*. Los tipos conocidos de Huacaloma Tardío desaparecen o siguen en porcentajes mínimos. Sobre todo *LZ Plain* y *LZ Red-on-White* aumentan considerablemente, mientras que otros se mantienen en porcentajes bajos. También se observan cambios en formas y decoración (Terada & Onuki [editores] 1985, pp. 81-87, 91-92, 180-182, láminas 30-33, 65-69).

Fuera de los trabajos en Huacaloma, se excavó en el sitio Layzón, a unos 3.100 metros sobre el nivel del mar, con vista panorámica sobre la ciudad de Cajamarca y la cuenca (Terada & Onuki [editores] 1985, pp. 187-264). El sitio cuenta con unas 8

hectáreas de extensión, con una zona central de 200 por 150 metros. Se han definido dos fases de construcción, una que pertenece a Huacaloma Tardío y otra al período Layzón. Las de Huacaloma Tardío son talladas en la roca viva, una especie de toba. Esta fue aplanada en forma sucesiva para crear seis plataformas de unos 70 metros de ancho cada una. Ello significa que el complejo de plataformas midió aproximadamente 140 metros de largo y 70 o más metros de ancho, con alturas de plataformas de entre 1,6 y 3,8 metros. Una serie de grabados se encuentran en el muro de la plataforma más baja, Pla-H6, cuyos motivos son esquematizados y, por ende, difíciles de identificar. En Pla-H2, un bulto de toba puede representar una escultura, pero hay tres claramente identificadas como tales, ubicadas cerca de la pendiente occidental de la colina. Se trata de representaciones antropomorfas sin cabezas y con alturas entre 0,60 y 2,2 metros que, pese a cierta distancia de las plataformas, se consideran contemporáneas a ellas (Terada & Onuki [editores] 1985, pp. 236-237). Se encontró poca cerámica de los tipos *HL Red Smoothed*, *HL Line-burnished* (subtipo A), *HL Zone Post-coction Painted* (subtipo A), *HL Brown Polished* y *HL Brown Smoothed*, cuya presencia llevó a la atribución de todo el complejo a Huacaloma Tardío. Este complejo sufrió daños considerables en la parte norte y oeste, probablemente por causas naturales (Terada & Onuki [editores] 1985, pp. 258-261, figuras 84, 94, 95, 98, 100, 103-116, láminas 116, 121-129, 137).

Durante el período Layzón, se refaccionó el complejo de plataformas al reparar algunos pisos con el fin de reutilizarlos. Estas actividades, sin embargo, tienen un carácter algo casual, ya que el diseño general es distinto. Cambia de dirección: de oeste a este en el período Huacaloma Tardío, a sur a norte en el Layzón. En lugar de seis plataformas, tiene solo tres, todas con construcciones, como la Estructura Principal (*Main Structure*, Str-L01) y una especie de plataforma sobre la Plataforma 1 (Pla-L1), dos estructuras circulares en la Plataforma 2 y estructuras pequeñas en la Plataforma 3. La estructura principal, de planta cuadrangular con esquinas redondeadas, tiene 40 metros por lado y una altura de 6 metros, y está construida con capas de piedras y tierra enmarcadas por muros. En su cima se preparó un piso y se instalaron dos estructuras y un fogón. Otra estructura de la misma forma pero de dimensiones menores (12,6 metros de largo por 0,6 de alto) lleva una construcción en forma de «U» con un fogón. Podría haber otra en la esquina noroccidental de la plataforma, que no fue excavada. Tres estructuras circulares de 15,6 metros de diámetro y 0,7 metros de altura se encuentran sobre la Plataforma 2. Un canal elaborado probablemente conectó Pla-1 con Pla-3, cuya función parece ser ritual, mientras que un segundo canal de menores dimensiones probablemente sirvió para el drenaje. Los artefactos, recuperados encima de la Estructura Principal y de sus alrededores, corresponden a los del período Layzón en Huacaloma. Las construcciones fueron enterradas intencionalmente; luego fueron destruidas sin tratar de restaurarlas.

Muchas capas de tierra que contenían bastante material cultural —también correspondiente al período Layzón— cubrieron la arquitectura. Ocupaciones esporádicas y efímeras parecen corresponder a los períodos Cajamarca (Terada & Onuki [editores] 1985, pp. 267-269, figuras 85-102, 120-121, láminas 110-120, 130-132).

La información densa contenida en los dos primeros informes voluminosos cesa después del segundo de ellos. La Cuarta Expedición Científica Japonesa a la América Nuclear se llevó a cabo entre julio y octubre de 1985, con un equipo conformado por Terada, Onuki, Kato, Ushino, Seki, Matsumoto, Toshihara Kayoko y Suzuki Motoi. De parte de los peruanos participaron Jorge Sachún, Hernán Carrillo, Isabel Cornejo, Walter Tosso y Alicia Narro. El fallecimiento de Terada en 1987 obligó a reorientarse. Como resultado, aparece un informe más breve, que se concentra en los trabajos de otro sitio, Cerro Blanco, y se contenta con datos estratigráficos y arquitectónicos de Huacaloma pues se previó otra campaña más en el sitio (Terada & Onuki [editores] 1988, p. V). Esta segunda parte fue escrita por Onuki, Ushino y Seki (Terada & Onuki [editores] 1988, pp. 30-47, figuras 38-70, láminas 15-22). El período Huacaloma Tardío ahora se subdivide en tres fases. Al inicio de la fase 1, se cubrieron las estructuras de Huacaloma Temprano con tierra dura de color marrón amarillento. Luego de agregar tierra oscura se inició la construcción de un complejo de tres plataformas. Pla-3 tiene más de 30 metros de largo por 5,5 metros de ancho y 4 metros de altura. Una escalera en forma de «L» la conecta con la base del complejo. Pla-2 tiene una altura de 2,5 metros desde Pla-3. Pla-1 es la plataforma superior. Las construcciones sobre ella deben de haber llevado pintura mural. Además, se encontraron dos canales. Sobre Pla-3 se hallaron dos huecos en forma semiesférica rellenos con piedras y cenizas, que probablemente servían de depósito para objetos quemados. En el final de la fase 1, se sacaron los muros de contención de Pla-3 y se cayeron los extremos de la plataforma. Una gran cantidad de tierra, piedra, ceniza, artefactos y huesos de animales rotos fue arrojada desde la plataforma superior con el fin de cubrir toda la superficie de Pla-3. Sobre este relleno se instalaron fogones de lajas de piedra. En otra parte se construyó un canal.

En la fase 2 se observa un esfuerzo por renovar el complejo de plataformas de la fase 1. Pla-3 fue ampliada hacia el este al aprovechar el material tirado desde Pla-1. Como este relleno no es muy sólido, causó un declive en el piso. Hileras de piedra sugieren la presencia de líneas de demarcación para el relleno y quizá zonas para grupos de trabajadores involucrados en la renovación. Durante esta fase, la plataforma superior mantenía su función, ya que fragmentos de pintura mural fueron recuperados en capas que cubrían las construcciones de la fase 2. Varias piezas de ellos llevan diseños como serpientes y garras en ocho colores: rojo, negro, amarillo, gris, blanco, rosado, verde y azul (Terada & Onuki [editores] 1988, p. 44, figura 69; véase Onuki 1989, lámina en color y Terada & Onuki [editores] 1985, lámina en color 2) (Figura 64).



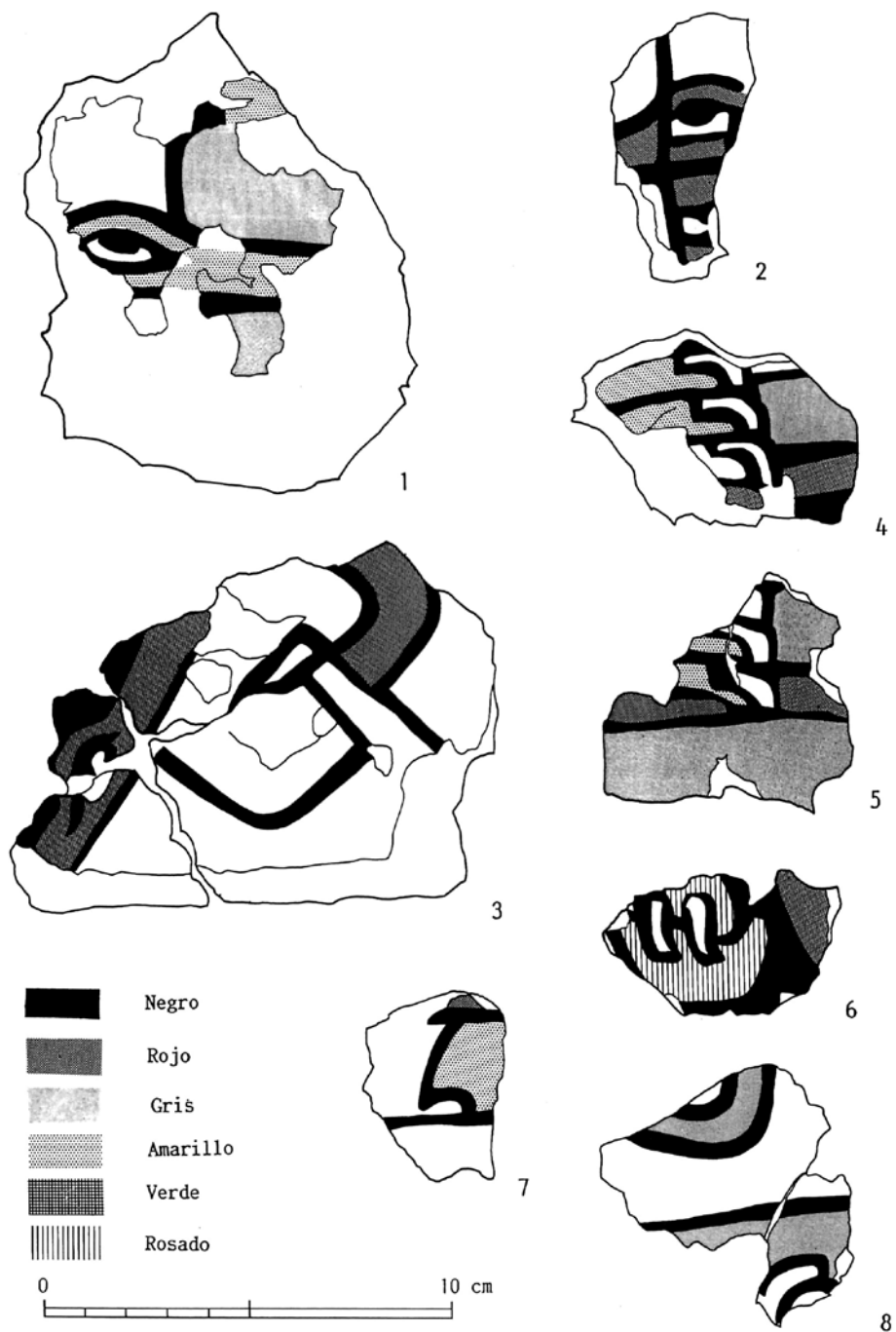


Figura 64. Fragmentos de pintura mural, fase Huacaloma Tardío, Huacaloma (Terada & Onuki, 1988, figura 69).

La fase 3 muestra un esfuerzo por levantar los edificios sobre la base más sólida con muros fuertes de contención y una escalera bien elaborada. En todas estas fases, los artefactos y el estilo de los murales no muestran cambios, lo que implica que todas estas modificaciones fueron realizadas dentro de una misma tradición cultural y una duración total reducida (Terada & Onuki [editores] 1988, pp. 33-39, figuras 40-43, 46, 47-49, 52-54, 56, láminas 16-18). Todas las actividades y construcciones principales estaban concentradas en Pla-1, la plataforma superior. Un muro de contención de 4,4 metros de altura y más de 40 metros de largo se levantó desde el suelo natural, lo que implica que estaban planificadas por la ubicación precisa de los muros de contención, de los canales y de la escalera subterránea. De nuevo se observaron hileras de piedras dentro del relleno de la plataforma superior que podrían indicar la presencia de diferentes grupos de obreros. Parece que las construcciones principales se ubicaron sobre la plataforma superior, pero no se conservaron muchas evidencias fuera de fogones, canales y un pavimento. Frente al gran muro de contención, se había acumulado mucha tierra arrojada desde la plataforma superior, que contenía bloques de revoque pintado, uno en forma semicilíndrica que sugiere la presencia de columnas. Estos fragmentos se diferencian de los de Huacaloma Tardío por una tonalidad distinta de rojo y por los motivos de decoración más geométricos (Terada & Onuki [editores] 1988, p. 44, figura 70.3.4). La fase EL se inicia con un complejo de terrazas sobre las construcciones destruidas del período anterior. Este complejo consta de por lo menos tres plataformas, la superior mucho más ancha que en las fases anteriores, pero las inferiores más angostas. Las construcciones de la fase EL comparten con Huacaloma Tardío el complejo de tres terrazas, canales, escalera en forma de «L», fogones pequeños y pintura mural, pero se distinguen por la plataforma superior amplia, la escalera con techo fuerte, los diseños y los colores de la pintura mural. Estas diferencias y continuidades se reflejan también en la cerámica (Terada & Onuki [editores] 1988, pp. 40-42, figuras 39, 57-65, 67, láminas 19e, 20-22).

En la tabla 15, el informe presenta 14 nuevos fechados  $^{14}\text{C}$ . Los fechados de la fase 1 de Huacaloma Tardío recaerían entre 800 a.C. y 700 a.C., lo que significaría que el final de Huacaloma Tardío se ubicaría alrededor de los 500 a.C., si se aplican dos sigmas para las fases 2 y 3; pero podría ser menos, pues los fechados más tardíos ( $2560 \pm 100$  a.p. y  $2610 \pm 90$  a.p.) proceden de la misma capa 8 de HL IVA —sobre la cima de St-1 y en la base de W-70— (Terada & Onuki [editores] 1985, figura 6). Los fechados de EL recaerían entre 400 a.C. y 300 a.C. Mientras tanto, los del período Layzón se muestran muy erráticos, lo que probablemente se deba a muestras mezcladas (Terada & Onuki [editores] 1985: 182), ya que no corresponde con su ubicación estratigráfica. Si los fechados de EL reflejan el tiempo real de su ocupación,

los de Layzón deberían ser posteriores a 300 a.C., lo que, efectivamente, se refleja en  $2350 \pm 70$  y  $2260 \pm 130$  a.p., aunque la desviación estándar no permite una precisión mayor. Onuki (2000b, p. 158) propone la siguiente cronología: Huacaloma Temprano, 1500 a 1000 a.C.; Huacaloma Tardío, 1000 a 450 a.C.; EL, 450 a 250 a.C.; y Layzón, 250 a 100 a.C.

En 1988 y 1989, se efectuaron las últimas temporadas en Huacaloma, sobre las que no se han presentado mayores datos aún. Matsumoto (1993, pp. 178-180) describe como meta la definición la composición total del complejo monumental de los períodos Huacaloma Tardío y EL. Para lograrlo, se abrió una serie de trincheras en los perímetros de los montículos M-1 y M-2. De estas excavaciones, resultó que los muros perimétricos demuestran una configuración asimétrica, ya que se componen de tres terrazas escalonadas en los lados noreste de M-1 y noroeste de M-1 y M-2, mientras que hay solo dos en los lados sureste y suroeste de M-2. Sus dimensiones en la base son 109 metros en dirección noreste-suroeste y 81 metros en dirección noreste-noroeste. La distribución de la cerámica EL se concentra en unas capas de ceniza sobre la plataforma noroeste, pero esta es escasa, por lo que se concluye que la última etapa de la construcción no pertenece a la fase EL, sino a la fase final de Huacaloma Tardío.

Durante la última temporada de 1989, se abrieron nuevas áreas y cuatro trincheras hasta Loma Redonda. Los resultados son los siguientes: el lado noroeste de Huacaloma contiene cuatro terrazas, ya que se encuentra una cuarta baja de 31 metros de ancho al noroeste de las terrazas ubicadas en 1988. De ahí, el contorno del complejo de Huacaloma mide 119 por 109 metros. La parte central de la primera terraza tiene una escalinata como entrada principal. En el montículo de Loma Redonda se descubrió una construcción constituida por tres terrazas en el lado noreste y una sola en el sureste. Su planta se asemeja a la de Huacaloma y se ubica en ángulo recto con relación a ella. El terreno llano fue aplanado intencionalmente. Por ende, es probable que Huacaloma, Loma Redonda y Mollepampa formaran un gran complejo ceremonial en forma de «U» junto con una plaza central cuadrada abierta hacia el noreste. El autor proporciona también un dibujo de reconstrucción del complejo de acuerdo con el estado final de Huacaloma Tardío (Matsumoto 1993, figura 11).

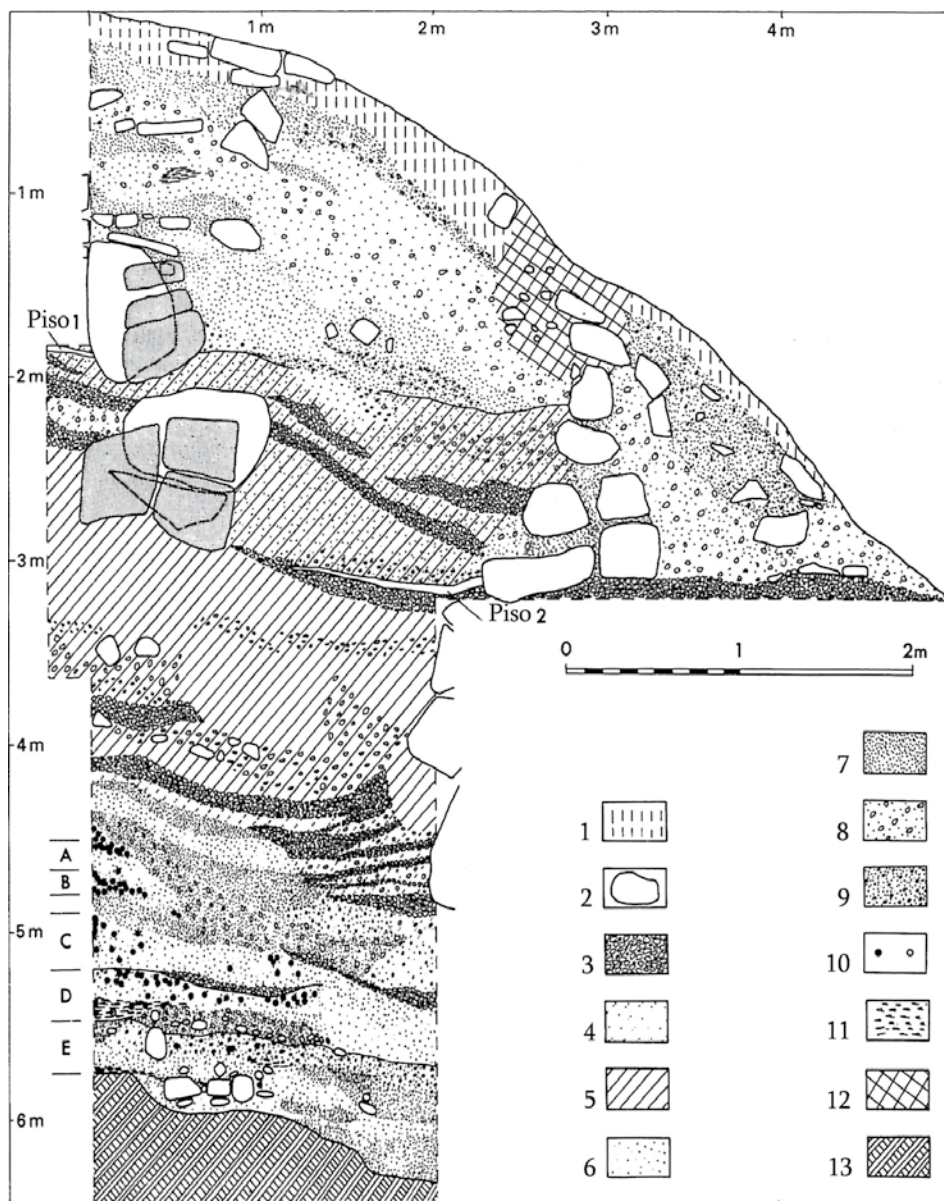
Onuki presentó una síntesis de los trabajos en Huacaloma y Layzón en un artículo publicado en japonés, que incluye los resultados de 1988 (Onuki 1989). Datos adicionales, incluyendo otros sitios como Kolguitín, con una secuencia desde Huacaloma Tardío hasta Cajamarca Medio, se encuentran en las síntesis de Seki (1993, 1998) y en la citada síntesis de Matsumoto (1993). Quedan por discutir las interpretaciones y las comparaciones con otros sitios relacionados.

## Huacaloma frente a otros sitios

Si resultó evidente, en los primeros informes, que los datos obtenidos no se podían comparar bien con los de otros sitios, con la excepción algo complicada de Chavín de Huántar, esta situación cambió por completo desde el inicio de los trabajos en Huacaloma. No solo hubo antecedentes tempranos (Reichlen & Reichlen 1949), sino una serie de excavaciones que permitían comparaciones más directas.

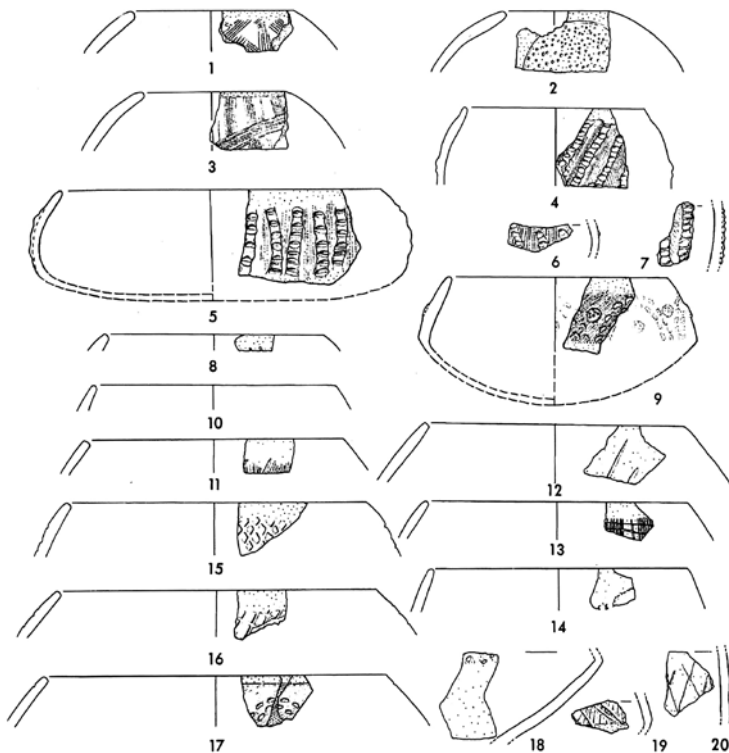
En primer lugar, deberían citarse Pacopampa y Pandanche. Gracias a la iniciativa de Pablo Macera, el director del Seminario de Historia Rural Andina de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, se realizaron varias excavaciones durante un tiempo prolongado en la zona, aunque de duraciones individuales breves, bajo la dirección de Hermilio Rosas y Ruth Shady en 1967 (Rosas & Shady 1970, 1974, 2005; Shady 1983), Rosa Fung en 1972 (Fung 1975), el autor en 1973 y 1974 (Kaulicke 1975 [reedición en 2005b], 1976, 1982, 2004); Flores (1975 [reedición en 2005]), Santillana en 1973 (1975 [reedición en 2005]), así como Morales en 1975-1976, 1977-1978 y 1998 (Morales 1980 [reimpresión 2005], 1998). Un proyecto independiente, dirigido por Walter Alva en 1996, se concentró en la cercana zona de La Granja y obtuvo resultados importantes, sobre todo en el sitio El Rollo (Wester *et al.* 2000). Desde hace varios años Seki está trabajando nuevamente en Pacopampa (véase abajo y Seki *et al.* 2006). Todos estos trabajos arrojaron muchos datos y cuentan con una documentación gráfica notable, en particular sobre la cerámica, pero faltan secuencias largas y correlacionadas. Cada autor prefiere su nomenclatura particular, lo que dificulta la comprensión de la secuencia general del área.

La secuencia más larga se presenta en Pandanche (Kaulicke 1975, pp. 32-38, lámina XXIV; 1982, pp. 367-374, figura 5). En una trinchera de 5 por 1 metros, se excavó hasta el suelo estéril, que aparece a una profundidad de 5,6 metros y desciende hasta 6,3 metros. Este suelo estéril fue nivelado para instalar un fogón con lajas de piedra (Figura 65). La ceniza que contenía fue fechada en  $4075 \pm 115$  y  $3960 \pm 115$  a.p. (ZK-333). En una capa que cubre esta estructura, se encontraron algunos fragmentos de cerámica (Kaulicke 1982, figura 5, conjunto estratigráfico E, Figura 65), así como uno cerca del fogón, que difieren en algunos aspectos de la de las capas posteriores, en especial un plato con paredes divergentes con engobe blanco humo (Kaulicke 1982, figura 10.19). Pese a que la asociación con el fogón no está aclarada, se la tomó como evidencia de la cerámica más temprana del Perú (Burger 1992, pp. 59-60; Hoopes 1987). Tentativamente, este conjunto ha recibido el nombre de Pandanche AI, pero es evidente que se necesitan más datos para corroborar su existencia y su relación precisa con el fogón del que se obtuvo otro fechado de  $3345 \pm 340$  a.p. (ZK-334). Otro conjunto (D) se caracteriza por otro fogón del

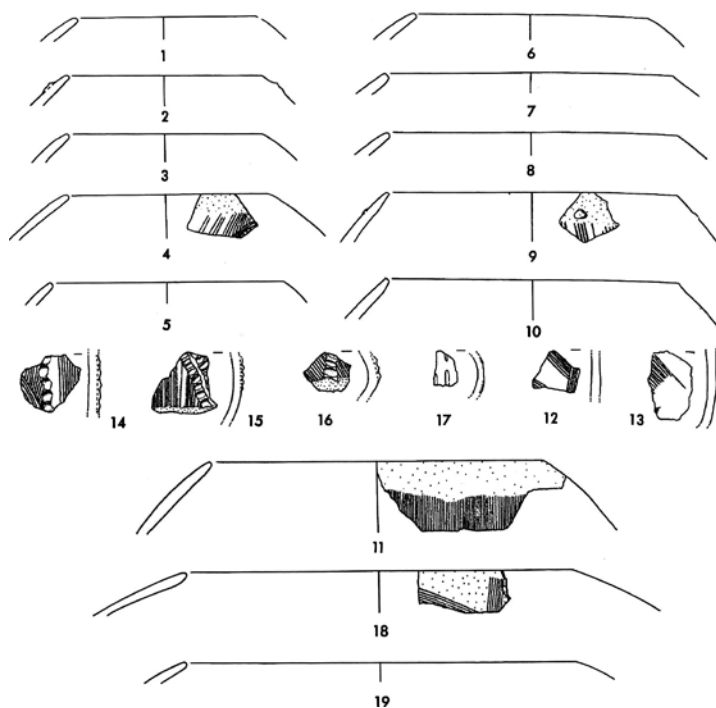


**Figura 65.** Perfil este de la Trincherca B, Pandanche. En gris muros proyectados del perfil oeste. La cerámica de la fase Pandanche A está indicada de acuerdo a su ubicación exacta (puntos negros). A-E: unidades estratigráficas con cerámica de la fase Pandanche A. 1. Tierra removida superficial; 2. Piedras de construcción; 3. Cascajo; 4. Tierra arcillosa; 5. Tierra barroosa; 6. Tierra arenosa; 7. Tierra arenosa más compacta; 8. Tierra arenosa con piedras mayores; 9. Tierra arenosa más compacta con piedras menores; 10. Círculo negro-ubicación de cerámica, círculo blanco-ubicación de extracción de muestras  $^{14}\text{C}$ ; 11. Ceniza; 12. Intrusión; 13. Suelo estéril (Kaulicke, 1982, figura 5. Dibujo: P. Kaulicke).

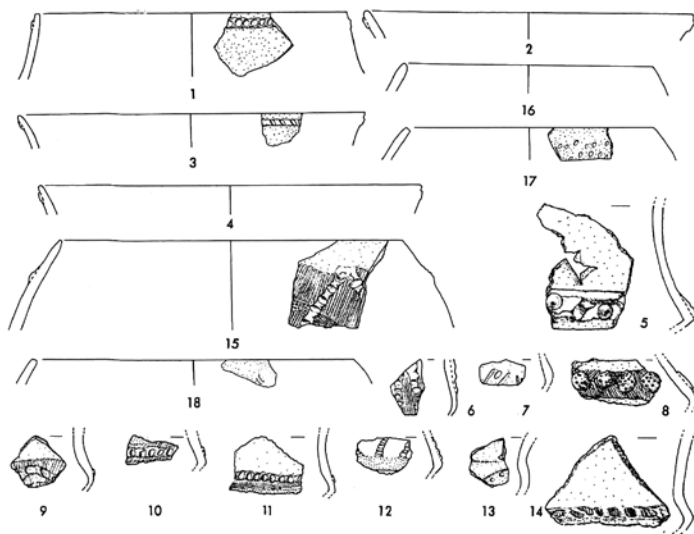
que se obtuvo otro fechado de  $3345 \pm 340$  a.p. (ZK-334) y piedras pequeñas que podrían indicar la presencia de una vivienda con la que está asociada buena cantidad de cerámica. Esta se caracteriza por platos carenados (diámetros desde 0,12 hasta 0,22 metros) con aplicaciones en el borde y decoraciones en forma de brochado, aplicaciones cortas, botones punteados, así como ollas y cuencos con brochado y aplicaciones con superficies alisadas de color rojo salmón. Ollas sin cuello de color marrón oscuro también suelen llevar decoración en forma de brochado y aplicaciones con impresiones de los dedos. Este conjunto podría llamarse Pandanche AII. En las capas A-C (Pandanche AIII) se encuentran más formas: pequeños cuencos globulares, otros alargados, platos carenados con paredes bicóncavas, ollas sin cuello carenadas o globulares, también con decoración de brochado y aplicaciones. En la parte superior del conjunto estratigráfico A, también aparecen algunas piezas de platos carenados achatados con reborde y peinado como decoración (Kaulicke 1982, pp. 374-383, figuras 6-10; 1975, láminas VII-XI; Morales 1998, figura 3; 2008, figuras 5.1 y 5.2) (Figuras 66-70).



**Figura 66.** Cerámica de los estratos A hasta C: 1-3 (Grupo 1A); 4-7 (Grupo 1B); 8-20 (Grupo 2); fase Pandanche A. (Kaulicke, 1982, figura 6. Dibujo: I. Bracamonte de K.).



**Figura 67.** Cerámica de los estratos A hasta C: 1-17 (Grupo 3); 18.19 (Grupo 4); fase Pandanche A. (Kaulicke, 1982, figura 7. (Dibujo: I. Bracamonte de K.).



**Figura 68.** Cerámica de los estratos A hasta C: 1-14 (Grupo 5); Estrato D: 8.15 (Grupo 1B); 16-18 (Grupo 2), fase Pandanche A (Kaulicke 1982, figura 8. Dibujo: I. Bracamonte de K.).

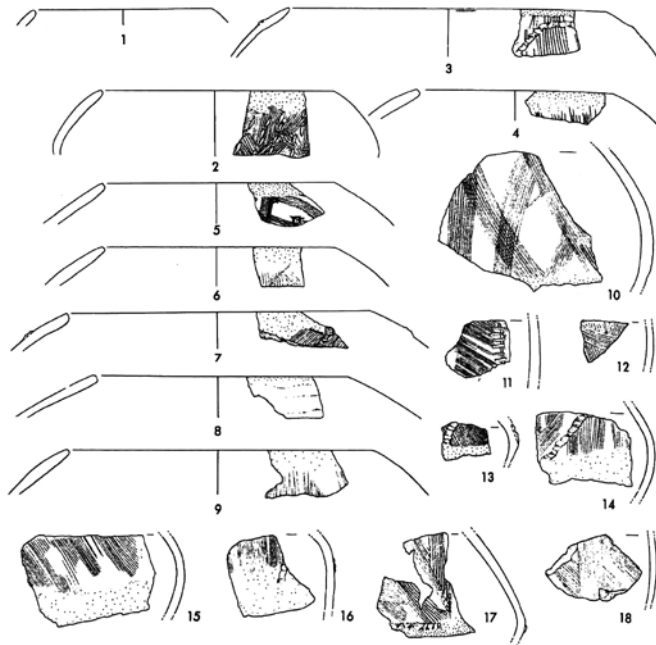


Figura 69. Cerámica del Estrato D: 1-3 (Grupo 3); 4-9 (Grupo 4); 10-18 (Fragmentos de paredes del Grupo 3 o del Grupo 4); fase Pandanche A. (Kaulicke, 1982, figura 8. Dibujo: I. Bracamonte de K.).

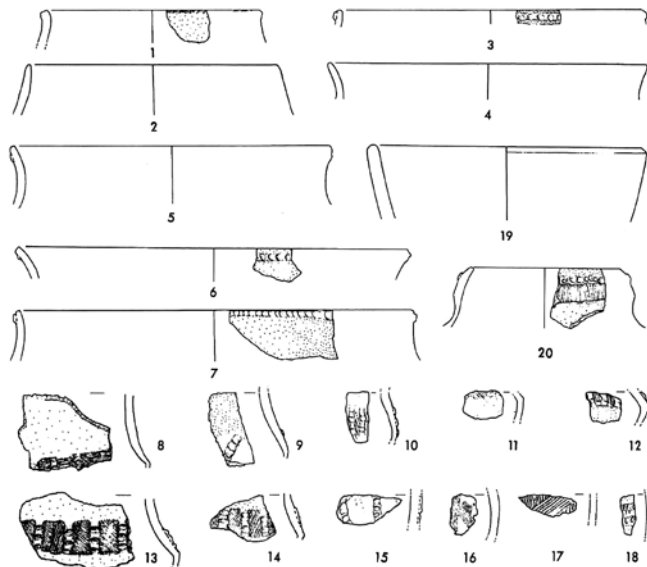


Figura 70. Cerámica del Estrato D: 1-14 (Grupo 5); Estrato E: 15-19; Borde de relleno de construcción escalonada: 20; fase Pandanche A. (Kaulicke, 1982, figura 10. Dibujo: I. Bracamonte de K.).



Esta cerámica (Pandanche A) fue comparada con la de Yesopampa (Terada [editor] 1979, p. 176) y la de Huacaloma Temprano (Terada & Onuki [editores] 1982, pp. 259-260; 1985, p. 267), pero antes de discutir este tema es preciso presentar los resultados de otro proyecto. En cinco campañas, entre 1980 y 1983, Michael Tellenbach (1986) excavó en Montegrande, en el valle de Jequetepeque, donde logró definir un asentamiento estructurado con una gran cantidad de casas y arquitectura monumental en forma de dos plataformas separadas por una plaza. En dicho estudio, tanto la arquitectura como la cerámica se comparan bien con Huacaloma, y se amplía en forma considerable la gama de formas arquitectónicas y técnicas de construcción. Tellenbach reconoció dos fases gracias a cambios en la orientación de estructuras que se cruzan. Por su parte, Ulbert analizó la enorme cantidad de cerámica asociada a las construcciones (Ulbert 1994, pp. 157-205 [9268 piezas]) y la clasificó en tres alfares (A, B y C) y en grupos morfológicos (botellas, ollas con cuello, platos carenados, cuencos y platos con base plana). El alfar A parece ser local, mientras que el alfar B parece haberse elaborado fuera del sitio; ambos constituyen un 90% del total de la cerámica analizada. El alfar C es una mezcla entre A y B. Ulbert (1994, pp. 86-88, lámina 55) también reconoce la presencia de dos fases (Montegrande I y II) (Figuras 71-77). Cabe señalar que no se fecharon muestras  $^{14}\text{C}$  de las excavaciones en el lugar. En una comparación detallada con el material de Huacaloma, encuentra numerosos paralelos estrechos, tanto en forma como en decoración (Ulbert 1994, pp. 92-95), en particular con su fase II. Sus comparaciones con Pandanche, en cambio, no detectan tantos paralelos, por lo que Ulbert piensa que podría tratarse de una imitación del alfar A o que dicho alfar sea un desarrollo de la cerámica de Pandanche (1994, p. 97). Huacaloma y Montegrande comparten también la presencia de decoraciones distintas que se vuelven más frecuentes en fases posteriores, pero que corresponden al alfar A (Ulbert 1994, p. 26, Tafel B.3). En todos estos alfares, en ambos sitios, las decoraciones predominantes corresponden al peinado y a las aplicaciones. La técnica del peinado aparece en Pandanche en las capas inmediatamente antes de la construcción de la plataforma, pero está ausente en las capas más tempranas. Estas observaciones sustentan la segunda opción de Ulbert, la posición más temprana de Pandanche A, aunque las excavaciones limitadas no permiten constataciones categóricas.

La presencia de arquitectura monumental en forma de plataformas superpuestas concuerda con nuevos tipos de cerámica, tanto en Huacaloma como Pandanche y Pacopampa (Pandanche B, Pacopampa-Pacopampa). Una técnica frecuente es la que Rosas y Shady llaman «inciso-cortante», una incisión realizada con instrumento cortante en pasta en estado plástico, a menudo en combinación con pintura poscocción (*Huacaloma Zoned Post-coction Painted*). Terada & Onuki (1985, p. 270) la reconocen

y se concentran en las representaciones figurativas, en particular cabezas humanas con o sin caninos, en lo que reconocen algunas diferencias entre Pacopampa y Huacaloma. Además, reconocen vínculos con la cerámica de Cupisnique de Larco (1941, figuras 74 y 75). Como ya se vio en otros sitios también —por ejemplo, Kotosh-Kotosh—, aparecen piezas importadas. Estas, en el caso de Huacaloma, pueden proceder de zonas ignoradas de origen, como el *Huacaloma Red-on-Orange*. En Pacopampa, en cambio, existe un porcentaje no definido, pero aparentemente importante, que se deja vincular con los tipos Cupisnique definidos por Larco (Morales 1980, láminas 26a y 26b, 33a-d); muchos otros motivos podrían tomarse por emulaciones o reinterpretaciones de

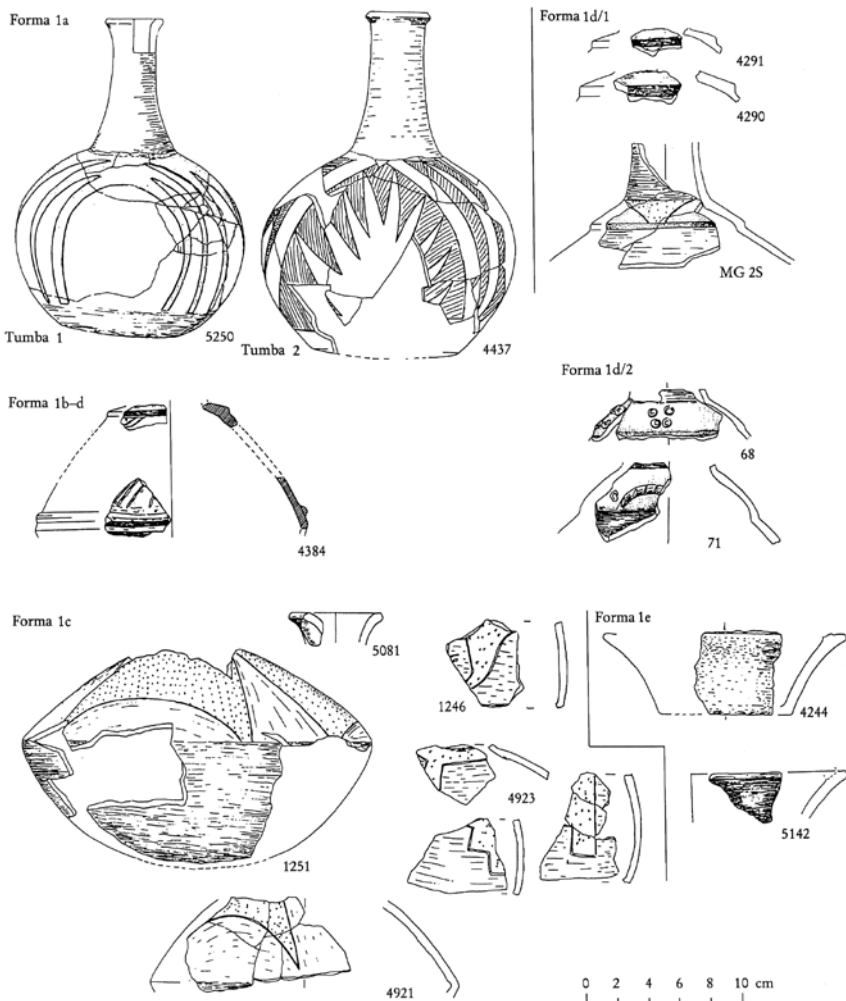


Figura 71. Cerámica de Montegrande, Jequetepeque. Alfar A, botellas (A1), compárese con la figura 18.17-21 (Ulbert, 1994, lámina 1).

motivos Cupisnique. En Huacaloma, motivos comparables aparecen más en los fragmentos de pintura mural (véase Onuki *et al.* 2000 54; Seki y Yoneda 2005, figura 6). Fechados  $^{14}\text{C}$  obtenidos de las excavaciones de Shady y Rosas oscilan entre 900 a.C. y 200 a.C. (Kaulicke 1982, nota al pie 15), y se refieren también a lo que ellos llaman «Pacopampa-Chavín». Otros estudiosos (Seki *et al.* 2006, p. 175) han proporcionado dos fechados nuevos ( $2770 \pm 40$  y  $2990 \pm 40$ ) que concuerdan con los de Huacaloma.

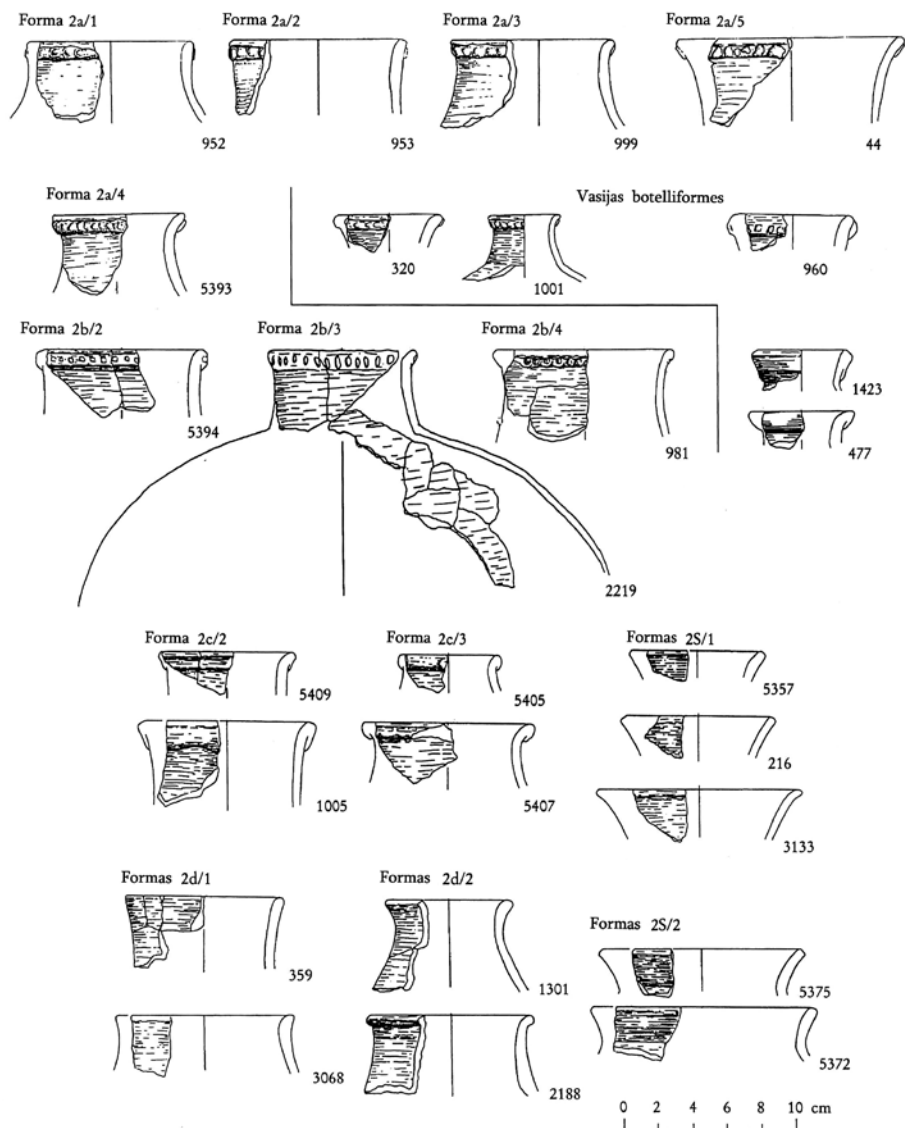


Figura 72. Cerámica de Montegrande, Jequetepeque. Alfar A, Ollas con cuello (A2) (Ulbert, 1994, lámina 5).

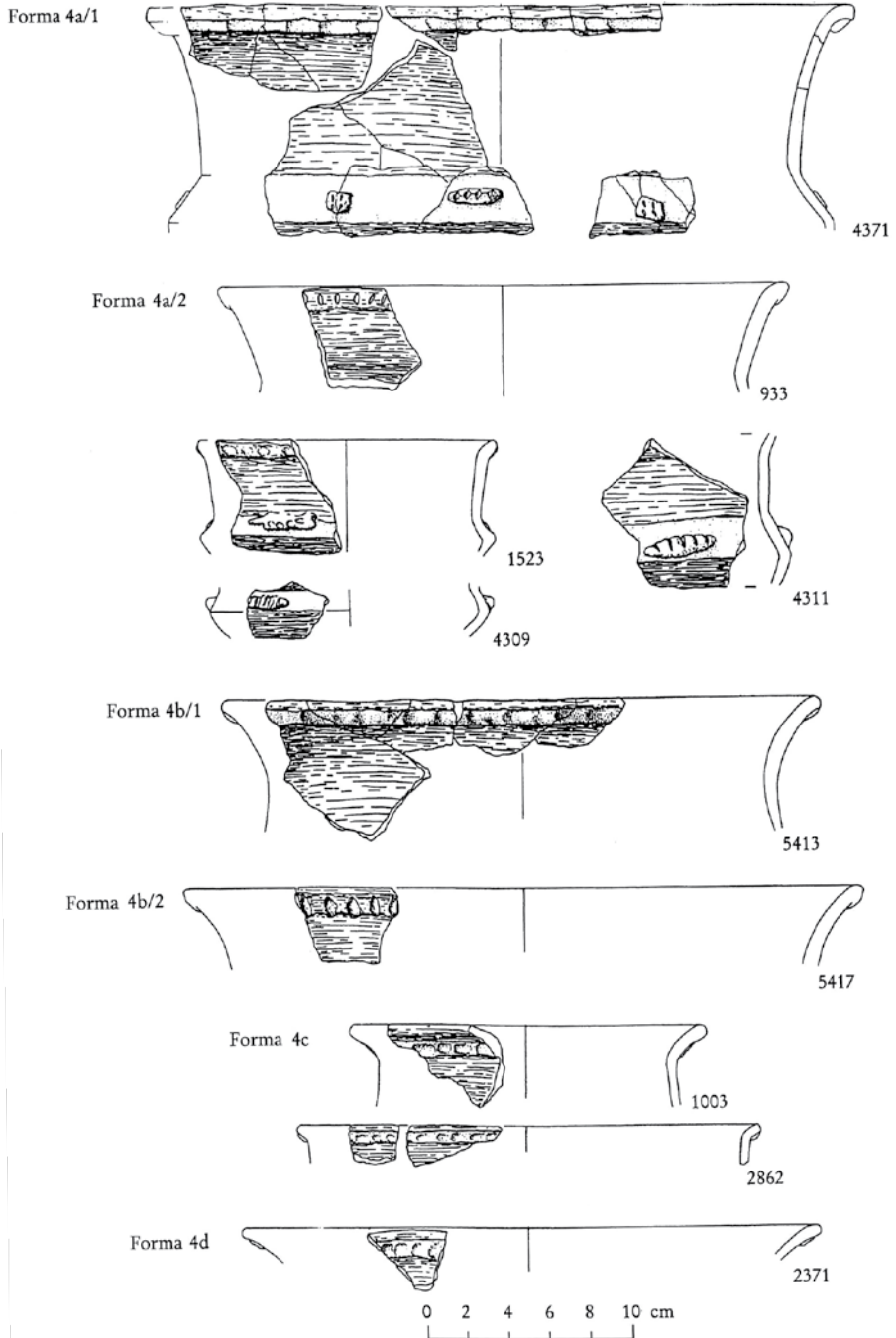


Figura 73. Cerámica de Montegrande, Jequetepeque. Alfar A, Platos con cuello separado (Ulbert, 1994, lámina 9).

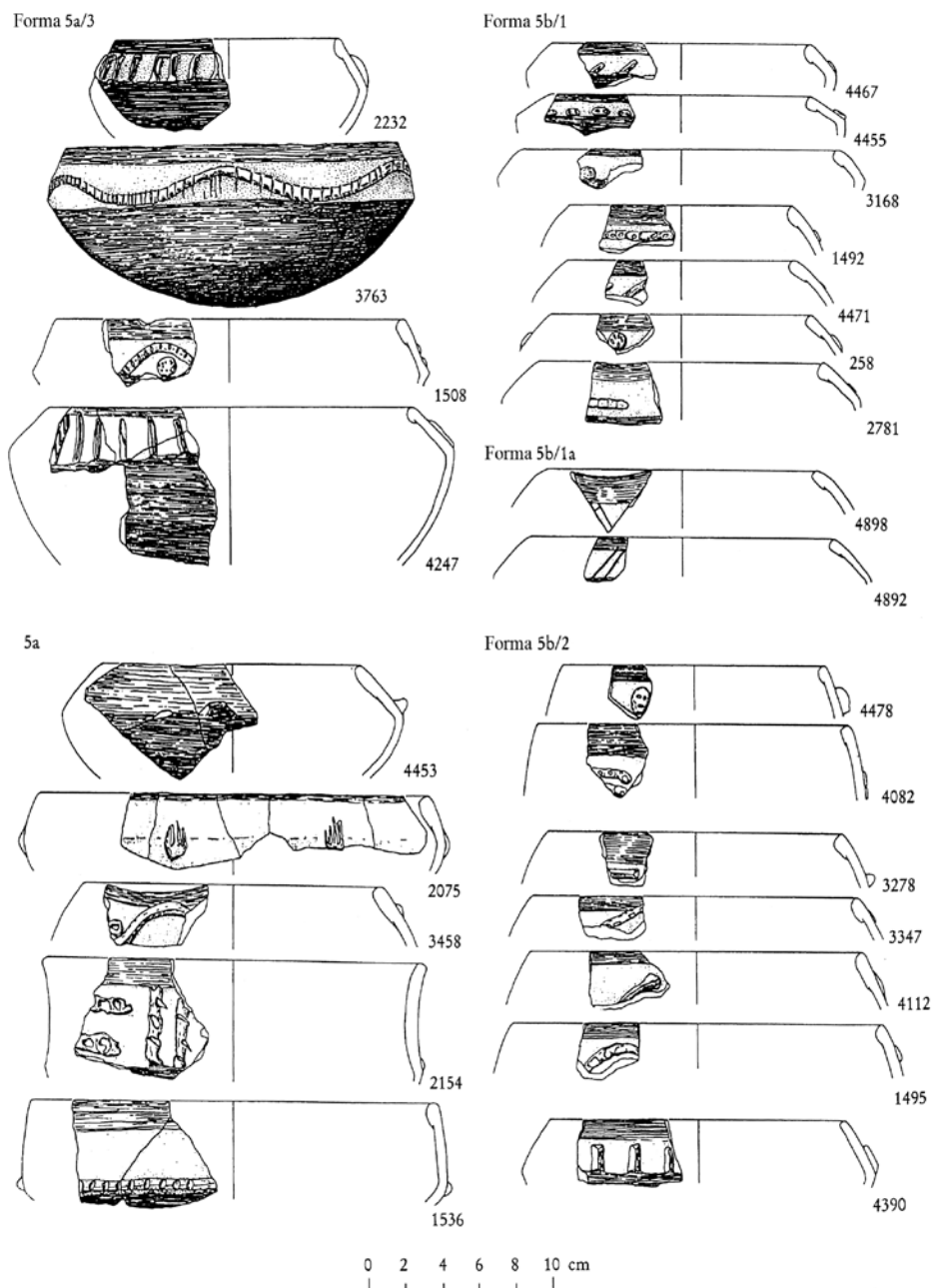


Figura 74. Cerámica de Montegrando, Jequetepeque. Alfar A, Platos carenados (A5) y miscelánea (Ulbert, 1994, lámina 12).

La última fase del Formativo en Pandanche presenta varias actividades constructivas. El edificio de tres escalones con una altura total de 3,7 metros se cubre de relleno hasta el pie del escalón más alto. Sobre estos rellenos se agregan otros, en cuya superficie se erige un muro de sillares con morteros de arena con escalinatas antepuestas. Entre esta construcción y la plataforma anterior se percibe un hiatus (Figura 65). La primera está asociada a cerámica que Rosas y Shady denominan Pacopampa-Chavín, con los tipos Gris Pulido, Negro Inciso, Rojo Graftado y Rojo Inciso Fino (Kaulicke 1981, pp. 369-372, 374, figura 5). Otros fragmentos señalan contactos con Bagua (fase El Salado) y unos pocos podrían corresponder a la fase Janabarriu de Chavín (para la discusión, véase abajo). Esta construcción es la última del Formativo. El material cultural de las anteriores capas de relleno parece corresponder a una variante tardía de Pacopampa-Pacopampa. Existen algunas estructuras más tardías, probablemente de fases medias de Cajamarca, con una estructura funeraria (Kaulicke 1975, pp. 37-38). Todo este conjunto muestra diferencias más marcadas con Huacaloma, aunque existen elementos compartidos, como las líneas bruñidas y círculos estampados, aun cuando estos difieren en técnicas, tamaño y formas. Seki *et al.* (2006, p. 175) proporcionan cinco fechados  $^{14}\text{C}$  entre 2600 a.p. y 2480 a.p. para su fase Pacopampa IIA, mientras que Pacopampa IIB cuenta con un solo fechado válido de  $2490 \pm 40$  a.p.

En La Granja, otra zona cercana a Pacopampa, se hicieron trabajos de prospección y excavación en el marco de un proyecto de salvataje entre 1996 y 1997 (Wester *et al.* 2000). En el curso de estos trabajos se ubicaron y excavaron dos sitios con evidencias del Formativo: El Rollo-Piedra del Inca (sitio 31) y El Rollo-Templo (sitio 35A) (Wester *et al.* 2000, pp. 112-116, 124-143, plano 18, fotos 113-155, fotos 156-230, plano 19, láminas 30-35, 43-48 y 53-58). El primero de ambos está constituido por plataformas que muestran evidencias de entierros humanos y de llamas. En este sitio se encontró gran cantidad de cerámica con muchos paralelos con Pacopampa-Chavín, aunque los autores prefirieron compararla con Kuntur Wasi (véase abajo). Otro sitio más espectacular es el llamado Templo, con cuatro plataformas superpuestas de planta casi cuadrangular y dimensiones de 50 por 40 metros. Se definieron tres fases de construcción (Wester *et al.* 2000, pp. 140-141) con la presencia de canales subterráneos, plazas hundidas cuadrangulares y escalinatas, así como «celdillas» en la última fase de la plataforma superior. Muchos de estos aspectos se parecen a los de Pacopampa. De mayor importancia son estructuras funerarias, como una cámara de planta rectangular de 3,5 por 2,1 metros y una altura de 1,65 metros, en la que se hallaron cinco grupos de huesos humanos, en forma de entierros secundarios de por lo menos cinco individuos. La cerámica estuvo fragmentada y correspondía a botellas escultóricas y otras de protoma y vertedera con puente, así como a once objetos de oro (cuentas tubulares y lentejuelas) y doce de plata (discos y fragmentos) (Wester *et al.* 2000, pp. 129-135, fotos

164-170, láminas 31-33). La abundante cerámica corresponde a la de El Rollo-Piedra del Inca, pero parece haber más cerámica importada de la costa norte (Cupisnique tardío); vale mencionar que no se presentan totales de los fragmentos recuperados. En ambos sitios prevalece relativamente mucha cerámica simple y no decorada; pese a sus superposiciones, no se detectaron cambios en la cerámica.

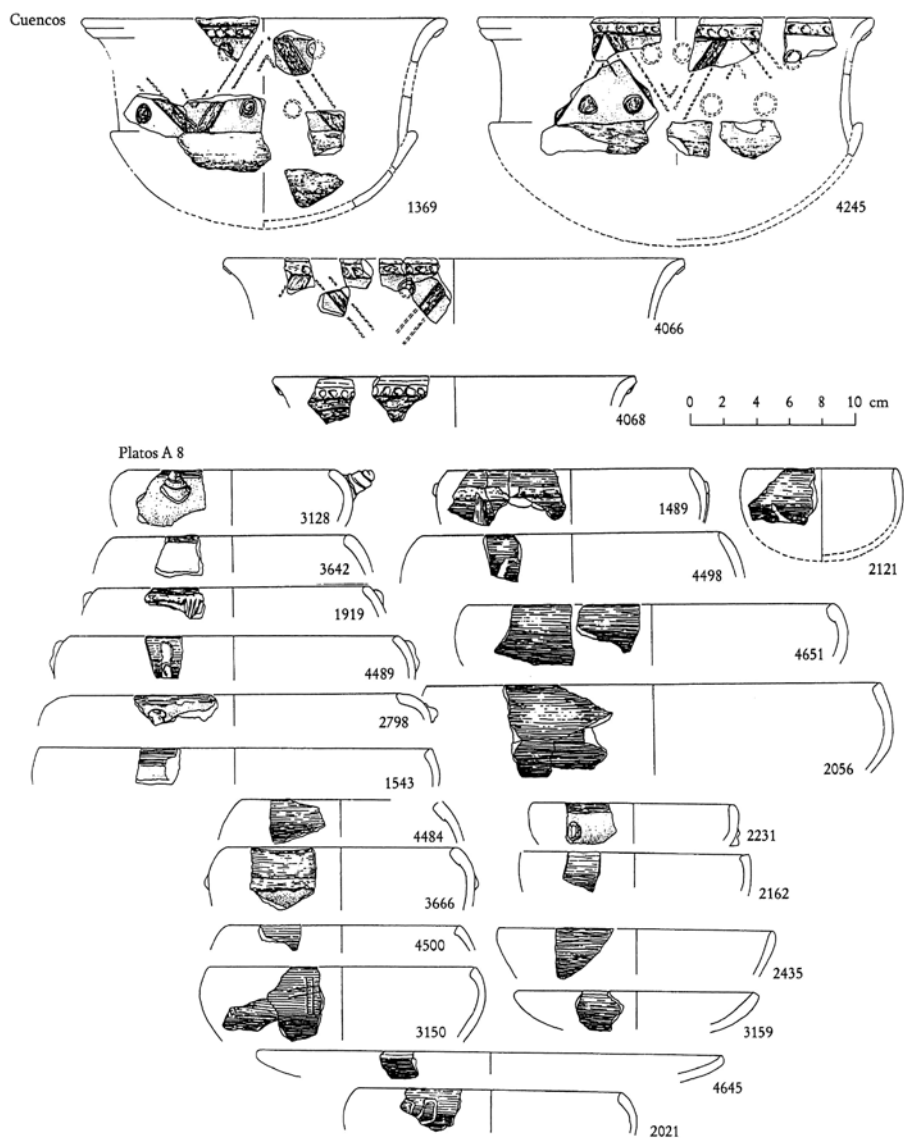


Figura 75. Cerámica de Montegrando, Jequetepeque. Alfar A, Platos con base redondeada y engobe de hematita (A7); cuencos (A8) (Ulbert, 1994, lámina 13).

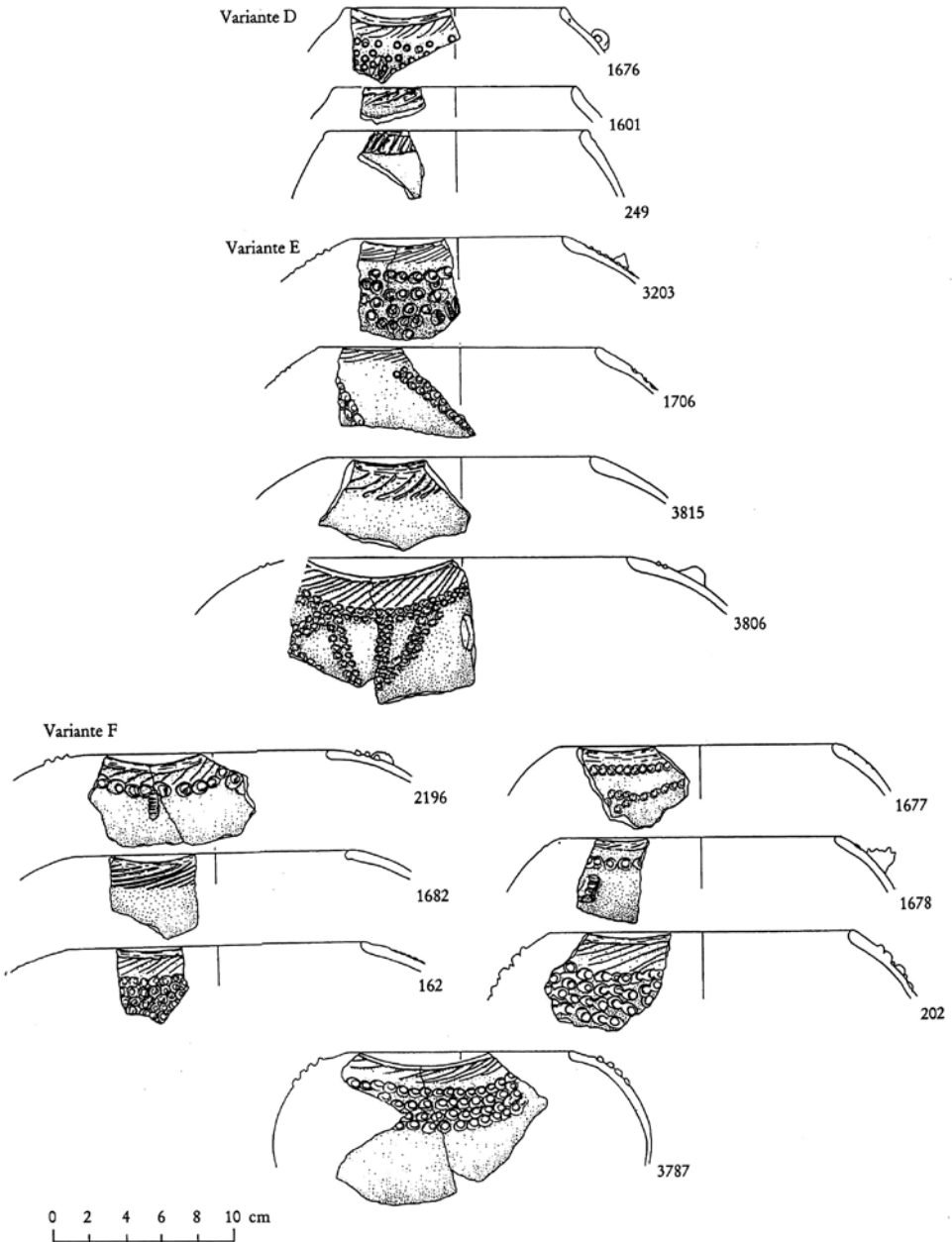


Figura 76. Cerámica de Montegrando, Jequetepeque. Alfar B, Ollas sin cuello (B1) (Ulbert, 1994, lámina 20).



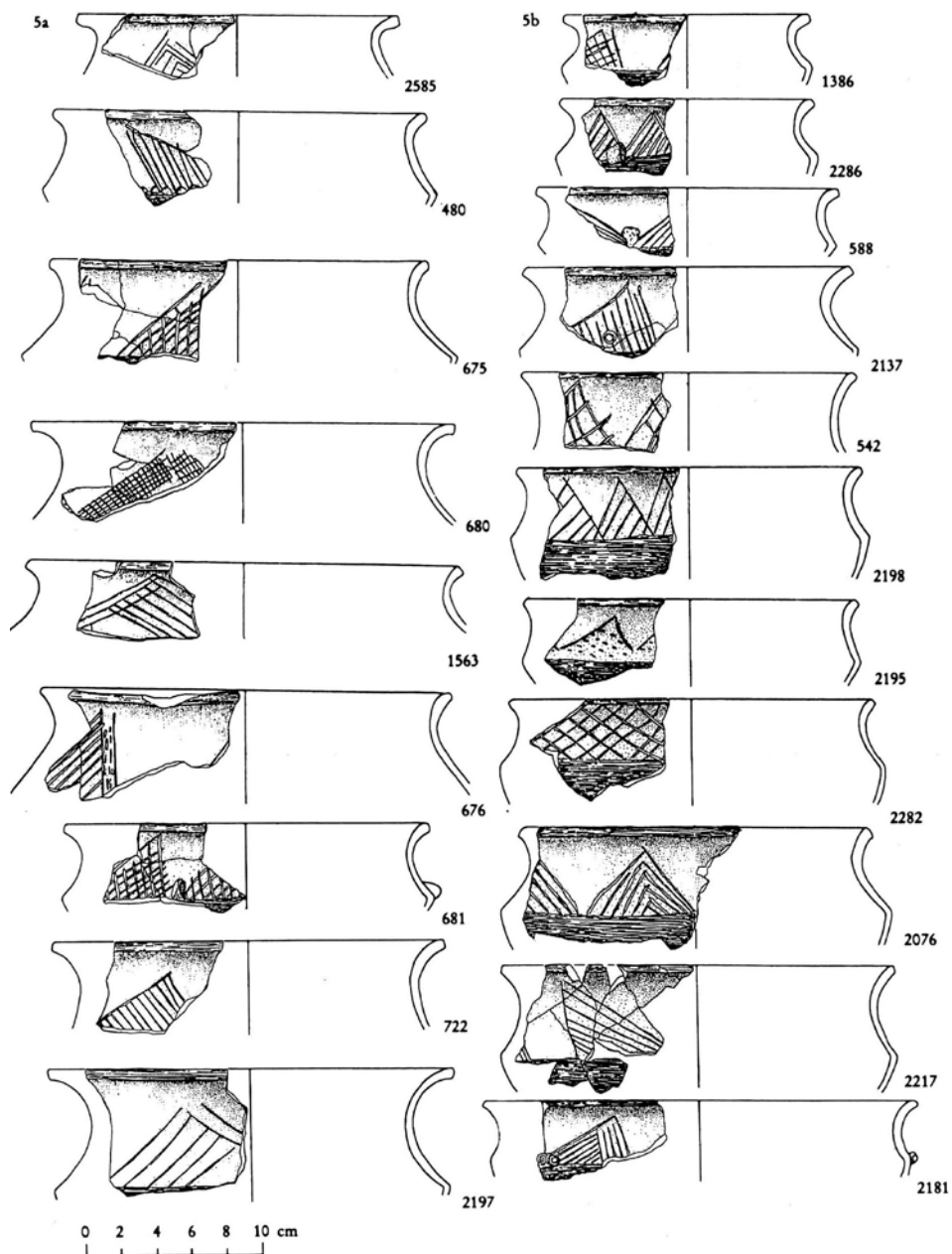


Figura 77. Cerámica de Montegrando, Jequetepeque. Alfar B, Platos carenados (B5) (compárese figura 51) (Ulbert, 1994, lámina 25).

## 6. CERRO BLANCO (1985) Y KUNTUR WASI (1988-1990, 1993-1994, 1996-2003)

El último sitio que fue objeto de las investigaciones más intensivas y el segundo del que había referencias previas (Carrión Cachot 1948, Engel 1966, Schwörbel 2001) es Kuntur Wasi o La Copa. Bajo la dirección de Tello, se hicieron excavaciones en el sitio entre 1946 y 1947, cuyos informes se mantienen inéditos. Rosa Fung se encargó del análisis de la cerámica facilitada por financiación alemana (KAVA, Comisión de Arqueología General y Comparada del Instituto Arqueológico Alemán), pero sus resultados tampoco se publicaron (Ulbert y Eibl 1984, pp. 559-560, Kato 2003, p. 203). Gabriela Schwörbel (2001) proporciona las descripciones y análisis metalúrgicos de la Tumba 1, que contenía objetos de oro. Ulbert y Eibl (1984), por su parte, presentaron un levantamiento topográfico muy preciso del sitio, llevado a cabo entre 1982 y 1983 (compárese Ulbert y Eibl 1984, figura 1 con Onuki *et al.* 2000, pp. 22-23).

Pese a que cuenta con un número considerable de publicaciones sobre el proyecto (Inokuchi 1998; Kato 1993; Kato & Seki 1998; Matsumura *et al.* 1997; Onuki 1997, 2001b; Onuki [editor] 1995; Onuki & Kato 1995; Onuki *et al.* 2000; Seki 1997), la información general no alcanza aún la precisión de la de otros sitios, ya que solo apareció un trabajo monográfico (Onuki [editor] 1995). Una monografía final está en preparación.

Kuntur Wasi se encuentra en la parte alta de un cerro llamado La Copa, en la provincia de San Pablo, departamento de Cajamarca, a 2.300 metros sobre el nivel del mar (Onuki [editor] 1995, p. 3, figuras 1 y 2) (Figuras 1, 47). Los trabajos de la primera campaña de 1985 en la zona se limitaron a Cerro Blanco, una lomada al noroeste de Kuntur Wasi. Los resultados fueron publicados en 1988 (Terada & Onuki [editores] 1988) y reimpresos en 1995 (Onuki [editor] 1995, pp. 127-157, figuras 1-37, láminas 1-14, a las que se agregan dos láminas de color con seis fotos en el frontispicio). Onuki y Kato se encargaron de las excavaciones, llevadas a cabo entre el 10 de agosto y el 6 de septiembre de 1985, luego de una visita previa en 1982 (Terada & Onuki [editores] 1988, p. V, 3).

Se excavaron cinco trincheras (Onuki & Kato 1988, figura 2). En la primera, se encontraron evidencias constructivas y capas superpuestas de los períodos llamados Sotera, Cerro Blanco y La Conga, con un espesor total de unos 1,5 metros. El contexto más importante fue un pozo funerario con cámara y contenido intacto. Se trata de un pozo con cámara lateral de 1,4 metros de diámetro y al menos 1,2 metros de altura, con acceso hacia el oeste, el cual estaba cerrado por piedras toscas de tamaño mediano. Sobre el piso de la cámara se esparció tierra marrón oscura y

se colocó un individuo con la cabeza hacia el norte, cuyos restos se encontraban en mal estado de conservación. Este individuo llevaba adornos y estaba cubierto por pigmento rojo, probablemente cinabrio. Siete vasijas se encontraron hacia su lado occidental —¿delante de un flexionado sentado?—: se trata de cuatro platos, un cántaro, una botella asa estribo y una compotera. Cuentas de sodalita en diferentes tamaños (124 en total), de crisocola (115) o de *Spondylus* (1.060) y tablillas de esta misma concha —una con cara incisa— y de crisocola completan un conjunto impresionante (Figuras 78-80). El problema de este contexto consiste en que no se pudo determinar la boca de su estructura por modificaciones posteriores; por lo demás, el conjunto cerámico no corresponde al material cerámico encontrado en las excavaciones. Un fechado  $^{14}\text{C}$  es muy temprano ( $3270 \pm 70$  a.p.) y sugeriría una contemporaneidad con el período La Conga ( $3390 \pm 70$  a.p.), pero el material cerámico no corresponde a ello. La forma de la estructura funeraria, el pigmento rojo y algunos de los rasgos cerámicos sugerirían una conexión con Cupisnique, por lo que el fechado parece ser demasiado temprano. En la Trinchera 2 se encontraron, mezcladas con material de La Conga, partes de un cráneo y de una mandíbula humanos con rasgos de pigmento rojo, así como más de veinte cuentas de sodalita, crisocola y concha. Este conjunto se parece al de la Tumba 1, pero tampoco sirve para determinar su ubicación cronológica (Onuki & Kato 1988, pp. 4-9, 10, figuras 3, 8, 16, 17, 19.21-40, láminas 4, 5; Onuki [editor] 1995, láminas de color 7, 8).

En un sondeo dentro de la Trinchera 2, Sector F, se encontró un conjunto de capas con material cultural pero sin cerámica. Un fechado de la capa más profunda resultó en  $5010 \pm 180$  a.p., lo que sugiere la presencia de construcciones del Período Arcaico. Sería la primera vez después de Kotosh en la que se encontraron restos tan tempranos. Lamentablemente, los trabajos en Cerro Blanco no se reanudaron con el fin de aclarar esta situación (Onuki & Kato 1988, pp. 4, 9).

En general, existe una plataforma alta de unos 75 por 60 metros del período Sotera y una inferior cuyos edificios fueron arrasados, principalmente por actividades agrícolas modernas. Existe la posibilidad de subdividir el período Cerro Blanco en dos fases. El período La Conga registra la distribución más amplia, ya que aparece también en las laderas de la lomada. En las trincheras 2A y 2F-G se detectaron restos de muros y restos óseos humanos por debajo de los estratos de La Conga (Onuki & Kato 1988, p. 4).

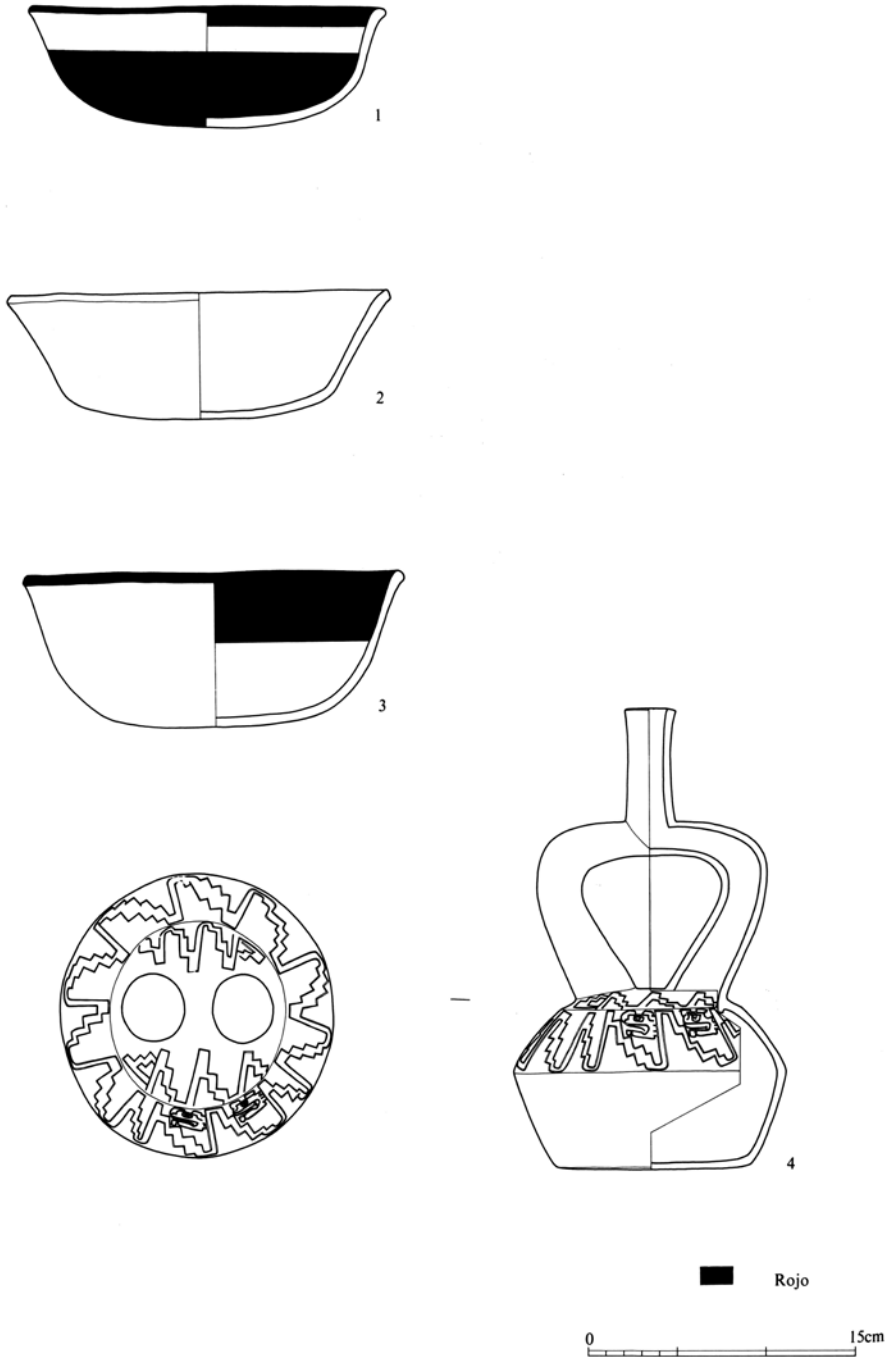


Figura 78. Objetos asociados a la Tumba 1 (Tm-1), fase Cerro Blanco, Cerro Blanco, cerca de Kuntur Wasi: Platos y botella estribo (Onuki & Kato, 1995, figura 16).

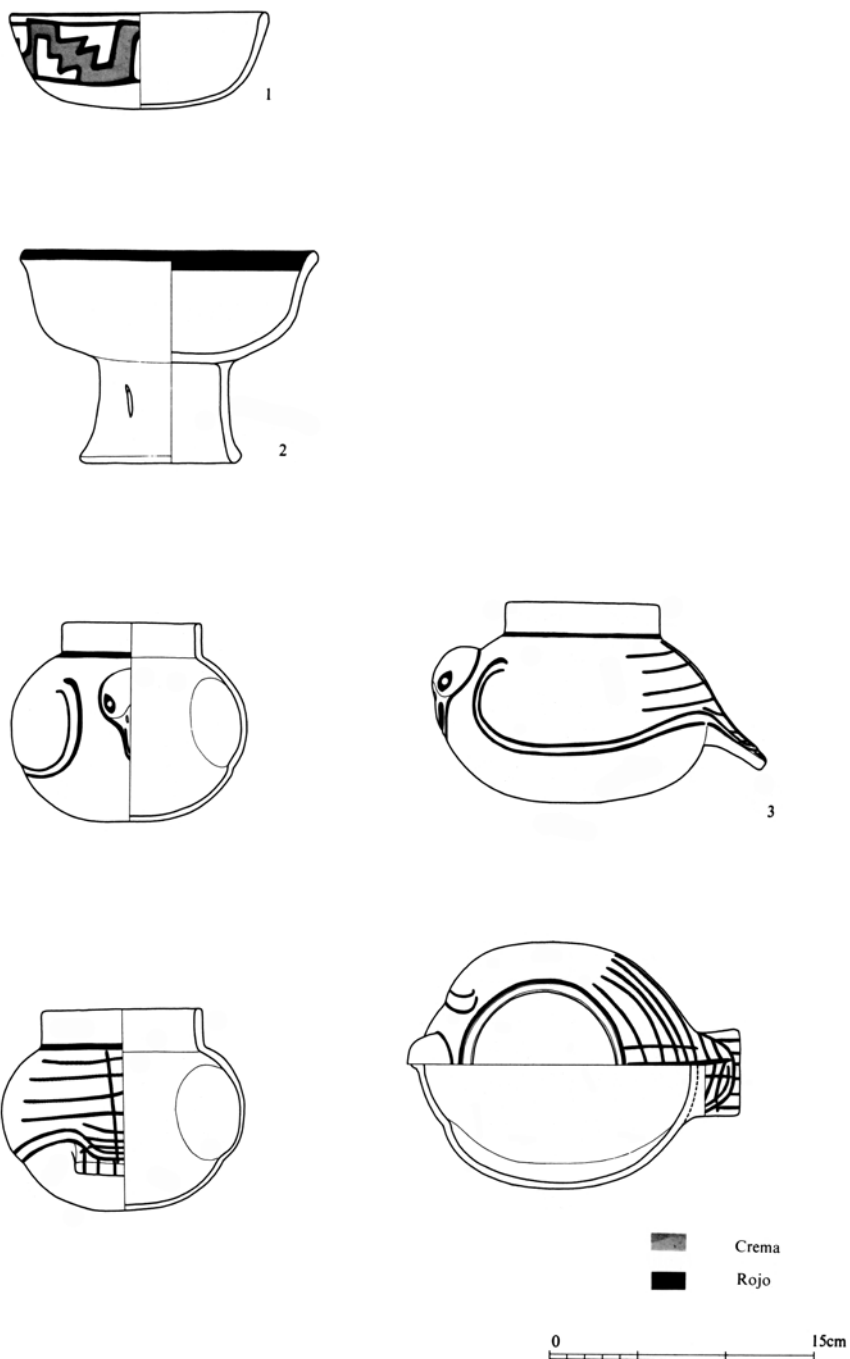


Figura 79. Objetos asociados a la Tumba 1 (Tm-1), fase Cerro Blanco: Plato, computera, y olla con cuello escultórica, Cerro Blanco (Onuki & Kato, 1995, figura 17).

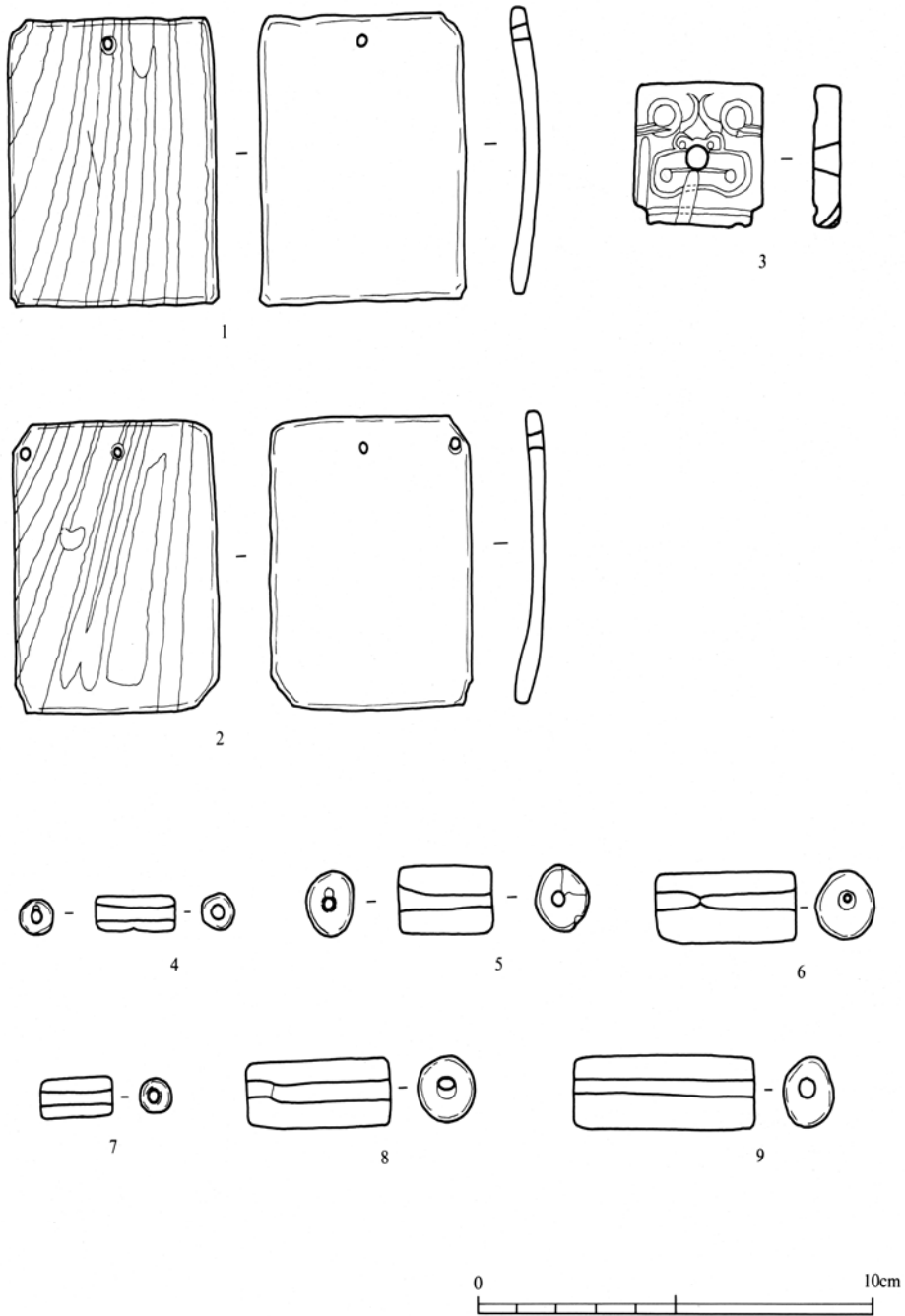


Figura 80. Objetos asociados a la Tumba 1 (Tm-1), fase Cerro Blanco: Placas de *Spondylus* y cuentas de sodalita (Onuki & Kato, 1995, figura 18).

Se recogieron más de treinta mil fragmentos de cerámica de las excavaciones, pero se seleccionaron para su análisis solo los de los contextos más seguros o menos disturbados. Así se obtuvieron 277 fragmentos de selección primaria y 841 de selección secundaria para el período La Conga, subdivididos en tres tipos: La Conga Marrón, LC Marrón Alisado y LC Negro Alisado (Figuras 81-82). Todo este conjunto es casi idéntico al período Huacaloma Temprano, aunque se perciben algunas diferencias menores en las decoraciones (Onuki & Kato 1988, pp. 14-15, tablas 12, 5, 6, figuras 20, 22). Ulbert (1994, pp. 91-92, Tafel 55) compara el material de Cerro Blanco con el de Montegrande y detecta muchos paralelos. De esta manera, aparecen formas y decoraciones que aparecen tanto en Montegrande I como en Montegrande II, pero el autor no quiere correlacionar la secuencia de Montegrande con las evidencias de Cerro Blanco. Solo se obtuvo un fechado  $^{14}\text{C}$ :  $3390 \pm 70$  a.p., que es algo más temprano que los tres fechados correspondientes de Huacaloma ( $3080 \pm 70$  a.p.,  $2710 \pm 240$  a.p. y  $2840 \pm 90$  a.p.); ello podría sugerir una ubicación cronológica algo más temprana en el rango de este período, aunque un solo fechado no basta para aseverarlo. Por otro lado, se fechó Tm-1 en  $3270 \pm 70$  a.p., lo que sugeriría una contemporaneidad de este contexto con el período La Conga. Ello no se justifica por el contenido, la forma de la estructura, el uso de pigmento rojo, etcétera, aunque faltan comparaciones directas por la ausencia de contextos asegurados del período La Conga.

Para el siguiente período, llamado Cerro Blanco, se reconocieron catorce tipos en 2.982 fragmentos seleccionados: Cerro Blanco Rojo Pintado, CB Negro Pulido, CB Rojo Alisado, CB Rojo Pulido, CB Polícromo, CB Marrón Pulido, CB Negro Inciso, CB Negro Alisado, CB Marrón Alisado, CB Rojo Inciso, CB Blanco Alisado, CB Rojo y Blanco, CB Marrón Inciso y CB Blanco. De estos, más del 70% presentan decoración pintada o engobe rojo. El tipo que se registra con más frecuencia es CB Rojo Pintado. La cerámica pulida es otra característica resaltante. Aparece en ocho tipos con un total de 36,6%. Platos y ollas son las formas más frecuentes. La decoración consiste en aplicado en forma de tiras superpuestas con impresión de dedo o un instrumento punteado —una decoración muy común en el período La Conga—, en forma de incisiones finas, paneles decorados con incisiones, en algunos casos (CB Negro Pulido) rellenadas con pintura roja fugitiva poscocción. La pintura es poscocción o de engobe rojo. Estas técnicas están claramente diferenciadas en la cerámica negra y la roja (Figuras 83-85).

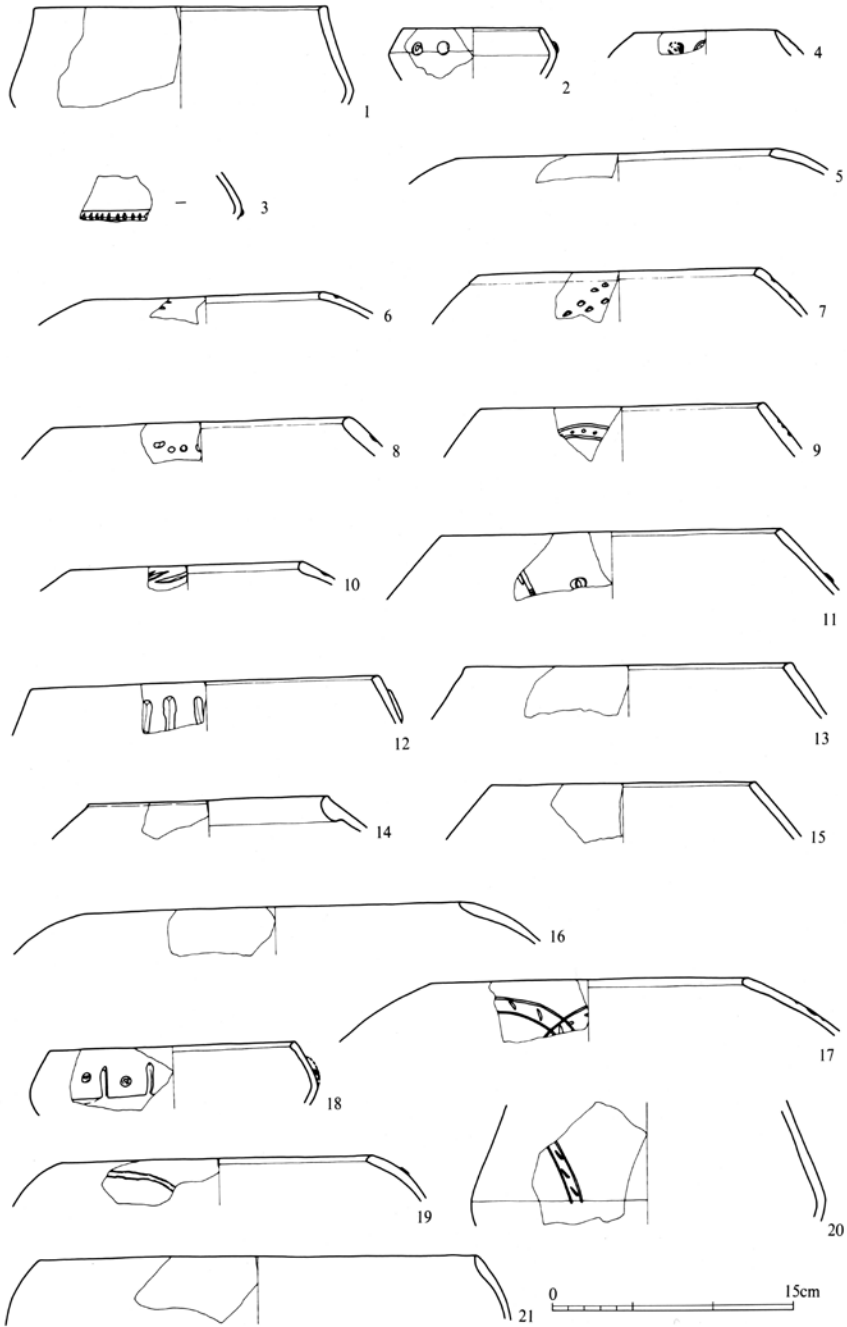


Figura 81. Cerámica de la fase La Conga, Cerro Blanco, tipos LC Negro Alisado (1-5) y LC Marrón (6-21) (Onuki & Kato, 1995, figura 20).



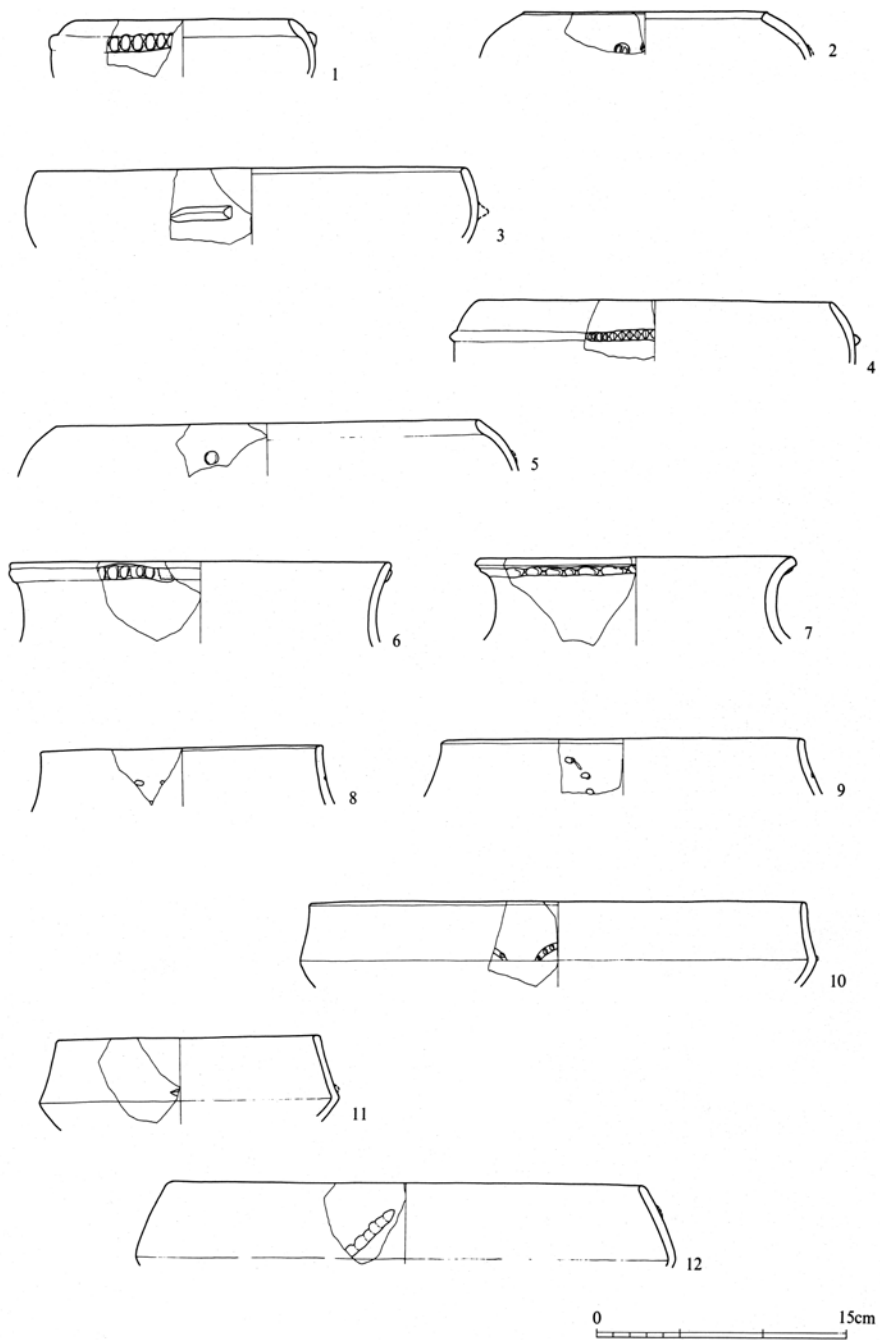


Figura 82. Cerámica de la fase La Conga, Cerro Blanco, tipo LC Marrón Alisado (Onuki & Kato, 1995, figura 21).

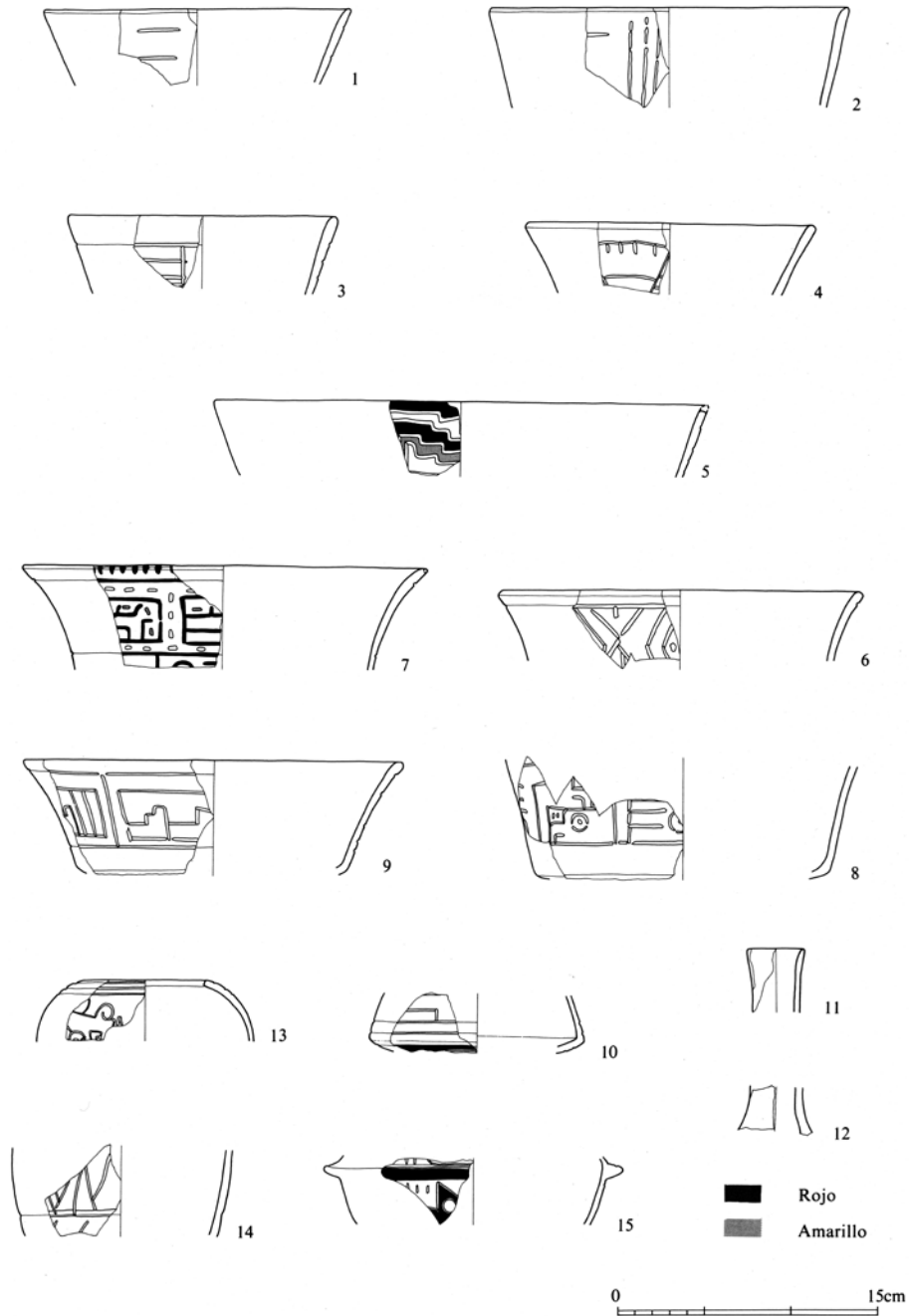


Figura 83. Cerámica de la fase Cerro Blanco, Cerro Blanco, tipo CB Negro Pulido (Onuki & Kato, 1995, figura 23).

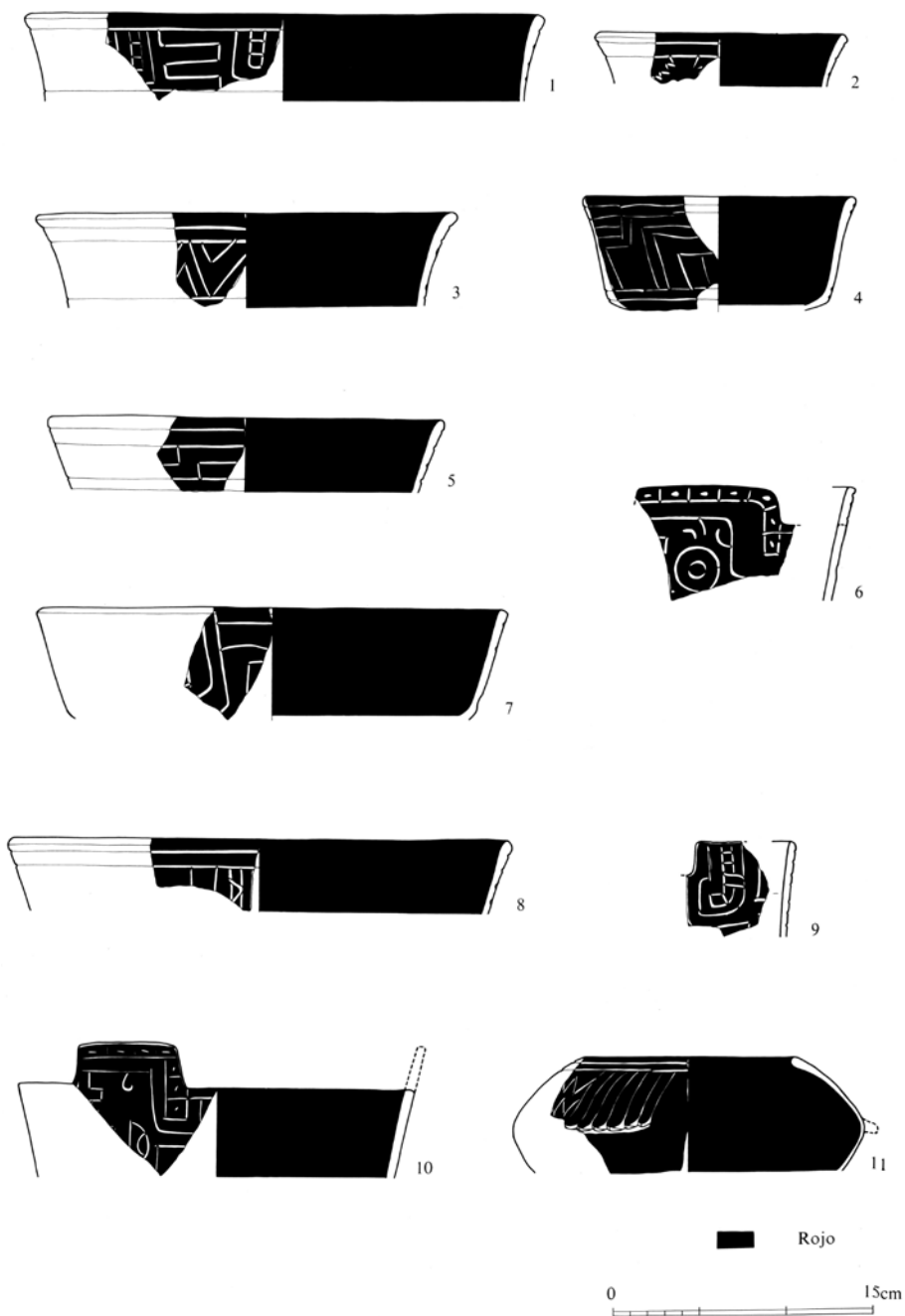


Figura 84. Cerámica de la fase Cerro Blanco, Cerro Blanco, tipo CB Rojo Inciso (Onuki & Kato, 1995, figura 29).

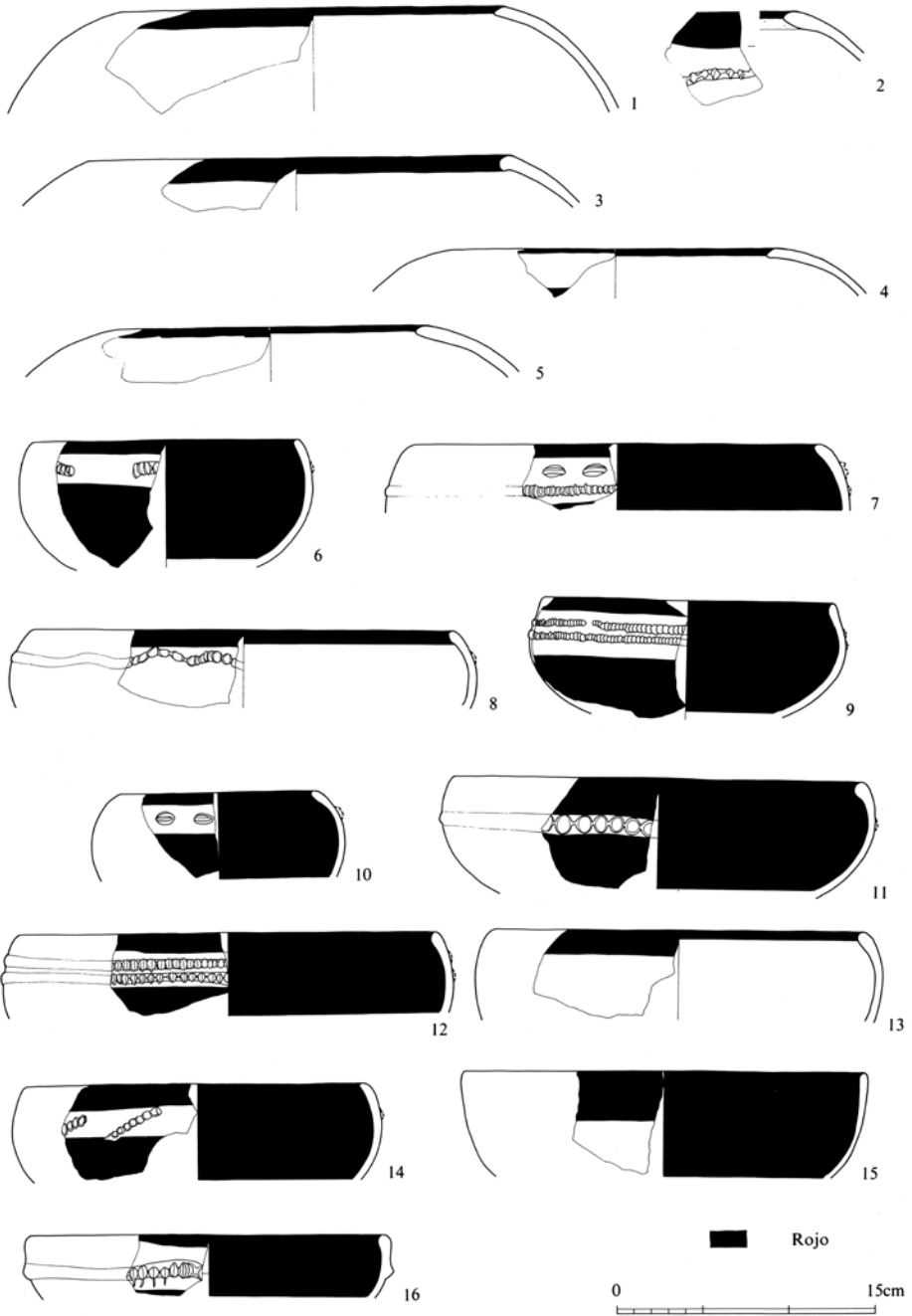


Figura 85. Cerámica de la fase Cerro Blanco, Cerro Blanco, tipo CB Rojo Pintado (Onuki & Kato, 1995, figura 30).

Otra conclusión importante es la frecuencia marcadamente diferente en los estratos, de modo que los autores se inclinan por postular la existencia de dos fases. En comparación con Huacaloma, donde tal diferenciación no se observa, aparecen muchos tipos muy parecidos o casi idénticos a los de Cerro Blanco. También se distinguen en las frecuencias de algunos de los tipos. De esta manera, CB Rojo Inciso y CB Marrón Inciso son relativamente frecuentes en Cerro Blanco, pero casi insignificantes en Huacaloma. Por otro lado, HL Líneas Bruñidas, que es muy frecuente en Huacaloma, no aparece en Cerro Blanco y HL Rojo sobre Ante (*HL Red-on-Orange*) tampoco se registró (Ulbert 1994, pp. 15-18, tablas 1-4, 7-9, 22-32, láminas 8-11). Entre los motivos aparecen muchos que se dejan comparar con Pacopampa (Ulbert 1994, figuras 24.5 y 29.1.6.9.10), lo que se extiende también a las formas y técnicas de decoración.

Se proporcionan tres fechados <sup>14</sup>C: 2990 ± 80 a.p., 2910 ± 170 a.p. y 2750 ± 60 a.p., lo que corresponde a la gama obtenida en Huacaloma y Layzón, que podrían consolidar la presencia de dos fases en Cerro Blanco —¿y en Huacaloma?—.

En comparación con Huacaloma, llama la atención que no aparezca material asociado a EL, pero sí construcciones y cerámica que son mucho más parecidas a Layzón que los otros dos períodos discutidos.

Los trabajos breves en Cerro Blanco, por ende, confirman una parte importante de la secuencia obtenida en Huacaloma, pero los resultados, por lo reducido de las excavaciones, no dejan consolidar los datos de arquitectura y de los contextos de la cerámica, pese a la presencia de contextos funerarios más importantes que los de Huacaloma. Dichos contextos señalan conexiones con la costa, acceso a bienes exógenos y, por ende, a un poder de adquisición notable, que se refleja también en ceramios no costeños y no locales. Estos rasgos no se limitan a estos contextos sino que se reflejan en una serie de tipos de cerámica que, como en el caso de Huacaloma, no corresponden a producciones locales sino a material importado. Excavaciones más extensas en el sitio probablemente permitirían definir mejor estos indicios, sobre todo teniendo en cuenta los hallazgos de contextos importantes de los períodos posteriores en Kuntur Wasi. Por último, sería necesario definir mejor las construcciones acerámicas, aunque el único fechado no sugiere la presencia de construcciones inmediatamente anteriores a aquellas con cerámica del período La Conga; empero, un solo fechado y las pocas evidencias recuperadas no bastan para definir esta situación. Los autores son conscientes de este problema.

En 1988 se iniciaron los trabajos del proyecto más extenso de todos los que fueron realizados por la misión japonesa, entre 1988 y 1997 (siete temporadas), bajo la dirección de Onuki y de Kato. Durante las primeras campañas participaron Onuki, Kato, Seki, Kinya Inokuchi, Masato Sakai y Hirofumi Matsumura; y, del lado peruano, Rosa Fung, Lucénida Carrión, Muriel Pozzi-Escot y Walter Tosso (Onuki [editor]

1995, p. VII). Desde 1996 y hasta 2002, el equipo nuclear consistió en Onuki, Kato, Seki, Inokuchi, Sakai, Walter Tosso y Elmer Atalaya (Onuki 2002, p. 72). La evidencia de cerámica parecida a EL en la superficie del sitio, que sugería la presencia de arquitectura de esta fase, apenas definida en Huacaloma y ausente en Cerro Blanco, motivó esta excavación en Kuntur Wasi. Surgían entonces las preguntas acerca de la relación con el estilo Cupisnique y el de las esculturas líticas del sitio; asimismo, existía la posibilidad de hallar secuencias más completas que en Cerro Blanco, por lo que había que definir el inicio de las construcciones y las relaciones entre Kuntur Wasi y los sitios del valle de Cajamarca y de la costa (Onuki [editor] 1995, p. 4).

El informe más sustancial sobre los trabajos en Kuntur Wasi es el editado por Onuki (1995), que presenta los resultados de las temporadas de 1988 a 1990; una versión idéntica apareció ya en 1993 (Onuki & Kato 1993). El libro está dividido en tres partes: la primera, escrita por Onuki, Kato e Inokuchi, presenta los datos de excavación en cinco capítulos; la segunda parte es una reimpresión del trabajo sobre Cerro Blanco, que ya fue discutido; y la tercera son las conclusiones a cargo de Onuki.

En 1988 se definió una secuencia arquitectónica y cerámica en tres fases: Kuntur Wasi, Copa y Sotera; en 1989 se excavó una trinchera grande sobre la cima que arrojó resultados que confirmaron la secuencia establecida en 1988, pero se agregó otra fase posterior a Kuntur Wasi, llamada Sangal. Además de ello, se pudieron excavar tres contextos funerarios con contenido excepcional. Las excavaciones de 1990 se limitaron a la zona central y suroeste de la plataforma superior. Se comprobó la presencia de una plaza circular y se hallaron otros contextos funerarios relacionados con los de la temporada anterior (Onuki & Kato 1993, pp. 4-5).

Se distinguen cuatro fases: Ídolo (ID), Kuntur Wasi (KW), Copa (CP) y Sotera (ST). La evidencia más importante de la fase Ídolo se encuentra por debajo de la Plataforma Central de la fase Kuntur Wasi. Se trata de dos plataformas y una plaza hundida cuadrangular de 10,5 metros y 0,8 metros de alto. Un banquete sirve de acceso. Delante de esta plataforma se instala un espacio bien elaborado a modo de atrio con muros y pisos enlucidos y pintados de blanco. Frente a este complejo, se encuentra la plaza central, con 14 metros de ancho y 0,3 metros de profundidad, donde se observan dos fases de construcción. Hacia el noroeste de la plataforma central, a una distancia de 4 metros, se observa otra plataforma lateral de menor altura, llamada ID-Plt-Secundaria, que corresponde a la segunda fase de construcción, como la plaza. Encima de ella se erigieron dos cuartos de 2,5 por 2,5 metros cada uno. La pared divisoria llevaba pintura mural con representación felínica, así como un «ídolo» de barro que fue encontrado boca abajo delante del muro. Se trata de una escultura de 0,75 metros de alto en forma de cuerpo antropomorfo, sin brazos ni pies conservados, que lleva un pectoral y un taparrabo. La cara es felínica, con ojos cuadrados hundidos,

y boca con comisuras punteadas y colmillos sin punta. En la cabeza lleva una simple cinta. Está pintado de rojo (cinabrio), verde (malaquita), negro y rosado. Los contextos funerarios que corresponden a la fase Kuntur Wasi, cuatro en el atrio de ID-Plt Central y uno en el cuarto de ID-Plt Secundaria, se instalaron inmediatamente antes de la cobertura de los edificios de la fase Ídolo y la nueva construcción de gran escala de KW-Plt Central (Onuki & Kato 1995, p. 10, figuras 11, 21, lámina 9.1-3; Onuki 1992, p. 19; Onuki *et al.* 2000, p. 53, figura 107) (Figuras 86, 87). Uno de los edificios grandes de esta fase es la Plataforma Este (Onuki [editor] 1995, figura 12), que consiste en un muro de contención de 11,3 metros de largo y 1,9 de alto. Frente a esta plataforma se ubica una plaza cuadrangular hundida, donde se registran, nuevamente, evidencias de dos fases de construcción. En general, se trata de un complejo ceremonial con varias plataformas y plazas, una central con otra baja lateral, una secundaria con su plaza delantera y, aparte de este grupo, muros de gran altura, pisos y una plaza. Todos los edificios y pisos están cubiertos por enlucido grueso de barro con una superficie delgada pintada de color blanco, posiblemente cal. Se dispone de un solo fechado  $^{14}\text{C}$ :  $2860 \pm 60$  a.p., que concuerda con los fechados de Cerro Blanco. No se hallaron evidencias anteriores que puedan sugerir una ocupación durante la fase La Conga, por lo que parece tratarse de las primeras actividades constructivas, cuando Cerro Blanco aún estaba en funcionamiento (Onuki [editor] 1995, pp. 207-208).

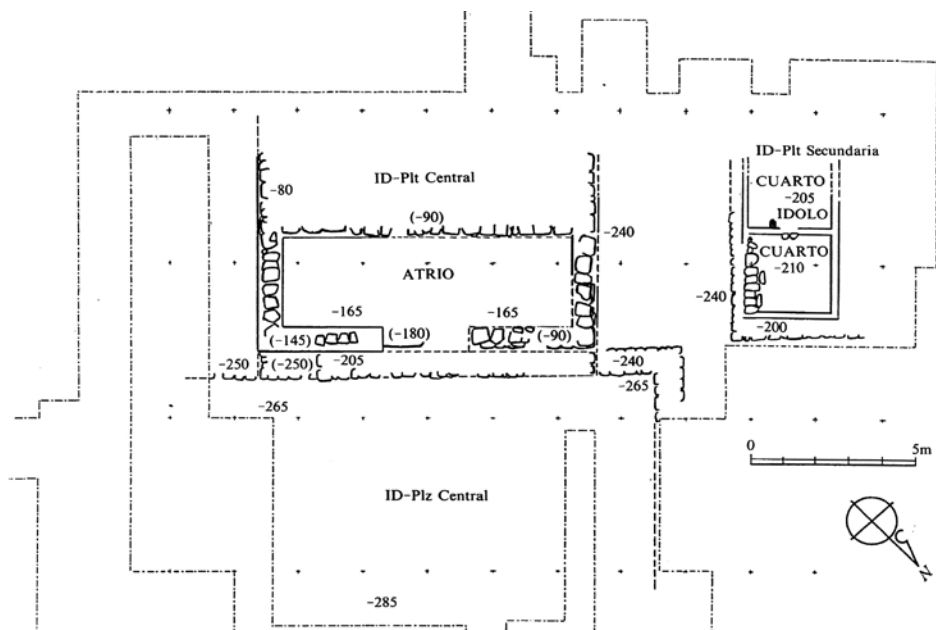


Figura 86. Plano de la Plataforma Central de la fase Idolo, Kuntur Wasi con la ubicación de la escultura de barro (véase figura 87). (de Onuki & Kato 1995: figura 11).



**Figura 87.** Cabeza de escultura de barro de una pared divisoria sobre la plataforma ID- Plt Secundaria. Altura de escultura 73,5 centímetros, altura de la cabeza 21 centímetros. Pigmentos de color rojo (cinabrio), verde (malaquita), negro, amarilla y rojo. Fase Ídolo, Kuntur Wasi (Foto cortesía Y.Onuki).

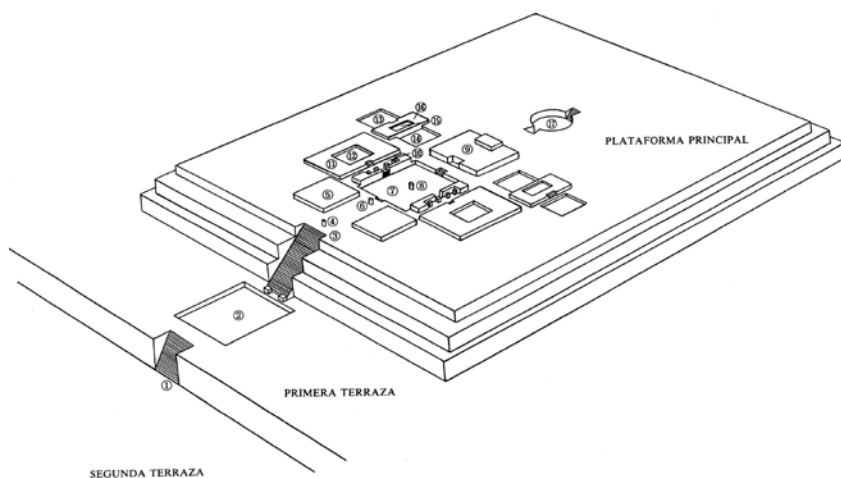
Se establecieron siete tipos de cerámica para la fase Ídolo: ID Negro Pulido, ID Marrón Pulido, ID Rojo Pintado, ID Rojo alisado, ID Rojo y Blanco, ID Pintado Poscocción en Zona e ID Polícromo. Estos tipos corresponden a los de Huacaloma y Cerro Blanco; solo ID Polícromo no aparece en Huacaloma, pero sí en Cerro Blanco. La muestra es muy reducida: no se proporcionan porcentajes de los tipos y solo se presenta una lámina (Onuki [editor] 1995, p. 24, 28-29, lámina 19). Inokuchi (1998, pp. 163-165, figuras 2-4) agrega más detalles (véase Onuki *et al.* 2000, figuras 106, 113). En general, se inclina por incluir la cerámica en una misma tradición alfarera, si bien con algunas diferencias en formas y decoración.

Las construcciones principales de la fase Kuntur Wasi están ubicadas en el eje principal noreste a suroeste, con una escalera grande delantera de 11 metros de ancho con trece peldaños y una probable altura original de 6 metros con veinte peldaños, así como la Plaza Delantera, de 26 metros de fachada y 0,7 metros de profundidad. Luego viene la Escalera Principal (11 metros de ancho y 12 metros de largo, con un total calculado de 32 peldaños), la Plaza Cuadrangular D, la Plataforma Central y la Plaza Circular de un diámetro de 15,6 metros y 2,1 metros de profundidad. Fuera del eje principal, hay dos ejes secundarios. En general, se puede constatar que en la fase Kuntur Wasi se destruyeron las construcciones anteriores y se las cubrió



completamente (Figura 88). La Plataforma Central se inició con la instalación de cuatro contextos funerarios en el piso del atrio de la plataforma del edificio central de la fase Ídolo. Otro instruye el centro de un cuarto ubicado en la Plataforma baja lateral, sobre la cual se encontró la escultura de barro. Existen más evidencias de contextos, probablemente menores. Solo después se comenzó una gran obra de construcción de la Plataforma Central, las plazas y las escaleras. El complejo central tiene forma de «U», abierta hacia el noreste (Onuki [editor] 1995, pp. 8-10, 208-209, figuras 3-10, láminas 1.3-5.2; Onuki 1992, p. 7; Onuki *et al.* 2000, p. 19) (Figura 89).

Fuera de la arquitectura, la fase Kuntur Wasi destaca por los contextos funerarios y por los monolitos. Los primeros cuatro contextos funerarios fueron encontrados en el piso del atrio de ID-Plt Central cubierto por KW-Plt Central, A-Tm 1 a A-Tm 3 en 1989 y el cuarto (A-Tm 4) en 1990. Se trata de pozos cilíndricos de 1,4 a 1,5 metros de diámetro y 1,7 a 2,55 metros de profundidad, con una cámara lateral tapada por un muro de piedras toscas. T-1 tiene un pozo de 1,5 metros y una profundidad de 2,25 metros; la cámara lateral hacia el sur mide 1,2 metros de ancho, 1,2 de profundidad y 1 metro de altura. El individuo en posición flexionada, un hombre de 50 a 60 años de edad, miraba hacia el norte. El tronco y el cráneo cedieron hacia la derecha, mientras que las orejas habían caído hacia abajo; lo mismo sucedió con el pigmento rojo. Delante del individuo, se habían colocado tres trompetas *Strombus*; y, hacia la derecha, tres ceramios. Además, llevaba una corona de oro,



**Figura 88.** Reconstrucción isométrica del conjunto arquitectónico de la fase Kuntur Wasi, Kuntur Wasi. 1. Escalera delantera; 2. Plaza delantera; 3. Escalera principal; 4. Monolito; 5. Plataforma introductoria; 6. Monolito; 7. Plaza cuadrangular; 8. Columna; 9. Plataforma central; 10. Atrio, 11. Plataforma este; 12. Plaza este; 13. Plaza sudeste 1; 14. Plaza sudeste 2, 15. Plaza sudeste 3; 16. Plataforma sudeste; 17. Plaza circular (Onuki & Kato, 1995, figura 3).

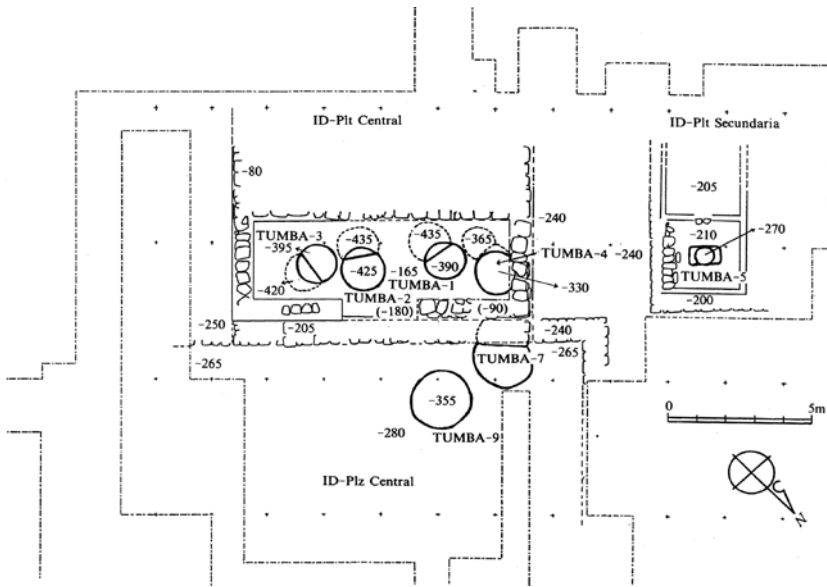


Figura 89. La ubicación de los contextos funerarios de la fase Kuntur Wasi en la Plataforma Central (Onuki & Kato, 1995, figura 21).

una pequeña lámina de oro, dos orejeras de crisocola, dos cuentas pequeñas de piedra blanca, una placa del mismo material (calcedonia) y un pendiente de calcedonia con ojo y pico de ave. Los ceramios consisten en una botella de asa estribo ornitomorfa, una botella con cuello largo y una compotera (Onuki 1992, pp. 8-11, 20; 1995, pp. 15-16, figuras 21 y 22, láminas de color 1, 4, 5, láminas 10, 11; 1997, pp. 80-82, figuras 4-10; Onuki *et al.* 2000, pp. 35-37, 39-43) (Figuras 90, 91).

La Tumba 2, hacia su izquierda, consiste en un pozo de 1,5 metros de diámetro y 2,55 de profundidad; y en una cámara lateral, hacia el sur, de 1,2 metros de ancho, 1,1 metros hacia la pared y 1 metro de altura. El individuo se encontró en mal estado de conservación, pero parece haber tenido una posición que corresponde al individuo de la Tumba 1. También se trata de un hombre adulto, de 60 años o más de edad. Llevaba una corona de oro y otros cuatro objetos más, también de oro: uno encima del otro, ambos debajo de la corona. Se trata de dos pectorales —luego interpretados como narigueras— y dos aretes rectangulares. La corona y una de las narigueras se encontraron con roturas antiguas. A diferencia de la Tumba 1 (caras antropomorfas), los motivos son complicados, con fuertes ingredientes de motivos felínicos. Los otros objetos asociados son una taza con decoración incisa, así como fragmentos de un recipiente incompleto con diseño felínico y tres cuentas de jaspé y crisocola (Onuki 1992, pp. 12-14; 1997, pp. 82, 86-89; Onuki [editor] 1995, pp. 16-17, figuras 22, 23, láminas de color 1-3, 5, lámina 12; Onuki *et al.* 2000, pp. 38, 44-47) (Figura 92).



Figura 90. Conjunto de objetos asociados a la Tumba 1 de la Plataforma Central, fase Kuntur Wasi, Kuntur Wasi (Foto: cortesía Y. Onuki).



Figura 91. Detalle de trompeta de *Strombus*, Tumba 1 (Foto: cortesía Y. Onuki).



Figura 92. Nariguera de oro, 16,5 por 11 centímetros, Tumba 2 de la Plataforma Central, fase Kuntur Wasi, Kuntur Wasi (Foto: cortesía Y. Onuki).



Figura 93. Botella de asa estribo escultórica, altura 20,6 centímetros, Tumba 6, Sector G, al sur de la Plataforma Central, fase Kuntur Wasi, Kuntur Wasi (Foto: cortesía Y. Onuki).

La Tumba 3, muy cerca de la 2, tiene un pozo cilíndrico de un diámetro de 1,45 metros y una profundidad de 2,3 metros. La cámara lateral se ubica hacia el exterior, por lo que la mirada del individuo se dirigió hacia el occidente en vez de norte o noreste. Se trata de otro hombre más joven, de entre 30 y 40 años de edad, en posición flexionada sentada, con deformación craneana; como los demás, estaba cubierto de pigmento rojo en la región de la cabeza. Los objetos asociados se limitan a dos orejeras de oro, aún en su posición original, dos cuentas de piedra verde y blanca de crisocola, juntas con las orejeras, así como dos ceramios, una compotera y una botella de asa estribo (Onuki 1992, pp. 15, 20; 1997, pp. 89-91; Onuki [editor] 1995, p. 17, figura 21, lámina de color 5, láminas 8.1, 13; Onuki *et al.* 2000, pp. 48-49). La compotera se parece mucho a la de la Tumba 1; la botella con asa estribo, a la de la Tumba 4.

La Tumba 4 se encontró al otro extremo del conjunto, cerca de la Tumba 1. El pozo tiene un diámetro de 1,4 metros y una profundidad de 1,7 metros, notablemente menor que la de las otras tres estructuras. También la cámara lateral, orientada hacia el sur, tiene dimensiones más reducidas con 0,9 metros de ancho, 1 metro hasta el fondo y 1 metro de altura. El individuo es una mujer de 60 o más años, en posición flexionada sentada que mira hacia el fondo, o sea hacia el sur, en contraste con la del hombre de la Tumba 1, que mira hacia el norte. Los objetos asociados consisten en tres ceramios (una botella de asa estribo y dos platos fragmentados) (Figura 93), objetos de oro (un cono y veintidós láminas en forma de ave de oro y plata), un pequeño vaso de piedra en forma de una cabeza antropomorfa y una gran cantidad de cuentas de piedra y de concha (1.587 cuentas de jaspe, 496 cuentas de sodalita, 849 cuentas de *Spondylus*, 3.653 cuentas minúsculas de piedra y de *Spondylus*, y una cuenta de crisocola con cara de animal), muchos de ellos manchados por el pigmento rojo —¿de la cabeza?— (Onuki 1992, pp. 16-17, 1995, pp. 17-18, lámina de color 5, láminas 8.2, 14-16; 1995, pp. 91-95; Onuki *et al.* 2000, pp. 50-51).

La Tumba 5 ya no corresponde al conjunto de los contextos funerarios presentados, sino que se asocia a ID-Plt Secundaria, también con evidencias de construcciones de la fase anterior, por lo que es contemporánea con A-Tm1 a A-Tm 4. Se trata de un pozo cuadrangular de 1,1 por 0,7 metros, con 0,7 metros de profundidad. El individuo, un hombre de 40 a 50 años de edad, estaba en posición flexionada sentada y miraba hacia el noroeste. Una fractura en el cráneo sugiere que padeció de una muerte violenta. Los objetos asociados consisten en un collar de cuentas óseas, otro collar de concha blanca, un disco óseo de mamífero marino con dos orificios, dos discos de cobre parecidos a los óseos, una cucharita ósea y cinco cuentas de piedra y concha (Onuki 1992, pp. 18, 20-21; Onuki [editor] 1995, pp. 18-19, lámina de color 6, lámina 17).

Las Tumbas 7 y 9 (Onuki [editor] 1995, figura 21) no están descritas en los textos citados, pero se proporcionan ilustraciones de su contenido. La Tumba 6, probablemente de un niño (Onuki 1992, p. 19), tiene una estructura de poca profundidad pegada a la fachada de la plataforma. Sus objetos asociados consisten en cuatro figurinas: dos antropomorfas, una sentada y otra parada, ambas con partes faltantes; otras dos muy parecidas, en forma de felinos; una aguja ósea con cabeza de serpiente con pigmento rojo en las incisiones; y un collar de doce cuentas y pendientes de piedra de un collar, dos de ellas en forma de aves (Onuki 1992, p. 19; Onuki [editor] 1995, lámina de color 6, lámina 18.1-6; Onuki *et al.* 2000, figuras 158-163). La Tumba 7 solo contenía un canchero; la Tumba 8, cuentas tubulares y discoidales de hueso con un tubo más grande, así como fragmentos de una lámina de oro (Onuki [editor] 1995, lámina 18.7.8).

En campañas posteriores (1996 y 1997), se encontraron dos tumbas más en los sectores G y B (para ubicación, véanse Onuki 1997, figura 2 y Onuki *et al.* 2000, pp. 22-23). La Tumba G-Tm 6 formaba parte de un conjunto de estructuras funerarias. Se trata de un pozo circular de poca profundidad (0,4 metros), que fue cortado por contextos posteriores que afectaron su diámetro. Presenta un individuo adulto masculino, flexionado sentado, que mira hacia el noreste, cuyo cráneo mostraba fuerte pigmentación de cinabrio y otros colores. En la parte izquierda de su tórax, se ubicaba un pectoral ovalado de oro, mientras una botella con asa estribo yacía a su izquierda. Las cuentas de piedra y concha se ubicaban en el cuello. La lista completa de sus objetos incluye el pectoral mencionado, 145 de concha, *Spondylus* y piedra, y una botella de asa estribo con la representación modelada de una rana (Figura 93) (Onuki 1997, pp. 96-98, figuras 28-29c; Onuki *et al.* 2000, figuras 91-93).

Por último, se ubicó la Tumba B-Tm 1 en el relleno de una plataforma del Sector B. Esta plataforma cubre estructuras de la fase Ídolo y se halla por debajo de pisos y construcciones de la fase Copa. Su estructura se parece a las de las Tumbas A-Tm 1 a 4. Se trata de un pozo cilíndrico de 1,5 metros de diámetro y unos 0,65 metros de profundidad. La cámara lateral está hacia el sursuroeste y mide 0,7 metros de ancho y 0,5 metros de altura, cerrada por un muro de piedras. El individuo es de sexo masculino, de unos 40 años de edad; se encuentra en posición flexionada caída hacia adelante en dirección hacia el norte. Lo acompañan cuatro vasijas, un canchero cerca del cráneo y otras tres detrás de sus pies. Alrededor de su cráneo, se encuentran una corona de oro (Figura 94), un par de aretes cilíndricos de oro, un par de colgantes de oro con diseños figurativos, así como un par de aretes en forma de calabaza de oro (Onuki 1997, pp. 98-105, figuras 30-39; Onuki *et al.* 2000, pp. 83-90, figuras 94-105).



Figura 94. Corona de oro, 46,5 por 19,2 centímetros, Tumba B-Tm 1, sector B, en la parte norte de la Plataforma Central, fase Kuntur Wasi, Kuntur Wasi (Foto: cortesía Y. Onuki).

A este conjunto se suman otros contextos más que esperan su publicación (véase Onuki *et al.* 2000, figura 166), pero aun así es lo más importante en materia de información funeraria que existe hasta la actualidad, a lo que se vuelve sobre el final de la discusión acerca de Kuntur Wasi.

Otro conjunto de gran relevancia está compuesto por los monolitos (para su ubicación, véase Onuki *et al.* 2000, p. 121). Ya con anterioridad a los trabajos de los japoneses se conocían cinco monolitos, encontrados en 1946. En 1988 se excavó uno más y en 1989 se hallaron otros dos. Las circunstancias de sus hallazgos no permiten aclarar bien su función original ni su ubicación cronológica precisa, ya que parecen haber sido reutilizados en las fases Copa y Sotera. El monolito 89-2 servía como último peldaño de la escalera sureste de CP-Plz Central. Dos monolitos comparables ya habían sido descubiertos y sacados de su sitio original en 1946, los que corresponden a un total de cuatro en dos ejes: el de noreste-suroeste de color rojo y el de sureste-noroeste de color blanco (Onuki 1992, pp. 22-23, Onuki [editor] 1995, pp. 21-22, láminas 2.2-6 y 4.2.3; Onuki *et al.* 2000, pp. 29, 123-125). Otras piezas fueron ubicadas en posteriores campañas que aguardan su publicación aún (véase Onuki *et al.* 1999, figuras 167-171). Estilísticamente, forman una unidad que no se deja comparar bien con las piezas correspondientes de Chavín de Huántar.

La cerámica de la fase Kuntur Wasi cuenta con más información que la de la fase anterior. Se distinguen diecisiete tipos: Kuntur Wasi Negro Fino, KW Negro Graftado, KW Negro Alisado, KW Rojo Fino, KW Rojo Graftado, KW Rojo Pintado, KW Rojo Oscuro, KW Rojo Alisado, KW Marrón Fino, KW Marrón Rojizo, KW Marrón Alisado, KW Marrón, KW Marrón Pulido, KW Blanco, KW Beige, KW Rojo sobre Anaranjado y KW Gris Fino. En cuanto a características como pulido cuidadoso, graftado y pasta fina y compacta, destacan KW Negro Fino, KW Marrón Fino, KW Gris Fino, KW Rojo Fino, KW Negro Graftado, KW Rojo Graftado, KW Rojo sobre Anaranjado y KW Gris Fino. En su conjunto, llegan a un tercio de la totalidad de la cerámica de esta fase. Aunque es probable que todos estos últimos tipos sean importaciones, caracterizan la fase, por lo que constituyen una interrupción en la secuencia del complejo. Otros muestran una cierta continuación en tipos que aparecen en las fases Ídolo y Copa, y en el complejo Sangal. En publicaciones posteriores, este último se incorpora a la fase Kuntur Wasi, por lo que los tipos SG Marrón Inciso, SG Marrón Pulido, SG Marrón Líneas Bruñidas, SG Rojo Engobado, SG Rojo Pintado y SG Rojo Líneas Bruñidas forman parte de la misma fase. Estos tipos no corresponden directamente a otros análogos de Huacaloma y Cerro Blanco (Onuki [editor] 1995, pp. 24-26, 29-32, tablas 1-9, figuras 27-32, láminas 20-27; Inokuchi 1998, pp. 165-170, figuras 5-13). En Onuki *et al.* (2000, figuras 108-112, 115-117) se presenta una amplia gama de otras piezas cerámicas recuperadas en campañas posteriores. En la misma obra, se aprecian dos implementos óseos tallados con representaciones zoomorfas (figuras 172, 173) (Figuras 95, 96).

Para la fase Kuntur Wasi, se dispone de cinco fechados  $^{14}\text{C}$ :  $2710 \pm 80$  a.p.,  $2560 \pm 60$  a.p.,  $2520 \pm 60$  a.p.,  $2510 \pm 50$  a.p. y  $2410 \pm 50$  a.p., lo que Onuki convierte en 700 a 400 a.C. para la duración total de la fase (Onuki [editor] 1995, pp. 207 y 209). En versiones posteriores, cambia ligeramente el cálculo: de 750 a 450 a.C. (Onuki 2000b, p. 159).

La siguiente fase, Copa, muestra una reutilización de la mitad noreste de la Plataforma Principal, donde se levantaron nuevas construcciones con diferente orientación. Se rellenó la plaza hundida circular con gran cantidad de tierra y se instaló un nuevo piso de tierra de color amarillo. Modificaciones mayores se observan en el este y el sureste. Dos canales sugieren que se trata de instalaciones rituales, ya que no sirven para desagüe. En el atrio de la Plataforma CP-Plt Este, se renuevan los pisos y se levantan columnas cuadradas sobre piedras sobrepuestas. Al pie de los muros de la plaza, se encontraron muchos fragmentos de pintura mural que apuntan hacia la pintura mural en las caras de los cuatro lados de la plaza (Onuki [editor] 1995, pp. 11-14, 209, láminas 3-5; Onuki *et al.* 2000, pp. 19, 25, 63). Muros de esta fase también pueden llevar relieves de barro (Onuki *et al.* 2000, p. 21). En campañas posteriores se logró establecer entre cuatro y cinco fases de construcción de Copa.



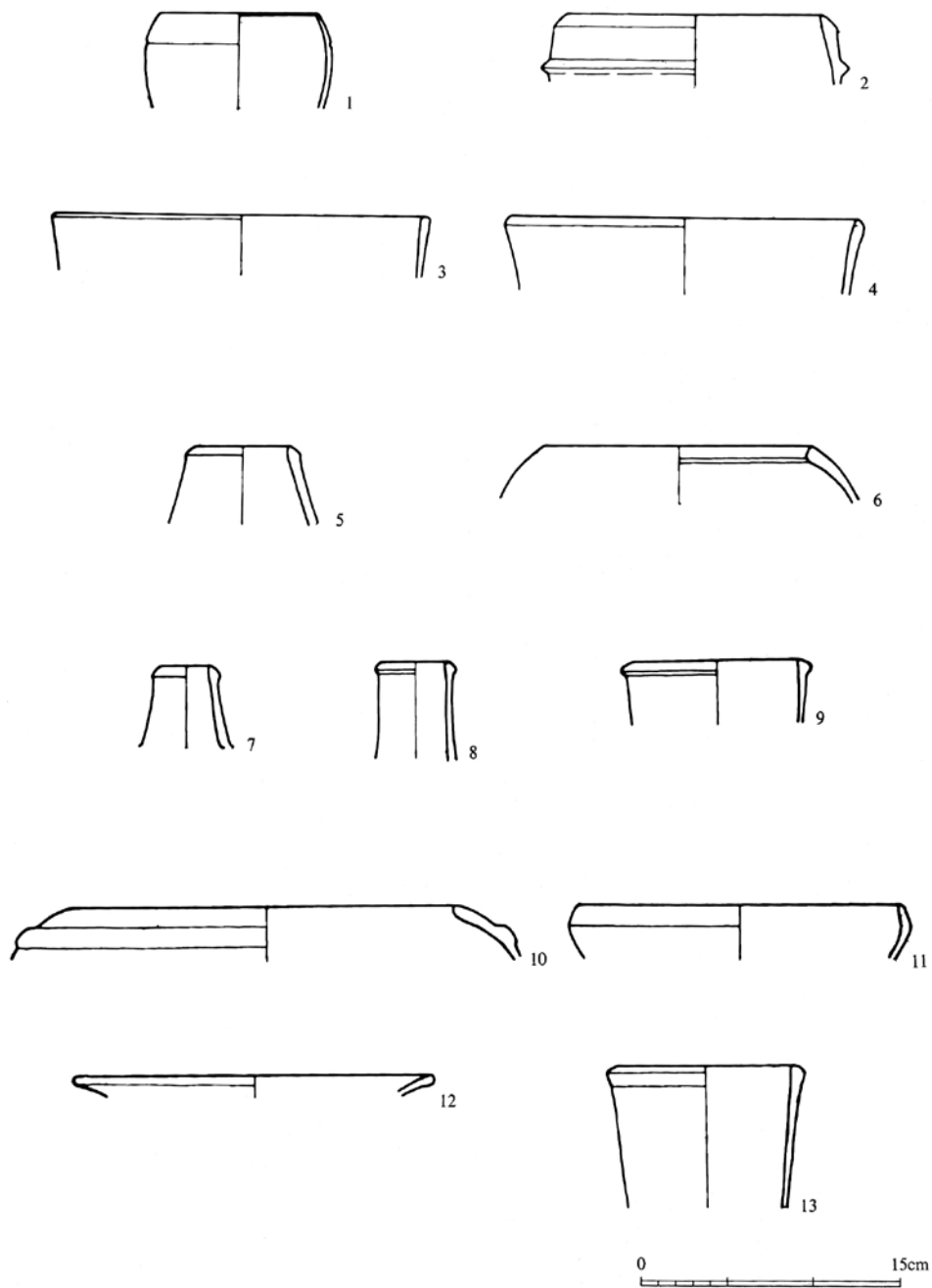


Figura 95. Cerámica de la fase Kuntur Wasi, tipo KW Negro fino (1-9) y KW Negro Graftado (10-12), Kuntur Wasi (Onuki & Kato, 1995, Figura 27).

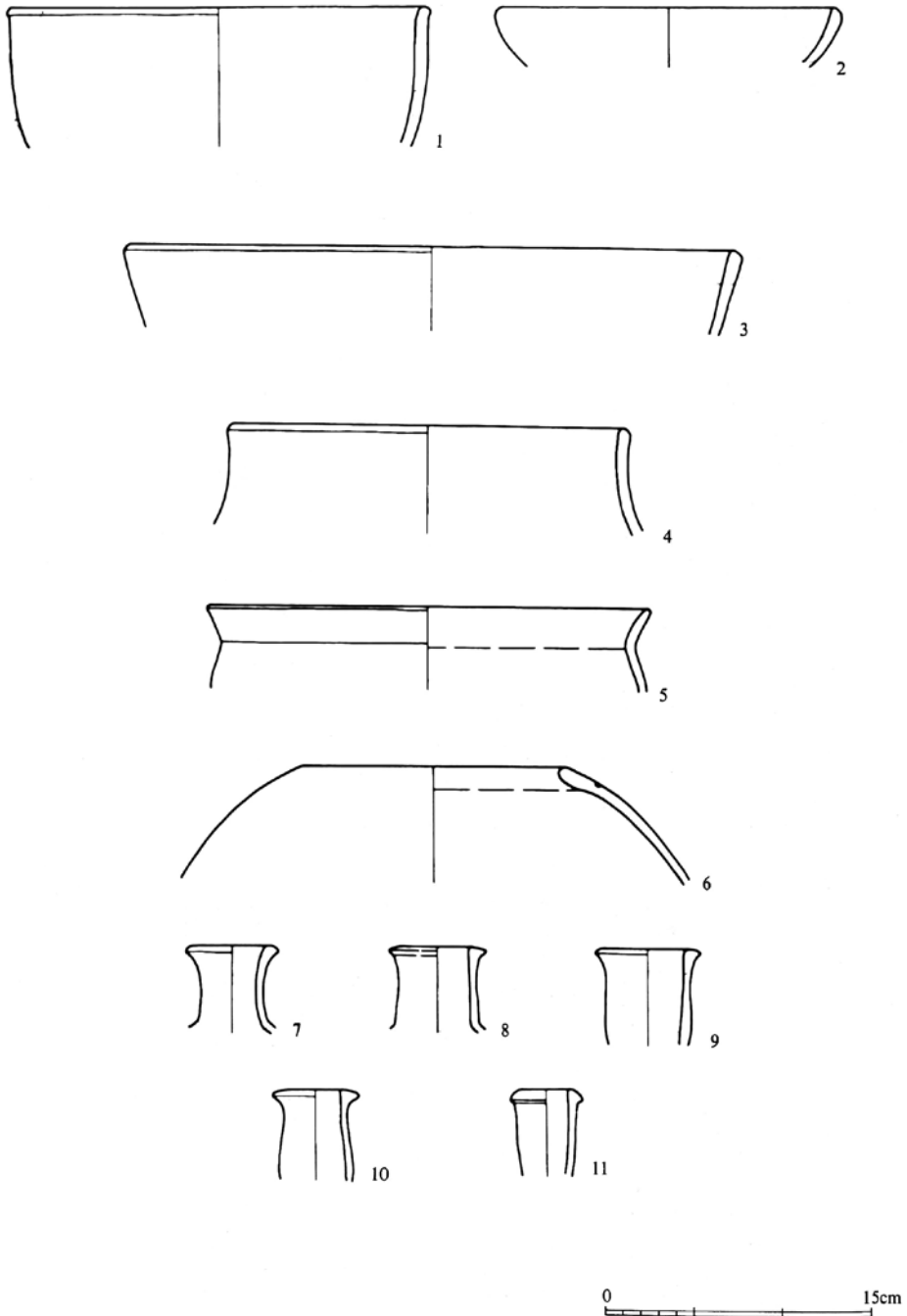


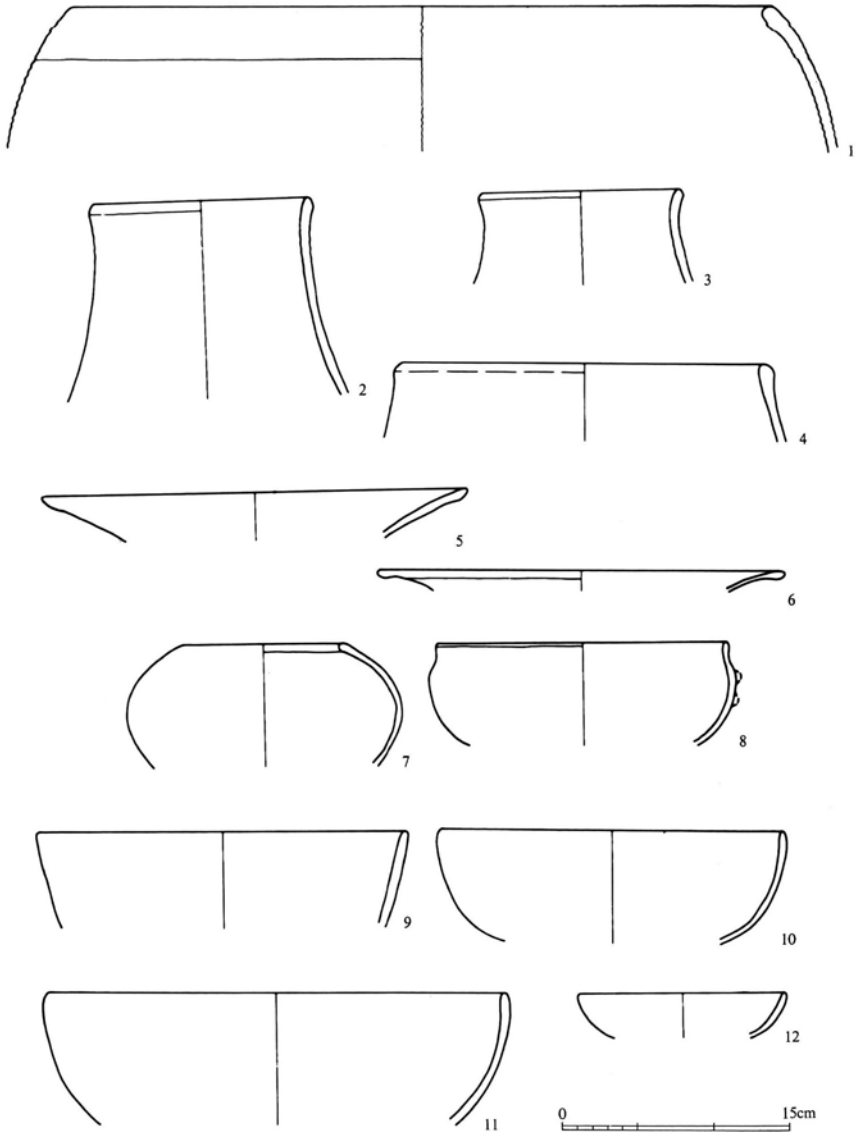
Figura 96. Cerámica de la fase Kuntur Wasi, tipo KW Marrón (1-6) y KW Gris Fino (7-11) (Onuki & Kato, 1995, figura 30).

En esta fase también se encontraron contextos funerarios relevantes (G-Tm 5 y G-Tm 4). La boca de G-Tm 5 se ubica en un piso de la fase Kuntur Wasi y corta la parte noreste de G-Tm 6 (véase arriba). A su vez, está cortada por G-Tm 3B (un contexto no descrito) y luego por G-Tm 4. Por ello, la forma de su estructura no se deja reconocer. Para la construcción de G-Tm 3B se colocaron cuatro piedras, originalmente de un canal de la fase Kuntur Wasi que fue destruido por las estructuras funerarias posteriores. Estas piedras cedieron y aplastaron el cráneo de un adulto masculino en posición flexionada con mirada hacia el oeste. Sobre el cráneo y parte de los objetos de oro, hubo trazas de cinabrio. Alrededor del cráneo se agruparon cincuenta objetos de oro: una corona, siete cuentas cilíndricas, 45 cuentas de diferentes formas, una pinza y, cerca del cráneo, hacia el este, una pequeña botella y un plato de cerámica. La lista completa se compone por una corona, una pinza, un par de orejeras, siete cuentas cilíndricas, dos redondas, catorce cuentas caladas, veintinueve en bola, todo de oro, dieciocho cuentas de concha marina, un adorno de concha marina en forma de animal, siete cuentas cilíndricas y 2.120 cuentas pequeñas de *Spondylus* (Onuki 1997, pp. 105-110, figuras 40-49; Onuki *et al.* 2000, figuras 76-90).

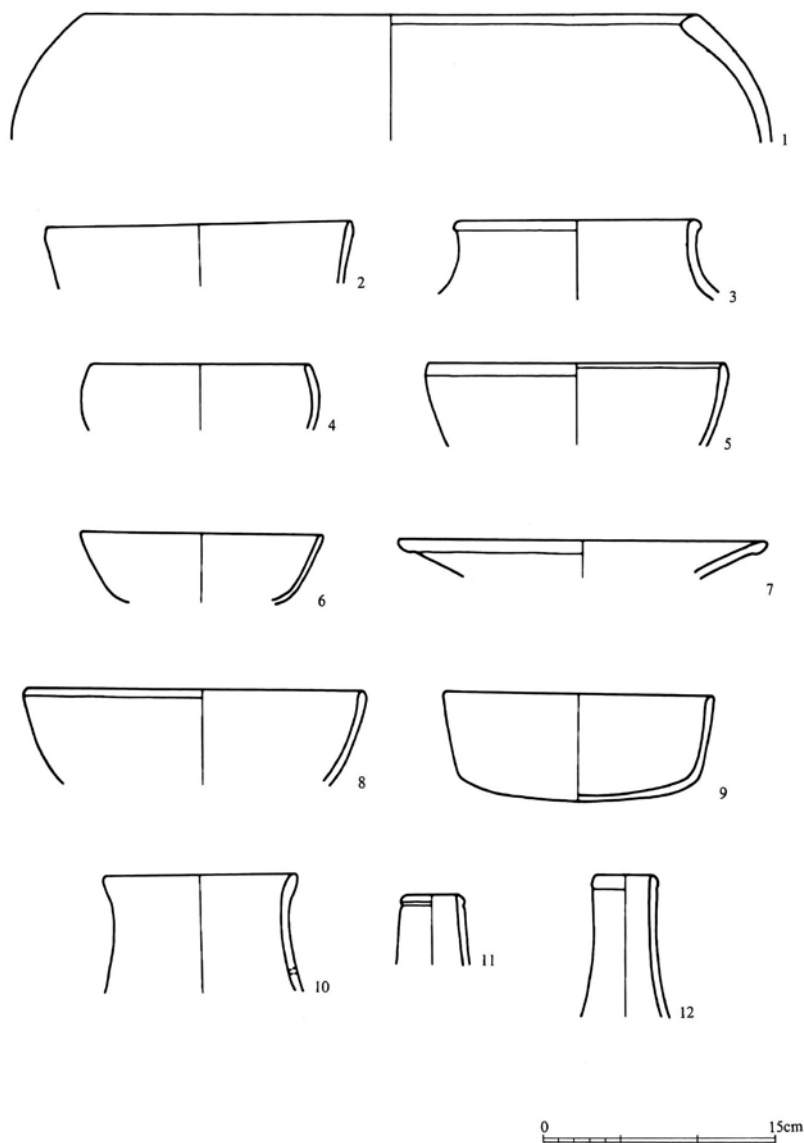
El contexto más reciente del conjunto de estructuras es el G-Tm 4, que corta G-Tm 3B, 3A (no descrito) y G-Tm 5. Es bastante profundo (2,45 metros) y penetra el suelo estéril. Se trata de un pozo circular con diámetro de 1,13 metros que se desvía hacia el noreste para volver a adoptar la forma de pozo vertical (Onuki 1997, figuras 40, 41). Sobre su base, yacía un individuo adulto femenino en posición flexionada que descansaba sobre su hombro izquierdo. Su mirada está dirigida hacia el sureste. Detrás de su cráneo se encontraron seis vasijas y, alrededor de su cuello, hubo varios collares con piezas de oro y plata de diferentes formas. En total, se encontraron 8 cuentas de oro con rostro felínico, 18 cuentas en forma de bola, 17 cuentas en forma de bola grande, 30 cuentas en forma de bola mediana, 46 cuentas en forma de bola pequeña, 13 cuentas cilíndricas —todas estas piezas en oro—, 8 cuentas en forma de bola de plata, 17 cuentas de piedra, una botella de asa estribo, una botella simple y 4 cuencos (Onuki 1997, pp. 110-113, figuras 40, 41, 50-54; Onuki *et al.* 2000, pp. 63-73, figuras 61-75; Inokuchi 1998, figura 21).

La cerámica es la más cuantiosa de las excavaciones. Se diferenciaron trece tipos: Copa Marrón, CP Marrón Inciso A, CP Marrón Inciso B, CP Marrón Tosco, CP Marrón Inciso Tosco, CP Negro Alisado, CP Blanco Tosco, CP Rojo Pintado, CP Rojo Inciso, CP Rojo y Blanco, CP Rojo Pulido, CP Blanco sobre Rojo y CP Rojo Inciso. En primer lugar, destaca la alta frecuencia de cerámica roja (seis tipos), que llega a más del 40% de la muestra. La decoración se caracteriza por diseños geométricos de incisiones sobre arcilla seca. En comparación con Huacaloma, se observan algunas semejanzas con tipos de EL (Onuki [editor] 1995, pp. 27-28, 32-33, figuras 33-34, láminas 28-32;

Inokuchi 1998, pp. 170-173, figuras 14-18). En Onuki *et al.* (1999, figuras 118-151, 156) se ilustran muchos recipientes completos y fragmentados recuperados en campañas posteriores. En esta fase también se observa una buena cantidad de grafitis figurativos en cerámica (Onuki *et al.* 2000, pp. 118, 157.1-12). Además, se dispone de tallados óseos de buena calidad (Onuki *et al.* 2000, figuras 175-178) (Figuras 97-99).



**Figura 97.** Cerámica de la fase Copa, tipos CP Marrón (1-4), CP Marrón Inciso A (5-8) y CP Marrón Inciso B (9-12) (Onuki & Kato, 1995, figura 33).



**Figura 98.** Cerámica de la fase Copa, tipos CP Rojo Pintado (1-3), CP Rojo Inciso (4-7) y CP Rojo Pulido (8-12) (Onuki & Kato, 1995, figura 34).

La última fase, Sotera, solo aparece en forma superficial, con pocos restos constructivos, ninguno de estos ubicados en las primeras campañas. Parece que el sitio fue destruido de manera violenta en este tiempo, lo que llevó a su abandono definitivo. Para esta fase, hay más evidencias de Cerro Blanco que de Kuntur Wasi. La cerámica presenta las mismas características que la fase Layzón de Cajamarca (Figura 100).



**Figura 99.** Botella escultórica, altura 26 centímetros, fase La Copa, Kuntur Wasi (Foto: cortesía Y. Onuki).



**Figura 100.** Cántaro con cara-cuello y pintura rojo sobre blanco, altura 23 centímetros, fase Sotera, Kuntur Wasi (Foto: cortesía Y. Onuki).

En las conclusiones del trabajo de 1995, Onuki plantea algunas interpretaciones más generales (Onuki [editor] 1995, pp. 210-213). Ya que la cerámica, las esculturas líticas, los contextos funerarios y sus asociaciones áureas y la planta arquitectónica en forma de «U» muestran similitudes con la costa, y particularmente con la cultura Cupisnique, es preciso discutir su naturaleza. Para ello, Onuki se concentra primero en los centros ceremoniales en «U» que se ubicarían cronológicamente entre 1700 a.C. y 700 a.C., lo que implica que Kuntur Wasi corresponde a la parte tardía de este lapso o incluso que es más tardía. En la comparación con las interpretaciones cronológicas de Richard Burger de la secuencia de Chavín (véase Capítulo III), la interrelación Kuntur Wasi-Janabbarriu se torna difícil por la discrepancia de los fechados  $^{14}\text{C}$ . Onuki, entonces, prefiere una «intrusión colectiva de un grupo humano perteneciente a la cultura Cupisnique» (Onuki [editor] 1995, p. 212). Vincula este desplazamiento con el abandono de los centros ceremoniales en la costa alrededor de 700 a.C., al producirse el «blanco costeño» (Onuki [editor] 1995, p. 211; Onuki 1993, pp. 89-92), de unos 500 años sin evidencias documentadas. Esta situación se suele vincular con catástrofes naturales que Onuki tiende a aceptar como factor de desplazamientos masivos. El carácter intrusivo, en Kuntur Wasi y en Cerro Blanco, se refleja en los contextos funerarios que presentan indicios de contextos secundarios por modificaciones y daños en algunos objetos de oro y de cerámica, el fechado  $^{14}\text{C}$  de un hueso humano de A-Tm 3 que es anterior a los de la fase Kuntur Wasi ( $2960 \pm 170$  a.p.), así como el carácter abrupto de la aparición de la cultura material de Kuntur Wasi.

En un trabajo más reciente (2001 a), Onuki vuelve sobre el problema de la relación del Cupisnique costeño y sitios de la sierra colindante, excavados por los japoneses al enfocar las evidencias en el valle de Jequetepeque (Alva 1986; Seki 1997), así como aportes de Elera (1986, 1993, 1997, 1998) y Pozorski (1976, 1983). Con la excepción del último trabajo, todos se concentran en contextos funerarios y su cerámica asociada o no asociada, pero la mayoría proviene de sitios saqueados. De manera adicional, la escasez de fechados  $^{14}\text{C}$  complica su discusión. Por regla, se citan cuatro fechados de Huaca de los Reyes que oscilan entre  $3680 \pm 80$  y  $2800 \pm 60$  a.p. (Burger 1992, p. 231). Ya que los frisos del sitio corresponden a una o dos fases últimas del complejo, habría que pensar que el último fechado sería el más cercano a lo que se relaciona con Cupisnique, mas no el más temprano. Por otro lado, el sector F, de donde provienen las muestras tempranas, es una estructura que corresponde a las primeras fases sin relación con los frisos. Ya que aparecen fragmentos de botellas con asa estribo en el material excavado, no hay razón para pensar en material muy temprano (como los de La Conga o Montegrande [Formativo Temprano]), pero se cita el rango total como evidencia de Cupisnique, con lo que adquiere cierta anterioridad a los

fechados de la sierra norte que se presentaron. En un análisis arquitectónico, Conklin (1985) mostró que el complejo se desarrolla en ocho fases; los impresionantes frisos corresponden a las fases 5 a 7. La poca definición arqueológica, sin embargo, no puede sustentar esta historia arquitectónica. Otro problema reside en la tendencia a incluir la cerámica más temprana con Cupisnique y lo lleva a otra imprecisión cronológica (Elera 1993, 1997, 1998).

Con ilustraciones pertinentes, Walter Alva (1986) publicó unas 470 piezas de cerámica, cuya mayoría procede de áreas funerarias saqueadas del valle de Jequetepeque, de las cuales registró 51 desde la parte baja y se concentró en la parte media (Alva 1986, anexo). En esta misma obra, el autor proporciona ilustraciones de dieciséis vasijas de Pampa Larga (figuras 11, 38, 60, 65, 75, 93, 112, 171, 194, 195, 213, 251, 269, 318, 354, 359), catorce de Chungal (figuras 15, 138, 152, 178, 186, 206, 220, 242, 267, 280, 290, 300, 310, 403) trece de Quindén (figuras 64, 66, 91, 139, 141, 143, 244, 272, 283, 327, 333, 347, 385), ocho de Tembladera (figuras 63, 128, 140, 147, 191, 260, 265, 325), ocho de Tolón (figuras 51, 53, 70, 79, 239, 262, 337, 367), siete de Caliza de Talambo (figuras 184, 214, 223, 243, 254, 343, 442), cuatro de Talambo (figuras 174, 183, 196, 317), tres de Montegrande (figuras 54, 59, 266) y tres de Reservoirio de Limoncarro (figuras 187, 281, 314). En su mayoría, se trata de botellas de un solo pico con una serie de variantes y botellas de asa estribo, mientras que las demás formas apenas aparecen, lo que sugiere una selección algo arbitraria por parte de quienes le proporcionaron la información a Alva. El propio investigador excavó unos pocos contextos en Talambo (Alva 1986, pp. 33-37, figuras F a H). Por su parte, Seki (1997, pp. 128-130, figuras 6-12) excavó dos contextos funerarios (LB Tm-11 y LB Tm-13) en La Bomba, Quindén. Este autor compara su material con otro descrito por Ravines; asimismo, menciona que excavó tres contextos en Huacaloma (Huacaloma Temprano), sobre los cuales aún no existen publicaciones (Seki 1997, pp. 128-130).

Onuki (2001a, pp. 76-79), al igual que Seki, no incluye el material más temprano que corresponde a Huacaloma Temprano en lo que se entiende por Cupisnique, sino que ve una continuidad que relaciona las botellas de un solo pico con cuerpos de botellas de asa estribo (2001a, figuras 2 y 10). Estas suelen llevar una vertedera trapezoidal que podría ser el tipo más temprano y que corresponde a la botella encontrada en el contexto de Cerro Blanco. Botellas de formas simples, probablemente del mismo tiempo, llevan decoración profusa con incisiones y pintura poscocción (2001a, figura 11). Otras botellas con asa estribo se parecen a las formas de la fase Copa de Kuntur Wasi (2001a, figuras 8, 9). De ahí, Onuki propone la presencia de cuatro grupos para el valle de Jequetepeque: primero, el grupo La Bomba (Huacaloma, Montegrande y otros); segundo, el grupo Tembladera, con botellas



de vertedera trapezoidal y decoración profusa poscocción; tercero, el grupo Jequetepeque, con botellas con asa estribo gruesa y redonda, con o sin reborde —que corresponde a las piezas de la fase Kuntur Wasi—; y cuarto, el grupo Copa, de la fase Copa de Kuntur Wasi. El segundo grupo se encuentra en el valle medio, desde Chungal a Quindén o Huaca Brava, cerca de Chilete, mientras que el tercer grupo tiene una distribución más amplia. Estas apreciaciones se especifican en la tesis de maestría de Tsurumi (1998), lamentablemente sin traducción hasta la fecha. Por ello se piensa en una fusión de tradiciones más serranas (Pacopampa hasta Huacaloma) con otra de la costa, Cupisnique, en el valle medio de Jequetepeque. Onuki (2001a, pp. 79-80) considera a Pacopampa como nudo de interacción entre costa, sierra y montaña (Bagua [Shady 1971, 1973, 1983; Shady & Rosas 1979; Olivera 1998] y Jaén), donde podría haber surgido la «idea la de representación felínica». En términos generales, sin embargo, la información incompleta no permite consolidar estas hipótesis, particularmente por la escasez de información de sitios costeros.

En resumen, resulta evidente que la secuencia combinada Cerro Blanco/Kuntur Wasi enriquece en forma sustancial la comprensión del desarrollo del Formativo, sobre todo en su parte tardía, que no aparece en Cerro Blanco y está representada de un modo poco claro en Huacaloma y otros sitios de la cuenca de Cajamarca. Esto, en la interpretación de Onuki, se debe a la incursión masiva de elementos costeros, probablemente con desplazamiento poblacional de portadores de la cultura Cupisnique, pues los elementos que caracterizan la fase Kuntur Wasi llegan sin antecedentes. De mayor relevancia son los contextos funerarios, únicos de esta complejidad excavados en forma controlada. Ello no significa que sean excepcionales, ya que parecen haber existido en casi todos los valles entre Piura y Jequetepeque, como Loma Macanche en el Alto Piura (Kaulicke 1998, pp. 32, figura 16), Morro de Eten y Chongoyape en Lambayeque (Tello 1929; Elera 1986), Cerro Corbacho en Zaña (Alva 1992) y, fuera de Jequetepeque, en Farrate, Chicama (Larco 1966, p. 19, figura 142). Otros incluso parecen haber existido en Bagua (Olivera 1998, p. 111, figura 9).

En todos estos casos, las piezas recuperadas señalan paralelos con las fases Kuntur Wasi y Copa, pero por la falta de contextos no se permiten mayores conclusiones. En la sierra —por ejemplo, en Pacopampa—, al parecer no se han encontrado contextos de complejidad semejante (Shady 1983), aunque, por la escasez de excavaciones en este complejo, no se excluye su posible presencia. Ante esta perspectiva, la supuesta ausencia de contextos funerarios en otros centros importantes más hacia el sur no necesariamente es reflejo de una débil complejidad social, sino de investigaciones ausentes o escasas.

Los resultados de Kuntur Wasi no sustentan, por lo tanto, la hipótesis de un sitio tardío o de una colonia de Chavín de Huántar, tal como fue la opinión general

antes de 1960 (véase el Capítulo I). Por otro lado, parece poco conveniente limitarse al estudio de la cerámica, ya que los fragmentos de pintura mural encontrados en varios sitios y fases parecen indicar que esta lucía motivos figurativos complejos con la presencia de motivos felínicos, serpientes, etcétera, en edificios construidos sobre las plataformas, violentamente arrasados o demolidos para fines de construcciones cíclicas, como ocurrió en Huacaloma.

La presencia de nuevos elementos introducidos durante la fase Layzón indica otra ruptura que pone fin a las ocupaciones anteriores, lo que podría señalar otros movimientos poblacionales de mayor escala. Estos puntos, sin embargo, se discutirán más adelante.

## 7. LOS PROYECTOS RECIENTES (2000-2008)

Ya antes de haberse finalizado los trabajos de campo del proyecto de Kuntur Wasi, se iniciaron otros proyectos independientes, hecho que parcialmente se podría entender por una especie de diáspora de los integrantes del Departamento de Antropología Cultural a causa del retiro de Onuki en 1997, que significó un cambio en la dirección del grupo. Desde 1998 hasta la actualidad, sin embargo, esta posición estaba a cargo de Kato Yasutake, con su centro en la Universidad de Saitama, donde trabaja también Inokuchi. Seki, desde hace algunos años a cargo de la dirección, se empeña en el Museo Nacional de Etnología (Minpaku) de Osaka, Sakai en la Universidad de Yamagata, Watanabe en la Universidad Nanzan de Nagoya. Tsurumi se doctoró y Shibata Koichiro está por recibir su grado en la Universidad de Tokio. Algunos de ellos también dirigen proyectos con temas que no se relacionan con el período Formativo.

Sakai trabajó en Limoncarro durante cinco temporadas, entre 2000 y 2003 y en 2005. Este sitio ya había sido investigado y parcialmente excavado por sondeos en el marco del proyecto de Montegrande (Barreto 1984) y antes por Jorge Zevallos, en 1968 (Alva 1986, p. 29, nota al pie 4). Salazar-Burger y Burger (1983) publicaron algunos recipientes de piedra de este complejo. Los resultados importantes del proyecto de Sakai no se han publicado (véase Embajada 2008, p. 61, Sakai en prensa).

En el mismo valle, muy cerca del sitio Montegrande excavado por Tellenbach (véase arriba), Tsurumi ha excavado un sitio llamado Las Huacas, en 2003, 2004 y 2005. Este sitio, parcialmente contemporáneo de Montegrande, tampoco cuenta con publicaciones hasta la fecha. Tsurumi presentó su tesis doctoral sobre el tema (véase Embajada 2008, p. 63, Tsurumi en prensa).

Seki llevó a cabo prospecciones intensivas en la cuenca de Cajamarca en 2001 y 2002, sin publicar aún los resultados destinados a la preparación de su tesis. En 2005 inició un proyecto en Pacopampa, que entrará en su tercera campaña durante 2009.

Se cuenta con un informe sobre la primera campaña publicada en 2006 (Seki *et al.* 2006), en el que describe los trabajos en una trinchera en la plataforma superior sobre la que diferencia dos fases: Pacopampa I y II, con la posibilidad de una subdivisión de la segunda, a la que pertenece la mayoría de las construcciones visibles. Pacopampa I corresponde a Huacaloma tardío e Ídolo, tanto en los aspectos cerámicos como por dos fechados <sup>14</sup>C. Las características de la cerámica de Pacopampa II corresponden «a las fases Kuntur Wasi y Huacaloma tardío aunque las características de cerámica indican vinculación estrecha con las fases EL y Copa igualmente en la sierra sur de Cajamarca» (Seki *et al.* 2006, p. 176). Además, detectaron una fase posterior con características de las fases Layzón o Sotera (véase también Embajada 2008, p. 61-63, Seki *et al.*, en prensa).

En 2001, Inokuchi, Tsurumi y Matsumoto llevaron a cabo una prospección en la cuenca de Huánuco, donde detectaron muchos sitios del Formativo. Estos resultados fueron publicados en un informe en japonés (Inokuchi *et al.* 2002). En 2002 excavaron en Sajarapatac. No se han presentado sus resultados hasta la fecha (Onuki 2002, p. 73) (véase Embajada 2008, p. 67, Matsumoto, en prensa).

Finalmente, es preciso mencionar otro proyecto llevado a cabo en los sitios Cerro Blanco y Huaca Partida, valle de Nepeña. Como se mostró en el capítulo anterior, Cerro Blanco tuvo mucha importancia en la discusión acerca de los orígenes del Formativo. Bischof (1997) proporcionó información más completa del sitio tanto por observación propia como por tener acceso a los archivos de Tello. Vega-Centeno (2000) presentó interpretaciones acerca del significado de los murales, y él mismo editó y presentó los cuadernos originales de la excavación de Tello en Punkurí y Cerro Blanco (MAAUNMSM 2005). Se trata de dos campañas (2002 y 2004) dirigidas por Shibata, quien encuentra cuatro fases en Cerro Blanco. La primera, Huambocayan (1500 a 1000 a.C. ó 1700 a 1100 a.C. [calibrado]), se define sobre la base de un apisonado, algunos fogones y huellas de quema sobre lo estéril. El cálculo se sustenta en un fechado de  $1190 \pm 35$  a.C. (TKa-13241). Los fragmentos recuperados se parecen a la cerámica más temprana de Las Haldas. La segunda fase se llama Cerro Blanco (1000 a 700 a.C. o 1100 a 800 a.C. [calibrado]); en esta, se construyeron las tres plataformas visibles en la actualidad, conformadas por muros de piedra y adobes con evidencias de remodelaciones sucesivas. También limpió el sector excavado por Tello, pero la mayor cantidad de material proviene de la Plataforma Norte, que corresponde a lo que Larco llamaba «Nepeña» como una variedad particular —y muy importante para él— de sus estilos cupisnique (Ikehara & Shibata 2007). Hugo Ikehara preparó su tesis de licenciatura al basarse en estos contextos; los interpretó como evidencias de descarte de banquetes. El hecho de contar con arquitectura especial para este fin, que se modifica de acuerdo con la preparación de

superficies y que luego se sella, permitió la definición de una secuencia de eventos con mucha cerámica fragmentada, con alto porcentaje de botellas decoradas que constituyen, en su forma estratigráfica controlada, un importante avance de la definición del Formativo Medio en el valle de Nepeña y que llegan a zanjar el problema de la ubicación de un sitio que, para Lanning, era una especie de manifestación del origen del estilo Chavín (véase el capítulo anterior; Ikehara 2007). Esta fase cuenta con una serie de fechados  $^{14}\text{C}$  (véase también Embajada 2008, p. 65 [Foto de la carátula], Shibata en prensa).

La siguiente fase, Nepeña, se caracteriza por el cese del uso de los adobes cónicos y su reemplazo por la arquitectura «megalítica». Está colocada entre 700 y 500 a.C. o entre 800 y 450 a.C. (calibrado). La cerámica asociada muestra parecidos con la cerámica Janabarriu de Chavín. Por último, se distingue Samanco (500 a 250 a.C. o 450 a 150 a.C. [calibrado]), fase en la que la arquitectura megalítica deja de funcionar. Aún quedan algunos problemas por resolver, por lo que está prevista al menos una campaña más en el sitio. Los resultados de las excavaciones en Huaca Partida, a las que fue dedicada otra campaña en 2005, todavía esperan su publicación, pero Shibata (2006, figuras 5-7) presenta fotos de algunos de los frisos decorados del sitio y discute problemas generales del Formativo Tardío en relación con los dos sitios del valle de Nepeña. En estos trabajos se observa un interés marcado en la cronología. Campañas adicionales están previstas tanto en Cerro Blanco como en Huaca Partida.

En un trabajo anterior, Shibata (2004), basado en su tesis de bachillerato, presenta una propuesta cronológica del Formativo en Formativo Inicial (2500 a 1800 a.C.), Formativo Temprano (1800 a 1200 a.C.), Formativo Medio (1200 a 800 a.C.), Formativo Tardío (800 a 250 a.C.) y Formativo Final (250 a 50 a.C.). En este esquema aplica las propuestas cronológicas de Onuki (1999) y de Kaulicke (1994) a una discusión de la arquitectura monumental, la que intenta sistematizar y comparar dentro de un enfoque cronológico (compárese con Ulbert 1987) (véase también Embajada 2008, p. 65 [Foto de la carátula], Shibata en prensa).

Un resumen de los proyectos más recientes está incluido en un folleto publicado por la Embajada del Perú en Japón con motivo de los cincuenta años de contribuciones japonesas a la arqueología en el Perú (Embajada del Perú 2008, pp. 61-69).

## 8. RESUMEN

Este capítulo, repleto de información densa, es de lectura difícil, pero se optó por esta forma con el fin de presentar una visión sinóptica del enorme caudal de datos contenido en las múltiples publicaciones de los japoneses durante este lapso de

cincuenta años. Se destaca la transparencia de la metodología y las problemáticas a las que los autores se enfrentaron, en situaciones imprevistas, sin la ayuda de modelos previos de la arqueología peruana. Se podría comparar este conjunto con una gran red que entrelaza tanto objetos como contextos, texto y dibujos, arquitectura monumental de diferentes formas y decoraciones. En este capítulo dicha red se amplió, al incluir intervenciones posteriores en los mismos sitios por otros arqueólogos —lo que solo ocurrió muy pocas veces con excepción de sitios como Las Haldas— o en otros sitios comparables con aquellos excavados por ellos, mientras que los japoneses sí volvieron a excavar donde antes habían trabajado otros (Kuntur Wasi, Limoncarro, Cerro Blanco [Nepeña]). Siempre buscaron sitios con estratigrafía compleja y arquitectura superpuesta y, hasta la fecha, suelen invertir varias campañas para aclarar problemas menores y mayores, en lo posible sin dejarse llevar por la especulación fácil. A partir de los miles de dibujos y fotos de plantas, perfiles, contextos y material asociado, se puede tejer una imagen bastante concreta de algunas zonas de la sierra, en particular de la cuenca del Huallaga y, sobre todo, de la sierra norte de Cajamarca, donde otros proyectos ayudan a saldar vacíos. Estos trabajos, sobre todo las monografías, se entienden como fuentes directas de trabajo para otros arqueólogos que buscan vanamente este tipo de información en muchos otros informes de proyectos en los que la parte teórica suele predominar, a tal punto que la documentación precisa casi desaparece. Ya que tales proyectos, por regla, se limitan a intervenciones breves y espacialmente restringidas, la documentación respectiva no puede alcanzar el estado completo de los japoneses. Esto significa que, pese a la admiración por el gran esfuerzo desplegado, no hubo mayores intentos en emularlo con el fin de contribuir a este gran tejido que es el Formativo.

Si se usa el término tejido, se entiende también este capítulo como tal, en el sentido de interrelacionar y, por lo tanto, también de interpretar el enorme corpus disponible. Se ha emprendido tal esfuerzo por la inexistencia de una sinopsis detallada, ya que los propios japoneses no la han presentado aún en la forma como se hizo en este trabajo. Las propias monografías y —más todavía— muchos artículos más breves son de difícil acceso para muchos estudiantes e incluso colegas en el Perú. Asimismo, es evidente que su preparación depende no solo de la lectura sino también del conocimiento de los sitios y de su material, así como de la problemática básica. En este sentido, se trata de una especie de metalectura, en el sentido de que existe una lógica mayor en este viaje por el espacio y el tiempo, con un presente que ya es historia de varias generaciones. Esto implica también una consideración del trasfondo formacional de los japoneses, desde su propia comprensión de la arqueología en su país y los vínculos estrechos con la arqueología europea que se presentó al inicio de este capítulo.

Si contemplamos la complejidad de múltiples niveles presentada en este capítulo con la del capítulo anterior, observamos un contraste marcado, que se plasma en diferentes estilos. Mientras que la descripción detallada y la discusión de contextos y arquitectura superpuesta —en una palabra, la presentación de las evidencias— están vistas como necesidad, quienes la reclaman no la cumplen a lo largo de casi todos los trabajos presentados en el capítulo anterior. Si bien Larco, como gran excepción, en las primeras décadas discutidas, es consciente del potencial de los contextos funerarios, sus obras no destacan por una documentación sistemática, de modo que sus hipótesis razonables no se dejan confirmar. Su argumento se centra en una contraposición a Tello en favorecer un origen costeño, negar la presencia de un horizonte y apelar a secuencias largas. La compleja argumentación de Tello, que abarca una gama amplia de contextos, como la arquitectura, su superposición, arte asociado, contextos funerarios, capas superpuestas en basurales, etcétera, y que crea una especie de «unidad en la heterogeneidad» y «una contemporaneidad en la diacronía», resulta de comprensibilidad reducida debido a su reticencia ante presentar, de forma detallada, crítica y completa, el material obtenido en sus múltiples investigaciones. De ahí su visión de Chavín adquiere una faceta política que se independiza de lo estrictamente arqueológico. Esta interpretación ha demostrado ser muy longeva y ha adquirido características de doctrina, probablemente debido a su poca precisión. Por último, las diferentes versiones norteamericanas se destacan por un pragmatismo marcado, que permite una especie de fusión entre tres enfoques diferentes: los de Uhle, Tello y Larco, entre los que predomina el de Uhle, ya que permite su «verificación» por medio de excavaciones reducidas en «conchales», como sitios con acumulación continua de capas con material simple, en particular de cerámica fragmentada, sin prestar atención a la arquitectura o los contextos funerarios, con el fin de definir su tiempo por medio de la seriación generalizada. En todos estos trabajos, con excepción de Larco, el tiempo es tratado como una especie de pantalla «invisible» para la materialización de un origen de civilización, plasmado en un estilo figurativo omnipresente y que se relaciona con centros ceremoniales, pero, en particular, con uno de ellos: Chavín de Huántar. Este estilo, cuyo «prototipo» es el arte lítico de Chavín, no se define mayormente, aunque sirve para caracterizar un lapso muy largo subsumido bajo un término de significados diferentes que lo torna borroso: «horizonte». La cronología, por ende, está preconditionada por este tipo de discursos, pues predomina la idea de un «bloque» dentro del que se puede incluir el horizonte o por el que puede ser reemplazado, pese a la definición más precisa que implica el término. Aunque en todo caso se trata de estilos narrativos, el componente «histórico» de lo que se suele llamar «historia cultural» queda en un nivel básico en el que se generalizan los pocos elementos de base para su construcción, de acuerdo con la poca definición de los conceptos básicos, en particular el de estilo.

El estilo de los japoneses no solamente es más homogéneo por tratarse de autores de la misma formación, de la misma universidad, con la misma metodología: es básicamente no narrativo y altamente descriptivo, y exige una lectura detenida con constantes consultas de tablas, perfiles, plantas y material asociado. En este, aunque la cerámica predomine, soportes de piedra, concha, hueso y metal —cuando existen— también reciben un tratamiento completo. El destino, en primer lugar, es el conocimiento de las evidencias materiales, así como su ordenamiento sincrónico y diacrónico. El interés primordial, por lo tanto, es la cronología, en su faceta de cronología relativa. Esta está tratada en cuanto a estratigrafía, a secuencias constructivas, a secuencias de cerámica —básicamente, a modo de la seriación—. Sin embargo, dicha seriación, adoptada por los norteamericanos, está subordinada a otros métodos cronológicos. Los fechados  $^{14}\text{C}$ , sobre todo en los primeros trabajos publicados, no reciben un tratamiento destacado. No queda muy claro de dónde proceden exactamente y su cantidad por período es reducida. Por consiguiente, su interpretación es difícil, ya que, con toda probabilidad, incluye material mezclado. Con todo ello, solo al final de sus monografías los japoneses comparan su material con el de otras zonas e intentan algo así como una especie de narrativa. Para ellos, sin embargo, se trata de un tipo de apéndice, mientras que para los peruanos y los norteamericanos simboliza el mismo núcleo y propósito de sus presentaciones.

Pero son precisamente estas descripciones las que proporcionan el abundante material de base para la formulación de modelos u otro tipo de interpretaciones o «explicaciones». Resulta evidente, sin la necesidad de discusiones mayores, que un estilo Chavín que parece ser omnipresente en los trabajos hasta 1960 —y aun después— es, en su expresión más clara, una excepción en lugar de una regla y admite una aparición esporádica en vez de una permanencia absoluta. Es la diversidad, mas no la uniformidad, la que permite la construcción de secuencias y de manifestaciones sincrónicas. Esta diversidad es, a su vez, base de la complejidad y se observa en el detalle y no en especulaciones grandiosas desligadas de las evidencias.

En pocas palabras, el valor de las publicaciones arqueológicas no se debería medir por su valor literario o por la profundidad de la intelectualidad expuesta del autor, sino por una actitud más modesta y más laboriosa, la de «poner las cartas sobre la mesa». Informes y monografías no sirven para la lectura somera, sino que son fuente directa de información procesada. Cabe señalar que este tipo de publicaciones es común en el Japón, pero también en Europa, en una arqueología llamada prehistoria.

En los cincuenta años de producción de los arqueólogos japoneses sobre el Formativo peruano, obviamente existen muchos trabajos de colegas peruanos y extranjeros de otras nacionalidades que han producido un corpus grande de publicaciones que no se puede discutir en detalle. En este lapso, algunos trabajos de los japoneses, en

particular las monografías, han servido como canteras para comparaciones con material de otras zonas y sitios, pero no influyeron fundamentalmente en un cambio visible de los estilos de la presentación, en el sentido de lo metodológico o la emulación de monografías plagadas de datos y análisis. Por regla, se trata de excavaciones reducidas —como en décadas anteriores a 1960— que, por necesidad, arrojan material reducido con la posibilidad reducida de análisis significativos, por lo que predomina cada vez más la formulación de teorías generales basadas en evidencias débiles.

El capítulo que sigue, por lo tanto, trata de un solo caso, el más paradigmático de todos: el complejo monumental de Chavín de Huántar. A ello se agregan discusiones sobre el estilo Chavín, tanto en sus manifestaciones del sitio epónimo como en los demás sitios donde se ha detectado su presencia, sea en la cerámica o en otros soportes. A lo largo de estas discusiones, se observará que existen otras controversias, en este caso entre norteamericanos y alemanes, cuyos enfoques se parecen más a los de los japoneses.



## CAPÍTULO III

### EL PROBLEMA CHAVÍN

Como se vio en el capítulo anterior, las secuencias de los japoneses giran alrededor de la presencia o ausencia de elementos relacionados con Chavín o su «sustituto», Cupisnique, en el norte. En los trabajos de Kotosh y sitios colindantes, el período Kotosh-Chavín era el ancla que conectaba sus evidencias con las secuencias conocidas más hacia el oeste. En relación con el sitio Chavín, ellos contaban básicamente con las publicaciones de Tello y Bennett, que fueron discutidas en el capítulo primero. Con ello solo pudieron definir una parte reducida y relativamente tardía de sus secuencias, por lo que postularon la presencia de períodos o fases pre-Chavín en Kotosh, La Pampa y otros sitios. Esta situación cambió durante la segunda mitad de la década de los sesenta, cuando el proyecto de Kotosh seguía vigente.

En lo que sigue, la atención se concentrará en los trabajos en Chavín de Huántar para determinar su utilidad ante secuencias regionales o locales.

#### 1. LOS APORTES DE LUMBRERAS

Uno de los protagonistas más importantes del estudio de Chavín, esto es, del sitio epónimo, fue Luis Guillermo Lumbreras, cuyos inicios en el tema ya se trataron en el capítulo primero. A fines de la década de los cincuenta, aún buscaba un compromiso entre la visión «histórica» de Uhle y de Rowe y sus afanes más generales para encontrar soluciones de problemas muy complejos fuera del ámbito del Perú, como el origen de la cultura en las Américas, el origen de la civilización en el Perú y las interrelaciones de los focos involucrados. En 1965, Lumbreras participó en la Mesa Redonda de Ciencias Prehistóricas y Antropológicas, llevada a cabo en la Pontificia Universidad Católica, con la ponencia «Acerca del desarrollo cultural en los Andes» (1969b). En este trabajo, plantea una división en áreas que amplían la de la co-tradición de Bennett (1948), la cual también modifica (Lumbreras 1969b, pp. 133-141, mapa 3). En lo cronológico, propone los períodos Lítico, Arcaico, Formativo, Desarrollos Regionales, Expansión Wari, Estados Regionales e Imperio Inka. Los primeros tres términos fueron prestados

de Willey & Phillips (1958). Subdivide el Formativo en inferior, medio y superior. En cuanto al Formativo inferior, incluye una serie de sitios y fases como Guañape Medio, Kotosh, Curayacu Temprano, entre otros, y sentencia que «no hay mucha noticia sobre este tiempo» (Lumbreras 1969b, p. 137). Sobre el Formativo medio, agrega:

[...] ha sido motivo de tratamiento por parte de muchos arqueólogos, pese a que las evidencias no siempre han sido numerosas. Por cierto, todo lo que era cerámica «negra e incisa» era considerado «Chavín» o «Chavinoide». Se trata de una cultura altamente desarrollada, cuyo centro sugiere haber sido la región norte de los Andes centrales, que difundió patrones religiosos y tecnológicos por un extenso territorio [...]. La cultura Chavín se identifica con el desarrollo de un sistema de culto muy elaborado, que se realizaba en asociación a edificios, casi siempre muy grandes, de forma piramidal; son propias de Chavín unas imágenes diseñadas con un estilo inconfundible, de apariencia barroca, que representan figuras monstruosas, propias, seguramente, de una religión impositiva, terrorífica. La economía agraria está bastante establecida, con incipiente control de la irrigación en los valles [...]; un excelente ejemplo de centro ceremonial es el sitio de Chavín [...]. A Chavín debe identificársele, seguramente, como el punto de partida, como base del notable desarrollo de los Andes centrales, pues a partir de este momento es que se inicia el distanciamiento de esta área con los demás (1969b, pp. 137-138).

Esta cita larga muestra que «lo Chavín» está estrechamente ligado al sitio de Chavín, su arquitectura y su arte, pero los aspectos económicos y políticos que le interesan al autor no pueden extraerse de los datos disponibles de este sitio —ni de otros—, de modo que sus aseveraciones al respecto no se diferencian mucho de lo ofrecido por Willey (1953). Sigue, por lo tanto, el carácter «modélico» de Chavín como sitio, lo que justifica generalizaciones en otras áreas. Luego explica su método en detalle y lo justifica frente a otros, en particular al de Rowe:

Las diferencias fundamentales no se dan en función de las particularidades, en la misma manera como no podemos clasificar a los individuos de una sociedad en función de un contexto de las comidas y bebidas que más le atraen. La base de las diferencias entre sociedades se encuentra en la manera cómo cada una de ellas resuelve sus modos de subsistencia; si nosotros buscamos regularidades en este sentido, vamos a encontrar que en general las sociedades tienden a resolver los problemas de subsistencia dentro de criterios válidos universalmente, que ya Morgan había planteado incipientemente y que más tarde Gordon Childe ha descrito magistralmente (Lumbreras 1969b, p. 147).

Ante esta seguridad de posición, ataca a Rowe —quien, como se vio en el capítulo primero, se opuso a las interpretaciones evolucionistas en la cronología— y lo cita en

sus críticas más contundentes. Por otro lado, encuentra, en forma algo contradictoria, palabras elogiosas para la cronología expuesta por el arqueólogo norteamericano:

La batalla que emprenden Rowe y sus ayudantes de Berkeley por obtener un ordenamiento cronológico efectivo, en el que las secuencias relativas muestren diferencias reales no mayores de 30 ó 40 años, no es solamente correcta [...] sino necesaria, pero lo que no se puede hacer es confundir un método de interpretación con un método de cronologización. La forma como Rowe presenta la interpretación evolucionista de los arqueólogos muestra una imagen semejante a la de aquel paleontólogo que desea reconstruir el color de los ojos de un gliptodonte solamente en base de los huesos, sabiendo perfectamente que este tipo de interpretación es cada vez menos usado por los arqueólogos. Nosotros queremos dejar bien sentado que nuestro esquema de «estadios» no pretende establecer columnas referenciales para el trabajo cronológico de áreas y que es un intento preliminar de encontrar una estructura de desarrollo en el área, tomando como base las referencias cronológicas y corológicas que con otros métodos —los de campo y gabinete— han establecido los arqueólogos. Rowe pretende contraponer los «períodos» o «etapas», mostrándolos como conceptos antagónicos, porque acusa a Childe de haber comenzado con los períodos y luego haberlos confundido con las etapas. Lo que se tiene que observar es que un período es solamente una porción de tiempo dentro de la cual se pueden dar una o más etapas o estadios de desarrollo cultural, encontrándose, en algunos casos, como encontró Childe, una coincidencia entre períodos (establecidos arqueológicamente) y etapas [...]. Por cierto que el exceso antievolucionista ha llevado a Rowe al extremo del «cronologismo» de tal modo que en su afán de lucha ha variado en contenido mismo de conceptos (no evolucionistas) tales como el «horizonte», fijándole no en el sentido homotaxial que tenía desde su incorporación en la Arqueología andina, sino un tratamiento arbitrariamente «horizontal», consistente en una línea de tiempo que Rowe fija a partir de una columna de tiempo relativo que él y sus alumnos han establecido por métodos estilísticos en una región de los Andes (Ica) (Lumbreras 1969b, pp. 148-149).

Esta argumentación politizada de Lumbreras con cierto afán de llevar *ad absurdum* el concepto de Rowe y su «cronologismo» es muy importante, ya que constituye el punto de partida de una línea que se populariza rápidamente entre los arqueólogos peruanos y latinoamericanos. De esta popularización se encarga el propio Lumbreras con su libro *De los pueblos, las culturas y las artes del Antiguo Perú* (1969a), que se internacionaliza en una versión inglesa (Lumbreras 1974a), así como, en forma algo más metódica, con *La arqueología como ciencia social* (1974b). Lumbreras confunde, en sus argumentos, los principios básicos de la cronología con la interpretación del tiempo como historia económico-política con reglas intrínsecas. Él mismo usa la cronología y la corología en la definición de su Área Central Andina, en la que se sirve del esquema de Rowe,

pero emplea términos distintos al seguir los planteamientos de las Mesas Redondas de 1959 y 1960 (véase el Capítulo I). El rechazo por parte de Rowe de interpretaciones evolucionistas, que se sirven de la cronología sin presentar sus propias evidencias, es un rechazo, en primer lugar, metodológico. Si la cronología de un Formativo es esencialmente diferente a la cronología que Rowe plantea como Horizonte Temprano, deberían presentarse las razones precisas para tal procedimiento y para la separación en un planteamiento diferente. Si Rowe se opone a los estadios es porque este término implica una visión de bloque en la que los cambios son considerados insignificantes. En cuanto a «lo Chavín», este no ayuda ni a identificar el inicio de este «fenómeno» ni a proporcionar las razones de su emergencia y difusión. Habría que preguntarse si las características económicas y políticas son «cronologizables» o no, pero no hubo mayores intentos de resolver estos problemas ni hasta 1965 ni después. En todo caso, se pretende que la cronología parezca un mal necesario que debe esconderse detrás de problemas más relevantes. Con ello, Lumbreras logró que muchos arqueólogos peruanos de generaciones posteriores vieran en la cronología una especie de pérdida de tiempo y, en todo caso, otra manera de ver el tiempo que es esencialmente diferente del esquema lumbrerista (se volverá sobre este punto en el cuarto capítulo).

A solo un año de de la presentación del trabajo discutido, Lumbreras y Hernán Amat iniciaron la primera temporada del Proyecto Chavín, entre julio y diciembre de 1966. En su informe (Lumbreras & Amat 1969), los autores se concentran en las galerías del complejo arquitectónico, lo que representa el primer intento en esta dirección después de Tello (1960). Dividen las evidencias arquitectónicas en cuatro épocas, siguiendo las sugerencias de Rowe (1962a). Las descripciones de las galerías (Lumbreras & Amat 1969, pp. 150-164) se repiten luego en una guía al sitio (Lumbreras 1970). La segunda parte del trabajo se dedica a las excavaciones en dos sitios: la Galería de las Ofrendas y la Galería de las Rocas —posteriormente reconocida como canal—. Ambas habían sido encontradas por Marino González (1916-2001; al respecto, véase Rick & Mendoza Rick [2003]), cuyas intervenciones están especificadas (Lumbreras & Amat 1969, p. 166). En el caso de la Galería de las Ofrendas, se trata de una galería que consiste de una entrada —retirada por M. González— con peldaños, un pasaje central de 24 metros de largo, 0,9 de ancho y 1,9 de altura, de la que salen en ángulo recto y con distancias iguales nueve celdas de 3,6 metros de largo y aproximadamente 1 metro de ancho (Lumbreras 1993, p. 68, figuras 3-8). La excavación parece haber sido difícil por las condiciones de los sedimentos. En todas las celdas se encontró tierra arcillosa, otra ligeramente endurecida y una encima del piso. La capa arcillosa, endurecida por la presión en «verdaderos bloques de arcilla dura», se interpreta como residuos de la desintegración del revoque y enlucido de las paredes. Sobre esta capa hubo pocas evidencias de su contenido, pero, dentro de ella, se encontró «un verdadero emporio

de fragmentos de cerámica y otros materiales muy fragmentados» (Lumbreras 1993, p. 74). Por el registro, Lumbreras piensa determinar que algunas piezas fueron arrojadas desde el exterior, pero la mayoría se rompió in situ. La mayor parte de las vasijas se encontraban cerca de las paredes. Fuera de la cerámica, hubo también restos óseos de animales, conchas marinas, caracoles, cuyes enteros y restos de vegetales, todo ello cerca del acceso de la celda. Cerca del extremo meridional de la celda, se halló un fragmento de madera que sirvió de muestra para <sup>14</sup>C. Dicen al respecto Lumbreras & Amat:

La función ceremonial de las piezas fragmentadas [...] se observa en el carácter selectivo de su distribución; en la primera celda la mayoría, casi todas las piezas, son botellas de los tipos Ofrendas, Mosna, Wacheqsa y Raku; en la celda 3, todas las piezas (menos 2 ó 3 entre medio centenar) son cuencos o platos; en las celdas 5 y 7, botellas y cántaros; en la celda 6 casi todos son cántaros rojos globulares y llanos, en la celda 9, morteros o vasijas de piedra y casi nada de cerámica u otro material. Es importante anotar que las celdas con el material mejor conservado fueron las tres primeras, debido a la dificultad que suponía ingresar a ellas, por interferencia de los entierros Recuay, en la galería central, mientras que las celdas más cercanas al hueco de ingreso actual tienen material más fragmentado. En las excavaciones se ha observado que debajo de la galería de las Ofrendas existe otra galería, pues en una de las celdas ha aparecido un respiradero vertical (1969, pp. 167-168).

La Galería de las Rocas, excavada por Amat, se encuentra entre los sectores central y septentrional de la plataforma que sirve de base a la pirámide central y septentrional, y a 6 metros por debajo de la fachada oriental. El conducto, limpiado por M. González en 1960, tiene un largo de 12,3 metros y un ancho de 0,88 metros, con paramentos de piedras canteadas y unidas con argamasa, que forman hileras más o menos regulares. En partes, el techo se había desprendido y había formado una especie de bóveda. De ahí se bifurcan dos ramales. El piso estaba cubierto con una gruesa capa de tierra salitrosa. La larga y detallada descripción de la forma y la construcción de esta estructura contrasta con una ausencia completa de descripciones de las excavaciones realizadas (Lumbreras & Amat 1969, pp. 168-169, plano VI), que solo se proporcionan al inicio del análisis de la cerámica. El material proviene:

[...] de una parte de la sección II [...], tramo que previamente fue dividido en unidades de un metro de largo por el ancho de la galería. El contexto presenta regular cantidad de piedras de campo y la acumulación de arena y arcilla de 30 a 50 mm. de espesor. Luego hay otra capa más fina; debajo de esta se encuentra cerámica fragmentada, en asociación con una considerable cantidad de huesos de auquénidos y tarugo (*Hippocamelus*), esquirlas de obsidiana y pulidores. Estos restos han sido depositados encima de un piso de 20 a 30 mms. de espesor; a su vez, se hallan adosados a otros pisos de lajas (Lumbreras & Amat 1969, p. 173).

En la discusión de la cerámica, los autores observan dos grupos completamente distintos, Rocas y Ofrendas, y se inclinan por considerar Rocas como más temprano que Ofrendas, lo que tratan de justificar por la mayor edad de su estructura y por comparaciones con cerámica excavada por Tello y Bennett. Reconocen cinco tipos: Rocas Ante, Rocas Grafitado, Rocas Gris Pulido, Rocas Negro Fino y Misceláneos (Lumbreras & Amat 1969, pp. 173-175, láminas I-V). Pese a la muestra reducida, pero no especificada, no hay referencias a las formas de las vasijas ni de los bordes, como tampoco de sus proporciones ni de los porcentajes de los tipos reconocidos.

El material de la Galería de las Ofrendas, en cambio, es muy numeroso (Lumbreras & Amat 1969, pp. 175-195, figuras 1-13, láminas XIV-XXVI). Está subdividido en cuatro grupos: Ofrendas, Wacheqsa, Mosna y Raku. Pese a usar nombres que, por lo general, indican tipos, se distinguen estilos (Lumbreras & Amat 1969, p. 178). Los autores solo subdividen el material Ofrendas en cinco tipos: Gris Pulido, Caramelo Fino, Bruno Fino, Negro Fino y Misceláneos. Ofrendas Gris Pulido es el más abundante y se relacionaría en sus representaciones con el Obelisco Tello. Caramelo Fino, en cambio, es muy escaso, pero también lo vinculan con el Obelisco Tello en sus representaciones. Ofrendas Bruno Pulido, otra vez, se relacionaría en sus motivos. Negro Fino tiene motivos ligeramente diferentes (Lumbreras & Amat 1969, p. 186, láminas XII y XIII). Los muchos misceláneos muestran que el análisis no está terminado aún. El estilo Wacheqsa se compone de cuatro tipos: W. Rojo Pulido, W. Grafitado sobre Rojo, W. Polícromo y W. Fino. Sobre todo el W. Polícromo muestra similitudes con el Cupisnique transitorio de Larco. Los estilos Mosna y Raku solo aparecen con un tipo cada uno: Mosna Rojo sobre Ante y Raku Gris Pulido. Los autores no parecen reconocer paralelos con otros estilos conocidos, sino curiosamente paralelos con Paracas en lo que posteriormente se llama Qotopukyo. En un cuadro cronológico (Lumbreras & Amat 1969, p. 171), se presenta la cultura Chavín en cinco épocas (I a V), que se inicia con el Templo en «U» y la Galería de las Rocas, al que a su vez corresponde la cerámica Rocas con el Lanzón, así como con relaciones externas con Cupisnique Temprano (Chongoyape). La segunda época está representada por el gran templo en «U» y las Vigas Ornamentales, así como el Obelisco Tello y Cupisnique; en cuanto a la cerámica Ofrendas, esta se encuentra entre las épocas II y III. Esta última corresponde a la Gran Pirámide con la Galería de las Ofrendas, el estilo Wacheqsa, la Portada (Blanco/Negro o de las Falcónidas), así como con Cupisnique, Guañape tardío y Ancón-Supe (aparentemente *sensu* Strong & Evans 1952, véase Capítulo I). La época IV se asocia a la Pirámide Norte, al estilo Mosna, sin escultura relacionada y con relaciones externas con Cupisnique Santa Ana o Cupisnique tardío. Una época V es muy tentativa, con un posible estilo San Blas y relaciones externas con el sitio de San Blas y Mochica I. No hay asociaciones previstas en cuanto a arquitectura o escultura de Chavín. La «Cultura Cotosh» tentativamente

se antepone a toda esta secuencia sin asociaciones claras con la arquitectura o escultura. Una fase transitoria entre Rocas y Ofrendas no está prevista en este cuadro.

Esta transición está presentada en forma gráfica en un artículo publicado en las actas de la conferencia sobre Chavín en Dumbarton Oaks, a la que Lumbreras no asistió. Ya que Amat, quien estuvo presente, no presentó su manuscrito para la publicación, se optó por traducir un artículo previo del primero (Lumbreras 1967, 1971). En este trabajo, Lumbreras se expresa en favor de Cupisnique como variante regional de Chavín (1971, p. 10). En la figura 6 de aquel trabajo, aparece una secuencia de Rocas a Transición a Ofrendas a Mosna, con una serie de flechas que supuestamente vinculan piezas cuya lógica no es muy transparente. En otro trabajo (Lumbreras 1972), se repite parte del informe de 1969, pero se vislumbra un cambio, aún poco definido, en la cronología, ya que Lumbreras reconoce que no hay superposición que sustente la prioridad temporal de Rocas sobre Ofrendas y admite que una parte de Rocas parece ser posterior a Ofrendas. Reconoce además que Rocas no es galería sino canal, por lo cual el material es «acrónico». Para el estilo Raku, ahora admite vínculos con el estilo Cupisnique, mientras asombra que no reconozca las relaciones entre Mosna y Kotosh Rojo sobre Ante, sino que repita supuestas relaciones con Mochica I. Asombra más aún que no reconozca los vínculos entre Rocas y la cerámica de Kotosh-Chavín. Su nueva cronología, por lo tanto, consiste en una época I que corresponde a A/B de Rowe a Rocas —con signos de interrogación—, iniciada en 1200 a.C. Época II se relaciona con C de Rowe, Ofrendas, y se inicia en 800 a.C. Época III corresponde a D de Rowe y un posible Rocas —con interrogante—; finalmente, época IV con EF y Mosna —con signos de interrogación— y Raku-Wacheqsa con un fechado propuesto de 400 a.C. (Lumbreras 1972, pp. 76-78).

Luego se dedica a problemas más generales. Reconoce que el «estilo Chavín resulta, en el contexto de los conocimientos actuales, una generalización útil, pero que tendrá que ser restringida en términos cronológicos y corológicos» (Lumbreras 1972, p. 78), una demanda que surge del problema de la cerámica excavada por él mismo. Delimita el área de influencia del estilo al sur por Ayacucho e Ica y al norte por Cutervo y posiblemente Jaén, así como los valles de Piura, y reconoce la presencia de «una más vieja tradición alfarera, anterior a Chavín», con lo que acepta la posición de los japoneses en relación con Kotosh. En vez de ubicar los orígenes de este estilo, piensa en la posibilidad de una síntesis «explosiva» de un proceso regional o aun interregional, en donde los varios elementos se fueron constituyendo hasta generar un estilo, plasmado en uno o varios lugares, plenamente establecido. Estos «ingredientes» del estilo bien pudieron encontrar su expresión plástica en un lugar como Chavín, donde se fraguaron como síntesis de una especulación que evidentemente tuvo luego mucho éxito (Lumbreras 1972, p. 79).

Esta idea de «síntesis» alcanzó cierta popularidad en la década de los setenta, ya que constituye una especie de compromiso en el cual se respetan las especulaciones anteriores acerca de la ubicación geográfica en selva, sierra o costa. De este modo, Lumbreras puede simpatizar con los enfoques de Lathrap en sus interpretaciones iconográficas, a las que aportó Rowe también, así como con Lanning, quien postula un origen costero (véase el capítulo anterior y Lanning 1967). En un recorrido por Pacopampa, Cajamarca, Jequetepeque, el área de Cupisnique, Nepeña-Casma, Ancón, Huánuco y Paracas, busca secuencias que podrían ayudar a entender las posiciones cronológicas correctas de Ofrendas y Rocas y, de este modo, las modalidades del estilo Chavín. Reconoce que existe una cierta «tendencia» de una ubicación tardía de cerámica parecida a Rocas en secuencias más completas. Reconoce que el estilo Chongoyape de Lambayeque tiene un cierto parecido con Rocas, mientras que lo que llama «Jequetepeque» se asemeja a Ofrendas. Lumbreras observa una situación análoga en el complejo Caballo Muerto, valle de Moche, donde aparece material cerámico con elementos reconocidos en Ofrendas, así como otra modalidad como Raku (véase Chauchat *et al.* 2006). Como demuestra en su tabla cronológica (véase arriba), las secuencias no parecen serle lo suficientemente convincentes como para aceptar lo que parece obvio.

Esta hipótesis de síntesis estilística se acopla con otra síntesis agropecuaria que determina la primera: «Chavín, constituido así, surge como una sociedad con una producción agropecuaria que supone el control de múltiples pisos ecológicos, el establecimiento de técnicas de adaptación interregional de productos, con una consecuente macro-adaptación social, cuyos mecanismos aún no conocemos» (Lumbreras 1972, p. 89). De acuerdo con este proceso, surgen los «centros ceremoniales» tanto en la sierra como en la costa, de los que dice Lumbreras:

Entorno [sic] a ellos debió vivir la mayor parte de la población campesina, pero su mantenimiento solo podía estar dado por personas dedicadas a ellos a tiempo completo: los «especialistas». Estos, para vivir sin necesidad de participar directamente en la producción campesina, debieron absorber una cantidad dada de excedentes agrícolas, pero al mismo tiempo, partiendo de los supuestos ideológicos vigentes, crear un aparato mágico-religioso suficiente para crear «su» necesidad y reproducir sus funciones «prematadamente». Una religión como la de Chavín, con dioses feroces, de historial amazónico, es un buen aparato represivo y reproductivo de la función «sacerdotal» de estos especialistas (1972, p. 90).

En una última síntesis, el autor sostiene que:

[...] es posible decir que Chavín correspondería a una transición de un modo de producción aldeano-campesino a uno urbano, donde el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas obligó a una generación de un tipo social nuevo, diferente al de



los campesinos, que sería punto de partida de una «clase urbana» definible en períodos posteriores. La superestructura, ligada fundamentalmente a la religión Chavín, si bien estructuralmente uniforme, habría adquirido modelos regionales propios, tal como lo expresan los varios «estilos» chavinoides (1972, p. 91).

En 1974 se publica otro informe de las excavaciones en Chavín, que cubre seis campañas de trabajo en el sitio (1966, 1967, 1968, 1969, 1970, 1972), todas en el área de Templo Viejo (Sector R) (Lumbreras 1974c). En 1967 se ubicó el acceso a la galería del Lanzón y el canal acústico. La escalinata estaba cubierta por una capa arcillosa con cerámica Chavín (Lumbreras 1974c, pp. 42, corte longitudinal del canal central). Además de ello, se procedió a excavar las capas post-Chavín con el fin de llegar a la ocupación Chavín. En 1972 logran definir la relación entre la escalinata señalada y la plaza hundida, así como una capa que cubre las construcciones más tempranas y que contiene cerámica Chavín. Esta corresponde a «tipos cerámicos antes incorporados dentro del complejo “Rocas”, que definitivamente representaban el último período de la cultura Chavín en el sitio, dada su asociación con el derrumbe del edificio y con la inmediatamente superpuesta cerámica Blanco/Rojo de estilo “Huarás” [sic]» (Lumbreras 1974c, p. 44). Con ello se establece una estratigrafía de siete capas, de las que solo la H corresponde a la época Chavín. Esta es:

[...] más bien delgada y se distingue por ser compacta y amarillenta. Aparece sobre los edificios Chavín, seguramente en un tiempo de relativo abandono de esta sección (R) del centro ceremonial, dado que en su época de vigencia, los pisos enlosados y las bellas escalinatas debieron permanecer limpias. La cerámica aparece mezclada, además, con abundantes restos de carbón vegetal, huesos de animales y otros desechos de evidente uso doméstico. Adicionalmente la cerámica es correlata con las últimas fases «Formativas» de Kotosh (fases Sajara Patac y San Blas), lo que da una buena indicación de su tiempo (Chavín último). Pensamos, finalmente que debe corresponder al período de decrepitud del Templo Nuevo, el que debió lograr su esplendor en una fase inmediatamente anterior, plenamente correspondiente al llamado «estilo Rocas», que es la cerámica de más amplia difusión en los Andes Centrales. El hecho [de] que en la basura H aparece solo la última época, es un indicador [de] que el Viejo Templo estaba si no usado al menos no abandonado en tiempos de apogeo del Templo Nuevo, aun cuando esto significa ir demasiado lejos en la interpretación (Lumbreras 1974c, p. 47).

Lumbreras espera en vano que Amat le proporcione más información que pueda sustentar sus especulaciones, pero este último no la publica. Los resultados de las excavaciones de Lumbreras, por fin, aclaran la incertidumbre acerca de la posición de «Rocas», pues queda demostrado que corresponde al último momento del uso de las construcciones Chavín, aunque esta cerámica no las fecha.

En relación con el conjunto de cerámica de Ofrendas, Lumbreras ofrece algunos aspectos nuevos. Distingue un grupo de cerámica roja llana en forma de ollas, comploteras y botellas con asas estribo. El otro grupo es de cerámica fina y decorada, al que reconoce ahora dos estilos más: Qotopukyo y Puchka. Al profundizar las comparaciones ya realizadas en el trabajo de 1972, en particular con Ancón (Scheele 1970), está estableciendo «al menos cuatro épocas en la galería» (Lumbreras 1974c, p. 52). Considera Wacheqsa como un estilo costeño «conducido a Chavín en la misma época en que se desarrollaba el estilo Ofrendas o que se trata de una fase de Chavín aislable» (Lumbreras 1974c, p. 52). El estilo Rocas está asociada con la capa H, pero junto con otros elementos, mientras que la cerámica encontrada en el canal del mismo nombre tiene también piezas que no aparecen en otros contextos. Sin especificarlo, Lumbreras plantea que existen tres fases de este estilo, con lo que se llega a «por lo menos 7 [sic] fases de cerámica chavinense, a las cuales hay que agregar una o dos fases del grupo que denominamos “transición” [...]. Esto nos da nueve fases en Chavín, aún tentativas» (Lumbreras 1974c, p. 53). Con ello llega a esbozar un nuevo cuadro (Lumbreras 1974c, p. 48). Una capa I de tierra amarillo-rojiza muy compacta correspondiente a pisos y rellenos de edificios chavinenses se asocia con Ofrendas y con el Templo Viejo, la Galería de las Ofrendas, la Plaza Circular, el Lanzón, el Obelisco Tello, lápidas del estilo Ofrendas, cornisa del ángulo SW, cabeza clava estilo R, mortero de Pensilvania, puntas foliáceas a presión. La capa H de características descritas se asocia con Rocas, el Templo Nuevo, el Pórtico de las Falcónidas, la Escalinata de los Jaguares, puntas foliáceas a presión, hachas pulidas en forma de T. El conjunto más temprano se inicia antes de 1200 a.C.; el segundo comienza hacia 500 a.C. y termina en 300 a.C. Con estas especulaciones, relativiza sus conclusiones convincentes acerca de la relación entre Ofrendas y Rocas y se acerca al procedimiento de Rowe: llega casi a las diez fases del Horizonte Temprano en la «secuencia maestra» de Ica. Así como Rowe fue estimulado para elaborar la secuencia de las fases A/B a E/F en Chavín por el estudio de la cerámica del estilo Ocucaje, Lumbreras, aparentemente, se estimula por la construcción «inflacionaria» de fases en Ancón (véase el capítulo primero). Parece que Lumbreras tiene en mente una seriación de sus estilos en vez de considerarlos contemporáneos. El problema, ahora más aceptado por él, es la alta cantidad de piezas que aparentemente no fueron elaboradas en el sitio, lo que conduce a la necesidad imperativa de discernir entre lo que es «Chavín» y lo que no lo es.

Existe aun otro informe sobre las excavaciones en Chavín (Lumbreras 1977) que se concentra en la sexta campaña ya tratada en el trabajo discutido. En este informe, aparecen nuevos datos que especifican lo tratado en 1974 y otros datos adicionales, en particular sobre la Plaza Hundida, sus relieves, cabezas clavadas y otra galería: la

de las Caracolas. La capa H, «el gran hallazgo de nuestra sexta campaña» (Lumbreras 1977, p. 9), está interpretada ahora como el enlucido desprendido y disuelto «del edificio, enlucido que en algunos casos pudo ser compuesto con imágenes en relieve como se parecía en varios monumentos de la costa, pues en algunas partes se encontraron fragmentos de esta tierra arcillosa muy endurecida, con una cara pulida y la otra con muestras de adherencia de sogas y cañas». Además, esta capa es más gruesa cerca de los muros y está prácticamente ausente en el centro y el oriente del atrio (Lumbreras 1977, p. 9). La cerámica asociada a esta capa es descrita y presentada en dibujos (Lumbreras 1977, pp. 10-11, figuras 8-14). La mayor parte del informe está dedicada a la Plaza Hundida, a los relieves in situ y a las cabezas clavadas recuperadas. En su totalidad, es el corpus más grande de arte lítico contextualizado en todo el sitio.

Respecto de la Galería de las Ofrendas, Lumbreras piensa que se trata de un conjunto de vasijas, originalmente completas, con contenido de comida:

Todo parece indicar que la Galería de las Ofrendas estuvo en uso durante mucho tiempo, pues la cerámica así lo revela; parece que el lote de ceramios asociados representan [sic] varias fases dentro del estilo. En Chavín mismo no ha sido posible establecer tales fases, pero por comparación con otros contextos conocidos sabemos que allí hay al menos objetos de tres fases, de las cuales la más tardía presenta fuertes contactos con Cupisnique, con la presencia quizá intrusiva del estilo Raku, que es definitivamente Cupisnique [...] estilo que está representado también en Ancón en las fases VI-VII de Hermilio Rosas La Noire (ms.) y en las 4-5 de Scheele (ms) [...]. Hay varios estilos representados en la galería pero no es posible aún determinar sus relaciones cronológicas; la cerámica que hemos llamado «Ofrendas» [...] debe representar una secuencia que solo se podrá establecer con asociaciones segregativas (1977, p. 15).

Para más seguridad, Lumbreras compara la cerámica con piezas líticas de Chavín; aduce que la decoración en algunos ceramios se parece a las piezas de las fases AB y C de Rowe, y concluye:

Todo esto nos indica que las ofrendas asociadas a la galería [...] pertenecen si no a la fase más antigua de Chavín, por lo menos, con seguridad, a la época en que estaba vigente el templo viejo de Chavín, con seguridad en conexión con el Obelisco Tello (fase C de Rowe) y quizá aun contemporánea parcialmente con la fase AB —¿una fase B quizá?— debido sobre todo a que es consistente la relación del estilo Ofrendas con la cerámica de aspecto chavinoide más antigua de la costa central [...], tan consistente que parecería aceptable suponer que la primera ola de influencias chavinenses fueron [sic] con el estilo Ofrendas, con una extensión por ahora limitada a Lurín-Casma en la costa y Huánuco en la sierra (1977, p. 17).

Especula que incluso el Lanzón podría ser contemporáneo de Ofrendas, pero no excluye la posibilidad de cerámica pre-ofrendas relacionada con el estilo Kotosh-Kotosh. Como todos los estilos discutidos se establecen como intrusiones en las zonas donde fueron encontrados —fuera de Chavín—, parece que le sugiere a Lumbreras que podrían proceder originalmente de Chavín, aunque este origen no está definido. Él confía en Burger para solucionar este problema. El otro problema es la procedencia del estilo Rocas, del que solo se sabe que es posterior al de Ofrendas. Toda esta discusión se visualiza en otro cuadro (Lumbreras 1977, p. 35), que se subdivide en dos épocas: Chavín Antiguo y Chavín Tardío. La primera corresponde al Templo Antiguo y a la Primera Ampliación. Las esculturas líticas asociadas conforman tres fases (Ídolo del Lanzón, Plaza Hundida y Vigas Ornamentales, correspondientes a las fases A, B y C de Rowe o a AB y C, como aparece en otra columna). Toda la época está representada por Ofrendas con Kotosh hacia el final de AB; y Wacheqsa, Raku y Mosna en C, a la altura de la Primera Ampliación y las Vigas Ornamentales. A la fase C de Rowe también pertenecen los estilos y fases de Ocucaje 1-3, Wichqana, Ancón 1-4, Kotosh, Pacopampa AB y, algo más tardío, Cupisnique Transitorio. La época Chavín Tardío está subdividida en dos partes, con el Pórtico de las Falcónidas, las lápidas del atrio y la cornisa falcón, todas de la fase D de Rowe, que a su vez corresponde al estilo Rocas y a Ocucaje 4-5, Kichkapata, Kotosh-Chavín, Pacopampa C y Huaca Herederos. La fase EF de Rowe está asociada, como se sabe, a la Estela Raimondi y, en cuanto a la cerámica, a la de la capa H y Ocucaje 6-8, Chupas, Ancón 5-6 (7), Sajarapatac y Pacopampa (según Fung 1975).

La detallada descripción de las asociadas piezas líticas de la Plaza Hundida y de las cabezas clavav descontextualizadas no conduce a otras consideraciones cronológicas propias, pero estas son sumamente importantes para definir mejor el estilo Chavín a través del arte lítico (véase el capítulo primero).

En 1989, Lumbreras dedica un libro al tema con el sugerente título de *Chavín de Huántar en el nacimiento de la civilización andina* (1989). En su prólogo escribe que:

[...] la intención de este libro es hacer una presentación crítica de esta dificultosa identificación de Chavín, rodeada de toda clase de apasionamientos, desde aquellos que tocan la naturaleza de «costeños» y «serranos», hasta los que buscan explicar la naturaleza autóctona o foránea de los logros civilizatorios andinos [...]. No es la obra largamente pensada, ni el artículo de divulgación. En un «desdoblamiento» de un libro de ensayos titulado *Aparición de la propiedad, el poder y la fuerza en el Perú antiguo*, que incluía un capítulo sobre «El Problema Chavín» y otro sobre el «Imperio Wari», que decidimos separar (1989, pp. 11-12).

De estos proyectos apareció el «Problema de Chavín» en forma del libro por presentar y discutir. Consta de siete capítulos: el primero se ocupa de la descripción

del sitio; los siguientes dos, de una historia comentada de los aportes sobre Chavín; el cuarto se concentra en cronología y corología; los capítulos quinto a séptimo presentan las intervenciones en el sitio. El capítulo VI es una reedición del artículo de 1977; el VII, un resumen del informe final sobre la Galería de las Ofrendas que se publica en 1993.

Para los fines de este trabajo, basta concentrarse en el capítulo IV. Lumbreras describe nuevamente sus intentos de comprender los materiales de Rocas y de la Galería de las Ofrendas al contrastarlos con las propuestas de Rowe y de Larco. Luego de la rectificación del orden gracias a sus propias excavaciones, reconoce que:

[...] aun cuando teníamos pruebas para el ordenamiento en bloque de Rocas después de Ofrendas, determinar el orden interno de estos materiales no nos fue posible a partir de datos arqueológicos, por lo cual acudimos a analogías estilísticas con materiales de Ancón y de Trujillo, llegando a segregaciones muy forzadas de varias fases tanto para la cerámica Ofrendas como para Rocas, que esperábamos confirmar a partir del examen de los materiales de Ofrendas. Ahora sabemos que todo el variado e inmenso lote de materiales de la Galería de las Ofrendas corresponde a solo un momento dentro de una secuencia que ahora es más amplia y mejor conocida (Lumbreras 1989, p. 94).

A esto contribuyeron los trabajos de Burger, que se comentarán más adelante. Lumbreras no solamente acepta la validez de la secuencia Urabariu-Chakinani-Janabariu, sino que la incluye en la suya con el afán de completarla. Ahí entra también en consideración la secuencia de Kotosh. Urabariu contiene elementos Kotosh y hay elementos relacionados con Chavín en Shillacoto (véase el segundo capítulo). Parte del material de la Galería de las Ofrendas conforma Urabariu, al igual que material afín a Ofrendas aparece en la sección tardía de la fase Kotosh en Kotosh, sin especificar estas aseveraciones. Asimismo, «Algo similar ocurre en la fase Chakinani, que a nuestro entender contiene una mezcla aún mayor que Urabariu y representa seguramente una historia de varios siglos» (Lumbreras 1989, p. 94). Por tanto, «una primera fase conocida, afín al segundo período pre-Chavín de Huánuco [...] está seguida por una fase —Ofrendas— con una vinculación muy extensa en el dominio de los Andes del Maraón; una tercera fase está representada por Chakinani —creemos todavía muy débilmente— y una cuarta bastante bien confirmada: Janabariu o Rocas» (Lumbreras 1989, p. 95). Con ello, Lumbreras se fija en otras secuencias fuera de Chavín:

Esta secuencia ha sido virtualmente reproducida por Richard Burger [1985] en sus excavaciones en Huaricoto, en el Callejón de Huaylas, donde, después del pre-cerámico Chaukayán, encontró las fases con cerámica: Toril, Huaricoto, Capilla

(temprano y tardío) y, finalmente, Huarás [sic] (post-Chavín). Toril no parece estar presente en Chavín y, según Burger, se relaciona con la cerámica contemporánea de la costa. Las siguientes, en cambio, se parecen en la cerámica a Urabarru y Kotosh, con evidencias del estilo Qotopukyo y quizá el estilo Floral. Capilla Temprano se relaciona con Chakinani y Capilla Tardío con Rocas-Janabarru (1989, p. 95).

En La Pampa (véase nuestro Capítulo II), Lumbreras reconoce «muchos objetos que reproducen ceramios de la Galería de las Ofrendas, incluida la cerámica Mosna, aparte de tiestos afines a Janabarru-Rocas [...] aunque parecen estratigráficamente mezcladas» (Lumbreras 1989, p. 95). Sin ánimo de seguir la discusión de todos los sitios y sus secuencias, basta remitirnos al cuadro 2 (Lumbreras 1989, p. 72), en que todo el Formativo está subdividido en Proto-Formativo (Arcaico Superior), Formativo Inferior, Formativo Medio y Formativo Superior. El Proto-Formativo incluye Otuma, Cachi hasta Piki, Paraíso, Áspero, Culebras, Waynuná, La Galgada, Chaukayán Wakchu, Mito, Huaca Prieta y Alto Salaverry; el Formativo Inferior registra Disco Verde, Hacha y Ranca —Ayacucho, con signos de interrogación—, Wichqana —otro sitio en Ayacucho— y Muyu-mocco (Andahuaylas), sitios que presentan secuencias que van desde el Formativo Inferior (tardío) hasta el Formativo Medio Temprano. Otros sitios del Formativo Inferior son Chira, Las Haldas, Toril, Yesopampa, Pirwa, Wairajirca, Guañape, Montegrande, Mamorco, Huacaloma temprano y Pandanche. El Formativo Medio está representado por Paracas, Kichkapata, Ancón, Moxeke, Punkurí, Huaricoto, Capilla temprano, Urabarru, Ofrendas, Chakinani, Kotosh, Cupisnique, Jequetepeque, Colpa, Huacaloma Tardío y Pacopampa. El Formativo Superior comprende Qasawirka, Chupas, Nasca 1, Topará, Blanco sobre Rojo, Kushi-pata, Capilla tardío, Rocas-Janabarru, Sajarapatac, Salinar, Sausagocha y Layzón. Lumbreras enfatiza que «nuestra propuesta cronológica se apoya en la información arqueológica y no en la radiocarbónica, como preferían otros arqueólogos [...] en tal sentido, acudimos a los términos cronológicos mayores, prefiriendo seguir los principios de asociación y recurrencia para las inferencias sistadales y el de la superposición para las secuenciales» (Lumbreras 1989, p. 102). Justifica este esquema diferente al de Rowe ya que:

[...] presenta la dificultad de que su uso ha sido devaluado por Richard Burger [1987], quien sostiene que el «Horizonte Temprano» debe restringirse a la etapa representada por la cerámica afín a Rocas-Janabarru y que, por tanto, todo lo anterior debe incorporarse en el «Período Cerámica Inicial», lo que establece un débil «Horizonte Temprano» y un larguísimo y multicompuesto «Inicial», dentro del cual encaja —como antes en «Chavín»— casi todo el Formativo. Rowe, desde luego, no estaría de acuerdo con un tal uso del esquema y, hasta donde hemos seguido sus intervenciones, su «período inicial» es compatible con el «Formativo Inferior» y su

«Horizonte Temprano» se incorpora al resto del Formativo, con una mayor correspondencia con el «Medio» (Lumbreras 1989, p. 102).

Luego el autor se empeña en dilucidar argumentos en relación con el origen de Chavín. Primero se concentra en los argumentos de Chavín como «centro religioso construido por pueblos costeños que lo usaban con fines de oráculo» (Lumbreras 1989, p. 105). Piensa poder refutarlo por la ausencia de «expresiones formales y estructurales resueltas en Nepeña-Casma» (Lumbreras 1989, p. 106, pero véase nuestro Capítulo II [aportes de Shibata]). Por otro lado:

[...] para contrastar las hipótesis de Bennett, habría que encontrar que en la región de Chavín no hubo una cultura Chavín local (independiente de sus ancestros) y que lo principal del templo es de origen foráneo. Esto tampoco es posible, porque las manifestaciones más característicamente Chavín, como las esculturas y lapidaria, no tienen duplicados en los lugares de la costa central y norte de donde presumiblemente «vendrían»; es más, en la región Cupisnique los dioses y sus personajes asociados son muy distintos a los de Chavín y en la costa central, hasta ahora, la iconografía y la producción manufacturera no solo es Chavín «pura», sino que la que se le parece induce a concebirla como un nivel «epigonal» más bien que originario; sería muy extraño que los «peregrinos» hicieron [sic] cosas tan diferentes en sus centros de procedencia y, además, que se reservasen los niveles exquisitos de arte y la complejidad de sus dioses para Chavín, sin contar con nada igual o superior en su tierra [...]. El problema mayor para resolver estas hipótesis por vía empírica, es la imprecisión de los términos de referencia y el dificultoso [sic] manejo de los materiales involucrados en la contrastación (Lumbreras 1989, p. 106).

Finalmente, Lumbreras se dedica a la discusión de los fechados  $^{14}\text{C}$  para demostrar las contradicciones internas de su aplicación y de su interpretación (1989, pp. 107-114) y concluye:

En este estado de la cuestión, es necesario acudir a la evidencia empírica existente en los territorios involucrados en el debate. Debemos examinar las secuencias históricas conocidas, a la luz de los datos arqueológicos que permitan «cruzar» dichas secuencias, y establecer fases-horizonte, cuya solidez sea objetivamente contrastable. Desde nuestro punto de vista, la discusión sobre Chavín ha girado sobre parámetros fuertemente subjetivos, con factores terminológicos que han condicionado el debate (1989, p. 110).

Todas estas largas discusiones con las que Lumbreras confronta al lector durante casi un cuarto de siglo terminan con la publicación completa del informe final (1993). Las descripciones detalladas de las circunstancias de la excavación y las de los estilos de cerámica reconocidos, así como de otro material y restos óseos de animales

y hombres, están reunidas en un texto que abarca un total de 418 páginas. Cuenta con un catálogo de todas las piezas (Lumbreras 1993, pp. 419-445) y, sobre todo, 91 láminas de dibujos de todas las piezas recuperadas, de un total de 98 láminas, así como 4 láminas de color que demuestran 21 ceramios completos o casi completos, un mortero figurativo y un vaso decorado, ambos de piedra. Con ello queda claro que se trata del lote más importante del sitio y de todo el Formativo: 18.275 fragmentos de cerámica, con 681 vasijas reconstruidas, 46 objetos de piedra, 69 artefactos óseos con un gran total de 797 artefactos depositados como ofrendas, así como 3.572 restos óseos de mamíferos, aves, peces, moluscos y «seres humanos cocinados (ya sea para rituales canibalísticos o de otro tipo), tanto adultos (138), como jóvenes (15), niños mayores (12), niños pequeños (5) y de un feto (1)» (Lumbreras 1993, p. 88). En el párrafo «Reconstrucción aproximada de la deposición» (Lumbreras 1993, pp. 88-89), el autor se inclina a:

[...] pensar que todas las vasijas —que hemos encontrado quebradas— fueron depositadas enteras, muchas de ellas conteniendo restos de comida o bebida y otras vacías. No estaban dispuestas al azar, sino en un orden litúrgico dado, utilizando de modo combinado los objetos de cerámica con los de hueso y piedra, así como los restos de comida [...]. Como se verá más adelante, la naturaleza de los hallazgos y el orden aproximado de los mismos, indican una cuidadosa deposición de ofrendas, tanto en las celdas como en la galería central. A base de nuestras observaciones, es posible asumir una probable secuencia de los eventos que dieron origen a la deposición que nosotros encontramos: Obviamente [sic], la galería estuvo durante un largo tiempo con las vasijas, huesos y litos *in situ*, probablemente depositados unos sobre otros, antes de que se produjera el abandono de las condiciones de preservación, que estaban instalados interna y externamente.

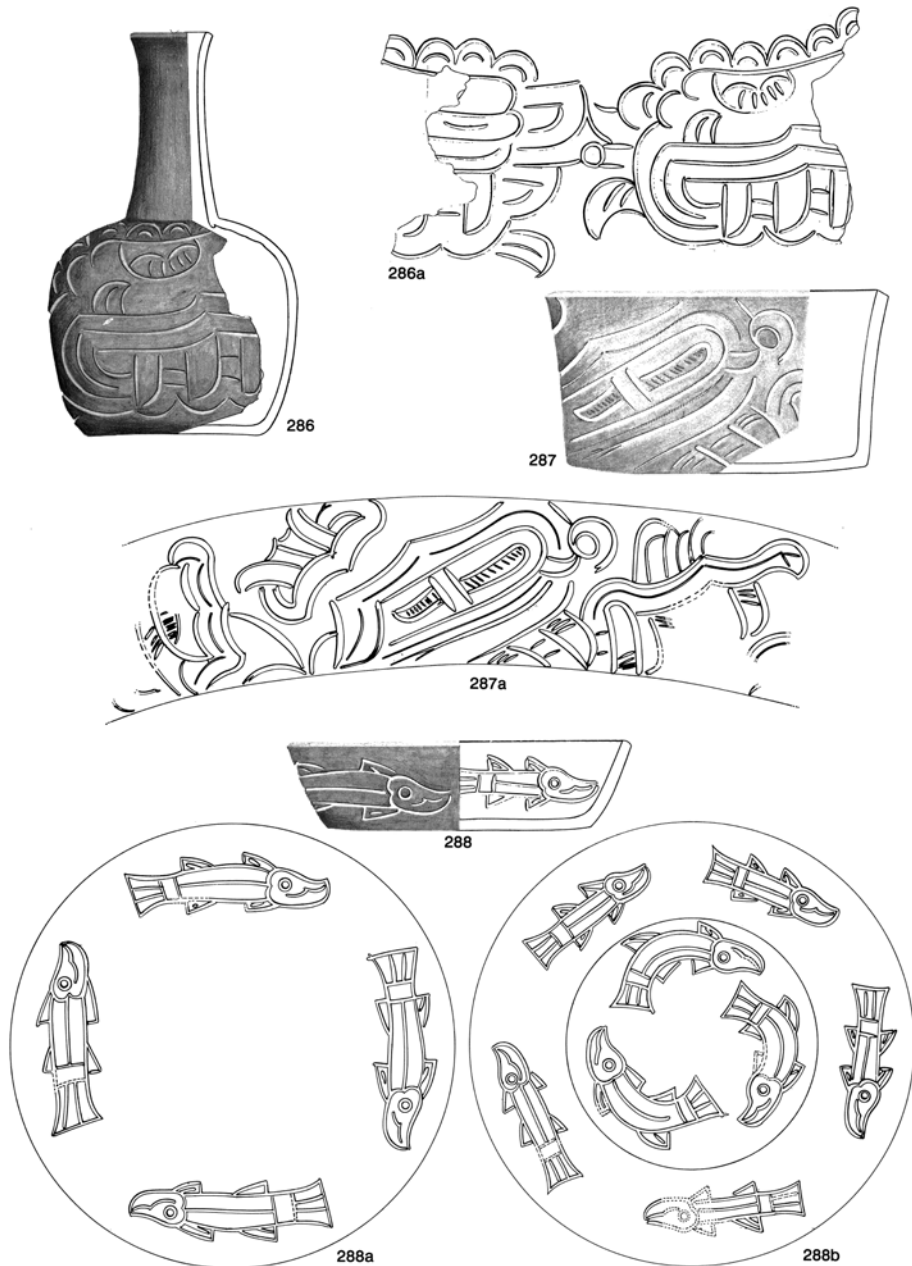
El autor presume que roedores entraron por los ductos para comerse los restos orgánicos, pero debe contarse con la presencia de hombres que causaron los daños mayores por caminar encima, sentarse o reclinarse sobre los objetos. Relaciona el abandono con el abandono de la plaza en tiempos relacionados con la cerámica Rocas. Respecto a la cerámica, sostiene que se trata:

[...] de un «mustrario» de alfarería seleccionada, cuya representatividad se asocia más con el carácter ritual o litúrgico del ofertorio que con las condiciones propias de la producción alfarera del momento [...] estaba originalmente entera, lo que ha permitido su reconstrucción en la mayor parte de los casos [...]. Como se verá en adelante, las vasijas no fueron depositadas al azar, ni —como creíamos al inicio de nuestras investigaciones— [...] de acuerdo a un criterio de almacén. Los distintos tipos de botellas, cuencos o cántaros, estuvieron colocados según categorías de significado litúrgico que incidían en evitar duplicidades o repeticiones azarosas, en agrupaciones de 2 a 3 piezas



por unidades de deposición y en un orden muy coherente, cuyo significado no estamos aún en condiciones de inferir (Lumbreras 1993, pp. 91-92).

Lumbreras distingue entre «estilos chavinenses» y otros que no corresponden a ellos. Para merecer el calificativo «Chavín» deben ser «afines» a las litoesculturas del sitio. Ya que los otros estilos se consideran asociados y contemporáneos como Cupisnique, y otros de Cajamarca, Huánuco y Ancón, «estamos en condiciones de confirmar empíricamente una “fase Horizonte” de valor probadamente sincrónico como lo demandaría John H. Rowe» (Lumbreras 1993, p. 93). En otro lugar (Lumbreras 1993, p. 129), regresa a este criterio: «Hemos decidido identificar como “Chavín” a un crecido número de piezas en las que hemos encontrado no solamente unidad en lo referente a sus aspectos alfareros —dado que comparten cierto número de alfares, formas y procedimientos decorativos— sino porque además muestran elementos iconográficos que reproducen aquellos que los arqueólogos han segregado como propio del estilo Chavín a partir de la litoescultura». En la figura 10 (Lumbreras 1993, p. 95), se presenta un cuadro con los estilos reconocidos y sus distribuciones respectivas en la galería. De ello se desprende que lo que Lumbreras considera «alfarería Chavín» (estilos Ofrendas, Floral, Dragoniano y Qotopukyo) representa casi un 63% de la muestra; solo Ofrendas ocupa un 37% (Figuras 101, 102); los demás, por lo tanto, cuentan con menos de 10%: Floral (Figura 110) con 6,6% y Qotopukyo con 7,9% (Figuras 107, 108), y solo el estilo Dragoniano es ligeramente más representativo, con 11,3% (Figuras 103-106). La cerámica no-chavín es «liderada» por Wacheqsa (A y B) con 8,2% (Figura 112), seguida por Mosna con 6,3%, Raku (A-C) con 5,4% (Figura 113), Pukcha con 1,8% y Puca Orqo con 1,5% (Figura 114), lo que da un total de 29,2% para todas las piezas no-chavín. Estos porcentajes, que no aparecen en el cuadro, fueron calculados sin tomar en cuenta las misceláneas y la cerámica ordinaria. Si se consideran las categorías formales, el conjunto de láminas ilustra 304 botellas de un solo cuello (45,9%), 95 botellas con asa estribo (14,3%) y 171 platos (25,8%), o sea, un 86% de todo el conjunto —casi todas las otras formas se agrupan bajo la categoría Ofrendas—. Si se calculan las proporciones por estilo, el Dragoniano tiene una proporción de 1,3 (platos) por 1 (botellas), el Qotopukyo revierte esta proporción (2,8 [botellas] por 1 [platos], más un fragmento de botella asa estribo), el Floral también tiene más botellas (1,7 por 1 [platos]). Para los estilos Raku y Wacheqsa, las botellas con asa estribo dominan casi a exclusividad: 32 botellas asa estribo con solo 2 botellas de una vertedera sin platos para Raku y, para Wacheqsa, 41 botellas asa estribo, 4 platos, 4 cántaros y una botella simple. Las pocas piezas de estilo Pukcha se conforman de siete botellas simples y otras siete con asa estribo. El estilo Mosna, finalmente, comprende treinta botellas simples, ocho cántaros y tres fragmentos de platos o cuencos.



**Figura 101.** Cerámica Ofrendas, tipo Gris Pulido, altura 21,4 centímetros (286), diámetros 18,4 centímetros (287), 17,0 centímetros (288), Galería de las Ofrendas, Chavín de Huántar (Lumbreras, 1994, lámina 20).

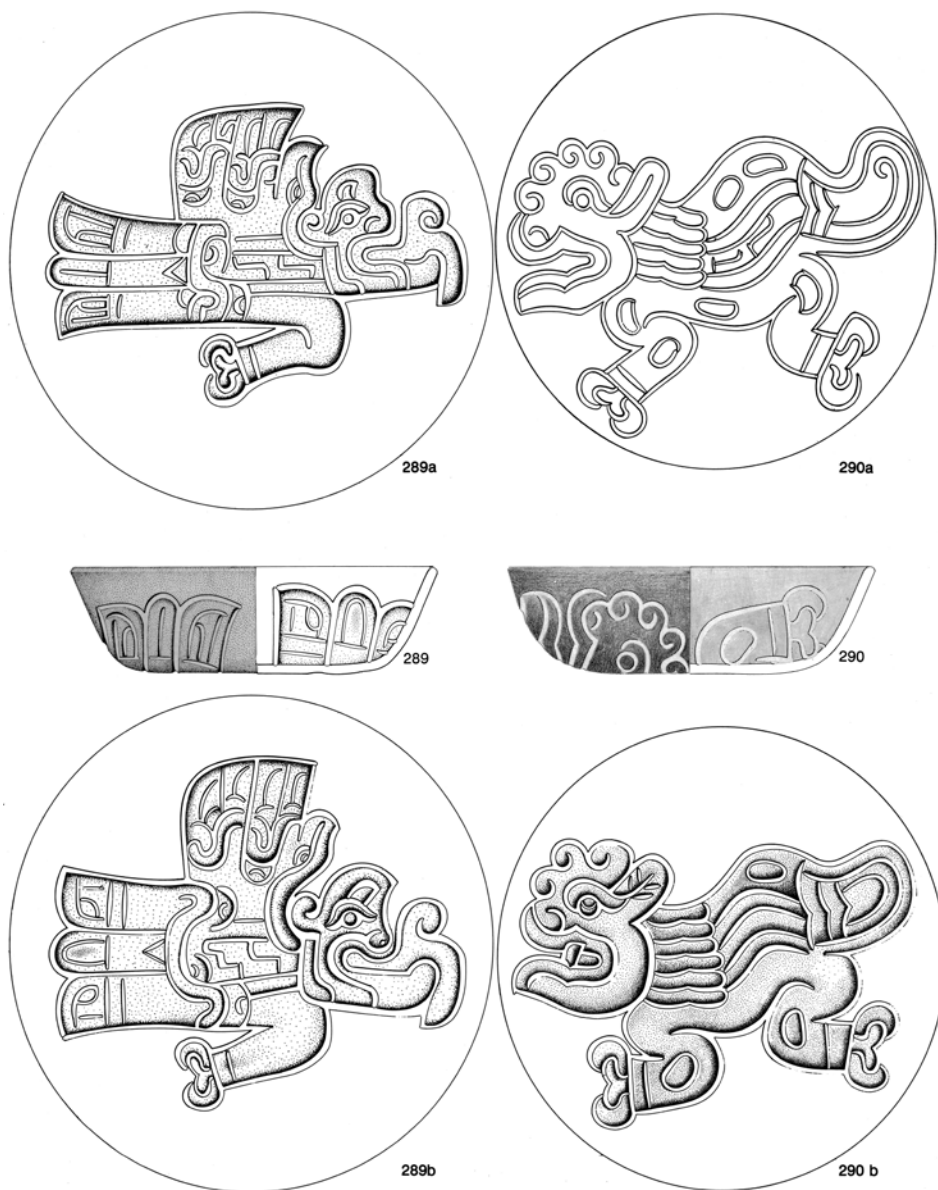
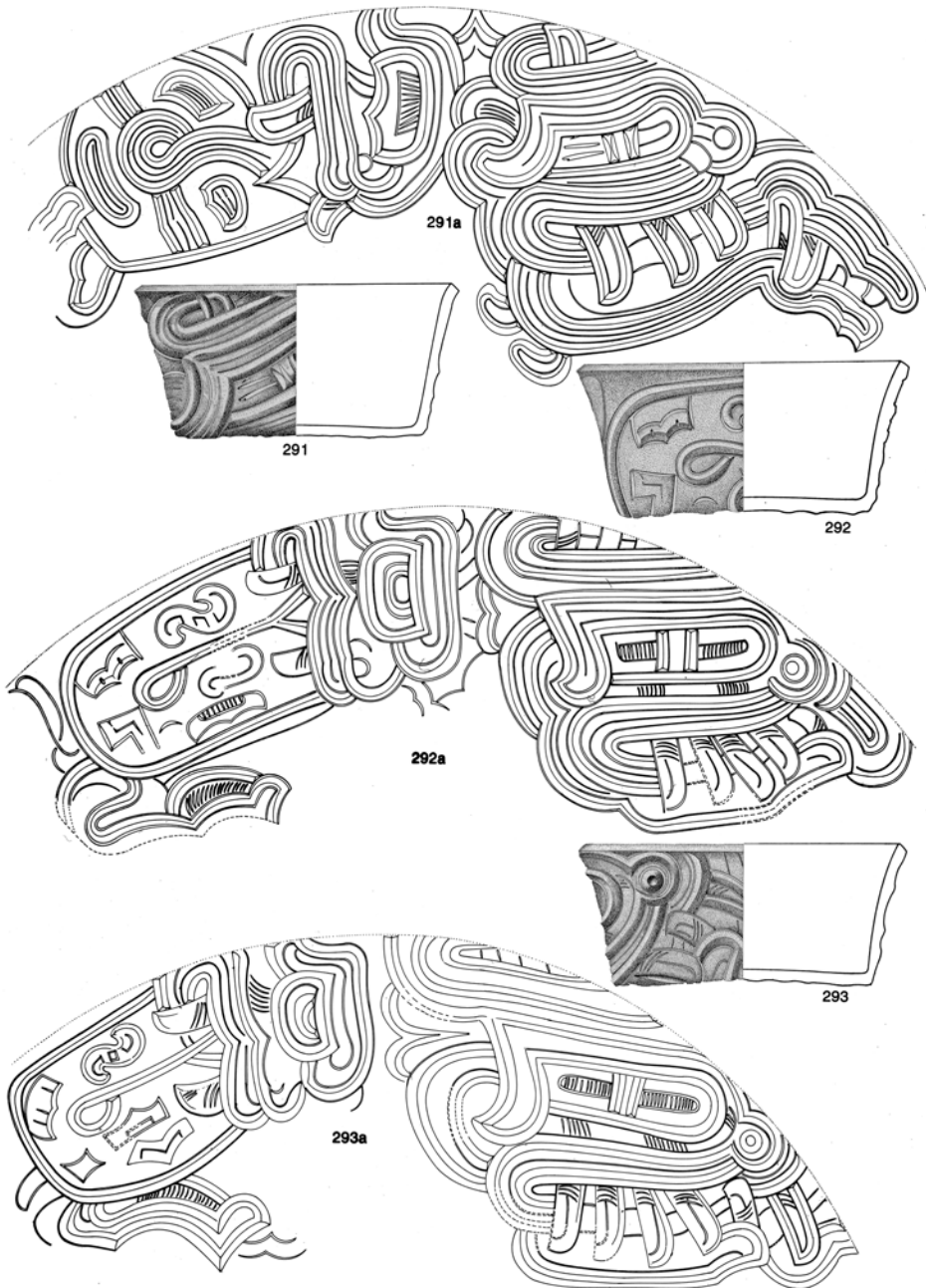


Figura 102. Cerámica Ofrendas, tipo Gris Pulido, diámetros 22,3 centímetros (289), 22,3 centímetros (290), Galería de Las Ofrendas, Chavín de Huántar (Lumbreras, 1994, lámina 21).



**Figura 103.** Cerámica Estilo Dragoniano, tipo Caramelo Pulido, diámetro 19,4 centímetros, altura 8,3 centímetros (291), diámetro 19,4 centímetros, altura 8,2 centímetros (292), diámetro 19,4 centímetros, altura 8,2 centímetros (293), Galería de las Ofrendas, Chavín de Huántar (Lumbreras, 1994, lámina 22).

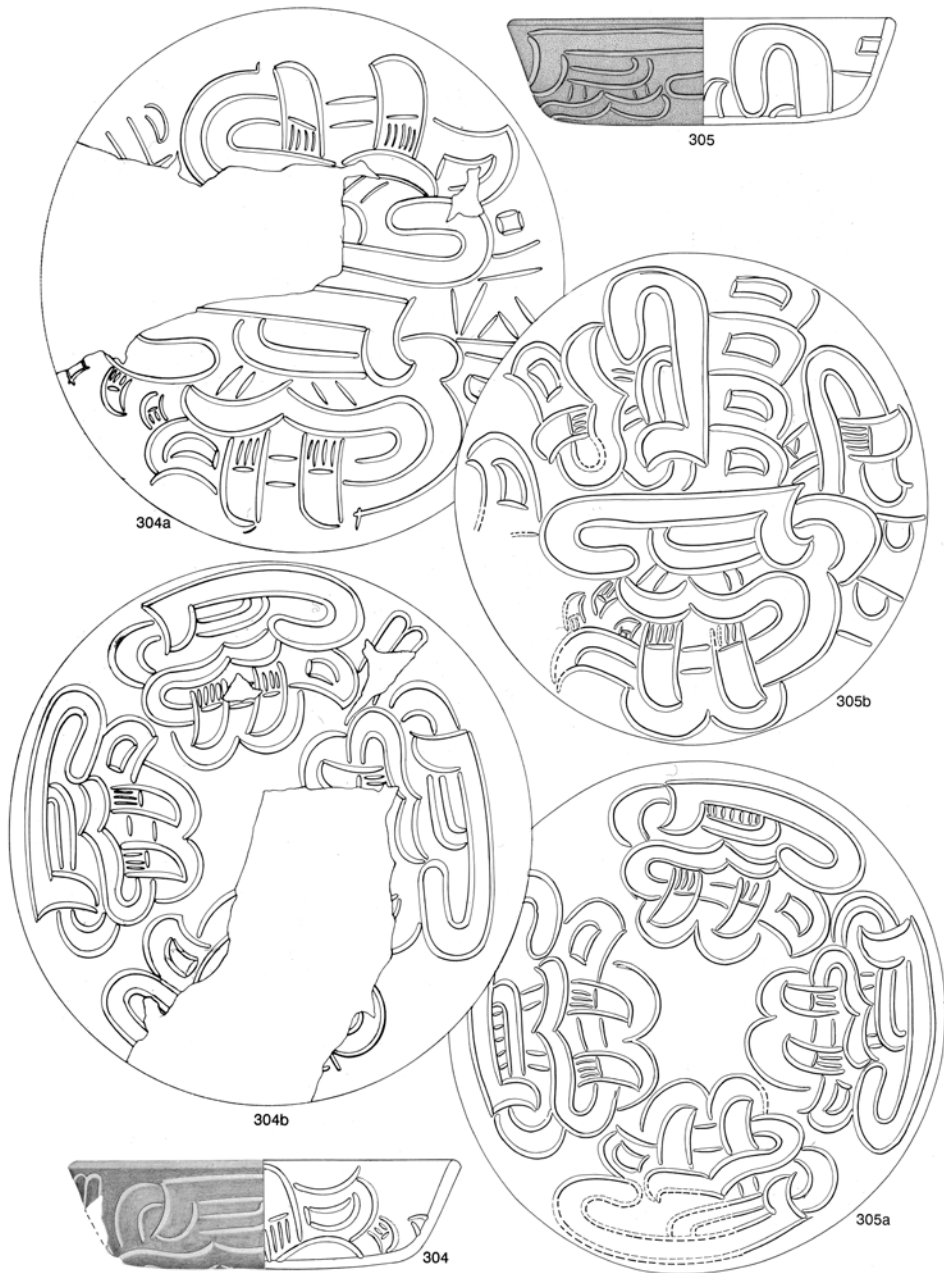


Figura 104. Cerámica Estilo Dragoniano, tipo Marrón Pulido, diámetro 22,4 centímetros, altura 6,0 centímetros (305), diámetro 22,0 centímetros, altura 5,8 centímetros (305), Galería de las Ofrendas, Chavín de Huántar (Lumbreras, 1994, lámina 27).

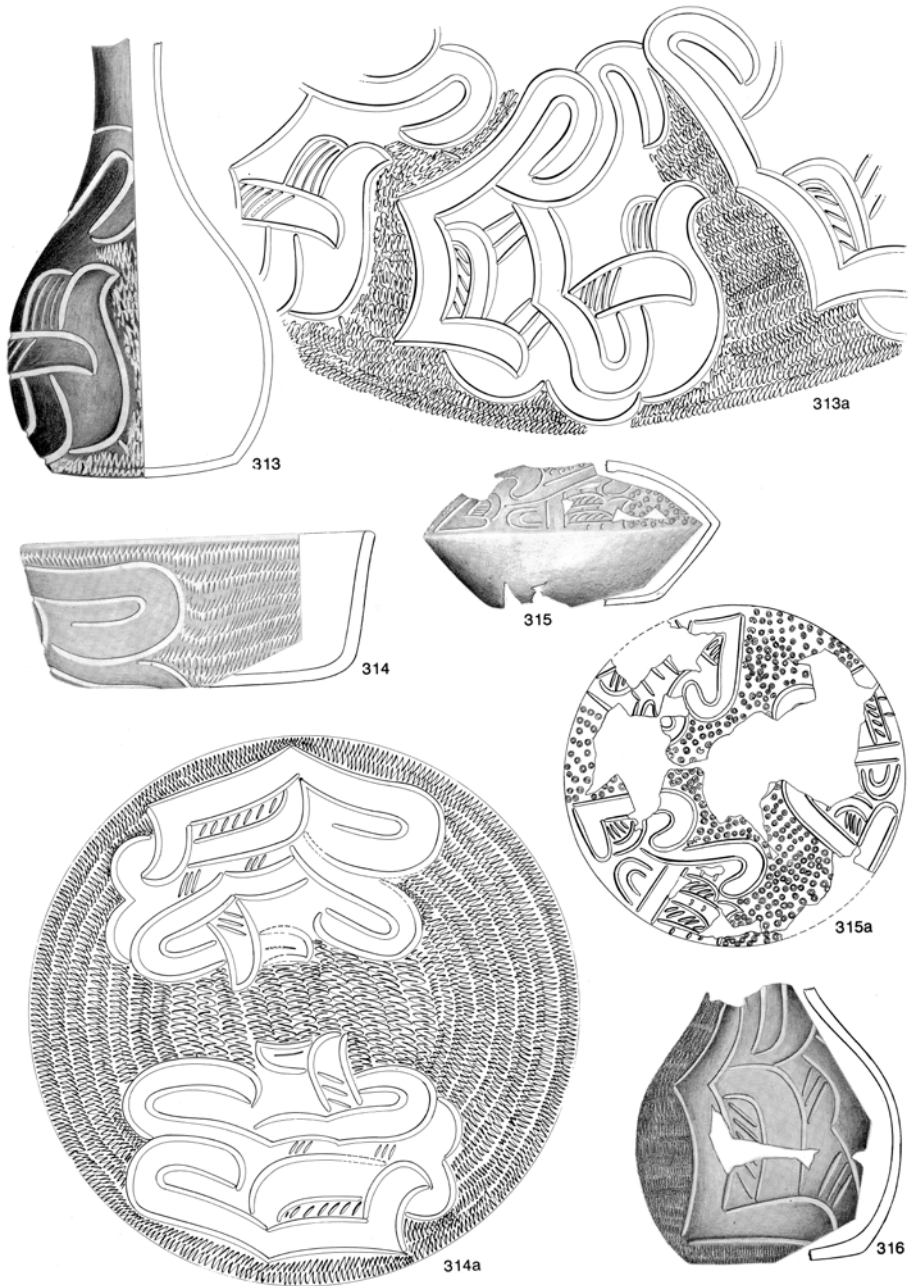
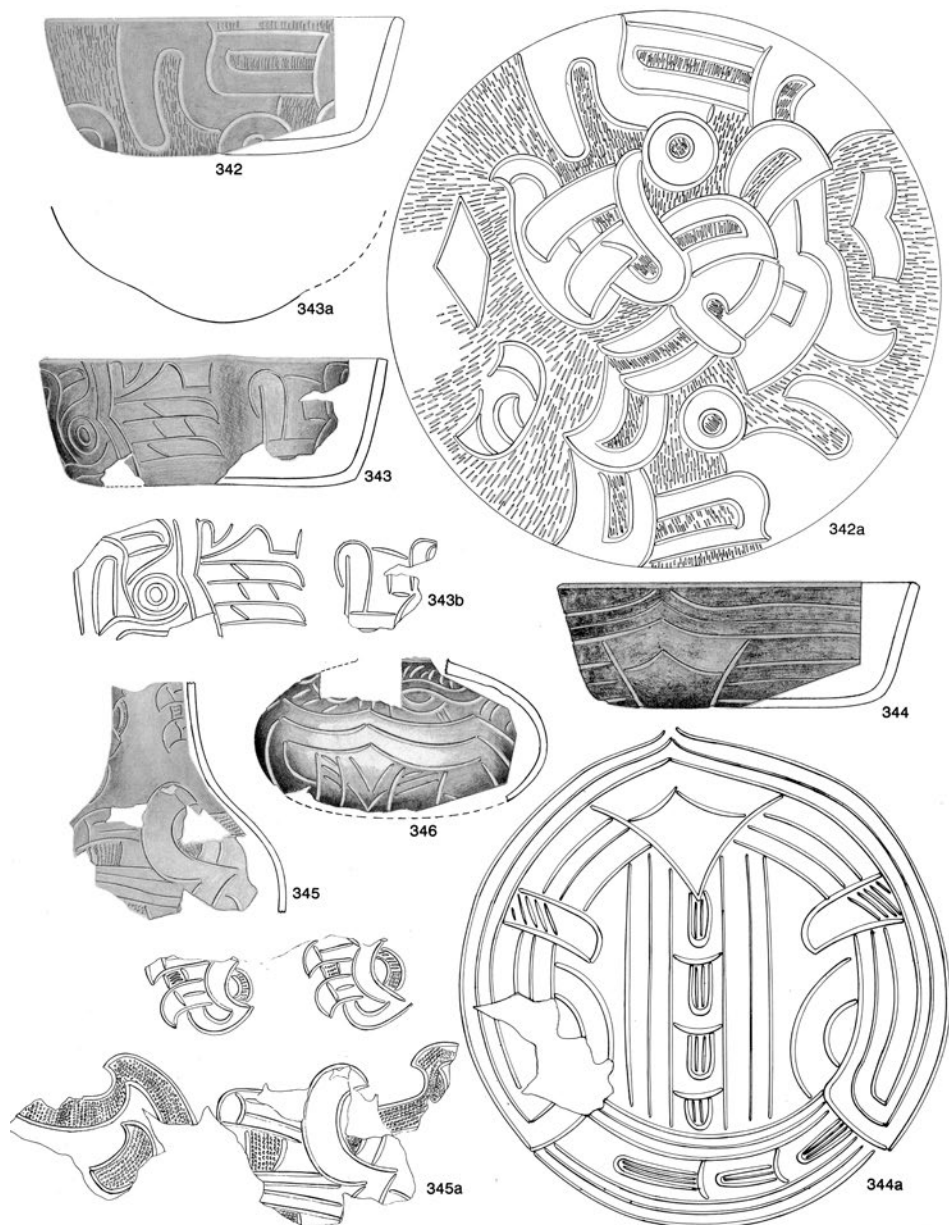


Figura 105. Cerámica Estilo Dragoniano, tipo Marrón Pulido, diámetro 13,0 centímetros (313), diámetro 19,1, altura 7,5 centímetros (314), diámetro 15,0 centímetros (315), diámetro 13,00 centímetros (316), Galería de las Ofrendas, Chavín de Huántar (Lumbreras, 1994, lámina 31).



**Figura 106.** Cerámica Estilo Dragoniano, tipo Ante Arenoso, diámetro 19,7 centímetros (pasta y textura como Qotopukyo) (342), altura 6,5 centímetros (343), diámetro 19,5 centímetros, altura 6,7 centímetros (344), Galería de las Ofrendas, Chavín de Huántar (Lumbreras, 1994, lámina 36).

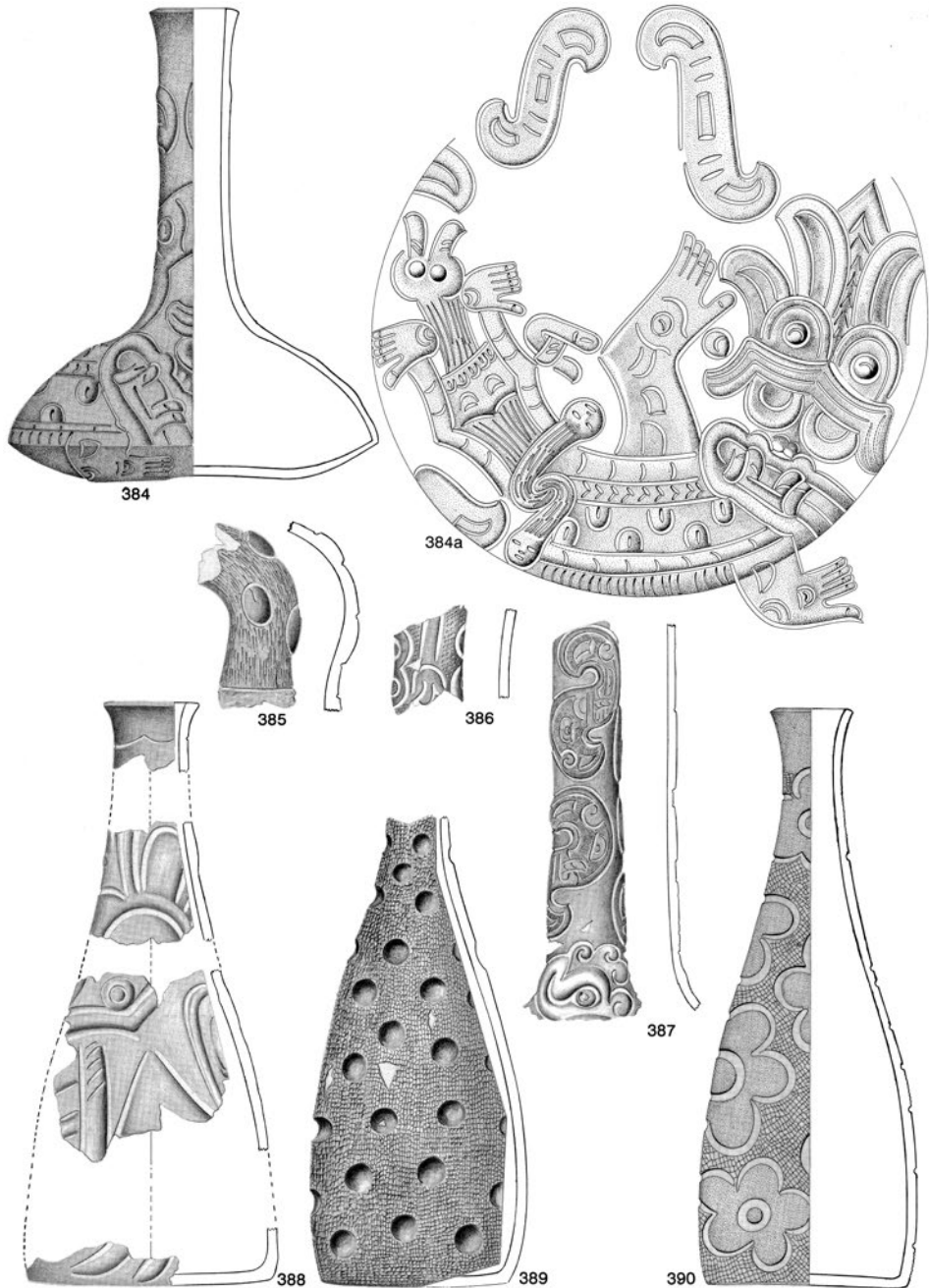


Figura 107. Cerámica Estilo Qotopukyo, tipo Qotopukyo Gris, altura 24,0 centímetros (384), altura 30,0 centímetros (390), Galería de las Ofrendas, Chavín de Huántar (de Lumbreras, 1994, lámina 44).



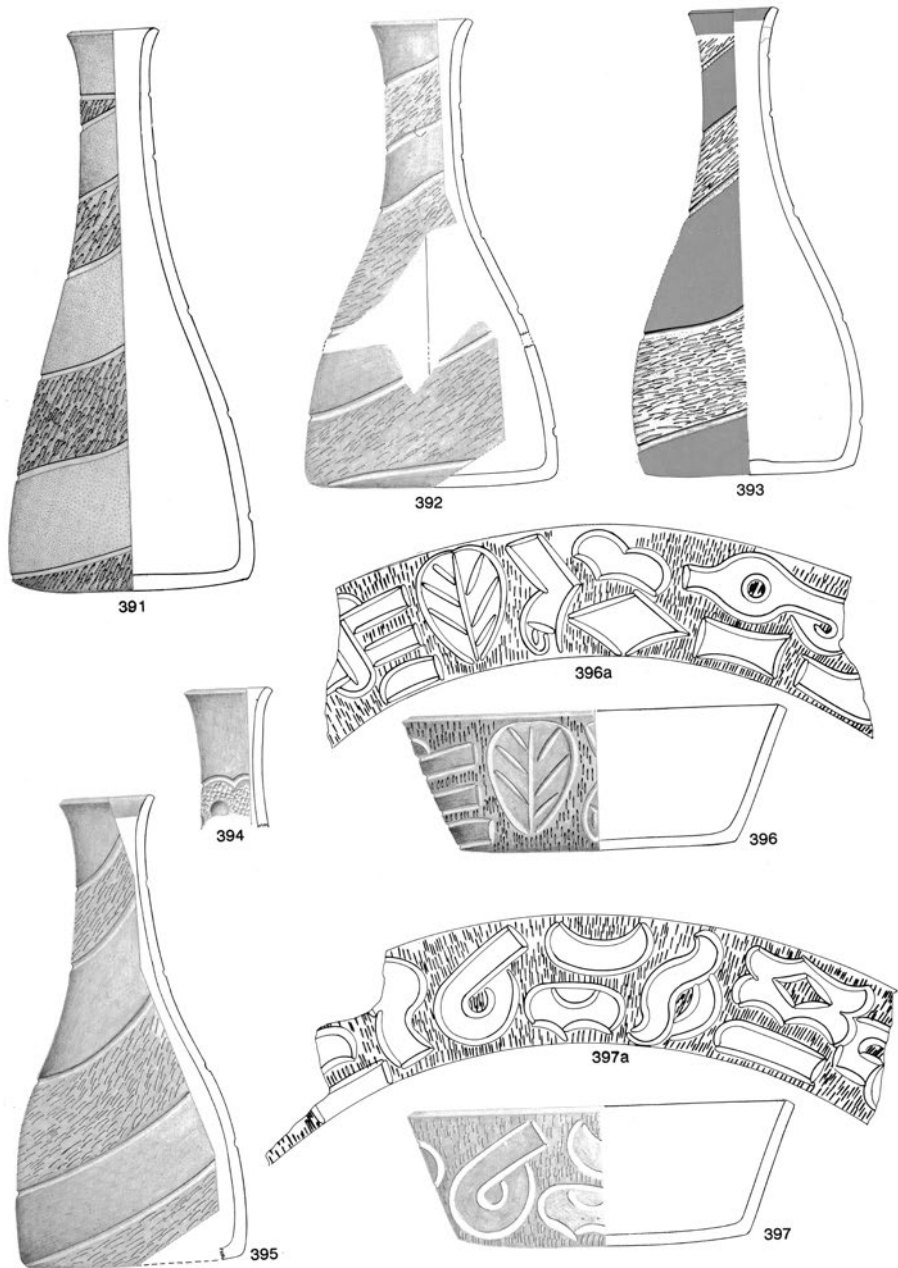


Figura 108. Cerámica Estilo Qotopukyo, tipos Qotopukyo Gris, Q. Rojo sobre Ante, altura 29,4 centímetros (Q. Gris, 391), altura 25,1 centímetros (Q. Gris, 392), altura 24,9 centímetros (Q. Rojo sobre Ante, 393), altura 25,0 centímetros (Q. Rojo sobre Ante, 395), diámetro 20,0 centímetros, altura 7,5 centímetros (Q. Gris, 396), altura 7,5 centímetros (Q. Gris, 397). Galería de las Ofrendas, Chavín de Huántar (Lumbreras, 1994, lámina 45).

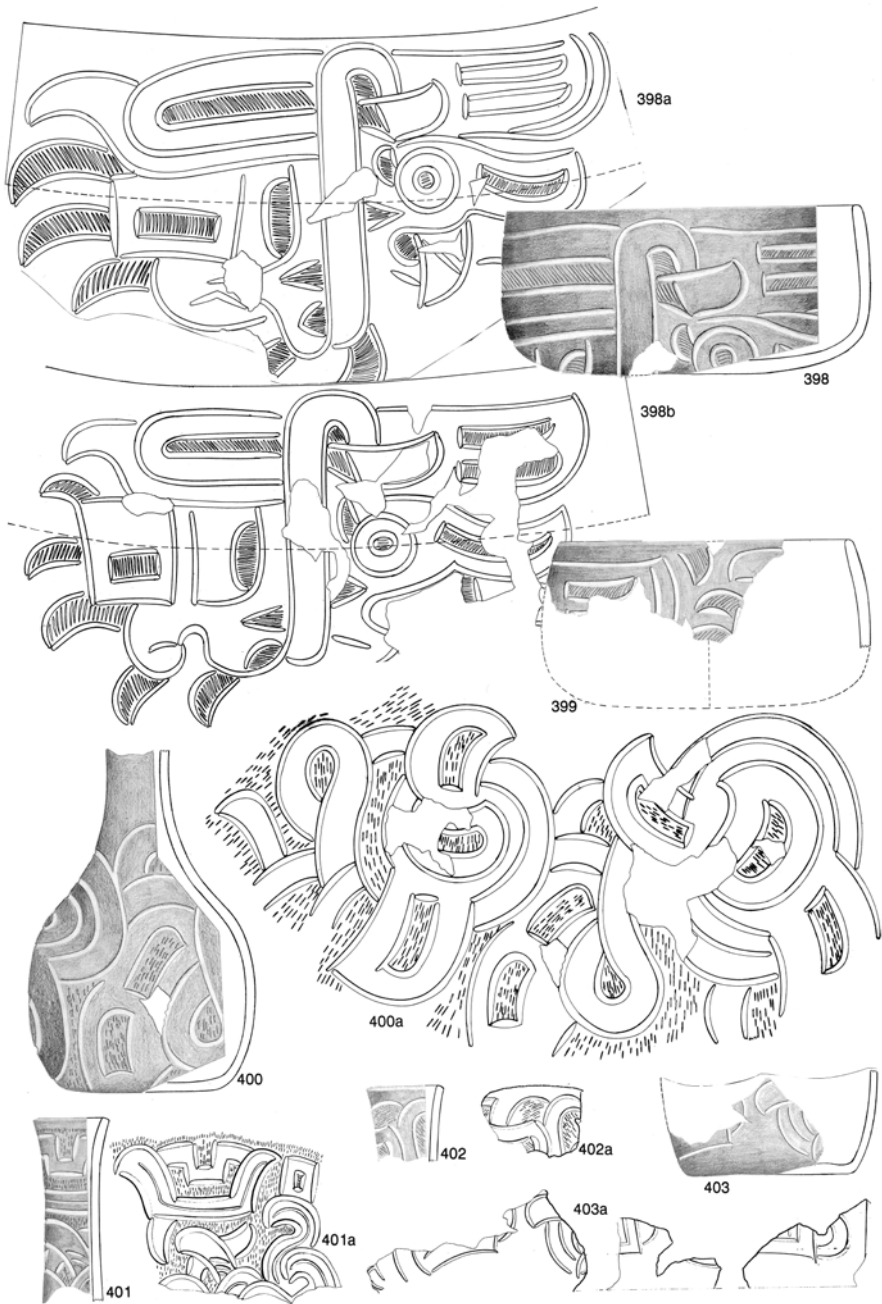


Figura 109. Cerámica Estilo Chavín, tipo Marrón Arenoso, diámetro 20,6 centímetros, altura 8,4 centímetros (variante Qotopukyo, 398); variante Qotopukyo (400), “pieza[s] que combina[n] elementos Dragoniano y Qotopukyo” (401,402)); «cuerpo...Estilo Ofrendas» (403). Galería de las Ofrendas, Chavín de Huántar (Lumbreras, 1994, lámina 46).

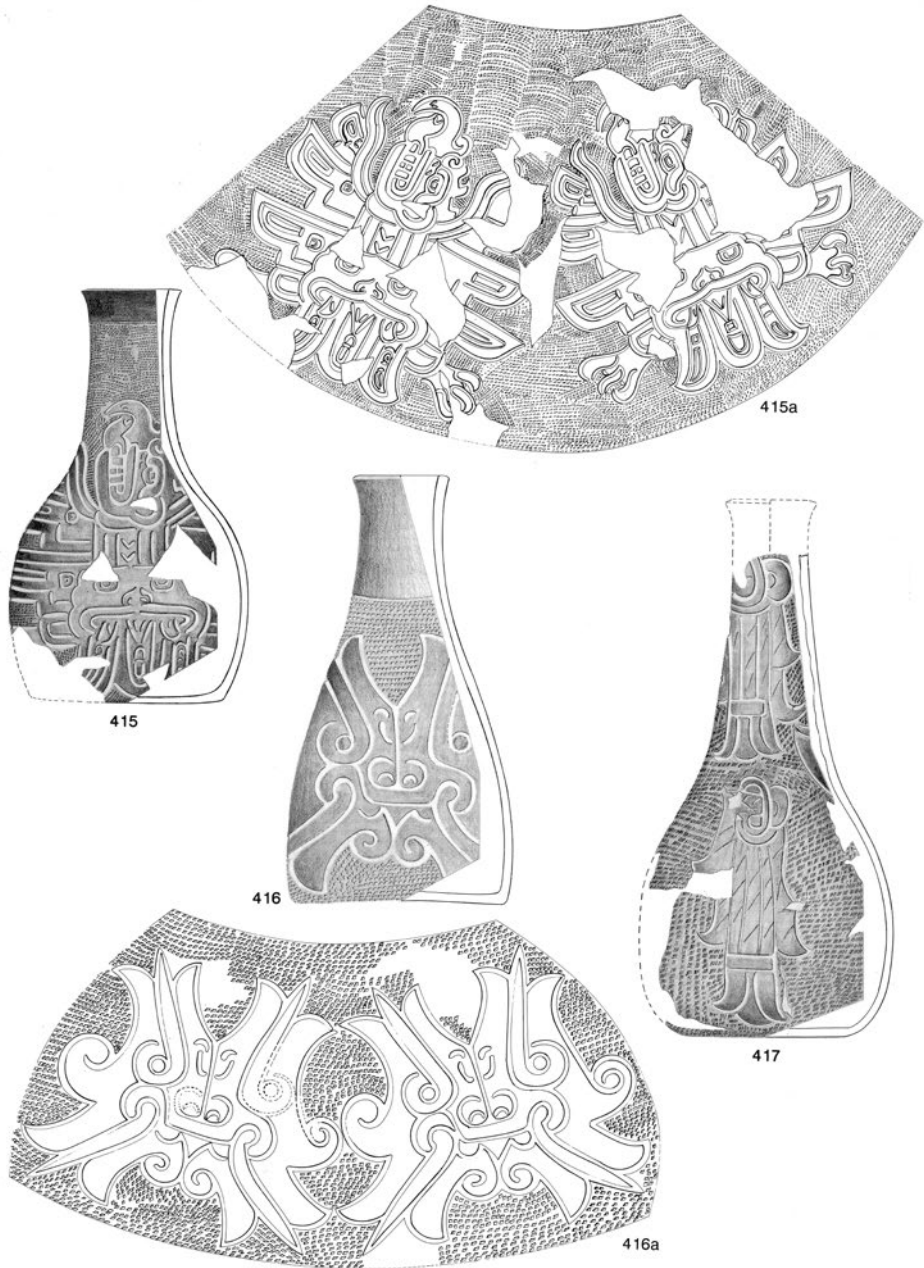
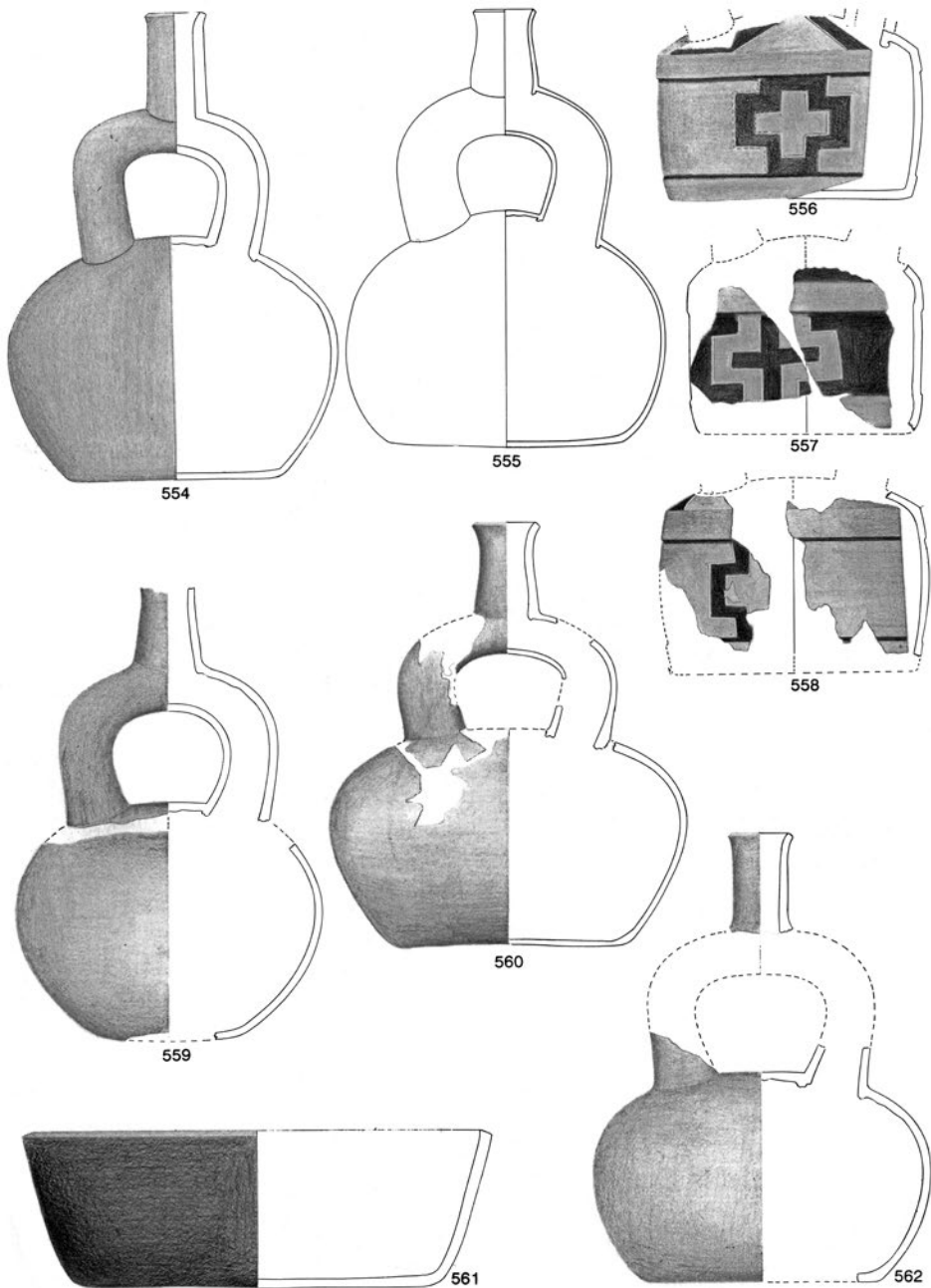
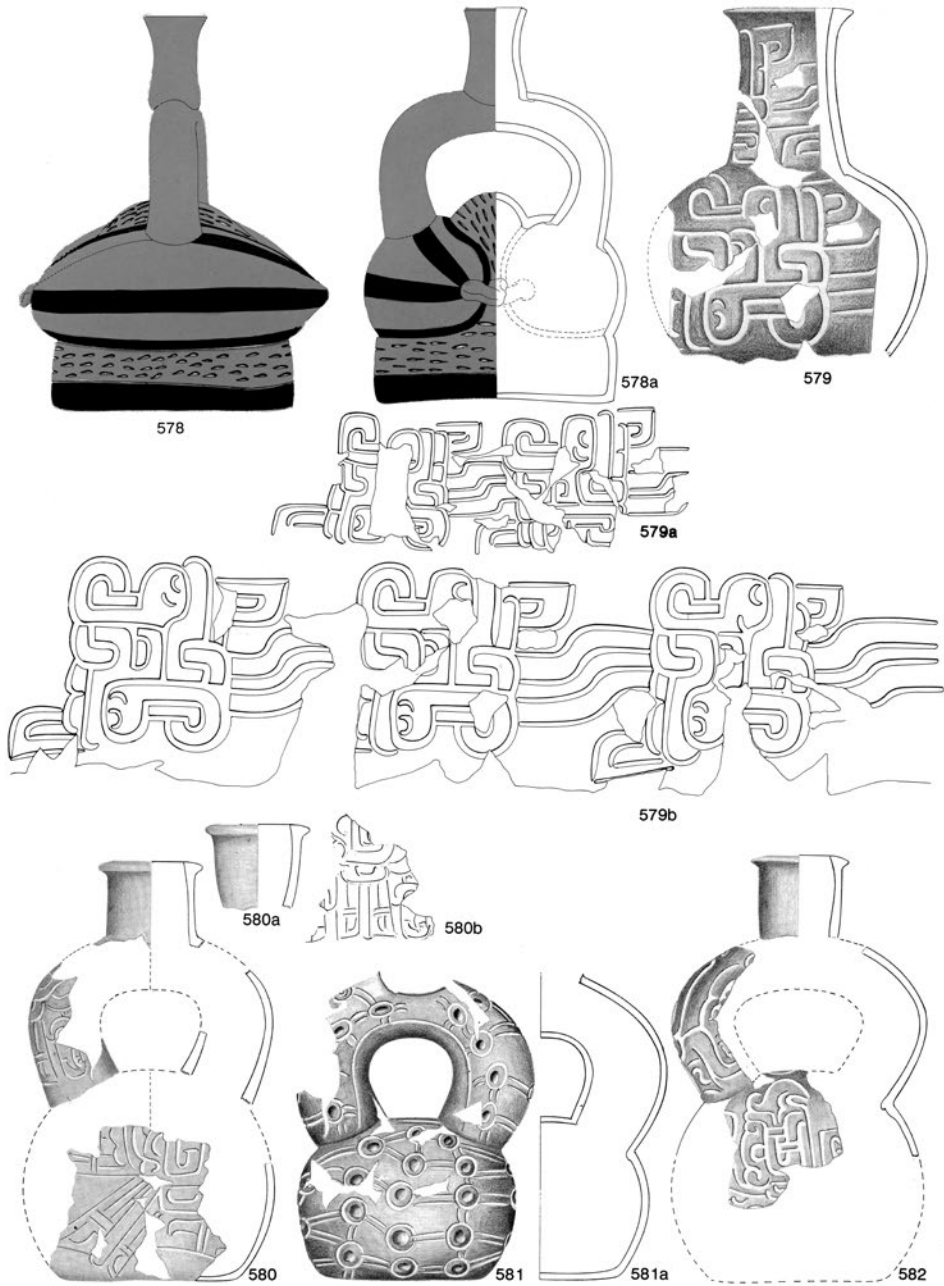


Figura 110. Cerámica Estilo Chavín-Floral, tipo Negro Fino, altura 21,7 centímetros (415), altura 22,5 centímetros (forma afín a Qotopukyo, 416), altura aproximada 28,4 centímetros («forma próxima al estilo Qotopukyo», 417). Galería de las Ofrendas, Chavín de Huántar (Lumbreras, 1994, lámina 49).



**Figura 111.** Cerámica Estilo Wacheqsa A, tipo Rojo Llano, altura 24,0 centímetros (554), altura 21,9 centímetros (555), diámetro 13,6 centímetros (556), diámetro 18,8 centímetros (559), altura 21,8 centímetros (560), diámetro 24,0 centímetros (561), diámetro 17,5 centímetros. Galería de las Ofrendas, Chavín de Huántar (Lumbreras, 1994, lámina 68).



**Figura 112.** Cerámica Estilo Wacheqsa A y B (579-582), altura 20,8 centímetros (578), altura aproximada 19,0 centímetros (579), diámetro 11,3 centímetros (581). Galería de las Ofrendas, Chavín de Huántar (Lumbreras, 1994, lámina 72).

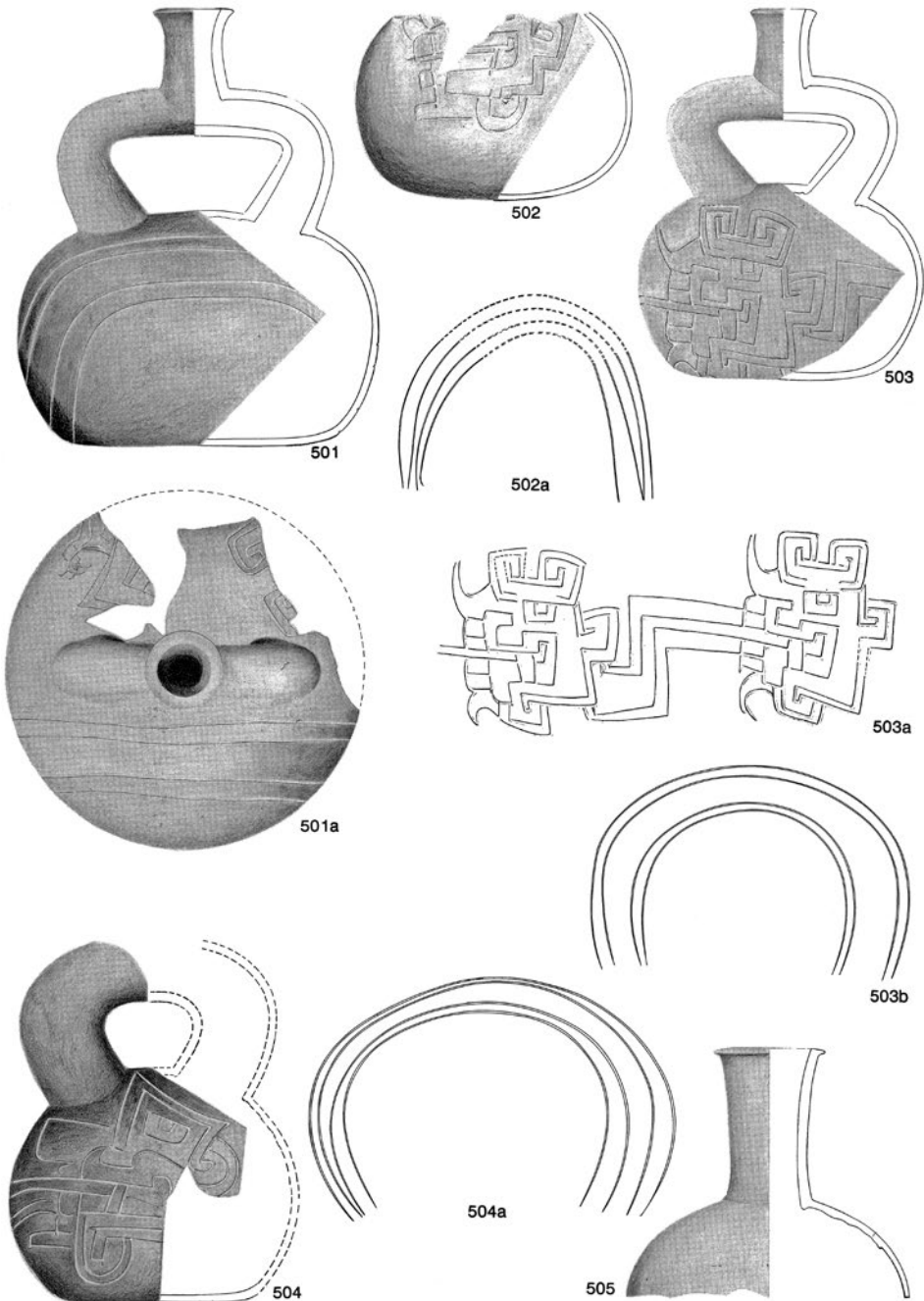


Figura 113. Cerámica Estilo Raku A, altura 22,3 centímetros (501), diámetro 14,0 centímetros (502), altura 19,0 centímetros (503), diámetro 15,0 centímetros (504), diámetro 14,5 centímetros (505). Galería de las Ofrendas, Chavín de Huántar (Lumbreras, 1994, lámina 65).



Figura 114. Cerámica Estilo Mosna A, tipo Rojo sobre Anaranjado, diámetro 16,7 centímetros (596), diámetro 14,6 centímetros (597), diámetro 16,0 centímetros (598). Galería de las Ofrendas, Chavín de Huáscar (de Lumbreras 1994: lámina 75).

La atribución estilística no parece ser simple en una serie de casos, ya que existen elementos compartidos entre los estilos en cuanto a forma y decoración; una comparación directa con motivos en el arte lítico solo se registra en contados casos. De este modo, parece que la separación «Chavín» y «no-Chavín» no es tan nítida como el autor se empeña en comprobar. El estilo Ofrendas se caracteriza por muchos criterios compartidos con los estilos Cupisnique de Larco, lo que no se limita a formas compartidas en los dominantes botellas y platos, sino en botellas con asa estribo—aún con decoración modelada, que es sumamente rara en toda la muestra y que se parece mucho a piezas atribuidas al estilo Wacheqa (Lumbreras 1993, lámina 12.204 y láminas 71.576, 71.577, 72.578)—, tazas y vasos (Lumbreras 1993, lámina 12; compárese con Larco 1941, láminas A, C). Lumbreras reconoce vínculos entre piezas recuperadas en Ancón y el estilo Dragoniano ya desde antes del informe final. Solo el estilo Floral muestra algunas piezas cercanas a motivos del Obelisco Tello (Lumbreras 1993, láminas 48.412.413, 49.415.417), pero el resto se parece más a motivos costeños.

Con todo ello, Lumbreras resuelve su problema cronológico al optar por un evento cuyo carácter no está muy aclarado, y, por tanto, sugerir que todo el material recuperado es básicamente contemporáneo. Esto, sin embargo, no ayuda sino dificulta la definición de la sincronía por la variación estilística, que no puede haberse originado en el sitio. La existencia de cerámica introducida complica la definición de lo que se produjo localmente. Lumbreras, por lo tanto, se sigue enredando con el problema Chavín desde posiciones de antaño. ¿Se puede priorizar Chavín como lugar de origen de rasgos igualmente presentes en la costa, en el sentido de que el estilo Dragoniano sea más elaborado y complejo en Chavín, por lo que la costa central se reduce a receptora pese a que ahí está relacionado con los centros ceremoniales en forma de murales y en petroglifos (Abanto 2008)? ¿Se puede aducir que prácticamente todos estos estilos aparecen de forma tan brusca en diferentes zonas que se deba discutir su emergencia en favor de Chavín? Ya que existen diferencias entre las piezas líticas, tanto en el sentido sincrónico como diacrónico, ¿es completamente impensable que algunas de ellas no se hayan elaborado en Chavín? De nuevo, respecto de la cerámica, ¿cuáles son los elementos de Chavín que no se diferencian de elementos reconocidos en otras zonas? En otras palabras, ¿existe una secuencia local? Estas preguntas no solamente se limitan a cómo definir la cerámica de la Galería de las Ofrendas, sino también a la del canal Rocas, que no mereció un tratado tan detallado y completo como aquel de las Ofrendas. Las piezas ilustradas en Lumbreras (1971, figuras 8 y 9), en su mayoría, parecen señalar un origen costeño.

El problema no es, pues, la falta de material, sino la dificultad de obtener una secuencia comparable a aquellas conocidas de otros sitios con la dificultad de que



estas últimas tampoco suelen estar bien definidas. Esto está relacionado con las técnicas de excavación. Tanto los trabajos de Lumbreras como los de Amat eran básicamente de limpieza, con el fin de descubrir la arquitectura Chavín, mas no de estudiarla en su composición y en sus fases de construcción. El estudio de las galerías internas o la confianza plena en las observaciones de Rowe no pueden reemplazar estudios más detenidos y directos.

El más reciente trabajo pertinente de Lumbreras es su edición modificada de 1993 publicada en 2007. Consta de 751 páginas en dos volúmenes e incluye, fuera de la parte nuclear de la Galería de las Ofrendas —y de la edición de 1993— trabajos anteriores suyos sobre Chavín (Lumbreras 2007, pp. 99-200), enriquecidas por abundantes ilustraciones, muchas de ellas inéditas hasta la fecha. En su introducción Lumbreras presenta otra secuencia algo diferente a la luz de las investigaciones recientes del proyecto de Rick (véase Los aportes de Rick, en la sección 3 de este capítulo). Se inicia con «Milenios 8<sup>vo</sup> a 3<sup>vo</sup> Cazadores de camélidos de la quebrada —basado en hallazgo de capa inferior en La Banda. En estudio. Afin a Kishki Puncu». Sigue «s.XXX-XIII? Fase Chavín-Mito?— basado en hallazgos de restos afines a la fase Kotosh-Mito. En estudio». Luego aparece «s.XIII-X a.C. Período Chavín-Kotosh —basado en las evidencias de pozos y 3 de Bennett, 1944. Corresponde a Kotosh-Kotosh en Huánuco, Toril en Callejón de Huaylas y una parte de Urabarriu». Después viene el Período Chavín (s.X-V a.C.) que corresponde a la «última fase [que] es “Ofrendas”, con evidencias previas del mismo estilo, como la cerámica que aparece en Edificio E». Por último reúne la fase Huaraz y la de Janabarriu (s.IV-I a.C.) como la «Epoca de dominio de cerámica Blanco sobre Rojo y de la cerámica Janabarriu. Corresponde a Chavín Terminal» (Lumbreras 2007, p. 37, véase Los aportes de Burger en la sección 2 de este capítulo). Por tanto, Lumbreras aún no agotó sus propuestas cronológicas. Lo de la supuesta evidencia de Kotosh-Mito no está verificado por los fechados <sup>14</sup>C, lo de «Chavín» en su faceta de Ofrendas tampoco resulta muy convincente tal como veremos más adelante. En su reinterpretación de las evidencias de Bennett (véase Capítulo I), reproduce sus dibujos y los asigna a Urabarriu (véase adelante Los aportes de Burger) y Pandanche, así como Qotopukyo, Dragoniano, Raku, Mosna, Wacheqsa y Janabarriu (Lumbreras 2007, figs. 13-15).

## 2. LOS APORTES DE BURGER

Entre 1975 y 1976, Richard L. Burger llevó a cabo una serie de sondeos fuera del centro monumental de Chavín, dentro del pueblo actual. Sobre la base del material cerámico, recuperado de las estratigrafías reconocidas durante estos trabajos, estableció una secuencia tripartita que se inicia con Urabarriu, seguida por Chakinani

y que finaliza con Janabarriu. Estos resultados forman la base de una serie de interpretaciones que apuntan hacia la reconstrucción de una historia de Chavín y de su lugar durante el Período Inicial y el Horizonte Temprano (Burger 1978, 1979, 1981, 1983, 1984, 1985, 1992, 1998).

Probablemente, su trabajo de 1979 sea el más temprano sobre el tema, ya que se trata de una ponencia presentada en el seminario *Arqueología peruana: investigaciones arqueológicas en el Perú, 1976* (Burger 1979). En esta publicación ya se vislumbran muchos elementos y también algunos gráficos que aparecen en su tesis de 1978 y en su versión publicada de 1984. A continuación, se muestra el material base tal como fuera presentado en este último trabajo —una traducción al castellano se publicó en 1998—. Se describen las unidades E1, D1, A1/2/3, B/2/3/4 y B5/6/7, A4/5/6, D2, B8 y 9 (Burger 1984, pp. 18-36, figuras 3-5, 7-12), las que suman unos 62 metros cuadrados excavados (para su ubicación, véase Burger 1984, figuras 1 y 3). Las primeras tres capas en E1 contienen material mezclado. Por debajo de ellas aparece una construcción rústica cuyo relleno contiene material Janabarriu. Sus muros alcanzaron 1,5 metros y descansaban sobre un piso duro con material Janabarriu asociado. Debajo de este piso apareció otra capa que también contenía material Janabarriu. Una capa delgada forma la superficie de una plataforma baja de piedra sobre la que aparecieron tres fragmentos pequeños que se parecen a cerámica Chakinani. La plataforma y una serie de capas o pisos no estaban asociadas a material cultural, pero el autor las atribuye a la fase Chakinani. Debajo de la plataforma no excavada aparecieron otras capas, cuyo material se parece al de la fase Urabarriu (Burger 1984, pp. 18-21, figuras 4, 5, 7).

En la unidad D1 se registró una acumulación de piedras canteadas con huesos de cuyes y fragmentos de *Spondylus*, a unos 1,4 metros debajo de la superficie actual. Esta yacía sobre una capa gruesa de arcilla amarillo-grisácea que contenía algunos tuestos Janabarriu, dos fragmentos de espejos de antracita y desgaste de talla lítica. El autor interpreta esta situación como una plataforma rellena con arcilla en tiempos de Janabarriu tardío con ofrendas en su cima y en la base del muro. Por debajo de esta construcción, hubo otra capa con un muro que alcanzó 1,4 metros, con un nicho en su lado septentrional. Después de su abandono, fue relleno con piedras, tierra marrón y basura de cerámica Janabarriu. En el nicho hubo mucho carbón y restos de un niño incompleto, que sugiere un tratamiento secundario, sin material asociado. Debajo del suelo marrón rojizo se observó una capa gruesa con piedras pequeñas y carbón. Esta capa natural se inicia a una profundidad de 3,3 metros y alcanza hasta 5,45 metros. Hubo mucho carbón y huesos. La cerámica corresponde a lo que fue llamado Chakinani. Probablemente, se trata de sedimentos redepositados de construcciones cercanas no excavadas (Burger 1984, pp. 21-26, figura 8).

En la unidad A1/2/3, la tercera capa desde la superficie contenía mucho material. Se trata de un piso con fogón. Todo el material recuperado corresponde a Janabarriu, pero la parte baja contenía sobre todo cerámica Chakinani. Debajo de esta capa apareció arcilla de color marrón negruzco, que ya corresponde al suelo estéril de la terraza fluvial (Burger 1984, pp. 26-28).

En la unidad B1-7, en el barrio actualmente conocido como Urabarriu, se excavaron dos trincheras paralelas. Debajo de capas modernas con evidencias del aluvión de 1945, apareció material de la fase Urabarriu en el relleno de una plataforma «hipotética». Este relleno contenía cuatro cráneos humanos de dos hombres adultos, una mujer adulta y un infante, así como dos ceramios casi completos (Burger 1984, figuras 25, 37, 103, 104) que se parecen a piezas conocidas de Las Haldas y Kotosh. Hubo, además, tres concentraciones de material vegetal. Esta plataforma yacía sobre una construcción circular. De esta estructura y de la plataforma se obtuvieron muestras que fueron fechadas (Burger 1984, pp. 28-34, 277-280 [Apéndice G], figuras 9 y 10).

En las unidades A4/5/6 hubo basura densa de la fase Janabarriu sobre dos niveles superpuestos de muros y pisos. Ambos fueron atribuidos a la fase Janabarriu. En D2 también hubo dos niveles de estructuras de la fase Janabarriu con mucho material, como un fragmento de oro, restos de peces marinos, conchas marinas y cerámica no local. Finalmente, las unidades B8 y B9 corresponden a zanjas de drenaje. En ambas se encontró material de la fase Urabarriu (Burger 1984, pp. 34-36). Burger (1984, pp. 17-18) basa su secuencia en estos resultados: asume que hubo superposición de Janabarriu sobre Chakinani en D1 y A1/2/3, y superposición de Janabarriu sobre cerámica de Urabarriu en E1. Reconoce, sin embargo, que no pudo establecer la relación entre las fases Urabarriu y Chakinani, lo que resolvió por la seriación estilística.

Con ello, Chakinani cumple su papel de intermediario entre una fase temprana y otra tardía que no es muy diferente a la propuesta de Lumbreras. Existe arquitectura en superposición de dos niveles, que Burger atribuye a Janabarriu; en Chakinani no hay ninguna claramente asociable a esta fase, mientras que Urabarriu también puede haber presentado varias fases de construcción. No obstante, no se reconoce el afán de tratar de excavar estructuras arquitectónicas completas, lo que habría aclarado incertidumbres que se mantienen sobre una estratigrafía generalizada y habrían proporcionado más evidencias sobre posibles o probables cambios en el diseño de las plataformas, sus técnicas de construcción y sus funciones. Parece que la arquitectura y los contextos en todos los sondeos no corresponden a aspectos domésticos comunes. Los dibujos de perfiles y detalles de las excavaciones presentan un carácter esquemático que dificulta la comprensión. En todo caso, estas descripciones básicamente son una introducción a la parte central y más larga del libro, que se dedica

al análisis de la cerámica y las comparaciones con la de otras excavaciones en el sitio (Burger 1984, pp. 37-187). Este análisis está ordenado por las fases reconocidas, lo que trae consigo la desventaja de separar, en vez de facilitar la presencia de una secuencia. En general, la parte gráfica (Burger 1984, figuras 13-144 [Urabarriu], 145-232 [Chakinani] y 233-387 [Janabarriu]) muestra cerámica con decorados básicos en fragmentos relativamente pequeños; solo un fragmento por fase —dos para Chakinani— es tan completo que deja reconstruir su forma original. No se presentan los totales de los fragmentos ni por capa ni por fase, pese a manejarse porcentajes que, por ende, son difíciles de analizar.

El material que sirve de base para la definición de la fase Urabarriu proviene de las excavaciones del relleno de la plataforma en B1-7. Se distinguen ocho formas de *bowls* correspondientes a cuencos y platos (1A-C, 2, 3, 4, 4A, 4B), que alcanzan un 24% del total de los fragmentos analizados, así como dos formas de *cups* que son diferentes de los *bowls* por diámetros reducidos de la boca y paredes casi verticales que suelen llevar más decoración. Luego se trata de las botellas, que son las más decoradas del conjunto. Burger reconoce cinco formas de botellas (1 a 5), algunas con cuello simple y otras con asa estribo, aunque estas últimas no se reconocen en las figuras publicadas. Otro grupo minoritario está constituido por *jars*, ollas con cuello de las que se diferencian cinco formas (1, 2, 3A, 4 y 5). Las ollas sin cuello, en cambio, aparecen con más de 60% de bordes de la muestra, ordenadas en diez formas (1-7, 8A, 9 y 10). Burger se detiene a describir detalladamente la gran variedad de técnicas de decoración, como incisión, punteado, modelado, aplicaciones, impresiones dentadas y *rocker-stamping* —en dos variantes: pulido y pintado—, así como los aspectos tecnológicos. Finalmente, reconoce la presencia de fragmentos exógenos, sin llegar a definir su origen preciso, pero sugiere como tal a Curayacu, Kotosh y Cupisnique.

Respecto a Chakinani, el autor enfatiza el carácter transitorio de la cerámica por mantener rasgos Urabarriu y por introducir otros que se convierten en rasgos característicos de Janabarriu. El problema radica en su escasa presencia en las excavaciones y su muestra sumamente reducida, que alcanza solo 3,5% del total «and even less if surface collections are taken into account» (Burger 1984, p. 82). Reconoce otras siete formas de *bowls* (5-11). *Bowl 7* lleva decoración considerada «typical Chavin incisions [...] and the motifs are geometric or related to Chavin religious iconography» (Burger 1984, p. 83, figura 152). El fragmento referido, sin embargo, no deja reconocer el motivo «religioso». Los labios suelen ser aplanados, mientras que los de Urabarriu son, en su mayoría, redondeados. Un solo fragmento merece la creación de la forma *Plate 1A* (Burger 1984, pp. 84-85, figura 157). En una discusión comparativa entre Urabarriu y Chakinani, Burger enfatiza un cambio brusco en las formas. *Bowls 1 y 2*, muy frecuentes en Urabarriu, apenas aparecen en Chakinani —parecidos a *Bowl*

10 y *Bowl* 6—. Los *bowls* más frecuentes en Chakinani (*Bowls* 5 y 6) apenas tienen antecedentes en las formas 3 de Urabarriu. También se diferencian dos formas de *cups* (3 y 4), de nuevo diferentes a las de Urabarriu. Las botellas llegan a su popularidad máxima en la fase Chakinani, alcanzan más de quince veces la cantidad de formas parecidas en Urabarriu y se diferencian en tres formas (6 a 8). Respecto a Urabarriu, se distinguen por sus bordes divergentes, el uso de asas estribo decoradas y la escasez de engobe rojo, muy popular en Urabarriu. Las *jars* aparecen en tres formas (6, 7 y 3B), y se consideran derivadas de Urabarriu, donde se registran en porcentajes menores. Las ollas sin cuello forman la categoría más numerosa, aunque menos que en Urabarriu. Se distinguen cuatro formas nuevas (8B, 11A, 11B y 12), que se dejan subdividir por el tamaño y el tratamiento de la superficie. En cuanto a la decoración, se mantienen las principales técnicas, pero los motivos se vuelven más complejos, aunque no se dejan reconocer bien por el tamaño reducido de muchos fragmentos. Aparecen los primeros ejemplos con incisiones en forma de círculos con punto central. El peinado aparece como nueva técnica, así como la impresión de sellos en un fragmento. Existen varios fragmentos reconocidos como exógenos, sobre todo en lo que Lumbreras llama «Mosna Rojo sobre Ante».

Los fragmentos atribuidos a la fase Janabarriu forman la mayoría de la muestra total. Pese a la introducción de muchas formas y motivos nuevos, Burger percibe una continuidad con las fases previas:

These three phases can be considered as early, middle, and late manifestations of the Chavin ceramic style. The emphasis on dark, well-polished monochrome bowls with exterior decoration and on neckless ollas and elaborately decorated stirrup spout bottles continues without interruption. Characteristic Chavin decorative techniques, such as appliqué nubbins and dentate rocker-stamping, appear on only slightly different ways than in the earlier phases (1984, p. 107).

Esta cita aparentemente enfatiza lo que Burger entiende por características del estilo Chavín. En cuanto a *bowls*, se diferencian diecisiete formas (12, 12A-F, 13A-C y 10A-C, 8B-D, 5), de las que la 12 deriva de Chakinani 7 y quizá de 6, la 13 se relaciona con Chakinani 9, la 10 deriva de una pieza de Chakinani 10, y la 8 se vincula con los *bowls* con engobe rojo de Urabarriu. Formas nuevas son los *oversized bowls* (1A, 2-5), que pueden alcanzar diámetros de casi 0,5 metros, por lo que se les denomina «baldes». También hay cuatro formas de platos, cuatro de *cups* (5-8), cuatro de botellas (7-10), seis de *jars* (6-14) y, finalmente, seis de ollas sin cuello (13-18). Con todo ello se llega a un total de 96 formas y variantes, de las que Janabarriu ocupa la mitad. Lo que Burger llama *plates* parece corresponder a lo que los japoneses llaman «florero» (Onuki *et al.* 2000, figura 145 [Copa]; véase Elera 1997, figuras 6-8).

Las botellas parecen corresponder en su mayoría a botellas con asa estribo. Las compoteras también parecen ser comunes en Janabarriu. Si bien siguen otras técnicas de decoración, abundan las impresiones de sellos y de círculos estampados en todos los tipos formales con la diferencia de los *oversized bowls* y los *plates*. Burger enfatiza que los motivos no corresponden a lo que se entiende por motivos «Chavín». Otra técnica nueva es el brochado; otras, como el peinado, impresiones dentadas, *rocker-stamping* y *rocker-stamping* dentado, se mantienen. Las aplicaciones se derivan de antecedentes Chakinani; el punteado casi desaparece. Engobe con grafito, *pattern burnishing*, pintura poscocción y rojo con grafito son otras técnicas empleadas. Parece que el porcentaje de piezas importadas es alto en esta fase, sin que el autor pueda determinar el lugar de origen, aun cuando sugiere Cajamarca, Huancavelica y Casma (Pallka).

Resulta muy difícil evaluar esta presentación complicada de formas, decoraciones, técnicas, texturas y tecnología por haber escogido separar las fases y discutir las formas de cerámica por separado, en lugar de proporcionar una síntesis textual y gráfica con los porcentajes más explícitos. Parece que Urabarriu forma un conjunto que muestra más diferencias que elementos compartidos con Chakinani, por lo que la distancia temporal entre ambas fases parece ser mayor que la que separa Chakinani de Janabarriu. Tomando en consideración la baja representatividad de la muestra, podría sugerirse que Chakinani es una especie de Janabarriu temprano. La coherencia de una secuencia se complica también por la escasez de superposiciones claras en secuencias largas y recurrentes, de contextos asociados a la arquitectura, de recipientes completos y por la baja representatividad de las muestras.

Con el fin de comprobar la validez de su propuesta cronológica, Burger emprende una comparación con otras muestras obtenidas desde Tello. Muchas de estas, sin embargo, como los materiales de Antúnez de Mayolo, Marino González, Jorge Muelle, Manuel Chávez Ballón y Rosa Fung, no se pudieron analizar, por lo que se ignora una parte posiblemente importante (Burger 1984, p. 159). Esta situación no ha cambiado hasta ahora. Un reanálisis del material de Bennett (véase nuestro Capítulo I) le proporciona a Burger suficientes razones para postular que toda su secuencia está reflejada, lo que no significa que se deje organizar en un sentido estratigráfico correspondiente: «This small sample suggests that some horizontal segregation of phases may exist within the Temple area, despite the extensive mixing» (Burger 1984, p. 167, véase Lumbreras 2007). El material de comparación de Tello consiste en las figuras ilustradas en su obra póstuma (1960). Burger reconoce una mayoría (más de 75%) relacionada con su fase Janabarriu, así como algunas piezas que corresponden a Chakinani y Urabarriu, pero de material aparentemente mezclado (1984, pp. 167-171). El material excavado por Amat y Lumbreras causa algo más de problemas. Respecto de la cerámica Rocas del canal del mismo nombre, el autor sugiere que se trata de

basura depositada después del cese de la función como canal de drenaje, como material descartado o como material redepositado por actividad aluvial (Burger 1984, pp. 183-184). En todo caso, implicaría una posición cronológica muy tardía en relación con esta estructura. Su opinión sobre el material de la Galería de las Ofrendas está actualizada en la versión castellana de su tesis publicada en 1998 (Burger 1998, pp. 163-175) en la que ofrece un comentario al informe final de Lumbreras (1993). Inicia su crítica con observaciones relacionadas con la formación del conjunto:

Si aceptamos la reconstrucción de Lumbreras respecto a los «procesos de formación» del contexto de la Galería, parecería que la co-ocurrencia de las diversas «ofrendas» en el interior del mismo estrato tendría un significado cronológico limitado. En efecto, este fenómeno solamente implicaría que todos los materiales fueron anteriores al período de decadencia del Templo y al consecuente desprendimiento del acabado de las paredes [...]. Por lo tanto, el patrón estratigráfico no apoya ni desautoriza la hipótesis que sostiene que los materiales recuperados representan un solo episodio temporal de corta duración (Burger 1998, pp. 165-166).

Al respecto de la deposición intencional o «litúrgica» que propone Lumbreras, Burger hace notar la concentración de material en las celdas sin ducto de ventilación y su escasez en aquellas con este sistema, lo que podría haber causado una reubicación de las piezas por agua filtrada: «Creemos que el patrón registrado sería el resultado de múltiples eventos ofertorios de carácter individual, tal vez realizados bajo las mismas reglas generales (pares, grupos de tres, etc.)» (Burger 1998, pp. 166-167). Especula sobre la presencia de repeticiones cíclicas como actividades anuales «a fin de efectuar el ritual de la Galería de forma similar a la breve apertura de algunas capillas serranas para las festividades del poblado» (Burger 1998, p. 167) y concluye que estas razones ponen en duda que se trate de una sola fase. Luego se concentra en la comparación de la cerámica con su material y observa diferencias «funcionales», por la ausencia y la representatividad «excesiva» de algunas formas en la galería. Dice: «Por lo tanto, aun si la colección cerámica de la Galería de las Ofrendas representase una fase de la secuencia Chavín, constituye solo una muestra parcial y sesgada de la misma» (Burger 1998, p. 168). Luego viene otro problema algo más obvio: la presencia de piezas exógenas, que, siguiendo a Lumbreras, alcanzarían un 28% de la muestra (Burger 1998, p. 169). Cabe anotar que Isabelle Druc (Burger 1998, pp. 303-314) concluye su estudio de las pastas de muestras de las excavaciones de Burger y de Bennett con un resultado parecido (Burger 1998, p. 313). Análisis de activación de neutrones y de Mössbauer que no fueron publicados muestran que todo el material analizado del lote de la galería fue elaborado fuera de Chavín (Burger 1998, pp. 170-171; véase Lumbreras *et al.* 2003), lo que concuerda con las similitudes entre el

estilo Dragoniano y materiales comparables de Ancón, Garagay, Cardal y Huacoy. Posteriormente, se publicó un informe (Lumbreras *et al.* 2003) que concuerda con los resultados de Burger. Por otro lado, este último acepta paralelos entre piezas de la galería y las de sus fases Urabarriu y Chakinani, para concluir que los ofertorios fueron depositados durante ambas fases (Burger 1998, p. 172) y quizá aún en tiempos de Janabarriu, ya que Lumbreras encontró algunos especímenes en la galería (Burger 1998, p. 173). Una conclusión sería que:

[...] no obstante, la Galería no ofrece información suficientemente consistente como para desarrollar una propuesta cronológica coherente, ya sea para la elaboración de secuencias con varias fases (como Lumbreras intentó inicialmente) o para la definición de una nueva fase cerámica (tal como pretende ahora). Sin embargo, el perfeccionamiento de la secuencia alfarera de Chavín de Huántar a través de la subdivisión de las tres fases propuestas aquí, o el añadido de otras nuevas, es una tarea crucial que puede ser enfrentada en un futuro no muy lejano con nuevas investigaciones (Burger 1998, p. 173).

Basado en la cronología obtenida y en prospecciones, la última parte de su tesis publicada se refiere a una reconstrucción de la historia del asentamiento de Chavín de Huántar (Burger 1984, pp. 219-250). Para fines de este trabajo se usan los datos publicados en 1992 (Burger 1992, pp. 159-172). Durante la fase Urabarriu, el asentamiento ocuparía unas 6 hectáreas en dos áreas, una mayor alrededor del Templo Antiguo y otra menor hacia el norte, con una población de unos quinientos habitantes. Debe de haber existido un puente sobre el río Wacheqsa, como el que existía hasta 1945. Mientras que quienes vivían cerca del templo probablemente estaban ocupados con su mantenimiento, hacia el norte un grupo menor se dedicaba al cultivo, la ganadería y la caza. De acuerdo con escasas evidencias, probablemente vivían a partir de tubérculos como la papa y, en menor porcentaje, de maíz. Los restos óseos recuperados sugieren la crianza de llamas, cuyes y perros, así como la caza de vicuñas y de cérvidos (véase Miller y Burger en Apéndice H de Burger 1998, pp. 262-302). Un muro monumental hacia el norte «seems to have been designed to block movement along the river floor, and thus to control the flow of goods and people along the Mosna trade route and restrict access of llama caravans into the Chavin de Huantar area» (Burger 1992, p. 163). Estas evidencias le sirven para reflexionar sobre el sistema político en esta fase: «The emergence of a religious leadership responsible for the new cult of the Old Temple with its alien rites and symbols bespeaks a new order, one in which the multitude of small rural communities surrendered a portion of their agricultural produce and leisure time for ends not directly associated with individual or lineage interests» (Burger 1992, pp. 163-164). La ausencia de contextos funerarios



de elite y de temas «históricos» en el arte «público» podría explicarse por «the initial inability of the Old Temple's hieratic authorities to transform their collective power and prestige as mediators in the social and supernatural realms into personal wealth and power» (Burger 1992, p. 164). El resultado sería la inversión de esfuerzos en obras monumentales y de «arte», la que, de otro lado, no sería efectiva sin el empleo de la fuerza expresada en elementos como armas y cabezas cortadas en las lápidas líticas del Templo Viejo y en «*ad hoc* raiding parties [...] to defend the temple center and trade route from outside groups» (Burger 1992, p. 164). Pero el Templo Viejo era una innovación tardía, pues otros centros, como Kuntur Wasí y Pacopampa, y otros en la costa norte y central, ya existían. De este modo parece ser una «copia» de estos últimos, en lugar de servir de modelo a otros, como pensaba Tello.

El asentamiento Chakinani duplica en área al de Urabarríu con unas 15 hectáreas y unos mil habitantes. Ahora se trata de una población que rodea el Templo Nuevo. En este último se construye una red de canales, relacionada, fuera de funciones «mundanas», con fiestas, bailes, ofertorios y rituales cíclicos de fertilidad y veneración de los ancestros. Las autoridades del templo probablemente se encargaron de organizar las labores y el mantenimiento del sistema de canales, que se extiende más allá del área del templo. Cambios en la economía sugieren que los camélidos que predominan en el registro de los restos óseos de la fase fueron criados en las alturas e ingresaron en forma de charqui al asentamiento. De este modo, Chavín de Huántar dependía de sitios como Pójoc. Un probable incremento en contactos con otras zonas como la costa, vía caravanas de llamas, permitió el flujo de productos de larga distancia.

Durante la fase Janabarríu, el asentamiento cubrió un área de unas 42 hectáreas con una población de unos dos mil a tres mil habitantes: se convirtió en el más grande de su tiempo, con un tamaño de veinte veces los sitios que lo rodeaban y lo sostenían. Las ofrendas de cuyes sugieren su importancia en fiestas, mientras que el *Spondylus* es una ofrenda a los dioses. Los hábitos de alimentación no cambian mucho. También en otros ámbitos prevalece la continuidad, pero parece tratarse de una sociedad que está sometida a estadios iniciales de urbanización y transformación social. Roles destacados de una elite que debería haber adquirido más poder no se vislumbran en Chavín, quizá por «the fundamental justification of such a society would continue to derive claims of sacred knowledge and supernatural support rather than the deeds of historical figures» (Burger 1992, p. 172). El autor concluye que el crecimiento y la prosperidad de Chavín se debían a la expansión del comercio a larga distancia, la popularidad del culto de sus templos y la integración de la ganadería de camélidos en el sistema agrícola (Burger 1992, p. 180). Probablemente, la riqueza de Chavín de Huántar se basaba en tributos en forma de ofrendas de viajeros y suplicantes, lo que Burger relaciona con la disminución de temas «agresivos» en el arte y la pérdida de

función del muro de Urabarriu: «Behind the terrifying visages of the Chavin supernaturals and the awe-inspiring elements of Chavin monumental architecture lay a group of religious leaders attempting to cope with new and complex kinds of class and inter-group conflicts with the relatively weak governing tools inherited from simpler Initial Period times» (Burger 1992, p. 181).

Sin ánimo de comentar sus argumentaciones, es evidente que ellas dependen de una interrelación de Chavín con sitios cercanos y lejanos, por lo que se requiere una precisión de las «historias» de otros sitios, un problema que es de larga data, como se ha mostrado a lo largo del presente trabajo. En otro estudio (Burger 1981; existe una versión en castellano en Burger 1993b, pp. 101-115), el autor se concentra en una línea diferente a las de la cronología relativa, que es la absoluta o numérica. Presenta cinco fechados <sup>14</sup>C para la plataforma descrita, atribuida a la fase Urabarriu, y concluye que esta construcción quedó en uso entre 680 y 450 a.C. (fechados no corregidos), aunque los promedios indican 820 a.C., 950 a.C., 765 a.C., 630 a.C. y 240 a.C. Fechados parecidos provienen de la Galería de las Ofrendas. Dos fechados de capas que contenían material Chakinani registran promedios de 450 y 400 a.C., los que concuerdan con dos de Amat del Templo Nuevo, cuyo conjunto permite calcular la duración de la fase entre 460 y 390 a.C. Los fechados disponibles no concuerdan bien con lo propuesto para las dos fases anteriores, menos aun los del canal Rocas. Pese a ello, Burger propone una duración entre 390 y 200 a.C. y postula que «the principal weakness of the hypothetical sequence comes from inconsistent reading on the Janabarriu samples and the measurements on bone from the Rocas sample» (Burger 1981, p. 596). Luego confronta estos datos con fechados de Las Haldas, Huaca de los Reyes (Caballo Muerto) y Ancón/Garagay, y concluye que:

[...] the ceremonial centers of Caballo Muerto, Haldas, and Garagay were prospering on the coast of Peru between 1200 B.C. and 900 B.C. In contrast, the earliest phase of the religious center at Chavin de Huantar is estimated as lasting from 850 B.C. to 460 B.C. [...]. The architectural and iconographic features found in these coastal sites may therefore be considered as possible antecedents for similar traits found at Chavin de Huantar (Burger 1981, pp. 599-600).

También sostiene, pese a los fechados discutibles referentes a Janabarriu, que durante esta fase, 390 hasta 200 a.C., Chavín de Huántar llega a una fase de expansión máxima, de influencia panregional. Las construcciones principales de Garagay, Las Haldas y Caballo Muerto, por tanto, anteceden el auge de Chavín por varios siglos y dejan de existir por el quinto o cuarto siglo a.C. (Burger 1981, p. 600). Estas últimas conclusiones se convierten luego en una especie de credo aceptado acriticamente por muchos arqueólogos.

El propio Burger se encarga de su «popularización». En sus conclusiones a la conferencia de Dumbarton Oaks sobre *Early Ceremonial Architecture in the Andes*, de 1982 (Burger 1985; existe una versión en castellano en Burger 1993b, pp. 23-39), se queja de una cierta despreocupación de asuntos cronológicos en relación con la arquitectura temprana y plantea sus ideas sobre la relevancia de Chavín como horizonte, ya que presenta un cambio brusco en las relaciones entre los diferentes centros regionales que dejan su sello en la iconografía, patrones de asentamiento, tecnología y bienes comercializados, cambio que solo duró entre 150 y 200 años. Para sustentar estas aseveraciones, se sirve de los trabajos de los japoneses en La Pampa y en Huánuco. En el quinto siglo a.C., «internal tensions and contradictions (undermined) the stability of the Initial Period social formations» (Burger 1985: 283). También puede haber influido un fenómeno de un mega ENSO catastrófico, aunque admite que quedan muchas preguntas sin resolver.

En 1988, Burger aclara de nuevo su posición (Burger 1988). De modo crítico, establece una diferencia entre el concepto de horizonte de Tello y sus seguidores y aquel de Rowe. Si bien reconoce que Rowe usaba este término en un sentido cronológico estricto, piensa que «with the passage of time and the appearance of new evidence, its usage has, in some cases, become less than precise and occasionally even hindered archaeological synthesis rather than facilitated it» (Burger 1988, p. 106). Como este concepto fue ejemplificado por la secuencia del valle de Ica, Burger dirige su crítica a la parte temprana de dicha secuencia. Las primeras dos fases no son representativas por el número limitado de piezas sin contexto conocido. Una botella (Menzel *et al.* 1964, figura 9c, lámina 1b), según Burger, se parece a una excavada en Ancón que está fechada «several centuries older than the other “Phase 1” vessel» (1988, p. 107). Por otro lado, el autor aduce que piezas importadas aparecen raras veces en la costa sur. Sobre la base de una serie de fechados <sup>14</sup>C, concluye que la «influencia Chavín» llega en el cuarto siglo a.C. y concuerda con la fase Janabariu, que a su vez confirma las similitudes compartidas, con lo que piensa haber resuelto el tema y constata que «it is understandable that, faced with the practical difficulties of utilizing the term Early Horizon, some investigators have abandoned the terminological distinction between the Initial Period and the Early Horizon, referring to them collectively as Early Ceramic, Formative, or, erroneously, Early Horizon»; además, critica la terminología de Lumbreras (véase arriba), ya que «this system combines stylistic and temporal criteria with developmental factor and, consequently, the resultant nomenclature is not purely evolutionary [...]. The mixed character of the revised Lumbreras terminology makes its implementation imprecise and ambiguous» (Burger 1988, p. 110). El autor piensa, como en el caso citado, que la confusión terminológica se puede resolver por datos radiométricos.

La «influencia» referida se suele relacionar con movimientos ideológicos proelitistas, pero Burger piensa que podría comprenderse mejor como cultos regionales con una especie de «multiplicación de las huacas», al tomar el ejemplo de Pachacamac, que disponía de santuarios dependientes sobre un territorio extenso gracias a su función de oráculo, hecho que le permitía una vinculación con la esfera económica. Al compararlo con cultos regionales en África, y refiriéndose, entre otros, a un trabajo de Kaulicke (1976), Burger opina que «the Pachacamac cult resembles many African cults in its multi-ethnic character, its maintenance of a formal and hierarchical organization, its funneling of tribute from branch centers into a primary center, and its binding together of a wide-ranging ritual field through pilgrimages» (1988, p. 116). Si esta hipótesis fuese válida, el culto «Chavín» podría haber existido al lado de otros cultos y sus centros, entre los que se podría contar el área cultural de Cupisnique y Huaricoto, entre otros. Enfatiza un ejemplo con el cual retorna al problema de la costa sur: los tejidos recuperados de Karwa, un sitio saqueado de la Bahía de la Independencia, de donde salieron muchos tejidos pintados. Burger reconoce relaciones formales y decorativas con la fase estilística D de Chavín de Huántar (tejidos) y con la fase Janabarriu (cerámica). Ciertos elementos, en cambio, que aparecen en los tejidos, no se conocen a partir de Chavín (Burger 1988, p. 117-123). Enumera otros ejemplos, como las esculturas líticas de Pacopampa y Kuntur Wasi, el sitio con pinturas rupestres de Monte Calvario de Zaña, Cerro Blanco en Nepeña y otros, para concluir que «the existing evidence for the Chavin horizon style reveals that it consists of a small number of items, most of which are probably related to the rituals of the Chavin cult», pero «this style may not have been the only, even the dominant, iconographic style at most styles in central and northern Peru during the Early Horizon» (Burger 1988, p. 125). También anota que la producción de piezas líticas decoradas en Chavín es la excepción de la regla, lo que relativiza su utilidad: «A heuristic device which puts an arbitrary emphasis on the iconography of stone sculpture inevitably produces syntheses which stress the homogeneity of the far-reaching Chavin cult during the Early Horizon, while ignoring or understating the importance of Initial and Early Horizon cults which did not choose to make public displays of religious symbolism on imperishable materials» (Burger 1988, p. 128).

En vez de detenerse en estos aspectos, propone otro relacionado con la tecnología y sustenta que innovaciones en el campo de la textilería y de la metalurgia «unquestionably [were] a significant and integral part of the spread of the Chavin horizon style» (Burger 1988, p. 131). Interacción acelerada también se observa en piezas de obsidiana cuya distribución es de larga distancia. Respecto de los estilos de cerámica, los elementos distribuidos, según Burger, son las botellas de asa estribo con base plana y

bordes engrosados, platos con labios biselados, ollas sin cuello con labios engrosados redondeados o aplanados, filas de diseños repetitivos con sellos o incisiones, círculos, círculos con punto central, motivos en forma de «S» y ojos excéntricos, decoración con incisiones anchas y técnicas como *rocker stamping*, impresiones dentadas, aplicaciones y peinado, así como, finalmente, pintura grafitada en vasijas con engobe rojo (Burger 1988, p. 133 y 135). Evidentemente, se trata de lo que el autor reconoce como Janabarriu, que existe en veintitrés sitios desde Pacopampa y el puerto de Eten hasta Ica y Huancavelica-Ayacucho (Burger 1988, pp. 135-138, *Table 2*).

Burger termina su artículo con algunas especulaciones sobre la causa de la emergencia del culto Chavín. Para ello, reutiliza la idea del abandono de los centros del Período Inicial en la costa y se conforma con otras evidencias de Casma y Lurín, que la corroboran. Sigue en favor de la tesis de un mega ENSO que «if verified by further research [...] would provide a convenient *deus ex machina*, a partially accounting for the destabilization of the polities on the coast just prior to the expansion of the Chavin cult» (Burger 1988, pp. 141-142). Por otro lado, deja lugar a otras explicaciones basadas en contradicciones internas en las sociedades del Período Inicial (Burger 1988). En este sentido, la adopción del culto Chavín podría haber resuelto las tensiones internas de sistemas regionales con el fin de mantener el modo de vida tradicional ante circunstancias cambiadas. Pero fue un culto de corta duración, período durante el que no logró prevenir el colapso de sistemas completos sobre el final del Horizonte Temprano.

En 1986, Burger participó en el simposio *Latin American Horizons*, cuyas actas se publicaron en 1993. Una versión en castellano apareció ya antes de la inglesa (Burger 1988). En este simposio, Burger presentó una ponencia con el título «The Chavín Horizon: Stylistic Chimera or Socioeconomic Metamorphosis?» (Burger 1993a). Esta pregunta retórica se basa en una argumentación parecida al artículo de 1988 revisado anteriormente, por lo que podría haber servido de modelo del último. Parte de una síntesis de la historia del concepto de horizonte. Conviene citar su comentario sobre el sistema de Rowe:

In the Rowe framework, the Chavin horizon and the other two Peruvian horizons are subdivided into a number of sequential epochs or phases on the basis of pottery style. The smaller units of «relative» time can then be used to trace the development, spread, and transformation of the horizon style and associated cultural phenomena. Alternatively, the increasing number and accuracy of radiocarbon dates make it theoretically possible to subdivide a horizon into units of absolute or chronometric time. Thus, the use of a horizon style as a temporal index seems increasingly redundant and outmoded. However, once freed from its function as a chronological tool, the horizon can itself become the object of investigation (Burger 1993a, p. 46).

Burger presenta más ejemplos de sitios más tempranos, que incluyen algunos previos al Período Inicial. Defiende la utilidad de su concepto de estilo por las razones conocidas:

The New Temple at Chavin de Huantar is the most likely source for this horizon style, since the D/EF images introduced in different regions of Peru can be shown to have evolved directly out of the local AB phase sculptures of the Old Temple [...]. Because the Chavin sculptural style was originally inspired primarily by Initial Period sources on the Central and South Coasts, its adoption in these zones during the Early Horizon has an almost *déjà vu* sense to it as it reintroduces older coastal elements in a transformed state (Burger 1993a, p. 55).

Con este argumento, puede relacionar las piezas tardías de Chongoyape y otros sitios de la costa norte como provenientes de Chavín de Huántar. Fuera del ejemplo de Karwa y de otros ya presentados, inicia su discusión del uso de oro con piezas provenientes supuestamente de Chavín para compararlas con las de Chongoyape, Cayaltí y Kuntur Wasi, al relacionarlas con una incipiente formación de clases unidas por la iconografía del culto Chavín. Finaliza su trabajo al responder su pregunta retórica del título, para lo que sugiere que buena parte del Perú pasó por una metamorfosis socioeconómica entre los siglos V y III a.C.:

This brief period appears to correspond to a transition between the largely unstratified societies of the Initial Period and the militaristic class-based polities of the Early Horizon and Early Intermediate Period [...]. The Chavin horizon is not a stylistic chimera as some have contended, but a real pattern whose explanation is intertwined with the difficult problems of class formation, the emergence of the coercive state, and the development of a pan-regional sphere of economic interaction and interdependency (Burger 1993a, p. 74).

Queda por tratar su libro con el título sugerente *Chavin and the Origins of Andean Civilization* (1992). Está dividido en seis capítulos más una introducción y un epílogo. Los capítulos 5 y 6, en los que el autor describe lo que entiende como el desarrollo de Chavín de Huántar, ya fueron presentados anteriormente (véase arriba); el capítulo 2 trata del Precerámico y de los inicios de la civilización peruana; el 3 y el 4, de las sociedades del Período Inicial en costa, sierra y montaña. El epílogo presenta el auge y el colapso de la civilización Chavín. Introduce el término *civilización* como «a society with a high level of cultural achievement in the art and sciences, as made visible in the form of material objects» (Burger 1992, p. 9). Esta definición simple incluye una serie de implicancias que Burger se ve obligado a aclarar, por lo que la aplicación de este término complica la discusión de modo innecesario. La cronología

está resumida en poco más de una página (Burger 1992, pp. 10, 11-12). Afirma que sigue aceptando la cronología de Rowe, «but it will be supplemented by estimated chronometric dates and radiocarbon measurements when they are available» (Burger 1992, p. 12). En las últimas páginas del libro, se presenta una tabla cronológica y un apéndice de fechados  $^{14}\text{C}$  (Burger 1992, pp. 230-233) de cerca de sesenta sitios. La tabla incluye diecisiete zonas desde el norte (Guayas, Ecuador) hasta la cuenca del lago Titicaca (Perú-Bolivia). Las subdivisiones se limitan a un Período Precerámico Tardío que termina en 2000 a.C., un Período Inicial que termina en 600 a.C. y el Horizonte Temprano, que deja de existir en aproximadamente 0 (a.C./d.C.). Diferentes columnas parecen indicar secuencias que consisten en nombres, en algunos casos conectados con líneas verticales, normalmente interrumpidas. El lector podría confeccionar su propia tabla con los fechados listados. Sin seguir sus argumentos por todo el libro, conviene señalar sus ideas principales. Respecto del Período Precerámico Final, sostiene que, al parecer, no hubo una transición larga entre el inicio de la vida sedentaria con cultivo y la creación de grandes obras públicas. La agricultura, combinada con pesca y caza, parece haberse desarrollado junto con la labor colectiva. La movilización de labor cooperativa se basaba en una ideología comunitaria compartida con sus sanciones religiosas y sociales, en vez de depender de autoridades coercitivas. La construcción de estos monumentos, por tanto, estaba destinada a las necesidades espirituales y sociales de la comunidad en lugar de la inmortalización de individuos o de familias. Puede haber existido una autoridad teocrática débil, sin poder más allá de lo local (Burger 1992, pp. 54-55).

During the Initial Period, the highest level [de un sistema social] appears to be that of regional social systems comprising a multitude of culturally related but politically autonomous centers, each with their own hinterland. Most day-to-day interaction was probably limited to members of a single center; this constituted the local system. Economic interdependency between nearby communities in different habitats linked them at an intermediate level. Face-to-face contact with people of different centers within the same regional system was more restricted, but may have included occasional exchange of handicrafts, marriage ties, and attendance at large public events [...]. Naturally, these amorphous social systems were not closed, and some overlapping and contact existed with adjacent regions (Burger 1992, p. 60).

Esta situación cambia alrededor de 400 a.C., cuando «the centers of the Chavin horizon rivaled the classical Greek polis [sic] in size and beauty» (Burger 1992, p. 220). Los sistemas sociales amorfos exhiben estatus y producción especializada en metalurgia, textilera y cerámica, y se dominan sistemas de irrigación y de drenaje, con lo que se alcanzó el nivel de civilización. Pero, si bien la civilización Chavín

parece ser un ejemplo temprano de una sociedad compleja, se distingue de otras en su carácter andino, que para Burger implica enfatizar la labor pública en construcciones monumentales, principios de dualidad en cosmología y sociedad humana, posición privilegiada de tejidos como forma de arte, mampostería fina como emblema de la arquitectura pública de estatus elevado, vínculos simbólicos entre metales preciosos y principios divinos, así como asociación simbólica entre elite y objetos de oro y plata. Estas características andinas se interrelacionan con otras de índole económica, como «processing of grain with a rocker grinder», agricultura de irrigación con ganadería de altura y explotación de recursos marinos, transporte por caravanas de llamas, etcétera. Con ello, Burger se adhiere a las hipótesis básicas de Tello de aceptar Chavín como motor de una conciencia compartida de los Andes centrales (Burger 1992, p. 226).

La versión más reciente de sus ideas data de 2008 (Burger 2008), en forma de un resumen que repite muchas de sus ideas ya vertidas en publicaciones anteriores. Con el argumento de que Chavín fue conocido ya en tiempos de la Colonia temprana y venerado por los lugareños hasta el siglo veinte, constata que las evidencias arqueológicas confirman su status de centro religioso cuyos aspectos funcionales trata de demostrar a través de las evidencias de arquitectura y del arte asociado, así como mediante la presencia de un estilo «internacional», que adopta elementos de otros lugares así como un imaginario prestado de la fauna amazónica. En un horizonte Chavín, aparentemente contemporáneo con su fase Janabarriu, su dominio político-religioso está emulado en otros sitios a modo de interacciones de un tipo heterárquico que incluye grupos de complejidad social menor, pero también como parte de una red de peregrinaje cuyo centro fue el propio Chavín. Su esquema cronológico también se mantiene incólume con Urabarriu (aproximadamente 900 a 500 a.C. calibrado), Chakinani (aproximadamente 500 a 400 A.C.) y Janabarriu (aproximadamente 400 a 250 A.C.) (Burger 2008, p. 695).

Para resumir sus aportes, resulta evidente que él no comparte la vacilación de Lumbreras en llegar a conclusiones cronológicas sustentadas sino las mantiene inalteradas durante unas tres décadas. Pese a lo reducido de sus sondeos en el pueblo de Chavín y a su correlación de secuencias incompletas que no permiten asumir la recurrencia de criterios que podrían reafirmar su propuesta, él toma por comprobada su secuencia tripartita y rechaza la de cuatro fases de la secuencia «combinada» de Lumbreras. La diferencia fundamental entre ambos autores, sin embargo, no radica en la validez de sus secuencias, sino en el vuelco intencional de Burger al construir una cronología absoluta con los pocos fechados <sup>14</sup>C disponibles en su tiempo (véase Burger 1981). Con ello se establece un nivel de generalización en el que secuencias, sobre todo de sitios costeros, poco sustentadas por análisis aseguibles, sean compa-



rables con la suya. Estas comparaciones permiten postular una prioridad temporal de evidencias costeñas y un horizonte que Burger prefiere llamar «Chavín» en vez de «Temprano», muy diferente del sentido de Rowe, que se separa como un fenómeno muy tardío. Este procedimiento conduce a una reorganización, casi una reversión, del esquema de Rowe en un Período Inicial muy largo y un Horizonte Temprano muy reducido en el tiempo. Con todo ello Burger se convierte en uno de los protagonistas del uso casi exclusivo de fechados  $^{14}\text{C}$  en la elaboración de cronologías.

Resulta curioso que Lumbreras, quien criticó a Rowe en los inicios de su carrera, trate de seguir de cerca sus planteamientos relacionados con Chavín en sus interpretaciones del conjunto de la Galería de las Ofrendas, mientras que Burger, un alumno de Rowe, lo critica hasta cuestionar la validez de la secuencia maestra de Ica de 1964. Este cuestionamiento llevó a un estado de confusión entre los arqueólogos interesados en el Formativo de la costa sur, que se mantiene hasta la actualidad. Por otro lado, Burger resalta el enorme valor de Chavín como símbolo y motor de una civilización que se caracteriza por rasgos «típicamente andinos», con lo que desafía, por tanto, la comparación con las otras civilizaciones del mundo. La retórica empleada por él suena como un préstamo directo de Lumbreras.

### 3. LOS APORTES DE RICK Y COLABORADORES

En 1994 se inició otro proyecto en el centro monumental de Chavín de Huántar, que se mantiene vigente. Con los fines de subsanar una falla antigua —la de la documentación precisa de la arquitectura monumental de Chavín— y de obtener un plano exacto tanto de los rasgos externos como internos dentro de un modelo tridimensional y usarlos para obtener evidencias de una cronología de su construcción, John Rick se dedicó a esta tarea en 1995, 1996 y 1998 (Rick *et al.* 1998). Si bien no faltaban propuestas acerca de la cronología de la arquitectura (véase nuestro Capítulo II y arriba), estas se basan en argumentos poco fundamentados, que varían en una, tres o cuatro fases (Rick *et al.* 1998, p. 188), estas últimas debido a Rowe (1962a, 1967; véase también Rodríguez 2001, pp. 6-8). Quienes postulan más de una fase se basan en observaciones de juntas en la parte exterior de la arquitectura, mientras que Rick *et al.* plantean, más bien, la presencia de varios edificios con segmentos como el NEA, un bloque definido por la esquina noreste del Edificio A, el más antiguo. La segunda subdivisión del edificio es CA (Centro C); la tercera, el bloque sur (SA o Sur A) (Rick *et al.* 1998, p. 192, figura 9). Respecto del Edificio NEA, la plataforma alrededor de la Plaza Circular es posterior a NEA. Estas y otras observaciones ponen en duda la validez de los conceptos basados en la presencia de un «Templo Viejo» y otro nuevo.

Otros resultados del proyecto son una orientación compartida de 13,65 grados este del norte absoluto con pocas excepciones en el Edificio C. Esto también vale para los ejes del Templo Viejo y del Templo Nuevo, con 103,83 grados este del norte y 103,75 grados este del norte, respectivamente. Solo el Edificio NEA difiere en forma notable (Rick *et al.* 1998, p. 194, figuras 11-13). Es importante la precisión de las orientaciones, ejes y la circularidad de la plaza y del cuadrilátero de la Plaza Mayor, de 44,48 metros, así como el alineamiento de las escalinatas.

Estas observaciones del exterior de la arquitectura se tienen que correlacionar con las interiores, en las que se observaron muchas más juntas que en el exterior. En cuanto a la cronología absoluta, los autores observaron que «el único hecho claro que se conoce sobre la cronología absoluta de la construcción de Chavín de Huántar como centro ceremonial es que no existe evidencia confiable para tal cronología» (Rick *et al.* 1998, p. 208). Es obvio que una cronología arquitectónica ayuda a aclarar las relaciones arquitectónicas entre Chavín y otros edificios del Formativo de los Andes. Si esta forma se origina en la costa, habría que precisar «¿en qué puntos de la secuencia de construcción fueron adaptadas estas formas a la arquitectura de Chavín, y qué sugiere esto sobre las relaciones con la costa?» y por qué tuvo originalmente forma de «U», lo que no corresponde a los resultados preliminares de Rick. Con todo ello, los autores llegan a cinco conclusiones: 1. Existencia de una estricta simetría bilateral, donde las excepciones fueron dismanteladas posteriormente o dejadas de complejos anteriores; 2. Obtención de líneas rectas y ángulos rectos con gran precisión en su diseño constructivo; 3. Papel predominante de las escalinatas, que corresponden a medidas muy exactas que «son la máxima expresión de la simetría del sitio o que sirvieron como marco para ubicar otras estructuras»; 4. «Se considera que la arquitectura exterior junto con la arquitectura interior son la clave para determinar una secuencia de construcción»; 5. «Enorme complejidad del crecimiento del sitio a través de un tiempo probablemente más largo que el que es aceptado generalmente [...]. La cronología absoluta del sitio continúa en estado insatisfactorio, pero la secuencia relativa de construcción está en vías de resolverse» (Rick *et al.* 1998, pp. 211-212).

Este anuncio se cumple con la tesis de Silvia Rodríguez Kembel (2001). En esta tesis, la autora pretende demostrar que existen al menos quince fases en cinco *stages*. Las construcciones tempranas de gran volumen con patios y galerías elaboradas pasan, en el último estadio de construcción, a ser galerías estandarizadas y plazas externas. Este desarrollo implica un cambio hacia actividades en espacios externos muy decorados, desde espacios internos elaborados con patios menores. Durante todo este proceso, las galerías mantuvieron sus funciones y el Lanzón estaba a la vista. La simetría de escalinatas y modificaciones significativas de construcciones anteriores

caracteriza todos los estadios. Primero se construían formas serranas y, posteriormente, se incorporaron formas arquitectónicas costeñas. La Galería de las Ofrendas y la Plaza Circular corresponden al estado monumental final, por lo que los fechados asociados no corresponden a fases tempranas. Evidencias de desestabilización estructural fechan alrededor de 500 a.C., seguidas por el desuso y el colapso físico (Rodríguez 2001, pp. IV-V).

Estos resultados se basan en trabajos realizados en 1996 y 1998 con la ayuda de un sistema de levantamiento que permitía medir las galerías en sus relaciones tridimensionales, con ubicaciones y orientaciones exactas. De este modo, se registraron unos veinte mil puntos tridimensionales para la documentación de 26 galerías, de las 45 juntas internas y externas, así como de rasgos arquitectónicos importantes externos (Rodríguez 2001, p. 17, figuras 2.11-A, 2.12-A, 2.13.-2.16.). Unas tres mil fotos formaron parte de un banco de datos. El método empleado consiste en varios niveles: 1. Determinación del número y de la secuencia de episodios de construcción en cada galería de acuerdo con forma, juntas, mampostería y evidencias de modificaciones; 2. El siguiente nivel determina cómo los episodios de construcción de la galería se relacionan con los de las otras; 3. Establecimiento de las relaciones entre galerías y arquitectura exterior; 4. En este nivel se llega a la correlación de los tres niveles anteriores para un análisis que involucra todo el sitio, con el fin de obtener una secuencia cronológica general. En este proceso la autora distingue entre una fase que identifica elementos contruidos durante el mismo tiempo y la secuencia de fases que determina las relaciones cronológicas entre estas unidades aisladas (Rodríguez 2001, pp. 22-23). Estos diferentes niveles forman el núcleo de la tesis y consisten en descripciones detalladas y en un abultado cuerpo de ilustraciones en forma de modelos computarizados, distribución de puntos medidos, fotos y dibujos.

Resulta imposible seguir el planteamiento e incluir las evidencias que la autora presenta, pero parece conveniente concentrarse en una de las galerías, la Galería del Lanzón (Rodríguez 2001, pp. 57-65). Esta galería está en el centro del Edificio B (Rodríguez 2001, p. 57, figura 1.3.). Juntas y diferencias en la mampostería indican que esta galería fue modificada y construida durante tres o cuatro episodios, en el sentido de sugerir la existencia de un muro rectangular continuo, llamado Rectángulo Interior del Lanzón, que forma el exterior de la cámara. Adicionalmente, bloques de soporte colocados contra las esquinas del cuadrángulo crean un espacio cruciforme que podría estar cubierto con vigas de un techo colocadas después del rectángulo y de los bloques de soporte. Por la mampostería diferente, se pueden distinguir el Rectángulo Interior y la Cámara Interior como dos episodios, lo que sugiere que el Rectángulo Interior fue una estructura abierta con 6,5 por 6,79 metros. Estos dos episodios son los primeros. Luego se extiende la entrada de la galería más hacia el

este, llamado el episodio Lanzón Medio; finalmente, se construye el episodio Lanzón Exterior con la entrada de la galería más hacia el este y el sur.

La autora prefiere la hipótesis de que el Rectángulo Interior fue cubierto por la Cámara del Lanzón Interior y el Lanzón Medio, en un solo esfuerzo por convertir el Rectángulo Interior del Lanzón en una galería en tres episodios (Rodríguez 2001, p. 64-65, figuras 3.134.-3.140.; la parte gráfica ofrece un total de setenta figuras, la mayoría fotos). Si el Rectángulo Interior del Lanzón fue una estructura independiente, debe de haberse erigido sobre una plataforma, llamada B, que debería de ser la parte más temprana del Edificio B. En total se distinguen tres fases para el Edificio B, que luego de la plataforma con la cámara se convierte en una plataforma escalonada que se abre hacia el patio de una galería en el este. La plataforma fue rellenada posteriormente, se elevó el edificio y se construyó una escalinata que asciende desde el este (Rodríguez 2001, p. 159, figuras 4-96-A).

Una secuencia más extensa se reconoce en el Edificio A. Se inicia con la fase NEA (véase arriba) al contener las galerías Escalinata, Cara Oriental, Alacenas y Zanja con mampostería burda. Luego se convierte en una plataforma escalonada que contiene las galerías Laberintos Alta, Pasos Perdidos Alta, la Escalinata Marino González, Murciélagos, Piedras Labradas Baja y Portada Alta, todas conectadas con ductos de ventilación. En la siguiente fase se construye la parte alta de NEA, con lo que se bloquean los peldaños de la entrada sur de alacenas que requieren una modificación de la galería. En la subsiguiente fase, se construyen las galerías Doble Ménsula y Caño. Una nueva ampliación vertical contiene Cautivos, Piedras Labradas Alta, Portada Alta, Columnas-Vigas Ornamentales Sur y Columnas Patio. En la sexta fase, se conecta Doble Ménsula Alta con Doble Ménsula Baja, y se bloquean muchos ductos de la fase 5. En la séptima fase se cubre Columnas Patio, se crea una junta con revoque rojo y se rellena el patio. Después de esta fase, se completaron las construcciones monumentales del Edificio A. Solo se agregan construcciones de relleno contra el muro occidental de A, probablemente para su estabilización (Rodríguez 2001, pp. 148-150, figuras 4.75.-4.82.).

La Terraza de la Plaza Circular, la Escalinata, la Galería de las Ofrendas, la de las Caracolas y el sistema de drenaje y espacios dentro de la terraza: todos fueron construidos en una sola fase: la fase Plaza Circular-Atrio, que es posterior a NEA y probablemente también a los edificios B y C, ya que bloquea la entrada a Escalinata y rellena el área entre los muros del atrio. La base de sus construcciones parece asentarse sobre los cimientos de NEA y coincide probablemente con la última fase de la secuencia del Edificio B. Muros de soporte contra la cara oriental del Edificio B sugieren últimas actividades constructivas (Rodríguez 2001, pp. 167-169). En total, por lo tanto, se identificaron ocho fases para el Edificio A, tres para el edificio B, tres para el Edificio C y una para la Plaza Circular, así como dos fases en el Edificio E. Las

diferentes partes constructivas se relacionan también por escalinatas (véase arriba). En la parte oriental del Edificio A, se asocian en la expansión con la Plaza Mayor a lo largo del eje Negro y Blanco, que pasa por el centro de la Portada Blanco y Negro, y un marcador en la Escalinata Este de la Plaza. Las estructuras a lo largo de este eje parecen haberse construido durante una sola fase, que corresponde con la fase final del Edificio A (Rodríguez 2001, p. 194).

Una secuencia general está presentada en una descripción, en tablas y en una versión en secuencia computarizada (Rodríguez 2001, pp. 195-216, tablas 6.1.-6.4., figuras 6.1-26), a lo largo de once pasos y cinco estadios, llamados *Separate Mound Stage*, *Expansion Stage*, *Consolidation Stage*, *Black & White Stage* y *Support Construction Stage*. En los primeros tres estadios también se percibe una estandarización de las galerías, que podría ayudar a fijar las partes «flotantes» de la secuencia.

El resultado final es una secuencia de por lo menos quince fases agrupadas en estadios. El primero de estos consiste en edificios separados con galerías elaboradas, así como en una estructura rectangular. El gran estadio expansivo consiste en plataformas escalonadas integradas que conectan las fases anteriores de los edificios A, B y probablemente C, que amplían el volumen y el área de manera considerable con galerías elaboradas en cuanto a forma y elementos. Durante las fases del estadio de consolidación, se agregan bloques que rellenan la plataforma del Edificio A y contienen galerías más estandarizadas. Hacia el este, se suma el Área de la fase Pre-Negro y Blanco. En el estadio monumental final se agregan plazas, terrazas y escalinatas con una simetría notable, piezas líticas decoradas y galerías estandarizadas. La secuencia termina con construcciones de soporte sobre todo el sitio, sin estructuras monumentales nuevas (Rodríguez 2001, p. 217).

La autora también se refiere a las hipótesis de Lumbreras con relación a la Galería de las Ofrendas, y simpatiza por lo general con ella, pero enfatiza que la galería se encuentra en una fase tardía del complejo. En este sentido, son importantes los fechados obtenidos pues podrían fechar esta fase. Presenta dos fechados nuevos de una junta exterior del Edificio A:  $2640 \pm 55$  y  $2695 \pm 55$  a.p., que concuerdan con un fechado de la galería de 750 a.C. Otro fechado, de  $2455 \pm 55$  a.p., proviene de construcciones de soporte del Edificio C. Los fechados de la Capa H ( $2260 \pm 55$ ,  $2380 \pm 70$  y  $2395 \pm 55$ ), también obtenidos por el proyecto, señalarían el abandono del complejo, por lo que la autora señala que el último estadio de construcción monumental fue completado alrededor de 750 a.C. Hacia 500 a.C., los trabajos se limitaron a construcciones de soporte y, hacia mediados del siglo IV a.C., cayó en desuso (Rodríguez 2001, pp. 237-242). Esto, evidentemente, implicaría que las fases Chakinani y Janabarriu de Burger se ubicarían como fases posteriores al uso del complejo monumental, si se aceptan sus fechados propuestos.

Esta nueva propuesta está mucho más sustentada que otras anteriores, aunque requiere de más excavaciones para descubrir más galerías en los edificios apenas estudiados hasta ahora. En particular, será necesario fechar el inicio del fin de todo el complejo, así como ajustar partes aún poco definidas. En total, es un reto que exige la elaboración de nuevos enfoques, ya que se contraponen a hipótesis anteriores.

En 2008 la autora publicó un artículo extenso que resume la tesis doctoral que se acaba de presentar (Rodríguez 2008). Un aporte adicional es una discusión más extensa de los fechados  $^{14}\text{C}$  que incluyen fechados nuevos (Rodríguez 2008, pp. 68-73). De acuerdo a estos resultados el estado monumental final (*Black and White Stage*) muestra actividades constructivas entre 980 y 780 a.C. seguidas por actividades constructivas menores (*Support Constructions*) por los 500 a.C. De los 33 fechados de muestras sacadas directamente de contextos arquitectónicos, 27 son más tempranos que 500 a.C. y se concentran entre 1200 y 800 A.C., lo que implica una duración total de las construcciones monumentales del sitio de unos 700 años (1200 a 500 a.C.), con la mayoría de las actividades en los primeros 400 años (Rodríguez 2008, p. 72). Estas reinterpretaciones de la cronología encuentran apoyo en otros fechados obtenidos en otros contextos del sitio que sugieren la contemporaneidad de Janabariiu con el *Black and White Stage*. Por tanto, la cerámica de la Galería de las Ofrendas y la llamada Janabariiu deberían ser contemporáneas por partes, mientras que Janabariiu subsiste en contextos post-monumentales. Urabariiu, en cambio, se relaciona con las fases más tempranas (Rodríguez 2008, p. 73).

En otro trabajo reciente (Feathers *et al.* 2008) se presentan otros 16 fechados obtenidos directamente del mortero de la arquitectura monumental por medio de la luminescencia por estimulación óptica (OSL), sobre todo de contextos de la primera y la última fase de construcción monumental (*Separate Mound Stage* y *Black and White Stage*) (para la ubicación exacta véase Table I). Lamentablemente los resultados no tienen la precisión deseada pero tienden a corroborar los fechados  $^{14}\text{C}$  mencionados en el sentido de sugerir una gama relativamente amplia entre 1200 y 500 a.C. 27 de 33 fechados se ubican entre 1200 y 800 a.C.

Durante los últimos años, se han realizado una serie de excavaciones en el complejo dentro del marco del proyecto de Rick, en la Plaza Circular, en la Galería de las Caracolas, en la Plaza Mayor, en el Canal Rocas, por el río Wacheqsa y cerca —pero fuera— de la Plaza Mayor, en la Plaza Mayor del pueblo actual y en La Banda, un área sobre la otra ribera del río Mosna, donde construcciones para la carretera nueva cortaron estructuras superpuestas importantes.

En 2008 Rick detalló los resultados de estos trabajos (Rick 2008a), pero en una forma aún muy resumida. Se concentra en problemas de construcción, tales como materia prima y sus usos, rellenos en diferentes partes del sitio, hallazgos de relieves

en el ámbito de la Plaza Hundida y su posible función, así como posibilidades de iluminación de los interiores de la arquitectura monumental. Las excavaciones en la Galería de las Caracolas le merecen algo más de espacio y presenta dibujos de ocho de las veinte trompetas de Strombus con decoraciones que sugieren diferentes estilos y/o lugares de procedencia (Rick 2008a, p. 31, fig.1.20). Lamentablemente, no presenta datos sobre las excavaciones en La Banda que deberían ser cruciales para la cronología del sitio (véase Síntesis). Ante todo, Rick (2008a, p. 29) es consciente de los problemas básicos de sus interpretaciones o especulaciones debido a los datos aún incompletos, áreas de excavación demasiado reducidas y la escasez de contextos seguros. Un tema que para el autor es central es el papel de autoridad, chamanismo y poder en Chavín, sobre lo cual publicó varios trabajos en otro lugar (Rick 2005, 2006, 2008b).

Mesía (2007) presenta su tesis sobre excavaciones en otro sector de Chavín de Huántar: el Sector Wacheqsa. Este trabajo se parece a los de Rick por su énfasis en la elaboración de modelos funcionales que determinan su secuencia. En general, distingue una serie de contextos, básicamente dos tipos de plataformas, una asociada a cerámica Janabarriu y otra a cerámica Urabarriu. La parte tardía se relaciona con funciones más «ceremoniales», en particular la presencia de banquetes —debido a características de las categorías formales de la cerámica y a restos óseos de animales—, mientras que la parte temprana se relaciona más con actividades domésticas. Un total de diez fechados  $^{14}\text{C}$  se encuentran dentro de un rango de 1200 y 800 a.C. (Mesía 2007, pp. 150-155, fig.189). Dado que la cerámica más definida es claramente Janabarriu —la de Urabarriu es menos definida y, aparentemente menos conservada— estos fechados resultan algo tempranos y no son totalmente coherentes de acuerdo a la secuencia. En su afán de presentar aspectos modélicos de su trabajo, el material tanto de cerámica como restos óseos, etcétera, no ha sido presentado en detalle aún, lo que vale también para los otros sectores presentados por Rick. En este sentido se percibe —pese a los avances innegables del proyecto de Rick— una cierta inseguridad en cuanto a la cronología, por lo que Contreras (2009, p. 1007) admite que «the chronology remains debated».

No puede extrañar que Burger sea uno de los críticos más agudos a las propuestas de Rick y sus colaboradores, ya que al aceptarlas sus propias propuestas perderían credibilidad (Burger & Salazar 2008). En primer lugar, duda de la validez de una relación entre las tradiciones arquitectónicas tempranas de Kotosh y el *Separate Mound Stage*. Los autores proponen que esta configuración temprana en Chavín podría corresponder a una estructura en «U» no completamente reconocida. Se debe admitir, sin embargo, que Rick —a diferencia de Lumbreras (2007)— no insiste en esta hipótesis, ya que no ha podido confirmarla con contextos y fechas coherentes.

En cuanto a la situación de fases arquitectónicas asociadas a Urabarriu, Burger se refiere a importantes mezclas estratigráficas debidas a actividades intensivas y repetitivas, lo que hace difícil una subdivisión clara de esta fase. También critica la relación estrecha entre la fase Kotosh y la de Urabarriu y sugiere importaciones infrecuentes del primero a Chavín. Estas críticas le sirven para reafirmar las bases para la prioridad de los centros ceremoniales costeros, en particular aquellos de la costa central, su cultura Manchay. Reconoce igualmente la relación entre la cerámica Dragoniana de Lumbreras con la tardía de los centros ceremoniales asociados a la cultura Manchay; lo que para la costa central es tardío, es temprano para Chavín. Si bien todas estas críticas apoyan sus ideas hacia una cierta prioridad temporal de la costa central —que le parece más relevante para el origen de Chavín que la costa norte— no contesta las críticas más centrales relacionadas con su concepto de Janabarriu.

#### 4. LOS APORTES DE ROE, BISCHOF Y TELLENBACH

La discusión sobre el problema Chavín no termina en este punto sino requiere la presentación de algunos enfoques diferentes que se basan más en criterios estilísticos. El primero de ellos es un trabajo de Peter Roe (1974), quien se propone extender la seriación cronológica de Rowe al considerar las evidencias de Pacopampa, Kotosh, Kuntur Wasi, Monte Calvario, Lambayeque, Alto de la Guitarra, Chicama, Ancón, Ica, Huaura, Casma, Huaylas y Nepeña. Para ello establece una lista de 148 rasgos, todos presentes en las esculturas líticas de Chavín (Roe 1974, pp. 11-18), y elabora matrices de seriación para las fases AB, C, Transición C-D, D y EF (Roe 1974, *Chart 1*), en las que entran piezas de soportes variados, pese a que es consciente de los problemas de este procedimiento (Roe 1974, pp. 6-7). Al tratar de completar la cronología de las esculturas líticas de Rowe, también amplía sus argumentaciones e inventa una fase C-D. El Lanzón se convierte en una especie de origen del arte lítico, y piezas relacionadas se limitan a Chavín de Huántar. Según Roe —quien parafrasea a Voltaire—, la fase C depende en tanta medida del Obelisco Tello que «si no existiera, habría que inventarlo» (1974, p. 20). De acuerdo con su seriación, entran a la fase C los sitios Moxeke, Pallka, Huaura, Ancón y Cerro Blanco (Roe 1974, *Chart VI*). Huaura y Pallka ingresan por dos objetos óseos sin contexto conocido; las esculturas en barro de Moxeke se relacionan con el Lanzón y con el Obelisco Tello, y con una «falda» que también está presente en el Lanzón y en Cerro Sechín. En una larga discusión, que no se basa estrictamente en criterios estilísticos, llega a la conclusión de que las esculturas de Cerro Sechín son tardías (Roe 1974, pp. 33-36), a pesar de que reconoce una serie de elementos que señalan una posición más temprana. Las evidencias de Chupacoto —en su texto, Huaylas—, por ende, también son tardías



gracias a su parecido con las de Cerro Sechín. Cerro Blanco está clasificado como perteneciente al final de su fase C o quizá D temprano (Roe 1974, p. 17).

Durante la fase D de Roe (1974, *Chart VI*), aparecen Yauya, Gotush y, algo más tardíos, La Copa (Kuntur Wasi), Pacopampa, Hacienda Almendral (Chongoyape) y Punkurí. Si bien las piezas norteñas forman una cierta unidad y comparten algunos elementos con las esculturas líticas de Chavín, despliegan también muchos otros elementos no compartidos. La inclusión de Punkurí, en cambio, es poco comprensible; un elemento está compartido con Cerro Sechín y otro con Pacopampa (Roe 1974, p. 37).

De acuerdo con la lógica señalada, en la última fase entran solo Cerro Sechín, Siete Huacas y, parcialmente, Hacienda Almendral, Punkurí y Pacopampa (Roe 1974, *Chart VI*). Roe termina su estudio al aceptar que no queda claro aún el estilo de Chavín, ya que no reconoce antecedentes «plausibles». En las fases siguientes, sin embargo, el arte de Chavín se expande hacia los valles de Huaura, Casma y Ancón (fase C): «The purity of these distant manifestations and the cultural homogeneity which it implies argue for communication and some degree of political control uniting the various Chavin centers. This spread of Chavin influence is not inconsistent with the fact that the trophy-head cult and an emphasis on warriors appear in this phase» (Roe 1974, p. 38). En la siguiente fase, la influencia de Chavín llega a su culminación, para luego disiparse en culturas regionales.

Sin criticar el aporte de Roe en extenso, su enfoque está llegando a extremos evitados por Rowe. Para el primero, el arte de Chavín es el modelo para todas las demás representaciones fuera del sitio. Ello genera un círculo vicioso, pues postula una primacía cronológica de Chavín que se empeña en demostrar. Lo que se refiere a distancia estilística se convierte en «disolución» cronológica y, por ende, en criterio de lo que es supuestamente tardío. Estas fallas metodológicas se basan en interrelaciones intuitivas o interpretadas en vez de en una clara demostración de su secuencia sobre la base de una cantidad de rasgos lo suficientemente elevada con el fin de evitar la formación de cadenas cuestionables. Fuera de constatar —¿o repetir?— las atribuciones de Rowe, introduce otras que no concuerdan con cronologías establecidas por otra metodología, incluida la cronología absoluta.

A lo largo de una serie de trabajos, Henning Bischof (1985, 1987, 1988, 1992, 1994, 1995, 1996, 1997, 1998a, 2000) se ha esforzado en demostrar la utilidad de un enfoque basado en criterios de la historia del arte sobre los que deberían definirse los estilos reconocidos del Formativo. Su interés en el tema se remonta a su participación en el Proyecto Arqueológico Sechín (1980-1986) y se plasma en su afán de fijar la edad de los edificios con arte de barro y de piedra que fueron ubicados en posiciones cronológicas muy diversas (véase arriba Roe 1974). Pese a la presencia

de capas con cerámica temprana encima de ellas y fechados  $^{14}\text{C}$  que concuerdan con la misma (Samaniego *et al.* 1985; Fuchs 1997) y abogan por una atribución al Arcaico Final, algunos colegas norteamericanos como Burger (1992, p. 79) y los Pozorski (1998, *passim*) insisten en incluirlo dentro del Período Inicial. En su trabajo de 1985 (Bischof 1985, figuras 2-40), reúne el material asociado a sitios precerámicos (Arcaico Final) como fondo de su discusión del arte de Cerro Sechín, cuya secuencia presenta en detalle. Para obtener bases de una comparación, tiene que definir elementos compartidos en las representaciones de Cerro Sechín, en particular las de la fase más temprana, y sigue su apariencia en piezas de Chavín y de Punkurí, como en morteros del Museo Brüning en Lambayeque, Moxeke y La Pampa —dintel con serpientes parecidas a representaciones del Arcaico Final— (Bischof 1985, pp. 394-410, figuras 70-81, 90). Tampoco se olvida del mortero del último sitio (Bischof 1985, figura 89; véase Capítulo II del presente trabajo). Con ello segrega un estilo Sechín, un estilo Punkurí (Bischof 1985, p. 422) y otro grupo estilístico, La Pampa (Bischof 1985, p. 425). Finalmente, agrega otro grupo más, el de Yurayaku (Bischof 1985, pp. 415, 429, figuras 100-106). En su resumen en castellano, concluye que «los grupos estilísticos que en el marco del planteamiento actual se atribuyen al período pre-Chavín o a los desarrollos tempranos del estilo Chavín, todavía no pueden ser definidos como fases válidas en toda el área de distribución de este estilo. Además hay monumentos que comprueban la coexistencia de concepciones artísticas distintas, como en Moxeke» (Bischof 1985, pp. 443-444), ya presente en el Arcaico Tardío. Una segunda modalidad del estilo Huaca Prieta «conduce a diseños en términos de la “Anchura Modular” [...] que favorece la simetría geométrica y estructuras romboides» de las que se apartan las calabazas decoradas del mismo sitio. De modo muy cauteloso, Bischof no excluye la posibilidad de un área norteña como área de emergencia del estilo Chavín (Bischof 1985, pp. 427, 429, 445).

El autor sigue con sus reflexiones sobre el arte de Sechín y sus conexiones (Bischof 1987, 1988). En su trabajo de 1994, llega a una secuencia más definida. El estilo Punkurí es más temprano que el estilo Sechín. Solo a partir de Chavín A, que corresponde al período A de Rowe, aparecen elementos iconográficos y diseños caracterizados por el arte Chavín. Está representado por el dintel de La Pampa, mientras que Chavín exhibe dos motivos prominentes: los Antropomorfos de Yura-yako y las Fieras de Pampa de las Llamas, que aparecen desde Jequetepeque hasta los sitios Chavín del río Mosna y Garagay, en el valle del Rímac, durante un lapso que va desde mediados del tercer milenio hasta mediados del segundo milenio a.C. (fechas calibradas) (Bischof 1994, p. 169).

Después de presentaciones breves de los datos arqueológicos y su ubicación temporal de Chavín, Punkurí, Huaca Prieta, La Galgada, Kotosh, Cerro Sechín, Pampa

de las Llamas, Las Haldas, Garagay, La Pampa y Montegrande (Bischof 1994, pp. 171-178), Bischof presenta su secuencia estilística. Sostiene que el arte precerámico no es uniforme, fuera de un estilo textil geometrizado y figurativo, del estilo Huaca Prieta. Los otros tejidos muestran tendencias hacia un «estilo heráldico» que podría derivar del imaginario del arte rupestre. Esta imprecisión también vale para los fechados que no dejan construir una secuencia simple. Más definido y temprano es el estilo Punkurí, del que se conocen relativamente pocas piezas fuera del sitio del mismo nombre, en particular un grupo de vasijas o morteros de piedra. El siguiente estilo es el de Sechín. Sus representaciones antropomorfas son escasas fuera de Cerro Sechín, en Sechín Alto, Siete Huacas y, probablemente, Kotosh-Mito (Bischof 1994, pp. 178-181). En cantidad y variedad, el material que corresponde al estilo Chavín A supera en mucho todo lo anterior. Bischof reconoce algunos motivos recurrentes, como los Antropomorfos de Yura-yako, las máscaras agnáticas y las Fieras de Pampa de las Llamas. Los primeros reciben su denominación por el sitio Yura-yaku, cerca de Chavín. No se derivan de los antropomorfos de Sechín, sino más bien de figuras de una de las vasijas atribuidas al estilo Punkurí. Su distribución es muy amplia (Bischof 1994, pp. 183-184, figuras 18-21), desde Chiclayo hasta Garagay, lo cual no favorece un modelo regionalista para el desarrollo del arte Chavín. El motivo de la máscara agnática aparece en el dintel de La Pampa, en Chavín, Garagay, Tolón, Pampa de las Llamas, Pacopampa y, probablemente más tardío, en Kuntur Wasi (Bischof 1994, pp. 184-185, figuras 23-26). Por último, se define a las Fieras de Pampa de las Llamas. En piezas como el plato de Dumbarton Oaks (Bischof 1994, figura 24a), los antropomorfos de Yura-yako aparecen junto con máscaras agnáticas y animales con ojos alados. Ya que estos últimos forman parte de los murales de Pampa de las Llamas, recibieron la denominación correspondiente. Su distribución general se parece a la de los Antropomorfos de Yura-yako (Bischof 1994, pp. 185-186, figura 27).

Bischof concluye señalando que Punkurí es el estilo más temprano de mediados del tercer milenio a.C., con distribución entre Chiclayo y la costa norcentral. Alrededor de 2000 a.C., le sigue el estilo Sechín con relaciones hasta Jequetepeque y Kotosh. En algún lugar de la costa aparece el estilo Chavín A, del que se conoce arte mural solo de la costa central y Pampa de las Llamas. Algunas piezas de Chavín sugieren que este sitio ya participa en los desarrollos generales de este tiempo. Con ello se opone a un origen oriental del arte Chavín. La arquitectura también se deriva de sitios occidentales y septentrionales. La escultura monumental lítica tiene antecedentes en Montegrande y quizá Pacopampa, pero, evidentemente, Cerro Sechín y otros sitios cercanos forman un núcleo importante a relativamente poca distancia de Chavín.

En su aporte de 1996, Bischof adopta una posición algo diferente al concentrarse en la relación entre la arqueología y la historia del arte: «En el arte visual que estamos tratando, los criterios más importantes del estilo son su estructura espacial y volumétrica, proporciones, el manejo de las líneas, empleo de los colores y la manera de reproducir el motivo en el medio escogido» (Bischof 1996, p. 61). Al referirse a un trabajo de Grieder (Grieder *et al.* 1988, pp. 207-208), define «estilo» como «el conjunto de valores estéticos y el *corpus* iconográfico compartidos por un grupo humano, sin menoscabo de las variaciones que se deben a las idiosincrasias individuales de sus creadores». Luego ofrece una especie de historia de los enfoques estilísticos en el Perú: enfatiza el papel de Uhle, sobre todo en lo referente al Formativo (Bischof 1996, pp. 62-69), con lo que quiere demostrar los usos —y la utilidad— y los abusos de este enfoque. Su ejemplo más claro en la actualidad es, evidentemente, el caso de Cerro Sechín. Luego pasa al problema del estilo Dragoniano de Lumbreras. Piensa que existe un *hiatus* de unos treinta años entre Ofrendas y lo que Bischof había definido como Chavín A, pero encuentra algunas piezas en el lote de piezas excavadas por Lumbreras que sugieren algún vínculo con el tipo antropomorfo Yura-yako, y hasta propone un precursor para el Lanzón: el llamado Obelisco de Runtu (Bischof 1996, pp. 73-74, figura 8i; Tello 1960, pp. 248-249). Concluye al constatar que «la definición de los grupos estilísticos, sus relaciones y cambios, sería esencial para acercarse a los procesos y estructuras dentro del Precerámico Tardío, Período Inicial y Horizonte Temprano que actualmente presentan un cuadro de confusiones» (Bischof 1996, p. 75). Parte del problema está relacionado con la periodización de Rowe, quien suponía «que las influencias Chavín se propagaban, 1o, desde el sitio epónimo en la sierra central-norte, no mucho después de la formación de sus respectivas sub-fases, y 2o, que alcanzaban las diferentes regiones de los Andes centrales más o menos al mismo tiempo, conforme implica el término *horizonte*. Ambos supuestos hoy parecen errados, y por razones que han sido explicadas por el mismo Rowe» (Bischof 1996, p. 76; cursivas en el original).

En 1998, Bischof se pronuncia nuevamente con referencia a problemas cronológicos al señalar los problemas en la interpretación del esquema de Rowe:

Varios factores han contribuido a que los cuadros cronológicos muchas veces encierren y en cierto grado oculten los desajustes que se manifiestan al cotejar el contenido cultural de los contextos arqueológicos, con la posición que se les atribuye en las tablas: una terminología semiconcreta y la disposición de aceptar la contemporaneidad de diferentes contextos arqueológicos sin más pruebas que unas mediciones del radiocarbono, usadas sin una evaluación rigurosa. Se nota también la falta de una argumentación profesional basada en la tipología de los hallazgos materiales y sus áreas de distribución (Bischof 1998a, p. 59).

En este trabajo, Bischof analiza críticamente fechados  $^{14}\text{C}$  de los valles de Chao y Moche, de Casma y de Jequetepeque. Llega a un resumen cronológico y propone lo siguiente:

[Cerro Sechín, Huaca Prieta y probablemente Punkurí] ocuparán el lapso entre aproximadamente 2.500 cal a.C. (Cerro Sechín 2.100 cal a.C.) y 1.800 cal a.C. (4000-3.500 bp). La franja de transición hacia sitios con cerámica temprana en el norte del Perú se extiende hasta aproximadamente 1.700 cal a.C. (3.400 bp). Sigue el estilo Chavín A, asociado en Pampa de las Llamas con cerámica temprana, hasta alrededor de 1.400 a.C. (3.200 bp). Hacia 1.100 cal a.C. (2.900 bp), por otra parte, ya está formado el arte clásico Chavín de los períodos B-C/Ofrendas. La fase Ídolo de Kuntur Wasi, con Huaca de los Reyes y el arte vinculado al período Chavín Clásico (B-EF), se ubica en el lapso hasta 900 cal a.C. (2.750 bp). La cronología de los períodos posteriores de Chavín [...] finalmente, tiene el problema de topar con el lapso entre 760 y 410 cal a.C. (2.550-2.400 bp), el que, por razones técnicas, no permite calibraciones más precisas (Bischof 1998a, p. 68).

Con todo ello, Bischof se opone al uso de la terminología de Rowe como Período Inicial u Horizonte Temprano —y también a la versión de Burger—. Tampoco se muestra conforme con una discrepancia cronológica entre centros costeros y serranos o de una crisis costera a fines del Período Inicial:

Todo lo que sí puede afirmarse es que estamos frente a un largo proceso de comunicación e intercambio que no solo involucraba bienes materiales sino también propuestas ideológicas y normas estéticas. Dentro de este proceso, el estilo Chavín ha sido sujeto a modificaciones de su forma y contenido, sin perder su identidad. Cualquier intento de reducir este proceso a uno de sus segmentos resultaría arbitrario (Bischof 1998a, p. 69).

Propone volver a los términos *Lítico*, *Arcaico* y *Formativo*, ya que ellos «no se emplean ya en el sentido criticado por Rowe, sino para orientarnos en el mar de los datos» (Bischof 1998a, p. 70).

Una versión parecida a la discutida fue presentada durante el cuadragésimo noveno Congreso Internacional de Americanistas en Quito, en 1997 (Bischof 2000). En este trabajo, ya utiliza los términos Arcaico y Formativo. Allí completa la revisión de los fechados  $^{14}\text{C}$  de la sierra central-norte, la costa central y la costa sur. En el área de Kotosh, La Galgada y Piruru, «la cerámica llegaría después de 3500 bp» (Bischof 2000, p. 53). Este fechado, sin embargo, es muy temprano para la costa central (La Florida y Ancón). Según Bischof, Patterson piensa que su cerámica «La Florida» corresponde a la segunda fase de Ancón entre 3300 y 3100 a.p., lo que pone en duda también los fechados tempranos de Ancón que sugieren la introducción de la cerámica por los

3800 a.p. (Bischof 2000, p. 55-56). Lo mismo vale para la costa sur, donde se rectificaron fechados excesivamente tempranos para la poco conocida cerámica de Erizo y Mastodonte por los de Hacha, entre 3060 y 2670 a.p. (Bischof 2000, p. 57). Por lo tanto, el límite entre el Arcaico y las primeras fases cerámicas debería verse como una franja entre 3550 y 3450 a.p. Solo la cerámica de Pandanche «alcanza una antigüedad posiblemente mayor hasta alrededor de 3700 bp mientras que no parece haber llegado mucho antes de 3100 bp a la costa sur» (Bischof 2000, p. 57). «En vista de estos datos, el esquema cronológico todavía muy popular de los tres horizontes con sus respectivos períodos intermedios [...] necesita modificarse en su parte temprana» (Bischof 2000, p. 58), ya que no existe contemporaneidad entre la costa norte y la costa sur, lo que vale también para el Horizonte Temprano. El artículo está acompañado por siete figuras que ejemplifican en forma gráfica lo que el autor sostiene en el texto. Algunas de ellas ya fueron publicadas antes (Bischof 1998, figuras 2-4, 8).

El más reciente aporte de la vasta producción al tema de Bischof, es su trabajo de 2008 (Bischof 2008) que, en forma inevitable, repite mucho de lo publicado anteriormente. Su recorrido exhaustivo y crítico al reunir las evidencias tempranas de objetos del arte de su Chavín A deja al descubierto el carácter sumamente fragmentado del corpus reducido y a la vez muy variado y las asociaciones problemáticas que permiten dudar de una serie de fechados <sup>14</sup>C que suelen aceptarse en la literatura. Algunos pocos elementos en el arte lítico de Chavín podrían corresponder a este Chavín A, por lo que los inicios de arte en el sitio epónimo podrían relacionarse con las evidencias arquitectónicas con fechados más tempranos del proyecto de Rick. La temática figurativa de este arte —para muchos fuertemente ligado con un bestiario selvático— no se relaciona con lugares de origen ni es aceptable en esta forma global, ya que incluye otros motivos de animales costeros. En todo caso, la emergencia del arte temprano no debería confundirse con la emergencia de arquitectura monumental pese a su interrelación creciente en tiempos más tardíos.

Queda por presentar la tesis de habilitación de Michael Tellenbach publicada en 1998. Tellenbach se propone:

[...] desarrollar una subdivisión en el espacio y el tiempo de la época Chavín a escala mayor. Partiendo de comparaciones de hallazgos, formación de tipos, evidencias estratigráficas y combinación de asociaciones será posible aislar unidades en el espacio y tiempo ganando de esta forma bases para un ordenamiento histórico-cultural de la época Chavín, una subdivisión regional y temporal de Chavín. Una investigación con esta meta puede únicamente basarse en la cerámica y piezas pequeñas, es decir móviles: únicamente en el caso de estos géneros de hallazgos pueden equilibrarse, sobre la base de criterios de frecuencia y recurrencia, las imponderables respectivas de características regionales y temporales por medio de

cuadros de distribución, asociaciones y estratigrafías. Si se quiere fechar y adscribir culturalmente templos y edificios sobre la base de sus relieves y esculturas, evitando de [sic] caer en argumentaciones tipo *circulus viciosus* [sic], las subdivisiones espacio-temporales de las culturas correspondientes no deben estar basadas en los mismos relieves y esculturas (Tellenbach 1998, I, p. 11).

El núcleo de su trabajo es el lote de ceramios de la Galería de las Ofrendas —antes de la publicación del informe final de Lumbreras de 1993 (véase arriba)—, reconocido como «el contexto de un mismo acto funerario, de un solo ritual complejo» (Tellenbach 1998, I, p. 50) que Tellenbach convierte en época Ofrendas y lo usa para:

[...] una sistematización independiente de las formas y decoraciones respectivas para la comparación con la cerámica de otros sitios, siempre y cuando se encuentren conjuntos de hallazgos y deposiciones coetáneas habrá que analizar el contenido de estratos anteriores y posteriores con el fin de una delimitación tipológica y cronológica, sobre todo con miras a posibles subdivisiones de los inventarios Chavín (Tellenbach 1998, I, p. 50).

Este procedimiento tiene que «tener como objeto las delimitaciones e interrelaciones de áreas culturales e históricas vecinas» (Tellenbach 1998, I, p. 50), para lo cual comprende también la comparación entre las áreas centroandinas y norandinas. Asimismo, aboga por un estudio comparado de las tradiciones líticas sin emprenderlo (Tellenbach 1998, I, p. 12). Una parte importante del trabajo es la presentación de un inventario morfológico y decorativo muy extenso en 335 formas de 29 sitios y 22 tipos, con 49 variantes que están ilustrados en 1.026 piezas a lo largo de 128 láminas (Tellenbach 1998, II), a su vez subdividido en dos partes: época Ofrendas y Chavín-Tardío. Al respecto de las formas de la época Ofrendas, Tellenbach (1998, I, p. 30) sostiene que existe «una uniformidad de las formas en las Norte y Medio del área Centro-Andina. En cambio, la presencia de piezas análogas de todos los seis tipos de botellas con asa estribo se limita a las áreas al Norte del río Santa. La botella de asa estribo es típica de esta parte de la Costa Norte. Las concentraciones de las comparaciones en ciertas partes entre Virú y Lambayeque, hacen entrever diferencias regionales». El autor reconoce 370 elementos de decoración, en 29 tipos con 41 variantes. Luego presenta discusiones de las secuencias de Kotosh, Chavín (Burger), Ancón, Huacaloma y Cupisnique (Tellenbach 1998, I, pp. 51-66). Respecto de Kotosh, prefiere el primer informe de los dos, por tener referencias más precisas de las procedencias de las piezas excavadas. Reconoce múltiples correspondencias formales y decorativas entre Ofrendas y los períodos Wairajirca y, sobre todo, Kotosh (Tellenbach 1998, I, pp. 51-55). La secuencia de Burger recibe una crítica pormenorizada que revela las debilidades de su formación:

No solo el análisis preciso de las formas cerámicas sino también las decoraciones revelan que la secuencia Urabarriu-Chakinani no está basada en secuencias tipológicamente confiables y numerosas. El resultado sorprendente de una revisión de 22 técnicas decorativas en el material de Burger [...] es que aproximadamente un tercio de ellas son comunes a Urabarriu y Janabarriu pero ausentes en Chakinani, que sería la fase intermedia entre ellas según Burger. Otra sorpresa es que solo en dos casos tipos de decoración hayan sido encontrados exclusivamente en deposiciones Chakinani y Janabarriu pero no en contexto Urabarriu. Además hay solamente una técnica decorativa exclusiva de Chakinani. Finalmente es notable que aquellas características señaladas como típicas de Chavín [...] la decoración curvolineal (acanalada) y las cintas decoradas pulidas sobre fondo con decoración impresa, o bien las cintas decoradas impresas sobre fondo pulido [...] existen en los tres conjuntos Urabarriu, Chakinani y Janabarriu (Tellenbach 1998, I, p. 57).

En general, Tellenbach percibe «numerosas características de forma y decoración [que] vinculan el hallazgo Ofrendas y el conjunto Urabarriu» (Tellenbach 1998, I, p. 61), mientras que la fase Chakinani no es real: «si hubiese existido una fase intermedia entre Urabarriu y Janabarriu, cuyos elementos consistirían por lo menos en parte con el material Chakinani, deberían encontrarse en el área andina conjuntos comparables documentados, pero este no es el caso». Tellenbach duda también de la existencia de Capilla Temprano en Huaricoto (Tellenbach 1998, I, p. 61). Luego presenta algunas observaciones sobre la estratigrafía en Ancón, basado en las tesis de Rosas (1970) y Scheele (1970). En la excavación de Rosas:

[...] deposiciones con cerámica Chavín cubren con un espesor de más de 3 m [sic] el frente lateral de una plataforma de por lo menos 3 escalones con una escalinata de acceso, la cual fue descubierta en una parte restringida. Es muy sugerente suponer que en el área de las capas con hallazgos excavados, había partes de las plataformas superpuestas que no se han podido reconocer claramente en el limitado corte de excavación» (Rosas 1970, p. 62).

Como se registran construcciones en los escalones de la plataforma y una construcción circular —¿se tratará de un patio circular hundido?—, es de suponerse que Rosas no pudo reconocer una superposición estratificada complicada en contextos de arquitectura monumental. Esta situación sugiere también una mezcla del material. Además, las capas más superficiales (1-3, fases VI-VII) ya estaban disturbadas antes de la excavación, donde aparece también material comparable con Janabarriu. Chavín Tardío aflora también en el material de Scheele. En las capas inferiores (4-9 de Rosas) aparece material relacionado con Kotosh-Kotosh y Ofrendas (Rosas 1970, p. 64).



Sobre las características de la época Ofrendas, Tellenbach concluye que las formas de cerámica indican una intensa red de elementos comparables entre la parte norte y media del área centroandina, que contrasta con tendencias más regionales en cuanto a representaciones y decoraciones. Estas se dejan dividir en tres grandes regiones: costa norte (al norte del valle de Santa), para la que se mantiene la denominación Cupisnique; la región serrana, denominada Mosna; y el área central o región Ancón (Tellenbach 1998, pp. 67-68).

En forma separada, Tellenbach trata de lo que él llama Chavín Tardío, basado en 377 piezas de 25 sitios, con 24 tipos y 42 variantes (Tellenbach 1998, p. 69). Concluye que:

[...] la interrupción en el desarrollo Chavín entre la época Ofrendas y Chavín Tardío se demuestra en todas las clases de vasijas con una radicalidad sorprendente. En relación con las formas, no existe una continuidad reconocible de los tipos. La única excepción la forman las botellas de asa estribo. En este caso se presenta durante el Chavín Tardío una amplia gama de variantes que no se puede relacionar con particularidades regionales como es posible en la época anterior Ofrendas (Tellenbach 1998, p. 93).

Una comparación de las botellas de asa estribo le indica «que en la época Chavín Tardío se imitaron las decoraciones y tal vez también las formas de las botellas de asa estribo de la época Ofrendas, frecuentemente sin entenderlas. La interrupción entre las épocas Ofrendas y Chavín Tardío aparentemente ha sido fuerte» (Tellenbach 1998, p. 94).

El autor también se impone la difícil tarea de especificar las relaciones entre las áreas norandina y centroandina. Rescata el valor de lo que Uhle había reconocido como Chaullabamba y se concentra en las técnicas de pintura rojo sobre claro del sur del Ecuador y la cerámica Mosna. Entre los resultados más sorprendentes, se encuentra su interpretación del contexto de la Tumba 1 de Kuntur Wasi. Sostiene que las trompetas de *Strombus* llevan diseños ofrendas y la compotera también corresponde a esta época. La vasija escultórica y la botella corresponderían a Mosna, pero incluso más a relaciones con Chaullabamba. «Mucho más concreto» es el material de la Tumba 4:

En vista de la cantidad masiva de perlas de aguas tropicales en la Tumba 1 no sorprende que la gran perla de turquesa con prominencia excéntrica en forma de cabeza [...] cuadre excelentemente en la gama de los amuletos perla Chaullabamba [...]. En la cultura Chaullabamba también los colgantes en forma de ave, trabajos en oro y plata, de la tumba 4 [...] encuentran parecido. La semejanza con los pendientes de concha blanca [...] no sería casual —sobre todo porque en ambos casos tienen perforaciones indicando que tuvieron cosida [a] una especie de vestimenta (Tellenbach 1998, pp. 120, láminas 177-179).

Una versión parecida, más concentrada en los aportes de Uhle, apareció en 1999 (Tellenbach 1999).

En la parte final, Tellenbach se dedica a aclarar las relaciones entre Chavín y la costa sur (Tellenbach 1998, pp. 122-131). A diferencia de algunos autores, que dudan de la validez de las primeras fases de la secuencia maestra de Ica en relación con el estilo Ocucaje (Silverman 1991), Tellenbach acepta la secuencia en forma total e interpreta las pocas piezas que conforman las fases 1, 2 y 2/3 como contemporáneas de la época Ofrendas, mientras que Ocucaje 3 y 4 corresponden a Chavín Tardío. Se detiene en las diferencias con la cerámica del norte, ya que elementos tempranos en la secuencia de Ica aparecen en forma más tardía en el norte. En particular, se trata del motivo del Dios de los Báculos, que, dentro del razonamiento de Tellenbach, se origina en el sur, pues las telas de Karwa se correlacionan con la fase D de Chavín, mientras que el Dios de los Báculos recién aparece en la fase E/F. Además de ello, «la estela Raimondi representa una combinación de la deidad de los báculos proveniente del sur con el viejo ser dragoniano de la tradición Ofrendas» (Tellenbach 1998, p. 131). Desarrolla más esta sugerencia en sus conclusiones (Tellenbach 1998, pp. 134-135). Ya que los impulsos de la época Chavín Tardío no llegan desde el norte, deben de hacerlo desde el sur. Pero el autor se da cuenta de que debe de haber otra zona fuera de la costa sur para aportar a su origen y especula que puede serlo la sierra sur; ante ello, pasa a la tradición de puntas líticas asociadas con la caza y la ganadería de los camélidos:

La discontinuidad del desarrollo Chavín al final de la época Ofrendas y la subsecuente uniformidad del cuadro cerámico de la cultura Chavín Tardío en toda la mitad Norte del área Centro-Andina —con impactos culturales hasta las regiones Sur del Ecuador— parecen estar vinculadas a un avance de componentes pastores que tienen su origen en el Sur. En épocas posteriores del desarrollo cultural Centro-Andino, durante los períodos panandinos Wari e Inca, también los pastores formaron un elemento muy importante de aquellos pueblos que desarrollaron unidades grandes, los llamados estados del área Centro-Andina (Tellenbach 1998, p. 135).

## 5. RESUMEN

Los años que siguen a las discusiones en boga sobre el inicio de la década de los sesenta (véase nuestro capítulo primero) no perdieron su ímpetu en las décadas siguientes, sin que se vislumbrara una solución aceptada en forma universal. El esquema de Rowe, criticado desde diferentes ángulos tanto en su aplicación al sitio de Chavín como a las secuencias regionales, en particular a la de Ica, no condujo a alternativas

que hubieran podido reemplazarlo definitivamente. Estos problemas son más notables en el sitio epónimo, donde excavaciones desde 1966 hasta la fecha no pudieron avanzar más allá del reconocimiento de dos fases dentro de definiciones diferentes, con lo que no se llegó mucho más allá de los resultados de Bennett en 1938, quien también propuso la posibilidad de una bipartición del material cerámico y de la arquitectura (véase el Capítulo I). Las excavaciones de Lumbreras, pese al hallazgo espectacular del contexto de la Galería de las Ofrendas, se limitaron, en buena cuenta, a la limpieza de la arquitectura y a la excavación de capas post-formativas. Lo que él logró discernir fueron dos eventos cuyas duraciones respectivas son difíciles de determinar. El propio Lumbreras tuvo que cambiar sus esquemas con frecuencia para llegar a una secuencia de cuatro fases, que es, en el fondo, un compromiso entre sus excavaciones y la propuesta de Burger. Los sondeos de Burger fueron llevados a cabo en zonas fuera del centro monumental con pocas evidencias para una secuencia consolidada. Su propuesta en tres fases recibió críticas (véase arriba Tellenbach 1998), de modo que también se reduce a dos fases o épocas como fruto de análisis comparativos detallados, cuyo resultado final, sin embargo, decepciona por no llegar a una cronología más refinada. Tellenbach reconoce que el material de la Galería de las Ofrendas es foráneo, con lo que acepta lo que parece irrefutable, pese a las separaciones de estilos Chavín y no-Chavín de Lumbreras; pero, si esto es así, no se puede construir una fase de Chavín sobre esta base. Quedaría la fase Urabarriu de Burger, en la que aparece también mucho material que no es de Chavín, tanto de la costa como, de Kotosh. Según Tellenbach, se trata tanto de paralelos con Wairajirca como con la fase Kotosh. El otro problema es el carácter distinto de lo que Lumbreras llama «Rocas», Burger «Janabarriu» y Tellenbach, «Chavín Tardío». Todos reconocen que se trata de una especie de «revolución»: algo distinto, sin antecedentes. La propuesta de Tellenbach de que este estilo se haya originado en la costa o sierra sur no convence del todo, pero no hay razón para postular que pueda haberse originado en Chavín, por lo que resulta poco convincente convertirlo en el centro de «irradiación», para usar un término de Tello.

En el reciente volumen sobre Chavín (Conklin & Quilter 2008, fig. I.2) aparece una sinopsis de seis versiones cronológicas de Chavín (Rodríguez Kembel, Rowe, Bischof, Mesía, Lumbreras & Burger) ordenadas según la periodificación planteada por el autor (Kaulicke 1994). A primera vista llama la atención la diversidad extrema de las propuestas. Estas varían entre aproximadamente 1500 a.C. (fase Chavín A de Bischof [1500 a 1300 A.C.]) y 200 a.C. (fin de la fase Janabarriu de Burger). Toda la secuencia de Bischof (de las fases A, B, D y EF de Rowe) cubre un lapso de 700 años y termina en aproximadamente 800 a.C. Las secuencias de Rodríguez Kembel, de Rowe según sus propios cálculos, de Mesía y de Lumbreras se inician en 1200 a.C.,

pero sus finales varían entre 200/300 y 500/600 a.C. con subdivisiones en fases que varían en terminología, cantidad y cálculos temporales. La de Burger cae, como ya se sabe, entre 1000 y 200 a.C. En la terminología del autor esto significa que cubre todo el Formativo, el Formativo Medio y Tardío o el Formativo Medio hasta Final. Este gráfico, por tanto, ilustra bien el estado muy poco consensuado de la cronología de este sitio y, de manera más indirecta, los problemas inherentes de sus trasfondos diversos.

Por lo general, uno de los problemas básicos de la cronología de Chavín es la ausencia de cerámica con características que dejen fuera de duda su producción en el lugar, sin que se tratase de imitaciones de modelos exógenos, o demostrar que algunos estilos mejor conocidos en la costa o en otras partes de la sierra aparezcan en Chavín antes de las secuencias regionales o locales. Si bien lo último es poco probable o comprobable, se mantiene el problema de la definición del tiempo en el sentido de determinar anterioridad o posterioridad en los estilos reconocidos. Solo así se podrá definir también dónde estos comenzaron a surgir, cómo se difundieron, qué área de difusión tenían y cuándo dejaron de existir.

Se ha visto también que la vinculación de la cerámica con el arte lítico de Chavín —que, para muchos, sirve como una especie de ancla de salvación— no es metodológicamente viable. Solo en pocos casos existe la posibilidad de correlacionar motivos, quizá menos en la cerámica conocida de Chavín (véase aportes de Bischof). Si existen más motivos respectivos en cerámica de la costa, este fenómeno no implica necesariamente una especie de copia del arte de Chavín en sitios fuera del sitio epónimo. Si bien Rowe estaba en lo cierto con la ubicación del Lanzón en una fase temprana (A/B) y la Portada Blanco y Negro en una tardía (D), una correspondencia nítida parece existir solo en la secuencia del valle de Ica, que no está bien definida aún en los inicios de la secuencia pese al apoyo incondicional proporcionado por Tellenbach. Los trabajos de Bischof también parecen señalar que estilos de arte lítico de la costa norcentral anteceden al arte lítico de Chavín. Este autor define una fase A en la que Chavín no es el único sitio que presenta piezas, sino que estas aparecen en una zona mucho más extendida, sin que Chavín deba entenderse ni como centro ni, mucho menos, como origen de este estilo. El Lanzón tampoco es el origen del arte lítico, sino que parece corresponder a la pieza clave de la fase siguiente, fase B. Por otro lado, los trabajos de Bischof también sugieren que piezas tempranas de la fase A provengan de sitios cercanos a Chavín, como Yura-yaco o Runtu, que no han llamado la atención de los arqueólogos pese a que podrían proporcionar el potencial de una comprobación de material cerámico asociado en secuencias cortas y, posiblemente, anteriores a Chavín. Ante la ausencia de un catálogo de todas las piezas líticas del sitio, no se excluye la posibilidad de piezas que se hayan producido fuera de Chavín y sus sitios

aledaños sin que se deba excluir la costa. De este modo, el Obelisco de Gotush (Tello 1960, lámina XLIII; Roe 1974, figura 23) tiene muchas características que sugieren la presencia de elementos estilísticos Cupisnique, como también las piezas ubicadas en Kuntur Wasi y Pacopampa. Lathrap (1985, p. 249, nota al pie 3) especula que incluso el Obelisco Tello podría provenir de otro sitio.

Visto de esta manera, tampoco el arte lítico de Chavín presenta una secuencia nítida local sin ingredientes foráneos, como ya fue anotado por algunos autores con anterioridad. Solo un catálogo completo y razonado puede aclarar esta situación poco transparente.

Los trabajos más recientes en Chavín complican el panorama en vez de aclararlo, pero trazan pautas por seguir. La secuencia arquitectónica del complejo monumental parece ser mucho más complicada y extensa de lo aceptado hasta 2001, fecha de la tesis de Rodríguez Kembel, y sugieren que la parte a la que pertenece la Galería de las Ofrendas no corresponde a una fase relativamente temprana sino a la última de las construcciones monumentales. Para complicar más el asunto, el estilo Janabarriu parece estar asociado a una secuencia arquitectónica de carácter residencial, con fechados  $^{14}\text{C}$  que oscilan entre 800 y 600 a.C., lo cual refuta los fechados muy recientes propuestos por Burger y cubre el tiempo asignado al material de Ofrendas. Si se acepta que Ofrendas no es una fase local, sin embargo, este resultado no queda invalidado. Esto significaría que el estilo Janabarriu podría ser más temprano en Chavín que en otros sitios, pero este problema recién puede tratar de resolverse cuando se disponga de la documentación respectiva. En un trabajo reciente, en el cual se presenta el inventario de una estructura funeraria parcialmente saqueada, acerca de Mollake Chico, Palpa, atribuida a Ocucaje 3, se reconoce material que se parece, en algunas piezas, a elementos atribuidos a Janabarriu. Se obtuvieron tres fechados (760-410, 905-820 y 1190-920 a.C.), de los que se escogió a 760 a.C. como valor aceptado (Isla & Reindel 2006). Este promedio se consolida y se confirma con seis fechados de cuatro contextos funerarios con material comparable de excavaciones del autor en Coyungo que aún no se han publicado (850 a 400 A.C. con dos sigmas) (véase Capítulo IV).

En todo caso, no se ha resuelto aún el problema de una secuencia completa del sitio, sobre todo si el análisis de la arquitectura sugiere parecidos con la fase Mito de Kotosh. Ya que parece haber evidencias de ocupaciones del Arcaico Temprano y Medio en la zona de Chavín (comunicación personal de John W. Rick), no sería extraño que existan otras correspondientes a un Arcaico Tardío/Final y hasta un Formativo más temprano que quedan por ser ubicadas. Las presentadas críticas de Burger, sin embargo, son justificadas en parte; el propio Rick está consciente de ello. Los problemas, por lo tanto, parecen restringirse a lo siguiente: 1. Al hecho de que

un sitio complejo como el de Chavín, de hasta 42 hectáreas de extensión, según un cálculo realizado por Burger para la extensión durante su fase Janabarriu, no se puede entender con sondeos reducidos en los que ni siquiera se puede diferenciar fehacientemente entre secuencias de capas no alteradas por actividades constructivas y rellenos de construcciones (véase crítica de Tellenbach); 2. Se precisa de excavaciones con el fin de hallar más contextos que permitan definir mejor lo que se entiende por Janabarriu y Urabarriu, y definir sus inicios y sus desapariciones dentro de secuencias que se dejen correlacionar con la secuencia arquitectónica; 3. Es imprescindible contar con una documentación más precisa de la arquitectura y del corpus de arte lítico.

De este modo, queda evidente que Chavín, en el estado actual, no puede servir como punto de referencia en la elaboración de secuencias correlacionadas; así, tampoco se pueden comprobar las hipótesis elaboradas en su entorno sin incurrir en círculos viciosos. Debe haber quedado claro también que el uso del término «Chavín» como sinónimo del Formativo o del Horizonte Temprano —el que, en definitiva, se refiere al mismo Chavín, tanto para sus propios vestigios como para los muchos sitios fuera de su ámbito directo— obstaculiza la obtención de cronologías más sólidas. La definición deficiente, basada en una estereotipia marcada de una simplificación extrema de pocos elementos poco definidos, convierte la discusión en círculos poco productivos que, en lugar de sustentarlas, impiden la definición de cronologías sólidas. Con ello no se quiere minimizar la relevancia de Chavín dentro del marco del Formativo, pero, en el estado actual, sería preferible insertarlo dentro de una red de referencias, en vez de tejer esta red alrededor del sitio epónimo.

En relación con los trabajos de los japoneses, es preciso constatar que el «estado pre-Chavín» de algunas de las fases o períodos reconocidos no corresponde tanto a lo que comúnmente se entiende por Chavín. Si se trata del sitio epónimo y del arte figurativo, tanto Kotosh-Kotosh —quizá aun Wairajirca— como Huacaloma tardío (Ídolo) son contemporáneos con evidencias del sitio de Chavín. Por otro lado, es muy lamentable que los trabajos de La Pampa no fueran reanudados, ya que es un sitio que tiene arte lítico temprano (de la fase A de Bischof) y cerámica Janabarriu, además de ser grande y presentar arquitectura monumental. Todo indica que La Pampa debería proporcionar una secuencia más completa del Formativo, como en los casos de Kotosh y los de la sierra norte, pero otros sitios actualmente trabajados por los japoneses prometen resolver al menos algunos de los problemas relacionados en el «problema Chavín» (pp. 282-2, Embajada 2008).

## CAPÍTULO IV

### LAS CRONOLOGÍAS DEL FORMATIVO

A lo largo de los capítulos precedentes, se ha presentado una multitud de datos, interpretaciones y especulaciones sobre el tema del «origen de la civilización», cuyo paradigma, desde los inicios, fue y sigue siendo «Chavín». Este paradigma se basa en las características materiales de un sitio, tomado como modelo y nudo de comparaciones con materiales considerados parecidos y después relacionados en un área muy extendida. Sobre la base de estas percibidas interrelaciones unilaterales, se construyen «historias» politizadas, a menudo basadas en un evolucionismo social con sociedades y mecanismos de poder poco definidos, y el correspondiente sustento socioeconómico más postulado que demostrado. Pese a aseveraciones de diferencias entre los vestigios materiales del sitio, su estilo —en particular el de su arte lítico— y los sitios fuera de Chavín, antes —y a veces incluso hoy en día— llamados «chavinoides», el paradigma se basa enteramente en lo que se supone que es lo característico del complejo arqueológico de Chavín de Huántar. En este sentido, no es correcto enfatizar diferencias conceptuales entre el sitio, el estilo del sitio y el «horizonte Chavín». Ya que la documentación arqueológica de este sitio, desde sus inicios, ha sido y sigue siendo fragmentaria, el conocimiento muy parcial ha permitido la elaboración de múltiples interpretaciones diversas y a menudo contrapuestas, que han convertido el tiempo en campo de experimentación de teorías y modelos antropológicos y políticos. Ello también vale para la definición básica de este tiempo. Se han lanzado diferentes y contradictorias propuestas, en las que la discusión se concentra menos en definiciones de vestigios materiales y su conversión en estilos o variantes de un omnipresente estilo «Chavín» de carácter nebuloso —quizá presumiendo que no requiere definición— que en la discusión de fechados  $^{14}\text{C}$  seriados y correlacionados. Por otro lado, los aportes pertinentes de los japoneses, cuya presentación forma el núcleo de este trabajo, se caracterizan por una constancia notable y una concentración en los vestigios excavados, sus análisis y cronología. Pese a la producción enorme, plasmada en sus publicaciones extensas y numerosas, su aceptación entre los colegas peruanos

y norteamericanos es algo «tibia», ya que se considera que sus aportes carecen de esencia teórica. La preocupación por la cronología les parece ser un problema secundario, ya que este se resuelve con fechados  $^{14}\text{C}$ , con lo que se fechan secuencias poco definidas, ya que presentaciones pormenorizadas del material excavado, sus contextos y su estratigrafía les parecen prescindibles ante las prioridades teóricas desligadas del sustento empírico. Prevalece, por ende, la idea de un tipo de tiempo como algo neutral, objetivo y no-cultural (Fabian 2002, p. 22). Debe quedar claro que tal procedimiento revela argumentaciones circulares, pues se empeña en explicar algo sobre la base de pruebas con poco o nulo sustento. Parte de esta actitud es el concepto del tiempo en sí: este, como proceso evolutivo, es una interpretación alocrónica, en el sentido de no requerir de la definición del tiempo «real» o «histórico», sino de un tiempo «natural» como marco referencial cuya duración, inicio o fin es menos relevante que el «resultado».

Pese a la presentación y discusión de las definiciones de la cronología, desde el inicio de la década de los sesenta, por parte de John H. Rowe (véase nuestro Capítulo II), quien se enfrentó a abusos de ella en las décadas previas, sus propuestas se han encontrado con una aceptación irreflexiva y acrítica, en la que estas servían de guía cómoda de clasificación a modo de catálogos para filatelistas, o con críticas severas que dejan entrever que quienes las formularon no destacan por conocimientos precisos de los principios de la cronología.

Ante esta situación algo confusa, es preciso indagar de forma más detallada en los principios y los problemas de la cronología.

## 1. LOS PRINCIPIOS Y LOS PROBLEMAS DE LA CRONOLOGÍA

### La cronología relativa

En ausencia de fuentes escritas con sistemas calendáricos correlacionables con el actual, como en el caso del espacio temporal —que constituye el tema central de este trabajo—, el ordenamiento del tiempo se basa en materializaciones en la superficie terrestre. Estas materializaciones, tanto inmodificadas o «naturales» como modificadas o «culturales», suelen compartir los mismos espacios. En casos de acumulaciones superpuestas de sedimentos, que se parecen a procesos observables en el presente, se establecen secuencias que pueden corresponder a acumulaciones anuales, como las varvas glaciales, las capas con contenido polínico en pantanos, los sedimentos en el fondo de los océanos, entre otras. Sus contenidos por capa se analizan de acuerdo con su ritmo de acumulaciones y sus contenidos se comparan con el fin de detectar similitudes y diferencias con la situación actual, para establecer el ritmo de cambios



paleoclimáticos o paleoambientales. Estos principios geomorfológicos forman parte de la estratigrafía geológica y geomorfológica (véase Nichols 1999). En sitios como abrigos rocosos, se acumulan sedimentos eólicos en capas en las que pueden encontrarse artefactos que indican la presencia humana. Estos artefactos se ubican sobre pisos de ocupación o una superficie natural ocupada por un grupo de individuos durante un tiempo reducido —probablemente, menos de un año—. Dicha superficie es referencia para todo lo se acumuló durante esta presencia como consecuencia de actividades de diferente índole (para el Perú, véase Lavallée *et al.* 1985). Esta «horizontalidad», tanto en los estratos geológicos como geomorfológicos, no siempre se registra, por lo que su secuencialidad y su estado completo/incompleto complican la definición de su estratigrafía. En la geología, los fósiles estratificados (bioestratigrafía) proporcionan elementos para su ordenamiento de acuerdo con su presencia en estratos que permiten la definición de unidades o biozonas. Su zonificación se define por:

- a) el intervalo entre la primera y la última aparición de una sola especie (*total range biozone*);
- b) la ubicación de la especie precedida y remplazada por otras de la misma línea filética (biozona con rango consecutivo o *consecutive range biozone*);
- c) una biozona caracterizada por una sola especie que, en lugar de definir su rango, está definida por el espacio entre la extinción de otra y la aparición de una tercera (*partial range biozone*);
- d) la definición de una biozona por una cantidad de especies diferentes que pueden o no estar relacionadas, en la que la aparición y desaparición de todas establece lo que se entiende por «intervalo estratigráfico» (*assemblage biozone*); y
- e) la abundancia de una especie en particular que puede variar en el tiempo, aunque un intervalo con una proporción alta de esta especie puede servir para definir una biozona (*acme biozone*) (Nichols 1999, p. 248, figura 19.3).

Estas biozonas pueden convertirse en unidades cronoestratigráficas cuando la formación de una especie y su dispersión ocurre rápidamente, lo que se entiende como «horizonte isocrónico». Puede ocurrir también que su extinción se dé durante un período geológicamente corto, lo que, asimismo, puede corresponder a un horizonte isocrónico. En otros casos, los límites entre biozonas deben considerarse diacrónicos (Nichols 1999, pp. 249-250). Se han presentado estos principios porque ilustran el procedimiento de un enfoque de cronología relativa, en el sentido de que se define, en este caso, el lapso de existencia de una especie desde diferentes ángulos, pero, en particular, desde una «enmarcación» entre lo que es definitivamente anterior y posterior. En el último caso, se aplica también el término *terminus ante quem* y, en

el primero, el *terminus post quem*, en el cual *quem* representa lo que está por definir. Lo importante, sin embargo, es la necesidad de aplicar diferentes enfoques en vez de contentarse con uno solo y tomar en consideración que, en algunos casos, no se alcanzan definiciones satisfactorias en el sentido de una sincronía.

Estos principios suelen aplicarse a sitios arqueológicos en situaciones «prehistóricas», con lo que se refiere a excavaciones en sitios tempranos que corresponden al Paleolítico o Mesolítico de Europa o al Arcaico temprano y medio del Perú. En épocas posteriores, la intervención humana en la formación de estratos es tan intensa que los factores ambientales o geológicos juegan un papel menor. Estas estratigrafías, por lo tanto, son mucho más complejas pues, por regla, implican construcciones y sus modificaciones en un sentido tanto horizontal como vertical. De ahí las estratigrafías publicadas y su conversión en cronología de sitios como Guañape, Ancón, etcétera (véase el primer capítulo), en las que los criterios de la formación del sitio se reducen a una referencia menor ante sondeos excavados en niveles horizontales de espesores unificados. Se trata de simplificaciones inaceptables, ya que ignoran intencionalmente la relación y la formación de las capas en relación con modificaciones como estructuras funerarias, viviendas, pozos, etcétera.

Ya Uhle y Tello eran conscientes de estos problemas, pero la influencia de los norteamericanos impuso una línea diferente, basada en la seriación (véase el capítulo segundo y abajo). Excavaciones en arquitectura demandan técnicas de excavación y de documentación adecuadas con el fin de captar situaciones complicadas. El ejemplo de las excavaciones y su documentación publicada de los japoneses proporcionan una buena idea de este procedimiento (véase el Capítulo II). Ellos inician sus intervenciones con la excavación de trincheras para obtener perfiles de orientación. Luego amplían el área donde aparece la arquitectura y se enumeran y describen las capas en relación con ella. Esta arquitectura se documenta tanto por muros de cuartos, pisos, plataformas, canales, etcétera, como por elementos independientes, cada uno con su enumeración respectiva. El siguiente paso consiste en interrelacionar estos elementos con el fin de entender sus conexiones en forma de edificios, plataformas y canales asociados, en el sentido de contemporaneidad, modificación (por ejemplo, ampliación) y superposición (sincronía y diacronía). A partir de este análisis se obtiene la formulación de fases. Solo de esta manera se puede definir, paso por paso, en qué consisten las secuencias de actividades de construcción y de uso. Un registro sistemático de estos segmentos convertidos en secuencias es lo que se conoce por la «Matriz de Harris» (1979). Edward Harris (1979, p. 88) define la secuencia estratigráfica como una secuencia de estratos y la creación de interfaces de rasgos en el tiempo. «Interfaces» son interrupciones verticales de los estratos que se definen por el reconocimiento de los últimos en forma de muros y pozos (Harris 1979, p. 58, figura 15).

El siguiente proceso consiste en subdividir esta secuencia en fases y períodos. Para lograrlo, se agrupan capas e interfaces de acuerdo con sus posiciones estratigráficas. En sitios con buena conservación de actividades constructivas, estas pueden servir para su periodificación, pero, por lo general, la estratificación arqueológica consiste en estratos, en interfaces o en períodos de deposición y de no-deposición. Estos últimos, a menudo, no son debidamente considerados. Los procesos de la correlación y el reconocimiento de fases (la superposición), así como la elaboración de secuencias estratigráficas y la periodificación, cuentan entre las más importantes tareas del arqueólogo excavador, pese a que no se cumplan a menudo, como lo demuestra el Formativo del Perú. En el caso de las excavaciones de Kotosh, fue posible seguir con mucho detalle los diferentes pasos involucrados que condujeron a la construcción de un templo (Mito) y a su relleno intencional con el fin de levantar otro edificio sobre del primero, así como a las modificaciones coordinadas en plataformas de diferentes niveles con sus accesos en forma de escalinatas que también cambian. Estos procesos de construcción, uso, inhabilitación y construcción nueva y superpuesta se dejan expresar en tres fases tanto en Kotosh como en Shillacoto, aunque queda la posibilidad de una fase anterior en Kotosh, donde no se llegó al suelo estéril. En Shillacoto se presenta otro problema interesante: la presencia de un lapso de tiempo durante el cual no se construye pero queda a la vista la arquitectura, para luego modificarse en espacio para fines funerarios. Esta fase es llamada «fase de uso posterior» por Fuchs (1997) para el sitio Cerro Sechín en el caso del edificio de piedra, contemporáneo, por aproximación, con esta fase de Kotosh. Lamentablemente, las construcciones de los períodos Wairajirca y Kotosh no se conservaron tan bien en Kotosh como para seguir todos estos pasos y definirlos, pero queda claro que en cada uno de ellos existen modificaciones que corresponden a fases. En Huacaloma y Kuntur Wasi, se observaron remodelaciones frecuentes, como las demoliciones de edificios sobre plataformas en tres casos (Huacaloma) con el fin de ampliar el edificio. Estas demoliciones, sin embargo, no son eventos de destrucción sino actos deliberados y probablemente ritualizados de otra forma de renovación. En todo caso, permiten la definición de tres fases para el período Huacaloma tardío. En Kuntur Wasi se han diferenciado dos fases constructivas para la fase Ídolo (ID-1 e ID-2) (950 a 800 a.C.), dos para Kuntur Wasi (KW-1 y KW-2) (800 a 550 a.C.), tres para Copa (CP-1 a CP-3) (550 a 250 a.C.) y dos para Sotera (ST-1 y ST-2) (250 a 50 a.C.) (Inokuchi e.p.), mientras que en Huacaloma se definieron tres fases para Huacaloma tardío (véase Capítulo II).

De este modo, queda claro que la definición de fases no solo se limita a actividades relacionadas con la construcción. De ahí es preciso aplicar la microestratigrafía ejemplificada por Dillehay (2004) en el sitio de San Luis, valle de Zaña. En dos construcciones en forma de «U», el autor documentó pequeños cuartos, muros y varios

pisos intermitentes, así como capas estériles en una serie de fases de construcción que no cubren toda el área construida; ello, en la interpretación de Dillehay, representa construcciones, pisos verticales y pisos horizontales como episodios diferentes y cortos, así como una serie de episodios de construcción, uso y abandono durante dos fases de construcción (Dillehay 2004, pp. 251-252, figuras 3 y 4).

Estos ejemplos, como se vio en los capítulos precedentes, no conforman la regla general en las publicaciones disponibles. En estas se suelen describir brevemente áreas reducidas de excavación, que no permiten entender ni la forma completa de las construcciones ni el tipo de formación de las capas, lo que a su vez impide contar con definiciones claras de «remodelación» y «superposición», y por lo tanto de «fases» y «períodos».

Además de enfoques cronológicos, se requieren enfoques corológicos, pero estos están poco desarrollados en el Perú pese a esfuerzos respectivos de, por ejemplo, Lumbreras (véase Capítulo III). En este caso, se trata de la distribución geográfica de la arquitectura monumental. El término «arquitectura monumental», en relación con las evidencias de tiempo que se discuten en el presente trabajo, se encuentra poco definido y constituye algo así como un sinónimo de «centro ceremonial». A su vez, este último término a menudo se relaciona con las llamadas «estructuras en U», que constituyen, junto con el estilo Chavín, una evidencia básica de la presencia del «horizonte Chavín», lo cual representa una cadena lógica que no es del todo aceptable. Sin pretensión de discutir la validez de estos términos y los conceptos escondidos detrás de ellos, se percibe el afán de una categorización estereotipada en el sentido de una sola función asumida con una sola configuración arquitectónica, asociado a un estilo (aun en forma indirecta) lo que no solo ignora posibles diferencias en el tiempo sino también en sus funciones.

Intentos en esta dirección escasean y se limitan a enfoques regionales (véase Williams 1971, 1972, 1980a y b, 1985) o por valles (véase Willey 1953; Wilson 1988). Trabajos más recientes se concentran en el Arcaico Tardío y Final, los que, junto con las evidencias de Kotosh y Shillacoto, han permitido precisiones que no se han logrado para el Formativo (véase Vega-Centeno 2005). Un trabajo más global está presentado en forma de una tesis inédita (Ulbert 1987). El autor es consciente de las limitaciones de la documentación disponible, pero se enfrenta a esta tarea al construir una base para la comparación que consiste en el modo de construcción —plataformas, muros de terrazas, muros constructivos para cuartos, etcétera, además de construcción del techo y elementos decorativos, como revoques, relieves o murales, muros ornamentadas—. Llega a la conclusión de que no existen diferencias marcadas entre los complejos de la sierra y la costa aunque adobes cónicos, redes con piedras (*shicras*) y construcciones en forma de kincha se limitan a la costa, mientras

que en la sierra predomina piedra y tierra. En casi todos los ejemplos documentados, se observa el «enterramiento» de edificios (Ulbert 1987, pp. 6-25). Con estos datos intenta la definición de grupos con el fin de detectar patrones de distribución, pese a la imprecisión de gran parte de la documentación. Distingue entre Grupo I (plataforma aplanada con patio delantero rectangular), Grupo II (patio delimitado por edificios en tres lados), subdividido en tres; Grupo III (edificios con corredor), Grupo IV (plataforma aplanada con patio delantero circular) con dos variantes; Grupo V (complejos alargados, como Sechín Alto y Las Haldas) y Grupo VI (edificio central con dos alas separadas) (Ulbert 1987, pp. 26-51). Sobre la base de 111 sitios con arquitectura monumental que cubren la zona costeña entre Lambayeque y Mala, y desde Pacopampa hasta Mito en Huánuco, en la sierra (Ulbert 1987, pp. 86-127 [catálogo], figura 10), llega a la conclusión de que el Grupo I, muy reducido, tiene una distribución muy norteña, tanto en sierra como costa. El Grupo II también se limita a la costa norte hasta Casma; más al sur se encuentra el área del Grupo VI. Entre los grupos II y VI se ubica el IV. La diferencia entre la costa central y la costa norte también se nota claramente en la distribución de los adobes cónicos (desde Casma hasta el norte) y con bolsas de piedras (desde Casma hasta el sur). La ornamentación de los muros en forma de bloques arreglados en patrones decorativos es común en la sierra, pero escasa en la costa, donde predominan muros con ortostatos. Ulbert es consciente de que su propuesta depende de la contrastación con otro material asociado. Es evidente que, después de veinte años, es preciso corregir, modificar y ampliar su enfoque, aunque las diferencias regionales en la arquitectura concuerdan, en lo general, con la distribución de material mueble (véase abajo).

Esta arquitectura monumental también debería compararse con la arquitectura no monumental asociada o no asociada. Semejante intento, sin embargo, se prohíbe por la inexistencia de documentación pertinente, salvo algunos casos excepcionales, por ejemplo Montegrande (Tellenbach 1986). La documentación detallada de este sitio demuestra que existían unidades domésticas diferenciadas, distribuidas en una forma general de «U», con construcciones más monumentales en su centro. Los trabajos de Ravines en el mismo valle (Ravines 1981 y 1982) y los de Tsurumi —aún inéditos— de Las Huacas, cerca de Montegrande (véase Tsurumi e.p.), demuestran que la hipótesis de aldeas reducidas, simples y sin ordenamiento interno notable (véase el Capítulo II) no valen para este valle y, probablemente, tampoco para otros.

Este conjunto de datos sobre la cronología relativa de la arquitectura tiene que verse en relación con eventos que consisten en agrupaciones de objetos que reflejan una interrelación funcional dentro de un espacio definido y que permiten tomarlo como contexto. Un contexto indica una esencial contemporaneidad en la deposición de objetos que sugieren una intencionalidad. Contextos de este tipo suelen

encontrarse en situaciones estratigráficas que corresponden a lo que Harris llama «interfases», esto es, eventos entre fases. Estas pueden caracterizarse por diferentes formas, como cerámica u otro material asociado a pisos con sellos posteriores («capa H» de Lumbreras), deposiciones rituales en estructuras no-domésticas (Galería de las Ofrendas), deposiciones en superficies preparadas como descarte (eventos de festines de Cerro Blanco; véase el Capítulo III), acumulaciones de cerámica fina con capas asociadas a la arquitectura de lo que Tellenbach (1997) llama «contexto ritual ofrendatorio» (Montegrande, Purulén, Huacaloma) y contextos funerarios (Kotosh, Shillacoto, Cerro Blanco, Kuntur Wasi; véase el Capítulo III). En las demás situaciones (rellenos de diferentes tipos, nivelaciones, material reutilizado, etcétera) el contenido cultural probablemente procede de diferentes acumulaciones primarias que resultan en una mezcla a partir de la que solo puede deducirse la edad relativa por el material cronológicamente más reciente, lo que es de poca ayuda cuando la secuencia cronológica aún está por establecerse.

En los análisis de este material, es preciso mantener el carácter del contexto en vez de proceder a cuantificaciones de capas en secuencias poco definidas en cuanto a su formación (seriación), esto con el fin de evitar mezclas que tiendan a «crear» secuencias en lugar de definir diferencias y, con ello, de límites inferiores y superiores y cambios entre fases.

De particular importancia son los contextos funerarios, cuya validez ya fue demostrada ampliamente por los trabajos de Larco (véase el Capítulo II), quien llegó a interpretaciones distintas de las de Tello por el hecho de haber tenido acceso a material contextualizado de «cementerios» de poca extensión y de relativamente pocos contextos con una variación relativamente alta. Parece que existieron también superposiciones, lo cual implica la presencia de superficies diferentes cuya lógica de formación no queda aclarada. Seki (1997), en el sitio de La Bomba, Quindén, valle de Jequetepeque, demostró que estos contextos se relacionan con arquitectura superpuesta en diferentes fases, en el sentido de aprovechar construcciones anteriores para la instalación de pozos funerarios. Algo parecido parece ocurrir con los muchos cementerios registrados por Alva (1986) en el mismo valle, lamentablemente saqueados. En este sentido, los contextos funerarios suelen estar relacionados con arquitectura y, por lo tanto, se insertan dentro de la cronología relativa obtenida a partir de la última. Debe comprobarse si existen también áreas funerarias sin evidencias de arquitectura —quizá en los casos de Ancón y Supe (véase el Capítulo II)—, pero las técnicas de excavación y la ausencia o extrema escasez de la presentación de los contextos no permiten mayores conclusiones. Con el fin de obtener una secuencia relativa de estos contextos, se debería aplicar la estratigrafía horizontal, que depende de una cronología sólida: parece que nunca fue empleada en el Perú.

El poco interés en la excavación y el análisis de contextos funerarios del Formativo del Perú es lamentable, ya que el análisis de contextos funerarios es de suma importancia, no solo por su relevancia en la elaboración de cronologías. Rowe era muy consciente de este potencial y lo usó para sus propuestas cronológicas, sobre todo en la del Horizonte Temprano de Ica (véase el Capítulo II). En este caso, las referencias pertinentes provenían de informaciones de coleccionistas locales como fruto de excavaciones no sistemáticas que no fueron publicadas por él. Queda por señalar que los japoneses se destacan en este punto también, ya que han contribuido en forma sustancial al tema por los muchos contextos que excavaron, en particular los de Shillacoto, Cerro Blanco y Kuntur Wasi.

La corología de estos contextos y sus asociaciones es otro enfoque que ha sido poco empleado con la precisión necesaria. Es evidente también que las distribuciones dependen de una serie de factores que permiten o impiden su empleo. En particular, la reticencia generalizada en presentar el material excavado en forma completa dificulta una transparencia necesaria. Con respecto a la cerámica, es evidente que se debería partir de recipientes lo suficientemente completos para inferir sobre sus aspectos morfológicos y decorativos, lo que, además, constituye una precondition para la definición de tipos o estilos. Tellenbach (1998; véase el Capítulo III) ha elaborado una morfología cerámica y una clasificación de los motivos decorativos para sus épocas Ofrendas y Chavín Tardío. Sus mapas de distribución (Tellenbach 1998, láminas 62-75, 121-128) muestran en forma gráfica una densidad muy débil debido a la información restringida de relativamente pocos sitios. Este hecho reduce el valor analítico de su enfoque. Bischof (véase el Capítulo III) se ocupó de la distribución de objetos de arte temprano, en particular de piezas líticas. En vista de que estas últimas cuentan con distribuciones más reducidas, son más informativas, aunque también reflejan solo la información disponible ante un corpus más grande que no está disponible.

Los trabajos de los japoneses son relevantes en este aspecto por el hecho de haber presentado el material excavado de modo bastante completo (véase el Capítulo II). De ahí no solo se puede analizar la distribución de rasgos cerámicos, sino también de los artefactos líticos (puntas talladas, puntas pulidas, hachas, morteros, platos, etcétera) y óseos (espátulas, agujas con cabeza [tupus], cuentas, etcétera [véase Kaulicke 2002]).

Otro grupo importante está compuesto por el arte rupestre (pinturas y grabados sobre roca), que tampoco cuenta con una buena base de datos, pero el interés en el tema se está incrementando en los últimos años (Núñez 1986; Guffroy 1999; Hostnig 2003). Parece que no existe un trabajo específicamente dirigido al Formativo, aunque muchos contienen información sobre sitios con motivos respectivos (véase Pimentel 1986). La documentación respectiva y la distribución complementarían

significativamente el conjunto de elementos constitutivos para establecer grupos regionales. La definición de «grupos de arquitectura monumental» (véase arriba) resulta aún algo simple. Una combinación de mapas de distribución de los diferentes elementos señalados aumentaría representativamente la información de la distribución de ceramios y permitiría una densidad más representativa de sitios. Kaulicke ha contribuido al tema con varios trabajos (1994, 1997 y 1998).

De todo ello, resulta evidente que se requiere un banco de datos sistematizado que reúna información relevante de fuentes de diversa índole —publicaciones, material inédito en museos y colecciones, incluidos reanálisis de los contextos funerarios de Larco, Tello y otros, además de fotos, dibujos, etcétera—, apto para incluir material nuevo y dirigir la búsqueda sistemática con el fin de rellenar lagunas.

De todo lo referido acerca de la cronología relativa, debe haber quedado claro que su validez depende de muchos factores. Por ello, propuestas cronológicas son precisamente esto: propuestas que deben someterse a un escrutinio permanente, necesario para eliminar errores o lagunas al correlacionar materializaciones de tiempos breves (eventos), así como buscar reconfirmaciones en otros contextos contemporáneos, directamente anteriores o posteriores, tanto en secuencias como en sus distribuciones sincrónicas.

### **La cronología absoluta**

Sobre el inicio de este capítulo, se mencionó la idea de un reemplazo de la cronología relativa por la absoluta o numérica. Semejante intento desvela un desconocimiento básico de los principios de la arqueología y de la cronología, así como de las posibilidades de interpretación de los fechados  $^{14}\text{C}$ . De acuerdo con lo que se presentó acerca de la cronología relativa, el problema más bien consiste en la correlación entre ambos enfoques.

Conviene describir brevemente los principios. Lo que viene a continuación es un resumen de lo publicado en 2000 (Kaulicke 2000, pp. 78-81, basado en Pazdur & Pazdur 1994). El carbón natural tiene dos isótopos estables, el Carbono 12 ( $^{12}\text{C}$ ) y el 13 ( $^{13}\text{C}$ ), así como un isótopo radioactivo, el Carbono 14 ( $^{14}\text{C}$ ). Este último es producido en la atmósfera a partir de reacciones entre neutrones cósmicos y nitrógeno. Decae por emisión de partículas beta en una vida media de 5730 años. Este carbón se oxida en  $^{14}\text{CO}_2$ , para entrar luego en organismos vivos por medio del consumo de alimentos orgánicos. El intercambio de  $^{14}\text{C}$  entre atmósfera y biósfera es relativamente rápido. Todos los organismos vivos intercambian  $^{14}\text{C}$  con su medioambiente y mantienen una actividad radiocarbónica específica y aproximadamente constante, que cesa con la inactividad de un organismo. Para asumir que el radiocarbono decae en un ritmo controlable, se parte de las siguientes premisas: (a) la producción de  $^{14}\text{C}$



ha sido constante durante un largo lapso de tiempo; (b) el estado de los reservorios en atmósfera, biósfera y los océanos ha sido constante y se registra bien mezclado; y (c) no hubo intercambio de carbón entre el material por fechar y su ambiente después de la fijación del carbón orgánico. Ya se sabe que las primeras dos aseveraciones no son válidas y requieren correcciones, mientras que la tercera implica una alta posibilidad de contaminaciones posteriores. Cada fechado depende de convenciones como la vida media, que, inicialmente fijada en 5568 años, es de  $5730 \pm 40$  años, para lo cual el año 1950 equivale al cero (0) d.C. La producción del fechado depende de diferentes técnicas, como la espectrometría con acelerados de masas (AMS).

Además, existen varios problemas durante la evaluación del fechado: tiene que estar libre de elementos contaminantes y se registran variaciones en las concentraciones de carbono del pasado. Asimismo, se observan problemas con la muestra, por lo que:

- a) Debe haber una asociación segura entre la muestra y el evento por fechar, además de seguridad plena en someter el objeto por fechar (por ejemplo, material de construcción para la elaboración de un objeto, como el poste de una casa).
- b) Debe haber una probabilidad alta de que exista una relación funcional entre el material orgánico de la muestra y el evento u objeto por fechar (por ejemplo, carbón vegetal en una urna, ataúd carbonizado en un contexto funerario o material quemado de un fogón).
- c) Puede haber una alta probabilidad de que no exista una relación funcional directa entre la muestra y el material arqueológico asociado (por ejemplo, concentración de carbón vegetal en un pozo de basura o una capa cultural); y
- d) existe una probabilidad razonable en el caso de partículas de carbón o huesos dispersos en una capa cultural.

Fuera de la cantidad necesaria de carbón para garantizar un buen resultado, se debe considerar un hecho simple: cada muestra es más antigua que el tiempo preciso en que fue enterrada. Esta diferencia puede ser: (a) mínima (por ejemplo, en el caso de semillas, huesos de animales pequeños, ramas, partes exteriores de árboles); (b) de varias décadas (hasta cien años) por combustión de árboles con edades entre 10 y 50 años; (c) de varios siglos, en el caso de carbón de especies de larga vida o de reutilización de madera; y (d) indeterminada, en el caso del desconocimiento del tipo de muestra (por ejemplo, ceniza).

A menudo es necesario comparar y promediar los fechados radiocarbónicos, ya que la naturaleza estadística de los procesos involucrados en el fechado conduce a resultados diferentes. Estos procesos se basan en principios de probabilidad, lo cual requiere la aplicación de modelos estadísticos, en particular de la estadística

bayesiana. En el enfoque bayesiano, se realizan inferencias basadas en distribuciones de probabilidad *a posteriori* de acuerdo con un teorema de Bayes que combina probabilidades *a priori* para los parámetros, con la probabilidad de los datos o el mejoramiento o la revisión de supuestos existentes bajo nueva información. En un enfoque bayesiano, todas las formas de inseguridad se expresan en términos de probabilidad y lo que se sabe antes de recoger nuevos datos —la información *a priori*: información o conocimiento obtenidos con anterioridad a las observaciones como una expresión numérica o como una función de densidad de probabilidad, lo que, a su vez, es una función matemática graficada— es esencial para su comprensión. Los resultados de un análisis bayesiano se resumen como *highest posterior density region* (HPD), el intervalo más corto que se puede construir para un porcentaje particular fijo (95%) de una densidad posterior (Buck & Millard 2004, pp. VII-VIII).

Estas bases estadísticas para el cálculo de la probabilidad de la edad de muestras arqueológicas se dejan ampliar al cálculo de fases y secuencias, lo cual implica la información sobre el inicio y el final de una fase o de un período (*boundary*). Ya que muestras de este tipo no abundan o no son disponibles, se requiere de informaciones *a priori* de la cronología relativa, que se deja expresar en una fórmula que incluye también otros criterios, como secuencia relativa, eliminación de traslapes, partes sin información, etcétera, a modo de simulaciones. Con ello, Ingmar Unkel (2006) analizó más de cien muestras de <sup>14</sup>C del Proyecto Arqueológico Palpa y llegó a los siguientes resultados (Unkel 2006, pp. 105-110, tabla 10, *Anhang*, pp. 16-21, 26-31): Ocucaje 3-4 de 800 a 520 cal BC, Ocucaje 5-6-7 de 550 a 350 cal BC, Ocucaje 8-9 de 400 a 200 cal BC y Nasca Inicial de 50 cal BC a 80 cal AD. Inclusive con esta precisión, quedan por resolver problemas cronológicos por la distribución de edades de los sitios analizados (escasez o ausencia de algunas de las fases o escasez de comparaciones entre sitios).

Un problema central, muy directamente vinculado con el «problema Chavín», es la llamada Meseta de Hallstatt, entre 800 y 400 a.C., durante la cual resulta imposible ordenar los fechados en un orden secuencial ya que suelen mostrar valores muy parecidos aún cuando queda claro que debería haber diferencias cronológicas entre ellas debido a sus ubicaciones estratigráficas respectivas (véase también Velarde 1998). Como quedó evidente en las discusiones de los Capítulos 2 y 3, casi todos los fechados relacionados con el estilo Chavín, independiente de la definición preferida así como del sitio epónimo y de sitios relacionados, caen en este lapso. La única posibilidad de contrarrestar este problema es la definición de los *boundaries* (véase arriba) o, con otras palabras, la definición de lo que claramente cae antes o después de estos *boundaries* y que corresponde a material diferente. En el caso problemático de Jana-barriu que cae directamente en este lapso «infortunado» (véase arriba Ocucaje 3-4, La Banda y otros contextos de Chavín de Huántar, entre otros) resulta difícil definir

dónde esta cerámica aparece por vez primera; los fechados más tardíos favorecidos por Burger deberían corresponder a otra situación que, en buena cuenta, está por averiguar. En el caso de Palpa, presentado arriba, los fechados de Jauranga (Ocucaje 5 a 7) que también caen en este lapso tienen que ser más tardíos por razones estratigráficas, por lo cual Ocucaje 4 debe terminar antes del siglo V a.C., mientras que Ocucaje 8 y 9 (Formativo Final) se ubican entre 360 y 280 a.C.

Con ello resulta evidente que la cronología numérica no puede ser un reemplazo de la cronología relativa, sino esta requiere la información previa como condición ineludible para establecer las probabilidades más cercanas a la edad real y así eliminar fechados aberrantes. En consecuencia, diferencias y debates acerca de esta problemática no son opciones por escoger, sino que suponen el acercamiento al tiempo concreto del material arqueológico correspondiente a un evento. En asuntos cronológicos no puede haber compromisos, una fijación de edad es, en el fondo, falsa o correcta. Se trata de enfoques definidos por la precisión de probabilidades basadas en la cronología relativa y numérica. Con ello se acerca lo más posible a la edad basándose en lo que es anterior al evento por fechar (*terminus post quem*) y lo que es posterior (*terminus ante quem*).

### La terminología

Antes de pasar al último punto, es preciso reenfocar algunos problemas relacionados con el uso de ciertos términos básicos. Con ello no me refiero tanto a la terminología empleada en la cronología que se ha abordado durante todo este trabajo, sino al uso específico de algunos términos «clave» en torno a la problemática Chavín, que también formaron parte de la discusión presentada. Se perciben ciertas incongruencias en el uso de los términos «estilo», «horizonte», «Formativo», «fase» y «período». Estas se deben básicamente a su vinculación con el término o concepto «Chavín», que los condiciona de tal modo que se convierten en argumentaciones circulares. Un horizonte, según Rowe, implica contemporaneidad. ¿Qué se entiende por esto? Si una fase o un período (véase arriba) se vincula con la presencia de un estilo, ¿su presencia define la contemporaneidad? Si un horizonte, el Horizonte Temprano, se compone de diez fases, este lapso de tiempo de casi un milenio —cada fase estimada en una duración de aproximadamente un siglo— ya no garantiza contemporaneidad, salvo que esta misma se esté «recreando» durante cada fase. Estas fases en sí son construcciones basadas en la presencia y la ausencia de elementos o rasgos observados en ceramios seriados. La concentración exclusiva en la cerámica solo permite la inclusión de elementos de otro tipo de material (lítico, óseo, concha, madera, tejidos, etcétera), si se asume que la transferencia de otro soporte al de la cerámica —o viceversa— ocurre por medio de mecanismos desconocidos en el mismo lapso de tiempo en que ocurren los

cambios en la cerámica. En esta parte se ha intentado demostrar la necesidad de llegar a la definición de cambios locales y de sus parámetros. En forma general, significa que una secuencia local debe definirse por medio de los elementos más significativos que señalan «rupturas», en el sentido de definir inicios y fines de ocupaciones o construcciones. Lo que ocurre dentro de estos límites sirve para la definición material de una fase. Esto está especificado en las cronologías de los sitios excavados por los japoneses. Ellos emplean los términos «período» y «fase» dentro de la lógica de la arquitectura y sus cambios. En tal sentido, Kotosh-Mito es un período con diferentes fases, como se vio en el primer punto de este capítulo. El Horizonte Temprano de Rowe es un período algo particular, definido por una especie de «meta-estilo» —el estilo Chavín— y su relación con otro regional dependiente —por ejemplo, el estilo Ocucaje—. Las fases de este último, por ende, se definen por cambios paulatinos dictados por «influencias» externas que parecen llegar en varias olas para luego detenerse, pero subsiste su «legado» reformulado por preferencias locales y regionales. La diferencia entre ambos enfoques, por tanto, es el énfasis en cambios locales en los que la presencia o ausencia de elementos foráneos —como Chavín— no determinan las características de las fases, con la excepción de intrusiones breves y masivas, mientras que el otro parte de innovaciones externas que definen el desarrollo interno. El término «pre-Chavín», en el sentido de los japoneses, es, en forma esencial, todo lo anterior a las intrusiones aludidas. Ahí se enfrentan dos posiciones diferentes: una que parte de la construcción de secuencias locales y otra de diferentes estilos como «variantes» de un «tema» general, el «mega-estilo», que es la base que justifica la presencia de un horizonte. Si bien Rowe fue consciente de este problema, la definición poco precisa de lo que se entiende por Chavín convierte el último en pretexto para la construcción de secuencias locales y regionales, hasta el punto que debería preguntarse si existe algo así como expresiones regionales con la suficiente independencia estilística para merecer la calificación de «regional». El problema central en estas discusiones es la fusión o la confusión de definición e interpretación. La cronología es, en primer lugar, el ordenamiento y, luego, la medición de tiempo. Un tercer paso es la interrelación de segmentos de tiempo, de la que nos ocuparemos más adelante. En la construcción de fases y períodos, sin embargo, a menudo prevalece la interpretación del tiempo en el sentido de elaboración de procesos económicos y políticos, contactos, hegemonías, conflictos, etcétera. Estas interpretaciones pueden ser válidas, pero dependen de un marco referencial sólido: la cronología. Si este marco no es sólido o si se interpreta en forma asistemática, el resultado es forzosamente cuestionable.

En los capítulos II y III se observó que el término «Formativo» se vincula con el evolucionismo y con estadios en los que el tiempo se percibe como «bloque», marco referencial del tiempo dentro del cual se desarrolla. La noción de proceso implica una

direccionalidad regresiva en el sentido de una serie de pasos que llevan a un resultado. Estos pasos, sin embargo, son predeterminados por el resultado final, por lo que su existencia es una precondition sin que se tenga que demostrar su presencia concreta. Aplicado a Chavín, se trata del logro de la emergencia de sociedades complejas en los Andes Centrales como ejemplo estrictamente «andino» (Burger 1992, pp. 225-226), una unificación social reflejada en un estilo compartido dentro de una faceta tardía de un horizonte que, en cierta medida, se encuentra fuera de los horizontes establecidos por Rowe. Esta unificación está precedida por antecedentes más o menos «prometedores» que no logran los alcances de Chavín. El problema, entonces, es la ubicación y la definición básica de los orígenes, elementos que, hasta ahora, no han llegado a conclusiones satisfactorias, probablemente porque se trata de un problema artificial que se resiste a una solución viable, basada en la lógica en lugar de en la especulación. Por ende, hablar de «proceso» en el sentido de «progreso» —esto es, de sociedades no complejas a complejas— resulta difícil en el caso del conjunto Período Inicial/ Horizonte Temprano (Pre-Chavín y Chavín) o del Formativo, pues existen vestigios de complejidades distintas y diferenciadas durante todo este lapso de tiempo. De ahí resulta concluyente que ambos términos, el Formativo y el Período Inicial/ Horizonte Temprano, se basan en los mismos principios cronológicos y concuerdan o divergen en sus enfoques. Al ignorar las bases cronológicas, estas interpretaciones se convierten en especulaciones infundadas, reflejo de un pensamiento esencialmente acientífico. Cabe anotar que los intereses por entender estructuras sociales y bases económicas son absolutamente lícitos, pero deberían basarse en evidencias controladas en vez de en aseveraciones «prestadas» de teorías o evidencias desconectadas. El poco interés en excavar sitios no monumentales y cementerios, así como en lugares destinados a la producción y extracción, como campos de cultivo, canales de irrigación, hornos de fundición o quema de cerámica, unidades domésticas y su material asociado, etcétera, limitan las respectivas posibilidades de interpretación. Hasta el aspecto ideológico, sus conceptos, sus funciones rituales y sus configuraciones locales y regionales dentro de una red de sitios asociados, cuyas definiciones deberían ser más factibles, no han llegado más allá de acercamientos poco consolidados.

En este sentido, las bases socioeconómicas postuladas bajo el rubro «Formativo», aun en términos evolucionistas, no necesariamente carecen de fundamento, siempre y cuando no se formulen «en contra» de las bases cronológicas. La cronología, por lo tanto, no es prescindible ni reemplazable por fechados  $^{14}\text{C}$  seriados, sino que forma la base fundamental de cada interpretación. Con ello, obviamente, no se quiere presentar a la cronología como un «enfoque» carente de cada interpretación. Las interpretaciones pertinentes, sin embargo, se dirigen hacia la lógica del ordenamiento y de la medición del tiempo.

Ramón (2005, p. 8), refiriéndose al Perú, reconoce que «en nuestro medio han primado dos formas de periodificar o clasificar temporalmente el material arqueológico: la *evolutiva* y la *cronológica*» (cursivas en el original), aunque enfatiza que «no se trata de propuestas excluyentes, pero es preciso distinguirlas. La falta de atención sobre este tema es causa y efecto de graves incongruencias, manifiestas en las investigaciones». En un argumento basado en una reseña histórica, termina por rescatar el concepto de horizonte de Rowe ante cualquier crítica posterior: «Reconocida la arbitrariedad de toda secuencia y la formalización excesiva que todo cuadro cronológico implica, cabe insistir en su carácter aún imprescindible» (Ramón 2005, p. 8). Ante esta loable consideración por la «aún» imprescindible cronología, resulta algo sorpresivo su crítica a mi trabajo (Kaulicke 1994). El uso del término «Formativo» le basta para tildar todo el trabajo de «evolucionista» e incluso me concede el favor de citar las subdivisiones —¿inútiles?— del «bloque». Su obsesión por lo que él considera el significado inalterable del término «Formativo» invalida toda argumentación basada estrictamente en criterios cronológicos, y hasta se olvida, por lo demás, de la cita de Shakespeare que conforma el epígrafe de su trabajo: «What's in a name? That which we call a rose by any other word would smell as sweet» (Kaulicke 1994, p. 6). Parece más bien que las justificadas críticas al evolucionismo que, en buena cuenta, se comparten en el presente trabajo no pueden esconder deficiencias en lo que Ramón entiende por «cronología». En este sentido, es significativo que, en sus referencias bibliográficas —las cuales, por lo demás, muestran un conocimiento bastante completo de la literatura norteamericana al respecto—, ninguno de los trabajos de los japoneses merezca su mención —con la excepción de Inokuchi (1998) en una nota al pie en relación con la discusión sobre Janabarriu—. Esta posición, de acuerdo con lo expuesto en este trabajo y, en particular, en este capítulo, no puede sorprender.

## 2. LA PERIODIFICACIÓN

En el trabajo citado (Ramón 2005), el autor se pregunta por la razón de una escasez de síntesis:

Y cuando ocasionalmente aparecen, es obvio que pese a la abundante información ofrecida, suelen flaquear en su mecánica interna, es decir, en la nomenclatura y la periodificación. Esto opaca la relación entre corpus e hipótesis. Sin embargo, la periodificación no se restringe a las obras generales, siendo relevante desde el grado cero de la investigación arqueológica. Para organizar la información obtenida por los más diversos medios (excavación, prospección, estudio de colecciones, etc.) los arqueólogos utilizan —táctica y/o explícitamente— categorías alusivas al tiempo y al espacio, que son las coordenadas de la periodificación (y de la arqueología).

De acuerdo con Ramón, las razones para la escasez referida se deben a: «a. la permanencia (directa o indirecta) de las categorías planteadas en la primera época; b. la falta de discusión respecto a los criterios de organización informativa al interior de cada sección específica (léase «culturas») c. la proliferación de híbridos que tratan de acoplar nueva información en categorías teórica (y prácticamente) enrarecidas. Parte del indicado conflicto reside en la ausencia de perspectiva histórica elemental» (Ramón 2005, pp. 7-8). Con el fin de elucidar esta problemática, se propone una «genealogía» razonada similar a lo que se discutió en el Capítulo II. Esta tiene la virtud de revelar algunas deficiencias metodológicas o teóricas, pero no ayuda mucho a definir la metodología apropiada para la arqueología. La periodificación, por lo tanto, no debería consistir en subdivisiones arbitrarias del tiempo, sino basarse en la información obtenida por medio de análisis cronológicos previos. Como se ha visto a lo largo del presente trabajo, el empleo de principios cronológicos escasea en la arqueología del Formativo, por lo que el corpus al que se refiere Ramón no es tan grande como él se imagina. La periodificación no equivale a una síntesis de informaciones aisladas o «crudas», en el sentido de no haberse convertido en información cronológica. Forzosamente, tiene que partir de secuencias basadas en arquitectura superpuesta con contextos asociados y fechados  $^{14}\text{C}$  que daten dichos contextos y proporcionen información razonada por medio de contrastación.

¿En qué consiste, entonces, la periodificación? ¿Es, como a veces se piensa, algo prescindible, artificial y, de ahí, dudoso? El término «período» es un componente crucial en la cronología y «periodificación» está relacionado con él. Mientras que el primero es una unidad, el segundo supone la interrelación con otros, con el fin de establecer unidades sincrónicas y diacrónicas válidas para un área mayor que comparte una proporción variada de elementos en común: se trata, en buena cuenta, de una combinación entre cronología y corología.

De acuerdo con lo expuesto arriba, esta periodificación debe enmarcarse en límites temporales claros. El inicio del Formativo como período, siguiendo a Rowe, tiene como característica principal la aparición de la cerámica. Según se observó en los ejemplos discutidos, la transición entre contextos con y sin cerámica no se limita a la introducción de un elemento nuevo entre muchos otros que siguen sin modificación. Las construcciones funerarias en técnica, contenido y tipo de contexto de Wairajirca no existen en Mito, sino que estas usan el espacio previo para otros fines, probablemente después de un período de abandono. En Cerro Sechín, las construcciones monumentales cesan; asimismo, en Caral y en otros sitios relacionados se observa un abandono previo. Los fechados disponibles no sugieren diferencias marcadas que podrían hacer pensar en una transición larga con sitios acerámicos. El límite posterior, el final del Formativo, es más difícil de definir, ya que depende

de los antecedentes locales y regionales de lo que define el Formativo Final. En la definición de Rowe, para el valle de Ica, esto se limita a aspectos técnicos dentro de lo que es la transición entre Paracas y Nasca. La inserción de una variedad grande de diferentes estilos (Topará, Paracas tardío y Nasca Inicial) antes de la consolidación del estilo Nasca, en cambio, justifica esta separación entre Horizonte Temprano y Período Intermedio Temprano. En el norte la situación es algo diferente, aunque también parece haber una variación mayor de estilos contemporáneos, pues, como en el sur, subsisten elementos típicos de un Formativo Final con otros elementos innovadores. He optado por separar un Epi-Formativo con lo que se considera la presencia de elementos característicos del Formativo en tiempos pos-formativos, esto es, caracterizados por un predominio de elementos no-formativos.

Dentro del período definido, de esta manera, se distinguen cuatro subdivisiones: temprano, medio, tardío y final. Estos adjetivos denotan un enfoque cronológico relativo que define su secuencia y, en este sentido, se diferencia claramente de los formativos inferior, medio y superior de Lumbreras (véase el Capítulo III). «Medio» es «medio» porque es más temprano que el Formativo Tardío y posterior al Formativo Temprano; «tardío» porque es anterior al Formativo Final y posterior al Formativo Medio; «temprano» porque es anterior al Formativo Medio y posterior al Arcaico Final; finalmente, «final» por estar entre el Formativo Medio y el Epi-Formativo. Será muy difícil contar con secuencias completas, en el sentido de cubrir todo el período Formativo, pese a que sitios como Ancón gozan de esta fama. Por ende, es preciso trabajar con las secuencias más largas de las que se dispone. En Kotosh existe una secuencia de seis períodos (en el sentido de la arquitectura, véase arriba): Kotosh-Mito, Kotosh-Wairajirca, Kotosh-Kotosh, Kotosh-Chavín, Kotosh-Sajarapatac y Kotosh-Higueras. Kotosh-Mito pertenece al Arcaico Final, por las razones expuestas; Kotosh-Higueras difiere tanto de períodos anteriores en sus características materiales que es razonable separarlo también. Los cuatro períodos restantes mantienen muchos vínculos materiales, con la excepción de Kotosh-Chavín, que constituye una interrupción. Están confirmados en otros sitios de la zona, si bien en secuencias incompletas. Estos vínculos compartidos son de carácter regional, pero tanto Wairajirca como, sobre todo, Kotosh muestran elementos compartidos con otras zonas que permiten su correlación con secuencias diferentes. De este modo, existen elementos de Kotosh-Kotosh en Chavín de Huántar, en Jequetepeque y aun en la costa central. Sajarapatac se encuentra también en una secuencia del sitio San Blas, cerca del lago Junín, la que lamentablemente no está muy consolidada, pero confirma una posición cronológica tardía. De este modo, es tentativamente permisible colocar a Wairajirca en un Formativo Temprano, a Kotosh en un Formativo Medio, a Chavín en un Formativo Tardío y a Sajarapatac en un Formativo Final. Lamentablemente,



los fechados  $^{14}\text{C}$  disponibles son escasos, pero los tres de Kotosh-Kotosh son bastante congruentes y permiten ubicar a Wairajirca entre los fechados más tardíos de Mito y el más temprano de Kotosh, ya que parece haber mezcla entre los fechados de Mito y Wairajirca. De los dos fechados de Chavín, uno tiene que ser eliminado por ser más temprano que los tres de Kotosh. Incluso el segundo es muy temprano por su esencial contemporaneidad con el más reciente de Kotosh. Con ello se confirma la posición temprana de Mito, Wairajirca y Kotosh, mas no de los tres restantes.

En la sierra norte, la situación es aun más clara pues existen varias secuencias correlacionables, pero sin la existencia de un período precerámico (Arcaico Final), con la excepción de evidencias poco definidas en Cerro Blanco, cerca de Kuntur Wasi. En casi todos los sitios existe cerámica temprana en los inicios de las secuencias (Huacaloma Temprano o La Conga). Dicha cerámica se correlaciona bien con otros sitios, como Montegrande, Pacopampa o Pandanche. Aunque esta correlación permitiría una subdivisión de un Formativo Temprano en tres subfases, en todo caso, confirma plenamente su existencia. Hacia el final del Formativo Temprano, aparecen formas parecidas a Kotosh en una ubicación cronológica que está confirmada por los fechados  $^{14}\text{C}$ . Sigue Huacaloma Tardío o Ídolo, Pacopampa-Pacopampa y Pandanche B, por lo tanto, en una serie de secuencias que comparten un estilo propio, el que, a su vez, incorpora elementos cupisniques. Como la secuencia de los diferentes estilos cupisniques no está bien definida —los fechados de Cerro Blanco permiten diferentes lecturas y no se relacionan claramente con los frisos—, esta correlación está por definirse por medio de secuencias costeñas. La secuencia generalizada se interrumpe en algunos sitios por elementos arquitectónicos y cerámicos que denotan procedencia de la costa norte en forma de un Cupisnique tardío. Nuevamente, escasean evidencias correspondientes de la costa, pero este Cupisnique es definitivamente posterior al vinculado con las secuencias previas de los sitios referidos. La interrupción en Kuntur Wasi debe ser desligada de la de Kotosh y no aparece en la misma forma en los otros sitios de Cajamarca, pero, pese a ello, podría ser contemporánea en un sentido general. Ya que fechados como 800 a.C. (calibrados) indican el inicio de un estilo conocido como Janabarriu, en Chavín (véase el Capítulo III), no se excluyen fechados similares para los inicios de Kotosh-Chavín y Kuntur Wasi. Por otro lado, los fechados entre 800 y 400 a.C. se resisten a una definición clara debido a problemas técnicos intrínsecos (véase arriba). En todo caso, sigue otra fase en Kuntur Wasi, llamada La Copa, que guarda una serie de elementos de la fase anterior, entre los que se mantienen los de «Janabarriu». Aunque con variantes algo diferentes, quizá correspondan a un Janabarriu tardío que Burger planteó como base de su concepto de horizonte. Al aceptarlo, este horizonte también tendría una duración más larga. De esta manera, tendríamos un Formativo Temprano entre 3400 y 3000 a.p. ó 1700

a 1200 a.C. (calibrado), un Formativo Medio entre 3000 y 2650 a.p. ó 1200 a 700 a.C., un Formativo Tardío entre 2650 y 2400 a.p. ó 700 a 400 a.C. —aquí hay que anotar que los fechados oscilan alrededor de la «meseta» referida y, por lo tanto, requieren correcciones— y un Formativo Final entre 2400 y 2200 a.p. ó 400 a 200 a.C. En esta periodificación, la nueva propuesta para la secuencia del estilo Ocucaje en Ica (véase arriba), la fase temprana (Ocucaje 3-4), correspondería al Formativo Tardío y las siguientes dos (Ocucaje 5-7 y 8-9) a un Formativo Final subdividido, a su vez, en dos fases. Cabe anotar que las piezas seriadas de las primeras fases (Ocucaje 1 a 2) corresponden, en su mayoría, a un Cupisnique Tardío; esto es, no deben ser esencialmente más tempranos que Ocucaje 3 y 4.

Con todo ello se obtiene una red de correlaciones con mallas algo grandes, pero que posee la virtud de proporcionar un marco referencial general, en el cual el estilo Chavín no domina sino que más bien complica la situación, por la impresión de que lo que Burger llama «Janabarriu» aparece sin mayor preparación en muchos sitios, Chavín de Huántar incluido. En el estado actual de conocimiento, es imposible resolver este problema, salvo por la sugerencia de que se trata de una definición deficiente de «estilo» que debería ser analizado en sus contextos respectivos para discernir diferencias sincrónicas y diacrónicas. Por otro lado, la precisión de los fechados y de las evidencias arqueológicas no permite definir con exactitud el inicio o el final de evidencias que corresponden a la emergencia y al ocaso de elementos estilísticos. Esto no solo se debe a problemas de una cronología numérica, sino también a la precisión de las correlaciones. El mayor problema, por ende, reside en la escasez extrema de secuencias y de contextos analizados y presentados de modo completo y comprensible. Esta extrema escasez conlleva el problema de definir regiones en la lógica de la corología, ya que implica una costumbre poco recomendable que consiste en extrapolar datos de un sondeo en un sitio complejo y de mayores dimensiones no solo para generalizar los resultados para todo el sitio, sino aun para el valle en el que se encuentra. Una corología relevante tampoco se obtiene por medio de prospecciones si la cronología del área en cuestión resulta indefinida por ausencia de excavaciones en sitios con estratigrafía compleja. Pese a estas reservas, se puede definir —sin trazar límites nítidos— una serie de regiones: (a) Piura hasta Jequetepeque y sierra de Cajamarca con facetas diferenciadas entre costa y sierra; (b) sierra de Huancabamba, Jaén y Bagua, aún muy poco estudiada; (c) Chicama hasta Casma; (d) Casma hasta Mala; (e) Cañete hasta Yauca junto con (f) Moquegua hasta el norte de Chile; (g) el Callejón de Huaylas parece estar muy vinculado con la costa respectiva; (h) la Cuenca del Mantaro (Jauja-Huancayo) y la de Ayacucho, ambas con evidencias esporádicas de elementos «Chavín» en cerámica y arquitectura, corresponden a expresiones algo «empobrecidas» en relación con la sierra y la costa norte; y, finalmente, (i-k) Cusco y

el altiplano circuntiticaca corresponden a tradiciones diferentes que comparten con evidencias del sur del Titicaca (Chiripa), en territorio boliviano. Estas once regiones, en su mayoría, no cuentan con suficiente información como para insertarlas dentro de la periodificación propuesta, lo cual, sin embargo, no la invalida. Trabajos respectivos en todas ellas, no obstante, suponen una condición para obtener una visión pormenorizada de las características locales y regionales, así como de los impactos o las relaciones extrarregionales.

Con ello, forzosamente, hay que volver al problema Chavín. Si se ha criticado el concepto correspondiente durante buena parte de este trabajo, la intención no consistió en aminorar su relevancia en el sentido de relegar el sitio de Chavín a una importancia menor. Sin duda, se trata de un sitio extraordinario y de relevancia central, pero la definición, pese a su longevidad, es francamente deficiente. El trabajo de Rowe de 1962 (1962a), considerado la obra fundamental del estilo y de la secuencia Chavín, es, con sus poco más de diez páginas, un ensayo con muchas ideas esclarecedoras; pero, en fin, es un ensayo que no puede reemplazar investigaciones más sustanciales. Tanto la imponente arquitectura como el significativo corpus de arte lítico sugieren la presencia de una historia larga del sitio, pero, si bien la arquitectura ha sido más estudiada recientemente (Rodríguez 2001; véase nuestro Capítulo III), todavía falta una documentación más completa —y, sobre todo, contextos asociados y fechados— para convertirla en una secuencia operativa.

De suma urgencia, sin embargo, es la documentación completa de las piezas líticas esculpidas de Chavín de Huántar y de sitios aledaños, así como de sitios como Kuntur Wasi y Pacopampa. Solo de esta manera será posible definir grupos estilísticos y sus interrelaciones sincrónicas y diacrónicas y, de esta manera, llegar a una definición más convincente de uno o varios estilos Chavín. Como lo demostró Bischof, este arte lítico precisa de su inserción en secuencias consolidadas y de un enfoque transparente de la metodología de la historia del arte, así como de fechados  $^{14}\text{C}$  asociados (véase el Capítulo III). Una pieza muy importante en este respecto fue excavada en La Pampa por los japoneses en su contexto y otra, estilísticamente comparable fue encontrada sin contexto conocido, por lo que merecerían un reinicio de los trabajos en este lugar. También ubicaron muchas piezas desconocidas en sus excavaciones de Kuntur Wasi que todavía aguardan ser descritas en detalle.

La secuencia de cerámica del sitio de Chavín no concuerda con la complejidad demostrada o intuida de la arquitectura y del arte lítico. De las cuatro fases planteadas por Lumbreras (véase el Capítulo III), una definida con gran esfuerzo, Ofrendas, probablemente no debería mantener este estatus, ya que parece estar constituida por un conjunto impresionante y variado de objetos elaborados no en el sitio sino, eventualmente, en la costa norte y central y, en menor escala, en otros

lugares de la sierra. Otra fase, Chakinani, definida por Burger en sus excavaciones, debería contar con evidencias más sólidas para poder aceptar su existencia. Quedan Urabarriu y Janabarriu, ambas con ingredientes más o menos significativos de Kotosh y la costa norte. En particular, lo que Lumbreras define como «Rocas» —básicamente, se trata del Janabarriu de Burger— parece contener muchas piezas costeñas, a juzgar por los pocos especímenes publicados. Cabe señalar que no existen buenos contextos de Janabarriu, aunque esta situación puede cambiar cuando se disponga de los resultados de excavaciones en La Banda (véase Síntesis). Si esto no fuera suficiente, existen también fuertes discrepancias en la interpretación de los fechados. Burger (véase el Capítulo III) centra su concepto de un horizonte muy tardío —el Horizonte Temprano de Rowe— en su interpretación de algunos fechados criticados por Lumbreras (1993; véase el Capítulo III), mientras que el equipo de Rick fecha el mismo estilo —¿o es una fase más temprana?— unos cuatro siglos antes que Burger. Esto significaría que Urabarriu debería «retrocederse» en el tiempo, lo que, por sus elementos eKotosh aún poco definidos, podría ser factible. ¿Subsiste el estilo Janabarriu después de 600 a.C. o sigue un período prolongado de abandono? ¿Existe una ocupación anterior durante el Formativo Temprano que todavía no fue ubicada? Ante las pocas intervenciones en el sitio, no se puede excluir alguna de estas posibilidades, pero queda claro que el estado de la cronología del sitio Chavín dista de ser satisfactorio.

### 3. CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo, se observa una constante: la poca producción de propuestas cronológicas consolidadas y su aceptación acrítica. Esta tendencia se nota incluso desde que el complejo concepto de Tello es aceptado por los investigadores norteamericanos, pese a que reconocen su incapacidad de comprenderlo a cabalidad —hecho que no es de sorprender, en vista de que no se presentó una sustentación empírica del concepto—. Lo aceptan no por estar convencidos de su validez, sino por amoldarlo al concepto de «horizonte» en el sentido de Uhle. Este último, sin embargo, no lo había reconocido pese a haber intuido correctamente la edad de los fragmentos cerámicos recuperados por él en sus excavaciones de Ancón y de Supe. De acuerdo con la metodología de la seriación empleada en Estados Unidos incluso antes de las publicaciones de Tello, para sus cronologías reducen también el material base a la fragmentaria cerámica de conchales, con lo cual siguen a Uhle en cuanto a su preferencia por este tipo de sitios. Tello, en cambio, había reconocido la relevancia de la arquitectura monumental y sus superposiciones y contribuyó a su conocimiento por excavaciones en Nepeña, Casma y en el propio Chavín. Además,

aprobó la relevancia del arte lítico asociado con esta arquitectura, lo que más tarde fue aceptado como criterio cronológico por los norteamericanos.

La única crítica contemporánea al concepto de Tello fue propuesta por Larco, desde una perspectiva diferente, al basarse en material de contextos funerarios. Con ello, Larco puede registrar una cantidad elevada de estilos o subestilos de lo que llama «Cupisnique». Esta definición más sutil conduce, por lógica, a sostener distribuciones restringidas en un sentido tanto sincrónico como diacrónico y a oponerse al concepto de horizonte. Muestra también, con argumentos incisivos, que la arquitectura y el arte asociados de Punkurí, Cerro Blanco, Cerro Sechín y Moxeke, excavados por Tello, no son contemporáneos entre sí sino anteriores a la arquitectura de Chavín. Tello ignora esta crítica, al menos de forma escrita, y los norteamericanos, pese a mantener buenos contactos con Larco, lo siguen en esta posición al adherirse a su horizonte Uhle/Tello. Cupisnique se reduce a un estilo y es tratado como una variante de Chavín o Chavín costeño. Los efectos de esta reacción son nefastos. No se siguen estudiando contextos funerarios, pese a la sostenida destrucción de estos numerosos vestigios en la costa norte, y se continúa sin una cronología consolidada de los formativos medio, tardío y final. La excepción son los japoneses (Sakai, Shibata y Tsurumi), quienes trabajan en una serie de sitios como Limoncarro, Cerro Blanco y Las Huacas, cuyos resultados aún no se han publicado (Sakai e.p., Shibata e.p, Tsurumi e.p.) .

Con expresa omisión de arquitectura, contextos funerarios y otros contextos, los norteamericanos se empeñan en estudiar conchales con el fin de encontrar secuencias ininterrumpidas de cerámica, para lo cual excavan pozos de tamaños reducidos en niveles artificiales. Como consecuencia, hallan material, en gran medida, sin o con muy poca decoración, fracturado más que la cerámica burda e, incluso así, en porcentajes mínimos. Como resultado, se obtienen tipos basados en criterios sumamente reducidos y simples, de modo que Lanning los llama «caricaturas» de una tipología. En general, el resultado es una cronología simple en la que las secuencias no se dejan correlacionar bien, por lo que sincronías y diacronías varían considerablemente. El resultado se justifica por un concepto de horizonte que «define» una contemporaneidad poco comprobada y comprobable por medio de los métodos y las técnicas empleadas.

Ante esta situación poco satisfactoria, Rowe se empeña en una «limpieza» metodológica drástica, la cual, sin embargo, se mantiene dentro de las líneas generales del esquema cronológico, pero define un Horizonte Temprano bastante claro. En lo demás, conserva los horizontes de Uhle y establece «períodos intermedios» que consolidan su presencia, en particular un «período inicial» que separa cerámica temprana de la que lleva la impronta del estilo Chavín. Su propuesta conlleva diversas

reacciones: por un lado, es aceptada —incluso inédita— durante una de las mesas redondas de Lima (véase el Capítulo I); por otro, parece demasiado abstracta a los peruanos (véase el Capítulo III). Estas reacciones no son difíciles de comprender. En buena cuenta, los arqueólogos peruanos jóvenes se han formado con los norteamericanos, tanto con aquellos de la generación nueva como con los establecidos, quienes aún dominan la literatura disponible. Así, los norteamericanos —alumnos de Rowe— y los peruanos absorben, de modo acrítico, el ensayo de Rowe sobre el arte de Chavín (1962a, 1972). Algo parecido ocurre con el mucho más explícito e impresionante trabajo sobre la cerámica Paracas (Menzel *et al.* 1964). Se trata de la parte más documentada y más clara de su concepto, lo que se considera como una «secuencia maestra». Sin ánimo de repetir observaciones ya señaladas, queda por subrayar que esta secuencia se reduce a la de un solo estilo, el Ocucaje, con validez solo para el valle de Ica, esto es, ni siquiera para la península de Paracas, pese a que el título del libro parece sugerirlo. Conviene citar a los propios autores:

The completeness and accuracy of our story cannot exceed the limits set by the evidence available to us, and we are painfully aware that our evidence is very fragmentary. No doubt many revisions of interpretation will have to be made as more data become available. Nevertheless, when the balance is finally added, it should not be forgotten that, as recently as 1957, only five years before this study was completed, no more than two phases could be distinguished in any Early Horizon style in Peru. Our study should not be read as the last word in an argument but as the first (Menzel *et al.* 1964, p. 262).

Sus palabras no se suelen considerar cuando esta secuencia del Horizonte Temprano de Ica es tomada como modelo para cualquier otra secuencia contemporánea en el Perú, incluso sin alcanzar la elevada cantidad de fases o subfases y variantes regionales propuestas para el estilo Ocucaje. Ello, al menos parcialmente, se debe a cierta comodidad que llega al extremo de que este estudio no generase revisiones de interpretación ni la necesidad de obtener nuevos datos para confirmar o modificar los planteamientos de Rowe y su equipo. Al igual que en la costa norte, no se excavan contextos funerarios que forman la base de su análisis, el cual, por tratarse de excavaciones poco controladas dirigidas por coleccionistas, no es del todo confiable. Tampoco se llevan a cabo excavaciones en arquitectura monumental, pese a que esta también se detectó —inclusive se registraron frisos figurativos— y fue conocida por Rowe y su equipo. La confianza en su cronología es tal que parece prescindir de más excavaciones y, ante ello, abundan las prospecciones (véase Kaulicke 1992 b).

El impacto de las investigaciones de Rowe, en resumen, no animó a revisiones críticas de sus aportes ni mucho menos a un ímpetu de reforzar investigaciones

arqueológicas con el fin de mejorar el estado sumamente incompleto del corpus de evidencias correspondientes. Como siempre, se aceptan tal y como están o simplemente se ignoran.

Quizá el caso más ilustrativo sea el de Lumbreras y sus problemas al definir la cronología del contexto más espectacular de Chavín, aquel de cientos de recipientes decorados y completos y otros objetos en la Galería de las Ofrendas (véase el Capítulo III). Luego de diferentes intentos fallidos, se concentra en secuencias poco consolidadas de la costa norte y central para definir su esencial contemporaneidad y, por lo tanto, su carácter de contexto. Pero no puede dejar de aceptar el carácter exógeno de todo el conjunto, que recibe influencias desde sitios fuera de Chavín. Su ancla de salvación, la propuesta cronológica de Rowe sobre las piezas líticas de Chavín, no lo ayuda: más bien, complica su análisis. La conclusión, por ende, es que las secuencias locales y regionales tienen que reemplazar una local por definir, la de Chavín, que no concuerda mucho porque la asociación entre piezas líticas y arquitectura ocurre en pocos casos. Pese al material abundante, completo y contextualizado, no logra refinar la cronología del sitio, sino que tiene que contentarse con una simple secuencia bipartita, parecida a las de antes de 1957 (véase cita de Menzel *et al.* 1964, p. 262).

Como estos problemas subsisten hasta la actualidad, es necesario preguntarse por las razones de tal ausencia de precisión cronológica en este sitio, máximo baluarte del estilo Chavín. La respuesta es simple y obvia: no se requieren cronologías elaboradas porque estas relativizan lo hegemónico de un estilo que se mantiene como tal precisamente o por una carencia de definiciones o por definiciones que escapan a las capacidades de la metodología arqueológica. La longevidad de los conceptos cronológicos de antaño, por tanto, no se explica por su perfección sino por la poca relevancia que se les concede en la definición del tiempo. Un horizonte, en este sentido, tiende a ser fruto de la simplificación de una contemporaneidad artificial y, de ahí, inexistente. Esta «definición» tampoco difiere mucho de un «bloque» del Formativo.

Ante esta situación, es preciso contemplar las contribuciones de los japoneses. Ellos han cumplido en forma cabal con el llamado de Tello por concentrarse en la sierra para estudiar la «civilización Chavín» o el «Formativo», tal como ellos lo llaman desde el principio de sus estudios hace cincuenta años. Gracias a ellos y a otros pocos investigadores peruanos y extranjeros, algunas partes de la sierra se conocen mejor que la mayoría de la costa. Estas investigaciones intensivas, sin embargo, no han podido confirmar la hipótesis de Tello de que las culturas serranas sean más homogéneas que las costeñas. Por otro lado, sí han confirmado la estrecha relación entre sierra y costa que se manifiesta en intensivos intercambios de material y préstamos mutuos de conceptos, fenómeno que quizá incluya fricciones o migraciones a pequeña escala. El aporte más significativo, sin embargo, es la definición de secuencias consolidadas,

basadas en arquitectura superpuesta y contextos asociados. Esta definición se debe a trabajos intensivos en una serie de sitios que abarcan, por lo general, campañas repetidas a lo largo de varios años —en el caso de Kuntur Wasi, de hasta más de diez—. Esta inversión de tiempo contrasta considerablemente con las limitadas intervenciones que muchos arqueólogos peruanos y extranjeros suelen practicar en este tipo de sitios, por lo cual su valor es cuestionable. Si bien este tipo de trabajo intensivo no constituye la norma en el Perú, sí lo es en muchos otros países, donde proyectos de esta complejidad pueden abarcar varias décadas. Es evidente que un sitio como Chavín de Huántar es uno de estos complejos que merecerían proyectos de largo alcance, única vía para salir de hipótesis divergentes basadas en material restringido, incompleto y, de ahí, contradictorio, sobre todo si se considera que buena parte de este complejo está cubierto por gruesas capas de sedimentos aluviónicos.

Otro gran mérito de los japoneses es la publicación de sus resultados en forma de monografías con una documentación bastante amplia y completa. En este trabajo se presenta, por vez primera, un resumen comentado del conjunto de publicaciones producidas en un lapso de casi cincuenta años (véase el Capítulo III), con el fin de demostrar su validez y gran riqueza de información, características que las convierten en materiales de referencia obligada y constante para múltiples problemas relacionados con el Formativo. Estos trabajos demuestran, entre otros hechos, el valor relativo de la cerámica, tomado casi como absoluto en los enfoques antes presentados. En lo posible, la cerámica debería ser completa, con el fin de detectar la forma y la decoración en lugar de tener que «completarla» con todos los errores posibles que este procedimiento conlleva. Son los japoneses, además, quienes excavaron contextos funerarios importantes en varios sitios investigados, con lo que completaron los avances de Larco. Finalmente, sus trabajos posibilitan periodificaciones como la presentada en este capítulo.

Conviene recalcar que estas investigaciones se han realizado, pese a sus cincuenta años de duración, en un ambiente institucionalmente relacionado con la Universidad de Tokyo y luego con la de Saitama, período durante el cual muchos de sus miembros participaron en una serie de campañas —uno, como Yoshio Onuki, incluso durante casi todo el tiempo—. Esta cohesión personal e institucional ha permitido una presentación conjunta y constante que no se ha debilitado con el pasar de los años. También se ha mantenido el interés concentrado en el Formativo, aunque algunos de los miembros se están dedicando, actualmente, a otros temas. Trabajos en curso y otros en estado de planificación cuentan con la ventaja de experiencias y conocimientos ganados durante muchos años y que ahora se están transmitiendo a nuevos miembros. Ningún otro grupo de arqueólogos peruanos ni de otros países que trabajen en el Perú pueden jactarse de esta ventaja.



## CAPÍTULO V

### SÍNTESIS

A lo largo de este trabajo se ha tratado de enfocar una problemática central que es la interrelación entre hipótesis, especulación o teoría y las evidencias materiales y contextuales pertinentes, aplicada a la situación del Formativo peruano. Se han presentado y discutido muchos casos en los cuales esta interrelación apenas está especificada o aún es inexistente. Este último caso suele darse en las elaboraciones de hipótesis cuya estructura lógica se basa en analogías o modelos teóricos aplicados a situaciones particulares fuera del área o sujeto de estudio, en este caso el Formativo del Perú. En general, no debería tratarse de «teoría pura» o abstracta en la que las evidencias materiales puedan reducirse a una especie de visualización cuya inclusión al constructo se considera prescindible. Esta actitud explica la razón por la cual la documentación de muchos proyectos, tanto en el pasado como en el presente, es altamente deficiente o aún inexistente. El procedimiento más lógico, por tanto, debería consistir en la elaboración de teorías generalizables a partir de o de acuerdo con el material sometido a análisis previos que permitan su contrastación metódica con los enunciados de orden más teórico. Esta teoría, en buena cuenta, se impone la tarea de «reconstruir» sociedades en el sentido de «ampliar» los parciales aspectos materializados recuperados por las excavaciones y prospecciones arqueológicas y los múltiples análisis de este material diverso con propuestas consolidadas acerca de orden político, sistemas ideológicos, cosmología, economía, etcétera. Si no entendemos a sociedades como entidades abstractas sino como grupos de personas que interactúan, se debe considerar el dinamismo inherente que lleva a cambios menores constantes o cambios mayores cuyas causas se deben tanto a crisis o reestructuraciones internas como entre las sociedades y sus respectivos entornos ambientales. Las caracterizaciones sociales, por tanto, deben, en primer lugar, concentrarse en casos específicos en vez de abstracciones vagas como la del «hombre andino», un modelo que reduce el «hombre» y su «sociedad» (el singular que implica nociones de un plural generalizado) en una entidad abstracta e uniformizada inafectada por tiempo y espacio. Semejantes entidades globalizantes y, a la vez incomparables —con todas sus

contradicciones implícitas— no existen ni existieron, sino esconden un afán político nacido de perspectivas modernas. Esta politización que forma parte de muchas hipótesis que fueron presentadas en este trabajo puede justificarse desde un punto de vista de una concientización de políticas nacionales como afán de legitimación. Aplicarla de un modo irreflexivo a la arqueología, sin embargo, no parece ser una solución viable a juzgar por los resultados poco satisfactorios que fueron presentados en este trabajo. Es sabido que existen y existían sociedades de diferentes complejidades en diferentes espacios durante diferentes tiempos.

Por tanto, resulta necesario definir estas diferencias antes de indagar sobre el carácter de ellas, el grado de interacción entre sociedades, etcétera. En otras palabras, se requiere un ordenamiento en tiempo y espacio como precondition de historias sociales, y esta es precisamente la tarea de la cronología y de la corología. Su tarea, por tanto, no es la de construir un tiempo «abstracto» en forma de seriaciones de fechados radiocarbónicos dentro de un «proceso» cuyo inicio y fin resultan francamente indefinidos. Este «proceso» en muchos casos parte de una supuesta situación concreta entendida como resultado de modificaciones constantes en un indefinido espacio temporal previo. Tomemos como ejemplo la subdivisión entre Período Inicial y Horizonte Temprano u Horizonte Chavín: la arquitectura monumental —a veces en dimensiones asombrosas en algunas áreas de costa y sierra— se toma como resultado de labores organizadas de sociedades con cierta complejidad, que reflejan la existencia de jerarquías (hasta en forma de Estado). Otros la consideran como obras corporativas con débil o inexistente coerción y, por tanto, reflejo de sociedades poco estructuradas. La función inferida se refleja en el término «centro ceremonial». Este ceremonialismo no se define tanto por la arquitectura sino por el arte asociado y se convierte en «culto felínico» u otras formas parecidas de ideologías pertinentes. En su aplicación, estas cadenas lógicas funcionan con evidencias indirectas cuya interrelación se asume pero no se comprueba. La primera aseveración parte de una construcción como esfuerzo único, con otras palabras, lo que se aprecia como resultado final supuestamente corresponde a un solo acto constructivo. Matsuzawa (1972) demostró en las construcciones de la fase Mito en Kotosh que estas corresponden a superposiciones repetidas de estructuras previo relleno de las anteriores, cuyas secuencias describió en detalle (véase Capítulo II). Estas secuencias se entienden como series de eventos de corta duración entre fases de uso de duración más larga y el enterramiento parcial o completo seguido por fases de uso posterior (Fuchs [1997], véase Capítulo II). Las fases de uso relacionadas al funcionamiento de las estructuras se pueden precisar por la renovación de pisos y revoques. Lo que debería definirse es, por tanto, el tiempo ocurrido entre el inicio de una estructura y su contorno (plataformas, escalinatas, etcétera), el relleno y el inicio de la siguiente.

Si bien esta secuencia puede tener el carácter de ciclos, estos deberían definirse y/o medirse en sus tiempos reales. En el asentamiento neolítico de Çatal Höyük en Turquía, fenómenos parecidos sugieren duraciones totales entre 70 y 100 años, es decir tres a cuatro generaciones (véase Kaulicke en prensa b). En este sitio, sin embargo, parece tratarse de viviendas, mientras que en el caso de la arquitectura monumental del Formativo se supone que se trata de arquitectura «pública» no ocupada de un modo constante. De todos modos se podría asumir mecanismos de memoria y temporalidad por definir (Kaulicke en prensa b).

En el caso de la arquitectura monumental de Chavín, Rodríguez (2002,2008) establece tres fases constructivas que hipotéticamente corresponden a la fase (cerámica) Urabarriu y que concuerdan en forma general con sus fechados de luminescencia por estimulación óptica (1200 a 800 a.C.) (véase Capítulo III). Esto significaría un promedio de unos 140 años por fase, o sea un total de unas cinco a seis generaciones, lo que parece ser algo largo para que sea un ciclo. Las dos fases restantes corresponderían a la fase cerámica Janabarriu calculada en un total de 300 años, que implicaría una duración de uso aún mayor para el penúltimo e importante Black & White Stage. En general, por tanto, parece que estos cálculos presumen duraciones más prolongadas que las probablemente reales. Con el fin de resolver este problema habría que fechar eventos como el presunto evento de la colocación de objetos suntuosos en la Galería de las Ofrendas o material claramente asociado a pisos (véase Los aportes de Lumbreras, Capítulo III). En Rodríguez (2008, fig. 2.28) se presentan fechados para la Galería de las Ofrendas, la Plaza Circular y la Capa H, pero estos no se han precisado en sus rangos, de modo que la Capa H, como pensaba Lumbreras, podría señalar un evento posterior al fin de la actividad constructiva del Black & White Stage ocurrida hacia 400-300 a.C. Estos contextos, sin embargo, no fueron presentados en forma exhaustiva, por lo que los cálculos estimados por diferentes autores (Conklin & Quilter 2008, fig.I.1) divergen de una forma inaceptable. Este problema de la cronología de la arquitectura monumental de Chavín podría resolverse con estudios más detallados y completos de otros tipos de arquitectura del mismo complejo, como las plataformas parcialmente excavadas por Burger, Mesía y Sayre (véase abajo). Excavaciones en área deberían interrelacionar esta arquitectura con la menos monumental como el caso del sector Wacheqsa de Mesía o la de La Banda de Sayre (véase abajo) y, con ello, precisar la función o las funciones sincrónicas y diacrónicas en la duración total de estas estructuras y sus fases de construcción. Es evidente que las muestras por fechar deberían proceder de contextos definidos de corta duración asociados con material cultural; varias muestras del mismo contexto deberían extraerse con el fin de evitar problemas variados de errores. Estos fechados deberían servir también para precisar los inicios y los finales de fases arquitectónicas en vez de

contentarse con uno o pocos fechados cuyos márgenes de error (desviación estándar) se suelen tomar como extremos reales de fases.

Con ello llegamos al problema de las cronologías estilísticas basadas en la cerámica fina. Rowe y su equipo de Berkeley (Menzel *et al.* 1964) elaboraron la secuencia seriada más detallada del Formativo del valle de Ica, para un estilo que ellos llamaron Ocucaje. Este estilo cubre todo el Horizonte Temprano representado por todo el valle de Ica con subdivisiones por zonas del valle. Excavaciones recientes en el marco del Proyecto Arqueológico Nasca-Palpa (Isla *et al.* 2003, Reindel & Isla 2008, Unkel 2005, Unkel y Kromer 2009) han demostrado, por medio de prospecciones y excavaciones en sitios con estructuras superpuestas, la esencial validez de su estudio con lo que, por primera vez, pudieron consolidar los logros de Rowe y su grupo aplicados al valle de Palpa/Río Grande de Nazca (véase cita en Menzel *et al.* 1964, p. 262, véase Capítulo IV) y los enriquecieron con datos suplementarios importantes relacionados a arquitectura, contextos funerarios y arte rupestre. Se hicieron necesarios, sin embargo, algunos cambios, como la eliminación de las fases 1 y 2. Las fases 5, 6 y 7 parecen ubicarse en un lapso muy breve de unos 180 años, lo que implica duraciones de unos 60 años promedio por fase. Los resultados completos aún esperan su publicación, pero ya sugieren que el enfoque de Rowe en definiciones estilísticas detalladas se justifica, al menos en esta región. Ya que los inicios cambian, queda, sin embargo, la duda de si sus ideas acerca de olas de influencia de Chavín se puedan mantener viables.

Si se compara estas situaciones con la de Chavín, resaltan dos percepciones: una de una longevidad asombrosa de un estilo cerámico llamado Janabariu (entre 800 y 200 a.C. en diferentes cálculos) sin cambios internos reconocidos y una agregación (¿asociación?) de una multitud de estilos (Galería de las Ofrendas) interpretada como un evento de corta duración no definida. Si descartamos un eventual caso de lógica excepcional y, por tanto incomparable, para Chavín, es preciso conceder que estas percepciones se deben a incongruencias estratigráficas (mezclas, rellenos, reubicaciones, ausencia de contextos), problemas de asociación entre muestra y objeto por fechar, baja representatividad de la cerámica o de otros objetos estilísticamente analizables y su caracterización morfológica y decorativa incompleta. En Chavín se plantea otro problema, que es la diferenciación entre cerámica elaborada en Chavín y otra llegada desde afuera. Este problema no es puramente estilístico (emulaciones de arte lítico del lugar) sino en primer lugar técnico y social. ¿Existen talleres en el ámbito del complejo monumental o zonas aledañas donde se elaboraron recipientes especializados y no especializados como los que se hallaron en los sectores excavados? Si este fuera el caso, ¿existen modalidades de técnicas morfológicas y decorativas propias del complejo o de la zona? ¿Las piezas reconocidas como pertenecientes a estilos

foráneos efectivamente se deben a importaciones o se trata de emulaciones locales? ¿Los que elaboraron esta cerámica eran alfareros locales o foráneos de las regiones donde esta suele producirse? Dadas las proporciones importantes de la cerámica llamada Janabarriu en Chavín no se puede descartar la existencia de talleres, pero su posible existencia no implica una producción «internacional» que abastezca áreas extensas (del «horizonte») ni que este estilo sea genuinamente local en el sentido de originarse en Chavín.

Estas preguntas llevan a otro nivel, que es la correlación con otras secuencias. En primer lugar, debería haber varias secuencias razonablemente completas del complejo de Chavín que no existen o no se han presentado aún. Las únicas secuencias más cercanas son las de Kotosh, Shillacoto y otros sitios de la cuenca del Huallaga que fueron presentadas en el Capítulo II. En efecto, se ha observado conexiones estilísticas entre objetos de las fases Kotosh y Chavín con aquellos de Chavín (véase Capítulo III), pero el carácter de estas conexiones en el sitio de Chavín aún no queda muy claro, aunque, durante la fase Kotosh, hay evidencias de lo que parecen ser emulaciones de Chavín y piezas en Chavín que podrían ser importaciones o emulaciones muy cercanas a los originales. En la fase Chavín estas evidencias son mucho más evidentes, en el sentido de evidencias muy parecidas a Chavín en Huánuco. Ya que la presencia de cerámica Janabarriu en ambas zonas parece ser algo abrupta sería razonable pensar en una zona de origen en algún lugar de la sierra norcentral que está por descubrirse aún. Por otro lado hay muchos otros elementos en ambas zonas que implican la presencia de otros elementos costeños de muchos talleres que deben haber existido entre la costa norte y la costa sur. Todo ello se percibe tanto para las fases Kotosh (Urabarriu) como para Chavín (Janabarriu) (Formativo Medio y Tardío). Ya que estos talleres probablemente no funcionan por siglos, su ubicación debería dar más pautas hacia una definición cronológica más satisfactoria. El hecho de no haberlos ubicado aún se debe al hecho de haberse concentrado casi exclusivamente en áreas de arquitectura monumental. Un caso excepcional que demuestra el gran potencial de estos trabajos es el estudio de hornos de cerámica en Batan Grande, Lambayeque (Shimada *et al.* 1994) que refleja una producción elevada durante un tiempo prolongado (superposición de hornos), básicamente entre 800 y 700 a.C. Lamentablemente el material asociado no es muy abundante, pero no se perciben mayores evidencias de una presencia de cerámica con elementos janabarriu.

El problema de la correlación de secuencias, por tanto, es su poca «visibilidad» en el registro arqueológico, en el sentido de las definiciones precisas en los sitios donde fueron ubicadas (limitaciones de área de excavación, dificultades de definir unidades estratigráficas, presentación incompleta o nula de los contextos y del material

asociado). Por consiguiente, los fechados radiocarbónicos resultan difíciles de evaluar y a menudo no se sabe qué están fechando. Este hecho complica también la distribución y la duración de la «vida» de los estilos y, en fin, la definición de estos últimos. La «red» muy suelta de sitios en los Andes centrales crea espacios desconocidos muy amplios que se «llenan» con generalizaciones precarias de los sitios con documentación por más limitada que esta sea. ¿Pero qué existe en las zonas donde no hay arquitectura monumental? Me limito a mencionar brevemente un sitio que no ha escapado a la atención de algunos arqueólogos (los japoneses llamaron una fase por el mismo, véase informe de visita en Ishida 1960, p. 473-474, 301-302) pero no ha merecido mayores trabajos arqueológicos pese a su gran potencial. Me refiero a San Blas, un sitio de extracción de sal en la puna de Junín, aparentemente en uso desde el Arcaico final y abandonado recién en la década de los cuarenta del siglo pasado. Matos Mendieta esbozó una secuencia poco conocida de seis fases o complejos que se inician con San Blas/Walamayo contemporáneo con Wairajirca hasta un Complejo San Blas que termina con Pasco (Período Intermedio Tardío/ Horizonte Tardío) (Kaulicke 1980, Tabla 1, Morales 1998b, figs. 2, 3-12, 18-20). Existe un informe breve de excavación en una revista poco conocida basada en una tesis de bachillerato inédita y otro más reciente del mismo autor (Morales 1977 a, b, 1998). Fuera del gran potencial para poder entender la tecnología salinera prehispanica —casi totalmente desconocida en el ámbito peruano— presenta perfiles con espesores totales de hasta más de cuatro metros y en el sector con cerámica del Formativo de casi 7 metros (Kaulicke 1980, p. 24, Morales 1998), con evidencias claras de afiliación con cerámica de la fase Sajarapatac de Kotosh (Morales 1998, figs.3-8). Miles y quizá millones de tuestos como residuos de platos usados para la evaporación de la sal líquida, podrían servir para un estudio pormenorizado de la cronología de todo el tiempo prehispanico, pero las reducidas intervenciones arqueológicas y la documentación poco completa no permiten una evaluación adecuada del complejo. Aldeas lacustres en la orilla occidental del lago Junín que datan del Formativo (Kaulicke 1980, pp. 21-24) tampoco cuentan con registros, de modo que toda la zona del departamento de Junín con una amplia gama de sitios como abrigos, cuevas, pinturas rupestres, asentamientos lacustres, salina y pequeños centros resulta prácticamente desconocida. Situaciones parecidas valen para muchos otros departamentos del Perú sobre todo en la sierra y los Andes orientales; muchos valles costeros resultan igualmente poco conocidos pese a condiciones mejores para la prospección. En un trabajo de 1992 presenté un cálculo aproximado de sitios entre Piura y Huarmey y llegué a un estimado mínimo de unos 600 a 700 sitios del Formativo —es probable que el total alcance cifras significativamente más altas— que se enfrenta a un número muy reducido de publicaciones (en su regla informes breves) (Kaulicke 1992, pp. 32-33).

Un último problema por mencionar es la notable escasez de excavaciones de contextos funerarios, pese a los inicios prometedores de Larco (1941) y a la cronología de Menzel, Rowe y Dawson (1964) basada en estos contextos (véase arriba) (Kaulicke en prensa c).

Todos estos problemas, relacionados con las evidencias existentes o no existentes y sus interpretaciones discutidos en esta síntesis y en los diferentes capítulos del libro podrían conducir a la conclusión que las narrativas o intentos de síntesis elaboradas desde Tello hasta la actualidad hayan creado generalizaciones a menudo contradictorias y, por tanto, propuestas alternativas deberían evitarse ante la enorme problemática intrínseca. Pero pienso que no debería concluirse este libro sin presentar un ensayo de narrativa pese a su premura y a su evidente carácter especulativo.

## 1. ARCAICO

Este recuento debe iniciarse con anterioridad al inicio del Formativo ya que la lógica de la cronología relativa lo exige y porque los «orígenes» de la complejidad deben buscarse en espacios y tiempos muy anteriores al «fenómeno Chavín», como ya se sospechó desde los inicios de los estudios respectivos (véase Capítulo I). En varios trabajos recientes (Kaulicke 2008b, 2009:17, en prensa b, d) presenté una propuesta para subdividir la parte tardía del Arcaico, cuya última versión es la siguiente:

- Arcaico Tardío 5000 a 2600 a.C. (con probables subdivisiones),
- Arcaico Final A 2600 a 2400 a.C.,
- Arcaico Final B 2400 a 2000 a.C.,
- Arcaico Final C 2000 a 1500 a.C.

Este enorme espacio temporal, como vimos, suele ser interpretado como prólogo a una complejidad social relativamente tardía —originalmente atribuido a Chavín (véase Capítulo I)— que, en versiones más recientes, surge abruptamente con Caral (aproximadamente 3000 a.C.) y se caracteriza por innovaciones profundas. Esta visión no es muy probable, por más que el valle de Supe carezca de significativas evidencias anteriores. En el valle de Zaña se han registrado evidencias de sedentarismo y domesticación y un cambio de construcciones circulares a rectangulares en las fases Las Pircas (7000 a 5000 a.C., Arcaico Medio) y, sobre todo, Tierras Blancas (5000 a 2500 a.C.) (Dillehay 2008, Rossen & Dillehay 2000). Ahí se han detectado evidencias de arquitectura pública o monumental a partir de 4500 a.C. Desde 3500 a.C. se inicia una serie de construcciones de patios circulares hundidos en Sechín Bajo (Fuchs *et al.*, en prensa). Con ello la arquitectura monumental en la costa norte parece iniciarse antes de la Tradición Mito (véase Capítulo II). Esta última

cuenta con ejemplos en los departamentos de Áncash, Huánuco y norte de Lima (Arcaico Final A y B). Se perciben zonas de concentración en los valles de Fortaleza, Pativilca y Supe, pero también en Huánuco y probablemente en otras zonas en una amplia gama de ecotonos que varían entre costa, valles interandinos, zonas altoandinas y Ceja de Selva. Esta área de distribución, que probablemente es mucho más amplia ya que cubre buena parte de la sierra norte y se extiende quizá hasta Jaén y Bagua, implica la existencia de una enorme red de interacción relativamente densa, una diversidad económica, así como una cierta complejidad social que se manifiesta también en objetos de carácter ritual y quizá de estatus indicados también por contextos funerarios en arquitectura monumental (La Galgada), aunque elementos estilísticos no abundan. Esta extensión, evidentemente, no se debe a mega formaciones políticas o ideológicas, sino exige una definición de regiones caracterizadas por elementos compartidos, probablemente de complejidades sociales diferenciadas. De esta manera, el área de concentración en el «Norte Chico» demuestra una serie de elementos propios pese a su conexión con la Tradición Mito, por lo que Vega-Centeno (2005) propuso el término «Tradición de la Costa Norcentral» (North Central Coast Tradition [NCC]). Esta se extiende hacia la costa central, donde los fechados disponibles sugieren una posición cronológica algo posterior. Ya que la costa central representa la extensión más sureña de arquitectura monumental temprana durante la mayor parte del Formativo, resulta poco probable que innovaciones como los complejos en «U» pudieran haberse originado ahí y menos en tiempos del Arcaico Final.

En general, las construcciones conocidas deben haber servido de escenarios para la ejecución cíclica de rituales con consumo de bebida y comida así como sacrificios, entre los cuales figuran sacrificios humanos. Estos rituales también se manifestaron en la «muerte» y la «resurrección» de edificios. La escasez de representaciones complica la comprensión de sistemas ideológicos y cosmológicos relacionados. Las frecuentes figurinas de barro crudo, en forma de representaciones antropomorfas y en contextos de descarte ritual, a menudo quebradas intencionalmente, podrían reflejar una corporalización social, la identificación por medio de tocados y adornos en roles específicos dentro de la sociedad y su sacrificio, dentro de lógicas relacionadas con memoria y fertilidad.

En el Arcaico Final B y, sobre todo, C surgen edificios sobre plataformas con decoraciones profusas en forma de relieves, pinturas, escultura, a menudo pintados en varios colores. Este fenómeno se concentra en los valles norteños desde Casma hacia el norte (Cerro Sechín, Sechín Bajo [Casma], Punkurí [Nepaña] y San Juanito [Santa], véase Lerner, Cárdenas y Kaulicke [editores] 1992, Fuchs *et al.*, en prensa, Samaniego 2007). En este arte arquitectónico, en tejidos y, sobre todo,



morteros líticos, se aprecia una complejidad extraordinaria de representaciones y presencia de estilos definidos (por ejemplo los estilos Sechín y Punkurí de Bischof, véase Capítulo III) en los que aparecen, entre otros, elementos que se convierten luego en el estilo Cupisnique. Si bien cubren un área relativamente restringida, afectan otras áreas (Chupacoto, Kotosh, Chupacigarro, La Galgada, entre otros) en sierra y costa. En la costa central (Buena Vista, véase Benfer *et al.* 2009) y en la del extremo norte (Lambayeque, véase Alva, en prensa) parecen vislumbrarse otras configuraciones más independientes. En la mayoría de estos casos, no se trata de «centros ceremoniales» aislados, ya que la arquitectura monumental se incorpora en áreas con arquitectura de carácter más doméstico. Las configuraciones de estos edificios y complejos parecen reflejar materializaciones de microcosmos insertados en sociogramas. La idea de una concepción antropomorfa de estos cosmos se refleja en composiciones de personas completas, incompletas y partes externas e internas del cuerpo humano. En esta, la cabeza representa el *pars pro toto* y generador de elementos, así como aspectos duales en dos mitades diferentes. Conceptos de dualidad se expresan también en contraposiciones, fusiones o transformaciones con elementos zoomorfos («felínicos») a veces acompañados por un bestiario que parece representar diferentes esferas del cosmos como seres ornitomorfos, serpientes, cangrejos, peces, etcétera. Contextos funerarios que forman parte de esta arquitectura señalan la presencia de personajes importantes —por la ubicación de las estructuras y los objetos asociados—; a menudo se trata de mujeres de edad avanzada. Esta conexión entre arquitectura y contextos funerarios también se manifiesta en la costumbre general de «enterrar» arquitectura como si fuera un organismo viviente. Con ello se crean mecanismos de memoria y, probablemente, conceptos de ancestralidad. El valle de Casma juega un papel sustancial en estos cambios, ya que se vislumbra como foco importante de una larga tradición que, en el caso de Sechín Bajo se inicia por los 3500 a.C. y desemboca en el Formativo Temprano. Es también una zona limítrofe entre la costa norte/norcentral y la septentrional, un papel que sigue desempeñando durante buena parte de la historia del Perú antiguo. Chavín de Huántar, en cambio, si bien se encuentra dentro de esta área de tradiciones presentadas no parece jugar un papel definido en este tiempo —al menos se carece de evidencias concretas— pese a la presencia de ocupaciones del Arcaico Temprano y Medio (véase Capítulo III). En este sitio, construcciones parecidas a arquitectura mito fueron excavadas recientemente, pero los fechados obtenidos señalan una edad correspondiente al Formativo Medio. Semejante «supervivencia» no es del todo por descartar ya que hay elementos «mito» en Huaricoto (Burger & Salazar Burger 1980, Burger 1985) que documentan un fenómeno parecido.

## 2. FORMATIVO TEMPRANO

El Formativo Temprano (1700 a 1200 a.C.) está vinculado tradicionalmente con la aparición de la cerámica. Con el traslape entre el fin del Arcaico Final C y el inicio del Formativo Temprano se señala la no contemporaneidad de esta aparición en toda el área en discusión. Como se vio en el Capítulo II, esta aparece más tempranamente en el norte (en especial Pandanche) y se establece en el norte (costa y sierra). Esta cerámica se caracteriza por formas y técnicas de decoración simples, pero con diferencias regionales y temporales. La general uniformidad, sin embargo, implica contactos interregionales que involucran Casma y Kotosh (por ejemplo Sechín Bajo, en el valle de Casma y Wairajirca, en la cuenca del Huallaga). Por otro lado, fechados  $^{14}\text{C}$  alrededor de 1800 a.C. de la costa norte, central o la costa sur carecen de contextos controlados. En la costa central y sur no aparece la cerámica típica del norte y las pocas características publicadas o inferidas apuntan hacia el Formativo Medio o ligeramente antes del mismo (aproximadamente 1400/1200 a.C.). Mientras que zonas centrales como el «Norte Chico» parecen abandonarse o al menos muestran disminuciones considerables de ocupaciones, la de Casma experimenta un auge impresionante con la aparición de enormes complejos de arquitectura monumental que convierten este valle en nuevo centro. Esta arquitectura también está asociada con arte impactante, como en el caso de Moxeke (probablemente fines del Formativo Temprano) con enormes mascarones y esculturas de bulto en nichos y relieves policromos. Estos claramente derivan de motivos conocidos de Cerro Sechín y de Punkurí, lo que se explica probablemente por la visibilidad de centros antiguos abandonados, como en el caso del primero. Este caso de Moxeke, de una monumentalidad que excede largamente a cualquier edificio del Arcaico Final, parece casi como excepción en cuanto al arte arquitectónico. Esta impresión probablemente se debe a una «construcción» arqueológica en el sentido de que la ausencia de excavaciones intensivas en otros sitios ha impedido conocer este arte, que debe haber existido en sitios como Sechín Alto, Taukachi Konkan y otros. Cabe señalar, sin embargo, excepciones relevantes. Uno entre un centenar de grafiti de Sechín Bajo (Fuchs *et al.* 2008, p. 118, figura 13) representa lo que Fuchs ha denominado «Divinidad del cocodrilo», un ser con elementos antropomorfos y zoomorfos que se relaciona con piezas parecidas de la zona que tanto Fuchs como Bischof (2008, p. 124, figura 4.11) entienden como precursores del Obelisco Tello. La representación de Sechín Bajo corresponde al Primer Edificio, que fecha alrededor de 1600 a.C. A ello se suma la presencia de impresionantes relieves antropomorfos sobre una pared muy larga del mismo edificio (Fuchs *et al.*, en prensa).

Elementos derivados de tiempos anteriores también se perciben en la arquitectura. Características de la planta del edificio de barro de Cerro Sechín (Arcaico B) se repiten en muchos sitios del Jequetepeque durante el Formativo Temprano, a lo que se suma la presencia de nichos, esquinas redondeadas y otros elementos. Tsurumi (en prensa) ha estudiado los cambios ocupacionales en la parte media de este valle, en los que la arquitectura monumental se relaciona con la doméstica y con construcciones funerarias colectivas (véase Capítulo II). Este trabajo es importante ya que demuestra un desplazamiento relativamente rápido de sitios, una observación ya hecha por Tellenbach en las ochentas. En el valle de Zaña existe arquitectura en forma de U donde actividades rituales señalan un nivel de comunidades poco complejas y ritmos espaciados desde áreas domésticas cercanas (Dillehay 1998, 2004). Todo ello da la impresión de una cierta compactación en el área nuclear de Casma hasta Jequetepeque y otros con una variación notable que crean la impresión de una diferenciación mayor en regiones. Una de estas regiones más problemáticas es la costa central. Enormes edificios en forma de «U» caracterizan los valles de Chancay hasta Lurín y subsiste la impresión que éstos se inician con un Período Inicial temprano alrededor de 2000 a.C. (en nuestro esquema Arcaico Final). La gran mayoría de los fechados presentados pertinentes (por ejemplo por Burger [2008]) indican tiempos entre 3100 y 2730 a.p. (fechados no calibrados) lo que, en nuestra cronología, correspondería al Formativo Medio. Los pocos fechados más tempranos se relacionan con contextos prácticamente desconocidos con material asociado no presentado; en la tesis de Rosas (2007, lámina IV a, b), las formas de su Período Inicial de Ancón, fuera de ollas simples sin cuello, son botellas que se parecen al Formativo Temprano en su parte tardía (o el Formativo Medio en su parte temprana) de Jequetepeque que se asemejan, a su vez, a formas de Kotosh-Kotosh. Por lo tanto, se desconoce la arquitectura más temprana, evidentemente más modesta que los estados finales visibles y se desconoce el material asociado en buena cuenta. En la costa sur, los inicios del Período Inicial que correspondería a nuestro Formativo Temprano concuerdan con los fechados citados de la costa central; en Palpa (Pernil Alto) 15 fechados caen entre 1140 y 890 a.C. (Unkel y Kromer 2009, figs.14.1, 14.7), parecido a las evidencias de la costa central lo que, por tanto, sería equivalente al Formativo Medio. Se asocian a arquitectura de dimensiones reducidas (Reindel & Isla, en prensa) y arte arquitectónico modesto, como en Hacha, valle de Acarí, que se asemeja a pintura rupestre (Riddell & Valdez 1988).

Con todo ello, se gana la impresión de un panorama más complejo con una zona central definida (Casma a Jequetepeque) y otras menos claras de diferentes grados de complejidad. Estas tendencias parecen marcar definiciones de regiones diferentes así como arquitectura de funciones no necesariamente relacionadas con rituales.

Esta zona nuclear debe difundirse a otras zonas más al norte y a la sierra y parece vincularse con otras zonas como la de Huánuco. Como ya antes del Formativo Temprano, sociedades relativamente simples, caracterizadas por economías arcaicas sin cerámica, debieron haber existido al lado de otras más diversificadas ligadas a una jerarquización social notable. Más al sur de la costa sur esta situación parece estar generalizada y los grados de complejidad de la costa sur están por definirse aún. Cabe señalar también que aún la zona nuclear de Casma no parece haberse convertido en una formación política con territorios amplios; la interrelación de los sitios o complejos no permite pensar en jerarquías longevas sino en coexistencias parciales durante el lapso de varios siglos quizá con funciones diferenciadas. Es probable que las distancias, a veces notables, entre concentraciones de sitios tanto en costa como en la sierra, no solamente se deban al desconocimiento arqueológico sino también a la ausencia real de ocupaciones. Esto se infiere por los medioambientes caracterizados por amplios bosques de carácter amazónico en la sierra norte y en las cabeceras de los valles, bosques de galería (monte ribereño) en sus partes más bajas y pantanos, lagos, totorales y humedales en las desembocaduras que deben haber servido de «fronteras naturales». Árboles frutales (arboricultura) podrían haber desempeñado un papel importante en la economía, al menos en la zona de Casma, donde una red que abarca sitios en costa, parte media y alta del valle y probablemente la sierra colindante parece haber llevado a una cierta especialización de productos y recursos. Lamentablemente los conocimientos de la explotación, de la producción y de los procesamientos de los alimentos resulta poco estudiado, de modo que el tradicional énfasis en la explotación de recursos marinos debería relativizarse y definirse en casos específicos como las redes de Casma y de otras zonas. Lo mismo vale para la producción de cerámica, morteros líticos, tejidos, y otros.

### 3. FORMATIVO MEDIO

Al final del Formativo Temprano se percibe un cambio tecnológico importante en la producción de la cerámica. Se amplía notablemente la gama morfológica de recipientes, sobre todo en cuanto a una alta variabilidad de platos y botellas, entre las cuales destaca la de asa de estribo que, a partir del Formativo Medio, se convierte en un emblema de la costa norte. Este proceso está ligado con una alta variación de tratamientos de las superficies y decoraciones figurativas. Además de ello se percibe un alto desarrollo de recipientes líticos profusamente decorados así como un refinamiento notable de los artefactos óseos, de mates, conchas y otros soportes. Es evidente que, en el caso de la cerámica, se trata de un traslado de decoraciones antes aplicadas a otros soportes. Es posible que sean motivos antes más comunes en los

tejidos y, por tanto, materializaciones de identidades personales más diferenciadas que en tiempos anteriores. En esta lógica, cerámica y otros objetos ya no se limitan a simples funciones de contenedores o partes del procesamiento de alimentos líquidos y sólidos sino sirven de ostentosos objetos de identidad personal o grupal en actividades «especiales» y como comunicadores de mensajes relacionados con la muerte (cerámica y otros objetos asociados en contextos funerarios). El efecto, evidentemente, es una multiplicación considerable de representaciones relativamente escasas antes del Formativo Medio que permite definir áreas de concentraciones de estos conjuntos de representaciones y una interpretación de sus posibles significados con más facilidad.

Lo que se observó en los sitios de la costa norcentral en la parte final del Arcaico del Norte Chico, se repite en la zona de Casma donde se abandonan los «megasitios» reemplazados por un solo complejo, lamentablemente no excavado aún: Pallka. Parece que en su lugar surge otro centro en el valle de Moche: Caballo Muerto. La parte más conocida de este complejo, Cabello Muerto, es un gran conjunto arquitectónico refinado con plazas, patios, edificios centrales en diferentes niveles y edificios laterales con salas hipóstilas, nichos con grandes mascarones y series de personajes parados ordenados en una estricta simetría axial. Claramente se reconocen elementos derivados del Formativo Temprano, pero la exuberancia de elementos repetidos en variantes organizadas y la complejidad del diseño arquitectónico es un definitivo desarrollo más allá de sus modelos antiguos. Pese a la existencia de fechados más tempranos, parece corresponder mayormente al noveno siglo a.C. Por el estilo de representaciones en la arquitectura y en la cerámica asociada forma parte de la llamada cultura Cupisnique (véase Capítulos I y II). Lamentablemente no queda establecido aún cómo se interrelaciona este complejo con los demás de Caballo Muerto, pero es probable que casi todo el conjunto pertenezca al Formativo Medio (existe una estructura de tamaño reducido del Formativo Tardío, Guffroy *et al.*, 2006). Pero existen muchos otros complejos más pequeños en la costa norte y la sierra colindante. Si bien exhiben variantes más o menos destacadas en arquitectura, arte asociado y cultura material, todos comparten un estilo generalizado de modo que se puede postular la existencia de lo que podría llamarse Gran Cupisnique. Se trata de un área extendida que alcanza el Alto Piura: Ñañañique (Guffroy [Ed.] 1994), Jaén (Yamamoto, en prensa), Bagua (Olivera 1998) e incluye complejos como Pacopampa (véase Capítulo II y Seki *et al.*, en prensa), Huacaloma y el área de Kuntur Wasi (Cerro Blanco y fase Ídolo de Kuntur Wasi; véase Capítulo II). En el área «nuclear» se puede nombrar Cerro Blanco y Huaca Partida en Nepeña (véase Capítulo II y Shibata, en prensa), Limoncarro en el Jequetepeque (Sakai & Martínez Fiesta, en prensa), así como Collud, Zarpán (Alva, en prensa) y Huaca Lucía en Lambayeque (Shimada

et al. 1983). Fuera de la arquitectura monumental existen también áreas funerarias con contextos asociados con cerámica y otros objetos, a veces ricamente adornados que aparecen en toda esta área en concentraciones diferentes. Además de ello, objetos aparentemente producidos en esta área aparecen fuera de ella, a veces en distancias notables como en la costa central y sur, así como en la sierra. Este fenómeno sorprendente no debería relacionarse ni con estados territoriales ni expansiones militares, pero le concede un sentido de identidad compartida y prestigio fuera de sus límites.

Por otro lado, la zona de Huánuco experimentó un auge pero, a la vez, es una continuación del Formativo Temprano (Wairajirca) (véase Capítulo II). Lamentablemente, no se conoce bien la arquitectura pero sí algunos contextos funerarios de una complejidad notable por la acumulación de bienes importados de diferentes lugares lejanos como la costa. La cerámica de Kotosh-Kotosh es de buena calidad y de una diversidad grande en formas y tipos de decoración, entre la que destaca el motivo de una cabeza con rasgos antropomorfos que está imitada también en algunos tipos de Huacaloma (Huacaloma Tardío). Botellas con collar que son típicas de Kotosh aparecen también en la costa norte y central; su presencia quizá esporádica en Chavín también fue mencionada (véase Capítulo III).

Una tercera zona nuclear está constituida por la costa central entre Chancay y Lurín que ostenta enormes complejos arquitectónicos en cada valle caracterizados por cuerpos alargados centrales y brazos laterales a veces muy largos. Pocos de ellos fueron excavados parcialmente, pero todos parecen haber tenido relieves policromos, escalinatas impresionantes y un estilo propio de cerámica que también se plasma en otros soportes. Esta cerámica es altamente atractiva como queda evidente en los ejemplos recuperados en la Galería de las Ofrendas de Chavín de Huántar (véase Capítulo III). De ahí no resulta sorprendente que esta también se encuentre lejos de sus zonas de producción, hacia el norte, al menos hasta Jequetepeque.

Estas tres zonas principales, por lo tanto, implican la presencia de grandes redes de interacción interconectadas en las cuales se intercambian bienes de lucro. Si bien las evidencias no son del todo convincentes aún, parece que estas redes operan por intereses de elites cuya imaginería plasmada en ostentosos objetos y fachadas de arquitectura monumental no concuerda con la imagen de una religión pacífica. Es posible que el frecuente motivo de cabezas antropomorfas en todos estos estilos se relacione con la cacería de cabezas y tácticas agresivas de enriquecimiento.

Chavín de Huántar se encuentra rodeado por estas zonas, en una posición central, pero no forma otra área comparable sino se restringe a un conjunto de sitios dentro de un espacio reducido. Como ya se discutió (véase Capítulo III), resulta difícil establecer con claridad su historia, pero parece iniciarse con un pequeño santuario abierto con una imagen que parece haber sido el punto focal de Chavín en toda su

historia: el Lanzón. Este santuario modesto se convierte en centro impresionante de una arquitectura monumental asociada a instalaciones como galerías, escalinatas y un patio circular hundido. Galerías, aunque mucho más modestas, se conocen de valles costeños (Casma), escalinatas y patio hundido evidentemente se derivan de modelos anteriores costeños. En una de estas galerías se encontró el depósito más grande e impresionante de todo el Formativo: la Galería de las Ofrendas (véase Capítulo III). Cientos de vasijas, muchas decoradas, así como otros objetos de procedencias diferentes, se vinculan, en su mayoría, con el «Gran Cupisnique» (que parece incluir Jaén por un plato de piedra típico de esta zona, véase Lumbreras 1994, Lámina 85 [672]), otro componente importante proviene de la costa central y otras zonas poco definidas. Cabe señalar que la fauna de animales sacrificados y/o consumidos de esta galería proviene de la costa (peces y moluscos), sierra (roedores [silvestres y domésticos], camélidos, cérvidos y aves) y regiones selváticas (aves [muchos loros], cérvidos), fuera de restos humanos, lo que sugiere que los rituales involucrados pueden haber creado una especie de microcosmos tanto de organismos como de representaciones.

Ante esta «internacionalización» cabe preguntarse si el estilo, tradicionalmente restringido al corpus de las piezas líticas decoradas, se vincula con las otras áreas también o si es una creación *sui generis*. Existen temas compartidos con el área cupisnique y la de Manchay, al usar la denominación de Burger & Salazar (2008) para la costa central. Ya se mencionó las piezas de Casma que parecen indicar antecedentes para el Obelisco Tello. Burger & Salazar-Burger (1998) publicaron una sorprendente efigie de material orgánico de un cuerpo de calabaza y cabeza antropomorfa de arcilla, pero con cuatro colmillos largos que salen del paladar. Fue encontrado por los autores en un contexto de descarte de Mina Perdida. Esta fusión de rasgos humanos y no humanos también se observa en una mascarilla de Garagay, de otro contexto de descarte (Ravines 2009, 120). El fechado para la pieza de Mina Perdida sugiere aproximadamente 1100 a.C., la pieza de Garagay parece ser algo más tardía. Lumbreras (1994) interpreta temas de la cerámica dragoniana, de procedencia de la costa central, como relacionados con el Obelisco Tello. La génesis del Obelisco Tello, por tanto, parece ser algo complicada e involucra costa norte y costa central con probable anterioridad a la pieza más famosa de Chavín. Una vasija extraordinaria, excavada por Rosas (2007, Lámina XXVII, figura 13b) en Ancón, muestra parte de un relieve de ser antropomorfo alado parada sobre cabezas de animales. Este motivo se asemeja a una representación muy común en Huaca de los Reyes (Pozorski 1975, figuras 9,11, 30), lamentablemente solo parcialmente conservada. Una representación más completa de Kuntur Wasi (fase Ídolo) (véase Capítulo II, figura 87) sugiere que se trata de seres teriomorfos (cuerpo humano con cabeza de animal) que, a su vez, sirven de antecedentes para las representaciones de las columnas de la Portada de las Falcónidas en Chavín de Huántar que pertenecen

al Formativo Tardío. Fuera de estos antecedentes cabe preguntarse si no había otros modelos parecidos a los tejidos de gran tamaño que probablemente se colgaron sobre paredes encontradas en Karwa, en la costa sur. Estos representan temas y motivos muy complejos que pertenecen al Formativo Tardío, pero pueden haber existido en el ámbito cupisnique ya en tiempos del Formativo Temprano. En todo caso la génesis del estilo lítico de Chavín es larga, complicada y requiere un estudio más sistemático del corpus existente en Chavín. Dado el influjo de muchos elementos (¿y grupos humanos?) a la zona, tampoco se puede excluir la posibilidad de que no todas las piezas líticas se hayan producido en Chavín.

#### 4. FORMATIVO TARDÍO

El Formativo Tardío sería una especie de sinónimo de «horizonte», cuya problemática se discutió largamente en los capítulos anteriores. En términos de la cronología numérica, se presenta el problema de la «Meseta de Hallstatt» que dificulta el establecimiento de secuencias aseguradas pero un lapso entre aproximadamente 800 y 600/500 a.C. es un cálculo razonable y reforzado por muchos fechados en sitios pertinentes en sierra y costa.

Si se retoma la situación del Formativo Medio en el área del «Gran Cupisnique» predominan los datos referentes a contextos funerarios y disminuyen los datos sobre arquitectura monumental. Entre Piura y Jequetepeque o Chicama y quizá también el área de Bagua se han registrado contextos que se caracterizan por asociaciones de piezas de oro, piedras semipreciosas, *Spondylus*, *Strombus*, cerámica escultórica, entre otras (evidencias de intercambio de larga distancia). Los datos más concretos provienen de Kuntur Wasi (fase Kuntur Wasi). Los temas, motivos y los estilos reflejados en estas piezas concuerdan con otras evidencias como arte lítico y murales relacionados con arquitectura monumental (Kuntur Wasi), por lo que se inscriben dentro de los cánones de Cupisnique. Estas observaciones llevan a varias conclusiones: a) los contextos funerarios sugieren la presencia de elites en casi todos los valles de la costa norte ya que no solo se trata de materiales de acceso restringido sino de objetos que, posteriormente, son parafernalia de elites (coronas, pectorales, narigueras, orejeras); b) la presencia de áreas funerarias más extensas y generalizadas en costa norte y central reflejan principios de nuevas formas de cohesión y organización social; c) los estilos cupisniques subsisten en el Formativo Tardío —quizá más diversificados aún que en el Formativo Medio— así como la arquitectura monumental; d) esta última parece disminuir o aún desaparecer, subsistir en algunas zonas y aparecer en otras nuevas. En el caso de Kuntur Wasi (véase Capítulo II) es interpretada como incursión violenta en el sitio.



Burger (véase Capítulo III) entiende este fenómeno como Horizonte Chavín y lo vincula con un estilo cerámico llamado Janabarriu y un auge significativo del complejo epónimo que, según el autor, se convierte en centro proto urbano (véase Capítulo III). Excavaciones recientes en Chavín de Huántar han aportado más información. En particular, que hay destacar los trabajos de Sayre en La Banda (Sayre 2010). En este sitio, cerámica fue asociada con arquitectura residencial formalizada con presencia de talleres especializados probablemente para especialistas encargados del funcionamiento del centro monumental. Esta cerámica (Sayre 2010, figuras 6.25, 6.31-6.34) se compone de varios tipos, entre los que destacan elementos janabarriu (cerámica estampada) al lado de otros que se parecen a la cerámica de Kuntur Wasi y, por tanto, a tipos relacionados con un Cupisnique tardío. Esta correlación parece ser una constante en Chavín y ya se nota en el conjunto que Lumbreras llamó Rocas (Lumbreras 1971, figuras 7-9); una parte importante de las piezas ilustradas, sin duda, proviene de la costa norte. Por otro lado, la que los japoneses llamaron Chavín en Kotosh, corresponde en su mayoría a la técnicas de decoración de estampado que es la característica resaltante de la cerámica janabarriu. Con otras palabras, se mantienen los vínculos relativamente estrechos con la costa y, sobre todo, con el área cupisnique, mientras la génesis de lo que es más específicamente Janabarriu sigue siendo un problema por resolver, pero no parece ubicarse en la costa.

Las distribuciones de los elementos relacionados con Cupisnique parecen mantenerse en los límites ya señalados para el Formativo Medio. Se intensifican en algunas áreas como en la costa sur, donde los estímulos previos crean nuevos estilos como el estilo Paracas, en una técnica particular de pintura post cocción (también presente en costa y sierra norte). Estos productos, a su vez, entran en la sierra sur, donde excavaciones recientes en Campanayuc Rumi, cerca de Vilcashuamán en Ayacucho (Embajada 2008, p. 69, Matsumoto en prensa), han demostrado su existencia. La arquitectura monumental de piedra de este sitio muestra cierto parecido con la de Chavín. Fenómenos parecidos se registraron en la cuenca del Marañón por Huancayo y Jauja. La instalación de estos centros no parece estar ligada necesariamente a la difusión de un culto de carácter panandino —no se percibe la imaginería característica de Chavín— sino a modo de puntos nodales en redes de intercambio de bienes de lucro. Semejante iconografía, sin embargo, sí aparece en objetos de lucro de los contextos norteños; destaca el llamado «Dios de los Báculos» que se convierte en tema principal de las telas pintadas y mates pirograbados de la costa sur, donde aparece en áreas funerarias formalizadas (Karwa, Coyungo). Este fenómeno podría deberse al afán de elites de convertirse en ancestros divinizados y a un concepto de canales rituales que caracterizan estos centros —Chavín de Huántar incluido— que, en el caso de Kuntur Wasi parecen conectarse con los contextos funerarios aludidos. Esta interrelación señala el poder de controlar y/o generar el agua, fuente principal de la vida.

De este modo un conjunto de técnicas nuevas relacionadas con metal, cerámica, textilería y otras relacionadas (agricultura con irrigación, mejoramiento de algunas plantas como maíz, ganadería de camélidos con especialización en la producción de la lana y en bestias de carga, producción de cerámica en cantidades mayores, entre otras) pueden entenderse como estrategias para consolidar poderes políticos.

Conviene destacar uno de estos aspectos: la irrigación. En la mayoría de los sitios con arquitectura monumental en la sierra norte se observa un fenómeno que son canales de función ritual que sugieren un papel central del agua tanto como ejes en la organización espacial como vínculos con contextos funerarios importantes, como en el caso de Kuntur Wasi que podrían interpretarse como ancestros en su papel de creadores de agua, un concepto bien conocido en tiempos incaicos.

El fin del Formativo Tardío a menudo se relaciona con catástrofes naturales como un mega ENSO alrededor de 500 a. C. —parecido a la argumentación de Tello (véase Capítulo I)— como factor principal para la desaparición de los «centros ceremoniales». Tal «explicación», sin embargo, no capta las complejidades inherentes en toda el área discutida. Como se señaló, el Formativo Tardío se compone de múltiples soluciones en diferentes zonas en las cuales diferentes estrategias pueden coexistir. En general, sin embargo, se vislumbran crisis de sociedades debido a factores internos y externos de diferente índole, irregularidades climáticas incluidas. En vez de buscar generalizaciones globalizantes, sería más conveniente concentrarse en las historias locales y regionales, las razones por mantener estructuras sociales e ideológicas o cambiarlas en forma más o menos drástica. Por estas razones es imprescindible contar con secuencias más precisas basadas en la lógica de la cronología relativa, también en vista de los problemas inherentes del <sup>14</sup>C.

En todo caso, lo que caracteriza el Formativo Tardío no es una uniformización ni una conversión de Chavín en centro de «irradiación» para usar el término preferido de Tello (véase Capítulo I), sino una diversidad que ya fue intuida por Rowe (Capítulo I). Esta incluye la aparición de redes de interacción que abarcan zonas «marginales» desde el punto de vista de aquellas del Formativo Medio donde subsisten características respectivas, mientras que en otras parecen surgir nuevas modalidades de «centros» que reemplazan los centros ceremoniales de antes. Estas aparentemente carecen de la visibilidad de la anterior arquitectura monumental ostentosa, por lo que se produce una desproporción entre áreas funerarias (por ejemplo Morro de Eten en Lambayeque y Ancón en la costa central) y asentamientos correspondientes. Cabe señalar que asentamientos con arquitectura «doméstica» tampoco se conocen bien de tiempos anteriores. Las zonas «marginales» se están convirtiendo en otros centros de redes de interacción, como, sobre todo, la costa sur. Este fenómeno está más evidente en el Formativo Final, pero parece iniciarse ya en el Formativo Tardío.

## 5. FORMATIVO FINAL

Durante este lapso, comprendido aproximadamente entre 500/400 y 200 a.C., se acentúan las tendencias señaladas para el Formativo Tardío. El carácter ceremonial de la arquitectura monumental no cesa de manera brusca, sino se redefine al lado de algunos casos en los cuales las modalidades arquitectónicas previas parecen mantenerse. Ante la enorme cantidad de sitios con arquitectura monumental temprana, sobre todo en la costa, por regla solo conocida por fotos aéreas y recolección de material de superficie sin excavaciones o sondeos y sin fechados <sup>14</sup>C, resulta poco convincente postular límites temporales sumarios y definitivos para todos ellos. Por otro lado se denotan cambios más definitivos en algunas zonas mejor estudiadas. El valle de Nepeña, hasta hace poco apenas tomado en cuenta está rindiendo datos sumamente importantes (véase Capítulo III, Shibata, en prensa, Chicoine 2006, en prensa, Ikehara, en prensa), particularmente para la parte final del Formativo. Sitios, antes considerados tardíos, como Huambacho y Caylán (Chicoine 2006, en prensa), debido a su arquitectura de carácter «urbano», se construyen y usan entre los siglos V y III a.C. y cuyos inicios pueden remontarse al Formativo Tardío. Una concentración importante de la llamada arquitectura «megalítica» se concentra en la parte media alta del valle, en forma de fortificaciones, montículos aislados, complejos piramidales y complejos de plataformas con plazas cercados así como aldeas menos vistosas. Podría iniciarse ya en el Formativo Medio, pero subsiste hasta el siglo III a.C. (Ikehara en prensa). Ikehara señala, con razón, que este «megalitismo» no es una innovación tardía sino retoma conceptos arquitectónicos que datan del Formativo Temprano, pero parece ser una modalidad contemporánea con otra de la parte baja del valle con una acumulación de patios decorados con columnas y una cultura material diferente. Fenómenos parecidos se perciben en Casma y en Santa. En la sierra norte (Pacopampa y sitios cercanos, Kuntur Wasi y otros) las estructuras mantienen características previas con cerámica que, en general, es más simple en forma y decoraciones, comparada con la del Formativo Tardío, pero aún mantienen residuos de la suntuosidad en vasijas grandes escultóricas de imagería heredada. La arquitectura, la organización del espacio, técnicas de construcción y orientación difieren en un carácter menos «ceremonial», pero retoman algunos principios del Formativo Medio.

En la costa sur, en el valle de Palpa (Reindel & Isla 2008), se ha ampliado significativamente el registro de sitios paracas, que corresponden al Formativo Medio, Tardío y Final, así como al Epiformativo. Las evidencias aumentan a partir del Formativo Final con la existencia de aldeas formalizadas (Jauranga) (Ocucaje 5 a 7, 520 a 380 a.C.), pero, entre 360 y 280 a.C., se aprecia una extensión muy notable de asentamientos grandes con arquitectura monumental (Ánimas Altas en el valle

de Ica, entre otros) que señalan un auge importante que está acompañado por una distribución de la cerámica (y probablemente tejidos y otros productos) hasta la costa central y sitios de la sierra central y surcentral con probables extensiones hasta al altiplano (véase Kaulicke 1994, pp. 526-538). En este tiempo se vislumbra, por tanto, una complejidad social y política distinta a la del norte cuyos mecanismos aún no se han aclarado bien.

Todo este Formativo Final es un mosaico complejo que lo convierte una época de transición de mucho dinamismo que parece llevar a sociedades más nucleadas, quizá territoriales, con más diferenciación interna y externa, institucionalización de conflictos en las cuales los papeles de las elites parecen cambiar aunque, en algunos lugares, se perciben continuidades como en los contextos funerarios de la fase La Copa en Kuntur Wasi (véase Capítulo II). Si bien parecen ser menos «visibles» que en el Formativo Medio, esto probablemente se debe a su falta de reconocimiento por parte de los arqueólogos.

La arquitectura aglutinada en patios y la ausencia de componentes piramidales a modo de «centros ceremoniales» podría entenderse como una especie de «proto-urbanismo», pero su carácter esencial se mantiene en mecanismos de rituales, fiestas y actividades más comunales dentro de un paisaje más estructurado en lugares centrales y otros relacionados con funciones diversas.

## 6. EPIFORMATIVO

En el esquema que presenté en el Capítulo IV, se agrega un Epiformativo que cae en un lapso después de aproximadamente 200 a.C. hasta los primeros siglos d.C. Este término implica un fenómeno posterior a lo que sería el Formativo propiamente dicho, en el que subsisten suficientes elementos para justificar una ligazón con tiempos anteriores. En el Perú corresponde parcialmente a lo que se suele llamar Formativo Superior (véase Capítulo III, aportes de Lumbreras). Semejante fenómeno, sin embargo, no permite generalizaciones, sobre todo, si se toma en consideración la diversidad notable señalada para el Formativo Final. Lamentablemente se trata de un tema muy poco estudiado pese a su relevancia para la caracterización de culturas, estilos o sociedades tan notables como Mochica, Nasca, Lima, entre otros. Casos como Kotosh-Higueras o Layzón/Sotera (véase Capítulo II) rompen claramente con las manifestaciones anteriores, pero aún así guardan algunos elementos como los círculos estampados en la cerámica (véase figura 61). Esta cerámica también aparece en la costa, donde se relaciona con Salinar y con lo que parece ser un Cupisnique (¿Final?) en Cerro Arena en Moche lo que sugiere de nuevo la coexistencia de estilos en ambientes que adoptan en forma creciente aspectos de urbanización

(Mujica 1975). Lo que Larco llamó Virú-Cupisnicoide o Salinar Cupisnicoide (véase Capítulo I) podría corresponder al mismo tiempo, aunque los contextos de él carecen de una contextualización más concreta y de fechados <sup>14</sup>C. Los avances relevantes en metalurgia y otras tecnologías son requisitos indispensables para el despliegue posterior de las manifestaciones más esplendorosas. Si se mantiene la lógica de un interés sostenido en la autodefinición de elites, claramente desplegado en los contextos funerarios extraordinarios mochica en varios valles de la costa (desde el valle de Piura [Loma Negra] hasta Jequetepeque [La Mina y otros], véase distribución de contextos «ricos» del Formativo Tardío) (Kaulicke 2000, 2006) se puede dudar de la interpretación de que se trate de «arcaísmos» en el sentido de «renacimientos» después de desapariciones más o menos prolongadas. Es más probable que habría que vincularlo con una tradición, en el sentido de una memoria sostenida y longeva que vincula el Formativo Tardío con el Mochica Temprano. Ya que contextos funerarios correspondientes existen en el Formativo Final (véase Kuntur Wasi, Capítulo II) es probable que existan también en el Epiformativo.

En el sur, el término Epiformativo se justifica por fenómenos parecidos, aunque insertados en áreas culturales distintas como la del Altiplano peruano-boliviano donde se reconoce un Formativo Tardío que se inicia por los 200 a.C. y se prolonga hasta 500 d.C. (Stanish 2003, Janusek 2009). Un sitio, dentro de una tradición que se remonta a sitios mucho más tempranos como Chiripa, es Pukara o Pucará (Klarich 2001, 2009). Sin ánimo de presentar su problemática se están acumulando evidencias de una distribución extendida de sus productos que incluye la costa sur, pero se extiende hasta el norte de Chile, entre lo que sería el Formativo Final y el Epiformativo del esquema propuesto aquí.

En general, este tiempo está mal definido, aunque su importancia es crucial para entender las génesis de los estilos y/ o sociedades Mochica, Lima, Cajamarca, Nasca y otros (véase Kaulicke 1992, 2006 para la costa norte).

Ante este panorama del Formativo se puede concluir que predominan amplias redes de interacción, al menos desde el Arcaico Final en las cuales se insertan los sitios conocidos. Estas redes, por lo general, abarcan áreas con diferentes características medioambientales que apuntan hacia una diversificación económica desde los «inicios». Las conexiones, por tanto, se deben más a aspectos sociales e ideológicos compartidos dentro de variaciones importantes. Costa y sierra norte, desde Lambayeque hasta Casma y desde Jaén/Bagua hasta Jequetepeque muestran vínculos más estrechos e historias compartidas largas, y representan un fenómeno que podría llamarse Gran Cupisnique (Formativo Medio-Tardío hasta quizá Epiformativo). El área del Huallaga es otro ejemplo de una red de larga duración que comparte elementos con la del Gran Cupisnique y la otra, la de la costa central. No es, por lo tanto,

un «epifenómeno» más característico por sus elementos «selváticos». Dentro de este ámbito se reconoce tradiciones compartidas que se inician en el Arcaico Final y perduran hasta el Formativo Medio. En estas Chavín de Huántar se encuentra en una posición geográfica central sin tradición propia que absorbe elementos de estas redes quizá desde una posición de lugar sagrado.

En esta perspectiva el Formativo Tardío —para muchos Horizonte Temprano o Chavín— corresponde a una transición que se debe a cambios sociales, en particular a la emergencia de elites más poderosas que antes que inician innovaciones económicas y, probablemente, ideológicas, pero se sirven aún de las imágenes previas. Estas innovaciones parecen haberse necesarias por diferentes factores que aún quedan por esclarecerse. Por un lado se expanden redes anteriores, pero estas parecen trasladarse a zonas antes marginales. Desde el Formativo Tardío, pero, sobre todo, en el Formativo Final, la costa sur se convierte en una nueva red que, a su vez, se extiende hacia el norte (costa y sierra central) y al sur (altiplano, sierra sur). En este sentido, este tiempo, desde el siglo VI a.C. hasta los primeros siglos d.C., debe entenderse como larga transición hacia las sociedades complejas Mochica, Recuay, Cajamarca, Nasca y otras que surgen como resultado de los múltiples cambios, aún poco comprendidos en su alcance y en sus mecanismos concretos.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABANTO LLAQUE, Julio (2008). «Pictografías, petroglifos y geoglifos en la Quebrada Canto Grande, valle de Rímac». *Arkinka*, N° 152, pp. 92-97.
- ALVA, Ignacio (en prensa). «Los complejos Ventarrón y Collud-Zarpán: del Precerámico al Formativo en el valle de Lambayeque». Para publicarse en Peter Kaulicke & Yoshio Onuki (editores), *El Periodo Formativo: enfoques y evidencias recientes – Primera Parte. Boletín de Arqueología PUCP*, N° 12.
- ALVA, Walter (1986). *Frühe Keramik aus dem Jequetepeque-Tal, Nordperu* [Cerámica temprana en el valle de Jequetepeque, norte del Perú]. *Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, vol. 32. Múnich: Verlag Beck.
- ALVA, Walter (1992). «Orfebrería del Formativo». En *Oro del Antiguo Perú*. Colección Arte y Tesoros del Perú. Lima: Banco de Crédito, pp. 17-116.
- ASTON, William George (traductor y editor) (1972). *Nihongi. Chronicles of Japan from the Earliest Times to A.D. 697*. Rutland, Vermont y Tokio: Charles E. Tuttle Company.
- BARNES, Gina (1986). «The Structure of Yayoi and Haji Ceramic Typologies». En Pearson (editor) 1986, pp. 449-476.
- BARRETO CEDAMANOS, Daisy (1984). «Las investigaciones en el “Templete” de Limoncarro». *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, vol. 6, pp. 541-557.
- BENFER, Robert A., Jr. (2005). «Frédéric-André Engel (1908-2002)». *Andean Past*, vol. 7, pp. 1-14.
- BENFER, Robert A., Jr.; Bernardino OJEDA, Neil A. DUNCAN, Larry R. ADKINS, Hugo LUDEÑA, Miriam VALLEJOS, Víctor ROJAS, Andrés OCAS, Omar VENTOCILLA y Gloria VILLAREAL (2009). «La Tradición Religioso-Astronómica en Buena Vista». En Peter Kaulicke & Tom D. Dillehay (editores), *Procesos y expresiones de poder, identidad y orden tempranos en Sudamérica, Segunda Parte, Boletín de Arqueología PUCP*, N° 11, (2007), pp. 53-102.
- BENNETT, Wendell C. (1936). *Excavations in Bolivia*. *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, vol. 35, pt. 4, pp. 329-507, Nueva York.

- BENNETT, Wendell C. (1939). *Archaeology of the North Coast of Peru. An Account of Exploration and Excavations in Viru and Lambayeque Valleys*. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, vol. 37, pt. 1, Nueva York.
- BENNETT, Wendell C. (1942). *Chavin Stone Carving*. Yale Anthropological Studies, vol. III. Yale University, Department of Anthropology. New Haven: Yale University Press.
- BENNETT, Wendell C. (1943). «The Position of Chavin in Andean Sequences». *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 86, N° 2, pp. 323-327, Filadelfia.
- BENNETT, Wendell C. (1944). *The North Highlands of Peru. Excavations in the Callejon de Huaylas and at Chavin de Huantar*. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, vol. 39, pt. 1, Nueva York.
- BENNETT, Wendell C. (1946). «The Archaeology of the Central Andes». En Julian H. Steward (editor), *Handbook of South American Indians*, vol. 2, pp. 61-148, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, Washington D. C.
- BENNETT, Wendell C. (1948). «The Peruvian Co-Tradition». En Bennett (editor) 1948, pp. 1-7.
- BENNETT, Wendell C. (editor) (1948). «A Reappraisal of Peruvian Archaeology». *American Antiquity*, vol. 13, N° 4, pt 2; *Memoirs of the Society for American Archaeology*, 4. Menasha: Society for American Archaeology; Institute of Andean Research.
- BENNETT, Wendell C. & JUNIUS B. BIRD (1949). *Andean Culture History*, American Museum of Natural History, Handbook Series, N° 15. Nueva York: Lancaster Press.
- BENSON, Elizabeth P. (editora) (1971). *Dumbarton Oaks Conference on Chavin. October 26<sup>th</sup> and 27<sup>th</sup>, 1968*. Washington d.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Trustees for Harvard University.
- BINFORD, Lewis R. (1962). «Archaeology as Anthropology». *American Antiquity*, vol. 28, N° 2, pp. 217-225.
- BIRD, JUNIUS B. (1948). «Pre-ceramic Cultures in Chicama and Viru». En Bennett (editor), pp. 21-29.
- BISCHOF, Henning (1985). «Zur Entstehung des Chavín-Stils in Alt-Peru». *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, vol. 6 (1984), pp. 355-452, München.
- BISCHOF, Henning (1987). «Archäologische Forschung in Cerro Sechín (Casma)». En Wolfgang Bauer (editor), *Ikonomographische und stilgeschichtliche Aspekte, Archäologie in Peru: Archäometrie*, Ergebnisse des I. Fachsymposiums der Deutsch-Peruanischen Archäologischen Gesellschaft 1985 in München, I, pp. 23-46. Stuttgart.
- BISCHOF, Henning (1988). «Los relieves de barro de Cerro Sechín: Evidencias de un culto marino en el antiguo Perú». *Boletín de Lima*, N° 55, pp. 59-68, Lima.



- BISCHOF, Henning (1992). «Vom Präkeramikum zu Chavin - Altperuanische Kunst». En Haus der Kulturen der Welt (editor), *Inka Peru: 3000 Jahre Indianische Hochkulturen*. Tubinga: Ernst Wasmuth, pp. 19-31.
- BISCHOF, Henning (1994). «Toward the Definition of Pre- and Early Chavin Art Styles in Peru». *Andean Past*, vol. 4, pp. 169-228, Ithaca.
- BISCHOF, Henning (1995). «Cerro Sechín y el arte temprano centro-andino». En Salomón Lerner, Mercedes Cárdenas y Peter Kaulicke (editores), *Arqueología de Cerro Sechín tomo II: Escultura*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 157-184.
- BISCHOF, Henning (1996). «Análisis iconográfico y del estilo en la elaboración de cronologías arqueológicas: el caso del Formativo Centroandino». *Andes, Boletín de la Misión Arqueológica Andina*, vol. 1, pp. 61-91, Universidad de Varsovia, Varsovia.
- BISCHOF, Henning (1997). «Cerro Blanco, valle de Nepeña, Perú. Un sitio del Horizonte Temprano en emergencia». En Bonnier & Bischof (editores), pp. 203-234.
- BISCHOF, Henning (1998a). «El Período Inicial, el Horizonte Temprano, el Estilo Chavín y la realidad del proceso formativo en los Andes Centrales». En *I Encuentro Internacional de Peruanistas – Estado de los estudios histórico-sociales sobre el Perú a fines del siglo XX*, vol. I, pp. 57-85. Lima: Universidad de Lima.
- BISCHOF, Henning (1998b). «Los orígenes de la civilización centroandina en la obra de Max Uhle». En Ursula Thiemer-Sachse y Peter Masson (editores), *Estudios andinos: Max Uhle, su obra, y su repercusión*. Indiana tomo 15, Berlín, pp. 37-78.
- BISCHOF, Henning (1999). «Los mates tallados de Huaca Prieta: ¿evidencias del arte Valdivia en el Arcaico centroandino?». En Kaulicke (editor), pp. 85-119.
- BISCHOF, Henning (2000). «Cronología y cultura en el Formativo Centroandino». *Estudios Latinoamericanos*, Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos, N° 20, pp. 41-71, Varsovia.
- BISCHOF, Henning (2008). «Context and Contents of Early Chavín Art». En Conklin & Quilter (editores), pp. 107-141.
- BLEED, Peter (1986). «Almost Archaeology: Early Archaeological Interest in Japan». En Pearson (editor), pp. 57-67.
- BONNIER, Elisabeth (1987). «Les architectures précéramiques dans la Cordillère des Andes. Piruru face à la diversité des données». *L'Anthropologie*, vol. 91, N° 4, pp. 889-904, París.
- BONNIER, Elisabeth (1988). «Arquitectura precerámica en la cordillera de los Andes. Piruru frente a la diversidad de los datos». *Antropológica*, N° 6, pp. 335-361, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima (traducción de 1987).

- BONNIER, Elisabeth (1997). «Preceramic Architecture in the Andes: The Mito Tradition». En Bonnier & Bischof (editores), pp. 121-144.
- BONNIER, Elisabeth & Henning BISCHOF (editores) (1997). *Arquitectura y civilización en los Andes prehispánicos*. Archaeologica Peruana, 2. Mannheim: Sociedad Arqueológica Peruano-Alemana, Reiss-Museum.
- BONNIER, Elisabeth, Julio ZEGARRA & Juan Carlos TELLO (1985). «Un ejemplo de cronoestratigrafía en un sitio con superposición arquitectónica. Piruru-Unidad I/II». *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines*, vol. 14, N° 3-4, pp. 80-101, Lima.
- BUCK, Caitlin E. & Andrew R. MILLARD (2001). «Preface: Towards Integrated Thinking in Chronology Building». En Caitlin E. Buck y Andrew R. Millard (editores), *Tools for Constructing Chronologies: Crossing Disciplinary Boundaries*, Lecture Notes in Statistics, 177. Londres: Springer, pp. V-XIV.
- BURGER, Richard L. (1978). «The Occupation of Chavin, Ancash, during the Initial Period and Early Horizon». Tesis doctoral inédita, Universidad de California.
- BURGER, Richard L. (1979). «Resultados preliminares de excavaciones en los distritos de Chavín de Huántar y San Marcos, Perú». En Matos Mendieta (editor), pp. 133-155.
- BURGER, Richard L. (1981). «The Radiocarbon Evidence for Temporal Priority of Chavín de Huántar». *American Antiquity*, vol. 46, pp. 592-602.
- BURGER, Richard L. (1983). «Pójoc and Waman Wain: Two Early Horizon Villages in the Chavin Heartland». *Ñawpa Pacha*, 20, pp. 3-40. Berkeley.
- BURGER, Richard L. (1984). «The Prehistoric Occupation of Chavín de Huántar, Peru». *University of California Publications in Anthropology*, vol. 14. Berkeley: University of California Press.
- BURGER, Richard L. (1985a). «Concluding Remarks: Early Peruvian Civilization and Its Relation to the Chavin Horizon». Christopher B. Donnan (editor), pp. 269-289.
- BURGER, Richard L. (1985b) «Prehistoric Stylistic Change and Cultural Development at Huaricoto, Peru». *National Geographic Research*, vol. 1, N° 4, pp. 504-534.
- BURGER, Richard L. (1988). «Unity and Heterogeneity within the Chavín Horizon». En Richard W. Keatinge (editor), *Peruvian Prehistory. An Overview of Pre-Inca and Inca Society*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 99-144.
- BURGER, Richard L. (1992). *Chavin and the Origins of Andean Civilization*. Londres: Thames and Hudson.
- BURGER, Richard L. (1993a). «The Chavín Horizon: Stylistic Chimera or Socioeconomic Metamorphosis?». En Don Stephen Rice (editor), *Latin American Horizons. A Symposium at Dumbarton Oaks, 11<sup>th</sup> - 12<sup>th</sup> October 1986*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 41-82.

- BURGER, Richard L. (1993b). *Emergencia de la civilización en los Andes: ensayos de interpretación*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- BURGER, Richard L. (1998). *Excavaciones en Chavín de Huántar* (traducción de 1984). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- BURGER, Richard L. (2003). «Conclusions: Cultures of the Ecuadorian Formative in Their Andean Context». En J. Scott Raymond y Richard L. Burger (editores), *Archaeology of Formative Ecuador: A Symposium at Dumbarton Oaks, 7 and 8 October, 1995*. Washington d.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 465-486.
- BURGER, Richard L. (2008). Chavín de Huántar and Its Sphere of Influence. En Helaine Silverman y William H. Isbell (editors) *Handbook of South American Archaeology*. Nueva York: Springer, pp. 681-703.
- BURGER, Richard L. & Lucy SALAZAR BURGER (1980). «Ritual and Religion at Huaricoto». *Archaeology*, vol. 36, N° 6, pp. 26-32.
- BURGER, Richard L. & Lucy SALAZAR BURGER (1985). «The Early Ceremonial Center at Huaricoto». En Donnan (editor), pp. 111-138.
- BURGER, Richard L. & Lucy SALAZAR BURGER (1998). «A sacred effigy from Mina Perdida and the unseen ceremonies of the Peruvian Formative», *Res*, N° 33, pp. 28-53.
- BURGER, Richard L. & Lucy SALAZAR BURGER (2008). «The Manchay Culture and the Coastal Inspiration for Highland Chavín Civilization». En Conklin & Quilter (editores), pp. 85-105.
- CARRIÓN CACHOT, Rebeca (1948). «La cultura Chavín. Dos nuevas colonias: Kuntur Wasi y Ancón». *Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología*, vol. 2, N° 1, pp. 99-172, Lima.
- CASAFRANCA, José (1960). «Los nuevos sitios arqueológicos chavinoides en el departamento de Ayacucho». En Matos Mendieta (editor), pp. 325-334.
- CHAUCHAT, Claude, Jean GUFFROY & Thomas POZORSKI (2006). «Excavations at Huaca Herederos Chica, Moche Valley, Peru». *Journal of Field Archaeology*, vol. 31, N° 3, pp. 233-250.
- CHICOINE, David (2006). «Architecture and Society at Huambacho (800-200 B.C.), Nepeña Valley, Peru». Tesis doctoral inédita, Sainsbury Research Unit for the Arts of Africa, Oceania, and the Americas, University of East Anglia, Norwich.
- CHICOINE, David (en prensa). «Cronología y secuencias en Huambacho, valle de Nepeña, costa de Ancash». Para publicarse en Kaulicke & Onuki (editores), El Período Formativo: Enfoque y Evidencias Recientes, Primera Parte, *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 12.

- CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICO-MILITARES DEL PERÚ (1959). *Actas y trabajos del II Congreso Nacional de Historia del Perú (Época Pre-hispánica)*, 4-9 de agosto de 1959, tomo I, Lima.
- CONKLIN, William (1985). «The Architecture of Huaca Los Reyes». En Donnan (editor), pp. 139-164.
- CONKLIN, William J. & Jeffrey QUILTER (editores) (2008). *Chavín: Art, Architecture, and Culture*. Monograph 61, Cotsen Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.
- CONTRERAS, Daniel A. (2009). «Reconstructing landscape at Chavín de Huántar, Perú: A GIS-based approach». *Journal of Archaeological Science*, vol. 36, pp. 1007-1017.
- DILLEHAY, Tom D. (1998). «La organización dual en los Andes. El problema y la metodología de investigación en el caso de San Luis, Zaña». En Kaulicke (editor) (1998), pp. 37-60.
- DILLEHAY, Tom D. (2004). «Social Landscape and Ritual Pause. Uncertainty and Integration in Formative Peru». *Journal of Social Archaeology*, vol. 4, N° 2, pp. 239-268.
- DILLEHAY, Tom D. (2008). «Organización y espacios sociopolíticos incipientes: tres casos de los Andes». En Kaulicke & Dillehay (editores), *Procesos y expresiones de poder, identidad y orden tempranos en Sudamérica. Primera Parte, Boletín de Arqueología PUCP*, N° 10, (2006), pp. 13-36.
- DONNAN, Christopher B. (editor) (1985). *Early Ceremonial Architecture in the Andes: A Conference at Dumbarton Oaks, 8<sup>th</sup> to 10<sup>th</sup> October, 1982*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- EKHOLM, Gunnar (1927). «Nordischer Kreis». En Max Ebert (editor), *Reallexikon der Vorgeschichte*, vol. 9, pp. 6-88, Berlín: Walter de Gruyter & Co.
- ELERA, Carlos (1986). «Investigaciones sobre patrones funerarios en el sitio formativo del Morro de Eten, valle de Lambayeque, costa norte del Perú». Memoria de Bachiller inédita, 2 tomos, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- ELERA, Carlos (1993). «El complejo cultural Cupisnique: antecedentes y desarrollo de su ideología religiosa». En Millones & Onuki (editores), pp. 229-257.
- ELERA, Carlos (1997). «Cupisnique y Salinar: algunas reflexiones preliminares». En Bonnier & Bischof (editores), pp. 177-201.
- ELERA, Carlos (1998). «The Puémape Site and the Cupisnique Culture: A Case Study on the Origins and Development of Complex Society in the Central Andes, Peru». Tesis doctoral inédita. University of Calgary.
- EMBAJADA DEL PERÚ EN EL JAPÓN (2008). *Medio siglo de contribuciones japonesas a la arqueología en el Perú*. Tokio: Embajada del Perú.

## BIBLIOGRAFÍA

- ENGEL, Frédéric (1955). «Les amas de coquillages de la côte péruvienne (Ancón-Río Ica)». *Journal de la Société des Américanistes*, vol. 44, pp. 39-47, París.
- ENGEL, Frédéric (1956). «Curayacu, a Chavinoid Site». *Archaeology*, vol. 9, N° 2, pp. 98-115.
- ENGEL, Frédéric (1957a). «Early Sites on the Peruvian Coast». *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 13, N° 1, pp. 54-68.
- ENGEL, Frédéric (1957b). «Early Sites in the Pisco Valley of Peru: Tambo Colorado». *American Antiquity*, vol. 23, N° 1, pp. 34-45.
- ENGEL, Frédéric (1957c). «Sites et établissements sans céramique de la côte péruvienne». *Journal de la Société des Américanistes*, vol. 46, pp. 67-155. París.
- ENGEL, Frédéric (1958). «Algunos datos con referencia a los sitios precerámicos de la costa peruana». *Arqueológicas*, vol. 3, Museo Nacional de Antropología y Arqueología, Lima.
- ENGEL, Frédéric (1960a). «Un groupe humain datant de 5000 ans à Paracas, Pérou». *Journal de la Société des Américanistes*, vol. 49, pp. 7-35, París.
- ENGEL, Frédéric (1960b). «Datos con referencia al estudio de sitios prehistóricos en su contexto morfológico y climático». En Matos Mendieta (editor), pp. 119-128.
- ENGEL, Frédéric (1966a). *Paracas. Cien siglos de cultura peruana*. Lima: Juan Mejía Baca.
- ENGEL, Frédéric (1966b). «Le complexe précéramique d'El Paraiso (Pérou)». *Journal de la Société des Américanistes*, vol. 55, N° 1, pp. 43-95. París.
- ENGEL, Frédéric (1970). *Las lomas de Iguanil y el complejo de Haldas*. Lima: Universidad Nacional Agraria, Departamento de Publicaciones.
- ESPEJO NÚÑEZ, Julio (1955). «Gotush, Nuevos descubrimientos en Chavín». *Baessler Archiv N. F.* vol. 3, pp. 123-136, Berlín.
- ESPEJO NÚÑEZ, Julio (1959). «Monumentos en el "piso" superior del valle de Chavín». *Actas y trabajos del II Congreso de Historia del Perú*, tomo I, pp. 123-136, Lima.
- ESTRADA, Víctor Emilio, Betty J. MEGGERS & Clifford EVANS (1964). «The Jambelí Culture of South Coastal Ecuador». *Proceedings of the United States National Museum*, vol. CXV, N° 3492, pp. 483-558.
- FABIAN, Johannes (2000). *Time and the Other: How Anthropology Makes Its Object*. Nueva York: Columbia University Press.
- FEATHERS, James K., Jack JOHNSON & Silvia RODRÍGUEZ KEMBEL (2008). «Luminescence Dating of Monumental Stone Architecture at Chavín de Huántar, Perú». *Journal of Archaeological Method and Theory*, vol. 15, pp. 266-296.

- FELDMAN, Robert (1980). «Aspero, Peru. Architecture, Subsistence Economy, and Other Artifacts of a Preceramic Maritime Chiefdom». Tesis doctoral inédita. Department of Anthropology, Harvard University.
- FELDMAN, Robert (1985). «Preceramic Corporate Architecture: Evidence for the Development of Non-Egalitarian Social Systems in Peru». En Donnan (editor), pp. 71-92.
- FITZHUGH, William W. & Chisato O. DUBREUIL (editores) (1999). *Ainu. Spirit of a Northern People*. Arctic Studies Center/Museum of Natural History. Los Angeles: University of Washington Press.
- FLORES, Isabel (1960). «Wichqana, sitio temprano en Ayacucho». En Matos Mendieta (editor), pp. 335-344.
- FLORES, Isabel (1975). *Excavaciones en El Mirador, Pacopampa*. Seminario de Historia Rural Andina, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- FLORES, Isabel (2005). «Excavaciones en El Mirador, Pacopampa». *Arqueología y Sociedad*, N° 16, pp. 125-140, Lima (reedición de Flores 1975).
- FORD, James A. (1949). «Cultural Dating of Prehistoric Sites in the Viru Valley, Peru». *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, vol. 43, pt. 1, pp. 20-89, Nueva York.
- FUCHS, Peter (1997). «Nuevos datos arqueométricos para la historia de ocupación de Cerro Sechín - Período Lítico al Formativo». En Bonnier & Bischof (editores), pp. 145-161.
- FUJII, Tatsuhiko (1979). «Stone, Metal, Bone, and Shell Artifacts». En Terada (editor), pp. 99-114.
- FUNG, Rosa (1972). «Las Aldas: su ubicación dentro del proceso histórico del Perú Antiguo». *Dédalo*, vols. 9-10 (1969), pp. 1-207, Sao Paulo.
- FUNG, Rosa (1975). «Excavaciones en Pacopampa, Cajamarca». *Revista del Museo Nacional*, vol. 41, pp. 129-210, Lima.
- FUNG, Rosa (2005). «Excavaciones en Pacopampa, Cajamarca». *Arqueología y Sociedad*, N° 16, pp. 63-122 (reedición de Fung 1975), Lima.
- GRIEDER, Terence (1975). «A Dated Sequence of Building and Pottery at Las Haldas». *Ñawpa Pacha*, N° 13, pp. 99-112.
- GRIEDER, Terence & Alberto BUENO MENDOZA (1985). «Ceremonial Architecture at La Galgada». En Donnan (editor), pp. 93-109.
- GRIEDER, Terence, Alberto BUENO MENDOZA, C. Earle SMITH Jr. & Robert M. MALINA (1988). *La Galgada, Peru: A Preceramic Culture in Transition*. Austin: University of Texas Press.

- GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe (1936 [1615]). *El primer nueva corónica y buen gobierno*. Edición facsimilar de Paul Rivet. París: Institut d'Ethnologie.
- GUFFROY, Jean (1999). *El arte rupestre del antiguo Perú*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- GUFFROY, Jean (director) (1994). *Cerro Nãñañique: un établissement monumental de la période formative, en limite de désert (Haut Piura, Pérou)*. París: Orstom.
- HARRIS, Edward C. (1979). *Principles of Archaeological Stratigraphy*. Londres: Academic Press.
- HARRIS, Edward C., Marley R. Brown III y Gregory J. Brown (editores) (1993). *Practices of Archaeological Stratigraphy*. Londres: Academic Press.
- HOOPES, John (1987). «Early Ceramics and the Origins of Village Life in Lower Central America». Tesis doctoral inédita. Harvard University, University Microfilms International, Ann Arbor, Michigan.
- HOSTNIG, Rainer (2003). *Arte rupestre del Perú: inventario general*. Lima: CONCYTEC.
- HUDSON, Mark J. (1999). *Ruins of Identity. Ethnogenesis in the Japanese Islands*. Honolulu: University of Hawaii Press.
- HUDSON, Mark J. (2003). «Foragers as Fetish in Modern Japan». En Junko Habu, James M. Saville, Shuzo Koyama e Hitomi Hongo (editores), *Hunter-Gatherers of the North Pacific Rim*. Senri Ethnological Studies, vol. 63, pp. 263-274, Osaka.
- IKEHARA TSUKAGAWA, Hugo (2007). «Festines del Período Formativo medio y tardío en Cerro Blanco de Nepeña». Tesis de Licenciatura inédita. Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Especialidad Arqueología, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- IKEHARA, Hugo & Koichiro SHIBATA (2008). «Festines e integración social en el Período Formativo: nuevas evidencias de Cerro Blanco, valle bajo de Nepeña». En Peter Kaulicke & Tom Dillehay (editores), Encuentros: identidad, poder y manejo de espacios públicos, *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 9 (2005), pp. 123-159, Lima.
- IMAMURA, Keiji (1996). *Prehistoric Japan. New Perspectives on Insular East Asia*. Honolulu: University of Hawaii Press.
- IMAMURA, Keiji (2004). «Anmerkungen zu Chronologie und Typologie von Jōmon-Keramik». En Wiczorek, Steinhaus & Makoto (editores), pp. 123-127.
- INOKUCHI, Kinya (1998). «La cerámica de Kuntur Wasi y el problema Chavín». En Kaulicke (editor), pp. 161-180.
- INOKUCHI, Kinya (en prensa). «La arquitectura de Kuntur Wasi: secuencia constructiva y cronología de un centro ceremonial del Período Formativo». Para publicarse en Kaulicke & Onuki (editores), *El Período Formativo: Enfoques y Evidencias Recientes*, Primera Parte. *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 12.

- INOKUCHI, Kinya & Nelly E. Martell Castillo (2002). «Informe preliminar del proyecto de investigaciones arqueológicas de Sajarapatac y Piquimina en Huánuco, Perú». Informe inédito presentado al INC, Lima.
- INOKUCHI, Kinya, Yoshio ONUKI, Eisei TSURUMI, Yuichi MATSUMOTO y Álvaro RUIZ (2002). «Informe preliminar de la prospección general de Huánuco, Perú» (en japonés). *América Antigua*, vol. 5, pp. 69-88, Tokio.
- ISHIDA, Eiichiro *et al.* (1960). *Andes 1: The Report of the University of Tokyo Scientific Expedition to the Andes in 1958*. Tokio: Bijutsu Shuppansha.
- ISLA, Johny & Markus REINDEL (2006). «Una tumba Paracas Temprano en Mollake Chico, valle de Palpa, costa sur del Perú». *Zeitschrift für Archäologie Aussereuropäischer Kulturen*, vol. 1, pp. 153-181, Wiesbaden.
- ISLA, Johny, Markus REINDEL & Juan DE LA TORRE (2003). «Jauranga: un sitio Paracas en el valle de Palpa, costa sur del Perú», *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, vol. 23, pp. 227-274.
- IZUMI, Seiichi (1971). «Development of the Formative Culture in the *Ceja de Montaña* of the Central Andes». En Benson (editora), pp. 49-72.
- IZUMI, Seiichi, Pedro J. CUCULIZA & Chiaki KANO (1972). *Excavations at Shillacoto, Huanuco, Peru*. The University Museum. The University of Tokyo. Bulletin, N° 3. Tokio.
- IZUMI, Seiichi & Tsugio MATSUZAWA (1967). Early Pre-Ceramic Cultist Culture of the Central Andes: the Kotosh Mito Phase (en japonés), *Latin American Studies* (en japonés) vol. 8, pp. 39-69, Tokio.
- IZUMI, Seiichi & Toshihiko SONO (editores) (1963). *Andes 2: Excavations at Kotosh, Peru, 1960*. Tokio: Kadokawa Shoten.
- IZUMI, Seiichi & Kazuo TERADA (editores) (1966). *Andes 3: Excavations at Pechiche and Garbanzal, Tumbes Valley, Peru, 1960*. Tokio: Kadokawa Shoten.
- IZUMI, Seiichi & Kazuo TERADA (editores) (1972). *Andes 4: Excavations at Kotosh, Peru, 1963 and 1966*. Tokio: University of Tokyo Press.
- JANUSEK, John W. (2009). «Centralidad regional, ecología religiosa y complejidad emergente durante el Periodo Formativo en la cuenca del Lago Titicaca». En Kaulicke & Dillehay (editores), *Procesos y expresiones de poder, identidad y orden tempranos en Sudamérica, Segunda Parte, Boletín de Arqueología PUCP*, N° 11 (2007), pp. 23-51.
- KANO, Chiaki (1979). *The Origins of the Chavin Culture*. Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology, N° 22. Washington D.C.: Dumbarton Oaks. Trustees for Harvard University.
- KATO, Yasutake (1979). «Pottery and Clay Artifacts». En Terada (editor), pp. 115-149.



- KATO, Yasutake (1993). «Resultados de las excavaciones en Kuntur Wasi, Cajamarca». En Millones & Onuki (editores), pp. 203-228.
- KATO, Yasutake & Yuji SEKI (1985). «Excavations at Layzón». En Terada & Onuki (editores), pp. 183-264.
- KATO, Yasutake & Yuji SEKI (1998). *Creativity of Civilization: Temple and Society in the Ancient Andes* (en japonés). Tokio: Kadokawa Shoten.
- KAULICKE, Peter (1975). *Pandanche: un caso del Formativo en los Andes de Cajamarca*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Seminario de Historia Rural Andina.
- KAULICKE, Peter (1976). *El Formativo de Pacopampa: un ensayo de interpretación*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Seminario de Historia Rural Andina.
- KAULICKE, Peter (1980). «Beiträge zur Kenntnis der lithischen Perioden in der Puna Juníns, Peru», Tesis doctoral, Rheinische Friedrich-Wilhelms-Universität, Bonn.
- KAULICKE, Peter (1982). «Keramik der frühen Initialperiode aus Pandanche, Dpto. Cajamarca, Peru». *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* (1981), vol. 3, pp. 363-389, Múnich.
- KAULICKE, Peter (1992a). «Moche, Vicús Moche y el Mochica temprano». *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, vol. 21, N° 3, pp. 853-903, Lima.
- KAULICKE, Peter (1992b). Reseña de Anne Paul (editora), *Paracas Art and Architecture: Object and Context in South Coastal Peru*. En *Histórica* vol. XVI, N° 2, pp. 313-319, Lima.
- KAULICKE, Peter (1992c). «Cerro Sechín dentro del contexto arqueológico de la costa norperuana». En Lerner, S.; Mercedes Cárdenas y Peter Kaulicke (editores), *Arquitectura, Arqueología de Cerro Sechín, tomo I*, pp. 29-44. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Dirección Académica de Investigación.
- KAULICKE, Peter (1994). «Orígenes de la Civilización Andina. Arqueología del Perú». En José Antonio del Busto (editor), *Historia general del Perú*, vol.1. Lima: Brasa.
- KAULICKE, Peter (1997). «La noción y la organización del espacio en el Formativo peruano». En Hildegardo Córdova (editor), *Espacio: teoría y praxis*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 113-127.
- KAULICKE, Peter (1998). «El Período Formativo de Piura». En Kaulicke (editor), pp. 19-36.
- KAULICKE, Peter (2000a). *Memoria y muerte en el Perú antiguo*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KAULICKE, Peter (2000b). «Las relaciones entre Alemania y Latinoamérica en el campo de la arqueología desde 1945». En Masuda (editor), pp. 165-179.
- KAULICKE, Peter (2002). «Formative Bonecarving in Northern Peru». *Tribus. Jahrbuch des Linden-Museums Stuttgart*, tomo 51, pp. 127-152, Stuttgart.

- KAULICKE, Peter (2004). «Alexander von Humboldt». *Enciclopedia Archaeologica*, Americhe, Oceania, p. 463, Roma: Istituto della Enciclopedia Italiana.
- KAULICKE, Peter (2005a). «La relevancia de los estudios arqueológicos en el Perú» (en japonés). En Seki y Kimura (editores), pp. 29-40.
- KAULICKE, Peter (2005b). «Pandanche. Un caso del Formativo en los Andes de Cajamarca» (edición corregida de 1975). *Arqueología y Sociedad*, N° 16, pp. 141-180, Museo de Arqueología y Antropología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- KAULICKE, Peter (2005c). «El Formativo de Pacopampa. Un ensayo de interpretación» (edición corregida de 1976). *Arqueología y Sociedad*, N° 16, pp. 193-214, Museo de Arqueología y Antropología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- KAULICKE, Peter (2006). «The Vicús-Mochica Relationship». en William H. Isbell e Helaine Silverman (editores), *Andean Archaeology III: North and South*, pp. 85-111. Nueva York: Springer.
- KAULICKE, Peter (2008a). «La economía en el Período Formativo». En Carlos Contreras (editor), *Economía Prehispánica*, Compendio de Historia Económica del Perú 1, pp. 137-230, Lima: Banco Central de Reserva del Perú/Instituto Francés de Estudios Andinos.
- KAULICKE, Peter (2008b). «Los periodos Arcaico y Formativo en el Perú antiguo». En Luís Millones (editor), *Perú Arqueológico*, pp. 12-25, Lima: Bienvenida Editores S.A.C.
- KAULICKE, Peter (2009). «Simplificación y complejización de la complejidad social temprana: una introducción». En Peter Kaulicke & Tom D. Dillehay (editores), Procesos y expresiones de poder, identidad y orden tempranos en Sudamérica, Segunda Parte, *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 11 (2007), pp. 9-22.
- KAULICKE, Peter (en prensa a). «La comprensión del pasado pre-europeo americano de Humboldt y la arqueología del Perú». Para publicarse en Homenaje a José Antonio del Busto D., Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- KAULICKE, Peter (en prensa b). *Memoria y temporalidad en el Formativo del Perú*. Para publicarse en Senri, National Museum of Ethnology (Minpaku), Osaka.
- KAULICKE, Peter (en prensa c). Death and the Dead in Formative Peru. Para publicarse en Peter Eeckhout y Lawrence Stewart Owens (editores), *Funerary Practices and Models in the Ancient Andes*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KAULICKE, Peter (en prensa d). On the Origins of Social Complexity in the Central Andes and Possible Linguistic Correlations. Para publicarse en David G. Beresford-Jones y Paul Heggarty (editores), *Archaeology and Language in the Andes*. Proceedings of the British Academy. Oxford University Press.

- KAULICKE, Peter (editor) (1997). La muerte en el antiguo Perú: contextos y conceptos funerarios. *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 1, Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), Lima.
- KAULICKE, Peter (editor) (1998). Perspectivas regionales del Período Formativo en el Perú. *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 2, Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), Lima.
- KAULICKE, Peter (editor) (1999). El Período Arcaico en el Perú: hacia una definición de los orígenes. *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 3, Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), Lima.
- KIDDER, J. Edward Jr. (1957). *The Jomon Pottery of Japan*. Artibus Asiae Supplementum, XVII. Ascona: Artibus Asiae Publishers.
- KIDDER, J. Edward Jr. (1968). *Prehistoric Japanese Art. Jomon Pottery*. Tokio, Nueva York, San Francisco: Kodansha International.
- KIDDER, J. Edward Jr. (1975). *Das alte Japan* (traducción de *Ancient Japan*. Lausana: Elsevier Publishing Projects). Múnich: Lektüre Verlag.
- KIGOSHI, Kunihiko (1960). «Results of Radiocarbon Dating». En Ishida *et al.*, pp. 518-519.
- KLARICH, Elizabeth A. (2001). «From the Monumental to the Mundane: Defining Early Leadership Strategies at Late Formative Pukara, Perú». Tesis de doctorado, Santa Barbara: University of California at Santa Barbara.
- KLARICH, Elizabeth A. (2009). «¿Quiénes eran los invitados? Cambios temporales y funcionales de los espacios públicos de Pukara como reflejos del cambio de las estrategias de liderazgo durante el Período Formativo Tardío?». En Kaulicke & Dillehay (editores), Encuentros: Identidad, poder y manejo de espacios públicos, *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 9 (2005), pp. 185-206.
- KOBAYASHI, Tatsuo (1992). «Regional Organization in the Jomon Period». Traducción e introducción de Mark H. J. Hudson y Mariko Yamagata. *Arctic Anthropology*, vol. 29, N° 1, pp. 82-95.
- KOBORI, Iwao (1960). «Human Geography of Methods of Irrigation in the Central Andes». En Ishida *et al.*, pp. 417-420.
- KREINER, Josef (1980). «Heinrich Freiherr von Siebold. Ein Beitrag zur Geschichte der japanischen Völkerkunde und Urgeschichte». *Bonner Zeitschrift für Japanologie*, vol. 2, pp. 147-203, Bonn.
- KREINER, Josef (1993). «European Images of the Ainu and Ainu Studies in Europe». En Josef Kreiner (editor), *European Studies on Ainu Language and Culture*. Monographien aus dem Deutschen Institut für Japanstudien der Philipp-Franz-von-Siebold-Stiftung, vol. 6. Múnich: Iudicium, pp. 13-60.

- KROEBER, Alfred L. (1916). «Zuñi Potsherds». *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, vol. 18, pt. 1, pp. 1-37.
- KROEBER, Alfred L. (1925a). *The Uhle Pottery Collections from Moche*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, vol. 21, N° 5, pp. 191-234, Berkeley.
- KROEBER, Alfred L. (1925b). *The Uhle Pottery Collections from Supe*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, vol. 21, N° 6, pp. 235-264, Berkeley.
- KROEBER, Alfred L. (1926a). «Cultural Stratification in Peru». *American Anthropologist*, vol. 28, pp. 331-251.
- KROEBER, Alfred L. (1926b) *The Uhle Pottery Collections from Chancay*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, vol. 21, N° 7, pp. 265-304. Berkeley.
- KROEBER, Alfred L. (1926c). «Coast and Highland in Prehistoric Peru». *American Anthropologist*, vol. 29, N° 4, pp. 25-653.
- KROEBER, Alfred L. (1944). «Peruvian Archaeology in 1942». *Viking Fund Publications in Anthropology*, vol. 4, Nueva York.
- KROEBER, Alfred L. (1948). «Summary and Interpretations». En Bennett (editor), pp. 113-121.
- KROEBER, Alfred L. & William Duncan STRONG (1924a). *The Uhle Pottery Collections from Chíncha*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, vol. 21, N° 1, pp. 1-54, Berkeley.
- KROEBER, Alfred L. & William Duncan STRONG (1924b). *The Uhle Pottery Collections from Ica*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, vol. 21, N° 3, pp. 95-133, Berkeley.
- LANNING, Edward P. (1960). «Chronological and Cultural Relationships of Early Pottery Styles in Ancient Peru». Tesis doctoral inédita, University of California.
- LANNING, Edward P. (1967). *Peru before the Incas*. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice Hall.
- LARCO HOYLE, Rafael (1938). *Los Mochicas*, tomo 1. Lima: La Crónica y Variedades.
- LARCO HOYLE, Rafael (1941). *Los Cupisniques*. Trabajo presentado al Congreso Internacional de Americanistas de Lima, XXVII Sesión. Lima: La Crónica y Variedades.
- LARCO HOYLE, Rafael (1944). *La cultura Salinar. Síntesis monográfica*. Buenos Aires: Sociedad Geográfica Americana.
- LARCO HOYLE, Rafael (1945a). *Los Cupisniques*. Buenos Aires: Sociedad Geográfica Americana.

BIBLIOGRAFÍA

- LARCO HOYLE, Rafael (1945b). *La cultura Virú*. Buenos Aires: Sociedad Geográfica Americana.
- LARCO HOYLE, Rafael (1945c). *Los Mochicas (Pre-Chimú de Uhle y Early Chimu de Kroeber)*. Buenos Aires: Sociedad Geográfica Americana.
- LARCO HOYLE, Rafael (1948). *Cronología arqueológica del norte del Perú*. Biblioteca del Museo de Arqueología «Rafael Larco Herrera», Hacienda Chiclín, Trujillo. Buenos Aires: Sociedad Geográfica Americana.
- LARCO HOYLE, Rafael (1966). *Perú. Archaeologia Mundi*. Barcelona: Editorial Juventud.
- LATHRAP, Donald W. (1958). «The Cultural Sequence at Yarinacocha, Eastern Peru». *American Antiquity*, vol. 23, N° 4, pp. 379-388.
- LATHRAP, Donald W. (1962). «Yarinacocha: Stratigraphic Excavations in the Peruvian Montaña». Tesis doctoral inédita, Harvard University.
- LATHRAP, Donald W. (1970). *The Upper Amazon. Ancient Peoples and Places*, 70. Nueva York, Washington D. C., Londres: Thames and Hudson.
- LATHRAP, Donald W. (1971). «The Tropical Forest and the Cultural Context of Chavin». En Benson (editora), pp. 73-100.
- LATHRAP, Donald W. (1985). «Jaws: the Control of Power in the Early Nuclear American Ceremonial Center». En Donnan (editor), pp. 241-267.
- LATHRAP, Donald W. & Lawrence ROYS (1963). «The Archaeology of the Cave of the Owls in the Upper Montaña of Peru». *American Antiquity*, vol. 29, N° 1, pp. 27-38.
- LAVALLÉE, Danièle, Michèle JULIEN, Jane WHEELER & Claudine KARLIN (1985). *Telarmachay. Chasseurs et pasteurs préhistoriques des Andes*, vol. I. Travaux de l'Institut Français d'Études Andines (IFEA), 28; Recherche sur les civilisations, 20. París: IFEA; Association pour la Diffusion de la Pensée Française (ADPF).
- LEROI-GOURHAN, Arlette & André LEROI-GOURHAN (1989). *Un voyage chez les Aïnous. Hokkaido, 1938*. París: Albin Michel.
- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo (1959a). «Panorama histórico de la arqueología peruana». En *Actas y trabajos del II Congreso Nacional de Historia del Perú (Época Pre-hispánica)*, tomo I, pp. III-XVI, Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú, Lima.
- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo (1959b). «Esquema arqueológico de la sierra central del Perú». *Revista del Museo Nacional*, vol. 28, pp. 64-117, Lima.
- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo (1960). «Algunos problemas de la arqueología peruana». En Matos Mendieta (editor), pp. 129-148.
- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo (1967). «Hacia una revaluación de Chavín». *Amaru. Revista de Artes y Letras de la Universidad de Ingeniería*, vol. 2, pp. 49-60, Lima.

- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo (1969a). *De los pueblos, las culturas y las artes del Antiguo Perú*. Lima: Francisco Moncloa Editores.
- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo (1969b). «Acerca del desarrollo cultural en los Andes». En *Mesa Redonda de Ciencias Prehistóricas y antropológicas (13-18 octubre 1965)*, tomo I, pp. 125-154, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo (1970). *Los templos de Chavín*. Guía de monumentos y exposiciones del Museo de Arqueología y Etnología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, N° 1, Proyecto Chavín, Lima.
- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo (1971). «Towards a Re-Evaluation of Chavín». En Benson (editora), pp. 1-28.
- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo (1972). «Los estudios sobre Chavín». *Revista del Museo Nacional*, vol. 38, pp. 73-92, Lima.
- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo (1974a). *The Peoples and Cultures of Ancient Peru* (traducción de 1969a). Washington D. C.: Smithsonian Institution Press.
- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo (1974b). *La arqueología como ciencia social*. Lima: HSTAR.
- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo (1974c). «Informe de las labores del Proyecto Chavín». *Arqueológicas*, N° 15, pp. 37-56, Lima.
- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo (1977). «Excavaciones en el templo antiguo de Chavín (Sector R). Informe de la Sexta Campaña». *Nawpa Pacha*, N° 15, pp. 1-38, Berkeley.
- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo (1989). *Chavín de Huántar en el nacimiento de la civilización andina*. Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos (INDEA).
- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo (1993). *Chavín de Huántar. Excavaciones en la Galería de las Ofrendas*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie (KAVA), vol. 51, Maguncia.
- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo (2007). *Chavín. Excavaciones Arqueológicas*. 2 volúmenes. Lima: Universidad Alas Peruanas.
- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo & Hernán AMAT OLAZÁBAL (1969). «Informe preliminar sobre las galerías interiores de Chavín (primera temporada de trabajo)». *Revista del Museo Nacional*, vol. 34 (1965-1966), pp. 143-197, Lima.
- LUMBRERAS SALCEDO, Luis Guillermo, R. GEBHARD, W. HÄUSLER, Federico KAUFFMANN-DOIG, Josef RIEDERER, G. SIEBEN & Ursel WAGNER (2003). «Mössbauer Study of Ceramic Finds from the Galería de las Ofrendas, Chavín de Huántar». *Hyperfine Interactions*, vol. 150, N° 1-4, septiembre, pp. 51-72.
- LYMAN, R. Lee & Michael O'BRIEN (2006). *Measuring Time with Artifacts: A History of Methods in American Archaeology*. Lincoln: University of Nebraska Press.

## BIBLIOGRAFÍA

- MAAUNMSM (Museo de Antropología y Arqueología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos) (2005). *Arqueología del Valle de Nepeña. Excavaciones en Cerro Blanco y Punkurí*. Cuadernos de Investigación del Archivo Tello, N° 4, Lima.
- MASUDA, Shozo (editor) (2000). *Estudios Latinoamericanos en Alemania y Japón*. Tokio: Fundación Shibusawa para el Desarrollo de la Etnología.
- MATOS MENDIETA, Ramiro (1960). «Informes sobre trabajos arqueológicos en Castrovirreyna, Huancavelica». En Matos Mendieta (editor), pp. 313-323.
- MATOS MENDIETA, Ramiro (1962). «La cerámica temprana de Ancón y sus problemas». Tesis doctoral inédita, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- MATOS MENDIETA, Ramiro (1968). «A Formative Period Painted Pottery Complex from Ancon». *American Antiquity*, vol. 32, pp. 226-232.
- MATOS MENDIETA, Ramiro (editor) (1960). *Antiguo Perú, espacio y tiempo*. Trabajos presentados a la Semana de Arqueología Peruana (9-14 de noviembre de 1959). Lima: Juan Mejía Baca.
- MATOS MENDIETA, Ramiro (editor) (1979). *Arqueología peruana: investigaciones arqueológicas en el Perú*, 1976. Lima.
- MATSUMOTO, Ryozo (1992). «Dos modos de proceso sociocultural: el Horizonte Temprano y el Período Intermedio Temprano en el valle de Cajamarca». En Millones & Onuki (editores), pp. 169-202.
- MATSUMOTO, Ryozo (1994). «Dos modos de proceso sociocultural: el Horizonte Temprano y el Período Intermedio Temprano en el valle de Cajamarca». En Millones & Onuki (editores), pp. 167-197.
- MATSUMOTO, Yuichi (1998). «Pre-Ceramic Temples in the Formative Period of the Central Andes and Their Acceptance of Pottery» (en japonés). Tesis de Bachillerato inédita, Facultad de Letras, Universidad de Tokio.
- MATSUMOTO, Yuichi (2000). «The Early and Middle Formative Period in the Central Andes: A Viewpoint Based on the Analysis of the Ceramics from Huánuco Basin, Peru» (en japonés). Tesis de Magíster inédita, Universidad de Tokio.
- MATSUMOTO, Yuichi (en prensa). «Manejo de espacio ritual en el sitio de Sajara-patac y su implicancia para el fenómeno Chavín». Para publicarse en Kaulicke & Onuki (editores), El Período Formativo: Enfoques y Evidencias Recientes, Primera Parte, *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 12.
- MATSUMURA, Hirofumi, Yoshio ONUKI, Yasutake KATO, Ryozo MATSUMOTO, Tsuyoshi USHINO, Yuji SEKI, Kinya INOKUCHI & Hiroko HASHIMOTO (1997). «Human Remains from the Kuntur Wasi, Huacaloma, Loma Redonda and Kolguitín Sites in the Cajamarca Region, Peru». *Bulletin of the National Science Museum Series D (Anthropology)*, N° 23, pp. 1-28.

- MATSUZAWA, Tsugio (1972a). «Stratigraphy». En Izumi & Terada (editores), pp. 9-54.
- MATSUZAWA, Tsugio (1972b). «Constructions». En Izumi & Terada (editores), pp. 55-176.
- MATSUZAWA, Tsugio (1973). «Excavaciones en Las Haldas, costa del Perú» (en japonés). *The Proceedings of the Department of Humanities*, College of General Education, University of Tokyo, Series of Cultural Anthropology, N° 2, pp. 3-44, Tokio.
- MATSUZAWA, Tsugio (1978). «The Formative Site of Las Haldas, Peru: Architecture, Chronology, and Economy». *American Antiquity*, vol. 43, pp. 652-673 (traducción comentada de 1974).
- MEJÍA XESSPE, Toribio (1960). «Algunos nuevos elementos de la Civilización Recuay-Pastó en el extremo norte del litoral peruano». En Matos Mendieta (editor), pp. 205-217.
- MEJÍA XESSPE, Toribio (1972). «Algunos restos arqueológicos del Período Paracas en el valle de Palpa, Ica». *Arqueología y Sociedad*, N°s 7-8, pp. 77-86.
- MEJÍA XESSPE, Toribio (1976). «Sitios arqueológicos del valle Palpa, Ica». *San Marcos. Revista de Arte, Ciencias y Humanidades*, 17, pp. 23-47, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- MENZEL, Dorothy (1971). «Estudios arqueológicos en los valles de Ica, Pisco, Chincha y Cañete (1961)». *Arqueología y Sociedad*, N° 6, pp. 1-161,
- MENZEL, Dorothy (1977). *The Archaeology of Ancient Peru and the Work of Max Uhle*. R. H. Lowie Museum of Anthropology, University of California, Berkeley.
- MENZEL, Dorothy, John H. ROWE & Lawrence DAWSON (1964). *The Paracas Pottery of Ica. A Study in Style and Time*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, vol. 50, Berkeley.
- MESÍA, Christian (2007). «Intrasite spatial organization at Chavín de Huántar during the Andean Formative: three-dimensional modeling, stratigraphy and ceramics». Tesis doctoral inédita. Department of Anthropological Sciences. Universidad de Stanford.
- MILLONES, Luis & Yoshio ONUKI (editores) (1993). *El mundo ceremonial andino*. Senri Ethnological Studies, N° 37. Osaka: Museo Nacional de Etnología.
- MILLONES, Luis & Yoshio ONUKI (editores) (1994). *El mundo ceremonial andino*. Lima: Editorial Horizonte. (Traducción de 1993).
- MINATO, Hideo (1960). «Chemical Analysis of Copper and Bronze Wares». En Ishida *et al.*, pp. 516-518.
- MORALES CHOCANO, Daniel (1977a). «Investigaciones arqueológicas en las Salinas de San Blas (Junín) y sus implicancias en el Período Formativo de la sierra central del Perú.» Tesis de Bachillerato inédita. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.



## BIBLIOGRAFÍA

- MORALES CHOCANO, Daniel (1977b). «Excavaciones en las Salinas de San Blas», *Seminario de Arqueología* N° 1, pp. 27-48.
- MORALES CHOCANO, Daniel (1980). *Dios Felino en Pacopampa*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Seminario de Historia Rural Andina.
- MORALES CHOCANO, Daniel (1998a). «Investigaciones arqueológicas en Pacopampa, Departamento de Cajamarca». En Kaulicke (editor), pp. 113-126.
- MORALES CHOCANO, Daniel (1998b). «Importancia de las Salinas de San Blas durante el Período Formativo en la sierra central del Perú», en Kaulicke (editor), pp. 273-287, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- MORALES CHOCANO, Daniel (2008). «The Importance of Pacopampa. Architecture and Iconography in the Central Andean Formative». En Conklin & Quilter (editores), pp. 143-160.
- MOSELEY, Michael E. (1974). *The Maritime Foundations of Andean Civilization*. Cummings Archaeology Series. Menlo Park, California: Cummings Publishing Company.
- MUELLE, Jorge (1937). «La filogenia de la Estela Raimondi». *Revista del Museo Nacional*, vol. 6, N° 1, pp. 135-150.
- MUJICA, Elías (1975). «Excavaciones arqueológicas en Cerro de Arena: un sitio del Formativo Superior en el Valle de Moche», 2 volúmenes. Tesis de bachillerato inédita, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- MUJICA, Elías (1984). «Cerro Arena-Layzón: Relaciones costa-Sierra en el Norte del Perú», *Gaceta Andina*, vol. 3, N° 10, pp. 12, 13, 15.
- MUNRO, Neil Gordon (1962). *Ainu Creed and Cult*. Londres y Nueva York: Reprint Greenwood.
- NICHOLS, Gary (1999). *Sedimentology and Stratigraphy*. Londres: Blackwell.
- NISHIMURA, Masae (1986). «A Study of the Late Early Jomon Culture in the Tone River Area». En Pearson (editor), pp. 421-447.
- NOMLAND, Gladys Ayer (1939). «New Archaeological Site at San Blas, Junin, Peru». *Revista del Museo Nacional*, vol. 8, N° 1, pp. 61-66, Lima.
- NÚÑEZ JIMÉNEZ, Antonio (1986). *Petroglifos del Perú. Panorama del arte rupestre*, 2 tomos. La Habana: Ministerio de Cultura.
- NÚÑEZ, Estuardo & Georg PETERSEN (2002). *Alexander von Humboldt en el Perú. Diario de viaje y otros escritos*. Lima: Tarea.
- O'BRIEN, Michel J. & R. Lee LYMAN (editores) (1999). *Measuring the Flow of Time. The Works of James A. Ford, 1935-1941*. Tuscaloosa y Londres: The University of Alabama Press.

- OLIVERA, Quirino (1998). «Evidencias arqueológicas del Período Formativo en la Cuenca baja de los ríos Utcubamba y Chinchipe». En Kaulicke (editor), pp. 105-112.
- OKAMURA, Michio (2004). «Jōmon-Zeit – Eine allgemeine Einführung». En Wieczorek, Steinhaus & Makoto (editores), pp. 71-81.
- ONUKE, Yoshio (1972a). «Pottery and Clay Artifacts». En Izumi & Terada (editores), 1972, pp. 177-260.
- ONUKE, Yoshio (1972b). «Bone and Shell Artifacts». En Izumi & Terada (editores), pp. 267- 273.
- ONUKE, Yoshio (1982). «Una perspectiva prehistórica de la utilización ambiental en la sierra nor-central de los Andes Centrales». En Luis Millones & Hiroyasu Tomoeda (editores), *El hombre y su ambiente en los Andes centrales*. Senri Ethnological Studies, N° 10, Osaka, pp. 211-228.
- ONUKE, Yoshio (1985 ). «The Yunga Zone in the Prehistory of the Central Andes: Vertical and Horizontal Dimensions in Andean Ecological and Cultural Processes». En Shozo Masuda, Izumi Shimada & Craig Morris (editores), *Andean Ecology and Civilization. An Interdisciplinary Perspective on Andean Ecological Complementarity*. Tokio: University of Tokyo Press, pp. 339-357.
- ONUKE, Yoshio (1989 ). «The Formative Period in the Cajamarca Region in the Northern Highlands of Peru» (en japonés). *The Proceedings of the Department of Humanities*, College of General Education, University of Tokyo, Series of Cultural Anthropology 5, pp. 145-255, Tokio.
- ONUKE, Yoshio (1992). «The Process of Culture and Environment in the Prehistoric Central Andes». *The Proceedings of the Department of Humanities*, College of General Education, University of Tokyo, Series of Cultural Anthropology 6, pp. 1-46, Tokio.
- ONUKE, Yoshio (1993). «Las actividades ceremoniales tempranas en la cuenca del Alto Huallaga y algunos problemas generales». En Millones & Onuki (editores), pp. 71-95.
- ONUKE, Yoshio (1997). «Ocho tumbas especiales de Kuntur Wasi». En Kaulicke (editor), pp. 79-114.
- ONUKE, Yoshio (1999). «El Período Arcaico en Huánuco y el concepto del Arcaico». En Kaulicke (editor), pp. 325-333.
- ONUKE, Yoshio (2000a). *The Gold of the Andes: History of Excavations at the Kuntur Wasi Temple* (en japonés). Tokio: Chuokoron Shinsa.
- ONUKE, Yoshio (2000b). «Estudios arqueológicos japoneses en los Andes». En Shozo Masuda (editor), *Estudios latinoamericanos en Alemania y Japón*. Tokio: Fundación Shibusawa para el Desarrollo de la Etnología, pp. 155-163.

- ONUKE, Yoshio (2001a). «Cupisnique en la Sierra de Cajamarca». *Arqueológicas*, N° 25, pp. 67-81, Lima.
- ONUKE, Yoshio (2001b). «Una perspectiva del Período Formativo de la Sierra Norte del Perú». En Guillermo Lohmann *et al.*, *Historia de la cultura peruana*, vol. I. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, pp. 103-126.
- ONUKE, Yoshio (2002). «Japanese Research on Andean Prehistory». *Japanese Review of Cultural Anthropology*, N° 3, pp. 57-78, Tokio.
- ONUKE, Yoshio (2005). «45 años de estudios prehispánicos de los japoneses en los Andes» (en japonés). En Seki y Kimura (editores), pp. 15-27.
- ONUKE, Yoshio (editor) (1995). *Kuntur Wasi y Cerro Blanco: dos sitios del Formativo en el norte del Perú*. Tokio: Hokusensha.
- ONUKE, Yoshio & Tatsuhiko FUJII (1975). «Excavations at La Pampa» (en japonés). *The Proceedings of the Department of Humanities*, College of General Education, University of Tokyo, Series of Cultural Anthropology, N° 2, pp. 45-104, Tokio.
- ONUKE, Yoshio y Yasutake KATO (1988). «Las excavaciones en Cerro Blanco, 1988». En Terada & Onuki (editores), pp. 1-30.
- ONUKE, Yoshio y Yasutake KATO (1993). *Las excavaciones en Kuntur Wasi, Perú: la primera etapa, 1988-1990*. Andes Chosashitsu, Departamento de Antropología Cultural, Universidad de Tokio, Tokio.
- ONUKE, Yoshio y Yasutake KATO (1995). «Las excavaciones en Cerro Blanco, 1985». En Onuki (editor), pp. 127-203.
- ONUKE, Yoshio, Yasutake KATO & Yuji SEKI (editores) (2000). *El tesoro del templo Kuntur Wasi* (en japonés). Tokio: Nihonkeizai Shinbunsha.
- PATTERSON, Thomas C. (1968). «Current Research: Highland South America». *American Antiquity*, vol. 33, N° 3, pp. 422-424, Menasha.
- PAZDUR, Anna & Mieczyslaw PAZDUR (1994). «Fundamental Concepts and Archaeological Applications of the Radiocarbon Dating Method». En Mariusz Ziólkowski, Mieczyslaw F. Pazdur, Andrzej Krzanowski y Adam Michczynski (editores), *Andes. Radiocarbon Database for Bolivia, Ecuador and Peru*. Varsovia/Gliwice, pp. 25-62.
- PEARSON, Richard (editor) (1986). *Windows on the Japanese Past*. Ann Arbor: Center for Japanese Studies, University of Michigan.
- PHILIPPI, Donald L. (editor) (1968). *Kojiki*. Traducción, introducción y notas de Donald L. Philippi. Tokio: University of Tokyo Press.
- PIMENTEL SPISSU, Víctor (1986). *Felszeichnungen im mittleren und unterem Jequetepeque-Tal, Nord-Peru*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 31, Múnich.

- POZORSKI, Thomas C. (1975). «El complejo Caballo Muerto y los frisos de la Huaca de los Reyes». *Revista del Museo Nacional*, vol. XLI, pp. 211-251, Lima.
- POZORSKI, Thomas C. (1983). «The Caballo Muerto Complex and Its Place in the Andean Chronological Sequence». *Annals of the Carnegie Museum*, N° 52, pp. 1-40, Carnegie Museum of Natural History, Pittsburgh.
- POZORSKI, Sheila & Thomas POZORSKI (1987). *Early Settlement and Subsistence in the Casma Valley*. Iowa City: University of Iowa Press.
- POZORSKI, Sheila y Thomas POZORSKI (1996). «Ventilated Hearth Structures in the Casma Valley, Peru». *Latin American Antiquity*, vol. 7, pp. 341-353.
- POZORSKI, Sheila y Thomas POZORSKI (1998). «La dinámica del valle de Casma durante el Periodo Inicial». En Kaulicke (editor), pp. 83-100.
- POZORSKI, Sheila y Thomas POZORSKI (2002). «The Sechín Alto complex and its place within Casma Valley Initial Period development». En William H. Isbell y Helaine Silverman (editores) *Andean Archaeology I: Variations in Sociopolitical Organization*. New York: Kluwer Academic/Plenum Publishers, pp. 21- 51.
- POZORSKI, Sheila y Thomas POZORSKI (2006). «Las Haldas. An Expanding Initial Period Polity of Coastal Peru». *Journal of Anthropological Research*, vol. 62, pp. 27-52.
- RAMÓN JOFFRÉ, Gabriel (2005) «Periodificación en arqueología peruana: genealogía y aporía». *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, vol. 34, N° 1, pp. 5-33, Lima.
- RAVINES, Rogger (1981). *Mapa arqueológico del valle del Jequetepeque*. Proyecto de Rescate Arqueológico Jequetepeque, Materiales para la arqueología del Perú, N° 1. Lima: INC, Proyecto Especial de Irrigación Jequetepeque-Zaña.
- RAVINES, Rogger (1982). *Arqueología del Valle Medio del Jequetepeque*. Proyecto de Rescate Arqueológico Jequetepeque, Materiales para la arqueología del Perú, N° 2, Lima: INC, Dirección Ejecutiva del Proyecto de Irrigación Jequetepeque-Zaña.
- REICHLEN, Henri & Paule REICHLEN (1949). «Recherches archéologiques dans les Andes de Cajamarca». *Journal de la Société des Américanistes*, vol. 38, pp. 137-174, París.
- REINDEL, Markus & Johnny ISLA (2008). «Evidencias de culturas tempranas en el valle de Palpa, costa sur del Perú». En Peter Kaulicke & Tom Dillehay (editores) *Procesos y expresiones de poder, identidad y orden tempranos en Sudamérica, Primera Parte, Boletín de Arqueología PUCP*, N° 10, (2006), pp. 237-283.
- REINDEL, Markus & Johnny ISLA (en prensa). «El Período Inicial en Pernil Alto, Palpa, costa sur del Perú». Para publicarse en Peter Kaulicke & Yoshio Onuki (editores), *El Período Formativo: Enfoques y Evidencias Recientes, Segunda Parte, Boletín de Arqueología PUCP*, N° 13.

- RICK, John W. (2005). «The evolution of authority and power at Chavín de Huántar». En K.J. Vaughn, D.Ogburn y C.A. Conlee (editores) *Foundations of Power in the Prehispanic Andes*, pp. 71-89. Arlington: Archaeological Papers of the American Anthropological Association N° 14.
- RICK, John W. (2006). «Chavín de Huántar. Evidence for an evolved shamanism». En Douglas Sharon (editor) *Mesas and Cosmologies in the Central Andes*, pp. 101-112. San Diego: San Diego Museum Papers N° 44.
- RICK, John W. (2008a). «Context, Construction, and Ritual in the Development of Authority at Chavín de Huántar». En Conklin & Quilter (editores), pp. 3-34.
- RICK, John W. (2008b). «Un análisis de los centros ceremoniales del período formativo a partir de los estudios en Chavín de Huántar», En Kaulicke, Peter y Tom D.Dillehay (eds.) *Procesos y expresiones de poder, identidad y orden tempranos en Sudamérica*, Primera Parte, pp. 201-214, *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 10 (2006), Pontificia Universidad Católica (PUCP), Lima.
- RICK, John W. & Rosa MENDOZA RICK (2003). «Marino González: 1916-2001. El Hombre de Chavín y su mundo». *Arqueológicas*, N° 26, pp. 17-26, Lima.
- RICK, John W., Silvia RODRÍGUEZ KEMBEL, Rosa MENDOZA RICK & John A. KEMBEL (1998). «La arquitectura del complejo ceremonial de Chavín de Huántar: documentación tridimensional y sus implicancias». En Kaulicke (editor), pp. 181-214.
- RIDDELL, Francis A. & Lidio M. VALDEZ (1988). «Hacha y la ocupación temprana del valle de Acarí». *Gaceta Arqueológica Andina*, vol. 4, N° 1, pp. 6-10.
- RIVIALE, Pascal (2001). *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*. Lima: IFEA/PUCP.
- RODRÍGUEZ KEMBEL, Silvia (2002). «Architectural Sequence and Chronology at Chavín de Huántar». Tesis doctoral inédita, Stanford University.
- RODRÍGUEZ KEMBEL, Silvia (2008). «The Architecture at the Monumental Center of Chavín de Huántar: Sequence, Transformations, and Chronology». En Conklin & Quilter (editores), pp. 35-81.
- ROE, Peter G. (1974). *A Further Exploration of the Rowe Chavín Sequence and Its Implications for North Central Coast Chronology*. Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology, N° 13, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington DC.
- ROSAS LA NOIRE, Hermilio (1970). «La secuencia cultural del Período Formativo de Ancón». Tesis de Bachiller en Arqueología, inédita, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- ROSAS LA NOIRE, Hermilio (2007). *La secuencia cultural del Período Formativo en Ancón*. Lima: Avqui Editores. (Edición de tesis de 1970).

- ROSAS LA NOIRE, Hermilio & Ruth SHADY SOLÍS (1970). *Pacopampa, un centro formativo de la sierra norperuana*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Seminario de Historia Rural Andina.
- ROSAS LA NOIRE, Hermilio & Ruth SHADY SOLÍS (1974). «Sobre el período formativo en la sierra del extremo norte del Perú». *Arqueológicas*, N° 15, pp. 6-35, Lima.
- ROSAS LA NOIRE, Hermilio & Ruth SHADY SOLÍS (2005). «Pacopampa, un centro formativo de la sierra norperuana». *Arqueología y Sociedad*, N° 16, pp. 11-62 (reedición de 1970), Lima.
- ROSSEN, Jack & Tom D. DILLEHAY (1999). «La colonización y el asentamiento del norte del Perú: innovación, tecnología y adaptación en el valle de Zaña». En Kaulicke (editor), pp. 121-139.
- ROWE, John Howland (1944). *An Introduction to the Archaeology of Cuzco*. Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, vol. XXVII, N° 2, Cambridge, Massachussetts.
- ROWE, John Howland (1956). «Archaeological Explorations in Southern Peru, 1954-1955; Preliminary Report of the Fourth University of California Archaeological Expedition to Peru». *American Antiquity*, vol. 22, N° 2, pp. 135-151, Salt Lake City.
- ROWE, John Howland (1958a). «Tiempo, estilo y proceso cultural en la arqueología peruana». *Revista Universitaria*, vol. 47, N° 115, pp. 79-96, Cuzco.
- ROWE, John Howland (1958b). «Archaeological Dating and Cultural Process». *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 15, N° 4, pp. 317-324, Albuquerque.
- ROWE, John Howland (1960). «Cultural Unity and Diversification in Peruvian Archaeology». En Anthony F. C. Wallace (editor), *Men and Cultures*. Selected Papers of the Fifth International Congress of Anthropological and Ethnological Sciences, Philadelphia, September 1-9, 1956. Filadelfia: University of Philadelphia Press, pp. 627-631.
- ROWE, John Howland (1961). «Stratigraphy and Seriation». *American Antiquity*, vol. 26, N° 3, pp. 324-330. Salt Lake City.
- ROWE, John Howland (1962a). *Chavin Art: An Inquiry into Its Form and Meaning*. Nueva York: The Museum of Primitive Art.
- ROWE, John Howland (1962b). «Stages and Periods in Archaeological Interpretation». *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 181, pp. 40-54, Albuquerque.
- ROWE, John Howland (1966). «Form and Meaning in Chavin Art». En John H. Rowe y Dorothy Menzel (editores), *Peruvian Archaeology: Selected Readings* (revisión de 1962a). Palo Alto: Peek Publications, pp. 72-103.
- ROWE, John Howland (1972). «El arte de Chavín; estudio de su forma y su significado». *Historia y Cultura*, N° 6, pp. 249-276, Instituto Nacional de Cultura, Lima (traducción de 1967).

- ROWE, John Howland (1977). «El arte religioso del Cuzco en el Horizonte Temprano». *Ñawpa Pacha*, N° 14, pp. 1-20, Berkeley.
- SAHARA, Makoto (2004a). «Zur Chronologie und Periodisierung der japanischen Archäologie und Geschichte», en: Wiczorek, Steinhaus & Sahara (editores), *Handbuch*, pp. 18-22.
- SAHARA, Makoto (2004b). «Der Einfluss der ausländischen Forschung auf die japanische Archäologie». En Wiczorek, Steinhaus & Sahara (editores), Tomo 1, pp. 491-493.
- SAKAI, Masato (1998). *Reyes, estrellas y cerros en Chimor: el proceso de cambio de la organización espacial y temporal en Chan Chan*. Lima: Editorial Horizonte.
- SAKAI, Masato & Juan José MARTINEZ (en prensa). «Excavaciones en el Templo de Limoncarró en el valle bajo de Jequetepeque». Para publicarse en Kaulicke & Onuki (editores), *El Período Formativo: Enfoques y Evidencias Recientes, Primera Parte, Boletín de Arqueología PUCP*, 12.
- SALAZAR-BURGER, Lucy & Richard L. BURGER (1983). «La araña en la iconografía del Horizonte Temprano en la costa norte del Perú». *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, vol. 4, pp. 213-253.
- SAMANIEGO, Lorenzo (2007). *Punkurí. Proyecto cultural*. Chimbote: Gráfica Reyes.
- SAMANIEGO, Lorenzo, Enrique VERGARA & Henning BISCHOF (1985). «New Evidence on Cerro Sechin, Casma Valley, Peru». En Donnan (editor), pp. 165-190.
- SANTILLANA, Julián I. (1975). *Prospección en el sitio arqueológico de Pacopampa*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Seminario de Historia Rural Andina.
- SANTILLANA, Julián I. (2005). «Prospección en el sitio arqueológico de Pacopampa» (reedición de 1975). *Arqueología y Sociedad*, N° 16, pp. 181-192.
- SATO, Hisashi (1960). «Geomorphology of the Western Lowlands of the Central Andes». En Ishida *et al.* 1960, pp. 414-417.
- SATO, Hisashi (1966). «Geomorphological Environment in the Tumbes Region». En Izumi & Terada (editores), pp. 3-15.
- SAYRE, Matthew P. (2010). «Life Across the River: Agriculture, Ritual, and Production Practices at Chavín de Huántar», Perú. Tesis doctoral inédita, University of California, Berkeley.
- SCHAEDEL, Richard S. (1982). «Terminología para la arqueología peruana». *Actas y Trabajos del II Congreso Nacional de Historia del Perú*, I, pp. 35-40, Lima.
- SCHAEDEL, Richard S. & Izumi SHIMADA (1982). «Peruvian Archaeology, 1946-1980: An Analytical Overview». *World Archaeology*, vol. 13, pp. 359-371.
- SCHEELE, Harry (1970). «The Chavin Occupation of the Central Coast of Peru». Tesis doctoral inédita, Harvard University.

- SCHWÖRBEL H., Gabriela (2001). «Un entierro con metal de Kuntur Wasi.1946 », *Arqueológicas*, N° 25, pp. 83-94, Lima.
- SEKI, Yuji (1993). «La transformación de los centros ceremoniales del Periodo Formativo en la Cuenca de Cajamarca, Perú». En Millones & Onuki (editores), pp. 143-168.
- SEKI, Yuji (1997). «Excavaciones en el sitio La Bomba, Valle Medio de Jequetepeque, Cajamarca». En Kaulicke (editor), pp. 115-136.
- SEKI, Yuji (1998). «El Período Formativo en el valle de Cajamarca». En Kaulicke (editor), pp. 147-160.
- SEKI, Yuji, Walter TOSSO, Juan Pablo VILLANUEVA & Kinya INOKUCHI (2006). «Proyecto Arqueológico Pacopampa '05: Avances y correlaciones regionales». *Arqueología y Sociedad*, N° 17, pp. 149-177, Lima.
- SEKI, Yuji, Juan Pablo VILLANUEVA, Masato SAKAI, Mauro ORDÓÑEZ, Diana ALEMÁN, Walter TOSSO, Araceli ESPINOZA, Kinya INOKUCHI & Daniel MORALES (en prensa). «Nuevas evidencias del sitio arqueológico Pacopampa en la sierra norte del Perú». Para publicarse en Kaulicke & Onuki (editores), *El Período Formativo: Enfoques y Evidencias Recientes*, Primera Parte, *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 12.
- SEKI, Yuji y Minoru YONEDA (2005). «Cambios en el manejo del poder en el Formativo: desde el análisis de la dieta alimenticia». *Perspectivas Latinoamericanas*, vol. 2, pp. 110-131, Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nanzan, Nagoya.
- SEKI, Yuji y Hideo KIMURA (editores) (2005). *Prof. Tatsubiko Fujii Retirement Commemoration Symposium - Historicity in the Andes. Past and Present of the Andean Studies in Japan* (en japonés). Senri Ethnological Reports, N° 55. Osaka: Museo Nacional de Etnología.
- SHADY SOLÍS, Ruth (1971). «Bagua, una secuencia del Periodo Formativo en la cuenca inferior del Utcubamba». Tesis de Bachiller inédita, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- SHADY SOLÍS, Ruth (1973). «La arqueología de la cuenca inferior del Utcubamba». Tesis por optar el grado de Doctor, inédita. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- SHADY SOLÍS, Ruth (1983). «Una aproximación al mundo de las creencias andinas. La cultura Pacopampa». *Boletín del Museo Nacional de Antropología y Arqueología*, N° 8, pp. 17-24, Lima.
- SHADY SOLÍS, Ruth (2003). *Caral-Supe. La civilización más antigua de América*. Lima: Instituto Nacional de Cultura (INC), Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe.
- SHADY SOLÍS, Ruth (2005). *Caral-Supe Perú, La civilización de Caral-Supe: 5000 años de identidad cultural en el Perú*. Lima: INC, Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe.



## BIBLIOGRAFÍA

- SHADY SOLÍS, Ruth & Hermilio ROSAS LA NOIRE (1979). «El complejo Bagua y el sistema de establecimiento durante el Formativo en la sierra norte del Perú». *Nawpa Pacha*, N° 17, pp. 109-142, Berkeley.
- SHADY SOLÍS, Ruth & Carlos LEYVA (editores) (2003). *La ciudad sagrada de Caral-Supe. Los orígenes de la civilización andina y la formación del Estado prístino en el antiguo Perú*. Lima: INC, Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe.
- SHIBATA, Koichiro (2004). «Nueva cronología tentativa del Período Formativo. Aproximación a la arquitectura ceremonial». En Luis Valle Álvarez (editor), *Desarrollo arqueológico: costa norte del Perú*. Arqueología, 2; tomo 1. Trujillo: Ediciones SIAN, pp. 79-98.
- SHIBATA, Koichiro (2006). «La estrategia de Nepeña en el Formativo». En Pedro Trillo (editor), *Libro del centenario de Chimbote*. Lima: El Comercio; Yan Producciones, pp. 87-93.
- SHIBATA, Koichiro (en prensa). «Cerro Blanco de Nepeña dentro de la dinámica interactiva del Período Formativo». Para publicarse en Kaulicke & Onuki (editores), *El Período Formativo: Enfoques y Evidencias Recientes, Primera Parte, Boletín de Arqueología PUCP*, N° 12.
- SHIMADA, Izumi; Carlos G. ELERA & Melody J. SHIMADA (1983). «Excavaciones efectuadas en el centro ceremonial de Huaca Lucía-Chólope del Horizonte Temprano, Batán Grande, costa norte del Perú». *Arqueológicas*, N° 9, (1979-1981), pp. 109-210.
- SHIMADA, Izumi; Carlos G. ELERA, Víctor CHANG, Héctor JEFF, Michael GLASCOCK, Ursel WAGNER & Rupert GERHARD (1994). «Hornos y producción de cerámica durante el Período Formativo en Batán Grande, costa norte del Perú», en Izumi Shimada (editor) *Tecnología y organización de la producción de cerámica prehispánica en los Andes*, pp. 67-119, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- SHIMADA, Melody (1982). «Continuities and Changes in Patterns of Faunal Resource Utilization: Formative through Cajamarca Periods». En Terada & Onuki (editores), pp. 303-336.
- SILVERMAN, Helaine (1996). «The Formative Period on the South Coast of Peru: A Critical Review». *Journal of World Prehistory*, vol. 10, N° 2, pp. 95-146.
- SOLDI, Pablo L. (1956). *Chavín en Ica*. Ica.
- SQUIER, Ephraim George (1877). *Peru: Incidents of Travel and Explorations in the Land of the Incas*. Nueva York: Harper Brothers.
- STANISH, Charles (2003). *Ancient Titicaca: The Evolution of Complex Society in Southern Peru and Northern Bolivia*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press.
- STRONG, William Duncan (1925). *The Uhle Pottery Collections from Ancon*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, vol. 21, N° 4, pp. 135-190. Berkeley: University of California Press.

- STRONG, William Duncan (1948). «Cultural Epochs and Refuse Stratigraphy in Peruvian Archaeology». En Bennett (editor), pp. 93-102.
- STRONG, William Duncan (1957). *Paracas, Nasca, and Tiahuacanoid Cultural Relationships in South Coastal Peru*. American Antiquity, vol. 22, N° 4, pt. 2; Memoirs of the Society for American Archaeology, N° 13. Salt Lake City: The Society for American Archaeology.
- STRONG, William Duncan & Clifford EVANS (1952). *Cultural Stratigraphy in the Viru Valley, Northern Peru: The Formative and Florescent Epochs*. Columbia Studies in Archaeology and Ethnology, vol. 4. Nueva York: Columbia University Press.
- TELLENBACH, Michael (1986). *Las excavaciones en el asentamiento formativo de Montegrande, valle de Jequetepeque en el norte del Perú*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, vol. 39. Múnich: Beck.
- TELLENBACH, Michael (1997). «Los vestigios de un ritual ofrendatario en el Formativo peruano. Acerca de la relación entre templos, viviendas y hallazgos». En Bonnier & Bischof (editores), pp. 163-175.
- TELLENBACH, Michael (1998). *Chavín. Investigaciones acerca del desarrollo cultural centro-andino en las épocas Ofrendas y Chavín-Tardío*. 2 vols. Andes, Boletín de la Misión Arqueológica Andina, 2. Varsovia: Universidad de Varsovia.
- TELLENBACH, Michael (1999). «Acerca de las investigaciones de Max Uhle sobre las culturas tempranas de Surecuador». *Indiana*, tomo 15, pp. 269-353.
- TELLO, Julio C. (1921). *Introducción a la historia antigua del Perú*. Lima.
- TELLO, Julio C. (1923). «Wira-Kocha». *Inca*, vol. 1, N° 1, pp. 94-320; vol. 1, N° 3, pp. 583-606, Lima.
- TELLO, Julio C. (1929). *Antiguo Perú. Primera Época*. Lima.
- TELLO, Julio C. (1939). *Las primeras edades del Perú, por Guamán Poma. Ensayo de interpretación*. Lima.
- TELLO, Julio C. (1942). «Origen y desarrollo de las civilizaciones prehispánicas andinas». En *Actas y trabajos científicos del 27° Congreso Internacional de Americanistas, Lima, 1939*, tomo I, pp. 589-720, Lima.
- TELLO, Julio C. (1943). «Discovery of the Chavin Culture in Peru». *American Antiquity*, vol. 9, pp. 135-160.
- TELLO, Julio C. (1945). «El país de los Incas». En *Perú en cifras*, pp. 592-613, Lima.
- TELLO, Julio C. (1956). *Arqueología del valle de Casma. Culturas Chavín, Santa o Huaylas Yunga y Sub-Chimú*. Publicación Antropológica del Archivo Julio C. Tello, N° 1, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

- TELLO, Julio C. (1959). *Paracas, Primera Parte*. Publicación del Proyecto 8b del Programa 1941-2 de The Institute of Andean Research de Nueva York, Lima.
- TELLO, Julio C. (1960). *Chavín. Cultura matriz de la civilización andina. Primera Parte*. Publicación Antropológica del Archivo Julio C. Tello, N° 2, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- TERADA, Kazuo (1972a). «Preface». En Izumi & Terada, pp. I-II.
- TERADA, Kazuo (1972b). «Introduction». En Izumi & Terada (editores), pp. 1-8.
- TERADA, Kazuo (1972c). «Conclusions». En Izumi & Terada (editores), pp. 303-312.
- TERADA, Kazuo (1982). «Preface». En Terada & Onuki (editores), pp. XIII-XIV.
- TERADA, Kazuo (1985a). «Early Ceremonial Architecture in the Cajamarca Valley». En Donnan (editor), pp. 191-208.
- TERADA, Kazuo (1985b). «Preface». En Terada & Onuki (editores), pp. XVII-XIX.
- TERADA, Kazuo (editor) (1978). *Excavations at La Pampa in the North Highlands of Peru, 1975*. Rapport 1 of the Japanese Scientific Expedition to Nuclear America. Tokio: University of Tokyo Press.
- TERADA, Kazuo & Ryoza MATSUMOTO (editores) (1985). «Sobre la cronología de la tradición Cajamarca». En Fernando Silva Santisteban (editor), *Historia de Cajamarca*, I. Cajamarca: Instituto Nacional de Cultura, pp. 67-89.
- TERADA, Kazuo & Yoshio ONUKI (editores) (1982). *Excavations at Huacaloma in the Cajamarca Valley, Peru, 1979*. Report 2 of the Japanese Scientific Expedition to Nuclear America. Tokio: Tokyo University Press.
- TERADA, Kazuo & Yoshio ONUKI (editores) (1985). *The Formative Period in the Cajamarca Basin, Peru: Excavations at Huacaloma and Layzón, 1982*. Report 3 of the Japanese Scientific Expedition to Nuclear America. Tokio: University of Tokyo Press.
- TERADA, Kazuo & Yoshio ONUKI (editores) (1988). *Las excavaciones en Cerro Blanco y Huacaloma, Cajamarca, Perú, 1985*. Andes Chosashitsu, Departamento de Antropología Cultural, Universidad de Tokio, Tokio.
- TOKUE, Sawako & Shigeyuki KUMAI (2007). *El sitio incaico de Urpicancha. Investigación Arqueológica en el 2005*, Informes Preliminares. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva-Agüero, Seminario de Arqueología.
- TORII, Ryuzo (1919). «Études archéologiques et ethnologiques: Les Aïnous des Îles Kouriles». *Journal of the College of Science*, N° 42, Imperial University of Tokyo.
- TSURUMI, Eisei (1994). «Algunos problemas acerca del Período del Formativo medio y tardío de los Andes Centrales: un estudio de material arqueológico de Paucarbamba y Sajarapatac» (en japonés). Tesis de Bachillerato inédita, Universidad de Tokio.

- TSURUMI, Eisei (1998). «El desarrollo de la sociedad formativa del Perú desde el punto de vista del proceso técnico de las botellas de asa estribo» (en japonés). Tesis de Maestría inédita, Universidad de Tokio.
- TSURUMI, Eisei (en prensa). «La secuencia cronológica de los centros ceremoniales de la Pampa de las Hamacas y Tembladera, valle medio del Jequetepeque». Para publicarse en Kaulicke & Onuki (editores), *El Período Formativo: Enfoques y Evidencia Recientes*, Primera Parte. *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 12.
- UHLE, Max (1903). *Pachacamac. Report of the William Pepper, M.D., LL.D., Peruvian Expedition of 1896*. Filadelfia: University of Pennsylvania, Department of Archaeology.
- UHLE, Max (1906). «Los “kjoekkenmoedings” del Perú». *Revista Histórica*, vol. 1, N° 1, pp. 3-23, Lima.
- UHLE, Max (1907). *The Emeryville Shellmound*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, vol. 7, N° 1. Berkeley.
- UHLE, Max (1910). «Über die Frühkulturen in der Umgebung von Lima». En 16. Internationaler Amerikanisten-Kongress (Wien, 9.-14.9.1908), 2. Hälfte, *Verhandlungen*, pp. 347-370, Wien/Leipzig. Traducción en Peter Kaulicke (editor), *Max Uhle y el Perú Antiguo*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1998, pp. 231-254.
- UHLE, Max (1912). «Die Muschelhügel von Ancón, Peru». En 18. International Congress of Americanists (London 1912), *Proceedings*, tomo 1, pp. 22-45, Londres.
- UHLE, Max (1924). *Explorations at Chincha*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, vol. 21, N° 2, pp. 55-94, Berkeley.
- UHLE, Max (1925 [1904/5]). «Report on the Explorations at Supe». *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*, 21, N° 6, pp. 257-263, Berkeley.
- ULBERT, Cornelius (1987). «Studien zur formativen Grossarchitektur in Nord- und Zentralperu». Tesis de magister inédita, Rheinische Friedrich-Wilhelms-Universität, Bonn.
- ULBERT, Cornelius (1994). *Die Keramik der formativzeitlichen Siedlung Montegrande, Jequetepequetal, Nord-Peru*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, vol. 52. Maguncia: Verlag P. von Zabern.
- ULBERT, Cornelius y Kordula EIBL (1984). «Vorbericht über die Untersuchungen der formativzeitlichen Anlage Kuntur Wasi am Oberlauf des Jequetepeque». *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, vol. 6, pp. 559-572.
- UNKEL, Ingmar (2005). «AMS- <sup>14</sup>C-Analysen zur Rekonstruktion der Landschafts- und Kulturgeschichte in der Region Palpa (S-Peru)». Tesis doctoral inédita, Ruprecht-Karls-Universität, Heidelberg.
- UNKEL, Ingmar y Bernd KROMER (2009). «The Clock in the Corn Cob: On the Development of a Chronology of the Paracas and Nasca Period Based on Radiocarbon Dating»,

- En Markus Reindel y Günther A. Wagner (editores), *New Technologies for Archaeology. Multidisciplinary Investigations in Palpa and Nasca, Peru*, pp. 231-244. Berlín/Heidelberg: Springer.
- USHINO, Tsuyoshi (1979a). «Stratigraphy». En Terada (editor), pp. 17-38.
- USHINO, Tsuyoshi (1979b). «Constructions». En Terada (editor), pp. 39-96.
- VALCÁRCEL, Luis E. (1980). *Memorias*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- VEGA-CENTENO, Rafael (2000). «Imagen y simbolismo en la arquitectura de Cerro Blanco, costa nor-central peruana». *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, vol. 29, N° 2, pp. 139-159, Lima.
- VEGA-CENTENO, Rafael (2004). «Ritual and Architecture in a Context of Emergent Complexity: A Perspective from Cerro Lampay, a Late Archaic Site in the Central Andes». Tesis doctoral inédita, University of Arizona.
- VELARDE, Leonid (1998). «Problemática de los fechados carbono 14 y su calibración: el caso del Formativo de los Andes centrales». *Arqueología y Sociedad*, N° 12, pp. 11-28, Lima.
- WATANABE, Naotune (1966). «The Garbanzal and Pechiche sites». En Izumi & Terada (editores), pp. 17-25.
- WATANABE, Shinya (2001). «Wari y Cajamarca». En Peter Kaulicke & William H. Isbell (editores), Huari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias, Segunda parte, *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 5, pp. 531-541.
- WATANABE, Shinya (2002). «El reino de Cuismancu: orígenes y transformación en el Tawantinsuyu». En Peter Kaulicke, Gary Urton e Ian Farrington (editores), Identidad y transformación en el Tawantinsuyu y en los Andes coloniales. Perspectivas arqueológicas y etnohistóricas. Primera parte, *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 6, pp. 107-136.
- WESTER, Carlos, Juan MARTÍNEZ & Arturo TANDAYPAN (2000). *La Granja: Investigaciones arqueológicas*. Chiclayo: INC; Sociedad Minera La Granja S. A.
- WHEELER, R. E. Mortimer (1956). *Archaeology from the Earth*. Pelican Books, A 356. Middlesex: Harmondsworth.
- WIECZOREK, Alfred, Werner STEINHAUS & Makoto SAHARA (editores) (2004). *Zeit der Morgenröte. Japans Archäologie und Geschichte bis zu den ersten Kaisern*. Handbuch. Publikationen der Reiss-Engelhorn-Museen, vol. 11. Mannheim: Reiss-Engelhorn-Museen.
- WILLEY, Gordon Randolph (1945). «Horizon Styles and Pottery Traditions in Peruvian Archaeology». *American Antiquity*, vol. 9, N° 1, pp. 49-56.
- WILLEY, Gordon Randolph (1948). «Functional Analysis of "Horizon Styles"». En Bennett (ed.), pp. 8-15.

- WILLEY, Gordon Randolph (1951). «The Chavin Problem. A Review and Critique». *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 7, N° 2, pp. 103-114.
- WILLEY, Gordon Randolph (1953). *Prehistoric Settlement Patterns in the Viru Valley, Peru*. Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin, vol. 155. Washington D. C.
- WILLEY, Gordon R. & John M. CORBETT (1954). *Early Ancon and Supe Culture. Chavin Horizon Sites of the Central Peruvian Coast*. Columbia Studies in Archaeology and Ethnology, vol. 3. Nueva York: Columbia University Press.
- WILLEY, Gordon R. & Philip PHILLIPS (1958). *Method and Theory in American Archaeology*. Chicago: University of Chicago Press.
- WILLIAMS LEÓN, Carlos (1971). «Centros ceremoniales tempranos en el valle del Chillón, Rímac y Lurín». *Apuntes Arqueológicos*, N° 1, pp. 1-4, Lima.
- WILLIAMS LEÓN, Carlos (1972). «La difusión de los pozos ceremoniales en la costa peruana». *Apuntes Arqueológicos*, N° 2, pp. 1-9, Lima.
- WILLIAMS LEÓN, Carlos (1980a). «Complejos de pirámides con planta en U, patrón arquitectónico de la costa central». *Revista del Museo Nacional*, vol. 44 (1978-1980), pp. 95-110, Lima.
- WILLIAMS LEÓN, Carlos (1980b). «Arquitectura y urbanismo en el Antiguo Perú». En Juan Mejía Baca (editor), *Historia del Perú*, t. 8, pp. 369-585, Barcelona.
- WILLIAMS LEÓN, Carlos (1985). «A Scheme for the Early Monumental Architecture of the Central Coast of Peru». En Donnan (editor), pp. 227-240.
- WILSON, David J. (1988). *Prehispanic Settlement Patterns in the Lower Santa Valley, Peru: A Regional Perspective on the Origins and Development of Complex North-Coast Society*. Smithsonian Series in Archaeological Inquiry. Washington D. C.: Smithsonian Institute Press.
- WING, Elizabeth S. (1972). «Utilization of Animals in the Peruvian Andes». En Izumi & Terada (editores), pp. 327-351.
- WURSTER, Wolfgang W. (editor) (1999). *Max Uhle (1856-1944). Pläne archäologischer Stätten im Andengebiet*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, vol. 56.
- YAMAMOTO, Atsushi (en prensa). «Ingatambo: un sitio estratégico de contacto interregional en la zona norte del Perú». Para publicarse en Kaulicke & Onuki (editores), *El Período Formativo: Enfoques y Evidencias Recientes*. Primera Parte, *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 12. Maguncia: Ibero-Amerikanisches Institut/KAVA.
- YAZAWA, Taiji (1960). «Climatological Survey in the Central Andes». En Ishida *et al.*, pp. 412-414.



SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN  
LOS TALLERES GRÁFICOS DE  
TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA  
PSJE. MARÍA AUXILIADORA 156, BREÑA  
CORREO E.: TAREAGRAFICA@TAREAGRAFICA.COM  
TELÉFONO: 332-3229 FAX: 424-1582  
SE UTILIZARON CARACTERES  
ADOBE GARAMOND PRO EN 11 PUNTOS  
PARA EL CUERPO DEL TEXTO  
OCTUBRE 2011 LIMA – PERÚ